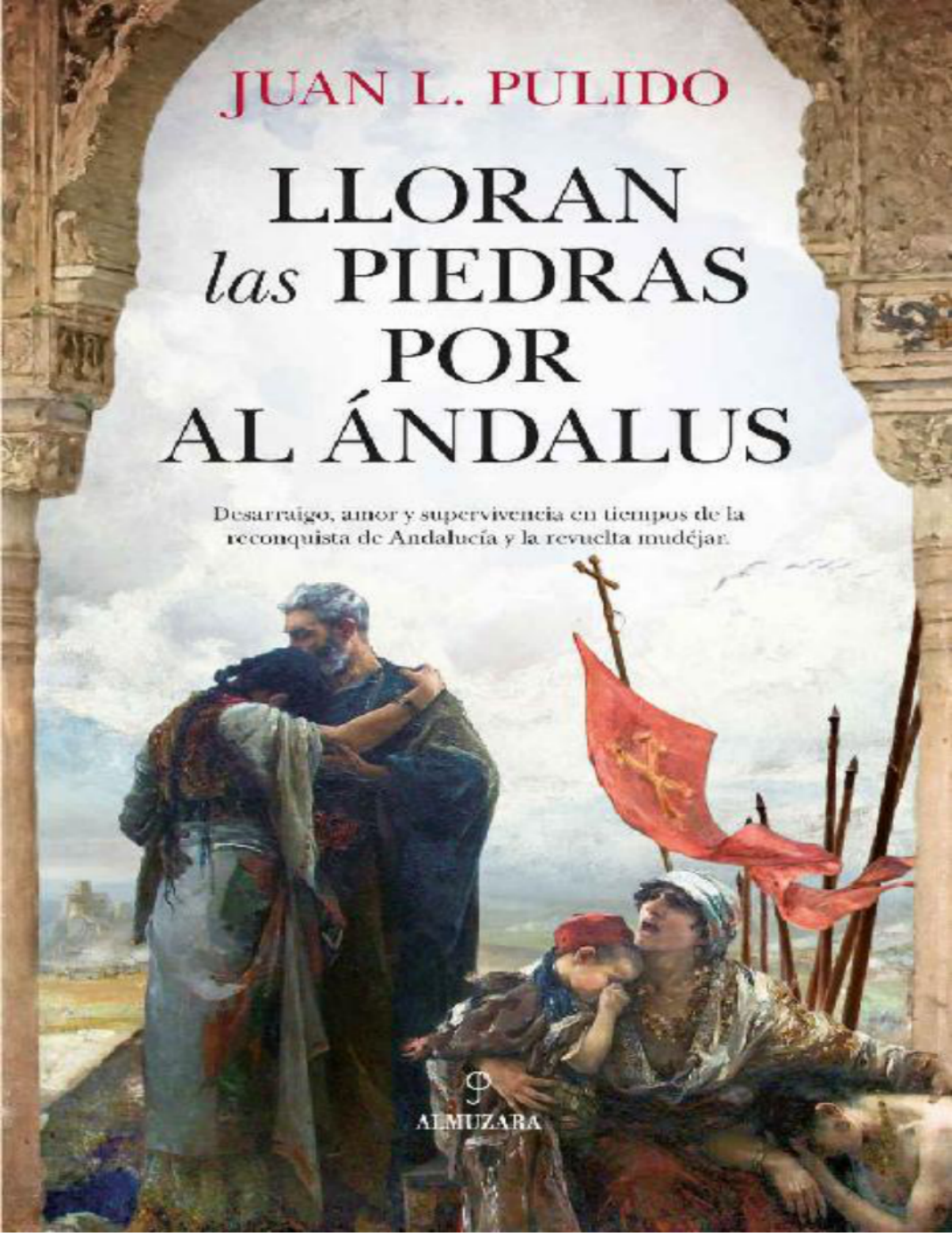
JUAN L. PULIDO

LLORAN *las* PIEDRAS POR AL ÁNDALUS

Desarraigo, amor y supervivencia en tiempos de la reconquista de Andalucía y la revuelta mudéjar.



ALMUZARA

Juan L. Pulido

Lloran las piedras por Al Ándalus

(El cadí de Sherish)

© Juan L. Pulido, 2019
© Editorial Almuzara, s.l., 2019

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Novela Histórica
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Editora: Ángeles López
Diseño y maquetación: Joaquín Treviño
Ebook: Rebeca Rueda
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

ISBN: 978-84-17797-70-6

A Maru… amiga, amante, esposa, maestra, crítica, correctora, coautora, cómplice y encubridora.

LA FRONTERA DE PONIENTE
1275.

Primera parte: Invasión (1233-1264)

1. Sherish. Agosto de 1233

Cuando apenas apuntaba el día, por la puerta de Rota comenzó a discurrir la triste comitiva de muyahidines heridos y mutilados, de los pocos que el día anterior sobrevivieron al empuje arrollador de las fuerzas castellanas y lograron esconderse por los alrededores de Sherish Shiduna, valiéndose de la oscuridad.

En las sinuosas calles de polvo y piedra de la ciudad imperaba el silencio, salpicado en esa temprana hora por las llamadas discordes de los muecines a la plegaria: «Dios es el más grande, Dios es el más grande, declaro que no hay otro Dios que Allah, declaro que no hay otro Dios que Allah, declaro que Muhammad es el profeta de Dios, declaro que Muhammad es el profeta de Dios… venid a la oración, venid a la oración, venid a la oración, venid a la salvación, venid a la salvación…. la oración es mejor que el sueño, la oración es mejor que el sueño… Dios es el más grande, Dios es el más grande, no hay otro Dios que Allah».

Pronto se formó un pasillo por las callejas próximas a la puerta de Rota, desde el cual los familiares de los derrotados caminantes trataban de localizar a los suyos; de vez en cuando, surgía de entre la multitud un grito ahogado de alivio. Alcanzar el martirio en el yihad proporcionaba a la familia del mártir un marchamo de gloria imperecedero, pero en el secreto de sus corazones, madres, esposas e hijos preferían cuidar a un mutilado que honrar a un cadáver, aunque no podían decirlo abiertamente sin atraer miradas de reproche.

Desde lo alto del alminar de la mezquita mayor, Ismail ibn Ali ibn Quzman y su segundo hijo, Hamet ibn Ismail ibn Quzman, contemplaban callados el lento cortejo, y poco a poco iban perdiendo las esperanzas de ver aparecer con vida a Muhammad, el primogénito, que había luchado con las tropas de Ibn Hud, al mando de los caballeros jerezanos. Ni su estatura cumplida, ni su tremenda corpulencia, ni la mítica fuerza de su brazo, capaz de empuñar la lanza más pesada, parecían haber salvado al preferido de la familia. Porque todos le adoraron desde niño —salvo el abuelo Ali, que lo consideraba un bárbaro—, tanto por su buen natural, como por su

sentido del humor y su rebosante optimismo. Muhammad amaba la vida y la vida le amaba a él. No había fiesta en la que no descollara con su voz, ni muchacha jerezana que no suspirara por sus ojos o espiara por las rendijas su paso arrogante, su silueta espigada y la belleza de su porte; desde mozo muy presumido, blanco de todas las intenciones y objetivo de todos los deseos, se vestía de lino y se perfumaba con esencia de violetas para combatir el permanente olor a caballo que le acompañaba, suscitando celos afilados en las almas mediocres de muchos vecinos. Para él nunca había una última copa, ni un último verso, y después de una noche de farra aún podía, al amanecer, encabalgarse de un salto, sin usar sus manos. Bien lo sabía su hermano Hamet, que padeció ese entusiasmo muchas ocasiones, en las que debió arrastrarse penosamente hasta la alborada, acompañándole por orden de su padre. Por una extraña paradoja, el hermano menor cuidaba del mayor, no físicamente, sino para evitar que se metiera en líos de gravedad. Porque tan grande como la pasión y el atolondramiento de Muhammad era la prudencia e inteligencia de Hamet. También de buena estatura, menos corpulento que su hermano, aunque ágil y fibroso, precozmente maduro, el segundogénito de los Banu Quzman se mostró siempre como una criatura introspectiva y humilde, mucho más dado al estudio y a la oración que a los juegos violentos y al gallear de sus amigos. Prefería la umbría calma de la biblioteca familiar o la mezquita, al bullicio peligroso del arenal donde los niños se perseguían hasta el agotamiento, y la compañía de su anciano abuelo Ali a la de los benjamines de su propia edad. Con frecuencia, se escapaba solo a las riberas boscosas del Guadalete, donde podía pasarse largas horas observando los misteriosos recorridos de las hormigas, las técnicas de caza de las arañas o simplemente tendido en la hierba mirando al sol con los ojos cerrados, para ir cambiando los tonos rojos y anaranjados de sus párpados de acuerdo con la presión que ejercía sobre los mismos. Por eso, su padre jamás tuvo que llegar al límite de los tres azotes cada vez que, según los sabios educadores del pasado, como correctivo necesitaba un zagal.

Ismail, hombre inteligente, comprendía y aceptaba las virtudes y los defectos de sus dos hijos mayores. Muhammad, el emplazado inicialmente a perpetuar el oficio de la familia y convertirse en jurista y teólogo, en gran cadí de su comunidad e imán de rito malikí, de ningún modo pudo parar quieto. No mostró disposición alguna para los estudios y, pese a los golpes y los castigos, continuamente escapaba de la madraza para ir al campo a observar los caballos, su obsesión, y a cazar gorriones con otros zagales de más baja condición. Entre los ocho y los catorce años, las discusiones y los enfrentamientos entre padre e hijo menudearon, hasta que Ismail hubo de reconocer

que Dios no llamaba a su primogénito en la senda de los oficios familiares y le permitió dedicarse a lo que más amaba: el ejercicio de las armas. Trabajo no le iba a faltar en esos tiempos aciagos, como el futuro iba a demostrar muy pronto. Y así, apenas le llegó la edad, Muhammad abandonó el hogar familiar para incorporarse como combatiente de la fe a las tropas de Ibn Hud, el príncipe andalusí que se estaba labrando un reino en la lejana Murcia, aprovechando el vacío de poder dejado por los almohades.

Por el contrario, su segundo hijo, Hamet, de dulces maneras, dócil y sumiso, siempre aceptó de buen grado la voluntad de sus mayores, esforzándose por agradarles. Así que cuando su padre le indicó que habría de seguir sus pasos en los estudios coránicos y de Derecho, no solo no protestó, sino que se alegró sobremanera, pues en su fuero interno lo deseaba desde que tuvo uso de razón, aunque nunca osó manifestarlo públicamente, porque su inteligencia fiel entendía ese tipo de manifestaciones impropias de un buen hijo, cuyo único deber consiste en la obediencia. La armonía que esta decisión, deseada pero inesperada, produjo en el joven Hamet hizo que pronto destacara por sus saberes sobre el *Fiqh* y la *Ulama,* el Derecho y la Religión, llevando las esperanzas de su padre, y sobre todo las de su abuelo Ali, mucho más allá de sus primeras expectativas, pues en todo Al Ándalus y buena parte del Magreb se sabía ya que Hamet ibn Quzman era, a los veinte años, uno de los mejores juristas de su tiempo. Los musulmanes acudían desde los cuatro puntos cardinales a buscar su dictamen y su consejo de joven sabio en los asuntos más espinosos, y los estudiantes se precipitaban a su alrededor. Su ciencia se propagaba y su nombre se hizo famoso. Por eso, pese a su juventud, Hamet servía ya como verdadero sostén de la familia, en tanto que las fuerzas de su padre iban agotándose rápidamente hasta apenas caminar ya sin ayuda. Para subirlo al alminar, había sido necesario que dos esclavos se turnaran llevándolo en brazos.

Padre e hijo pasaron todo el día en el minarete, enmudecidos, sin pronunciar otras palabras que las prescritas para las oraciones. No ingirieron ni agua ni alimentos, pero no sintieron hambre, concentrados como estaban en escrutar en vano el horizonte en busca del ser querido. Encaramados en la altura donde esperaban desde el amanecer, el punto más alto de la elevación rocosa donde la ciudad desafiaba al tiempo desde hacía cientos de años, los Banu Quzman podían contemplar un espectáculo de belleza hipnótica. Un océano de colinas suavemente onduladas, amarillas de trigo o verdes de pasto, cortado por la mitad por la herida sinuosa y azulina del río Guadalete, el *Wadi al-tin*, y salpicado de bosquecillos de olivos e hileras de viñas milenarias. Al este, las sierras ricas en madera, caza y nieves. Y al fondo, hacia el oeste, el mar brillando bajo la línea del horizonte.

Desde niño, a Hamet le gustó subir al alminar y pasar largas horas contemplando las acrobacias de los pájaros y las nubes de polvo que levantaban las rejas de los arados, con su promesa de pan. Sin embargo, ese día los únicos remolinos que ascendían de la tierra eran fruto de los incendios de casas, alquerías y molinos.

La luz declinaba rápidamente. Las formas de la vida empezaban a difuminarse. Mientras por el este avanzaba la negrura, por el oeste desaparecía el reflejo del sol, la claridad rojiza que da comienzo al tiempo prescrito para la *Oración de la Noche* (*salat al-Atma*). El muecín ciego de la mezquita mayor acudió puntual a la cita con su cometido y, después de pedir respetuosamente permiso al cadí, empezó a cantar la última llamada a la oración: «Dios es el más grande, Dios es el más grande, declaro que no hay otro Dios que Allah, declaro que no hay otro Dios que Allah, declaro que Muhammad es el profeta de Dios, declaro que Muhammad es el profeta de Dios… venid a la oración, venid a la oración, venid a la oración, venid a la salvación, venid a la salvación…».

Los Banu Quzman se postraron y recitaron en voz alta durante las dos primeras inclinaciones la *Umm Al-Qu'ran* y una *sura* más por prosternación. En las dos últimas inclinaciones declamaron la *Umm Al-Qu'ran* en voz baja. Cuando terminaron, Hamet ayudó a su padre a incorporarse. Al viejo cada día le costaba más culminar todas las prácticas rituales, entre los crujidos de protesta de sus rodillas y las punzadas de la lumbalgia crónica que padecía.

—Se hace muy tarde y apenas puede verse nada. Debemos regresar —dijo Ismail, con el corazón desgarrado. El hijo obedeció, acomodó a su padre en las fuertes espaldas del esclavo y se dispuso a iniciar el descenso. En el último momento antes de abandonar el minarete, Hamet lanzó una postrera mirada en dirección al noroeste, desde donde habían llegado los últimos escapados de la carnicería, y, de refilón, reconoció las formas peculiares de su hermano, esta vez caminando torpemente, con ayuda de una pica quebrada a modo de bastón.

Cuando los esclavos enviados por Ismail alcanzaron a Muhammad, ya en las proximidades de la barbacana exterior de la muralla, el guerrero casi se derrumba en sus brazos. Con mucho cuidado, lo llevaron al hogar de los Banu Quzman, una casa enorme adosada a los muros del patio de la mezquita mayor de Sherish, erigida por los almohades para aumentar el lustre de la ciudad del Guadalete, donde podían rezar treinta y seis hileras de fieles, hasta siete mil personas. Porque como señaló el afamado geógrafo y viajero Ibn Hawqal, en el mundo musulmán la importancia de una villa se puede medir por las dimensiones de su mezquita principal, y en esta época Jerez era una de las más importantes de Al Ándalus.

La vivienda de los Banu Quzman presentaba una apariencia exterior discreta, que la igualaba al resto de las casas del barrio, arracimadas en torno al templo. La fachada, sin embargo, escondía una mansión labrada con constancia y cariño por sucesivas generaciones, construida con ladrillos cocidos y madera de castaño. Cada generación había añadido a la morada mejoras, comodidades, ampliaciones y algunos lujos que ahora disfrutaba la familia. Hasan ibn Yafar la reconstruyó por entero, después del incendio causado por las tropas de Alfonso el Emperador en 1133 que arrasó la ciudad, y la enlució con yeso por dentro y por fuera. Ali ibn Hasan amplió su superficie y colocó terrazas en su parte más alta. Era de las pocas casas de Sherish que disponía de baños propios, aunque las mujeres de la familia preferían acudir a los públicos, el lugar predilecto de la sociedad femenina jerezana para reunirse a sepultar reputaciones o a arreglar y torcer casamientos. Por todas partes corría el agua, que regaba los diversos patios y jardines de color, donde crecían naranjos amargos y limoneros, y adelfas con su profusión de flores rojas y blancas; en invierno, un sofisticado sistema de calefacción distribuía el calor por todos los suelos y las criadas caldeaban los lechos con calientacamas perfumados. En las salas de uso común, tapices recamados, telas bordadas, vajillas y ajuares domésticos de diverso tipo hablaban de una familia próspera, avalada por una riqueza antigua y asentada.

Una vez aposentado, las mujeres de la casa limpiaron a Muhammad entre sollozos, mientras llegaba el físico. El baño y la espesa sopa de ajo, aceite y cebolla que le siguió obraron milagros, y el combatiente se recobró lo bastante como para relatar los hechos recientes, mientras el maestro de llagas terminaba de curar la profunda herida de su muslo y las diversas mataduras menores que lucía por todo el cuerpo.

—Los caballeros andalusíes, las tropas más fieles y preferidas por el emir Ibn Hud, nos encontrábamos en Murcia, guardando los pasos de la frontera, pues por allí se esperaba el ataque de los gallegos. Pero el rey Fernán mostró de nuevo su astucia. Por un lado, él mismo amagaba con asolar la llanada murciana con todo su poder, como había hecho en los años anteriores. Pero, a la vez, mandó a su hermano Alfons que concentrara las mejores tropas en Andújar, mientras que más partidas de refuerzo, con el mayor sigilo, cruzaban Sierra Morena por el valle del Jándula. Aunque nuestros espías dieron aviso de estos movimientos, el emir pensó que con ello el perro cristiano quería entrar en pinza en Murcia, para atraparnos en una tenaza por el norte y por el sur. Por eso ordenó que todas las fuerzas del ejército de los creyentes nos concentráramos en Mula.

Con creciente dificultad Muhammad relataba los pormenores de sus últimos pasos. De vez en cuando paraba buscando nuevas fuerzas donde ya no quedaban. Pese a los alimentos, su buena naturaleza y los

cuidados del mejor físico de Sherish, Abu Bakr ibn Rifa'a, también afamado poeta, la salud del guerrero se encontraba seriamente quebrada. Los esfuerzos de las últimas semanas pasaban su factura: ahora que por fin se encontraba en su hogar y se relajaba, le invadía un inmenso cansancio. Al cabo, era humano, como todos, pese a que él mismo lo dudara a veces.

—Sin embargo, pasaban los días y el esperado ataque cristiano no se producía. Ya empezaba el emir a tranquilizarse, considerando que al final los asociadores se habían asustado ante el poderío de nuestras armas, cuando llegó a Mula un correo, avisando de que las tropas del príncipe Alfons devastaban el alfoz de Córdoba con mil caballeros, entre los que se encontraban los mejores de Castilla, como Alvar Pérez de Castro y Gil Manrique, y más de dos mil quinientos peones. ¿Cómo era posible? El emir mandó reunir a su consejo de guerra y pidió explicaciones al jefe de espías. Antes de esa misma noche, la cabeza de este jeque lucía en una pica y el emir partía con la caballería en dirección al valle del Guadalquivir. Y yo con él, al mando de los caballeros de mi partida. Cuando llegamos a las tierras de Córdoba, después de cabalgar tres días con sus noches sin apenas descanso, encontramos por todas partes huellas de las correrías de los nazarenos: desolación y ruina. Porque más que en tomar ciudades, los idólatras parecían empeñados en causar el mayor daño posible en cosechas, huertas y aldeas. Talaron miles de árboles, arrasaron las mieses y el trigo verde. Los cadáveres de las bestias expandían por doquier un terrible olor. Sus huellas nos dirigieron al sur y siguiéndolas llegamos a la villa de Balma, a orillas del río Genil, que los gallegos acababan de destruir, matando a todos sus habitantes. Un contingente de los idólatras se había encerrado en el alcázar y desde allí nos lanzaban provocaciones e insultos. Durante horas el emir dudó entre cercar el castillo o seguir persiguiendo al grueso de los cristianos, que había partido pocas horas antes en dirección al oeste para seguir arrasando nuestras tierras.

Muhammad pidió otra copa de vino y aunque el físico le recomendó moderación, el joven rechazó su consejo con un gesto displicente. Con una señal de cabeza Ismail asintió y la esclava sordomuda que les atendía vertió de nuevo el líquido amarillo en las copas.

—Quizás vosotros, poco familiarizados con la ciencia de la guerra, consideréis las dudas del emir impropias de un caudillo militar. Todo lo contrario; si los *galaliqa* decidían dirigirse a Sevilla, la estrategia dictaba dejar que los almohades sevillanos se enfrentaran a ellos, y así los dos peores enemigos de los andalusíes mermarían mutuamente sus fuerzas. Conviene dejar que los perros se muerdan entre sí. Ahora bien, si marchaban hacia el Guadalete serían asoladas las tierras de los leales al emir y no las de los traidores, y eso no podíamos permitirlo.

Finalmente, nos llegó aviso de que los nazarenos habían puesto rumbo a Sherish y con ello quedaba despejada toda indecisión: los cristianos, con fuerzas mucho menos numerosas que las nuestras, corrían hacia una encerrona, pues dirigiéndose al sur quedarían atrapados entre los ejércitos de Ibn Hud y el mar. No disponían de otra posibilidad que, tarde o temprano, hacernos frente. Parecía llegada la hora de la justa venganza, de cobrarnos el tributo por las muchas derrotas que nos ha infligido ese perro de Fernán. Y por eso el emir mandó que partiéramos de inmediato en su persecución. Apenas un día de marcha nos separaba de ellos, así que calculábamos que pronto cruzaríamos las armas. Pero las fuerzas cristianas las componían tropas muy ligeras, sin prisioneros, y como botín acarreaban solo objetos de gran valor y poco peso, porque tenían claro su propósito primero de causar daño a los musulmanes, así que las cosas que no podían llevarse las quemaban o las destruían: el grano, los ganados, las casas, los molinos, todo lo dejaban atrás, inservible y muerto. Solo portaban el oro, la plata, las sedas y las especias que localizaban. Y nosotros nos vimos obligados a seguir sus pasos ligeros durante días, sin poder alcanzarles.

El médico había terminado su tarea, llevada a cabo con enorme minuciosidad y pulcritud, y se incorporó para marcharse. Antes de alejarse, Ismail lo agarró de la mano.

—Puedes quedarte, si lo deseas, Abu Bakr. Eres como de la familia y, además, el único físico no judío en la villa que merece este nombre. Quédate y comparte con nosotros una copa de vino y el relato de nuestro héroe. Quizás también puedas aliviar su corazón, tras haberlo hecho con su cuerpo, con algunas de tus bien rimadas cásidas.

El viejo y escuálido Abu Bakr se inclinó con la mano en el corazón, sin decir nada, siempre parco en palabras, y volvió a sentarse en los cojines. Muhammad siguió hablando.

—Finalmente, hace dos noches, cuando acampábamos en Alocaz, las velas nos trajeron noticia de que los cristianos habían establecido campamento a las afueras de Sherish, al sur, a orillas del Guadalete, después de haber llegado en sus correrías de saqueo hasta el gran mar del oeste. De inmediato, los jerezanos nos dimos cuenta de lo inapropiado del lugar elegido: si efectivamente los idólatras posaban allí, quedarían a nuestra merced si lográbamos llegar a tiempo, antes de que levantaran el campo. Así se lo hicimos a ver a Ibn Hud, que ordenó partir sin más demora. Amanecía el día de ayer cuando avistamos las torres de esta villa y el emir dispuso que nos desplegáramos, tanto a la vista de los cristianos como del pueblo de Sherish, que con sus gritos desde los adarves nos daba aliento y fuerzas para masacrar a los incrédulos. Pensábamos que no cabía escapatoria, pues pudimos comprobar que imprudentemente habían

acampado en *la isleta,* la pradera que todos bien conocemos en Jerez, rodeada por el río *Wadi al-tin* en sus tres cuartas partes. Nosotros, desde mucho más alto, esperábamos solo la orden del emir para caer sobre ellos. Pero Ibn Hud parecía disfrutar del momento y quería prolongarlo, pues desde los muros de Sherish la población no cesaba de loar a Dios y de arengarnos para que masacráramos a los gallegos. Mandó que tremolaran todas las banderas y estandartes; hizo sonar los atabales, albogues y cuernos para provocar el miedo en los enemigos. Los siete cuerpos de nuestro ejército se desplegaban como un abanico sobre los politeístas; en el centro, la guardia del emir, flanqueada a un lado por la caballería jerezana y al otro por los jinetes de Murcia. Los dos cuerpos de peones andalusíes iban después, aparejados con sus picas y ballestas. A ambos extremos, los salvajes gazules, que apenas podían parar quietos, por su falta de costumbre en la disciplina militar.

—Nuestras hermanas se dejaron la garganta arengando a las tropas y chasqueando las lenguas, como todas las mujeres de Sherish que lograron hacerse un hueco entre las almenas. Juntos admiramos desde allí el impresionante panorama del ejército desplegado, pero no pudimos distinguirte con seguridad desde tan lejos. Safa aseguraba que te había visto, pero ya la conoces, miente más que habla, así que posiblemente te contempló solo en su imaginación. —Por primera vez habló Hamet, en voz muy baja, como para sí, casi en un susurro imposible de comprender—. Pero, continúa, por favor, hermano, te he interrumpido.

—Yo también miraba de vez en cuando a las barbacanas, hermano, pero más por aburrimiento que otra cosa. Pues pasamos, como pudisteis ver, más de media mañana los muyahidines formados, esperando en la cima de la colina mientras los cristianos hacían lo mismo a las afueras de su campamento, también formados, en aparente tranquilidad, a pesar de que sumaban menos de la cuarta parte que nosotros. No sé si el emir trataba de esa forma de llevar el pavor a sus corazones, para que se entregaran sin lucha, o simplemente quería que recobráramos las fuerzas, tras una larga noche de cabalgada. El caso es que el sol ya se aproximaba a su cenit, y ambas huestes seguíamos una a la vista de la otra, galleando, sin movernos, cuando pasó lo menos esperado: los cristianos atacaron entre terribles alaridos remontando bravíamente, como si volaran, las pendientes que ascienden desde el río a los muros de Sherish.

Una fuerte punzada en el muslo hizo que Muhammad atajara su relato. Con un gesto, pidió más vino y la esclava no esperó esta vez el permiso del patriarca. Aunque no podía entender nada de que lo se decía en la sala, ella también parecía sobrecogida por la tensión que se palpaba en el ambiente.

—Después de unos momentos de estupor, en los que el emir parecía no creer lo que veía, dispuso que avanzáramos y comenzamos a descender con las lanzas enristradas. Cerrando un círculo, tratamos de envolverlos en un abrazo mortal, pero, como siempre, los bereberes ¡que Dios los enderece! empezaron a hacer la guerra por su cuenta y, desde los flancos, rompieron la formación y se dirigieron hacia los caballeros que les parecían más ricos y capaces de ofrecer un botín valioso, mientras en la retaguardia, sus esclavas entonaban cantos en su infame jerga para alentar su valor. Aquello fue más funesto para nosotros que una lluvia de flechas, pues en ese desorden se labró nuestra derrota ¡Qué cierto es que aquellos que más prisa se dan por entrar en combate son luego los más proclives a la huida vergonzosa! ¡Malditos sean mil veces! Una vez más mostraron los magrebíes que tras su apariencia feroz esconden un corazón blando. La mayor parte de ellos son más cobardes que mujeres huyendo. Cometieron un terrible pecado por la magnitud de sus consecuencias, ignorando el noble *hadiz* que dice: «El creyente es para el creyente como un edificio, cada parte del cual sostiene a la otra». Por nada del mundo se debe romper la formación… nunca… quien vuelve la espalda al enemigo perturba el orden y se hace responsable del crimen que supone la derrota.

Con la mirada perdida en el vacío, Muhammad creía encontrarse de nuevo en medio de la batalla. Los escuchantes, embriagados por la emoción, esperaban anhelantes que el guerrero continuara su relato.

—La colisión fue brutal; por todas partes volaban pedazos de lanzas quebradas y partes de cuerpos mutilados. Los cristianos parecían endemoniados y luchaban como leones: sus caballeros nos acometieron, cargados de hierro, e hicieron gran daño en nuestras filas, pero ante nuestra superioridad numérica, pronto fueron muchos los caballos muertos o heridos, así que la mayoría de ellos tuvo que seguir lidiando a pie, con los peones. Pero nada parecía desalentarles; en cuanto caían a tierra, se desembarazaban de las partes más pesadas de sus armaduras y seguían acometiéndonos con mazas, hachas y espadas. Al fondo, sus ballesteros, se mostraban infalibles: sus virotes causaban estragos entre los creyentes, que jamás vi una mejor puntería ni tan gran pericia en esa faena. O quizás todo se deba a que Dios (alabado sea) estaba enojado ese día con los musulmanes y, con su mano invisible, apuntaba los cuadrillos empendolados contra nuestros corazones. Los gallegos parecían multiplicarse y sus fuerzas no menguaban. Por el contrario, las nuestras empezaron a flaquear, pues el calor y la larga cabalgada comenzaron a mermarnos. Los cristianos, sin embargo, golpeaban y golpeaban, si caían se levantaban de nuevo. Uno de ellos, un gigante de más de seis pies que aún luchaba cargado de hierro, quebró su enorme espada descabezando

creyentes con molinetes de una amplitud y poderío nunca vistos y, lejos de amilanarse, arrancó de cuajo una enorme rama de olivo y con ella empezó a golpear a los nuestros, causando grandes estragos, mientras los suyos le vitoreaban.

La voz de Muhammad se quebró ante el recuerdo de sus compañeros despedazados. La esclava hizo ademán de llenar otra vez su copa, pero Ismail la detuvo con un gesto. Una vez recuperado de la emoción, el guerrero continuó su relato.

—Fue así como, contra todo pronóstico, los cristianos lograron romper nuestras líneas. Y de perseguidos, pasaron a ser perseguidores. Los cantos salvajes de los *galaliqa* se confundían con los lamentos de los moribundos. Como suele ocurrir, cuando la atmósfera se oscurece con el peligro todos huyen en busca de la propia salvación. Permitió el Todopoderoso que los corazones de los musulmanes se llenaran de pánico y empezamos a dispersarnos, mientras los idólatras, a pie y a caballo, ¡con nuestras propias cabalgaduras!, nos daban caza, sembrando de cadáveres las praderas. La lucha se atomizó en mil pequeños combates, que casi siempre se resolvían en contra nuestra. ¡Malditos comedores de cerdo, que su rabia les mate! Solo la noche y su desconocimiento del terreno que pisaban pusieron fin a la masacre, cuando ya casi no quedaba sangre derramable en nuestras venas. La oscuridad permitió que algunos combatientes lográramos salvar la vida, escapando por los descampados, escondiéndonos en grutas y acequias, al amparo de sotobosques. Algunos incluso se ocultaron entre las vísceras de los rocines muertos, cubriéndose de mugre y oprobio.

El recuerdo de la vergüenza le causaba a Muhammad más dolor que sus heridas. Bajó la vista, muy azorado. Su padre, para consolarle, le recitó unos versículos del Corán: «Los que huyen durante el combate, los que vuelven la espalda ante el enemigo, no tienen lugar entre los bienaventurados; serán maldecidos por Dios y recibirán un doloroso castigo cuando les llegue la hora», mientras ponía su mano en el hombro del guerrero que, reconfortado por la muestra de cariño y de piedad, siguió hablando.

—Yo tardé en entrar en liza, pues ese día Ibn Hud quiso tener a su lado a los jerezanos. Por eso permanecí mucho tiempo a la vera del emir, que contemplaba sin atacar las primeras evoluciones de los muyahidines desde un altozano. Conforme se fue haciendo patente el resultado de los primeros combates, los jerezanos le suplicamos que nos dejara embestir, pero el emir dudaba, hasta que finalmente, cediendo a nuestros ruegos, nos dejó arremeter cuando ya nuestras filas se habían quebrado. Al mando de mis hombres, di un rodeo para tratar de ofender a los gallegos por la espalda, pero fue en vano; los nuestros, en su huida precipitada, hacían imposible cualquier

estrategia, pues cada uno luchaba ya por su propia vida y no por la suerte de nuestro ejército, así que también los caballeros jerezanos acabamos por dispersarnos al poco tiempo. Traté de reagrupar a los que pude en las cercanías de un molino, pero antes de lograrlo, unos caballeros cristianos nos acometieron y nos empujaron hacia el río. Nuestras monturas se hundieron en el barro y en la arena empapada de sangre, así que tuvimos que descabalgar para luchar como peones, pero no cabía defensa alguna. Nos llovían los virotes y las azconas y en cuanto tratábamos de poner pie en tierra firme, los caballeros nos embestían con sus lanzas, devolviéndonos a la marisma. De una de esas lanzadas casi no lo cuento, pues el cristiano me buscaba el pecho, pero en el último momento logré desviar el golpe con el escudo, aunque no pude evitar este profundo corte en el muslo que me has curado con tanta pericia —dijo Muhammad mirando al médico con agradecimiento—. Así que no tuvimos más remedio que arrojar las armas y corazas, y cruzar el río a nado, para dispersarnos por las salinas de la orilla sur.

—Yo no he curado nada, hijo. Solo Dios puede sanar. Se nos conceden los momentos que el inexorable paso del tiempo nos tiene fijados. Los días y las estaciones nos van deteriorando. Solo a Él pertenecen la permanencia y la inmutabilidad… Dios puede atragantar con agua y matar con remedios. Me he limitado a limpiar y coser la herida y a ponerle algunos ungüentos que contribuyan a la cicatrización y a evitar que la llaga se pudra y devore la carne. Ahora ruega que Él quiera que no se infecte, algo que solo depende de Su voluntad. Pero, sobre todo, es necesario que no se abra, y eso sí que queda en tus manos. Tienes que permanecer en reposo al menos tres semanas, sin apoyar la pierna ni forzar el gran músculo del muslo. Necesitas dormir mucho, alimentarte bien y beber con moderación, porque tú, querido hijo, para saciar tu sed necesitarías una inundación —dijo el físico señalando con una ojeada de blanda censura la copa medio vacía que empuñaba el guerrero firmemente en su mano—. Ten presente que el hartazgo destruye los sueños, y tú hoy necesitas, sobre todo, descansar.

Muhammad asintió, agradecido, y se sintió embargado por una profunda emoción. Desde que era un zagal ¿cuántas heridas y mataduras le había curado el bueno de Abu Bakr? ¿Cuántas sangrías y cataplasmas le había aplicado? Siempre paciente, siempre cariñoso, siempre sereno y lacónico. Más de una vez había evitado que su padre le azotase… Muhammad dejó la copa en el suelo, puso su mano derecha en el corazón y siguió hablando.

—Algunos se agarraron a un madero, con la idea de dejarse arrastrar flotando hasta llegar a al-Qanatir, o a la isla de Qadish para pedir refugio y clemencia a los almohades. Pero yo y otros pocos

preferimos atravesar el río de nuevo una legua más abajo, y aprovechar la penumbra para tratar de llegar a Sherish. Sabíamos que los cristianos no contaban con fuerzas suficientes para poner cerco a una ciudad tan grande, pero aún no habían cesado en su cacería humana y se desplegaron por los campos buscando descabezar a los supervivientes: donde nos hallaban, allí mismo nos mataban. Cientos de musulmanes errábamos por los montes como ovejas sin pastor, tratando de sobrevivir, hasta que Dios mandó que la oscuridad nos ayudase y tras vagar toda esa noche y la mitad del día siguiente escondiéndonos de las patrullas cristianas que seguían buscándonos, pudimos ver como finalmente los gallegos se dirigían al norte. Y así, con el camino libre, pusimos rumbo directamente aquí, donde llegamos con el sol ya puesto hace unas horas… Y este es el relato de lo ocurrido. Ahora te ruego, padre, que me dejes retirarme a descansar, pues estos huesos han sufrido muchas calamidades en los últimos días y añoran reposo. Después del baño, de la cura y los buenos alimentos, creo que voy a estar durmiendo tres días enteros. Espero que nadie me despierte, a menos que llegue una orden del emir, si es que sigue vivo, llamándome a su lado. En ese caso os ruego que me despertéis de inmediato, pues juré combatir hasta el último aliento en defensa de la fe.

2. Sherish. Agosto de 1233

Cuando Muhammad se dirigió a descansar el físico pidió permiso para marcharse a su propia casa. La esclava retiró las bandejas con las copas y las jarras, y se fue también a dormir. Hamet y su padre se quedaron en el patio, al fresco de la noche estival. Pero poco pudieron disfrutar esa velada aciaga de uno de los mayores encantos de Sherish, colocada sabiamente por Dios ni demasiado cerca ni demasiado lejos del mar, de manera que podían sentir sus influjos benéficos, sobre todo en el ardor del verano, sin los inconvenientes de los vientos y la humedad que hacen tan penosa la vida en las orillas del gran océano durante el invierno.

Padre e hijo permanecieron un buen rato callados, sumidos cada uno en sus propios pensamientos, mientras el caño de la fuente que borboteaba en medio del patio les arrullaba con sus cantos inagotables. El relato de Muhammad les había dejado desalentados y cabizbajos.

Hamet observó a su padre en la penumbra; no era tan viejo, poco más de cincuenta años llevaba sobre la tierra, pero la mala salud y las recientes preocupaciones le acortaban los días. Probablemente ya no le quedarían muchos más y ello le llenaba de dolor y aprensión.

¿Quién llevaría las riendas de la familia cuando faltara el pulso firme del respetado Ismail Ibn Ali? Pero, sobre todo, Hamet se sentía culpable por no haber podido amar a su padre tanto como a su abuelo, Ali, una personalidad deslumbrante que se hacía querer por todos y que en el final de su vida se veía reflejada en su nieto preferido; por eso siempre fueron ambos uña y carne, un binomio que solo la muerte pudo desenredar. Ismail, sin embargo, personificaba la pura discreción. Su principal propósito en la vida consistía en pasar inadvertido, dedicado a su oficio, a su familia y a Dios, sin estridencias ni alharacas. Una figura más bien anodina, pero con un corazón de miel y un sentido del honor que ninguna de las pruebas de la vida había logrado erosionar. ¿Podría Hamet, con sus pobres fuerzas, llevar las riendas de la familia, con la misma firmeza y buen tino que su padre?

Ismail pareció adivinar lo que le preocupaba, pues sin mediar palabra contestó a una pregunta no formulada:

—Cuando yo falte, y para eso ya no queda mucho, recaerá sobre tus hombros el peso de esta casa y el deber de aconsejar a tu pueblo. ¡Mi querido hijo! Espero que puedas soportar esa carga y afrontarla mejor que yo. ¡Pobre de mí! No he podido ayudar a los musulmanes de Sherish a tomar las decisiones correctas. ¡Ni siquiera mi primogénito me ha escuchado! Y ahora yace herido bajo mi techo, obsesionado en retomar esta lucha sin esperanza. Siempre supe que nos encaminábamos hacia el desastre, pero no he sabido hacérselo ver a nadie… me ha faltado pasión y persuasión hijo mío.

—Espero que Dios, ¡ensalzado sea!, tarde mucho en llamarte, padre. Esta familia y esta ciudad te necesitan. Pertenecemos a una estirpe longeva, lo sabes… y no olvides que la vida natural de las personas, según sostienen médicos y astrólogos, comprende los ciento veinte años de un gran ciclo lunar…

Cuando escuchó a su hijo, el cadí empezó a reírse con fuerza, pero las risas acabaron en una intensa tos. Con la ayuda de Hamet y de unos tragos de agua, recuperó el resuello.

—¡Ciento veinte años…! No los querría aunque me los regalaran… ¿Acaso crees que soy un patriarca bíblico, el nuevo Noé (la paz y la bendición sobre él)? Bien sabes que los hombres no vivimos más allá de sesenta o setenta años… No hijo, mi tiempo se agota, lo sé, y no me quejo. Nuestro paso por la tierra no es más que un corto periodo preparatorio. Los días, las enfermedades y las preocupaciones nos van deteriorando. Sé que Dios (El Viviente que nunca muere) me espera en el paraíso, pues siempre he seguido sus pasos y he tratado de mostrarme sumiso a su voluntad. No me asusta la muerte. Sin embargo, reconozco que me aterroriza la vida, el inmediato presente. Mucho me temo que nada bueno espera al islam en los próximos años.

No por esta batalla, que al cabo no será sino una más: miles ha habido antes y cientos de miles se producirán en el futuro. Y aunque ahora Dios nos ha vuelto la cara, permitiendo la derrota de los creyentes cuando ya acariciábamos la victoria, en otras ocasiones los cristianos morderán el polvo. Las batallas se ganan o se pierden, pero la guerra… Esta guerra, hijo, la vamos a perder los musulmanes, no tengo duda. Se avecinan tiempos duros. Habrás de tomar decisiones difíciles. Pero sé que puedes afrontar esa tarea. La familia queda en las mejores manos.

—¿Pero qué haré padre, sin tu consejo? ¿Cómo guiar los pasos de los nuestros? ¿Cómo aconsejar a los líderes de la ciudad si ni siquiera estoy seguro de lo que debo hacer yo mismo? ¿Me harán caso, siendo tan joven?

—El tiempo lo dirá, Hamet. Pero tengo por seguro que acertarás con tus decisiones, siempre que las tomes después de haber empleado adecuadamente tu razón y tras implorar la ayuda de Dios, sin la cual toda empresa humana queda abocada al fracaso. Como repetía de continuo mi padre: «La Ley es segura: el hombre que obedezca». Pero cuidado, que te conozco, no dejes nunca que prevalezca la vana sabiduría de los hombres sobre la palabra de Dios, revelada por nuestro Profeta (¡qué Dios le bendiga y salve!) para facilitar la adoración y allanar los caminos hacia la felicidad.

Mientras hablaba, Ismail gesticulaba mucho, para dar énfasis a su discurso. Hamet lo escuchaba, como siempre, con atención, tratando de guardar todas las palabras en su memoria, atesorarlas como arma ante el desafío de un futuro inquietante.

—Los humanos —siguió diciendo el anciano— nos distinguimos de las bestias por el pensamiento, no por la fuerza. El más fuerte y salvaje de los francos ¿qué lograría, con sus manos desnudas, contra un toro? La razón y el sentido común son los útiles indispensables para conocer la verdad de las cosas. Es malo para el hombre pacer en los prados de la ignorancia, pues nada resiste a la fuerza de la verdad. Recuerda el dicho árabe que nunca se le caía de la boca a tu abuelo: «A aquel a quien le hierve el cerebro en verano, le hierve la marmita en invierno». En estas circunstancias, con los gallegos cada vez más poderosos y arrogantes, solo la astucia puede salvarnos, no la fuerza, ni siquiera el valor. Mira a tu hermano, no le teme sino a Dios. Y hace bien, pues aquel que teme a una desgracia es desgraciado, aunque se libre de ella. Sin embargo, de su mano todos iríamos a la segura perdición. No, Hamet, no te dejes arrastrar por su locura; debemos protegernos de él y, si podemos, ayudar a Muhammad a preservarse de sí mismo… Debemos ser resistentes y flexibles como esa palmera que asoma por encima de los tejados. Cuando llega el temporal y los demás árboles se quiebran, ella resiste doblándose hasta extremos

increíbles para volver a la posición inicial… Hay que luchar, pero también hay que saber cuándo rendirse, retirarse, recuperarse y esperar para atacar de nuevo… hay que saber mentir al enemigo de Dios, no hay en ello deshonor, sino una forma de mostrar astucia e inteligencia. Debemos hacer como sugiere el proverbio: «Besa la mano que no puedes morder». Hemos de someternos a los cristianos, humillarnos si es preciso, para que podamos un día recuperarnos y echarlos de nuestras tierras, como ya hicimos otras veces en el pasado.

De nuevo la quietud reinó en el patio. La luz de la luna invitaba al descanso, pero aún no cabía irse a dormir. Ambos sabían que había llegado el momento de tomar decisiones, que el nuevo día debía encontrarles con un plan trazado para asegurar la supervivencia de los Banu Quzman, pues a quien espera demasiado tiempo, Dios le retira su protección.

—Creo Hamet que esta derrota representa una señal evidente de que Ibn Hud no cuenta con el favor de Allah: no es el emir que necesita Al Ándalus, sino un oportunista. Su fino olfato le permitió aprovechar el descontento popular ocasionado por la sequía y la hambruna de hace cinco años para rebelarse en el valle de Ricote contra los almohades y hacer que el sermón se pronunciara en su nombre. Pero con su sublevación lo único que ha logrado es la definitiva desmembración del poder almohade en la Península, no su sustitución por otro. Dios así lo ha querido, Él sabe por qué, nosotros no, pues es omnisciente y nada le resulta vedado.

Hamet escuchaba a su padre, mientras evocaba los sucesos a los que habían asistido, desolados, los andalusíes, en los años previos. Desde que murió el califa Abu Yaqub Yusuf, en 1224, e incluso antes, desde la gran batalla de La Cuesta, que los cristianos conocían como la de las Navas de Tolosa, las gentes de Al Ándalus apenas habían disfrutado de momentos de paz. Porque tras la terrible derrota y la desaparición del último gran califa almohade se produjo la rápida descomposición del imperio, caracterizada por la continua rivalidad entre jeques de las dos orillas que pretendían derrocar al nuevo califa desde el momento mismo de su proclamación. Por todas partes gobernadores almohades y caudillos andalusíes luchaban entre sí, declarándose soberanos independientes de unas pocas villas, alentados secretamente por la hábil diplomacia del rey de Castilla.

El vacío de poder fue aprovechado por malhechores de toda laya para imponer su ley en los despoblados. Muchas de las tropas que acudieron con el califa a luchar contra los cristianos y que fueron derrotadas en la gran batalla de La Cuesta, permanecían en Al Ándalus, fuera de control. La más sanguinaria, la de la tribu árabe de los hilalíes, llevaba años sembrando el terror en las tierras comprendidas entre Sherish y Écija, llegando en su arrogancia a

asaltar ciudades amuralladas para saquearlas. Eran gentes nómadas, de las más salvajes, que mostraban un nivel de violencia semejante al de las bestias irracionales. Causaban tanto pánico que los alcaides de las villas mandaban numerosas cartas de socorro al señor de Marruecos, afirmando que «los andalusíes tememos más a los beduinos árabes que a los cristianos que también asolan nuestras tierras». Pero poco podían hacer los desarticulados poderes locales contra fuerzas tan numerosas y aguerridas, que habían logrado el control de un amplio territorio, esclavizando a muchos de sus habitantes. Los andalusíes, destruida su confianza, hartos de que les arrebataran el fruto de los sembrados que constituían el sostén de sus vidas, temían la prolongación de su pesadilla. Cada verano los campesinos esperaban que los despojaran de su siembra entre fuegos de incendiarios y asesinatos a lanza y cuchillo. Por eso, abandonaban sus solares, huyendo de las brutalidades, y se arrojaban a los caminos.

También los cristianos se aprovecharon de la debilidad de los príncipes musulmanes, multiplicando sus cabalgadas y ocupando territorios. Las consecuencias de la derrota de Las Navas no se mostraron inmediatamente, pues la muerte de los victoriosos reyes Pedro de Aragón en 1213 y Alfonso VIII de Castilla en 1214 impidió a los cristianos explotar su éxito; las riendas de esos dos poderosos reinos quedaron en manos de sendos reyes niños manejados por los clanes nobiliarios, poco amigos de los ideales de cruzada. A ello se unió por esos mismos años la calamidad del hambre y la plaga, conduciendo todo a la firma de paces entre castellanos y almohades en mayo de 1215, tregua renovada seis años más tarde.

Y, sin embargo, el estruendo de las armas nunca se apagó por completo. Los reyes de León y de Portugal seguían en pie de guerra y sacaron ventaja de la llegada a Lisboa, en el verano de 1217, de una escuadra de cruzados holandeses y alemanes, camino de Tierra Santa, para recabar su ayuda a cambio de víveres y repuestos para sus naves. Aprovechando la ocasión, un potente ejército cristiano atacó Alcacer do Sal y la arrasó, después de conquistarla, pese a los esfuerzos desplegados por los gobernadores almohades de Sevilla, Córdoba y Jaén que acudieron en su defensa. Otro tremendo revés para las fuerzas del islam.

Acosados por todas partes, los almohades seguían perdiendo terreno, en medio de las desgracias y quebrantos creados por la sequía pertinaz que estragaba la tierra de Al Ándalus con su secuela de hambre. El cahiz de trigo llegó a valer quince dinares, cantidad al alcance de muy pocos. Los demás, debieron comer hierbas, bellotas y verduras silvestres. Progresivamente y sin cesar crecía en Al Ándalus la agitación y el descrédito de los almohades por sus fracasos frente a los cristianos y por su incapacidad para alimentar a la población,

hasta el punto de perder toda autoridad sobre las campiñas, conservando de hecho el poder solo en las ciudades. La inseguridad y las revueltas de los árabes nómadas contribuyeron a mermar la ya muy deteriorada imagen del califato almohade entre los andalusíes, y a socavar su autoridad sobre otros grupos del variopinto ejército de Al Ándalus, como los bereberes kumies.

En medio del caos reinante, el monarca almohade Al-Mamun no logró que lo reconociera la población, ni siquiera en las principales ciudades. Acosado, renovó los pactos de vasallaje con el rey Fernando, a cambio de que Castilla no atacase las tierras que los magrebíes aún controlaban en la Península. Por eso, cuando al poco tiempo de su ascensión supo que el califa magrebí, su hermano, había sido asesinado en Marraquesh, Al-Mamun decidió cruzar el estrecho para ocupar la capital almohade y hacerse con el trono de Marruecos con el apoyo de su señor el rey Fernando III, que le proporcionó un contingente de quinientos caballeros cristianos para luchar en África. Estratégicamente, esta colaboración supuso la definitiva desintegración del imperio almohade en Al Ándalus, pues poco después bajo efectivo control africano solo quedaron algunas plazas en la costa Atlántica: Qadish, Al-Qanatir y Rota.

Inmediatamente, caudillos y reyezuelos locales de ascendencia andalusí, amparados en sus gestas guerreras o en su patrimonio, trataron de hacerse con el poder dejado por los almohades y los más fuertes consiguieron extender algo su base territorial, pero sin que ninguno de ellos lograra restaurar la unidad de Al Ándalus.

En un primer momento, tras la revuelta iniciada en Murcia en 1228, pareció que su promotor, Ibn Hud, iba a prevalecer sobre los demás. Militar que se decía descendiente de los soberanos hudíes de la taifa de Zaragoza, tomó el título de *al-Watawakkil Allah*. Y fue prontamente reconocido en casi todas las partes del islam peninsular, gracias a su popularidad, su linaje y a sus éxitos de caudillo frontero; bajo su bandera se reunieron miles de descontentos, que buscaban zafarse tanto del yugo almohade como de la creciente amenaza de los cristianos; entre ellos, Muhammad ibn Quzman y un numeroso grupo de mozos jerezanos. Un rayo de esperanza brilló en el corazón del islam andalusí y por todo el sur de la Península se oró en las mezquitas invocando el triunfo de las armas del murciano.

Pero poco duró el espejismo: su autoridad comenzó a cuestionarse y en pocos meses estallaron las sublevaciones locales, una tras otra. Frente al imperialismo africano resurgía un nacionalismo andalusí; frente al poder unitario del califato se alzaban jefes regionales. Pese a sus éxitos iniciales y a sus alegaciones de superior legitimidad, tampoco Ibn Hud consiguió establecer de forma duradera su poder en el conjunto de Al Ándalus.

Como tras la caída del califato omeya y del Imperio almorávide, se repetía la historia que, como una maldición, afligía a la comunidad de los creyentes de Al Ándalus: tras la elevación de su esplendor y la extensión de su poder, los estados invariablemente se desintegraban y, en ausencia de un poder central fuerte, la soberanía se atomizaba en reinos independientes, enfrentados entre sí.

Al igual que otras veces, también ahora el verdadero beneficiario de este periodo de revueltas y disputas entre musulmanes era el rey de Castilla, extremadamente hábil al aprovechar las querellas entre los creyentes para multiplicar sus ataques en la frontera. Bajo el mando de un nuevo y vigoroso monarca, Fernando, las coronas de León y Castilla habían quedado de nuevo unificadas. El joven caudillo cristiano sabía superar y canalizar las turbulencias de la aristocracia, apoyándose en los concejos de las ciudades, que proveían a la corona de dinero y eficaces milicias. Desde el principio se impuso el monarca la norma de no guerrear con otros príncipes cristianos, dedicando toda la energía a la causa de la cruzada; campaña tras campaña, Fernando recorrió miles de leguas a caballo, con calores, fríos, lluvias o bonanzas, sin que nada le pusiera freno. Castilla cada vez más fuerte y bien guiada, volvía sus ojos al sur. Se sucedieron las cabalgadas contra Quesada, Jaén, Córdoba y hasta Sevilla, algo nunca visto en muchos años: ¡cristianos estragando de nuevo el valle del Guadalquivir! Pero Fernando tenía ya trazado un plan de miras mucho más amplias, porque su intención no se reducía a la obtención de botín, sino que araba el terreno para la siembra de futuras conquistas. Y pronto llegaron, bajo su mano firme que emprende, reformas dirigidas a acrecentar el poder del mayor estado de la península.

Mientras Hamet evocaba estos sucesos, su padre seguía hablando:

—Ibn Hud… ¡qué prototipo de perfidia! Es falaz y engañoso, pero hábil, sin duda. Ha logrado ocultar sus verdaderas intenciones durante muchos años. Alegando el yihad, consiguió hacerse con Granada, Almería, Málaga, Córdoba e incluso por algún tiempo con Sevilla. No me extraña que muchos andalusíes vieran en él el caudillo que necesitamos. Pero ahora, presa del impulso maléfico nacido de sus propios yerros, de su soberbia y locura, ha ido demasiado lejos; no duda en aliarse con gentes malvadas y viles, de la peor calaña, como el caíd al-Gusti, un bandido que saltea los caminos robándolo todo y a todos, bajo la excusa de que lucha contra los cristianos. Pactará con quien sea preciso, recurrirá a cualquier artimaña, pero solo para conservar el poder, no lo dudes… ¡Si hasta ha empleado argumentos religiosos contra los almohades, llevando la discordia al seno del islam! Ha mandado purificar las mezquitas manchadas según él por la superstición de los almohades, unos cismáticos que no obedecían al señor de Bagdad, descendiente del profeta Muhammad (Dios le

bendiga y salve). ¿Cómo puede ser tan sinvergüenza?

El viejo cadí se sofocaba cada vez que recordaba las herejías del emir que se proclamaba a sí mismo *al-Watawakkil Allah*, pero que no dudaba en pactar con cristianos para conseguir sus fines, acusando a los almohades de violentos exactores cuando él sangraba a los creyentes con elevados impuestos. Bebió unos sorbos de agua y siguió respondiendo a la pregunta de su hijo.

—Ya la causa de los andalusíes debemos considerarla perdida hijo mío, si no surge un nuevo líder que nos haga pelear a todos en el mismo bando. Y no creo que el señor de Arjona, Ibn al-Ahmar, sea ese caudillo libertador que necesitamos; más bien me parece un nuevo Ibn Hud, que ha recurrido a los alacranes de la intriga para conseguir poder y riqueza. Por lo que respecta a Zayyan ibn Mardanis, Valencia queda demasiado lejos y bastante tarea tiene el valenciano con defenderse del rey Jaime. En cuanto a Ibn Mahfuz de Niebla, parece más deseoso de arrojarse en manos de los gallegos que de luchar por la fe. ¡Dios nos ampare el deseo de poder de los hombres! No hijo, estamos descabezados. Mientras no tengamos ese jefe de la guerra que necesitamos, solo cabe esperar, como siempre, la ayuda que venga de África. Bien de los almohades o bien de los benimerines. Pero estos andan peleando entre ellos al otro lado del Estrecho y aunque parece que acabarán imponiéndose los benimerines, aun no puede descartarse un contraataque victorioso de los almohades, que distan mucho de estar aniquilados, y conservan muchas fuerzas y plazas, sobre todo al este, en Tremecén. Mientras tanto, aquí, en el Guadalete, los jerezanos seguimos acorralados: los almohades de Qadish controlan buena parte de la costa, por lo menos entre Rabita Ruta y Sant Beter, mientras los cristianos ocupan buena parte del norte y cada vez se muestran más atrevidos…

Hamet, faltando a una arraigada costumbre, interrumpió el largo discurso de su padre:

—Las opciones me parecen claras padre: ¿debemos seguir esperando a ese líder andalusí, o reclamar ya, cuanto antes, una vez más, como tantas veces antes, la ayuda de los bereberes del otro lado del Estrecho? ¿Cuál es según tu sabio juicio, la opción preferible? La comunidad de Sherish aguarda de nuevo el pronunciamiento de los Banu Quzman. Sin duda mañana mismo se reunirá el consejo de notables en la mezquita mayor, y todavía no conozco tu conclusión, si es que la tienes. ¿En nombre de quién se pronunciará la oración?

El viejo cadí contuvo su primer impulso de reprender a su hijo, comprendiendo su ansiedad. Todos los jerezanos tenían las almas en vilo, pendientes de acontecimientos que no controlaban, sin saber qué curso tomar y ambos sabían que reclamarían su consejo.

—Creo que ha llegado el momento de que los andalusíes tomemos

partido por uno de los bandos africanos, para que todos los musulmanes podamos plantar cara unidos a las naciones gallegas. Dios ayuda a aquellos que están unidos y les da sus bendiciones. Mientras sigamos disgregados, no podremos oponerles la fuerza suficiente. Debemos acudir de nuevo a implorar la ayuda de los cabileños. ¡Dios es amigo de los creyentes! Pensemos en lo que la historia de los últimos siglos nos enseña. Desde que acabó el califato omeya, siempre que los andalusíes hemos sido libres para gobernarnos a nosotros mismos hemos caído en el mismo error: lucha fratricida. Con ella ha venido el resultado más temido: la preponderancia de los francos, su empuje hacia el sur. Cada vez que nos dividimos, los cristianos nos arrancan un pedazo de tierra, y ya ocupan las principales plazas de la cabecera del valle del gran río, listos para caer sobre nosotros una y otra vez. ¿Quién ha sido capaz de pararles en los últimos ciento cincuenta años? Solo los bereberes. Primero los almorávides saháricos de Yusuf ibn Tasufin; después de ellos, los almohades se establecieron aquí, bajo sus reyes, Abd al-Mumim y sus hijos. ¿Quiénes sino ellos, u otros como ellos, serán capaces de detenerles de nuevo, y arrojarles al norte de donde nunca debieron salir? Estoy seguro, hijo: debemos convencer a nuestros dirigentes para que abandonen la causa andalusí y se sometan a la autoridad de los magrebíes, bien sean de nuevo los almohades, restaurando su legitimidad, o bien los benimerines; en realidad, da igual mientras sean musulmanes y logren unir a los creyentes en el yihad. Pero Dios es el Sabio, el Bien Informado.

Hamet se quedó un rato pensativo. Él no compartía la firme convicción de su padre. Bien sabía el alto precio que hubieron de pagar los andalusíes en el pasado por el apoyo africano. Los almorávides dominaron Al Ándalus y el poder de los andalusíes fue asolado, las tribus árabes aniquiladas. Los almohades reclamaron como pago por su ayuda un cuarto de toda la tierra cultivable e impusieron un régimen islámico muy rigorista, que iba contra las arraigadas usanzas de los andalusíes y fue una fuente continua de tensiones. Ahora se enfrentaban a lo mismo, o quizás a algo peor, porque aunque poco se sabía en el norte sobre las costumbres de los benimerines, nadie ignoraba que eran nómadas, hombres velados del desierto, habituados a una vida muy diferente a la de las gentes de Al Ándalus.

—Bien sabes padre, que se hará como tú quieras, y que tu voz será la mía en el consejo. Pero yo tengo muchas dudas sobre la conveniencia de acudir otra vez a los bereberes o a los árabes nómadas del Magreb. La sola mención de los hilalies despierta el espanto entre los andalusíes. Aún están muy frescas las huellas de sus depredaciones, de su horror… Si regresan, posiblemente acaben causando los mismos o peores problemas. Cuando se hagan otra vez

con el poder absoluto en Al Ándalus, ¿quién podrá cortar las uñas de sus garras? La gente está harta de los africanos, de los almohades; de su arrogancia, de su salvajismo, de su rigor y hasta de sus feas cabezas enturbantadas. ¿Cómo olvidar que fueron ellos quienes talaron las viñas y rompieron las botas de vino, desperdiciando en unas horas la labor de décadas de trabajo? ¿Cómo olvidar que fueron ellos quienes aniquilaron a los cristianos y a los judíos andalusíes, empobreciendo nuestra comunidad? ¿Acaso el califa Yaqub al-Mansur, el vencedor de Alarcos, no se jactaba de haber desarraigado el cristianismo y el judaísmo de Al Ándalus y de no permitir que existieran ya iglesias ni sinagogas? Hoy solo en las más apartadas aldeas de la alta montaña pueden encontrarse pobladores cristianos, que apenas se atreven a bajar al llano para vender sus ganados. Después de más de cien años entre nosotros, los almorávides siguen aferrados a sus usos tribales, y no se mezclan con nosotros. Y lo mismo o peor ocurre con los almohades y su furor místico, que les hace ver enemigos de Dios por todas partes. Quizás podamos convencer a nuestros dirigentes de que regresemos a la obediencia almohade, pero el pueblo… y, sobre todo, ¿quién convencerá a Muhammad para que abandone a Ibn Hud?

Otra vez el silencio se adueñó del patio. Ante la luna declinante, las estrellas reforzaban su fulgor. Ismail se levantó cansinamente y se dirigió hacia la fuente. Se arrodilló y, con dificultad, separó una de las losas que enmarcaban la alberca, dejando ver un hueco en el que introdujo profundamente uno de sus brazos. Ante la sorpresa de Hamet, el anciano extrajo de debajo de la alberca un ánfora cuidadosamente sellada y volvió con ella a sus cojines.

—Ve a buscar dos copas, Hamet. Tus alusiones al vino me han indicado que este es el momento de dar cuenta de la última de las ánforas de mi reserva secreta.

Hamet se sonrió ante la malicia de su padre, muy austero y disciplinado, y cuya única debilidad conocida eran los caldos de su tierra. Recuerda Hamet las largas discusiones de un Ismail mucho más joven con los santones almohades sobre el carácter pecaminoso o no del consumo de bebidas alcohólicas. Su padre argüía, con todo tipo de argumentos, que lo que el Corán prohibía era la embriaguez, no el consumo mismo de vino. Pero los bereberes, poco propensos a sutilezas teológicas, consideraban no solo el consumo, sino la misma producción y tenencia de alcohol, como el mayor de los pecados, algo propio de cristianos y judíos. No era la primera vez en la historia de Al Ándalus que los rigoristas perseguían la crianza y el consumo de vino, pero sí la primera en que no podía recurrirse a la excusa de que los caldos iban dirigidos a cubrir la demanda de hebreos y cristianos, ya que apenas quedaban de estos viviendo en Al Ándalus. Pese a la sólida defensa de los doctores andalusíes, los rigoristas puritanos del otro

lado del mar acabaron imponiendo sus reglas por la fuerza, así que desde hacía décadas resultaba muy difícil conseguir vino en Sherish. Muchas de las afamadas viñas de su comarca y de las de los alrededores, también de excelente calidad, como las de Tarbixena o al-Qanatir habían sido arrancadas torpemente por los criadores de camellos. Sin embargo, aunque costoso de conseguir y peligroso de conservar, el vino era la sangre de esta tierra, y muchas familias ricas de Sherish seguían consumiendo los alcoholes que se producían a escondidas o se importaban del norte a elevados precios.

Hamet apareció con dos de las copas más valiosas de la casa, las de las grandes ocasiones, como bodas o circuncisiones. La última vez que se usaron fue cuando él mismo regresó de Málaga, dotado de grandes conocimientos, tras haber asistido a las lecciones del ya por entonces muy anciano Abu Yafar ibn Abd al-Haqq ibn Simak, célebre especialista en leyes, el personaje más importante de Al Ándalus por su saber. Allí cursó con él estudios de Corán y de la ley musulmana, de lengua árabe y de poesía, y recibió la *iyâza* general para enseñar él mismo esas materias. De su mano navegó con rumbo firme por las procelosas aguas de la *Muwatta* de Malik, la más antigua compilación de Derecho islámico, un texto que, desde entonces, no tiene secretos para él. Hamet recuerda con orgullo sus primeros días después de su vuelta a Jerez, cuando empezó a acompañar a su padre a la mezquita mayor para ayudarle a ejercer las funciones propias de su cargo: el fallo de los contenciosos en materia civil y penal, y el desempeño de otras muchas funciones administrativas. Ismail se encargaba de dirimir litigios entre particulares concernientes al estatuto de la persona (matrimonio, divorcio, herencias, custodia de los hijos, etc.) e infligir las penas legales a los culpables de delitos previstos en el Corán y la *Sunna*. También de la ejecución de amputaciones y la fijación de compensaciones por daños. Tenía fama de persona piadosa y dura en sus sentencias. Asimismo se ocupaba de redactar documentos como actas de venta, de alquiler, de manumisión de esclavos, atestados o certificados diversos, todos ellos compuestos con una primorosa caligrafía y rematados con el sello del cadí, su firma y su rúbrica, con las que se validaban sus decisiones legales. Era persona muy apreciada en la ciudad que no cobraba nada a cambio de su trabajo, pues además de la mediana fortuna de los Banu Quzman, disponía de la cuantiosa herencia de su esposa Ruqaya, hija única de una rica familia sevillana, emparentada con los Banu al-Zuhri, también juristas y cadíes. De hecho, fue el primer Banu Quzman de quien se tiene noticia que actuara así, y su hijo Hamet continuó desplegando, cuando pudo, el mismo comportamiento, siguiendo el consejo de su padre de que jamás aceptase pago cuando fuera designado para un cargo de la *sharia*.

En la mezquita, tras invocar la ayuda de Dios y la gracia de su guía, Ismail tomaba asiento sobre una simple estera, rodeado de sus ayudantes: el *katib*, que armado de cálamo, del mejor papel de Játiva y de tinta, dejaba constancia de todo lo que allí se trataba, los *udul*, que redactaban las actas y contratos siguiendo escrupulosamente las directrices fijadas por el maestro malikí Abu-l-Walid ibn Rushd al Hafid, en su Formulario Notarial, y, sobre todo, los *muftíes*, entre los que se encontraba un jovencísimo Hamet, los jurisconsultos que asesoraban al cadí en cuestiones legales, mediante la emisión de dictámenes (*fatwa*). Cuando ocupaba el estrado del tribunal, Ismail limitaba sus palabras a las estrictamente necesarias, siendo breve en las introducciones y en las respuestas, y conciso en la conclusión de sus argumentos. De esta manera, trataba de aprovechar al máximo su tiempo y sus fuerzas, lo que resulta muy necesario para hacer frente al gran número de tareas que tenía encomendadas.

Fueron días gloriosos, los primeros de Hamet como asesor letrado: se sentía flotar cuando se le consultaba su opinión sobre algún punto concreto de la ley, o cuando su padre le pedía que valorara la actuación de alguno de los personeros que representaban a los litigantes. Por la noche, ya en la intimidad del hogar, comentaban en tono jocoso las anécdotas de la jornada: la falta de escrúpulos de aquel *wakil* (procurador), o la pose solemne y aristocrática del *hayib* (ujier), que cuando llamaba a alguien al estrado parecía investido de los poderes de un califa.

Pero también recordaba jornadas muy duras. Llevado por su amor a la poesía, Hamet redactaba escritos de un estilo ampuloso y rebuscado, con frases muy largas. Muchas noches tuvo que pasar en vela, tras haber roto su padre un texto a su parecer incomprensible y mandarle a escribirlo de nuevo, de un modo llano.

—El primer deber de un jurista —le decía entonces su padre, sentencioso— es la claridad. Si después de verter las ideas y los conceptos de una forma comprensible para la mente más llana eres, además, capaz de hacerlo con bellas palabras y figuras retóricas, tanto mejor, pero nunca puedes sacrificar la sencillez por la belleza de la prosa. Debes procurar corregir escrupulosamente tu estilo para ganar claridad y concisión. No olvides que la obra cumbre de Malik ibn Anas se llama el *Kitab al-Muwatta*, el «Libro del camino allanado», y sigue las palabras del califa Abu Ga'far cuando le ordenó su composición: «Abu Abd Allah, no quedan ya en la tierra más hombres sabios que tú y que yo, pero a mí el califato me tiene muy ocupado, de modo que a ti te corresponde escribir un libro que sea de utilidad para los hombres y en el que evites tanto la permisividad de Ibn al-Abbas como el rigor de Ibn Umar, y que debes hacer fácil a la gente». Por algo somos descendientes del famoso Ali ibn Hasan, tu abuelo, que conocía todos

los secretos del buen estilo para poder escribir las cartas, sentencias o manuales utilizando las palabras adecuadas a la idea que se quiere expresar.

Hamet le tendió a su padre las copas y este vertió el dorado líquido con cuidado, aspirando el aroma.

—Mira qué color más hermoso, aprecia el olor. Este vino viene de nuestras propias viñas, las de la parte de Asta, de los terrenos que heredamos de tu abuela Aixa, Dios la tenga en su gloria. Mi madre me contaba que su abuelo Ibrahim la llevaba de pequeña a pasear por las viñas y le decía que él le hablaba a las cepas, les contaba cosas de la familia, les informaba de los últimos acontecimientos y les pedía que fueran buenas y generosas con sus humores, que resplandeciesen al sol para nutrirse y acabar dando lo mejor de ellas en el vino. Hasta el último día de su vida, tu abuela nunca se acostó sin degustar una copa de vino dulce de sus viñas. Decía que de ese líquido estaba hecha su sangre y la sangre de sus antepasados desde tiempos inmemoriales. Verdaderamente el vino es un don de Dios, que alegra los corazones, inspira el espíritu y alimenta los cuerpos. Él nos creó de la tierra amarillenta con un soplo de vida y de ella nos permite obtener alimentos. La uva se produce con facilidad, el vino se conserva durante años sin estropearse en toneles de madera untados con resina, con relativamente poco esfuerzo pueden conseguirse enormes cantidades de bebida: hay que ser muy salvaje para no ver en el vino un regalo del Altísimo. Pero ¿qué pueden saber de esto quienes se han criado entre cabras y asnos, en medio de pedregales y arenas?

Hamet cogió la copa y, antes de beber, como le había enseñado su padre, introdujo la nariz para apreciar los olores. Y detectó tierra y roble, evocación del pasado y colinas onduladas pobladas de viñas. De su ensoñación le sacaron las palabras de su padre.

—¿Quién convencerá a Muhammad, me preguntas? Nadie puede. Dios da a cada hombre y a cada cosa su naturaleza propia y luego la guía. Quien ha sido creado para algo, en eso triunfará. Dios es quien decide… No se puede persuadir a tu hermano, es hombre que se deja seducir por lo que parece pero impermeable a lo evidente. Su lengua va más lejos que su inteligencia y no escucha más que lo que quiere oír, ¡Dios le corrija! No le falta agudeza, pues muestra astucia cuando se trata de emplear artimañas, pero le pierde la imprudencia. Y su soberbia: esa arrogancia que solo tiene quien se cree inmejorable… Siempre ha sido así: engreído y feliz, sin complicaciones ni matices. Para él todo resulta blanco o negro. Para el hombre intransigente no hay guía ni dirección: ningún sortilegio, ninguna argucia puede surtir efecto en él. Tu hermano Muhammad hace mucho que ha escogido su bando y su causa: sé que luchará por los andalusíes hasta su último aliento. Podrá cambiar de señor, pero no de partido. Mientras Ibn Hud

tenga un ejército, tu hermano peleará por él. Y si alguna vez el emir cae, entonces guerreará por aquel que le sustituya. Elegirá nuevo caudillo y le seguirá incondicionalmente como hace ahora. Buscará incansablemente un nuevo rey Lobo que humille tanto a los politeístas como a los bereberes; ya sabes cómo odia a los africanos. Está en su naturaleza y debemos aceptarlo. No olvidemos que Dios no censura la agresividad pretendiendo erradicarla del ser humano, pues si no existiera en él esa fuerza, también se perdería la posibilidad de hacer que la verdad triunfase, y desaparecería la guerra santa y la exaltación de su palabra. Allah solo censura la violencia que se pone al servicio del demonio y de deseos censurables. Pero si la coacción se ejerce por Dios y para Dios, es loable. De hecho, fue una de las cualidades del Profeta (que Dios le bendiga y salve).

Hamet se quedó un rato meditando sobre las palabras de su padre. Después dijo:

—Quizás Muhammad tenga razón, padre. ¿Seguro que Ibn Hud está acabado? ¿Y si finalmente logra imponerse como único rey andalusí?

El viejo miraba fijamente el contenido de su copa, como buscando en los posos del vino las palabras adecuadas para responder a la pregunta de su hijo.

—Nadie sabe nada seguro, salvo Dios, que todo lo sabe. Dios dice la verdad y conduce por el Camino. Pero ¿qué te dice tu razón?

Después de pensarlo un rato, Hamet contestó con una convicción formada de antemano, en muchas noches de insomnio, cavilando sobre su futuro, el de los suyos y el de la propia Al Ándalus.

—Comparto tu opinión, padre. Ibn Hud es un oportunista incapaz para regir un reino. Tiene alma de plebeyo, por mucho que adopte apariencias de rey. No es extraño que le apoye sobre todo el populacho y la gentuza. Hasta su alcurnia es un invento: pretende contarse entre los sultanes, ha adoptado los usos de la realeza sin pertenecer a ella y reclama ser llamado «mi señor», pero en realidad lo que consigue es que se burlen de él quienes contemplan estas farsas. Gasta más de lo que tiene en pagar a pícaros y gentuza para contar con seguidores. Uno tras otro, no para de cosechar fracasos contra los cristianos, y eso acabará costándole la cabeza, porque la base de su poder es endeble y ya nadie se fía de su palabra. Ha mostrado una completa incapacidad para cumplir una sola de sus promesas. Primero acató la soberanía de los Abasíes de oriente, acuñando sus monedas en nombre del califato de Bagdad, enarbolando su estandarte negro, para rechazarla posteriormente y reconocer como emir al hafsida de Túnez, Abu Zakariyya, al que más tarde traicionó igualmente para declararse emir independiente. Ahora pide la insumisión de los musulmanes y, al mismo tiempo, según bien sabemos, paga parias de mil dinares diarios al rey Fernando. No nos engañemos, este jeque solo se obedece a sí

mismo, y terminará de vasallo de los castellanos. La duda es: ¿podrá aparecer algún líder andalusí lo suficientemente fuerte como para lograr la unidad de toda la tierra de Al Ándalus y frenar a los cristianos?…

El viejo asentía con la cabeza y callaba, esperando que su hijo apurara el argumento. Estaban llegando a la clave de la cuestión. Sin necesidad de articular palabra, Hamet respondió a la pregunta no formulada.

—… pero creo que actualmente ese caudillo no existe. Muhammad ibn al-Alhamar tiene fama de buen militar y cuenta con la ayuda de sus aguerridos parientes, los Banu Askilula, los más peligrosos tagríes de la frontera. Acaba de proclamarse emir y ha logrado el apoyo de muchos de los decepcionados con Ibn Hud, en Jaén y en Córdoba, pero… no sé… me parece que el señor de Arjona no podrá ocupar, por ahora, ese puesto. Tiene a los calatravos a menos de media jornada de la sede de su poder, en Martos. ¿Cómo logrará imponerse en Al Ándalus si apenas puede conservar su ciudad? Bastante faena lleva defendiendo su independencia frente a los monjes guerreros. Por eso intenta hoy ganarse la protección de Ifriqiya, sometiéndose al soberano de Túnez, Abu Zakariya ibn Hafs. Pero Túnez queda muy lejos: aunque los hafsíes le protejan, dudo que pueda hacerse con el control de todo Al Ándalus.

Ismail asentía complacido tanto por el modo de discurrir de su hijo como por el hecho de que ambos compartían la misma opinión.

—Entonces, hijo, no nos queda más remedio que actuar en consecuencia y con realismo, alejándonos de sueños irrealizables. El poder del remoto señor de Ifriqiya no basta para frenar a los cristianos. E invocar la restauración del califato de Bagdad es un disparate, una quimera en la que algunos se han dejado enredar deslumbrados por lo que ha pasado en Egipto y Siria. Pero nosotros no contamos con un rey como Saladino. En verdad deberíamos lograr la unidad de los creyentes de Al Ándalus bajo un solo poder o, al menos, intentarlo. ¡Si pudiéramos establecer una soberanía andalusí lo suficientemente fuerte como para frenar a los cristianos…! ¡Qué bello sería! Pero hemos de ser realistas: no creo que lo logremos. No, Hamet, debemos ayudar a que de nuevo los bereberes del Magreb al-Aqsa, los que sean, instauren un califato poderoso como el fundado por el imán al-Mahdi, un califato que una a todos los creyentes de ambos lados del Estrecho y sea capaz de derrotar a los cristianos y humillar su arrogancia.

—¿Debemos entonces rebelarnos contra el emir Ibn Hud y ofrecer nuestra sumisión a un nuevo príncipe?

El viejo suspiró profundamente. Siempre la misma historia, pensó. ¿Cuándo podrán los creyentes vivir en paz y armonía, para extender el

islam por todo el mundo como Dios manda?

—Hijo… una rebelión… es cosa seria, peligrosa y dañina, que suele acarrear muchas muertes y desgracias. Resulta sin duda lícito, como hemos aprendido de nuestros sabios, que aquellos que quieren seguir fielmente la religión y caminar por las sendas de la fe se unan a una revuelta contra un príncipe impío, clamando por cambiar lo reprobable, prohibirlo y hacer lo que está ordenado. Pero… ahora mismo, todo es tan confuso, aquí y en África, que creo que debemos esperar. Los malvados caerán tarde o temprano y Dios nos enviará un califa para salir de este aprieto. Cumpliendo nuestro deber como creyentes y como líderes de nuestra comunidad hemos de convencer a los nuestros de lo que pensamos: con sutileza y argumentos.

Hamet asintió con la cabeza, degustando las sabias palabras de su padre, aunque su corazón, como el de todos los andalusíes, seguía lleno de dudas.

—Pero seguramente llegará el momento en que tendremos que tomar partido por alguno de los príncipes bereberes. ¿Qué crees que será preferible para nosotros, un califa almohade o benimerín?

Ismail contraponía a la creciente pasión de su hijo un mutismo pertinaz. Fija su mirada en el cadencioso movimiento de su copa, degustaba lentamente el preciado vino, sintiéndose más vivo que nunca caminando al borde de su existencia y percibiendo intensamente el paso del tiempo.

—Es pronto para saberlo, hijo. No conviene precipitarse, como han hecho los sevillanos… allí el populacho se ha sublevado contra Ibn Hud y el consejo ha elegido a Al-Baggí como líder. Pero este no se ha proclamado como emir, sino que se ha sometido al califa de los almohades… Nuestra familia siempre ha sido enemiga de los almohades, que con tanta saña ha perseguido a la escuela malikí, sembrando la discordia entre los musulmanes, ignorando el sabio reproche del califa Umar ibn Abd al-Aziz: «Aquel que convierte su religión en blanco de querellas es el mayor de los detractores». ¿Quién puede dudar de la fuerza de los hombres del desierto cuando aparcan sus querellas y logran unirse? El desierto es la causa generatriz de su bravura. Solo ellos han sido capaces de frenar al rey Fernán, porque con su fuerza y su hambre solo buscan agradar a Dios y apoderarse para gloria suya de lo que poseen otras naciones. El Mahdi logró que todas las tribus masmuda acudieran a su llamada, valiéndose de su ciencia y religiosidad. Pero actualmente los almohades no son tan fuertes, ni siquiera consiguieron recuperar Martos, hace seis años, cuando la tenían en la palma de la mano. Los monjes guerreros resistieron, como siempre, en el alcázar, hasta que tropas de los gallegos ocuparon de nuevo la villa. La misma historia que se repite una y otra vez desde hace años; y así los cristianos nos arrancan,

pedazo a pedazo, rincones de este suelo sagrado para el islam. Cuando los bereberes consiguieron acabar con el emir de Baeza, que ojalá se esté quemando en el averno, pareció que de nuevo los creyentes de Al Ándalus iban a estar unidos bajo un califa fuerte. Sin embargo, en menos de un año, el califa al-Adil fue asesinado y su imperio se sumió en una guerra civil. Ahora tenemos tres presuntos califas que reclaman la soberanía de esta tierra, además de varios emires en Al Ándalus que reclaman la unidad de los andalusíes contra magrebíes y cristianos. En principio, cabría pensar que es mejor ponerse bajo la autoridad del señor de Sevilla, pero ¿cómo confiar en alguien que mientras dice ser el comendador de los creyentes, es capaz de entregar al rey de los nazarenos trescientos mil maravedíes de oro para que dirija sus ejércitos contra las tierras de Ibn Hud? Debemos esperar a ver lo que resulta de la contienda que se libra en África. Porque los Banu Marín son una tribu a tener muy en cuenta: apenas han dejado de ser nómadas, beduinos como cuervos, tienen la fuerza de lo nuevo, la crueldad de los camelleros y el hambre de los pobres. Pueden ganar y hacerse con el territorio de los almohades. No olvides hijo, lo que nos han enseñado los sabios de la antigüedad: los nómadas tienen más denuedo para luchar contra los demás hombres, porque ocupan entre los humanos el lugar que ocupan los depredadores entre las bestias carentes de entendimiento… Es el momento de enviar a alguien allí, para que recabe información que nos permita analizar fríamente la situación y actuar en consecuencia.

—¿Has pensado ya a quién enviar para cumplir ese peligroso encargo? Debe ser alguien muy leal y de toda confianza.

El viejo asintió de nuevo. Llevaba días cavilando sobre ello, porque la empresa era cara y arriesgada; las probabilidades de que el mandadero regresara vivo, escasas.

—Se lo voy a pedir a Abu Yusuf ibn Lope. Es leal y nos debe muchos favores. Y… sobre todo: no tiene hijos. No quiero dejar huérfanos por el camino. Abu Yusuf es espabilado, sabrá evaluar correctamente la situación.

Sin necesidad de que su padre lo dijera, sabía lo que el viejo estaba pensando. Se trataba de analizar la situación no solo para ver qué bando habría de tomar la ciudad de Sherish, sino también para decidir si era conveniente o no que los Banu Quzman abandonaran Al Ándalus para trasladarse al Magreb. Temeroso de la respuesta, Hamet formuló la pregunta de las preguntas, la misma que miles de andalusíes llevaban años formulándose.

—¿Crees, padre, que ha llegado el momento de que nuestra familia abandone esta tierra y nos dirijamos al Magreb? Han sido ya tantos los que han marchado. Nuestros amigos, los Banu Manzur de Sevilla, se han ido a Túnez, y también los Banu Qasi de Silves han cruzado el

Estrecho. ¿No debemos imitarles? Algunos se han quedado a arreglar sus asuntos de la mejor manera, pero han mandado a sus mujeres y a sus hijos a Ceuta o a Bujía, a casas de familiares o clientes.

El viejo rellenó su copa y la de su hijo, se recostó sobre los cojines y miró al cielo hormigueante de estrellas. Desde niño había vivido con esa duda, pues también su padre, Ali, se preguntaba lo mismo. Cuando los cristianos empezaron a asolar las tierras del Guadalquivir con continuas correrías, muchas familias habían comenzado a su vez a cruzar el Estrecho para buscar allende los mares la seguridad que el norte no ofrecía. Pero bien sabía Ismail que paso tan arriesgado no podía darse a la ligera. Los andalusíes se sentían en África tan extranjeros como los bereberes al otro lado del mar. Compartir la fe no significa necesariamente vivir la misma cultura y costumbres. En el Magreb los cristianos no suponían todavía una amenaza, pero había otros muchos peligros. Los gobernantes se sucedían unos a otros, en medio de guerras y querellas, y el pueblo sufría esas calamidades tanto o más que en Al Ándalus. La huida no era siempre la mejor solución. Tantos años dándole vueltas a lo mismo y todavía sin respuesta.

—No lo sé, hijo, no lo sé. Ojalá lo supiera. Pero no lo sé. ¡Dios nos ampare de la desgracia! Si por mí fuera no saldría jamás de esta ciudad. Yo no soy como mi padre (Dios sea benévolo con él) que continuamente estaba pensando en viajar. Mi máxima aspiración a lo largo de mi vida ha sido no alejarme más una legua de la cerca de Sherish (Dios la proteja). Solo he viajado a Sevilla, para profundizar en mis conocimientos con los discípulos de ibn Surayh, en su afamada escuela coránica. Pero sé que debo pensar no en mis deseos, sino en lo mejor para la familia… Los nuestros nunca han sido puestos a prueba por las desgracias, no han conocido más que la felicidad y el confort, gracias a Dios. ¿Podrán afrontar las penas y las incertidumbres del exilio? No lo sé; por eso solo me queda esperar a que el Todopoderoso nos mande su inspiración para elegir el camino correcto, aunque sé que con ello nos arriesgamos a que se cierren todas las vías y no quepa ya escapatoria… ¿Quién sabe? Quizás mientras tanto Dios nos conceda un emir poderoso y fuerzas a los ejércitos de los creyentes. En este mundo, el auxilio solo puede llegar de la mano de Él. Pero sea quien sea el emir que el Invencible nos mande, quedaos alejados de él. No me gusta la familiaridad de tu hermano con los poderosos, que al cabo no trae sino desdichas. Con razón decían los antiguos: «Si eres amigo del príncipe, tomará tus riquezas, si eres su enemigo, tomará tu cabeza» —Ismail bajó la cabeza. Se sentía enormemente cansado, al límite de sus fuerzas, pero sentía a la vez fuertemente la obligación de ofrecer a su hijo una lección de piedad—. En cualquier caso, hijo, jamás olvides que, para todo, para absolutamente todo, hay un plan

divino que a veces resulta muy difícil comprender por nuestra humilde mente humana. ¿Acaso podemos escapar del decreto de Dios? Solo aquel que se obstina en el error se cree a salvo del destino. Pero precisamente en los momentos de tribulación debemos redoblar nuestra confianza en el Señor, mantenernos alejados de la ansiedad. ¡Ya está bien de preocuparnos por el mañana! —dijo en voz alta el anciano, mientras se incorporaba con dificultad, ayudado por su hijo —. Nuestras inquietudes no van a cambiar los acontecimientos. Recemos, imploremos el socorro divino y seguro el Todopoderoso nos dará su protección. Y yo me retiro ya a mi lecho: soy un viejo y necesito reposo.

Ismail se marchó, ya de madrugada, después de besar a su hijo en la cabeza. Hamet también necesitaba dormir, pero sabía que esa noche, por mucho que lo intentara, no lograría conciliar el sueño benéfico que levanta el velo de los sentidos. Habían sido demasiadas las angustias y las emociones de la jornada, así que se retiró al salón que hacía de biblioteca y sala de reuniones, en busca de la compañía familiar de sus amados libros.

3. Sherish. Agosto de 1233

Con la inquietud prendida en el corazón, Hamet llegó a la biblioteca, miró la chimenea, las viejas y queridas piedras negruzcas que habían asistido a tantas alegrías y tristezas familiares, a tantas reuniones, fiestas y coloquios y rememoró sin quererlo algunos de ellos. Porque desde que tiene memoria ha asistido muchas veces a la formulación de las mismas preguntas ¿Es el momento de emigrar a África? ¿Han de suplicar los andalusíes la ayuda de los bereberes contra los cristianos?

Sean reales o inventados, Hamet conserva viva memoria de hechos, lugares, viajes, relatos y hasta de conversaciones enteras de su abuelo, afirmando con frecuencia que «la conversación de la gente fecunda la inteligencia». Conversaciones mantenidas con él, o con otros nietos, o con alguno de los muchos amigos de Ali ibn Quzman, casi siempre letrados. Hurga en su memoria para tratar de encontrar los embriones de la pesadilla que hoy viven y confirma que ya entonces los suyos se enfrentaron a las mismas preguntas. Evoca un día muy lejano, en la primavera del año 1226, en el que asistió a una solemne reunión nocturna de notables en esta misma sala, convocados por el abuelo Ali ante la gravedad de las noticias que esa misma tarde llegaron a la medina: el rey de los castellanos, Fernán, al mando de un poderoso ejército, había atravesado los pasos de Sierra Morena, dando por finalizadas las treguas que siguieron a la derrota del califa almohade, en la batalla de La Cuesta en la que perdió la vida su tío Utman, tan

añorado por todos, y al que nunca Hamet llegó a conocer.

Al principio, a Hamet le sorprendió tanta alarma: buen estudiante, había aprendido que no era la primera vez que los ejércitos politeístas cruzaban los pasos para asolar el valle del Guadalquivir o la costa sur de la Península. Ya lo habían hecho Alfons, a quien llamaban el emperador, que llegó a conquistar esta misma ciudad de Sherish, y otro Alfons, rey de los aragoneses, al que llamaban el Batallador; y aún otro Alfons, en tiempos mucho más remotos, el rey rumí que conquistó Toledo, de quien se dice que llegó con sus razias al Estrecho y allí metió su caballo en el mar como claro indicio de sus intenciones. Pero pronto supo el muchacho el motivo de la preocupación que se palpaba en el ambiente: los castellanos contaban ahora con un poderoso aliado musulmán, el emir de Baeza, Abd Allah Ibn Muhammad al-Bayyasi, que se había proclamado califa independiente con el título de *al-Zafir* (el triunfador). Con su ayuda, los castellanos, capitaneados por el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, habían saqueado todos los campos y sierras cercanos a los puertos, y habían asaltado y destruido el poderoso alcázar de Quesada, arrasando la medina y su arrabal. Que una villa tan próspera, populosa y bien abastecida hubiera sucumbido en pocas semanas ante el empuje de los cristianos causó una enorme desazón en los creyentes. Quesada era famosa por sus baños y hospederías; allí se fabricaban platos de madera sacada de sus sierras. Una vez arrasados sus muros y desmochadas sus torres, los cristianos se llevaron cautivos a Toledo a los varones y también a las mujeres mayores con niños de pecho, donde llegaron por San Martin. Por las calles de la ciudad del Tajo desfiló tan gran multitud de cautivos que apenas podía creerse. El baezano anudó su alianza con Fernando entregándole a su hijo menor para que fuese con él a Castilla y así tuviese más confianza en el padre.

En ese momento que Hamet evocaba ahora no hubo acuerdo entre los presentes: había quienes pensaban que se trataba de una expedición más de saqueo, como las que se cruzaban a ambos lados de la frontera desde tiempo inmemorial, mientras que otros consideraban que la situación resultaba especialmente peligrosa y que había que prepararse, reclamar con todas las fuerzas la unidad de los creyentes y suplicar de nuevo la ayuda de los africanos. Su abuelo, lo recordaba como si lo estuviera viendo, miraba al fuego y callaba, sumido en sus pensamientos. Se pasó toda la noche casi sin hablar, escuchando a sus amigos, asintiendo a veces levemente con la cabeza.

Al día siguiente rememoraba Hamet que fue con su abuelo al campo, a recorrer las riberas pedregosas del Guadalete, como tantas veces hacían, para contemplar las maravillas de la creación. En sus paseos, el abuelo le hablaba de los árboles y animales que se

encontraban, le contaba anécdotas de cuando él era un mozo de su edad y zascandileaba con sus amigos por estos mismos lugares. Y también de los viajes que había hecho, personalmente o con la imaginación, pues su abuelo sabía de memoria los relatos de famosos viajeros andalusíes, como los del granadino Abu Hamid al-Garnati, que recorrió el norte de África, Siria, Irak, Persia, Transoxiana y el sur y centro de Rusia, y los del valenciano Ibn Yubayr, que culminó tres viajes a Oriente, visitando La Meca, Egipto, Siria, Irak, Palestina y Sicilia. El hombre en el que luego se convirtió ese niño fascinado consideró durante toda su vida esos paseos con su abuelo como los momentos más felices y hermosos de su existencia.

Ali, pese a sus achaques, no podía estarse quieto, y todos los días, ya hiciera frío o calor, lloviera o granizara, salía con su nieto preferido al campo o a las calles de Sherish a charlar con unos y con otros. Este solía participar activamente en la conversación, preguntando sin parar detalles y consultando dudas. Pero esta vez pasaba el tiempo y el abuelo notó que su nieto estaba muy callado.

—¿Qué te pasa Hamet? Estás muy callado esta mañana… ¿No estás disfrutando del paseo? ¿Ya no quieres a tu abuelo?… ¿O es que hay alguna moza que te ocupa los pensamientos? ¿Ya salta en tu pecho el corazón como una yegua enloquecida? Muy pronto empiezas, en ese caso. ¡Pobre hijo! En cuanto empieces a ser pasto de la lujuria ya no serás dueño de ti mismo y solo recobraras la libertad cuando alcances mis años. Pero ¡Dios sabe más y ha decretado que las relaciones entre hombre y mujer discurran de ese modo! De no ser por esa fuerza poderosa, que hace que los hombres busquen a las mujeres para tumbarlas y empalarlas en cuanto tienen ocasión, hace tiempo que nuestra especie se habría extinguido. Por consumar ese deseo la gente traiciona, roba, miente e incluso mata. ¿Es eso, queridísimo mío, lo que te preocupa? ¿Te ha robado la paz la sombra fugaz de algunos ojos? No te preocupes, enamorarse es como amar a Allah. Él quiere que nos unamos a las mujeres y que las honremos. Recuérdame que te entregue un ejemplar de *El collar de la paloma*, del famoso Ibn Hazm de Córdoba. En ese libro aprenderás todo lo que debe saberse del amor.

Hamet se puso intensamente colorado; el tema del sexo aún le causaba una enorme perplejidad y desconcierto. Poco comprendía y nada le explicaban, pero sentía que se adentraba en un mundo lleno de misterios. Hasta hacía poco tiempo, seguía acompañando a su madre y a sus hermanas a los baños de las mujeres; pero un día, una de las empleadas del *hamman* interpretó que las miradas que el zagal dirigía a una pelirroja aún impúber como él eran de deseo, y no de curiosidad por el color de su pelo, y discretamente mantuvo una conversación con su madre. A partir de ese día, fue excluido del

mundo femenino y pasó a la jurisdicción exclusiva de su abuelo, para contento de este.

—No es nada de eso abuelo. Aún no siento esa llamada de la que hablas y espero que tarde en llegar, pues no creo que pueda haber en el mundo algo que me guste más que acompañarte. Pero no puedo dejar de pensar en que también ayer por la noche estabas tú muy callado mientras todos hablaban y me pregunto sin cesar cuál podría ser la razón. Siempre que tú hablas los demás callan y escuchan. Y ayer pasaba justo lo contrario. ¿Qué piensas del rey de los gallegos? ¿Debemos temerle?

Ali se quedó mirando a Hamet fijamente, lo atrajo hacia sí y lo abrazó con una fuerza impropia de un anciano.

—Hijo ¡qué listo eres! Nada se te escapa. Serás la honra de esta familia. No como ese tarugo de hermano tuyo, que solo piensa en lanzas y caballos y aún no se sabe ni la mitad del Libro, pese a que es mucho mayor que tú. Serás un buen juez. Recuerda siempre esto, sobre todo cuando yo ya no esté para recordártelo: no hay mejor oficio en el mundo que el de cadí, considerado por Allah (ensalzado sea) en una posición tal que ninguna otra la supera, porque es la balanza de Dios con la que se equilibran los asuntos de los hombres en la tierra. Es una tarea dura e ingrata, pues, por lo general, si eres justo nadie queda contento, y si eres honrado te ganarás la inquina de los poderosos. Pero Dios, en su inmensa sabiduría, tendrá en cuenta todas esas penurias. No lograrás con ello grandes riquezas, quizás ni siquiera honores, pero tampoco te morirás de hambre. Recuerda siempre esto: el trabajo es una forma de oración que ilumina el camino del paraíso y nos protege contra los errores del pecado.

Las lágrimas empañaron los ojos de Ali. En esa época, sufría frecuentes arrebatos de emoción y lloraba con facilidad, sobre todo desde la muerte de su hijo Utman. Pero su cabeza trabajaba en perfectas condiciones. Por eso, en cuanto se recuperó un poco, contestó a la pregunta que le había hecho su nieto.

—Ayer callaba porque no sé qué decir, ni qué debemos hacer, Hamet. No lo sé. Pienso en ello constantemente, pero no encuentro una respuesta, pese a que ruego a Allah que ilumine mi entendimiento. Hay quienes dicen que debemos ponernos todos de parte de los almohades y respaldar otra vez al califa africano, para que bajo su mano poderosa todos los creyentes plantemos cara a los nazarenos, como hemos hecho desde que se guarda memoria. Bien nos enseña la historia que cuando los musulmanes nos ponemos de acuerdo somos invencibles. Así ha sido y así será siempre, con la voluntad de Dios, Todopoderoso e inmutable, al que nada le es inalcanzable ni en los cielos ni en la tierra. Pero ¿volver a caer bajo el yugo de esos salvajes africanos? ¿Vale la pena? ¿No es por su culpa

que hoy estamos desunidos? Bien cierto es que, cuando los *galaliqa* tomaron Toledo, y parecían estar a punto de quedarse con todo Al Ándalus, fueron los bereberes saháricos de Yusuf ibn Tasufin los que derrotaron a los descreídos en Zalaqa y les dieron castigo tan grande que tardaron décadas en recuperarse. Nos libramos entonces de los rumíes para caer en manos de otros amos, porque ¿cuál fue el precio que pagamos? Un gobierno fuerte sí, pero despótico y puritano, que despreciaba a los andalusíes y combatía nuestras costumbres, consideradas viciosas. Sí, ellos buscaban vicios por todos lados, como suele ocurrir, porque los poseían en abundancia. Nuestros príncipes de entonces parieron un dragón que no tardó tiempo de devorarles a todos. Pero la historia siempre parece empeñada en repetirse y conforme los musulmanes de Al Ándalus nos desuníamos, los cristianos crecían en arrogancia y otra vez peligró aquí la supervivencia del islam. Así que llegaron los almohades, también magrebíes y peores que los almorávides, y vuelta a empezar. Antes de que vinieran los criadores de camellos, vestidos con sus apestosas pieles, todo era diferente en Al Ándalus. Yo no puedo recordarlo, pues cuando nací ya mandaban los almohades, pero conservo en mi memoria los relatos de mi abuelo Yafar, que nació el mismo año de la caída de Toledo en manos de los politeístas. Me contaba mi abuelo que antes de los almorávides, los andalusíes regíamos nuestra vida según nuestras propias usanzas, tan diferentes a las de esos cabreros; pero, también me hablaba de la inseguridad reinante, por las constantes aceifas de los nazarenos, que año tras año recorrían esta tierra llevándose el oro, los ganados y cientos de cautivos. Y de los enormes tributos que teníamos que pagarles para que nos dieran un respiro, provisional, precario, para caer sobre nosotros con más fuerza poco después, mejor pertrechados gracias al dinero que nosotros mismos les entregábamos. Sin embargo, pese a que gracias a los africanos conseguimos por fin humillar a los idólatras, el salvajismo y tosquedad de los bereberes nos ofendía tanto que los habitantes de muchas regiones de Andalucía se rebelaron, porque preferían combatir ellos mismos, solos, los ataques de los cristianos, antes que seguir sujetos al gobierno de los cabileños, que robaban no solo a los gallegos, sino también a los musulmanes, pues confiscaron la cuarta parte de todas las posesiones de los andalusíes como derecho de conquista… Por eso, no sé si merece la pena apoyar otra vez a los cabileños y suplicarles que vuelvan a cruzar el Estrecho con sus camellos. No sé si será peor el remedio que la enfermedad. Aunque me da miedo siquiera formularlo de viva voz, ante ti puedo confesar que empiezo a pensar que quizás sea preferible someterse a los cristianos y aceptarles como gobernantes antes que seguir regando esta tierra con la sangre de los nuestros. Solo puede decir: ¡Señor! ¡Aumenta mi

ciencia!

Ali se percató del impacto que estas pesimistas reflexiones estaban causando en su nieto, y trató de enmendarlo.

—Pero hijo, tú no te preocupes ahora por eso. Piensa en que no hace tanto tiempo todos los andalusíes estábamos unidos bajo la mano firme de un mismo califa, bajo la poderosa dinastía de los Omeyas. Dios les había concedido un inmenso poder y nadie podía resistírseles, mucho menos los bárbaros cristianos del norte, aunque estos volvían a rebelarse una y otra vez y a rechazar el islam. Bajo su soberanía, el pueblo estaba protegido, reinaba la justicia, no había pobres y los *dimmíes*, cristianos o judíos, no nos causaban otra preocupación que la de conjurar sus añagazas para eludir las obligaciones coránicas que les permitían vivir bajo un poder islámico, sometidos a nosotros, como Dios lo manda… Así ha sido, Dios lo sabe, y así volverá a ser cuando Él lo quiera. ¡Que Allah nos conserve su apoyo y haga útiles nuestros esfuerzos!

Pero el muchacho era demasiado avispado como para que su abuelo lograra camuflar tras bellas palabras lo preocupante de la situación. Como tantas otras, aquellas reflexiones del anciano se quedaron grabadas a fuego en la memoria de Hamet y su impronta de hombre sabio que dudaba, algo impropio en aquel gremio donde todos decían hablar en nombre de Dios y saber perfectamente qué es lo que Él quería en cada momento.

¡Qué hombre tan inteligente y cariñoso y cuánto lo echaba de menos, sobre todo en estos momentos aciagos! Las principales enseñanzas de su abuelo no fueron las palabras, sino el ejemplo: era un hombre devoto de Dios, honrado, justo y prudente, amable y sin doblez; firme con los poderosos y compasivo con los débiles. Nunca se humilló, sino ante el Único. Jamás imploró. No tuvo nada suyo, pues todo lo compartía. Bien recuerda las riñas que le endosaba su mujer, Aixa, su abuela, mujer de carácter temible y verdadera ama de la casa, cuando averiguaba que su marido había perdonado alguna deuda importante, o había regalado a alguna familia menesterosa la mitad de las reservas de trigo. «Cállate, mujer, que tienes el corazón más duro que la cabeza», contestaba entonces el abuelo Ali, fingiendo un enfado que en realidad no sentía. Pues Hamet sabía que su abuelo amaba tiernamente a esa poderosa matrona, sin la cual la familia hubiera naufragado sin remedio, debido al talante pródigo del patriarca y a su falta de habilidades para la vida práctica. Pues aunque su abuelo sabía desentrañar los conceptos jurídicos más oscuros y volverlos de una resplandeciente claridad, era incapaz de evitar que lo engañaran los comerciantes menos avispados y solía pagar por casi todo un precio mucho mayor del real, ante la desesperación de su esposa, que acabó por prohibirle la participación en cualquier gestión logística, por

pequeña que fuera.

Piensa ahora Hamet que, por fortuna, pocos días más pasó su abuelo sobre la tierra, pues murió plácidamente, rodeado de los suyos, ese mismo invierno del año 1226. Se ahorró así la enorme vergüenza y el sufrimiento de saber que los agoreros tenían razón, pues en la primavera siguiente el rey Fernán bajó de nuevo por el puerto del Muradal, con un ejército aún más poderoso. Con la ayuda de su aliado musulmán, el traidor Baezano, se dirigió directamente al sur, hasta las mismas puertas de Granada, sembrando la destrucción por todas partes. Las poderosas ciudades de Martos, Alcaudete, Priego, Víboras, Loja y Alhama, la de los famosos baños, fueron expugnadas después de breves sitios. Sabedores de que su suerte estaba escrita, los cadíes de estas plazas se entregaron al rey de Baeza, considerando menos vergonzoso rendirse ante un musulmán, aunque renegado, que a un cristiano. Comprobando el rey que carecía de medios y de ingenios para un asedio eficaz de Granada, determinó emplearse en asolar la Vega, destrozando huertas, viñas y mieses.

Sin embargo, la desvergüenza del Baezano no parecía tener límites, pues antes de que los cristianos se retiraran de nuevo para pasar el invierno en su fría meseta, les entregó las alcazabas de Andújar y Martos, y, con ellas, las llaves de Andalucía, ya que desde entonces, ininterrumpidamente, los cristianos iban a cruzar los puertos cada primavera, con su ejército, para llevar la ruina y la muerte a los campos y ciudades de Al Ándalus. La tenencia de Martos, Porcuna y Víboras se entregó a la Orden de Calatrava en diciembre de 1228, con casas y términos para defenderlos, y con ello quedó asegurado por los cristianos el sector más oriental del valle del Guadalquivir. El rey Fernán confió la frontera en las manos de su más temible campeador, Alvar Pérez de Castro, y puso casi todos los alcázares de la zona en poder de sus monjes guerreros, los más rudos soldados de su época, que luchaban todo el año, pues su única ocupación era el combate y no debían ocuparse de sembrar campos, ni apacentar ganados o criar hijos. Desde los estratégicos castillos de Martos y Andújar, las guarniciones cristianas asolaban las tierras de los creyentes una y otra vez, llegando hasta las proximidades de Sevilla. Por eso, para librarse de este azote, y ante la impotencia de los almohades, fueron muchas las villas que se sometieron al rey de Baeza y, por tanto, indirectamente a los castellanos.

De nada sirvió la muerte del felón de Baeza junto al castillo de Almodóvar, a manos de los almohades, que se llevaron su cabeza a Marruecos, ni la heroica rebelión de los musulmanes de Andújar, Martos y Baeza, la primera de las muchas sublevaciones que a partir de entonces se producirían contra los nuevos señores cristianos. Y todas con el mismo resultado: la ruina y la muerte de los creyentes.

Los nazarenos sorprendidos fuera de las fortalezas acabaron muertos, pero las guarniciones encastilladas resistieron hasta que llegaron los refuerzos del norte, que hallaron las ciudades despobladas, pues los musulmanes huyeron temerosos de un más que probable castigo ejemplar. Y así, algunas de las más prósperas villas andaluzas quedaron por primera vez en quinientos años vacías de creyentes, y solo cristianos hubo en ellas desde entonces.

Alentadas por Castilla, las cruentas contiendas entre los caudillos musulmanes continuaban desangrando la tierra. Por si eso fuera poco, desde el otro lado del Estrecho, el califa Al-Mamun enviaba periódicamente sus milicias cristianas para saquear el valle del Guadalquivir, tratando que ante el empeoramiento de la situación las gentes de Al Ándalus se vieran obligadas a suplicar su ayuda. Mientras, las élites urbanas andalusíes, como los Banu Quzman, seguían buscando desesperadamente un jefe de la guerra para Al Ándalus que pudiera poner fin a la situación, unificando a toda la comunidad de los creyentes de España. Y los más prudentes no desdeñaban la posibilidad de que desde África un nuevo califato reinstaurara de nuevo el orden, aunque la temeraria política de los bereberes reforzaba el partido de los antialmohades y abría una sima de odio entre africanos y europeos.

Mientras continuaran las querellas internas, los cristianos seguirían cobrándose más y más piezas. La batalla de las Navas de Tolosa puso en manos de Castilla la principal vía de acceso a Andalucía, el puerto del Muradal, lo que permitió que, en pocos años, buena parte del valle del Alto Guadalquivir fuese incorporado a la Corona castellana. Nada parecía poder parar el empuje del rey Fernando, que ya había tomado Sabiote y arrasó también el campo de Iznatoraf. Después ganó Garcíes y Jodar, y derribó Torres; hacía pocas semanas, tras un prolongado sitio, había conquistado Úbeda. Los musulmanes de esta ciudad habían capitulado a cambio de que los cristianos les dejaran evacuarla y salvar las vidas y los bienes muebles que pudieran portar. La campaña se dio por finalizada al declararse una epidemia en el campo castellano.

Pero afortunadamente no fueron solo recuerdos ominosos los que acudieron esa noche a enturbiar la vigilia de Hamet. Con poco esfuerzo, pudo también evocar momentos de dicha.

Recuerda, sobre todo, las largas horas de discusiones sobre el Libro y la Ley, pues si bien el Corán y la *Sunna* son solo un único cuerpo inmutable, los hombres en su ignorancia discrepan a la hora de interpretarlos. Por eso la doctrina islámica se dividió en diversas escuelas, que en árabe fueron llamadas *madhab*, lo que en romance viene a significar «camino». Y así, por todo el mundo musulmán son continuas las disputas entre las personas letradas en la palabra divina.

En Al Ándalus, desde los tiempos del emir Hisam I se implantó definitivamente el rito y la escuela *malikí*, una de las cuatro ramas principales de jurisprudencia sunitas. Las enseñanzas de Malik ibn Anas, jurista de Medina, el más sabio de todas las épocas, fueron introducidas en esta tierra por algunos juristas andaluces que habían estudiado en esa lejana ciudad oriental con el maestro. Y los Banu Quzman son malikíes hasta la médula, poco dados a innovaciones y reverentes a la tradición, esa herencia de los antepasados que encierra tanta sabiduría y que, en cada generación, algunos insensatos se empeñan en cambiar, pese a su perfección.

Se ve a sí mismo como un niño, muy pequeño, sentado en las rodillas de su abuelo Ali, el más reputado jurista de su tiempo y hombre de vastísimos conocimientos, que había hecho la *rihla* a La Meca, por cuya compañía competían poetas y cadíes. Se recuerda asistiendo a las conversaciones sobre derecho, historia o literatura que mantenía su abuelo con otros juristas y hombres de letras de Sherish y de otros lugares, hasta los más alejados, que venían a la capital del Guadalete buscando su opinión. A su lado, Hamet tenía la sensación de que el tiempo no transcurría. Se dice que nadie ha sido capaz de igualar su prosa rimada, por lo que las copias de sus escritos y su correspondencia fueron siempre muy demandadas a ambos lados del Estrecho, por su vocabulario vigoroso y conciso, de pocas palabras, pero intenso significado, que consigue con exactitud transmitir el concepto deseado y, a la vez, crear una intensa emoción estética.

Hamet conserva de su abuelo recuerdos antiquísimos, casi inverosímiles, hasta el punto de que muchas veces duda si de verdad esos hechos tan lejanos que con frecuencia rememora ocurrieron de verdad o si los inventó él mismo. Porque nadie ha influido en la vida y la personalidad de Hamet como su abuelo Ali. A su padre lo quiere, como es propio de un hijo cabal, pero a su abuelo lo venera todavía como si fuera una divinidad pagana, algo que hubiera causado risa al propio Ali, que casi nunca se tomaba en serio a sí mismo, y consideraba que cada hombre representa la suma de la creación, la más acabada obra divina, encerrando cada uno de ellos todas las potencialidades y virtudes, aunque muchas veces queden ocultas y se mustien por falta de uso. Pensaba el viejo que el hecho de que solo algunos elegidos consigan desarrollar esas enormes capacidades depende tanto de la suerte como del entorno, o quizás de la propia voluntad divina, pues como su abuelo no se cansaba de enseñar, solo Dios es digno de alabanza, y siendo los hombres obra suya solo los necios, cortos de genio y romos de mente admiran las virtudes de lo creado en lugar de adorar al creador.

Cada minuto que el jovencísimo Hamet pasaba con su abuelo suponía un regocijo y un aprendizaje: su palabra le calaba como una

lluvia de conocimiento que regaba su espíritu inquieto y él se empapaba de esa ciencia como si fuera una esponja. Porque para su abuelo, todas las horas del día eran lectivas y todas las circunstancias de la vida constituían una ocasión de aprender. Consideraba que los niños debían comenzar su formación cuanto antes, en la edad más temprana. Cuando alguno le criticaba que perdía el tiempo hablando de derecho o de sesudas cuestiones filológicas, teológicas o históricas a chiquillos tan pequeños, el abuelo contestaba: «Pobre ignorante… sabe que los mejores corazones son los virtuosos y que los más abiertos al bien son aquellos en los que aún no ha entrado mal alguno. Es preciso hacer llegar la virtud hasta los corazones de los niños creyentes para que en ellos se enraíce; hay que advertirles desde que tienen uso de razón de las verdades de la religión y de las disposiciones de la *sharia* de manera que se habitúen a ellas, indicándoles lo que han de creer sus corazones en materia religiosa. Es tradición que enseñar a los críos el Libro de Dios aplaca la ira divina y que cuando se aprende una cosa de pequeño se fija en el alma, como hace un grabado en la piedra».

Gran e incansable conversador; en realidad no paraba de hablar con unos y otros, cambiando de idioma dependiendo de la ocasión, porque como todos los andalusíes cultos, los Banu Quzman siempre han hablado las tres lenguas del país con soltura: el árabe clásico, el dialectal y el romance, la *latiniyya*. Cada uno de ellos tiene su uso oportuno y sus interlocutores predilectos. Solo los incultos son capaces de expresarse exclusivamente en un árabe dialectal lleno de errores gramaticales y palabras latinas, y con una pronunciación tan extraña para los no andalusíes, que hace casi imposible el entendimiento con musulmanes de allende el Estrecho. Hasta consigo mismo conversaba sin parar el viejo Ali, pues tal era su forma de discurrir. Mantenía largas conversaciones con sus amigos, sobre cualquier asunto, aunque preferentemente sobre materias de derecho, historia o religión. Pero también con campesinos a los que preguntaba por sus cosechas, o con comerciantes, para interesarse por el valor de la seda o por las fluctuaciones del mercado de esclavos.

Las largas tertulias de su abuelo no solo tenían lugar en presencia de extraños, letrados o no. También tenía por costumbre reunir, de vez en cuando, a su alrededor, a todos sus nietos, desde los más pequeños hasta los ya casi adultos, niñas incluidas, para tener lo que él llamaba una «charla de estirpe». Hamet lo está viendo allí ahora mismo, en una noche de invierno, al calor de esa chimenea hoy fría y vacía, rodeado de nietos, repitiendo una especie de saga que de tantas veces escuchada se quedó grabada en su memoria:

—Queridos hijos, Dios pronto me llamará a su lado y antes de partir a la dicha infinita que me espera quiero hablaros de vuestros

antepasados. El Profeta (Dios le bendiga y salve) dijo: «Aprended de vuestras genealogías lo que os une a vuestros parientes». Y también el sabio califa Umar (Dios esté satisfecho de él) nos dijo: «Conoced vuestras genealogías y no seáis como los nabateos de al-Sawad, que cuando alguien les pregunta por su ascendencia, dicen: de tal lugar». La esencia del prestigio radica en los antepasados. Por eso voy a contaros algo, si Dios así lo quiere, como a mí me lo relataron, en noches como esta, en esta misma habitación, para que nunca lo olvidéis. Mi abuelo Yafar, que Dios lo tenga en su gloria, era un hombre único por la templanza de su carácter y su sabiduría, distinguido escritor y crítico, el jeque más grande de su tiempo: una de las luminarias de la escuela malikí en occidente. Él me pidió que os contara una y otra vez, como suelo hacer, esta misma historia. Y yo os pido ahora que vosotros se la contéis a vuestros nietos. Debéis tener siempre presente que somos gente muy afortunada, porque Dios nos ha permitido conocer la verdad, transmitida por su profeta, nuestro señor Muhammad, alabado sean Él, su familia y sus compañeros. Eso nos pone por encima de cualquier otra criatura de la creación. Nuestros antepasados habitaron esta tierra desde tiempo inmemorial y fueron bendecidos con la verdad cuando Allah trajo el islam e hizo que los árabes dominaran Al Ándalus. Pero no somos árabes: nosotros ya estábamos aquí cuando llegaron los árabes y los bereberes. Por eso, no debéis sentiros inferiores por no poder presumir de estirpe árabe o magrebí; todo lo contrario, pues somos los primitivos habitantes de Al Ándalus. Debéis, por el contrario, sentir orgullo de vuestros orígenes y dejar siempre muy claro ante quien quiera humillaros que sois muladíes, hijos y nietos de muladíes, como la mayoría de los musulmanes de Al Ándalus, descendientes de conversos al islam. Yo os puedo recitar más de veinte antepasados vuestros, hasta remontarnos a nuestro epónimo, un cristiano de nombre Guzmán, y quiero que vosotros guardéis esos nombres en la memoria, y se los repitáis a vuestros nietos. La genealogía anterior a este primer creyente de nuestra familia ha caído en el olvido, y está bien que así sea. Y no solo los Banu Quzman tenemos, como muladíes, motivo de orgullo: os podría recitar listas interminables de hombres y familias notables, los Banu Qasi de Silves, los Banu Furkun de Granada, los Banu Hazm de Sevilla… ¿Para qué seguir? Dejad para los necios la tarea vana e inútil de inventar genealogías de compañeros del Profeta (que el saludo de Allah sea sobre él). Como hacen casi todos los zanata, que pretenden ser árabes ¡los infelices!… Nosotros no somos como ellos; los que desciendan de árabes verdaderamente pueden con razón sentirse orgullosos de su estirpe, pues de muy lejos vinieron a esta tierra sus antepasados, nacidos en el centro del mundo, para traernos la palabra de Dios. Son pocos, pero algunos hay en Sherish, como los Banu Adha,

que vinieron a la Península con las tropas de Musa, durante el principio de la conquista musulmana de Al Ándalus. Los que descienden de los piojosos bereberes, peor para ellos: son como bestias y apenas tienen razonamiento. Pero lo peor de todo es no ser ni lo uno ni lo otro y, por vergüenza o deseos de obtener medro, inventarse antepasados. Así que nada de ensoñaciones yemeníes, ni evocaciones de largos viajes a lomos de camellos. Ni Hadramawt ni Damasco: vosotros sois andalusíes de pura cepa. Vuestros antepasados eran rumíes, o quizás francos de los que vinieron al sur cuando los rumíes degeneraron. Y un día fueron cristianos, como antes sus abuelos fueron paganos, hasta que (solo Dios sabe cuándo) se convirtieron a las enseñanzas del profeta Isa, sobre él la paz.

»Debéis por tanto sentiros muy orgullosos de vuestros antepasados. De la casa de los Banu Quzman, hasta hoy, una de las más ilustres de Sherish, y hasta de todo Al Ándalus. Nuestros hombres siempre han gozado de una posición destacada entre los sabios y los jefes políticos de esta ciudad.

»Tampoco debéis sentir vergüenza, sino todo lo contrario, por el hecho de que la mayoría de vuestros antepasados sean hombres de leyes. Pues también guerreros hay en nuestra estirpe; sin necesidad de remontarnos más lejos, Utman, mi hijo querido (Dios le dé su Santo Paraíso), mandó un destacamento de la caballería ligera andalusí en la batalla de La Cuesta, en 1212, y allí encontró el martirio, pese a que luchó con una bravura nunca antes contemplada por ojos humanos. Me contaron quienes combatieron a su lado, tal como yo os lo cuento hoy a vosotros, que con su sable descabezó a incontables enemigos, sembrando el pavor en las filas de los nazarenos; tantos gallegos mandó al infierno ese día, que su sable parecía el del propio Profeta (alabado sea) el famoso Dhu'l faqar, de punta bífida y mortífera precisión…

Como siempre que el abuelo Ali recordaba a su hijo Utman, sus ojos acababan llenándose de lágrimas, que se contagiaban a las nietas y a continuación a los niños. Y al final terminan todos llorando y dando gracias a Dios por su infinita bondad y sus inescrutables designios. Después de una buena llorera colectiva y familiar, el abuelo tomaba un poco de vino aguado y retomaba su discurso, exactamente en el mismo punto donde lo había dejado.

—Pero es cierto que el timbre de gloria de nuestra familia no viene de la fuerza de los brazos de nuestros abuelos, sino de su capacidad de razonamiento. En verdad ninguno de los nuestros descabezó a un rey de Galicia, pero vuestro bisabuelo Hasan, mi padre (Dios lo tenga en su santo paraíso), fue imán de la mezquita de Adabbas, la más antigua de Sevilla, y secretario de Rúbrica del califa Abu Yaqub: de su mano firme salían los gruesos caracteres de las formas rituales que

encabezaban los decretos y documentos oficiales de la corte, pues dominaba a la perfección las dos caligrafías, la oriental y la magrebí. Sobre los mensajes y ordenanzas del sultán, entre la *basmala* y el texto, escribía en grandes caracteres la fórmula ¡Alabado sea Allah y gracias a Allah! Bajo su mando un ejército de escribas y de letrados ejecutaba la voluntad del soberano. Y qué decir de mi abuelo Yafar (Dios le haya perdonado): el emir de Sherish no tomaba decisión alguna sin consultarle. Se distinguió siempre por hacer el bien y por formar parte de los buenos, manteniendo un comportamiento íntegro. Tanto le querían y respetaban sus conciudadanos, que le enterraron en el mismo lugar de su tribunal. Mi abuelo… ¡qué grandes cualidades le adornaban! Sobre todas, la generosidad con todo el mundo, sin excepción alguna, fueran huérfanos o esclavos, poetas menesterosos o morabitos. Cuando le criticaban su carácter desprendido y su poca preocupación por los bienes materiales, él contestaba: «Dios es generoso y ama la generosidad». Pero también tenía una capacidad eminente en literatura y un talento para escribir poesía como los grandes rimadores de todos los tiempos y era insuperable en las lecturas del Corán. Y él sucedió a su propio padre, Muhammad, también persona de saber y buen conocedor del *Fiqh*, en el cadiazgo de esta ciudad. Le ofrecieron, además, el cargo de emir, pero él lo rechazó, no considerando conveniente que una sola persona acaparara ambos puestos.

»Y muchos otros de vuestros antepasados ¡Allah les conceda su misericordia! fueron hombres de leyes siguiendo la tradición de la familia y con su esfuerzo trataron de llevar la paz de Dios a la comunidad de los hombres. Debéis saber que ningún oficio es más necesario y beneficioso para los hombres que el de los jueces: una comunidad puede vivir sin alarifes, sin médicos e incluso sin guerreros, pero en absoluto sin hombres buenos que medien en las disputas y hagan justicia, pues en ese caso la comunidad desaparece, aniquilada o dispersa, presa de los rencores y los ultrajes no solucionados. Entre gentes civilizadas, cuando alguien tiene agravios que reclamar, lo hace en la mezquita, y no se toma la justicia por su mano. No olvidéis nunca que a Dios se le puede servir tanto con la espada como con la pluma.

»Honrad siempre a vuestros maestros, incluso a los más humildes. Yo aprendí el *Fiqh* y la *Sunna* con los más reputados juristas de mi tiempo, pero de nadie aprendí más y mejor que de la persona que, siendo yo muy niño, me enseñó las lecturas coránicas. Con él conocí las diferentes partes del texto y los misterios de su ortografía. Porque toda formación debe comenzar por la comprensión del Libro de Dios (alabado y ensalzado sea) y de los deberes que la religión impone. Seguid luego con la lengua árabe, pues ella es el instrumento que

estimula vuestras lenguas; y procurad tener una buena caligrafía, pues es el ornato de vuestros escritos. Tened siempre presente que recibir instrucción supone un enorme privilegio, un favor, el mejor, que Dios nos hace a algunos afortunados. Porque la mayoría de la gente no puede pagarse una buena formación. E incluso aquellos que disponen de bienes suficientes no siempre tienen a mano expertos para contratar, o, teniéndolos, desdeñan las enseñanzas de los sabios y dedican su tiempo y su fortuna a otras actividades. Por eso, nunca, por largo que viváis, jamás desaprovechéis la ocasión de aprender. Arrimaos en lo posible a los ilustrados, bebed de sus palabras y, sobre todo, de su ejemplo. Si es preciso, recorred cientos de leguas, cruzad los mares, para buscar al mejor maestro, para ampliar vuestros conocimientos y ponerlos al servicio de Dios, que es la fuente de todo saber y de toda dicha. Y haced lo mismo con vuestros hijos.

»Recordad esto siempre. Recordad de dónde venís, quiénes son vuestros antepasados, porque de lo contrario se viene abajo el edificio de la estirpe.

Sumido en estas ensoñaciones, Hamet se quedó dormido sobre los cojines que enfrentaban la chimenea. Se despertó de frío, se levantó y se desentumeció con dificultad, identificando diversas punzadas de un dolor ya crónico y prematuro. «El precio de una vida dedicada casi por entero al estudio y la lectura», pensó. Salió de la biblioteca cuando todavía no había amanecido, y recorrió los desiertos pasillos de la casa. Al llegar por fin a su dormitorio, se desplomó sobre su cama y apuró las pocas horas de sueño que aún le deparaba esa larga y tensa noche.

4. Sherish. 1236-1240

Desde la batalla de Jerez, ningún ejército musulmán había osado enfrentarse en batalla campal con los ejércitos del rey Fernán. ¿Cómo olvidar que allí hubo casi cinco musulmanes por cada cristiano, que los creyentes disfrutaban de la posición más ventajosa, pues ocupaban la altura del campo, y que, aun así, los politeístas vencieron? Esta hiriente experiencia determinó que a partir de entonces la guerra deviniera en una serie continuada de escaramuzas, asedios, guerrillas y traiciones. Casi todos los caudillos locales musulmanes jugaban a varias bandas, vendiéndose unos a otros a cambio de un efímero respiro. Muchos de ellos, los de las ciudades más próximas a los dominios de Castilla, pagaban además a los cristianos elevadas sumas en oro a cambio de ver sus tierras libres de saqueos estivales.

Cada verano, llegaban al valle del Guadalquivir puntualmente las mesnadas de Castilla a cobrarse su tributo: saqueaban la tierra, hacían

cautivos, quemaban las mieses. Poco a poco, las plazas fuertes estratégicas iban cayendo en sus manos. En 1235, el rey Fernando puso sitio a Iznatoraf, alcázar muy poderoso que se le entregó inmediatamente, saliendo a salvo los musulmanes con los bienes muebles que pudieran llevar consigo. En la misma campaña los cristianos se apoderaron de Torres de Albep, que se entregó a la orden de Santiago, y de Chiclana de Segura. El rey victorioso dio entonces por concluida la campaña y regresó a Burgos por la fiesta de la Asunción.

Pero si la derrota de Sherish fue un duro golpe a la moral del pueblo andalusí, nada pudo compararse al impacto que supuso la caída de Córdoba en manos de los cristianos, en junio de 1236. Al principio, por Sherish circularon diversas versiones de lo ocurrido, pero en realidad nadie disponía aún de noticias ciertas sobre el suceso. La distancia enorme que mediaba entre ambas ciudades, la peligrosidad de los caminos, las bandas de guerrilleros y de bandidos que pululaban por doquier, impedían las comunicaciones y el comercio. Pero poco a poco se fueron sabiendo los detalles que agravaron la sensación de derrota y desvalimiento de los musulmanes. En aquellos momentos aciagos, muchos andalusíes creyeron llegado el anunciado fin de los tiempos. Cundió el horror y muchos vendieron sus bienes a bajo precio para marchar a África, ante el temor de que Fernando les echara al mar.

Sin embargo, una vez más, los castellanos se vieron obligados a demorar su progresión, ante la falta de recursos y de repobladores. Tan pronto como terminaron las solemnidades de la entrada y ocupación de la ciudad, el rey Fernando sintió graves preocupaciones: no había víveres suficientes ni eran de esperar pronto, mediando extensos campos improductivos en torno a la ciudad. La gente que tomó la medina no quería quedarse: faltando las vituallas, afectados por el cansancio, se apresuraban a regresar. Cuando ya parecía inevitable el abandono de la alcazaba, llegaron oportunamente ciento cincuenta caballeros de Segovia, provistos de armas y abundantes abastecimientos, y salvaron la situación. Al final, permanecieron en Córdoba quinientos caballeros de la mesnada real y otros tantos entre escuderos y peones, que se repartieron el caserío y la abundante tierra. Pronto llegaron también los judíos, a quienes se asignó un pequeño sector entre la puerta de Almodóvar y la gran mezquita, donde se construyó su sinagoga.

Además, el rey Fernando dejó de dirigir personalmente las operaciones poco después de la toma de Córdoba, y eso pareció mermar las fuerzas de los cristianos. Al gran rey le pesaban ya los años y cada día descargaba más responsabilidades en su hijo Alfonso, un príncipe avispado, pero cuya verdadera valía aún habría de

probarse.

Cuando pudo partir, Muhammad se fue primero a Sevilla, siguiendo a su líder, que tras la batalla de Sherish consiguió por fin arrebatar a los almohades, que le habían traicionado tantas veces, su capital. Desde allí, Ibn Hud reinó como emir de la parte occidental de Al Ándalus. Sherish quedó bajo su soberanía a cargo de un valí, Ibn Abit, un bereber de familia almorávide afincada en el Guadalete desde hacía más de un siglo, de las que se sometieron a los almohades sin dudarlo cuando quedó patente la contundencia de su victoria. Aunque los Banu Abit no permanecían tan incivilizados como los magrebíes recién llegados del Atlas con los almohades, seguían apegados a sus usos tribales y solo se casaban entre ellos. De una forma u otra, los bereberes llevaban gobernando Sherish torpemente desde hacía décadas, pese a que los andalusíes manifestaban desprecio hacia el Magreb y sus habitantes.

Sin embargo, el nuevo valí resultó un gobernante inesperadamente hábil. Poco a poco, con una mezcla de mano firme y diplomacia, consiguió expulsar a los restos de partidas de árabes hilalies que aún campaban por el norte de Sherish y recuperó el control de la región: volvió la paz a los caminos y se restableció el tráfico comercial. Algunas zonas despobladas, que habían dejado de sembrarse, volvieron a ser roturadas. La vida se abre paso siempre, a pesar de las guerras y de las calamidades, y lo mismo hicieron los Banu Quzman.

Más difícil resultó de enfrentar el problema de los árabes dentro de la propia ciudad, pues los Banu Riyah y los Banu Waqara llevaban años afincados en ella, aunque no se dedicaban a ninguna actividad productiva; se vendían como espadas de fortuna, apacentaban rebaños a veces, otras hacían de escoltas… pero enrocados en sus propias costumbres de nómadas habían constituido una sociedad aparte de los jerezanos, con los que casi siempre andaban en términos violentos. Y el valí aprovechó estas desavenencias; sumó a sus propias tropas una partida de voluntarios andalusíes de Sherish y los alrededores, muchos de ellos víctimas de los desmanes de los árabes, y adecuadamente concertados, aprovecharon la nocturnidad para matar a todos los varones adultos de los Banu Riyah y los Banu Waqara y a la mayoría de los niños, mientras las mujeres fueron entregadas como esclavas a los que habían sufrido daños de sus maridos, hijos o padres, a modo de indemnización.

Cediendo a los ruegos de su padre, Hamet por fin contrajo matrimonio con la mujer que eligieron para él, Zuhara bint Sulayman ibn Manqus, en la primavera de 1237. No es que el joven no deseara la compañía de las mujeres; también la naturaleza le llamaba a ello, pero por fuerte que sintiera ese impulso, sólidos rasgos de su carácter, como su timidez, su reserva y su gusto por la soledad, le movían a

retrasar lo inevitable. Pero Ismail insistía, temeroso de que su hijo se dejara arrastrar por desordenadas lascivias, o pecara de fornicación simple y se hiciera acreedor al castigo de cien azotes que manda el Corán, o, lo que aún resultaba peor, cayera en sodomía. «La mujer es un buen alimento y un medio para mantener limpio el corazón», le repetía continuamente su padre. «El apetito de la unión sexual es uno de los más poderosos que Dios ha puesto en el hombre, con la finalidad de propagar su especie. Si no te casas pronto, pecarás y ensuciarás tu alma. No olvides, hijo, que el cometido sagrado de la sexualidad es multiplicar la existencia y prolongar la vida. Preñando a tu esposa estarás haciendo la guerra santa, sobre todo ahora que los gallegos nos acosan. Tenemos el deber de multiplicarnos todo lo que podamos, de ser más numerosos que ellos. De lo contrario, no podremos cumplir el santo mandato divino de llevar el islam a todos los confines de la tierra». Ya estaba Ismail a punto de comprarle una concubina esclava a su hijo, para que tuviera relaciones lícitas —pues la ley permite tener relaciones sexuales con mujeres del Libro, judías o cristianas, por derecho de propiedad—, cuando, por fin, el muchacho accedió a casarse.

Los cónyuges no se habían visto antes, pero ni por un momento pensaron en oponerse a la voluntad de sus respectivas familias. Hamet, pasado ya holgadamente el umbral de los veinte, debía cumplir el deber sagrado de todo musulmán y perpetuarse para mayor gloria de Dios, pese a que su preferencia hubiera sido todavía retrasar un poco ese momento para seguir centrado en ampliar sus conocimientos. Recordaba bien lo que le decía su abuelo Ali: «Hijo, tendrás que casarte algún día, porque Dios así lo manda y porque es preciso perpetuar nuestra casta. Él nos creó de la tierra y nos hizo habitarla para vivir en ella como representantes suyos sobre los demás seres. Los claustros maternos y las viviendas nos sirven de refugio. El matrimonio es una fuente de virtud, pero no hay por qué precipitarse. Las mujeres, la familia, son una fuente continua de preocupaciones, una turbación para el sabio o para el hombre que aspire a una vida tranquila, sencilla y ociosa. Una vez que te cases te convertirás, aparentemente, en el señor de tu casa y todos habrán de obedecerte, pero la mayoría de las veces eso será, como te digo, pura apariencia. Cuando lleguen los hijos ya nunca disfrutarás de un espíritu libre de preocupaciones. Con frecuencia el hombre se convierte en el esclavo de su mujer y de sus hijos, de sus caprichos, de sus necesidades. Las mujeres conocen mil maneras de imponer su voluntad mientras se muestran externamente sumisas y obedientes. Conociendo tu buen corazón, no quiero ni pensar lo que podrá hacer contigo una mujer malvada… Así que, hazme caso, cuanto más tarde te cases, mejor». Sin embargo, su padre defendía, como en casi todo, una opinión diferente

a la del abuelo Ali, y consideraba necesario que hombres y mujeres formasen su propia familia poco después de la pubertad. Así que buscó entre las familias linajudas de Jerez una esposa adecuada, a ser posible entre la nobleza del cálamo, no la de la espada. Cualquier Banu Quzman representaba un buen partido, pero Hamet era una joya entre su generación, no solo por su linaje sino también porque no le faltaban prendas de belleza masculina, con su cabello castaño claro y su piel blanquísima, y sus ojos negros y enormes, coronados por pobladas cejas; por eso no había vieja en la ciudad que no le hiciera propaganda y las pretendientes le surgieron por doquier, complicando la tarea de elegir.

Finalmente, sus padres se decidieron por Zuhara, apenas núbil, de catorce años. Bella, pero sin exageración y aparentemente dócil, aunque el tiempo pondría de relieve que bajo sus velos y mohines de doncella se escondía la promesa de una mujer de fuerte carácter y enorme capacidad de trabajo. De temperamento un poco malhumorado y pesimista, pero leal y paciente. Justo lo que Hamet necesitaba para afrontar las fatigas de la existencia simple y ordenada que habría de llevar un cadí. El tiempo puso de relieve lo acertado de la elección, porque los cónyuges, a pesar de sus diferencias o quizás por ellas, lograron una buena armonía, siendo él persona introspectiva, inclinada a la duda y al sentimentalismo, mientras que ella mostraba esencialmente un espíritu práctico y sencillo, sin complicaciones, amante de la compañía y la buena comida, dispuesta a disfrutar del momento, siempre a la espera de unas penurias futuras que, según su innata inteligencia, nunca andaban lejos.

Antes de la boda, el aliviado Ismail todavía dio algunos consejos a su hijo sobre el amor conyugal.

—Hamet; eres un buen hijo. ¡Qué Dios te proteja con su luz! Dócil y obediente, sumiso pero no obtuso. Has hecho bien accediendo a casarte ya, como es tu deber. Pero antes de que tomes a tu esposa, debo hacerte una recomendación, que me hizo a mí mi propio abuelo, Hasan, antes de mi boda. Mi padre… Ali, en fin… tú lo conociste…. Somos tan distintos. Él pensaba en casi todo de manera diferente. Como decían todos de él: ¡solo Ali se parece a Ali! Él nada me dijo, ni apenas me dio consejos; solo bufó con sorna cuando le dije que me casaba con Ruqaya, la mujer que me eligió mi abuelo. Hamet… debes querer y respetar a tu mujer, no dañarla sin motivo, preñarla continuamente, honrarla… Pero… no te aficiones demasiado a ella. La aparición de lazos emotivos fuertes entre marido y mujer puede dar lugar a que el hombre abandone sus deberes para con Dios. Y si tienes hijas, ¡Allah quiera que sean pocas y que te nazcan todos los hijos varones!, tampoco debes tratar mucho con ellas, ten en cuenta que un día se alejarán de tu casa para ir a la de sus esposos y ya no volverás a

verlas, o apenas unas pocas veces más… Si las quieres mucho te partirán el corazón. Por eso, lo mejor es que las mujeres de tu casa se ocupen de lo suyo, en sus habitaciones, en las cocinas… Y si alguna vez sientes que quieres demasiado a tu esposa, ese es el momento de que tomes otra… Pero ¡cuidado! Mide bien tus fuerzas, pues a todas tus esposas habrás de satisfacer. Si no te ves con fuerzas de cumplir no te cases con más de una… Hijo… Las mujeres, cuanto más lejos, mejor. Son, en su conjunto, un mal; aún peor: un mal necesario.

Los futuros contrayentes se conocieron el día del compromiso y solo compartieron unos instantes. Pocas semanas después se celebró la boda. Por todo Sherish se comentó la noticia y aunque la ceremonia fue modesta, como complacía a Ismail, en la imaginación del populacho, la boda del hijo del cadí con la hija de un rico comerciante debía ser semejante a las del mismo califa Harun al Rashid. En los mentideros se comentaban los corderos degollados y los vinos escanciados, entre el regocijo y el escándalo, provocando envidias y rencores. Sin embargo, todo fue mucho más sencillo y natural: los esposos se vieron, manifestaron su consentimiento ante Dios, compartieron viandas y risas con los suyos, y se retiraron a consumar un matrimonio que pronto daría sus frutos, pese a la inicial torpeza de los amantes. El primero, una hija, a la que pusieron por nombre Alima.

5. Sherish. Marzo de 1241

A comienzos de la primavera del año de 1241 se produjo un acontecimiento largamente esperado por los Banu Quzman: por fin retornó a Jerez Abu Yusuf ibn Lope, el agente que Ismail había enviado al Magreb para recabar noticias.

—Gracias señor, ¡que Allah —el más grande— te favorezca, te alegre y te obsequie! —Abu Yusuf cogió la jarra de vino que se le ofrecía y dio un largo trago. Acababa de llegar de su largo viaje y aún portaba las botas y la capa caminera llenas de polvo. Incumpliendo todas las normas de cortesía, Ismail se limitó a ofrecerle algo de refrigerio y de inmediato, sin permitirle que se descalzara o se aseara un poco, como mandaba el decoro, se introdujeron ambos, acompañados de Hamet, en el austero gabinete que el letrado usaba para el despacho cara al público de los asuntos cotidianos. Allí, tras tomar asiento, se inició la rendición de cuentas que los Banu Quzman llevaban tantos meses esperando. Aun así, al anciano le resultaba difícil quebrar costumbres de hospitalidad tan arraigadas y aún se permitió hacer un comentario banal.

—Supongo que el buen vino resulta difícil de encontrar en África —

Hamet se removió en sus cojines, en muestra clara de impaciencia, pero su padre seguía con su sonrisa plácida, esperando que pasara un tiempo de prudencial urbanidad, antes de abordar a su enviado—. Dime, buen amigo, ¿qué nuevas nos traes del otro lado del Estrecho? Cuéntanos el resultado de tus pesquisas, porque, como puedes ver, mi hijo apenas puede contener su impaciencia y está a punto de sufrir un síncope. Parece que los jóvenes, en su impaciencia, olvidan las reglas de la buena crianza.

Hamet bajó la cabeza avergonzado y, poniéndose la mano en el corazón, pidió disculpas. Después de dar un largo y despacioso trago, y de quedarse un buen rato degustando en su paladar el caldo, el recién llegado comenzó a hablar.

—¡Excelente, como siempre señor! ¡Que Dios bendiga las manos que acunaron este vino!… Tal como sospechabas, señor, las cosas en el Magreb andan muy revueltas. En buena parte del oeste no se sabe quién manda… El imperio de los almohades se debilita día a día, la sombra de su poder va menguando; ya se ha desmoronado completamente por las regiones extremas. Diversas tribus pugnan por la supremacía y el pueblo sufre las consecuencias. No os podéis imaginar las atrocidades que he presenciado… Los jeques rebeldes resisten hasta la muerte y, cuando se ven derrotados, para evitar que el vencedor se beneficie de los frutos de la conquista, matan muchas veces ellos mismos a sus esposas y a sus caballos, y queman todos sus bienes… Así lo he visto yo, con mis propios ojos, en más de una ocasión… La tribu de bereberes zanatas que parece que va a imponerse, los Banu Marin, cuentan con el apoyo de los clanes de las montañas Gumara, los Banu Matni y los Banu Munir, entre muchas otras; se encuentran a las puertas de Fez y campan a sus anchas, destrozándolo todo con la brutalidad propia de los nómadas. Se pierden vidas y haciendas, y nadie puede considerarse a salvo de su humor tornadizo. El comercio con las tierras de los hombres azules y con las de los negros sigue paralizado, pues nadie se atreve a transitar los caminos si no se acompaña de una fuerte escolta, lo que hace inviable ese tráfico, pues los beneficios de trasportar oro, sal o esclavos no compensan los costes ni los riesgos. Solo en algunas ciudades costeras, como Tánger, Ceuta o Salé, la vida sigue un curso más o menos normal. Pero todo el mundo desconfía y la carestía resulta tremenda. La gente se ve obligada a vender sus bienes a un precio muy bajo para comer y, como consecuencia, se han igualado los pobres y los ricos; por eso los emigrados no son bienvenidos ni por unos ni por otros. En todas partes he encontrado andalusíes, la mayoría en un estado de menesterosidad lamentable. Algunos de familias muy conocidas y honorables, como los Banu Adha o los Banu Atiyya. Todos me cuentan historias parecidas: a unos les robaron sus

provisiones y equipajes durante el camino los bereberes de la serranía, a otros los señores de las villas donde pudieron refugiarse nada más llegar; unos y otros andan ahora reducidos a la mendicidad. He visto a andalusíes, doctores de la ley y médicos afamados, tender la mano por las calles de Fez o de Marraquesh pidiendo un mendrugo de pan. Las mujeres han tenido que vender sus cuerpos para comer y no pocos de ellos, sobre todo los jóvenes, han sido esclavizados. En tiempos tan revueltos pocos se cuidan de la justicia: cada cual se preocupa de sobrevivir y no todos lo logran.

—Lo que nos cuentas lo sabemos ya, amigo. Mi hijo se encarga de preguntar a todos los caminantes que llegan a Sherish y los relatos son coincidentes. Pero ¿qué sucede más al este, más allá de Tremecén? Esa es la información que nos falta, pues hace tiempo que no llegan a esta ciudad nuevas desde tan lejos.

—Conforme se avanza hacia el este la situación va mejorando, en Tremecén todavía se luchaba cuando pasé por allí, pero los Banu Zayyan, también bereberes zanata, parecían a punto de imponerse. Su jefe de la guerra, Abu Yahya ibn Zayyan tiene fama de implacable, pero piadoso, y ha prometido regresar al camino recto que los almohades abandonaron. Y, más al este aún, ya en Túnez, el panorama resulta completamente diferente. Allí reina con mano firme desde hace algunos años Abû Zakariyâ Yahyâ, un hombre justo, amparo de la religión, que con mano firme y ayudado de su hijo y heredero Abû ‘Abd Allah Muhammad, apodado *al-Mustansir Billah*, («el que busca la victoria con la ayuda de Dios») mantiene el orden por medio de unas tropas muy adictas a él, formadas por esclavos cristianos y musulmanes españoles de las mejores familias. Abû Zakariyâ era el jefe de la tribu de los Hintata y el gobernador almohade de Ifriqiya desde 1223, pero al tener noticia de que en Marraquesh el califa al-Mamun había matado a dos de sus hermanos, se declaró independiente en 1229, y desde entonces reina la tranquilidad en la zona bajo el poder absoluto que ejerce el hintata. Por eso el comercio prospera y nadie oprime a los humildes. La villa de Túnez se jacta ahora de fama por sus riquezas y por la munificencia de su rey. Además, el emir defiende la religión y honra a los hombres sabios y a los ulemas. Cuando los habitantes del este de Al Ándalus se vieron hostigados por los reyes gallegos, les enviaron al secretario de Ibn Mardanis, que les leyó la famosa cásida *siniyya*: «Acude con tus caballos a los caballos de Allah de Al Ándalus. Que el camino para su salvación se está desvaneciendo». Y Abu Zakariya, como buen creyente, hizo lo posible por ayudarlos contra los rumíes, mas todo fue inútil. Por eso viven en sus dominios muchos andalusíes, acogidos a su protección, sobre todo de Valencia, Murcia y Jaén, pero también algunos de Córdoba y Andújar, que no olvidan que cuando estas

ciudades sufrían cercadas por los politeístas, el señor de Túnez trató de socorrerlas. Algunos de ellos han logrado ocupar puestos importantes en la corte, como los Banu Abi l-Husayn, que se encargan de los asuntos económicos. Y no es raro encontrar también en Ifriqiya a nobles batalladores cristianos, de Castilla o de Aragón, amigos de las asonadas, que huyeron de sus reinos por desavenencias con sus gobernantes. Para mí no hay duda posible, mi señor, si te decides a abandonar Al Ándalus mi consejo es que marches a Túnez. Con tu ciencia y tu prestigio como hombre de letras y de leyes, no me cabe duda de que el sultán Abû Zakariyâ te acogerá entre los suyos y bendecirá tu ayuda, pues se dice que es hombre reflexivo, que gusta de asesorarse por los mejores.

—Tus palabras calman mi corazón y son la prueba que nos faltaba para confirmar la conclusión a la que nosotros habíamos llegado aquí por nuestros propios medios: Túnez debe ser el destino si nos decidimos dejar Al Ándalus, pese a que el viaje resulte muy arriesgado, lo sabemos.

—Discúlpame, señor, que te contradiga…. pero no lo sabéis… no os lo podéis imaginar. Arriesgado, eso era antes… hoy… resulta casi una locura. Por mar siempre puede intentarse, las rutas entre Almería y Orán, y entre Málaga y Hunayn, siguen abiertas, aunque en esas aguas proliferan los piratas. Los aragoneses hacen cosecha de esclavos como si fueran atunes y sus naves nutren los mercados de Marsella y Venecia, siempre ávidos de mercancía. Pero aún más peligro representan los francos de Sicilia; su caudillo es muy guerreador y odia a los musulmanes, mucho más que los reyes de las Españas. Sus naves ni siquiera se preocupan de capturar cautivos: sencillamente toman las riquezas que portan las naves del islam y las hunden con todos sus tripulantes y pasajeros. Solo las mujeres, si son hermosas, pueden librarse, y a veces algunos niños de corta edad… Por mar, ahora mismo… yo no lo intentaría.

—¿Y por tierra? —Hamet no podía contener la impaciencia.

—Por tierra ha discurrido mi propio viaje de ida. Me embarqué en Algeciras y desde allí en pocas horas una barca de remos me dejó en Ceuta. Tuve que pagar una cantidad enorme de dinero: casi todo lo que me disteis, señor. Después, el resto del camino… De todas formas lo hice: caminando en burro, en camello. Muchas veces de noche, a escondidas, como un malhechor. Otras veces en caravanas. Cien veces me vi al borde de la muerte y cien veces el Todopoderoso quiso librarme con su misericordia… Él sabe por qué y yo no. Pero tened en cuenta que un hombre solo, sin riquezas, casi desnudo, puede pasar inadvertido. Los bandidos no se toman ni siquiera las molestias de matarlo. Pero una familia entera, con mujeres, hijos, riquezas… No creo ni siquiera que lograrais salir de Algeciras. El regreso lo hice por

Almería desde Bujía, en cinco días de terrible navegación… Como no podía pagar, tuve que remar en una fusta rapidísima, que por puro milagro pudo escapar de al menos seis asaltos de naves aragonesas. En Bujía se tiene por seguro que el sultán de Granada da cobijo en Almería a los aragoneses, a cambio de que sus naves no ataquen las granadinas y de que sus tropas terrestres no ayuden a los castellanos contra él. Pero ¿quién sabe si no son simples habladurías de marineros?

—Entonces, amigo, ¿cuál es en definitiva tu consejo? —le preguntó Ismail.

—Señor, creedme. Este no es momento de viajar. Mejor esperad a ver cómo evolucionan las cosas en el Magreb *al-Aqsà*; tarde o temprano, los Banu Marin acabarán con los almohades; los musulmanes odian al califa Al-Mamun, mucho más desde que reclamó la ayuda del rey de los idolatras, Fernán. Todos saben que los últimos califas han cedido muchas fortalezas a los impíos en Al Ándalus a cambio de que les ayuden en el Magreb. Pero lo más escandaloso es que Al-Mamun ha dado licencia a los cristianos para alzar una iglesia dedicada a Santa María en Marraquesh y ha permitido la creación de un Obispado de Marruecos, dependiente de Toledo… ¡Sé que cuesta creerlo! Es buena muestra de que el califa depende cada vez más de sus milicias cristianas: esos perros vestidos de hierro que por nada del mundo rompen filas. Por eso, no se sabe cuánto tiempo más podrán resistir los almohades, dispuestos a todo, a regar el Occidente entero con la sangre de todos los creyentes por no perder el poder. ¡Se habla incluso de que se han ofrecido al califa de los politeístas, el que vive en Roma, para convertirse al cristianismo a cambio de ayuda! Pero yo creo, humildemente, si os sirve mi opinión, que nada puede salvarlos. Porque, sean ciertos o no, estos rumores y la ayuda que reciben de los castellanos socavan todos sus apoyos. Ya solo conservan la capital y las regiones que la circundan; si esta cae, todo se vendrá abajo. Cuando finalmente Dios decida su extinción, es de esperar que la seguridad torne a los caminos del Magreb, pues a nadie beneficia la paralización del comercio. Llegado ese momento, mi consejo es que partáis todos hacia Túnez, para afincaros allí, a la sombra de los hafsíes.

Después de su larga perorata, Abu Yusuf calló y se llevó la copa a los labios para dar un largo trago. Los dos Banu Quzman seguían mirándole fijamente, como a la espera de más datos sobre el viaje, hasta que Ismail habló de nuevo.

—Gracias amigo… tu opinión cuenta mucho para nosotros, pues te sabemos hombre cabal, temeroso de Dios y sincero. Debemos pensarlo mucho, pero creo que te haremos caso. Mientras tanto, por favor, acepta nuestra hospitalidad hasta que te recuperes de tan penoso

viaje. Mi casa es la tuya durante el tiempo que quieras. Una vez más has mostrado tu lealtad a los Banu Quzman y quedamos en deuda contigo.

—Por favor, no señor… el que sigue en deuda soy yo y todos los míos. ¡Qué la paz, la misericordia y la bendición de Allah sean sobre ti! Te sirvo por deber y por devoción, no como mereces, pues no llegan a tanto mis pobres fuerzas, sino como puedo. Tu manda y yo obedeceré. Cuando estimes preciso que vuelva a África, a Egipto o a la misma Jerusalén, no tienes más que decirlo y allí iré sin dudarlo. ¡Os lo juro por mi alma, que es lo único que tengo! —Diciendo esto Abu Yusuf se echó a tierra y besó los pies de Ismail que, incómodo, pugnaba por levantarlo.

—Está bien, está bien amigo… levanta. Uno no debe arrodillarse sino ante Dios, en cuya mano radican el dominio y el poder. Anda, vete a descansar…. ¡Fátima! ¡Fátima! Prepara un baño para Abu Yusuf y dale la mejor estancia que tengamos disponible…

Haciendo profundas inclinaciones, Abu Yusuf se dirigió de espaldas a la puerta, hacia la salida del gabinete. Cuando se quedaron solos, padre e hijo se miraron con desolación… La única escapatoria que parecía abierta se cerraba, al menos por el momento. Ismail se había formado desde hacía tiempo la convicción de que el destino de su casa debía escribirse en el futuro en África. Hamet no lo tenía tan claro, aunque, como siempre, haría lo que su padre mandase. Pero el joven sabía que las palabras de Abu Yusuf habían acabado con las pocas esperanzas que el viejo conservaba después de la caída de Córdoba.

Sin embargo, la áspera conciencia de la incertidumbre que se cernía sobre Sherish y su propia familia no impedía al viejo cadí hacer frente a sus obligaciones con la dedicación acostumbrada. Seguía dirigiendo al pueblo en la oración pues, como manda la ley, ese cometido recae en el mejor de los individuos de la comunidad y el más versado en el *Fiqh*. Los viernes, pronunciaba antes de la oración la plática prescrita (*jutba*) sentado en su púlpito, con la misma piedad y convicción de siempre. Mientras tuvo fuerzas, Ismail permaneció a cargo de su tribunal, impartiendo justicia con rectitud. En estos últimos años de su actividad, pronunció algunas de sus más afamadas decisiones.

Uno de esos juicios fue particularmente celebrado en Sherish y en todo Al Ándalus, e incluso al otro lado del Estrecho, por la altura del debate teológico y jurídico a que dio lugar. Se juzgaba a Itzak Beguin, rabino de la única sinagoga que quedaba en la ciudad, próxima a la puerta de Sevilla, y hombre célebre por sus varios saberes y su piedad. Generalmente se mostraba escrupuloso en el cumplimiento de las leyes divinas y recomendaba lo mismo a su rebaño. Pero por motivos que no quedaron del todo claros, a partir de un cierto día el anciano dejó de portar su chal amarillo, conducta que pronto copiaron los

demás hebreos de la villa, para escándalo de los musulmanes, que veían en ello un desafiante e insoportable agravio.

El rabino fue detenido, sometido al habitual tormento en el alcázar y arrojado a las calles a los pocos días, muy maltrecho y rebozado en sus propios excrementos. Durante unas semanas, todo volvió a su cauce canónico. Pero inopinadamente un viernes de ramadán el hebreo volvió a pasearse por el zoco sin su chal, lo que le hizo reo de la pena última, que no podía dictarse sin el concurso del cadí. Los soldados, después de darle una formidable paliza, lo llevaron a presencia de Ismail, para que lo interrogara y lo mandara crucificar, como su ofensa merecía.

Cuando arrojaron a Itzak a los pies de Ismail, el cadí sintió un fuerte sentimiento de compasión. Conocía y apreciaba al anciano, con quien había compartido muchas veladas de vino y poesía, de tapadillo, para no dar pie a las habladurías del vulgo, junto con otros hombres de letras. Sabía bien por eso de su honorabilidad y buen corazón, aunque también de su soberbia y cabezonería. Muy a su pesar, no le parecía posible encontrar una eximente para su comportamiento, pero aun así, dispuso su ánimo y su mente a cumplir la sagrada tarea de alumbrar en medio de la oscuridad de los conflictos y comenzó el interrogatorio.

—Bueno, rabino… de nada han servido advertencias y escarmientos, al final tus malos pasos te traen por fin a mi presencia. ¿Qué puedes alegar en tu descargo? ¿Hay alguna razón por la que no debiera mandar ahora mismo a crucificarte? Dame al menos algún motivo para que pueda ordenar que seas ahorcado y ahorrarte así muchos sufrimientos.

El rabino trató, con mucho esfuerzo, de incorporarse, pero los soldados que le escoltaban se lo impidieron, manteniéndole de rodillas. Maniatado como estaba, apenas pudo enjugarse con la manga de su albornoz la sangre y los mocos de la boca y de la nariz para poder hablar, con dificultad y voz débil y entrecortada.

—Mi apreciado Ismail… los dos sabíamos que tarde o temprano este momento llegaría. Me alegro de que seas tú, y no otro, quien ordene mi muerte… —El anciano se dobló hacia delante, de dolor, ante una súbita punzada abdominal y apoyó su frente en el suelo. Posiblemente alguna de las patadas de los guardias le había causado daño interno. Los soldados aferraron sus cabellos cenicientos y le obligaron a mirar al juez. Tras unos momentos de silencio, que empezaban a impacientar a todos los asistentes al interrogatorio y que auguraban nuevos golpes, el rabino pudo reunir fuerzas para hablar de nuevo.

—Honorable cadí, aplicas la ley, que también conoces, pero ¿no debe la norma interpretarse a la luz de la razón y de la lógica más pura? ¿Crees lógico que se me castigue por incumplir una norma injusta? ¿Te parece razonable que los hombres sean esclavos de las normas del derecho? En ese caso te parecerá igualmente legítimo que tus hermanos musulmanes que viven en tierras gobernadas por cristianos se vean obligados a portar señales distintivas en sus ropas y a soportar otras leyes infamantes que les obligan a habitar en barrios separados y a llevar, o no llevar, determinadas indumentarias. En Castilla, los musulmanes deben llevar barba y no pueden vestir plumas blancas, ni ropas bermejas, ni verdes, ni zapatos blancos ni dorados… Y eso debe parecerte justo: lo contrario repugnaría a la razón. Ahora bien ¿piensas que esos musulmanes harían bien en negarse a portar esos humillantes distintivos? Como te conozco, y hemos hablado de esto frecuentemente, sé bien que así es: para ti resulta legítimo que los musulmanes no se dejen humillar de manera alguna por los cristianos o judíos. Por consiguiente: si resulta legítimo a los musulmanes negarse a portar símbolos infamantes ¿vas a negarme a mí ese derecho?

Ismail miró al rabino con cara de exasperación.

—Como tantas otras veces, judío, eres víctima de tu soberbia intelectual: crees que todo se pude comprender y razonar. Pero Dios no ha revelado todos los misterios, sino que ha querido dejar ocultas ciertas verdades que impíamente te empeñas en descifrar. Allah dijo de sí mismo: «Dios es el dueño del gran favor». Su ser y sus atributos son inexplicables y los humanos no podemos comprender su esencia. Los hombres reflexionamos según sus signos y no somos capaces de entender nada que a Él se refiera si no lo permite. Solo Él es omnisciente y nada le resulta vedado, ni en los cielos ni en la tierra. Si Él hubiera querido que los hombres desveláramos todos los secretos de la cúpula de los cielos o de las entrañas de la tierra, o el sentido del mal, o el porqué de los caprichosos giros de la historia, nos los hubiera hecho tan palpables como la frescura del agua cuando se bebe con sed. Pero Él no lo quiso, así que a nosotros solo nos queda mostrarnos sumisos a su voluntad… y tú, Itzak, eres insumiso. Esa es la esencia de

tu sufrimiento.

El cadí se calló para tomar aliento. Se sentía cansado y triste; hubiera dado mucho por no tener que afrontar ese trago. Pero el judío interpretó equivocadamente la pausa como una nueva invitación a hablar.

—Honorable cadí, bien sabes, porque muchas veces hemos hablado de ello, que el Señor ha permitido que los hombres se acerquen a Él por caminos diversos: algunos por el de la piedad, otros por el de la bondad, y otros, como yo, por el de la filosofía. El Altísimo no se comporta como un niño caprichoso; si Él me ha concedido la razón será para que la use, no para que luche contra ella…

—¡Basta! Tus palabras exceden con mucho lo que resulta tolerable escuchar en un tribunal islámico. ¡Calla de una vez, impío… arrogante! —Como cumpliendo una orden no impartida, los soldados le golpearon repetidamente en la cabeza con la contera de sus picas, hasta que el juez, con una señal de la mano, mandó parar y siguió hablando, ahora con la voz más pausada como si estuviera amonestando a un chiquillo por alguna travesura—. Nuestra ley no se basa en razón humana, sino en voluntad divina: Dios es el único legislador y fija como obligatorios principios básicos que no cabe desobedecer, pues Él nos los ha inspirado sin que nos fueran necesarias la instrucción de Aristóteles o la de Avicena. Gracias a los profetas (sobre ellos la salvación y la paz), el Gran Legislador nos da normas claras para que la humanidad se rija por reglas superiores a las de la mera naturaleza; todo queda abarcado por su previsora mirada. La fuente de todas las ciencias recibidas la constituyen las normas religiosas contenidas en el Libro y en la *Sunna*, que nos fueron dadas por Dios y por su Enviado. Allah es el bien y quien mejor conoce lo que conviene a los humanos. El milagro que consiste en la propia revelación tiene claridad y fuerza de convicción, pero su conocimiento y comprensión dependen de la sumisión a Dios y la confianza en Él. No hay Dios sino Él. Su ley, por pura lógica, constituye un sistema rígido e inmutable, sus normas nacen legitimadas por una validez absoluta y eterna: «Obedeced a Dios y a su Profeta», única fuente de la ley: el Corán, la costumbre (*Sunna*) y el *hadiz*, las tradiciones del Profeta. Tanto la palabra de Dios como la tradición se distinguen porque obligan a todos los hombres, sean creyentes o no. Y tú te has burlado de ellas con tu comportamiento incrédulo y altanero. Si la ley manda que los judíos vistáis unas determinadas prendas, nada hay que discutir. Es la voluntad de Dios y es justa, porque Él ha situado a los musulmanes por encima de los demás pueblos de la tierra, y no al revés. ¿No te arrepientes, al menos, de lo que has hecho? Solo así podré, si no salvarte, pues tú mismo te has condenado, sí ordenar que te den una muerte rápida y limpia, y tu

cuerpo podrá ser enterrado conforme a los ritos de tu religión.

El rabino, con semblante cansado, pero sereno, negó con la cabeza y la bajó hasta tocar su pecho con la barbilla, como diciendo: aquí tenéis mi cabeza, cortádmela cuando os plazca. Con su gesto de aparente humildad, el rabino mostraba una enorme arrogancia que no pasó inadvertida al juez. Después el judío habló despaciosamente, sabiendo que con ello se condenaba definitivamente a la peor de las muertes:

—Entonces, honorable cadí, ilustre amigo, luz de los hombres: ¿cómo hacer para superar los problemas y las contradicciones del propio Corán? ¿Cómo es posible hacer eso, sino con la razón y el razonamiento analógico? El sentido de la ley no puede ser inaceptable para la razón. ¿Acaso no han surgido en el seno mismo del islam escuelas racionalistas? Sabes bien, hemos discutido decenas de veces sobre ello en momentos de complicidad y amistad que atesoro en mi corazón, que los *Ahl Al-Kalam* (la gente de la palabra) defienden que lo único verdaderamente importante para el derecho islámico es el Corán, la palabra de Dios, que hay que leer e interpretar. No cabe emplear otro sistema para impartir justicia, pues la mayoría de las tradiciones, como esa en virtud de la cual yo debo portar prendas infamantes, son falsas o están hinchadas…

—¡Calla blasfemo! ¿Cómo osas cuestionar el valor de las tradiciones del profeta en este tribunal de Dios? Verdaderamente tu osadía no tiene parangón con nada que yo haya visto antes. —Mientras decía estas palabras el cadí ordenó con un gesto de la mano que los guardias le hicieran callar. Los soldados se aplicaron con mucho gusto a cumplir esa orden y le dieron gran cantidad de patadas, hasta que, con un nuevo ademán, Ismail ordenó que pusieran fin al correctivo—. Bien se ve que me he equivocado contigo, Ytzak, con razón nos dice el Sagrado Corán «¡Oh, los que creéis! No toméis a los judíos ni a los cristianos de amigos y aliados. Algunos de ellos son aliados unos de otros. Y, quien de vosotros les tome por amigos, será uno de ellos. En verdad, Dios no guía a la gente opresora». Pero yo, que soy un gran pecador, me he dejado fascinar en ocasiones de las que ahora me arrepiento por tu verbo insuperable y la fuerza de tu intelecto. Espero que Él sepa perdonarte, porque yo no puedo hacerlo. ¡Qué bien representas a tu pueblo maldito!; fuisteis grandes, poderosos, privilegiados por el Señor, que os prometió el dominio. Pero por vuestra arrogancia e incredulidad, Él os desposeyó de todo aquello, os castigó con la humillación y la miseria y os condenó a vivir como exiliados en la tierra, marcados por la esclavitud durante miles de años.

Una vez más, el incorregible rabino se atrevió a interrumpirle.

—Pero, amigo mío, también nos dice el Altísimo (alabado sea):

«¡Seguiremos la creencia de Abraham que era *hanif* y no era de los idólatras!», y además que: «Creemos en Dios y en lo que nos fue revelado y en lo que fue revelado a Abraham, a Ismael, a Isaac, a Jacob y a las Tribus, y en lo que fue dado a Moisés y a Jesús, y en lo que fue dado a los profetas por su Señor. No hacemos diferencias entre ninguno de ellos y nos sometemos a Él».

—Ya basta rabino, podríamos permanecer días intercambiando versículos del Corán, pues no desconozco tu erudición. Bien sabemos los creyentes que entre los ciento catorce suras pueden encontrarse aparentes contracciones y pasajes de difícil entendimiento. Pero solo aparentemente, porque con una recta razón e intención, la voluntad de Dios queda al descubierto con total claridad. Y hay versículos desprovistos de toda oscuridad que cualquiera puede interpretar con su simple lectura. Como este: «Abraham no era judío ni era cristiano, sino que era un buscador de la Verdad, sometido a Dios (*muslim*) y no era de los politeístas».

Tras pasar un tiempo en total silencio y quietud reflexionando, el juez se levantó, caminó unos pasos por el estrado, con las manos entrelazadas en su espalda, meditando sobre el fallo, hasta que finalmente se sentó de nuevo y dictó de viva voz su decisión inapelable:

—Ytzak Beguin. Ha quedado probado tu comportamiento impío. Con él has ofendido a Dios y a su comunidad de creyentes. Has confundido además con tu ejemplo a quien te tiene de referencia, lo que agrava tu posición y el daño causado. No cabe otro fallo que condenarte a muerte en la cruz. Tus bienes quedarán confiscados y se entregarán a los menesterosos que tanto abundan en estos aciagos días. Pero esto no es lo peor que va a pasarte, porque la sanción última del incumplimiento de la ley divina es la ira de Dios. Y a ella te enfrentarás dentro de poco. Porque nada hay en su reino que no quiera, ni nadie que pueda prescindir de Él, ni creador de cosa alguna sino Él mismo, Señor de los creyentes, de sus acciones, de sus movimientos, de sus vidas, impulsor de los profetas (que Dios les bendiga y les dé la salvación) para que nos enfrenten con nuestra responsabilidad de ser hombres.

6. Sherish. Diciembre de 1240

Quizás por las decepciones acumuladas o, simplemente, porque se acercaba su hora, desde la vuelta de Abu Yusuf la salud de Ismail se quebraba un poco más cada día. En pocas semanas ya no se atrevía a salir de su casa. Dejó de ir a la mezquita. Durante ese verano todavía pudo atender los asuntos más importantes del tribunal ayudado por su

hijo, heredero y a esas alturas ya su mejor ayudante. Pero en cuanto llegaron los fríos Ismail ya no consiguió atender a otros asuntos que no fueran los del cuidado de su propia alma. Pasaba las horas murmurando oraciones, súplicas y letanías, a veces tan para sí mismo que su voz resultaba inaudible, aunque de vez en cuando llamaba a Dios a limpio grito, con unas fuerzas que nadie hubiera creído que pudiera alojar todavía su escuálido cuerpo. Y entonces quedaba agotado y se dormía en paz, con una sonrisa en sus labios exangües.

El viejo cadí ya apenas recibía visitas. No quería ver a nadie, ni siquiera de su propia familia, «para permanecer a solas con mi creador», decía. Pero cuando llegó a Sherish, camino de Ceuta, el famoso poeta sevillano Ibn Salh, Hamet insistió en que su padre le invitara a pasar una corta velada de poesía y buena conversación con un grupo de buenos amigos, bajo la severa condición de no hablar de la guerra, ni de los gallegos ni de nada sombrío: tan solo de la bondad de Dios y de las cosas bellas de la vida. Bien sabía Hamet que Ibn Salh partía al exilio, convencido de que la caída de Córdoba no suponía más que un preludio de la de su ciudad natal, Sevilla. Según contaba el poeta, su corazón no podría resistir la vista de campanas oscilando en el bellísimo minarete de la mezquita mayor sevillana.

Acudieron a la reunión algunos de los más fieles amigos de la familia y los mejores poetas de la medina, entre ellos el físico Abu Bakr ibn Rifa'a. Pronto el sevillano y el médico empezaron a competir con sus rimas, a cual más alegre y evocativa de las pasadas glorias de Al Ándalus. El anciano Ismail se reconfortó escuchando antiguos zéjeles de su infancia, compuestos en el hermoso dialecto andalusí y trufado de expresiones romances. Se cantaron ese día de muchos tipos: picantes, irónicos, patrióticos y hasta místicos. Y también moaxajas de largos versos monorrimos, compuestos en un árabe más clásico y culto, aunque Ismail mostraba predilección por los zéjeles, sobre todos por los compuestos por su tío abuelo Muhammad ibn Abd al-Malik ibn Quzman, una de las celebridades de la familia. Lloró de risa y de emoción cuando Abu Bakr ibn Rifa'a recitó las instrucciones que el poeta cordobés pariente de los Banu Quzman había dejado para su funeral:

Cuando muera estas son mis instrucciones para el entierro:
dormiré con una viña entre los párpados.
Que me envuelvan entre sus hojas como mortaja
y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos.

Todo marchaba tal y como Hamet lo había previsto, cuando por el exceso de emotividad del momento o porque bajó la guardia, el anciano Abu Bakr se descolgó con unos versos de tono tétrico.

Sherish no es sino desgracia[1] mal escrita.
Partiría a rescatarte de ella si fueras persona piadosa,
pero allí no volverá a distinguirse ni el que es libre ni el que es noble.

De inmediato el mutismo se apoderó de la sala. Algunos de los invitados se revolvían incómodos en sus cojines y Hamet no pudo evitar lanzar una mirada de reproche a Abu Bakr. La tensión del momento quedó resuelta cuando Ismail la rompió con una enérgica carcajada. El viejo lloraba de risa y poco a poco acabó contagiando a los presentes hasta que la sala de llenó con el estruendo del risoteo. Después de recuperarse un poco del esfuerzo, Ismail hizo un gesto a su hijo para que se acercara y le besó con ternura en la frente.

—No olvides, Hamet, que yo soy el padre y tú el hijo. No me trates como a un niño. ¿Crees que porque permanezca encerrado entre estas cuatro paredes no me entero de lo que pasa en la ciudad? Sé muy bien que pagamos a los politeístas para que no nos ataquen ¡Que Dios los maldiga! Y que nos encontramos al borde del precipicio. El Todopoderoso sin duda ha querido hacerme la gracia de llevarme con Él antes de que nos precipitemos al abismo… Sí, sé bien que estamos condenados… No podemos tomar a burla los signos de Dios. Querido hijo, queridísimos amigos, los mejores que un hombre puede tener… agradezco vuestro esfuerzo, pero es vano. Moriré sabiendo que los días de Sherish en *daar al-Islam* están contados, porque ese es el decreto del Todopoderoso con los jerezanos. ¡Él sabrá por qué! Él escribe la historia. Ahora, os pediría que me dejarais descansar, porque han sido muchas las emociones en esta velada tan deliciosa. Yo me voy a retirar, pero vosotros, por favor, seguid disfrutando de la hospitalidad de mi casa. Que nunca pueda decirse que en el hogar de los Banu Quzman faltó una última copa de vino…

Recuperada la alegría del coloquio, siguieron los asistentes con su intercambio de versos, refranes, cotilleos y chistes e historias divertidas. Pues pocas cosas entretenían más a los andalusíes que contar chistes sobre los bereberes, de los que el propio Ismail era una fuente inagotable. Muchas de esas chanzas eran exageraciones, inventos creados para humillar a un pueblo considerado inferior, pero algunas de las historietas sí estaban basadas en hechos reales, como por ejemplo la que contaba que cuando los primeros almorávides llegaron a Al Ándalus usaban el alcanfor y otros aceites destinados a suavizar y perfumar la piel para sazonar la masa del pan.

Hamet pasaba al lado de su padre todos los momentos que le permitían sus muchas ocupaciones y, cuando vio que se acercaba el final, cesó toda actividad que no fuera atenderle, en compañía de su madre, la paciente Ruqaya. Consumía las horas en el dormitorio del

anciano, donde ya reinaba un profundo olor a muerte, que se trataba de combatir con sahumerios de incienso. En sus largos días acompañando a su padre ante el avance implacable del fin, Hamet ansiaba como jamás antes alcanzar el porqué de las cosas y el sentido de la vida. Sintió que su fe se tambaleaba. Y su padre pareció intuirlo, porque pocos días antes de morir, en la última luna del año de 1240, recobró fuerzas para enfrascarse con su hijo en una charla íntima, en el ocaso de un día que había dado al anciano una tregua de lucidez.

—¡Es tanta la sabiduría de Dios, hijo, que nosotros no podemos ni concebirla! Pero Él, en su infinita bondad, nos dio una potencia mucho mayor que la razón: nos dio el sentimiento y la intuición del espíritu. A Allah no podemos pensarlo, ni remotamente… pero podemos sentirlo, con una inmensa fuerza, aquí dentro, en el corazón, en todo nuestro ser; podemos también intuirlo con el impulso del alma. Él posee los más bellos nombres y atributos. Como Él mismo nos dice en su Santo Corán: cuando el musulmán se vuelve hacia Dios, a menudo le siente cerca, *tan cerca como la vena yugular*. Pero nosotros, pobres pecadores, con frecuencia nos olvidamos de que le llevamos dentro, de que Él está siempre con nosotros y así, como si fuéramos una barca sometida a los caprichos de la marea, nos pasamos la vida acercándonos y alejándonos de Él, hasta que un día, Bendito sea, nos prende y ya no nos suelta, ya no desaparece de nuestro pecho. Y entonces, solo entonces, inunda también nuestra conciencia con una nitidez asombrosa y percibimos a Aquel que siempre se encuentra presente y vivo. También con el conocimiento se puede llegar a contemplar su rostro, pero no todos lo logran. ¡Hijo! ¡No te rindas nunca! ¡No dejes de buscarlo! Te conozco bien, no te conviertas en esclavo de tu propia razón. Si la mente te lleva a alejarte de Dios ¡no dejes de luchar contra ella! Prescinde del entendimiento, acude a tu corazón, refúgiate en la oración y la tradición —decía el viejo, mientras aferraba los bordes de la túnica de Hamet—, porque no es la razón sino el corazón la puerta de la inteligencia, como el ojo es la puerta de los colores. Mi pobre hijo, desde pequeño, has querido comprenderlo todo, saberlo todo. Eso es imposible: es privilegio que pertenece en exclusiva al Omnisciente. Nosotros, pobres mortales, solo encontramos la felicidad en esta tierra conformándonos dócilmente con sus mandatos: no te rebeles contra Él. Serás feliz siempre que tu conciencia sea tu guía… La razón te alcanzará para llegar a la duda, a la perplejidad y al cansancio: nada más. La ciencia no lo es todo. ¡Qué poco ventajosa resulta la abundancia del conocimiento comparado con la nobleza de carácter y la moderación en las pasiones! Con buen motivo se dice que la inteligencia es cualidad de los demonios. Hazle caso a este viejo, que ha dedicado su vida al estudio, para concluir al final de su vida que quizás cierta ignorancia sea preferible, que la fe

del sabio es menos grata a los ojos de Dios que el piadoso y sencillo creer del pueblo. Él no nos mandó más que aquello que ha elegido para sí mismo y no nos prohibió más que aquello que no le satisface. Las leyes que Dios ha impuesto a lo que Él creó y a sus siervos, solo sirven para el bien y conducen al progreso. El cumplimiento escrupuloso de su ley, sin dudas, sin matices, es la única fuente de felicidad para el hombre sobre la tierra y el camino de salvación para la eternidad.

Aferrándole vigorosamente la mano, sin poder contener las lágrimas, Hamet replicó:

—Nunca, padre, jamás dejaré de buscar a Dios. Toda la vida honraré el nombre de los Banu Quzman y seré el primer servidor del Todopoderoso con las fuerzas que Él me dé, ¡ensalzada sea su magnificencia y santificado sean sus nombres! Y lo mismo harán mis hijos y los hijos de mis hijos, aquí, si Dios quiere, o donde Él nos ponga, pues es Él quien guía hacia lo correcto. No te preocupes, padre. Descansa, el físico está a punto de llegar.

Ismail se sonrió, como con ironía, ante la mención del médico.

—¿Acaso el físico podrá reparar lo que el tiempo maltrató? Ya no estoy para médicos, hijo; tú escúchame, que no nos quedan muchos ratos por compartir… Reza, hijo, reza mucho, Reza siempre… en todo lugar, hagas lo que hagas. Como dijo el Profeta (Dios lo bendiga y salve): «*Tan solo vuestras oraciones os serán tenidas en cuenta*». Todas tus actividades deben ser una pura oración; busca un modo de vida que conlleve la rectitud, la aproximación al comportamiento de los ángeles, con la mirada fija en la vida eterna. Y pídele, no te canses de suplicarle. Él no es tacaño con sus dones y los derrocha entre los verdaderos creyentes. Esta es la práctica de Dios que ya ha aplicado a sus siervos. No olvides que la súplica es el arma del creyente. No escatimes esfuerzos en tu búsqueda de la otra vida ni del premio en ella, en realizar buenas acciones, en tener costumbres dignas de alabanza y en seguir las marcas de la buena senda y de la ayuda divina. Pues hay que realizar muchos actos piadosos y grandes esfuerzos si se quiere contemplar el rostro de Dios (ensalzado sea), alcanzar su complacencia y gozar de la compañía de los santos de Dios en la Mansión de su Gloria. Sé firme en lo concerniente a Dios, hijo, y evita el pecado, esto es lo único que importa.

Ismail perdió la conciencia o se quedó dormido. Su agotado hijo permaneció velándole y acabó también rendido por un sueño tan profundo que le pareció la muerte, de cuya extraña hondura le sacó un grito de su padre:

—¡Muhammad!… ¡Hijo!… —El viejo se había incorporado de medio cuerpo sobre el lecho, con una vitalidad sorprendente, pero pronto se dejó caer de nuevo sobre las almohadas. Su cuerpo escuálido apenas

pesaba ya. Miró con dulzura a su hijo.

—Hamet, mi querido Hamet. No sé si siempre he sido justo contigo. Has sido tan bueno, tan obediente, que a veces creo que toda mi atención se la ha llevado tu hermano…, y eres tú quien me sostiene. Perdóname: tú conoces mi cansancio, agravado por la desesperanza… Pero él, Hamet, es débil, mucho más que tú, pese a que todos penséis lo contrario… Lo sé desde que empezasteis a caminar y a hablar, por eso hay que protegerlo, sobre todo de sí mismo… Y ahora que voy a faltar, tú debes ocuparte de eso. Sé que te resultará difícil, muy difícil, y que no recogerás a cambio más que reproches y desprecios, que te castigará siempre por los favores recibidos, que cuanto mejor te portes con él más humillado se sentirá y peor te tratará. Pero no olvides que un hermano es aquel que soporta la carga de dar un consejo sincero, aquel que no busca engañar, que se sacrifica por ser útil… y que es prueba de generosidad de espíritu perdonar a los que te hayan hecho mal… Por favor, hijo, prométemelo, júrame que cuidarás y te ocuparás de tu hermano… No te pido otra cosa que lo que aconseja el Corán y no te aconsejo otra cosa que lo que propone el Profeta y no te exhorto más que con las exhortaciones propias del hombre virtuoso… Nadie llega verdaderamente al estado de fe si no desea para su hermano fiel lo que desea para sí mismo. Así lo señaló el Profeta, que Dios le bendiga y salve… En nombre de Aquel a quien nada ni nadie sobrepasa, prométemelo… —Hamet, con lágrimas en los ojos, asintió sin poder pronunciar palabra y su padre, con una sonrisa de alivio, cerró los ojos, abandonando el alma su cuerpo exhausto, mientras murmuraba—: Dios Mío, Señor de la Sublime Luz, Señor del Trono Elevado, Señor del Mar incandescente….

7. Sherish. Marzo de 1241

Allah fue misericordioso llevándose a Ismail antes de que pudiera ver la humillación que sufrieron poco tiempo después los musulmanes andaluces. El rey Fernando, como precio para no arrasar el valle del Guadalquivir con sus tropas, había sometido a todas las ciudades a un fuerte tributo. Desde Jaén hasta Niebla, desde Córdoba hasta Algeciras, los creyentes se afanaban bajo el sol para pagar las parias debidas a los castellanos, y la vida se iba poniendo cada vez más difícil para los andalusíes.

Pero de todo esto parecían haber pasado un siglo y todo permanecía en calma en la casa de los Banu Quzman el día en que sonó un aldabonazo en la puerta principal a una hora imprevista, poco antes del amanecer, uno de los últimos días del invierno que se había llevado a Ismail.

Cuando la joven esclava, violentamente arrancada del sueño por una patada del mayordomo de la casa, abrió el portón, no supo reconocer al hombre que tenía delante: maduro, muy alto y enjuto, ancho de hombros, lucía una barba larga y descuidada que enmarcaba un rostro muy delgado, curtido por los soles e intemperies, cruzado con diversas cicatrices. Vestido con una aljuba rota y desgastada, casi un montón de harapos, y desarmado, lo confundió con un campesino que venía a ofrecer sus productos.

—Lo que quiera que vendas, por la entrada trasera y más tarde.

El hombre la empujó y se abrió paso dentro de la casa, provocando que la esclava prorrumpiera en gritos asustados. Al poco tiempo, se congregó una multitud de criados, armados con todo tipo de objetos contundentes, dispuestos a hacer frente al intruso, pero que dudaban en acometer, por la autoridad y la fuerza que emanaba el recién llegado.

Antes de que estallara la lucha, llegó el mayordomo acompañado de Hamet, y todos se apartaron. El señor de la casa se quedó mirando al recién llegado y, sin mediar palabra, se acercó a él y le abrazó con fuerza.

—Hermano. Has vuelto. Dios sea alabado.

Casi ocho años hubieron de pasar antes de que Muhammad regresara a Sherish. Tras la batalla de Jerez, la herida del muslo cicatrizó lentamente y le producía fuertes dolores que le impedían caminar. Pero apenas pudo mantenerse en pie, volvió con los pocos de sus caballeros que quedaron con vida a sumarse a las filas de Ibn Hud y a sumergirse en la vorágine de los tiempos, en una guerra total de todos contra todos en la que cada movimiento acababa inexorablemente en una mejora de la posición de los cristianos que, palmo a palmo, se iban apoderando del valle del Guadalquivir.

La despedida de los hermanos fue amarga; se cruzaron palabras hirientes y ofensas graves. Hamet, cumpliendo los deseos de su padre, trató de convencer a Muhammad para que dejara las armas con argumentos de todo tipo. Tanto insistió que al final el guerrero agotó su paciencia.

—¡Quédate tú aquí, como una mujer asustadiza, con tus libros, pero déjame a mí seguir mi camino de hombre!

Grandes esfuerzos tuvo que hacer el letrado para contener la respuesta que esa injuria merecía. Como siempre, su deber de lealtad a la familia, su arraigado hábito de obediencia a los dictados de su padre, obraron de freno y no hubo que lamentar daños físicos esta vez. Hamet dejó en paz a su hermano, con la certeza de que quizás no volviera a verlo, y sabiendo que no tenía remedio: el muyahidín estaba tan convencido de su superioridad que minusvaloraba a todos los demás hombres, en especial, a quienes se resistirían a participar en

el yihad.

Y ahora, ocho años después, los dos hermanos se encontraban de nuevo frente a frente, como si nada hubiera pasado y se hubieran despedido la noche antes. Pero todo, todo había cambiado.

—Yo estaba allí, vi con mis propios ojos como cayó Córdoba, joya de Andalucía, por los pecados de los creyentes, pero, sobre todo, por la estupidez y el egoísmo de los hombres.

Los dos hermanos departían en el salón de la casa, junto a una bien nutrida chimenea. Muhammad daba cuenta de un sustancioso desayuno, con el que a todas luces trataba de remediar hambres antiguas. Su benjamín daba pequeños sorbos a una taza de caldo.

—Ocurrió una noche de enero, muy oscura y lluviosa, de hace poco más de cuatro años. Hacía mucho frío, así que la guardia de la mayoría de las torres de la ciudad andaba descuidada, cobijada bajo techo alrededor de braseros, y trasegando vino caliente. En plena temporada invernal ¿quién podía esperarse el ataque? Pero para los monjes guerreros no hay cosechas, ni sazón, ni mujeres, ni hijos: solo piensan en echarnos al mar. Así que salieron de Andújar y de Martos, y de Salvatierra, al otro lado de los pasos, unos cuantos cientos de combatientes a caballo, no muchos, sin apenas peonaje. Un contingente tan escuálido debió pasar inadvertido por los caminos, así que pudieron emboscarse en las cercanías de Córdoba, en la sierra, al norte de la ciudad. Nadie sabe muy bien qué ocurrió a partir de entonces. Hay quien dice que los politeístas situaron unas escalas al pie de las murallas con las que lograron introducirse en el arrabal sin ser vistos. Otros afirman que accedieron a la villa por medio de una treta: unos gallegos que hablaban muy bien el árabe y vestidos como comerciantes musulmanes llegaron abiertamente a la puerta del Martos pidiendo que les franquearan el paso en plena noche pues les perseguían los monjes guerreros. Sea como fuere, en medio de una gran confusión, cuando nos dimos cuenta de lo que ocurría, ya los *galaliqa* se habían introducido en la misma Córdoba. Se apoderaron de varias torres de las barbacanas y tomaron el control de la puerta, así que disponían de paso franco a la Ajarquía. Ya de día, abrieron los portones y su caballería penetró en el suburbio, poniendo en fuga a los musulmanes, que corrieron a refugiarse en la Medina.

Muhammad relataba los hechos con aire afligido y la mirada perdida en el vacío. Parecía una persona muy distinta de la que se fue de Sherish, aún convaleciente, muchos años atrás. Resultaba increíble que aquel hombre joven, vigoroso y entusiasta se hubiera trocado en alguien tan desprovisto de pasión y de alegría. Su mirada antaño arrogante se presentaba ahora lánguida y huidiza; todo en su rostro de piel mate, surcada por decenas de erupciones y mataduras, reflejaba una vida recia y un sufrimiento agudo y antiguo.

—En cuanto los adalides pudimos poner orden en la desbandada, la guarnición cordobesa contraatacó, pero ya los cristianos se habían atrincherado en la zona que controlaban y quedaron sitiados. Pero antes tuvieron tiempo de mandar a los suyos la inesperada y sorprendente noticia de que habían puesto pie en Córdoba y de que controlaban parte de la muralla exterior, así que pidieron refuerzos, viendo su completa conquista al alcance de la mano. Comenzó así la más extraña de las situaciones militares a las que he asistido: los cristianos, encastillados en la misma Córdoba, carecían de fuerzas para tomar la ciudad. Pero tampoco nosotros podíamos expugnarlos sin ayuda, pues poco a poco fueron recibiendo socorros, así que se reforzaban cada día; hasta el mismo rey Fernán voló en socorro de los suyos con sus mesnadas.

Cuando mencionaba al rey de Castilla el semblante del guerrero se endurecía, reflejando una mezcla de repugnancia y admiración.

—De ese modo, poco a poco, la relación de fuerzas iba cambiando; desde el norte y el este, continuaban llegando cristianos a socorrer a los sitiados, mientras que la ayuda que nosotros reclamábamos del emir sevillano no aparecía, pese a que le informamos de que había peligro real de que la villa se perdiera. Cuando nos quisimos dar cuenta, éramos nosotros los sitiados, pues ya los cristianos habían cercado toda la villa, tomado los arrabales y los puentes, y cortado todas nuestras fuentes de suministro. Si Ibn Hud no acudía pronto con refuerzos desde Sevilla (Dios la proteja) nuestro final resultaba irremediable… Y no vino. Tan solo mandó recado diciendo que no podía reunir en ese momento las huestes que reclamábamos y nos aconsejaba la resistencia y el martirio, confiados en la ayuda divina. ¡Maldito hijo de mil putas! ¡La ayuda divina! ¿Acaso no se sabe que el Altísimo no ayuda a quiénes no se ayudan a sí mismos?

De un golpe, los platos y las copas volaron de su bandeja y se desparramaron por la alfombra, sin que ninguno de los dos hombres hiciera ademán de recogerlos.

—Sitiados en una metrópoli muy populosa, sin alimentos ni municiones para resistir… Aun así, aguantamos seis meses, pese a las revueltas del populacho, que en cuanto se acabó el pan empezó a pedir a gritos la rendición. Hubo que cortar muchas cabezas, pero el hambre puede más que el miedo. Finalmente, perdidas las esperanzas de recibir ayuda, nos sometimos y entregamos la ciudad al rey Fernán, con la condición de que respetase la vida de la población. Y el rey aceptó los términos y, como siempre, cumplió su palabra, pues en verdad el gallego no ha faltado nunca a lo prometido, avergonzando con su leal comportamiento a los reyezuelos y emires que padecemos, que no esperan ni siquiera a que el rumor de sus palabras se desvanezca, para empezar a incumplir sus promesas. ¡Malditos sean!…

Y así, hermano, es como los musulmanes abandonamos Córdoba a finales de junio, cuando ya por la medina colgaban cientos de pendones cristianos y empezaban a resonar por todas partes sus horrendas campanas. Vacía de creyentes se la dejamos, y entera, sin grandes destrozos, pues la campaña había sido mayormente incruenta. Y donde antes había mezquitas, hoy los *galaliqa* erigen templos politeístas en los que divulgan sus impías creencias que asocian a Dios a otras personas. ¡Dios sabe más, y tiene decretado que no dure en las venas la sangre que se ha de derramar!

Muhammad se levantó y, con las manos cruzadas en la espalda, caminó arriba y abajo, inquietamente, toda la longitud del salón, deteniéndose aquí y allá, contemplando los libros, los muebles, los tapices, que le traían tantos buenos recuerdos.

—Los combatientes se fueron en su mayoría a Sevilla, a ponerse a las órdenes de ese sucio puerco traidor de Ibn Hud, más innoble que un perro con un hueso, pero yo ya había visto suficiente: Dios, en su benevolencia, por fin me ha iluminado hermano, permitiéndome comprender la perfidia que escondía en su corazón Ibn Hud, cuyo único propósito a lo largo de todos estos años ha sido alcanzar el poder y las riquezas. ¡Qué ciego he estado! Junto con otros caballeros andalusíes, poniendo la confianza en Dios, me dediqué a escoltar a algunos de los muchos grupos de refugiados cordobeses que vagaban por los campos, a merced de los bandidos de cualquier religión, cargados con sus pobres pertenencias. Ocupado en esa tarea pasé todo el verano, combatiendo sin descanso contra almogávares, cristianos y bereberes, que buscaban hacer negocio con la desgracia de los cordobeses. Bien sabe el Altísimo que he dejado toda la ribera sur del gran río sembrada de cabezas y este cuerpo cruzado de cicatrices. Pero cuando llegó el invierno ya apenas quedaba nadie por asentar, así que me refugié con unos pocos de los míos en Lucena, al amparo de las Sierras de Cabra, confiado en poder pasar allí el resto de mi vida entre musulmanes, encargado de la defensa de la ciudad.

Hamet sufría con su hermano; conocía muchos de los rasgos generales de la historia que escuchaba, pero no los penosos detalles del drama humano que supuso la pérdida de Córdoba.

—Pero también en esto me equivoqué. Después de pasar meses tratando de adiestrar a la guarnición y ayudando en la reparación y el refuerzo de sus murallas, sin pedir a cambio más que alimento y algunas ropas para cubrirme, las gentes de Lucena, temerosas de perder sus vidas y haciendas, se sometieron al rey Fernando en cuanto llegaron sus mandaderos pidiendo la sumisión y el vasallaje. Me opuse con todas mis fuerzas, advirtiéndoles de lo que ocurriría si entregaban la ciudad, pero el cadí y los notables de la villa no me escucharon, e incluso supe que tramaban mi muerte, pues se ve que la fidelidad me

ha convertido en un testigo molesto. Así que me vi obligado a huir, casi desnudo, sin caballo ni armas, sin tener donde ir, pero, sobre todo, sin encontrar paz ni sentido a esta vida. He pasado muchos meses deambulando de un lugar a otro, desempeñando trabajos diversos… no siempre honorables, no preguntes… Nada me importaba ya, ni mi propia suerte ni el destino de Al Ándalus, lo único que no he dejado de implorar es la respuesta de Dios en medio de esta miseria…

Muhammad se paseaba de un lado al otro de la habitación, cabizbajo. A veces resultaba difícil para su hermano el cadí seguir su discurso, pues hablaba muy bajo, casi para sí mismo.

—Y creo que al final he podido escuchar a Dios, diciéndome que regresara con los míos, implorando humildemente vuestro perdón y vuestra acogida. Teníais razón y yo estaba equivocado: Ibn Hud, maldita sea su memoria, nos ha traicionado. Al menos ha recibido su justo castigo, pues fue ajusticiado por un buen musulmán en el puerto de Almería, hace apenas dos años, cuando pretendía huir ignominiosamente a tierras cristianas en una nave cargada con sus mal ganadas riquezas. Los cristianos… nos han vencido Hamet, esto está decidido… Ya controlan buena parte del valle del Guadalquivir. Dolorosamente he comprendido que a los musulmanes no nos queda otro remedio que someternos a su voluntad, rogar que nos dejen conservar nuestras haciendas y oficios, o marcharnos a África. Pero yo prefiero quedarme aquí, en mi casa, con mi familia, en lugar de servir de criado a los camelleros. Ansío ver a nuestro padre para besar sus pies e implorar su perdón. ¿Crees que habrá despertado ya? ¿Cómo va de salud? Supe por unos jerezanos que pasaban por Lucena que andaba delicado y que ya apenas pisaba la mezquita.

—Entonces es verdad que no lo sabes. Al principio, pensé que habías venido por eso. Pero conforme hablábamos me he ido dando cuenta de que no te llegaron las cartas y recados que mandé… Padre ha muerto, hace poco más de dos meses, al comienzo del invierno.

Muhammad se hincó de rodillas y se tapó el rostro. Después se echó de lado en tierra y, sobre un costado, en posición fetal, como si acabara de ser presa de un fuerte dolor abdominal, comenzó a llorar desconsoladamente. Hamet permaneció sentado, mirándolo, sin saber qué hacer. Prefirió dejar que diera rienda suelta a su llanto y se limitó a esperar. Trascurrido un buen rato, Muhammad seguía en la misma posición, así que prefirió dejarlo solo. Salió de la habitación y dio orden de que nadie le molestara y de que se le prepara un baño y sus antiguas habitaciones.

8. Sherish. Noviembre de 1248

Tras la conquista de Córdoba por los castellanos, numerosas localidades del valle del Guadalquivir siguieron pronto el mismo camino. Unas pocas resistieron en vano y solo lograron ganarse la destrucción y la esclavitud. Los cristianos se mostraban imparables; no parecía existir fuerza humana capaz de hacerles frente. Por eso, muchas villas se rindieron sin lucha: simplemente, les franquearon sus puertas, dándoles el control del alcázar y de las casas y tierras desocupadas por los que huían ante la marea. Al ceder sus castillos, los campesinos musulmanes conservaron sus propiedades, su derecho y sus condiciones fiscales, pero muchas de las élites locales huían a tierras del islam. Siempre resulta más difícil para aquellos que solo llevan consigo su miedo y su hambre empezar una nueva vida en otro lugar. Así, poco a poco, los castellanos se encontraron a la vista de Sevilla, la sede del poder almohade de Al Ándalus, la metrópoli más extensa, rica y poblada de la Península.

En esos momentos, pocos pudieron siquiera imaginar que los cristianos se atreverían a acometer una conquista de esa envergadura. En cualquier caso, los poderosos de Sevilla, hartos de las querellas internas entre los reyezuelos de Al Ándalus, enviaron emisarios al príncipe hafsí de Túnez para someterse a su soberanía y acogerse a la protección del más poderoso reino musulmán del occidente, el único que parecía capaz de frenar las acometidas de los castellanos. El sultán Abu Zakariya aceptó de buena gana el regalo que le hacían y envió como gobernador a Abu Faris ibn Abi Hafs. Pese a que el nuevo valí tuvo que afrontar algunas rebeliones internas e incluso un exilio forzado, acabó imponiendo su poder y algo de orden en la medina y su alfoz, reorganizó las defensas y consiguió hacer acopio de armas y víveres. Una ola de renovado optimismo se apoderó de la ciudad, que veía posible la salvación y el regreso de los días gloriosos. Porque en realidad todos pensaban: ¿cómo iba a caer Sevilla, la metrópoli de río grande, sede del poder en estas regiones desde hacía siglos, en manos de los cristianos? Sus murallas medían casi dos leguas y encerraban una población que nadie supo nunca calcular con exactitud: muchísima gente, doscientas o trescientas mil bocas. Una plaza imposible de conquistar con tales muros, construidos con el más sólido tapial, y esa muchedumbre para defenderlos. Los califas almohades sucesores del mahdi Ibn Tumart dirigían su imperio desde Marraquesh, pero su verdadera capital en Al Ándalus era Sevilla, ciudad a la que engrandecieron hasta convertirla en la perla del islam: construyeron muelles de piedra destinados a protegerla de las crecidas del Guadalquivir, una obra de ingeniería de tal magnitud que causaba el pasmo de los visitantes; sobre todo por la flamante torre defensiva que protegía el puerto, con su planta circular y su espigada forma. Contaba también Sevilla con un nuevo arsenal en la zona portuaria,

con enormes atarazanas, y con un puente de barcas que unía las dos orillas del río, protegido en la ribera norte por el fuerte de Triana. El área palatina, llamada la Buhayra (la laguna), ampliamente mejorada, lucía vastos jardines plantados con olivos y frutales, aunque sin duda una belleza destacaba en la ciudad sobre todas las demás: la construcción de la nueva y grandiosa mezquita mayor y su hermosísimo minarete, en cuyos alrededores se crearon zocos, alcaicerías e industrias que sobrepasaron a las de la antigua medina.

Si los castellanos pusieron freno a sus conquistas, en los infaustos años de 1239 y 1240, no fue porque los musulmanes se les opusieran, sino simplemente porque carecían de recursos y hombres suficientes para ocupar y guarnicionar tantas villas como caían en sus manos, para poblar tantas fincas vacías. Así que después de hacerse con casi todas las villas en un radio de veinte leguas desde Córdoba, se tomaron un respiro. Pero la ausencia de nuevas conquistas no significaba paz, pues cada primavera los cristianos organizaban expediciones de saqueo y devastación en la Andalucía musulmana, sobre todo por el valle del Guadalquivir y del Guadalete. Dios parecía haberles vuelto la cara a los andalusíes. Solo las ciudades que pagaban las cantidades que el rey de Castilla exigía se libraban de ser arrasadas o conquistadas. La propia Sherish debió entregar fuertes sumas en varias ocasiones para evitar el saqueo de su alfoz, propiciando el escándalo de los ulemas más tradicionalistas, que veían en ello una traición al islam. Hamet, sin embargo, defendía el pago del tributo y la política de apaciguamiento, bajo el argumento de que Al Ándalus necesitaba la paz para lamerse las heridas, reforzarse y poder plantar cara así a los cristianos.

Por una extraña paradoja, los años posteriores a la conquista de Córdoba fueron, en general, buenos y tranquilos para los Banu Quzman. Sherish quedaba todavía demasiado lejos del campo de acción predilecto de los castellanos y de los temibles monjes guerreros. Y aunque en ocasiones sus expediciones de saqueo llegaban hasta el *Wadi al-tin*, los cristianos no se atrevían a atacar una plaza tan sólidamente amurallada como Sherish, y se limitaban a destruir las aldeas y alquerías, llevándose esclavos y ganados, y talando los panes.

Con la ayuda de Muhammad, los asuntos de los Banu Quzman, bajo la firme y prudente mano de Zuhara, prosperaban en medio del caos y la familia pudo pagar fácilmente los cuantiosos tributos que las autoridades recaudaban para pagar las parias a los cristianos. Muhammad cumplió la palabra dada a su hermano y se olvidó de guerras y políticas, para centrarse en el cultivo de las tierras y en la comercialización de su producción. Se casó al poco de regresar a Sherish con la mujer que su hermano eligió para él, Fátima bint Ali ibn Anfi, de familia de alcurnia y acomodada. Y en cuanto la dejó

preñada, tomó una segunda mujer, esta vez por propia elección, Amat al-Aziz, de humilde extracción y de extraordinaria belleza. Pero para su mucha energía, que actualmente no canalizaba mediante la actividad militar, dos mujeres no resultaban suficientes, así que menos de dos años después de regresar a Sherish se casó una tercera vez, con Amina al-Katiba, también de familia humilde y huérfana menesterosa, por lo que en poco tiempo se vio rodeado de hijos. Parecía feliz, o al menos tranquilo, aunque con frecuencia caía en periodos de pena negra y se lamentaba amargamente de que su padre no hubiera vivido lo suficiente para saber de su arrepentimiento. No perdía ocasión de hablar a quien quisiera escucharle de su recién adquirida certeza: su padre siempre tuvo razón, los andalusíes jamás se pondrían de acuerdo, pues todos se creen reyes y solo obedecen por la fuerza a alguien extranjero.

Mientras tanto la casa de los Banu Quzman crecía; a Hamet, tras su primera hija, Alima, le nació otra poco después de los nueves meses que el Creador ha dispuesto para la gestación, Aixa, y por fin un varón tres años más tarde, al que puso por nombre Muhammad. Las mujeres de su hermano Muhammad casi siempre andaban preñadas, así que Hamet no estaba seguro de cuántos sobrinos tenía, pues su casa se había vuelto tan escandalosa que cuando los niños crecieron pasaba la mayor parte del tiempo en su tribunal o en la mezquita. Y cuando regresaba a su hogar, se encerraba en la calma familiar de su biblioteca, donde muchas veces se encontraba a su hija Alima contemplando seriamente con sus enormes ojos los anaqueles de los libros, recorriendo con su mirada los rollos y pergaminos, acariciándolos con sus pequeños dedos. Hamet en esos casos fingía un enfado que no sentía y le pedía con poca convicción a la niña que se fuera con las mujeres, pero sabía bien que la pequeña permanecería escondida por los alrededores, acechando todos sus pasos y movimientos, imitándolos a veces.

Pese a la presencia de tantas mujeres, la jerarquía femenina de la casa quedó clara desde el principio, así que ninguna de las recién llegadas se llamó a engaño. En el vértice de la pirámide operaban Zuhara y Ruqaya, la viuda de Ismail, en una entente generalmente cordial, aunque no siempre. Nadie discutía el primado formal de la viuda como reina del hogar, que ella desplegaba de manera esporádica, discreta y sentenciosa, por medio de refranes e indirectas. Pero con el paso de tiempo, poco a poco el espíritu práctico de Zuhara acabó por imponerse en todos los aspectos domésticos, salvo en lo relativo a la educación de sus propios hijos. Zuhara, consciente de la dureza de la vida, trataba de enseñar a sus hijos las mañas para sobrellevar una existencia difícil y fatigosa, con rigidez y dureza, sin prestarles más atención que la estrictamente necesaria. Hamet, sin

embargo, mucho más blando, saboteaba continuamente con su autoridad patriarcal los intentos de su esposa de poner orden en su creciente prole. En el futuro, estas desavenencias habrían de acarrear disgustos enormes a los Banu Quzman pero, por ahora, la esposa seguía soportando sin lamentos las fatigas cotidianas propias de su condición.

Por debajo de las dos matronas se desenvolvía Fátima, también de familia noble y primera esposa del primogénito de la familia. Y, en el último escalón, Amat y Amina ocupaban un espacio a caballo entre los señores y la servidumbre, más por voluntad propia que por imposición, pues siendo ellas mismas de muy humilde extracción, encontraban impropias y extrañas las maneras y los usos de los Banu Quzman, y se encontraban más a gusto entre los criados que con ellos.

La calma de la familia ni siquiera se vio rota cuando Ibn Abit se proclamó rey de Sherish, rechazando toda autoridad superior y haciendo que la plegaria del viernes (*Yum'a*) se pronunciara en su nombre en los mimbares de las mezquitas. Antaño, las usurpaciones del poder solían venir acompañadas de graves trastornos, destrozos, decapitaciones y torturas. Pero bajo la presión de los castellanos el poder no resultaba plato de gusto para casi nadie, así que cuando el mayor de los Banu Abit, que ya ocupaba el alcázar como valí, empezó a gobernar como soberano, nada cambió en la ciudad, y cada cual siguió con lo suyo, afanándose por reunir la cantidad suficiente para hacer frente al tributo debido a castellanos y a los demás impuestos locales y al azaque. De hecho, la urbe funcionaba de manera independiente desde hacía muchos años, pese a que nominalmente su principal autoridad era un simple valí, pues ningún poder, musulmán o cristiano, podía imponer en ella su voluntad. Desde el inexpugnable castillo de la villa, el señor de Sherish controlaba un amplio alfoz: además de toda la campiña jerezana, parte de la zona costera sur atlántica (Sanlúcar, Rota, Vejer…), y algunas áreas de la sierra: Arcos, Bornos, Medina Sidonia y Alcalá; prácticamente los límites de la antigua cora de Sidonia.

La situación política en Sherish no constituía una excepción; lo mismo venía ocurriendo en los últimos años en muchos otros lugares de Al Ándalus. Tras la muerte de Ibn Hud reinó por doquier una gran confusión. Los alcaides y valíes no sabían a quién debían obedecer. Ante el vacío de poder, en todas partes las familias más poderosas dudaban si hacerse con el poder o esperar acontecimientos. Pero los Banu Abit tenían una bien ganada fama de orgullosos y feroces, así que bien pronto traicionaron a sus señores sevillanos y, ahora que la ciudad parecía estar a merced de las fuerzas de Fernando, sin que nadie pudiera o quisiera ayudarles, se autonombraron reyes de Sherish.

Al principio Hamet se temió que Muhammad, que había sido en sus años mozos camarada de armas y compañero de fiestas de varios de los Banu Abit, tan pendencieros y amigos del riesgo como él mismo, abandonara su plácida vida de campesino, para tomar de nuevo las armas con sus paisanos. Sin embargo, los temores del cadí no se cumplieron: Muhammad vio en la felonía de Ibn Abit una nueva muestra del cainismo de los andalusíes y de su incapacidad para obedecer y ser leales a un solo líder.

—La guerra ya no es para mí, hermano —le dijo un día en que, con grandes rodeos, Hamet se atrevió a sondearle para saber su opinión sobre los recientes acontecimientos políticos—. Sé lo que te preocupa pues, aunque Dios no me dio tu inteligencia, tampoco soy tan lerdo como para no darme cuenta de que temes que me sume a las tropas que los Banu Abit andan reclutando para el yihad. No te inquietes. Ya no tengo edad, ni ganas, ni convicción para empuñar las armas. Quiero seguir como ahora, ocupándome de la calidad del mosto, del crecimiento del trigo, de preñar a mis mujeres y de nada más. Quiero un hijo, al menos, cada año, si Dios me da fuerzas, hasta que no pueda recordar el nombre de todos ellos sin esfuerzo. Quiero cultivar las tierras que nuestros antepasados ganaron con su trabajo y gozar de los dones simples que el Todopoderoso nos ofrece: comida, vino, descanso, hijos. Si pagando los tributos los cristianos nos dejan en paz para disfrutar de estos dones, paguemos y basta. Yo me conformaré con un buen sueño, una buena hembra y una buena digestión.

Ni siquiera cuando llegaron a Sherish las noticias de que el rey Fernán había cercado Jaén se alteró el ánimo de Muhammad. Por toda la medina se comentaba el heroísmo de los jiennenses que, después de meses de asedio, seguían inexpugnables. Y se organizaron partidas de voluntarios para ayudarla a resistir. Muchos de los mozos más imberbes e incautos de Sherish partieron, para no volver, a participar en esa empresa sin esperanza, pese a los ruegos de los más ancianos y de las autoridades de la ciudad. Muhammad ni siquiera comentó su partida cuando el hecho se trató en la mezquita el viernes; se limitó a encogerse de hombros y se marchó con sus amigos a degustar un asado de cordero.

Pero Hamet sabía que, pese a sus palabras, su hermano de vez en cuando se dejaba llevar por los arrebatos de la nostalgia y de la indignación y que con frecuencia se sumergía en los manantiales del olvido por medio del vino o del hachís. Por eso, Hamet observaba con discreción al antiguo guerrero, buscando alteraciones en su ánimo, signos de insumisión o rebeldía, aunque nada hallaba. Parecía que Muhammad permanecía al margen de todo acontecimiento que no fuera el cuidado de sus vides y sus olivos, la preñez de las vacas y el medrar del trigo. Cuando llegó la noticia de que el rey de Granada,

Muhamad ibn Yusuf ibn Nasr ibn al-Ahmar se había sometido a los castellanos, y que había entregado su reino en vasallaje al rey Fernán, Muhammad se limitó a formular, de manera sentenciosa, la frase que desde entonces se recordaría en su familia:

—Si los perros se chupan el culo, ¿por qué no han de besarse las manos?

La vorágine de los tiempos no paraba y cada año las nuevas de las maniobras y las intenciones de los castellanos resultaban más preocupantes. Las cabalgadas de saqueo y el talado de tierras y huertas se convirtieron en hechos tan cotidianos que ya a nadie le llamaban la atención y se afrontaban como los fenómenos de la naturaleza: con resignación y fatalismo, hasta que un suceso inesperado vino a alterar el curso ordinario de los acontecimientos, poniendo fin a la bella apariencia de lenta agonía en la que se veía inmersa la tierra de Al Ándalus, afectada ya irremediablemente por la debilidad y la decrepitud.

El día 23 de noviembre de 1248, justo en el momento en que los Banu Quzman se encontraban celebrando la fiesta por la circuncisión del último hijo de Muhammad, llegó a Sherish la noticia de la rendición de Sevilla. Un mozo montado en un corcel que decía ser siervo del sultán de Túnez llegó a las puertas de la ciudad con el ruego de que le facilitasen un cambio de montura, que pagó generosamente. Mientras le aparejaban el nuevo caballo hizo, entre lágrimas, un relato atropellado de los últimos acontecimientos:

—Isbiliya ha caído…Ya no hemos podido soportar más padecimientos. Tras los largos meses de asedio, del hambre, de la falta de auxilio… Mi señor ha hecho todo lo que ha podido, pero la flota que mandó para socorrernos fue derrotada en el río por los enemigos y por los traidores: ¡que Dios los maldiga!

Mientras hablaba, daba largos tragos a una jarra de agua, y mordisqueaba unos higos secos. Su imagen de delgadez hablaba de penurias y de un hambre pertinaz, pero no quiso quedarse a descansar en Sherish. Debía llegar cuanto antes a un puerto, para enviar recado de lo ocurrido a Túnez.

—Ayer el consejo de la ciudad acordó la capitulación y se la notificó al rey de los gallegos. Y esta misma mañana, los nazarenos han tomado posesión del alcázar y han ondeado sus impíos pendones de la torre del homenaje.

Quienes le escuchaban se miraban unos a otros consternados. Resultaba difícil de creer que Sevilla, la metrópoli más poderosa de la Península, con las murallas más fuertes, la mejor comunicada y defendida se hubiera rendido a los cristianos. En cuanto tomó las riendas del caballo, el muchacho se encabalgó con dificultad y todavía dijo antes de marcharse:

—Comunicad estas noticias a los señores de Sherish… Decidles que el rey ha concedido a los sevillanos un plazo de un mes para que puedan vender sus bienes. Después… deberán vaciar completamente la medina. Estad preparados, dentro de muy poco, miles de desesperados y hambrientos llamarán a las puertas de esta villa.

De inmediato bulleron los rumores por Sherish. Se sabía que Sevilla llevaba meses cercada, pero una vez más, los musulmanes se negaban a aceptar la posibilidad de que una villa tan fuertemente murada y populosa, tan bien comunicada, cayera en manos cristianas.

Sin embargo, las pocas e inseguras nuevas que llegaban a Jerez confirmaban que los cristianos luchaban brava e inteligentemente. Primero, el rey Fernán con su hueste saqueó los campos de Carmona y Marchena y ocupó estas ciudades. Cuando ya hubo talado todos los árboles y las mieses, y saqueado los pueblos y las villas de la ribera sur del Guadalquivir, dejó que los musulmanes se refugiaran en Sevilla, sin llevar nada consigo; solo su pena y su hambre, para sumarlos al miedo de los propios sevillanos, y se limitó a esperar, como buen cazador, a que su presa se le pusiera a tiro, madura para ser cobrada. A la primavera siguiente, tras un invierno de carestía y penurias para los musulmanes, el rey Fernán volvió a correr los llanos entre Sevilla y Córdoba, y las alturas del Aljarafe, en la ribera norte, donde poco crecía ya, y se hizo con los panes y las mieses. Completado su primer cerco de hambre, vio entonces llegado el momento de poner sitio militar a la villa.

En realidad, nadie sabía los detalles de lo ocurrido en los últimos días, más allá de lo que el emisario del sultán de Túnez había contado. Pero conforme pasaban de boca en boca, las noticias se fueron magnificando y completando, y cuando alcanzaron la fiesta de los Banu Quzman, ya nadie tenía ánimos para continuar con la celebración.

Esa misma noche, los dos hermanos se reunieron en el salón familiar para hablar de la situación y compartir sus temores. Como tantos andalusíes por esas mismas fechas, se hacían una y otra vez la misma pregunta: ¿cómo era posible que los cristianos, en solo veinte años, hubieran conquistado todo el valle del Guadalquivir, causando un éxodo masivo de musulmanes que ahora buscaban amparo en las montañosas provincias del sureste de la Península y hasta al otro lado del Estrecho?

—¿Qué nuevas has podido reunir, Muhammad, sobre los últimos días de la campaña de Sevilla? Te he visto charlando animadamente con el alférez del alcázar y seguramente él te habrá dado nuevas frescas y no simples rumores.

—Tienes razón. Me he pasado buena parte del día recopilando informaciones de unos y de otros, tratando de discriminar la verdad

de las simples habladurías a fin de componer un relato de los hechos ajustado a la realidad, porque sabía que esta noche tendríamos esta conversación. Como puedes ver, te conozco bien. Además… he luchado tantos años contra los gallegos… sé cómo piensan. A algunos de sus jefes los conozco personalmente. En las tabernas, preguntando a los caminantes por las encrucijadas ya había ido recabando informaciones.

Muhammad miraba al vacío; parecía rememorar sucesos parecidos, vividos por él mismo. Conocía Sevilla como la palma de su mano. Había luchado sobre sus muros muchas veces. Y había cruzado lanzas y espadas con muchos de los castellanos que actualmente ocupaban la ciudad. Sabía de su dureza y su pericia.

—El rey Fernán ha conseguido su objetivo tanto por su astucia como por su fuerza, no podemos negarlo. Todo lo tenía bien planeado: llamó en su ayuda a todos sus vasallos, entre ellos, el traidor emir de Granada, Muhammad ibn al-Ahmar, que acudió con su hueste. El perro granadino no ha podido olvidar que los sevillanos le rechazaron, poniéndose de parte de Ibn Hud. Las tropas castellanas cruzaron el río a la altura de Alcalá en julio e instalaron el campamento en la Torre de los Caños, junto al acueducto que viene de Carmona, y empezaron a escaramucear. Fueron ganando terreno y poco después de la fiesta de la Asunción sentaron el real definitivo en el lugar más apropiado, en los llanos de Tablada, al sur, al lado del río, para evitar cualquier auxilio que pudiera llegar por las aguas… Lo demás, ya lo sabes tú mismo. Vanos han sido los intentos de socorro: ni siquiera la poderosa flota armada por el sultán de Túnez, más de treinta naves, fue capaz de romper el bloqueo. En el mismo puerto de Sevilla, las naves cristianas con la ayuda de Iblís los derrotaron y los pocos buques que escaparon a la masacre debieron regresar por el río para ampararse en Ceuta, perseguidos por ese demonio de Ramón Bonifaz… Tras una resistencia que ha durado meses, la ciudad ha caído definitivamente hace apenas unas horas, cuando ya no pudo aguantar más: ¡la arrogante capital de los almohades, sede del califato omeya, en manos de los politeístas! Me gustaría ver la cara que pondrán al saberlo algunos que no quiero nombrar bajo este techo, pues tendría que escupir continuamente.

Se hizo un profundo silencio y los dos hermanos se sumieron en sus propios pensamientos. Al rato, Hamet formuló la pregunta que ambos se hacían.

—¿Crees que el rey Fernán se contentará con lo que ya tiene o proseguirá sus conquistas?

Muhammad miró a su hermano, con mirada entre burlona y amarga, y respondió a su pregunta con más brusquedad de lo que hubiera deseado.

—Hermano… me preguntas lo que ya sabes, pero quieres oír de mis labios; los dos sabemos que nada puede saciar a Fernán y que no se detendrá en Sevilla. Después de ampliar su reino como ninguno de sus antepasados lo había hecho, necesitará unos años para digerir la conquista y poblar las nuevas tierras bajo su dominio, pues son muchos, miles, los musulmanes que lo abandonan todo para huir de ellos. Pero conforme reúna nuevas fuerzas, seguirá avanzando. No parará hasta que en todas las ciudades de la Península suenen las campanas con sus siniestros ecos metálicos. Y no se limitará a conquistar este lado del Estrecho, pues también en África tiene puestos sus ambiciosos ojos. ¿Acaso no envió a una parte de su ejército al Magreb *al-Aqsà* para ponerlo al servicio de los almohades? ¿Y para qué si no construye actualmente una enorme flota? El astuto del cristiano sabía que ayudando a los almohades contra sus enemigos debilitaba al islam.

El antiguo guerrerillo se levantó, rellenó dos copas de vino y le entregó una a su hermano.

—Agradezcamos que Allah en su misericordia se llevara a padre a tiempo de evitarle la amargura que nos toca a nosotros y a nuestros hijos. Y pidámosle astucia para movernos en estos nuevos tiempos. Creo que el gallego necesita ocupar la costa del gran océano y el valle del Guadalete. De hecho, ya ha empezado a repartir sus conquistas, aun antes de haberlas consumado. Supe en Córdoba que Fernán ya ha prometido a su hijo Enrique el señorío de Sherish y de toda la campiña, y que le ha entregado en señal las villas Morón y Cote, recién conquistadas por los monjes guerreros de Calatrava, hasta el momento en que logre la posesión de los nuevos dominios, nuestras tierras. ¿Te das cuenta hermano? Ocupamos territorios que ya han sido regalados por el rey de los *galaliqa* a sus secuaces… Y los dos sabemos también que ya no quedan posiciones firmes que impidan el avance cristiano hasta el mar del oeste. Como el hábil estratega que es, la siguiente pieza que querrá cobrarse será Sherish, Niebla o las dos. A nosotros solo nos queda saber si esto ocurrirá el próximo año, o dentro de diez o de veinte. Pero no hay duda alguna de que, mientras sigan descendiendo del puerto del Muradal riadas de cristianos con su hambre y su ambición, el rey Fernán les buscará nuevas tierras donde aposentarlos. Las nuestras.

—¿Nos queda alguna esperanza?

Muhammad se tomó su tiempo para responder a la pregunta que él mismo, como miles de andalusíes, se venía haciendo cada día desde hacía años, desde que en 1226 el rey Fernando III cruzara los puertos y comenzara la invasión de Andalucía, cuando los dos hermanos ibn Quzman apenas levantaban unos palmos sobre el suelo y jugaban a la guerra contra el infiel, apenas conscientes de la pesadilla que se

avecinaba y de la que serían protagonistas.

—No tenemos escapatoria. Me temo que Dios, en el cielo, ha decidido ya nuestra ruina… Como siempre decía nuestro abuelo: «Las épocas se siguen unas a otras según el concierto divino». Aunque desconozco las razones, sé que todo marcha hacia su final. ¿Para qué empeñarnos en seguir calificando nuestras derrotas de retirada? Fernando no nos ha atacado todavía porque no puede: demasiada faena tiene repoblando sus enormes conquistas. Pero en cuanto disponga de tiempo y fuerzas, lo hará, porque su determinación es firme. Más pronto que tarde, el hijo de Fernán, Enrique o como quiera que se llame, vendrá a ocupar el alcázar y nos convertiremos en siervos suyos, condenados a vivir bajo el yugo de los comedores de cerdo. De eso no me cabe duda. Lo que me pregunto es si ellos nos dejarán conservar nuestras tierras, nuestras costumbres, nuestras leyes, o si acabarán con todo. Porque sabemos bien que por casi todas las regiones de Galicia, hasta por las más norteñas, viven comunidades de musulmanes en paz, cultivando sus heredades bajo sus propias usanzas. Nuestros abuelos ayudaron a redactar las leyes bajo las que hoy se rigen esos creyentes y según nos cuentan, los reyes y señores de Galicia suelen respetarlas. ¿Podremos nosotros hacer lo mismo? ¿Dónde hallar un futuro más propicio para la familia, quedándonos en Sherish viviendo entre idólatras o aventurándonos por tierras del islam?… Para esta encrucijada, querido hermano, no tengo respuesta. Es pregunta que debes contestarte tú como cabeza de familia y la persona más buena, honrada e inteligente que conozco. Lo que tú decidas, eso haré. Si hemos de partir, tomaré a los míos y nos iremos donde dispongas. Si, por el contrario, decides quedarte en la ciudad de nuestros mayores, te seguiré igualmente.

—Pero tú mismo, Muhammad, ¿qué deseas? ¿Quedarte? ¿Partir? ¿Podrías vivir tranquilo entre politeístas, con sus iglesias, sus ejércitos, sus puercos… sus infamantes campanas?

Muhammad se sentó de nuevo y miró fijamente a Hamet, emocionado, sintiendo la conciencia de un inmenso cariño. Sabía que su hermano siempre se había preocupado por él y también que nunca le había correspondido como merecía. Más que una ayuda, Muhammad había constituido una continua fuente de problemas para la familia. Y, sin embargo, Hamet procuraba darle su lugar, sin reproches ni sermones, perdonando sus faltas, sus desplantes y hasta los golpes que alguna vez le había propinado. El cadí lo encajaba todo sin torcer el gesto, paciente, tranquilo, noble.

—Hamet, Hamet. ¿Cómo con tu inteligencia no te has dado cuenta de que yo estoy solo medio vivo? La parte de mí que deseas que te responda murió en Córdoba, cuando las paredes de su mezquita lucieron los pendones del rey de Galicia. Y otra buena parte se quedó

en Lucena, cuando por última vez los musulmanes a quienes creía hermanos, por quienes hubiera estado dispuesto a morir mil veces, me traicionaron clavándome un puñal de hielo en el corazón que todavía no he podido sacarme. Esto que ves aquí, esta pobre armadura mortal, no es más que cáscara, sediento al que no le sacia el agua, hambriento al que no le satisface la comida… Me dejo llevar por los afanes diarios: ando, trabajo, como, follo… pero no encuentro en ello apenas contento. Lo hago porque Allah me quiere aún vivo y es mi deber. Pero ya apenas tengo deseos propios. He conseguido algo que creía imposible: no desear, o, al menos, apenas hacerlo. Sigo tus pasos, cumplo tus órdenes, rezo al Todopoderoso, como debe ser. Pero lo que me pase a mí, o deje de pasarme, hace tiempo que no me importa nada. Nací con el sagrado deber de defender a los creyentes con la fuerza de mi brazo y, mientras tuve fe, nada me hizo flaquear: he soportado azotes, lanzadas, prisiones, cadenas, intemperies… He orinado sangre por los golpes recibidos… ¿Cuándo me quejé del peso de los grilletes, del hambre, de las noches en vela? Pero una vez comprendida la inutilidad de nuestra lucha, mi espíritu se quebró, así que solo espero que llegue la muerte cuando Dios quiera. ¡No hay más fuerza que la de Allah, que convierte lo imposible en posible!

Muhammad se levantó queriendo frenar su emoción, sin poder evitar que las lágrimas apuntaran en sus ojos. Se sirvió otra copa hasta el borde, la apuró y siguió diciendo:

—Hermano… no creas que culpo de nuestra derrota solo a los malos gobernantes… He dejado de engañarme a mí mismo… Es culpa nuestra, de todos, por nuestra soberbia, por nuestra desunión y, sobre todo, por la cobardía de la chusma. En la explanada de la mezquita, tras el rezo del viernes, todos se llenan la boca con el yihad y prometen salir al campo a descabezar cristianos y destriparlos con las manos desnudas. Pero después, en el frente, cuando las lanzas se quiebran y vuelan en mil astillas, cuando los sables se rompen y los caballos resbalan al pisar sus propias entrañas… Allí la mayoría de los que gritaban se ensucian encima y salen huyendo, dejando las armas a merced del enemigo. Cien veces he contemplado la misma escena… Por eso vamos a ser derrotados: porque los gallegos llevan varias generaciones mostrando más fe y valor que los andalusíes. Y nosotros, en vez de luchar con honor, les pagamos para que no nos ataquen, y pagándoles les hacemos más fuertes… un círculo vicioso que se estrecha cada día más y acabará por agarrotarnos.

Las palabras de Muhammad causaron honda impresión en Hamet que, como siempre, constataba que su hermano, pese a lo que todos creían, no era un guerrero obtuso, sino de fina inteligencia, capaz de análisis históricos y políticos agudos. A fin y al cabo, concluía Hamet en estos casos, era un Banu Quzman, lo había criado Ismail ibn Ali,

era nieto de Ali ibn Yafar… Aunque de zagal parecía no prestar atención, las conversaciones que presenció también dejaron impronta en su alma.

Desde ese día, Hamet pasaba cada vez más tiempo en la mezquita, discutiendo con los demás prohombres de Sherish Shiduna el camino a tomar frente a los recientes acontecimientos. Todos los habitantes de la villa vivían presa de la consternación desde que cayó Sevilla y sus temores se veían alentados continuamente con los estremecedores relatos de los cientos de refugiados que acudían a la ciudad en busca de cobijo, tantos que pronto constituyeron una nueva fuente de preocupación para las autoridades, obligadas a tomar medidas. En la zona no había comida para tanta gente; inevitablemente debían expulsar a algunos o muchos de ellos, o al menos convencerles para que siguieran su camino hacia el este o hacia el sur, pues, de lo contrario, la propia supervivencia de la comunidad jerezana resultaba imposible. Los recién llegados acarreaban a la vez su pena y sus deseos de venganza. A través de sus relatos, los jerezanos vivieron la guerra, el sitio y las penurias sufridas como si hubieran tomado parte en ellas, y cundió entre los jerezanos la clara conciencia de que también ellos estaban abocados al mismo e inexorable destino de destierro y calamidad.

9. Sherish. Enero de 1249

El problema de los refugiados empeoraba cada día. En medio de crecientes protestas de los jerezanos, las autoridades no podían demorar por más tiempo la toma de providencias para canalizar el asunto de la manera menos traumática para todos. Unido a ello debía decidirse también sobre otro endiablado dilema: qué respuesta daría la ciudad cuando llegaran los requerimientos de los castellanos para someterse a vasallaje, pues todas las villas andalusíes que aún permanecían independientes recibían tarde o temprano demanda expresa y terminante en ese sentido. Si accedían, como se decía que pensaba hacer el caudillo de Niebla, los creyentes lograrían salvarse de la destrucción y conservarían bienes y tierras. De lo contrario, correrían la misma suerte de Sevilla y de tantas otras villas del valle del gran río: la expulsión con las manos desnudas, en el mejor de los casos; en el peor, muerte o cautiverio.

Cuando se confirmó la sumisión del señor de Niebla a los castellanos y que todas las tierras al norte del Guadalquivir podían considerarse ya territorio cristiano, quedó patente que el Guadalete marcaba ahora la nueva frontera y que el único obstáculo que se interponía entre el rey Fernando y las sierras en poder de su vasallo, el señor de Granada,

era la ciudad de Sherish. Tarde o temprano, los castellanos acabarían viniendo, con intención de quedarse.

Un viernes después de la oración Ibn Abit convocó a todos los notables de la villa en el alcázar. Previamente había mantenido entrevistas con unos y con otros, que no habían arrojado un resultado claro sobre el sentir del pueblo jerezano. No es que al señor de Sherish le importara mucho la opinión de sus súbditos. Pese a que la tradición islámica hace recaer la legitimidad de los gobernantes en el consenso de la *umma*, este principio dejó de operar realmente desde la desaparición de los primeros califas. Pero resultaba útil recurrir a él en estos tiempos, en los que convenía especialmente conocer el humor y el sentir de las gentes antes de tomar determinaciones que bien pudieran desembocar en sublevaciones o tumultos.

En el salón principal de la ciudadela se reunieron más de veinte personas, la mayoría de ellas ancianas, representantes de los gremios, de las tribus bereberes y de la milicia local. También asistieron el cadí Hamet Ibn Ismail, algunos alfaquíes y varios de los refugiados más insignes. Tan pronto como todos tomaron asiento, el rey presentó a los asistentes a un recién llegado, el sevillano Yahya ibn Jaldun, alfaquí y cadí de la ciudad, uno de los miembros de su consejo, y también polígrafo de gran reputación.

—Por fin —dijo Ibn Abit— podremos saber por boca de uno de los últimos dirigentes de la localidad qué ha pasado realmente en Sevilla durante los últimos meses y, sobre todo, cuáles han sido las verdaderas consecuencias para los creyentes de la rendición a los gallegos, después de haberles hecho frente durante largos años y de haber soportado un heroico sitio. Escuchado su relato y su sabio consejo, quedaremos en mejores condiciones para decidir el curso de nuestros actos. —Con un gesto de la mano, el rey le pidió a Ibn Jaldun que comenzara su relato.

—Hermanos, honorables ancianos de esta sagrada villa, donde se pronunció por primera vez el nombre de nuestro último gran califa, descendiente de los califas bien guiados, de sus grandes esperanzas y de sus victorias en toda circunstancia… amigos… ¿Cómo expresar con palabras el desgarro que sufre mi corazón? He asistido en primera persona, he visto con mis propios ojos, cómo ha caído la luz del islam en el oeste, nuestra orgullosa Sevilla, que como sabéis se encuentra en las impías manos de los politeístas. Antes de partir, pude ver cómo los nazarenos (que Dios los elimine) colocaban en el minarete de la mezquita mayor una cruz, una seña real y campanas para infundir pavor en los corazones de los creyentes con sus infernales ruidos. ¡Maldita sea! ¡Dios condene a los injustos!

Hablaba un viejo de minúscula estatura, muy delgado, que abultaba poco más que un niño: parecía cosa de magia que de tan precaria

envoltura mortal brotara esa voz de profeta, sólida, cálida, envolvente… Gesticulaba poco, pero su expresión corporal resultaba tan elocuente como sus propias palabras. Tan pronto como comenzó su discurso, se metió en el alma de los escuchantes, que parecían contemplar ellos mismos los sucesos que relataba.

—No soy experto en cuestiones militares. Aunque vuestro honorable rey me ha pedido detalles sobre el cerco, la batalla y las estrategias, poca ayuda puedo daros en ese campo. Hombres mucho más peritos que yo lograrán sin duda ilustraros sobre ello. Pero sí puedo hablaros de las negociaciones que mantuvimos con los castellanos para la capitulación, y también de la entrada de los cristianos en la villa y de las penurias que desde entonces hemos sufrido los creyentes que allí habitábamos… ¡Dios concede su dominio a quien Él quiere!

El viejo bajo la cabeza y tomó aliento.

—¿Cómo describiros las penalidades que sufrimos durante los largos meses de asedio? Nunca antes una ciudad musulmana de Al Ándalus se vio sometida a tan prolongado sitio. Los gallegos nos cercaron por todos lados; nada podía entrar o salir de la medina donde se hacinaban cientos de miles de bocas, nadie sabe cuántas, pero no menos de trescientas mil. Día tras día la situación fue empeorando, pero aún nos mantenía con vida la esperanza de recibir ayuda. Sin embargo, cuando la flota del islam fue hundida en el río perdimos toda esperanza y nos vimos obligados a capitular. Nada quedaba para comer dentro de la villa, ni siquiera en las casas de los ricos; las gentes morían por centenas, tantas que muchas familias ni siquiera podían organizar los funerales ni las oraciones fúnebres. Sé de gente, amigos queridos, que han sido enterrados en sus propias casas, de modo apresurado, después de excavar la fosa con cuchillos y herramientas toscas e inadecuadas.

Los escuchantes acompañaban el relato con exclamaciones de sorpresa y horror, con gritos exaltando a Dios y maldiciendo a los cristianos.

—Yo mismo formé parte de la delegación que fue a pedir clemencia al rey de los *galaliqa*. Las negociaciones no resultaron fáciles, nos costó tiempo… Pero debo deciros, en honor a la verdad, que no esperamos tanta clemencia… Nos perdonó la vida… a todos… combatientes incluidos. Pero a cambio, los creyentes debíamos abandonar la ciudad. El rey nos ofreció un mes para que los sevillanos pudiéramos organizar el transporte de los bienes que nos permitió conservar y para tratar de vender las propiedades… El vencimiento del plazo llegó el 27 del mes de ramadán. Ese amanecer la puerta de Carmona despidió a una multitud de nobles y plebeyos.

En este punto, al anciano se le quebró la voz. Las asistentes respetaron su emoción guardando un respetuoso silencio.

—Cumplido el plazo y ya la medina vacía, los gallegos (Dios los aniquile) decretaron que durante tres días Sevilla quedara desierta. Y así ocurrió. Ningún musulmán permaneció intramuros y hasta los judíos fueron sacados de la villa. Los *galaliqa* saben bien lo que hacen: durante esas tres jornadas pudieron libremente buscar riquezas por todas partes y localizar grandes tesoros, pese a los empeños puestos por los sevillanos en esconder sus riquezas, con la esperanza de regresar un día para recuperarlas. Así encontraron un pozo lleno de oro de acuñación en los jardines del alcázar, más de setecientos quintales, y un almud de piedras preciosas y de perlas, y emparedados entre los tabiques de muchas casas, incontables sacos de dinares de la mejor ley… El final de la historia, hermanos, ya lo conocéis… miles de emigrados sevillanos lanzados a los caminos, buscando un lugar donde asentarse. La mayoría rumbo a África. Otros, deseando quedarse más cerca de los huesos de sus antepasados, trataron de buscar acomodo en Ronda, en Málaga, en Granada… Fui de los últimos en salir. Yo mismo entregué las llaves de la ciudad al rey de los gallegos. El tirano nos hizo acompañar por un contingente de caballería hasta más allá de las torres de Alocaz, mientras él entraba con su corte en la villa, para instalarse en el castillo, profanando abiertamente el vedado de Sevilla, terreno nunca antes mancillado. Ya solo nos queda llorar, llorar por la pérdida, de la que ya se duelen los poetas… Un buen amigo mío, Abu Musa Harun ibn Harun, engañó al hambre durante largos días componiendo un poema sobre las devastadoras consecuencias del asedio sobre la población…

Tras la larga perorata del viejo alfaquí, todos los asistentes se quedaron callados, sumidos en sus propios pensamientos. El primero en romper el mutismo fue de nuevo el rey.

—Habéis escuchado de la mejor fuente, nobles jerezanos, los sucesos ominosos de Sevilla. Ya no nos cabe duda de lo que nos espera si los castellanos toman esta ciudad al asalto. Ahora necesitáis conocer nuestras reales posibilidades de defensa. El arráez Ibn Mahmud, aquí presente, y yo mismo, hemos pasado largas horas, noche tras noche, mirando planos, presupuestos, inventarios… Y ya tenemos algunas conclusiones. Por favor, amigo: ¿puedes hablar?

Ibn Mahmud, un berebere tosco y mal encarado, descendiente de una de las últimas familias almorávides que quedaban en Sherish, se puso de pie y, después de mirar uno a uno a los asistentes, dictó lacónicamente.

—No existe capacidad de defensa. Los castellanos (Dios los maldiga) disponen del más poderoso ejército que haya pisado esta tierra desde los tiempos del califa Abu Yaqub Yusuf. Son imparables. Cuentan, además, con ayuda de muchos francos venidos de muy al norte, que esperan enriquecerse con nuestras haciendas y preñar a nuestras hijas.

Y con una armada poderosa, al mando de la cual se encuentran mareantes peritos, curtidos en mil batallas y cercos navales. Nuestros muros y contramuros son poderosos, cincuenta torres los protegen, muchas de ellas albarranas, y cada una de las cuatro puertas de la ciudad cuenta con su propio alcázar y guarnición. En nuestros silos y aljibes pueden almacenarse suministros para mantenernos durante meses… Pero, si los castellanos lograron perseverar y mantener el cerco de Sevilla, no veo manera de que nosotros podamos resistirles.

El guerrero terminó su discurso tan abruptamente como lo había comenzado y se sentó, cruzando las piernas.

—Gracias amigo —dijo el Ibn Abit—. Has sido claro y conciso, como te pedí. ¡Que Allah te proteja con su gracia! No caben ya tapujos ni florituras. Ha llegado la hora de tomar decisiones… y no quiero hacerlo yo solo. Por eso, nobles de Sherish, os pido vuestro consejo. ¿Qué debemos hacer? Oponernos a los castellanos, resistir hasta la última hora y, con ello, acabar como los sevillanos. O plegarnos al vasallaje, como los de Niebla. Hablad, sin temor, lo que se diga en esta sala no saldrá de aquí.

Los asistentes a la conferencia se miraron unos a otros, sin atreverse a hablar. Nadie parecía dispuesto a dar la primera opinión. Al cabo de un rato, todos parecían mirar a Hamet que, pese a ser el más joven de la reunión, gozaba de reputación por su sabiduría y, además, como hijo de Ismail, había heredado la autoridad moral de su padre y, de alguna forma, podía considerarse el líder espiritual de la comunidad.

Hamet, sin embargo, no hablaba. No por temor, sino porque no sabía qué decir, ni qué determinación tomar. Él mismo, como tantos otros, llevaba años haciéndose las mismas preguntas, sin haber todavía encontrado la respuesta adecuada. Su razón le decía que en Sherish no quedaba futuro alguno para los suyos, pero su corazón alentaba esperanzas, ilusiones. Cuando ambas tendencias se enfrentaban en sus noches de insomnio, su ser racional, el predominante, iba enumerando con detalle los motivos por los que había que irse; pero cuando la conclusión se presentaba más nítida a la luz de la conciencia, en lugar de relajamiento sentía como si una mano invisible se aferrara a su garganta privándole de la respiración. Porque a la conciencia clarísima de que su mundo estaba irremediablemente agotado, se añadía el presagio de desgracias inminentes, el dolor del exilio, el miedo a los caminos y la preocupación por el futuro de los hijos.

Como tantos hombres antes que él, Hamet hubiera querido saber cuál era la decisión correcta. Pero solo Dios conoce el futuro, los hombres andan a ciegas durante su paso terrenal. Las miradas de todos se volcaban en él, así que el cadí se vio obligado a decir algo, más para escurrir el bulto que con intención de aportar soluciones

milagrosas que no existían.

—¿Qué noticias tenemos de África? ¿Podemos esperar ayuda de nuestros hermanos musulmanes del Magreb, como tantas otras veces?

Ahora fue el alférez del alcázar, otro berebere, quien habló.

—Si se me permite contestar cumplidamente, señor, le diré a nuestro honorable cadí y a todos los asistentes que acabo de regresar del otro lado del Estrecho. El rey me mandó para que recabara toda la información posible, dirigiéndome tanto al sur como al este. Tres meses he estado empeñado en esa tarea, para constatar que el caos reina en el Magreb. No se sabe bien quién manda en África. Cada tribu, cada cabila, hace la guerra por su cuenta, y en las ciudades surgen reyezuelos que se declaran soberanos y se niegan a pagar los tributos. Mientras allí los musulmanes anden empeñados en matarse unos a otros, no podemos esperar ayuda de su parte.

—Ya lo sabéis amigos —continuó el valí— en el Magreb las cosas parecen aún peor que aquí, si cabe, porque los magrebíes se encuentran más desunidos que los andalusíes. Al otro lado del Estrecho, las autoridades locales sufren las mismas presiones que nosotros y andan haciéndose las mismas preguntas. Estamos solos frente a un enemigo de proporciones antes nunca vistas, pues mientras los creyentes carecemos de califa a quien seguir, los comedores de cerdo cuentan con el más poderoso monarca de su historia, que vive consagrado a la única obsesión de plantar campanas en todos los minaretes de Al Ándalus. Esa es la verdad y cerrar los ojos no conduce a nada.

No por sabidas, las conclusiones del rey de Sherish dejaron de causar impresión en la asamblea. Una cosa es conjeturar a la salida de la mezquita sobre amenazas lejanas y otra muy distinta afrontar la verdad cara a cara, en compañía de los gobernantes de la comunidad. De nuevo se hizo un siniestro silencio, preñado de vergüenza y rencor. Todos se preguntaban lo mismo. ¿Cómo habíamos podido llegar a esto, caer tan bajo? No hace tanto tiempo los politeístas doblaban la cerviz y sus mujeres calentaban los lechos de los creyentes. ¿Qué había pasado? ¿Por qué el Todopoderoso volvía la cara a los musulmanes?

Esta vez Ibn Abit preguntó directamente a Hamet:

—Cadí, amigo: tú eres respetado por tu sabiduría en esta ciudad, como lo fueron tu padre y tu abuelo en tiempos mejores (Dios les haya perdonado). En Sherish jamás ha faltado el consejo de un Banu Quzman. ¿Hoy nos vas a privar de él?

Hamet se revolvió en su asiento, incómodo, bajo la mirada de todos. Al cabo, replicó:

—Honorable señor, nos conocemos de toda la vida. Nuestras familias son amigas y lo han sido desde generaciones, gracias a Dios…

todos me conocéis. Mi linaje siempre ha asumido su responsabilidad cuando ha sido preciso. Luchamos como el resto de los jerezanos cuando hubo que imponer el orden que los almorávides no supieron asegurar, y apoyamos la revuelta de Ahmad ibn Qasi y de los Banu Maymum, para acabar con la brutalidad y el despotismo de Abu al-Gamar y de los Banu Ganiya ¿Cómo olvidar que ese animal apenas llevaba dos años al frente de la villa y ya había decapitado a cincuenta personas? Después, siempre fuimos leales al califato almohade, desde el principio, pese a que la doctrina del al-Mahdi veía con malos ojos a la escuela malikí, y por eso el califa Abd al-Mumin confirmó a mi familia en el cadiazgo de esta ciudad, y lo mismo hicieron sus hijos… Si no hablo, no es por miedo, sino porque sinceramente no encuentro respuestas. Le pido a Dios que me ilumine, que nos ilumine a todos los creyentes, a nuestros gobernantes, pero no recibo contestación, o no sé interpretar las que nos da Él, alabado sea, que no nos deja nunca desamparados. ¿Qué puedo decir?… Cualquiera que sea la decisión que se tome aquí colegiadamente, yo la obedeceré. Si me preguntáis por lo que yo mismo considero preferible… creo que debemos someternos a su vasallaje y pagar a cambio lo que nos pidan. De hecho, llevamos años pagando para que no nos ataquen. En realidad, lo que haríamos mediante la sumisión sería formalizar la situación que ya vivimos y, en lugar de ingresar nuestros impuestos en las arcas de un señor musulmán para que este a su vez pague las parias a Castilla, entregarlos directamente al rey de los gallegos. Al final, será lo que Dios quiera, alabado sea Él y bendiga a nuestro señor Muhammad; la oración y la paz sobre su familia y sobre sus compañeros que, gracias a su fidelidad y a su devoción, adquirieron fama duradera y renombre, y con cuya ayuda lograron la unión permanente y la absoluta desunión de sus enemigos.

Dicho esto bajó la cabeza, como avergonzado. Pues así se sentía: había sido el primero en decir expresamente lo que todos pensaban. Era el precio que debía pagarse por ser un Banu Quzman. Afortunadamente, el cadí de Sevilla, vino a poner fin a la tensión.

—Estoy de acuerdo Ibn Quzman… muy de acuerdo. Pese a que yo mismo defendí lo contrario en Sevilla, con el tiempo me di cuenta de que me equivoqué. La resistencia resultó inútil y solo condujo, a la postre, a la pérdida de vidas, a la desolación y al fin del islam en la perla del Guadalquivir. ¡Con cuanta vehemencia defendí la lucha a ultranza! Solo para mandar a la muerte y al exilio a miles de buenos creyentes… Creedme, Ibn Quzman no se equivoca, y yo solo puedo confirmar sus argumentos, quizás reforzarlos, porque… si os vais a someter a los gallegos, sería preferible que os anticipéis a los acontecimientos, como han hecho los de Niebla. No esperéis a que Fernán llame a vuestra puerta pidiendo sumisión y tributo. Id vosotros

a él, pues muy probablemente en ese caso obtendréis mejores condiciones.

De esta forma acordaron los jerezanos mandar emisarios a Fernando para pedir merced, ofreciéndole pacto de sumisión y tributo. Así esperaban evitar los estragos y bullicios de una guerra que sabían perdida de antemano y conservar en buena medida su independencia y sus costumbres. Pronto se supo que esa misma política adoptaban otras villas de la zona, como Arcos, Lebrija o Medina Ben Selim, con lo que la vergüenza que sentían los orgullosos jerezanos, en parte, se minoró. Los tiempos eran recios y todos buscaban el mal menor, lograr una capitulación en condiciones favorables en el momento más oportuno, cuando los castellanos tenían otros frentes abiertos y graves problemas internos que afrontar. Castilla debía digerir sus amplias conquistas y para ello le faltaban pobladores con los que ocupar tanto terreno ganado al islam y soldados para guarnicionar todas las fortalezas que se le habían entregado voluntariamente, ubicadas en medio de lugares aún poblados por musulmanes recelosos que debían permanecer bajo constante vigilancia.

Pero esos pobladores, todos lo sabían, no tardarían en llegar, como había ocurrido en Córdoba. Nunca antes se había presentado, ni volvería a presentarse, una ocasión semejante para los cristianos de las Españas: a la izquierda del Guadalquivir una espléndida llanura de suelo para labranza, más de doscientas mil hectáreas de tierra cultivable de la mejor calidad, para un pueblo que apenas sí había terminado las repoblaciones de Córdoba y Jaén. Jamás habían visto los castellanos a su alcance tamaña riqueza. Y a la derecha del gran río, en el Aljarafe, aunque muy mermados por los destrozos de la guerra, quedaban en pie cerca de cinco millones de olivos e higueras. Por eso los colonos acudirían pronto, en gran número, ilusionados, a aceptar el regalo que el Todopoderoso les había concedido, aunque por ahora, ante la escasez de colonos, los castellanos se veían obligados a encastillarse en puntos localizados y fáciles defender.

10. El Aljarafe. Mayo de 1249

Tras recorrer un penoso camino de más de veinte leguas por senderos infames, la mandadería de Sherish llegó al Aljarafe al atardecer del tercer día después de la partida. Pocas horas antes, había cruzado el río por el vado de las estacas, tratando inútilmente de pasar inadvertidos. Viajaban sin seguro, sin más aval que sus intenciones de paz, lo que en esos tiempos suponía una gran temeridad, habiéndose ordenado que todos los moros abandonaran Sevilla y su alfoz. Si caían en malas manos, acabarían en el mercado de esclavos, o algo peor.

Los embajadores viajaron sin apenas impedimenta ni dineros, para no alentar a los numerosos bandidos que pululaban por el valle a la búsqueda de hacer ganancias en tiempos tan turbulentos. Las guerras siempre alientan los negocios sucios, pero el del puterío y el bandidaje son los que más proliferan al rebufo de las mesnadas, así como el del juego y el del tráfico de esclavos.

Por el camino, Hamet iba sumido en sus preocupaciones de padre y de cadí de su comunidad. Siempre había sido un hombre responsable, consciente de su deber para con los suyos y con la religión, y dispuesto a cumplirlo. Pero, desde que era padre, sentía una sensación nueva, el miedo, pánico más bien, por la suerte de su prole. Un sentimiento del que todos los hijos han oído hablar pero que resulta inexplicable: no puede formularse ni conjurarse. Se padece y nada más. La llegada de Muhammad le produjo el enorme orgullo que cualquier musulmán siente cuando le llega el primer hijo varón. Y, después de Muhammad, por fin le nació a Hamet otro varón, Ali, y a continuación una hija, Ramla, al año siguiente. Su dicha desbordó cuando apenas once meses más tarde Zuhara dio a luz a su tercer varón, Ismail. Buena paridora, su mujer alumbraba con facilidad pasmosa y los niños le nacían sanos y gordos, tanto, que casi todos ellos vivieron. En Sherish se comentaba con envidia creciente que el cadí contaba con el favor de Dios, pues mientras que por regla general al menos la mitad de los chiquillos nacidos no llegaban al año de vida, en casa de los Banu Quzman pocos embarazos se malograban.

La dicha del cadí iba acompañada por una pareja preocupación. La suerte de Al Ándalus era incierta. El futuro de todos está en manos de Dios pero, con los cristianos cada vez más cerca, las dudas de Hamet sobre el destino de la familia se acrecentaban. Aunque su propia suerte le importaba poco ¿qué sería de sus hijos si Sherish cayera en manos de Castilla? Muchas veces se encerraba en la biblioteca a pensar en ello, pero no acertaba a dar con la solución adecuada. Conocía los pesares y los peligros del exilio; de buena fuente llegaban a Sherish relatos pavorosos de los tormentos sufridos por los emigrados, en el Magreb y en la misma Al Ándalus: despreciados, menesterosos, hambrientos. ¿Podía arriesgarse a que sus hijos pasaran por eso? Muhammad pronto empezaría en la madraza, después de haber recibido la formación básica en su propia casa, de la mano de su padre. Cuando el cadí rememora las lecciones, le invade una sensación de plenitud. ¿Puede haber dicha mayor? Su primogénito varón recitando torpemente el Corán; a su lado, su hermana Alima, siempre seria y callada, conteniéndose para no corregir ella misma los errores de Muhammad. Y contemplándolos a los dos, un padre que pensaba que no había en el mundo hijos mejores. La niña se había empeñado en aprender a leer y a recitar el Corán también ella, siguiendo la estela

de su hermano, y su padre accedió, aunque ello le había costado graves disgustos con su esposa. Pero el cadí no veía daño alguno en que Alima aprendiera las primeras letras. No resultaba frecuente, pero tampoco excepcional, y menos en una familia de alfaquíes.

El trayecto había supuesto para los jerezanos un continuo sufrimiento, no solo por la dureza del viaje, sino sobre todo por ver plasmadas ante sus retinas la consumación de sus peores pesadillas. Por todas partes encontraban la misma estampa de hambre, desolación, alquerías derruidas, ruinas calcinadas, cadáveres en descomposición o comidos por las bestias, cuervos y buitres gordos y cebados, cientos de familias hambrientas que vagaban sin saber dónde ir, a la espera de que la desnutrición o los bandidos decidieran por ellos. En algunos casos, los mandaderos se detuvieron para auxiliar a algunos moribundos, o para alimentar a niños que gritaban pidiendo pan, pero no podían socorrer a todos los necesitados. Al segundo día ya andaban ellos mismos hambrientos, sin nada que llevarse a la boca, pues todo lo habían entregado a los menesterosos.

Las informaciones que compraron en Lebrija a muy alto precio se demostraron ciertas. El rey descansaba en un lujoso palacio del Aljarafe, que perteneció a los Banu Abbad, del que se contaban mil maravillas. En Sevilla se había declarado una epidemia de peste y el rey y los suyos buscaban en las alturas del Aljarafe aires más saludables.

Cuando los centinelas del palacio real vieron acercarse a una cuadrilla de seis encapuchados se pusieron alerta, pero pronto pudieron relajarse, ante la evidencia de que no se trataba de hombres de armas. ¿Quizás peregrinos camino de Santiago? Después de que el embajador jerezano le contara al sargento de guardia sus pretensiones, el castellano estalló en estruendosas carcajadas.

—Gutier, ven aquí, no te pierdas esto. Este moro dice que quiere ver al rey. Dime ¿se lo llevamos entero o lo cortamos antes en pedacitos?

Varios pares de ojos, luciendo miradas hostiles, se posaron sobre los recién llegados que, ahora descapuchados, mostraban a las claras su condición. El mero hecho de que seis sarracenos encaballados se plantaran en la misma puerta del real, sin perder la cabeza y las monturas, fue motivo de asombro. Los guardias, que ya andaban haciendo cuentas de cuánto le tocaría a cada uno por los caballos, pidieron a voces que se diera tormento por espías. Pero el sargento, hombre de algunas luces, se percató de que una recua tan desusada podría portar noticias de importancia. Mandó callar y se dirigió a los recién llegados con un tono agresivo e insultante.

—¡Callaos todos, patanes! A ver tú, repíteme de nuevo todo eso que dices y habla clarito y sin mentiras, si no quieres verte encerrado en una pocilga: ¿qué queréis? ¿De dónde venís, amigos de Satanás?…

Tras cavilar un rato sobre las respuestas del embajador, el sargento mandó que llevaran a los moros al campamento exterior, donde permanecían acuarteladas las tropas, para que allí esperaran nuevas sobre su suerte, sin que se les diera maltrato.

Toda esa noche y la mayor parte del día siguiente pasaron los jerezanos al raso, en el patio de armas formado por las tiendas de los castellanos dispuestas en cuadrado alrededor de un pozo. Por fin, cuando el sol ya declinaba, un mayordomo ricamente vestido con un tabardo blasonado con leones y castillos vino a por ellos y los llevó al interior del palacio.

Después de atravesar un patio tras otro, a cual más hermoso, el mayordomo los dejó al lado de una amplia puerta de bronce labrada con formas vegetales y arabescos.

—Esperad aquí sin moveros hasta que se os llame. Sin pronunciar una palabra ni ofender a Dios con vuestras herejías. Que la reina es muy piadosa y no gusta de escuchar vuestros infames quejidos. Si os llega la hora de rezar, hacedlo en silencio y sin ostentación, si no queréis que os descalabren.

La embajada logró sus objetivos con inesperada facilidad. Se establecieron los pactos de tregua en condiciones muy beneficiosas para Sherish. La ciudad conservaría sus autoridades y seguiría rigiéndose por sus propias leyes. Nadie resultaría expulsado de sus tierras o de sus viviendas. Ningún cristiano iría allí a posar por la fuerza, ni podrían venderse terrenos de los musulmanes a alguien de otra religión. El alcázar seguiría en manos de las autoridades locales y los soldados castellanos no podrían entrar en la villa más que a petición de esas autoridades o por orden directa del rey de Castilla, en caso de incumplimiento flagrante de los acuerdos. A cambio, los jerezanos debían cumplir dos condiciones muy claras e innegociables: pagar un tributo anual y no aliarse con los enemigos del rey Fernando. Además, los jerezanos convinieron y ajustaron con el rey de Castilla que le ayudarían contra todos los hombres del mundo que fueran sus enemigos, cualquiera que fuera su raza o su religión.

Durante semanas, corrieron por la villa rumores sobre la corte castellana y sobre la personalidad del rey Fernán, al que en algunos rincones se describía como un monstruo de tres cabezas y trescientas libras de peso mientras que en otros se presentaba como un monarca majestuoso e inmortal.

Hamet quiso conocer la verdad de primera mano, así que invitó a cenar al embajador de la ciudad, Yafar ibn Mahmud.

—Sí, amigo —le contó el mandadero— no cabe duda de que es un gran rey, Fernando. Nunca la posición de un soberano de Castilla ha sido más firme. Cuenta con el apoyo de todos los elementos de su nación castellana y con un ejército imbatido. Y, sin embargo, quedé

convencido de que en su ánimo primaban los deseos de concordia.

Hamet volvió a llenar de mosto la copa de su invitado y le animó a seguir hablando.

—Nos dijo el rey que su principal afán era que la tierra quedara sosegada en justicia. Que aspiraba a que todos sus súbditos, tanto cristianos como moros y judíos, permanecieran igualmente protegidos por las «benéficas leyes políticas de Castilla», así las llama él, y los pactos de tregua…

—¿Así dijo, «benéficas leyes políticas de Castilla»? —Le interrumpió el cadí con una sonrisa burlona en los labios.

—Efectivamente, con esas mismas palabras. El rey quiere que nos amparen a nosotros, a nuestros hijos, nietos y a todos los descendientes de nuestra estirpe que en el futuro habiten en tierras de su soberanía. Los pleitos de cada una de las comunidades se juzgarán según su propio fuero.

—¿Y qué jueces aplicarán, según el rey, esas *benéficas* leyes que nos ampararán a todos?

—El rey me dijo que los musulmanes podemos seguir sometidos a nuestros propios tribunales; pero, además, si recibiéramos algún daño o desmán, podríamos acudir a los justicias de la corona, para enmendar los tuertos. Los merinos que ejercerán la justicia en su nombre deberán defendernos, una vez establecida la verdad de los hechos denunciados.

—Todo resultará mucho más complicado entonces, ya que operarán en un mismo espacio diversos tribunales, con competencias distintas y seguramente concurrentes en muchos casos —pensó Hamet en voz alta, mirando al vacío—. Pero, bueno… —continuó, esta vez mirando a su interlocutor— lo que cuentan son las intenciones. Los problemas de jurisdicción pueden solucionarse si se actúa de buena voluntad. ¿Tú que piensas, amigo? ¿Crees en la sinceridad del rey? Y, sobre todo, ¿tiene el monarca capacidad de que todos obedezcan esa voluntad?

Yafar se quedó un rato pensativo.

—No lo sé, honorable cadí. Difícil resulta juzgar a cualquier hombre por una simple conversación, y mucho menos a un monarca, acostumbrado por su cargo a ocultar sus emociones. Pero sí puedo decirte que emanaba del rey una autoridad y majestad natural. Su sola mirada constituía preclaro timbre de grandeza. Sus palabras rebosaban de buenos razonamientos y de equidad, y eso nos asombró a todos los musulmanes presentes, que esperábamos encontrarnos con el bárbaro e ignorante guerrero, ávido de sangre, que pintaban los ulemas desde las mezquitas. Sin embargo, todos los que escuchamos sus palabras ese día, en el antiguo palacio de los Banu Abbas, rodeados de todo el esplendor de la corte abasida, quedamos cautivados por la personalidad del rey y casi convencidos de que

obraba con razón y derecho.

Y así llegó la paz, al más alto precio. La ciudad se encontró bajo el protectorado de Fernando, de Castilla, la antigua y odiada enemiga, como todas las tierras de Al Ándalus, pues una tras otras, las villas iban rindiéndose; solo al otro lado del Estrecho regía ya plenamente la ley de los señores del islam.

11. Sherish. 1251

Desde el regreso de la embajada y la instauración del nuevo régimen, Hamet se apartó cuanto pudo de todo tipo de gestión de asuntos políticos para centrarse en aquellas tareas que le resultaban más gratas: las de juez y maestro del *Fiqh*.

Por primera vez desde hacía muchos años, hubo una paz duradera sobre el amarillento suelo de Al Ándalus. Las correrías y cabalgadas estivales, antes habituales, se acabaron casi completamente y los cultivos, los ganados y los negocios prosperaban. La tierra, desangrada por tantos años de luchas sin tregua, se recuperaba rápidamente, engordada por el forzado y prolongado barbecho, multiplicando sus dones. Tal es la generosidad del Altísimo, que hacía florecer los campos y proliferar a los ganados. Las lluvias abundantes hacían crecer los pastos y las vacas y las cabras parían sin descanso. La abundancia de ganados, cereales y vinos animaba los negocios de mercaderes y navegantes.

Apartado por fin de la política, podía decirse que Hamet se encontraba muy satisfecho con su trabajo, con su ciudad, con su vida, y daba por ello gracias a Dios. Por las mañanas, Hamet disfrutaba tanto de su corto paseo para cubrir la distancia entre su casa y la sede de su tribunal, que con frecuencia daba largos rodeos para recorrer otras zonas de la medina y empaparse de sus ruidos y olores, del bullicio de sus estrechas calles que se retorcían escalando las laderas del monte donde se ubicaba el alcázar. En particular, le gustaba demorarse en los zocos, con su profusión de aromas y sabores, indiferente al irritante zumbido de las moscas, para asistir al teatro del comercio y escuchar disputas y mentiras. Porque la ley religiosa permite el despliegue de la astucia en el tráfico mercantil: después de siglos de debate teológico y jurídico, la escuela malikí tuvo que aceptar que la mayor parte de los modos y procedimientos mercantiles no son más que argucias para hacerse con el margen existente entre los precios de compra y venta, para así obtener la ganancia que supone esta diferencia. Bien sabe Hamet que los negocios implican algo de juego de azar, pero debe andar siempre vigilante para que no se franqueen los límites, pues la ley no permite apoderarse del dinero de otro abusivamente o mediante supercherías, o con embelecos fraudulentos, ni tampoco el empleo de trampas en el peso, y solo si se cumplen las condiciones prescritas una operación se considera lícita.

En los mercadillos, el cadí charlaba con unos y con otros, del precio del trigo o de la cosecha de garbanzos, mientras recibía numerosas muestras de consideración y tantas invitaciones a degustar productos y bebidas, que de aceptarlas todas, no podría seguir trabajando el resto de la jornada. Se demoraba escuchando a los voceadores de las mercancías, degustando la musicalidad rítmica del habla local. También se sentaba en los corros que se formaban en las explanadas de las mezquitas, los únicos espacios abiertos de una abigarrada ciudad carente de plazas, para atender a los narradores de cuentos orientales, moaxajas, zéjeles, anécdotas graciosas o algunas de las *risalas* de Al-Cháhiz, muy de moda en Al Ándalus por entonces, que

causaban la hilaridad entusiasta de letrados y analfabetos por igual. Incluso prestaba oídos a los videntes, calculistas, astrólogos y trazadores de círculos mágicos, ganándose la vida gracias al ansia de las gentes por conocer el devenir de sus asuntos y saber lo que va a ocurrir de bueno o de malo en la vida o las intenciones de la muerte. A ellos acudían tanto reyes como el pueblo llano, igualmente ansiosos por saber de esas cosas. Hamet sabía que ese negocio resultaba reprensible, pero hacía la vista gorda; porque si bien el conocimiento de las cosas ocultas queda vedado a los hombres, salvo a aquellos a los que el Todopoderoso decide revelárselas en sueños o por su santidad, sabía igualmente que la naturaleza humana propende con fuerza a abandonarse en esa curiosidad porque así fue creada por Dios.

En ocasiones, debía emplear buena parte de la mañana en el mercado, en cumplimiento de sus labores como *muhtasib*, responsable de la *Hisba*, la magistratura encargada del buen funcionamiento de los zocos. Solía delegar estas tareas en los alamines de cada gremio, supervisores de pesos y medidas, precios y calidades, ayudados por el zalmedina, el jefe de la policía, que recurría a la fuerza en las pocas ocasiones en que resultaba necesario. Pero siempre había asuntos más complejos que requerían su pronunciamiento como magistrado. Una mañana los mercaderes de esclavos acudieron ante él para quejarse de los toscos procedimientos que por aquellos días se venían empleando para la castración de la mercancía, que acarreaba grandes pérdidas. Hamet se vio obligado a encargarse personalmente de recordar al jeque del mercado que para convertir hombres en eunucos debe emplearse un estilete al rojo vivo, largo y afilado, para cortar y cauterizar a la vez y garantizar, en la mayoría de los casos, la supervivencia del esclavo, generalmente cristiano, y la preservación del patrimonio de sus dueños, altamente interesados siempre en la buena ejecución de la operación, dado que los eunucos cristianos resultaban muy apreciados por las buenas familias musulmanas, que encontraban especial satisfacción en ser servidos por un enemigo sin huevos.

Por las noches, tras la última oración, Hamet permanecía todavía mucho tiempo en vela, mientras en la casa se iban apagando los últimos rumores, y aprovechaba la quietud para dictar sus sentencias. Era su momento preferido del día, cuando quedaba a solas consigo mismo y con el Invencible, cuya ayuda invocaba para hacer justicia. En ocasiones, alcanzaba a dar con la solución de un asunto particularmente complejo u oscuro, y podía entonces sentir a su lado al mismo Dios dictándole las palabras. En la armonía de su vocación entregada a Dios lograba unas sentencias equitativas y elegantes, admiradas por la finura y la concisión de su prosa, imposibles de rebatir por los contendientes que, como casi siempre, quedaban a

pesar de ello descontentos.

Como cadí *al-yama'a* o juez supremo de la ciudad, era al mismo tiempo árbitro, juez civil, juez penal y notario, pero sus tareas principales consistían en conocer los pleitos sobre las disposiciones testamentarias, proveer a la tutela de los huérfanos y perseguir la heterodoxia y los crímenes de lesa fe, con una competencia universal en cuanto se refería a la Ley Divina. Trataba de impartir justicia como le enseñó su abuelo: sin dejarse influir por el rango o la posición de la persona juzgada, y gustaba particularmente de perseguir la corrupción de los funcionarios públicos, lo que le reportaba mucho trabajo y, sobre todo, una tensión constante con los muftíes que, a cambio de dinero, elaboraban dictámenes jurídicos contrarios a las sentencias que él dictaba.

Además, debía encargarse de perseguir las infracciones contra las leyes de convivencia entre naciones que regían en tierras del islam, por inspiración divina. Aunque en Sherish ya no quedaban cristianos, exterminados o expulsados del sur de la Península desde la llegada de los almohades, aún habitaban algunas familias judías, que a despecho de las persecuciones periódicas, proliferaban y medraban en cuanto se les daba un respiro. Pese a la generosidad de los musulmanes, que toleraban su presencia a cambio de la *yizya*, un fuerte impuesto de capitación —cuatro dinares de oro o cuarenta *dirhans* de plata al año, según la ley malikí—, y del cumplimiento de reglas estrictas de separación y aislamiento, los hebreos a veces se mostraban remisos a cumplirlas y salían a las calles sin portar los chales amarillos que los distinguían, o ignoraban las reglas que mandaban que «Un musulmán no debe dar masaje a un judío ni a un cristiano, así como tampoco tirar sus basuras ni limpiar sus letrinas, porque el judío y el cristiano son más indicados para estas faenas, que son faenas para gentes viles. Un musulmán no debe cuidarse de la caballería de un judío ni de un cristiano, ni servirle de acemilero, ni sujetarle el estribo, y si se sabe que alguien lo hace, repréndasele».

En sus sentencias, Hamet usaba el árabe más depurado y elegante, de cuyo conocimiento se sentía tan orgulloso, perfeccionado cada día con nuevos estudios, aunque con frecuencia debía traducir verbalmente el fallo al árabe dialectal andalusí si quería ser rectamente entendido por los contendientes. Siguiendo también aquí las enseñanzas de sus mayores, su mayor empeño lo ponía en combatir la jerga y las prácticas de los muftíes y los procuradores, que manejando una amalgama de términos jurídicos, deslumbraban a la gente normal jugando con su buena fe y les cobraban a cambio de sus servicios cantidades desorbitantes, vendiendo como complejas y enrevesadas cuestiones muy simples que ellos mismos se ocupaban de oscurecer con su palabrería. Usando de las atribuciones de su cargo,

en más de una ocasión retiró la *iyaza* para ejercer a los más contumaces y reincidentes, después de que resultaran inútiles las penas ordinarias establecidas por malos usos profesionales.

Una parte muy importante de su labor como cadí la dedicaba a perseguir sin tregua a los tibios en su comportamiento religioso. En momentos tan graves como aquellos para la comunidad de los creyentes, consideraba Hamet que la impiedad debía ser severamente combatida, a fin de no aumentar la ira divina. La *umma* debía obedecer a los imanes, imitar a los sabios, a los ulemas, a los ancianos piadosos, seguir sus huellas, impetrar el perdón de Dios sobre ellos, evitar discusiones y disputas malignas en materia de religión y, sobre todo, abandonar toda innovación que propongan los innovadores. Ponía particular empeño en los procesos contra los ateos, los blasfemos y contra quienes insultaban a los compañeros del Profeta. En estos casos, la condena era, sin excepción, a muerte, pues no se debe mencionar a los compañeros del Profeta sino para alabarlos. Un día tuvo que condenar a muerte al hijo de un amigo, de buena familia, que completamente borracho había gritado en presencia de varios testigos que «Nadie sabe lo que Dios quiere. Dios no habla». Como manda la ley, el ateo debe ser ejecutado, no aceptándose su arrepentimiento.

Pero también Hamet, como todos los andalusíes, tuvo que pagar un alto precio por la paz: el precio de la humillación. Calladamente, los musulmanes iban incubando el resentimiento en sus corazones el deseo de volver a la situación anterior, al dominio. En el caso del cadí, además, la humillación y el resentimiento que sentía se sumaban a nuevas preocupaciones, a renovadas dudas. Siempre había vivido con la incertidumbre de quedarse en Sherish o partir al exilio. Pero ahora, además, se abrían paso otras acuciantes preguntas: ¿sería posible convivir con los cristianos sobre el mismo suelo? ¿Puede un musulmán vivir bajo el yugo de un soberano cristiano?

Fueron años en los que Hamet continuó actuando como maestro del *Fiqh*. Al haber sido clausuradas las madrazas de Sevilla, de Córdoba, de Niebla, de Lucena y de otras muchas ciudades, las posibilidades de los andalusíes para aprender el derecho en su propia tierra quedaban más limitadas que antaño, y esta circunstancia hizo que, pese a la dureza de los tiempos, las aulas de Hamet fueran más concurridas que nunca.

Entre sus alumnos se encontraba su propio hijo, el primogénito, Muhammad, llamado a sucederle en el cadiazgo de la villa si la tradición se mantenía y así lo quería Dios. Desde niño Muhammad se mostró como una criatura dócil y bien mandada, inteligente sin alharacas, más reflexiva que brillante. Asimilaba las enseñanzas coránicas con suma facilidad y pronto dominó la gramática árabe, de

manera que a una edad mucho más temprana de lo habitual, su padre, sin caber en sí de orgullo, lo llevó por fin a la madraza para formarse con él en derecho.

Pero las dichas en casa de los Banu Quzman parecía que jamás llegaban sin sus recíprocos quebraderos de cabeza. El primer día de clase del pequeño Muhammad en la escuela de ciencias islámicas, cuando padre e hijo regresaban satisfechos y contentos, encontraron su casa convertida en un torbellino de llantos y carreras.

—¡Pero, qué sucede! ¡Que alguien me diga inmediatamente lo que está pasando! —Hamet se dirigía a las mujeres de su casa, madre, cuñadas, hijas y esclavas, sin obtener respuesta de ninguna, hasta que se dio cuenta de que no veía a Alima.

—¿Dónde está Alima? ¡Qué ocurre! —Asió con fuerza del brazo a su hija Ramla, y le preguntó otra vez.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu hermana? ¿Y tu madre?

—En la sala de las mujeres, con el físico… ¡A Alima le ha entrado un demonio dentro!

—Pero que tonterías dices… ¿Y tu madre…? —A grandes zancadas, Hamet se dirigió al salón de las mujeres, donde encontró un tumulto de figuras que rodeaban algo en medio de ellas que al principio no pudo ver. Cuando a tirones se abrió paso dio un respingo al contemplar el cuerpo ensangrentado de su hija y al médico aplicando ungüentos en multitud de heridas, mientras su esposa, sin parar de sollozar, la agarraba suavemente de la mano. Hamet se quedó mudo de estupor y durante un rato guardó silencio, mientras observaba a su buen amigo, el físico Ibrahim ibn Natan, aplicado en su tarea.

Alima se cubría con una túnica que una vez fue blanca, pero que ahora lucía casi completamente roja, abierta y desgarrada en muchas partes, dejando ver grandes porciones del cuerpo de su hija. Pero la imagen que ofrecía ese cuerpo no suponía un atentado al pudor, sino un llamado a la piedad, pues múltiples cortes, arañazos y llagas podían observarse, incluso en la cara y en la frente. Vio que presentaba grandes heridas y rasguños en el cuero cabelludo, de donde habían desaparecido casi completamente los cabellos. Hamet no pudo soportar más la escena y se retiró a la biblioteca, mordiéndose los labios, retorciéndose las manos hasta hacerse daño, para no ceder al impulso que sentía de arrancarse a golpes contra todo y todos.

Al poco rato, entró en la sala Ibrahim ibn Natan, tras pedir licencia.

—Te ruego me perdones, Hamet, por haber faltado de esta manera al pudor de tus mujeres, pero me enfrentaba a una situación de vida o muerte. Si no intervenía rápido, el cuerpo de tu hija hubiera quedado completamente vacío de sangre.

Hamet miró al médico, aturdido, y con la mirada le pidió las

explicaciones que sus labios no atinaban a formular.

—No puedo decirte por qué… pero esta mañana tu hija Alima se ha encerrado en los baños y, con un cuchillo de cocina, se ha rapado toscamente la cabeza, después ha seguido haciéndose ella misma cortes en la cara, en los brazos, en los muslos… por todo el cuerpo. Al parecer, durante todo ese tiempo, su madre, sus hermanas y las esclavas trataron de echar la puerta abajo y, cuando por fin lo lograron, encontraron a Alima tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Inmediatamente un esclavo ha ido a buscarme. Gracias a Dios, me encontraba muy cerca de aquí, entablillando una pierna, porque ha sido gracias a esa celeridad que he podido salvarle la vida. Puedo asegurarte que su vida no corre peligro.

El médico se calló para acercarse a Hamet y seguir hablando en voz más baja.

—Tus mujeres podrán decirte con más motivos que yo el posible origen de este comportamiento… Pero, en cualquier caso, ten en cuenta que a veces las almas también enferman, no solo los cuerpos. No seas demasiado duro con tu hija, hasta que sepas qué ocurrió. Y entonces, si lo deseas, ven a verme y podré darte alguna posible explicación médica. Mientras tanto, iré consultando los viejos tratados de Avicena para buscar un remedio que apacigüe la furia que tu hija siente contra sí misma. Debemos evitar que siga maltratándose a sí misma tan brutalmente.

El médico salió discretamente de la sala, dejando a Hamet sumido en sus pensamientos. Experimentaba desde hacía mucho tiempo la sensación de que en su propia casa le trataban como a un invitado, de que en el seno de su hogar discurrían fuerzas, anhelos y enfrentamientos que desconocía, que se tomaban decisiones sin contar con su concurso. Hoy tenía la certeza de que ignoraba casi todo sobre su propia familia, pues no había sido capaz de percibir que la mayor de sus hijas, la más sensata y obediente de ellas, sufría tanta desdicha como para infligirse semejante castigo.

Víctima de una tremenda ansiedad, salió de la habitación y regresó a la sala de las mujeres. Allí volvió a contemplar la misma escena, sus hijas y esclavas rodeando a su mujer y a su hija. Zuhara seguía acariciando suavemente la mano de su hija, que parecía inconsciente. A empujones, se abrió paso de nuevo y agarró con rudeza a su esposa por los hombros, la alzó para ponerla de pie y tiró de ella hacia el gabinete, con pocas contemplaciones. Nadie osó pronunciar ni una sola palabra.

De vuelta, en la biblioteca, Hamet arrojó a su mujer sobre unos cojines y él mismo se volvió contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—Ahora, mujer, dime sin faltar un detalle qué es lo que ha pasado

aquí y por qué.

La historia resultaba bien sencilla y su simpleza la volvía aún más sorprendente. Conforme oía a su esposa relatar los hechos, Hamet no podía comprender cómo había permanecido tan ciego todos esos años.

Desde pequeña, Alima mostró gran afición y aptitudes para el estudio. Niña vivaz, de imaginación despierta y excitable, creció venerando la figura del padre sabio, bueno, respetado, y quiso ser en todo como él. En contra de la voluntad de Zuhara, que considera superfluo todo saber en una mujer que no fuera el de la ciencia de complacer al marido y llevar la casa, cuando la niña le pidió aprender a leer, Hamet consintió gustoso y con orgullo paternal. De esta forma, a los seis años, se convirtió en una de las pocas mujeres de Sherish capaces de hacerlo y deleitaba a su padre con mucha frecuencia con su perfecta dicción, su entonación infantil, su fervor cuando leía el Libro. Hamet pensaba que después de conseguir memorizar el Corán entero y leerlo con las famosas siete lecturas individuales (*Ifrad*) o conjuntas (*Yam*), las aspiraciones de su hija en el terreno intelectual se verían culminadas, pero no fue así. Cuando su hermano Mohammed, tres años más joven y mucho menos fluido en árabe que ella, comenzó a estudiar las ciencias coránicas, Alima le pidió acompañarle. Su padre al principio se negó, pero Alima, con zalamerías y ruegos a los que no recurría con frecuencia, por su naturaleza más bien reservada, supo convencerle. De esta forma, los dos hermanos iniciaron juntos el estudio de las profundidades del Libro y empezaron a familiarizarse con la *Sunna*, bajo el magisterio director de su orgulloso padre, que veía como la sangre de los Banu Quzman apuntaba en ambos sexos de su estirpe con fuerza semejante. Y con los dos aplicaba el mismo rasero e idénticos métodos. Al fin y al cabo, como siempre repetía su abuelo «la ciencia para las personas es como la vestimenta», ¿por qué no dejar que también su hija se vistiera con las ropas más elegantes? Como en tantas facetas de su vida, también como enseñante seguía la senda y el ejemplo de su abuelo Ali, y por ello obligó a sus hijos a memorizar numerosos poemas, pues las potencialidades de la memoria deben ejercitarlas todos los hombres, pero sobre todo los juristas y los hombres de religión, que encuentran en ella su mejor aliada.

En todo lo relativo a su formación los dos hermanos recibían igual trato de su padre, aunque, lógicamente, con ciertos límites impuestos por el pudor y las buenas costumbres: cuando un invitado, o un amigo de la familia, venía al hogar para impartir una lección, Alima solo podía seguirla en completo silencio detrás de una cortina, ya que su padre no quería despertar las habladurías de la medina con un comportamiento tan desusado como el de permitir que una moza se adentrara en los misterios de la Palabra de Dios. Pero cuando se iban los extraños, en la intimidad sagrada del hogar, el padre volvía a

llamar a los dos niños a su presencia, y con ambos se aplicaba con la misma fuerza en enseñarles, con dulzura y cariño, como si fuera un juego, a entender la religión de Dios y sus leyes, lo que sin duda, pensaba el cadí, atraería sobre ellos sus bendiciones.

Y así siguieron Mohammed y Alima compartiendo lecciones, disfrutando mucho, y con ellos su padre, sabedor de que esa ciencia les aprovecharía, ennobleciéndoles y haciéndoles más felices. Hasta que llegó el momento en que el muchacho debía dar el siguiente paso, acudiendo a la madraza para continuar las lecciones de Hamet, pero ya en compañía de los demás estudiantes de Derecho, adentrándose en la *Muwatta* del imán Malik ibn Anas. Y estalló la tragedia para Alima.

Según relató con todo detalle Zuhara, desde que Alima supo que su hermano dejaría de recibir lecciones en su casa y que empezaría su formación como jurista en la madraza, le rogó a su madre que le dejara asistir a ella también. Zuhara, que no podía entender qué locura motivaba la extraña pretensión de su hija, se negó rotundamente, acompañando sus argumentos con algunos golpes, tratando de explicar a la insensata muchacha las consecuencias que acarrearía tan extraño proceder.

—¿Quieres avergonzar a tu padre? ¿A tu familia? Mostrándote en público, rodeada de varones jóvenes, hablando, discutiendo y riendo con ellos. Pero ¿estás loca? ¿No sabes que para el buen musulmán no es lícito encontrar deleite en oír las palabras de una mujer que le esté prohibida? Tu padre se moriría de la pena si ensucias su honroso nombre en esta ciudad. ¿Y no piensas en ti misma, o en tu futuro marido? ¿Qué hombre querrá casarse contigo si muestra esa altanería y desfachatez, esa impudicia? ¿Quieres que tu marido te mate a golpes? Porque ten por seguro que si esto se sabe nadie se casará contigo. Y si algún incauto te desposa sin saberlo, te matará en cuanto lo sepa… ¿Es que no lo ves? ¡Ay, tú lo que quieres es acabar conmigo…! Dios Altísimo te perdone… ¡Procura que tu padre no se entere de esto, porque enfermará del disgusto! Él, él tiene la culpa… por haberte consentido tanto. ¿Cuándo se ha visto que una niña reciba lecciones con su hermano? No… no lo permitiré; ¡antes pondrá huevos un gallo a que una hija de mi sangre avergüence a su familia!

Alima, según el relato de su madre, no decía palabra. Escuchaba callada, sollozando, con la cabeza baja y, de vez en cuando, recibía sumisamente las collejas que con regularidad sorprendente le propinaba su madre. Después de aguantar largas conversaciones como esta, durante días y días, sin decir nada, sin replicar, un día, inopinadamente, Alima levantó la barbilla, orgullosa, y con los ojos inundados de lágrimas dijo, calmosamente, mirando fijamente a su madre.

—Si el precio del saber es renunciar a casarme, lo pagaré gustosa.

Su madre alzó las manos al cielo, desesperada, y la emprendió a golpes y patadas con su hija, mientras gritaba:

—¿Pero qué dices, insensata, desagradecida? ¡Qué Dios me conceda fuerzas! Una mujer soltera es como un campo sin cultivar, un ser de la peor especie, una criatura incompleta… ¿Vas a avergonzar así a tus padres? Te vas a casar, porque esa es la regla que Dios ha establecido para sus siervos, ya me encargaré yo, aunque sea lo último que haga, quieras o no quieras…

La madre siguió empujándola, pateándola, dándole golpes en la cara y en la espalda, hasta que se le acabaron las fuerzas. Entonces la cogió del pelo y la arrastró por la casa, hasta dejarla encerrada en los baños, de donde dijo que no la dejaría salir hasta que depusiera su actitud rebelde y pecaminosa.

Nunca se supo quién le facilitó el cuchillo, o cómo se lo procuró ella misma. Tal vez lo había planeado todo de antemano, o quizás alguien se lo dejó olvidado allí. En cualquier caso, en su encierro, Alima, sin prorrumpir grito alguno, sin hacer ruido, empezó a cortarse los cabellos, primero con cuidado, metódicamente. Pero la hoja no estaba muy afilada y acabó ayudándose con tirones, arrancándose la piel, causándose grandes y dolorosas heridas en el cuero cabelludo. Acaso porque ya entonces perdió la razón, o porque quiso completar su tarea de hacerse completamente indeseable para cualquier hombre, cuando ya no le quedaron cabellos que arrancar o cortar, Alima continuó dándose tajaduras por todo el cuerpo y algunas en el rostro, hasta que se le agotaron las fuerzas.

Puede que por inspiración divina, o por instinto maternal, o por simple arrepentimiento, aunque esto resulta menos probable, Zuhara quiso consolar a su hija poco tiempo después de haberla encerrado, pero se encontró con que ella misma había bloqueado la entrada desde dentro. A gritos, la llamó sin obtener respuesta, y al calor del bullicio acudieron los demás. Entre todos, lograron derribar la puerta tras muchos esfuerzos.

Toda la historia la refirió la madre con voz cansada pero firme, entre sollozos, con los ojos bajos. Conforme avanzaba en su relato, Zuhara sentía como la pena cedía su sitio a la ira. Cuando terminó, se levantó con dificultad y le dio la espalda a su marido, que ahora tenía la cabeza apoyada en las rodillas; antes de salir de la habitación se volvió y dijo:

—A esto nos ha llevado tu locura…. Lo que ha pasado es culpa tuya. ¿Cuándo se ha visto que una niña aprenda el *Fiqh*?…

Hamet se levantó como impulsado por un resorte, cogió a su esposa de la túnica y levantó el puño para descargarlo. Zuhara no solo no se asustó, sino que ofreció la cara para que su marido la golpeara, mientras seguía diciendo con una calma pavorosa:

—Mátame si quieres… repúdiame, pero no vas a callarme. Alima no debió aprender a leer, no debió pasar tanto tiempo contigo y con su hermano. La sacaste de su sitio, en la sala de las mujeres y la confundiste hasta enloquecerla… Pero ¿qué representan para los orgullosos Banu Quzman las tradiciones? Te pasas la vida dando lecciones de piedad a los musulmanes y te comportas como un impío en tu propia casa… ¿No te da vergüenza?

El cadí seguía con el puño levantado y mirando fijamente a su mujer a los ojos, con semblante enloquecido. Zuhara no le apartaba la vista, le retaba, como siempre, aunque jamás antes había llegado tan lejos.

—¡Pégame!

Inmóviles, en medio del silencio, los esposos componían una extraña estatua. Siguieron así un buen rato, diciéndose sin palabras lo que ya sabían.

—Entonces… si no eres lo bastante hombre como para pegarme, ya sabes cuál es tu problema… déjame que me vaya con mi hija. Quizás yo, con mi ignorancia, pueda salvarle la vida que tú con tus disparates has puesto en peligro.

Hamet pidió que le dejaran solo. Pensaba mejor en la soledad de su estudio, donde invocaba la ayuda de Dios y de los antepasados para encontrar la solución al problema que le tuviera ocupado. Esta vez iba a necesitar mucho apoyo. Reconocía haber cometido un grave error alentando las aptitudes, indudables, de su hija. Desoyendo la sensatez y el sentido práctico de Zuhara, no solo le permitió que cultivara su mente y su espíritu, sino que la premió en ocasiones, halagando su vanidad femenina y diciéndole que era la luz de Al Ándalus; que en todo el oeste no había una doncella como ella. Echó en ese momento mucho de menos a su abuelo, que hubiera sabido qué hacer en estos casos. Con sorna y con mano izquierda, el viejo Ali hubiera podido capear este temporal, logrando que las cosas volvieran al cauce del que nunca debieron haber salido. Ahora, quizás resultara ya demasiado tarde. ¿Cómo convencer a su terca hija de que abandonara sus pretensiones, una vez que había llegado tan lejos? ¿Tendría remedio el mal de su espíritu? Hamet se sentía torpe y muy solo. Era una persona querida y respetada en Sherish, podía compartir charlas de poesía, de gramática, de derecho… de casi cualquier materia, pero no tenía con quién abrir su corazón para tratar de las angustias más secretas de su alma. Buscando permanecer siempre neutral en sus labores de juez, eludía el trato íntimo con sus conciudadanos… con el resultado de una angustiosa soledad en momentos adversos.

Solo con su amigo Ibrahim, el físico judío, sabio hábil en varias disciplinas además de la medicina, pensó Hamet, podría abrir su alma. Se conocían de toda la vida, y el cadí le había ayudado, a él y a su

familia, en tantas ocasiones, que esa deuda la sabía impagable. Pero, precisamente por ello, ¿puede alguien que tanto le debe a otro ser su amigo?

Hamet fue a buscar a su hija y la encontró dormida, velada por su madre que, a su lado, seguía derramando lágrimas. Después abandonó su casa y se dirigió a la del judío, para pedirle el consejo que el mismo hebreo acababa de ofrecerle graciosamente, sin necesidad de petición alguna. Lo encontró en su biblioteca, enfrascado en Avicena. En cuanto lo vio entrar, el judío le besó el pliegue de su túnica y le hizo sentarse.

—Cadí… honras mi casa y a los míos con esta visita… ¡Sarah, vino, del mejor, para nuestro huésped! Sé lo que te trae por aquí, trataré de ayudarte.

—Sí amigo… ayuda y consejo necesito… pero de padre a padre. De hombre a hombre. No me trates como a un cadí con el que estás endeudado, por favor; considérame como alguien querido de tu familia, que acude a ti en busca de amistad.

El judío, emocionado, besó la mano de su huésped.

—Cuenta con ello, Hamet. Has de saber que yo siempre te he considerado mi amigo, a pesar de lo dispar de nuestras condiciones y de la altura de tu rango. Nos conocemos desde niños, te aprecio sinceramente. No es solo por la ayuda que continuamente nos has prestado, sino porque sé que admiro de ti que eres hombre de bien, honrado, temeroso de Dios y, sobre todo, Hamet, eres amparo para los débiles… ¿Quién no querría un amigo así?

Hamet, sorprendido, puso su mano en el corazón, y asintió.

—Ahora… amigo, cuéntamelo todo.

Cuando Hamet terminó su relato, el judío se tomó, ensimismado, un largo rato de reflexión, hasta que pasó a compartir en alta voz sus conclusiones.

—La enfermedad de tu hija no es del cuerpo, sino del alma… Tu hija posee un espíritu masculino, Hamet, Dios omnisciente sabrá por qué. Se cree semejante a un hombre. Eso le ha trastornado y ha hecho presa en ella el *mal sagrado*, una enfermedad sin remedio ni tratamiento. Pero no debes perder la esperanza. Los antiguos lo consideraban como una señal de favor divino y, como sabes, también en tu fe se respeta y se teme a los que pierden la razón. Cuando el Todopoderoso lo quiera, todo volverá a su cauce normal.

El cadí, que llevaba rumiando la misma conclusión desde hacía horas, asintió. Sabía por Zuhara que últimamente la moza se mostraba con frecuencia rebelde. En más de una ocasión, la madre regresó quejosa de la mezquita, tras haberle tenido que advertir a su hija, por enésima vez, que durante la recitación de la plegaria la mujer no debe alzar tanto la voz como el hombre, que debe hallarse recogida y

recatada tanto al sentarse como al prosternarse y en todas sus actitudes, sin apartar los muslos ni los antebrazos. Mirando fijamente a su médico, le preguntó:

—¿Qué harías tú? Estoy en grave apuro, amigo, y no sé qué hacer. La salud del alma de mi hija y la honra de la familia peligran. ¿Tendrá Alima que encontrarse ante Dios como doncella soltera? Me encuentro atrapado… sé que merece un severo castigo. Pero ¿servirá para algo? Además, el Todopoderoso nos ha prohibido enterrar vivas a nuestras hijas… Esa es la forma de obrar de Dios con sus criaturas.

El físico volvió a quedarse un rato rumiando, buscando la manera de formular abiertamente sus ideas sin herir la honra de su amigo.

—Verás, cadí… no te ofendas. Para casi todos mis problemas busco solución en los libros sagrados. En la Biblia de los cristianos hay un tratado que nosotros, los judíos, no consideramos fruto de revelación divina, pero que sin duda contiene mucha sabiduría. Lo escribió un sabio, Cohelet, en tiempos próximos al gran rey de los griegos, Alejandro. En él se dice «nada hay nuevo bajo el sol», o algo así… Es decir, que casi todo lo que ocurre ha pasado ya. Por ello, se me ocurre preguntar… ¿Hay precedentes conocidos de un comportamiento como el de tu hija? Busca, quizás en algún lugar, en algún sitio se haya producido un hecho semejante y podrás analizar con frialdad qué cauce encontraron los antiguos para abordarlo. Porque, sinceramente, no veo la forma de evitar que tu hija consiga su propósito: si ha llegado a desear la muerte antes que renunciar a sus aspiraciones, ¿qué castigo peor que encontrarse con Dios manchada por un pecado mortal podría disuadirla? Tu hija es sin duda inteligente, mucho más de lo propio y natural de su sexo. Si añadimos a eso que nada hay más deseado para un mortal que el placer morboso de lo prohibido, el ansia que ella siente puede resultar insuperable: nunca encontrará la paz si no la satisface. Por eso, amigo… ¿No cabría encontrar una manera de que lo lograra, sin ofender a Dios? Él es el que concede el acierto.

Como solía ocurrir, el judío le había puesto en el camino de la solución de su problema. Hamet se mostraba escéptico sobre la posibilidad de encontrar precedentes para un comportamiento tan anómalo en una doncella musulmana. Pero aun así, desde ese día, pasó el cadí largas horas enfrascado en los registros biográficos, buscando y preguntando discretamente a unos y a otros sobre el asunto.

Y resultó que sí había precursoras en el estudio del *Fiqh*, y, para mayor sorpresa, más de una. Supo de una tal Amat al-Rahman bint Abd al-Haqq ibn Atiyya al-Muharibi, nada menos que una Banu al-Haqq de Sevilla, hija de un afamado cadí, que no solo aprendió con su padre el *Fiqh*, sino que compuso una obra acerca de *al-Qubur wa-l-*

muhtadirun. Y lo que es mejor, se casó con un cadí y fue madre de otro. ¡Hija, madre y esposa de cadí y a pesar de todo, experta en jurisprudencia! ¡Qué calladito lo tenían los orgullosos Banu al-Haqq, siempre dando lecciones de piedad! Y al poco encontró otro precedente, curiosamente también en el seno de unas de las más prestigiosas familias de cadíes de Sevilla: Umm Surayh, una antepasada del maestro de su padre, esposa, hija y madre de cadíes, que fue destacada en la disciplina de las *qira'at* y tuvo varios discípulos, entre ellos, el destacado jurista Abu Bakr Iyad ibn Baqui, que a nadie ocultaba quién había sido su maestra y se mostraba públicamente orgulloso de ser discípulo de tan consumada experta en la ciencia del derecho.

Estas noticias apartaron los negros nubarrones que apretaban el corazón de Hamet y le hicieron concebir alguna esperanza de salir del atolladero donde se encontraba inmerso. Después de mucho pensarlo, dio por fin con la solución al problema: resultaba tan simple que él mismo se sorprendió de no haber reparado antes en un medio que él mismo había empleado ya. Si de niña asistía a las lecturas coránicas detrás de una cortina ¿no podría hacer lo mismo en la madraza? Como maestro, en la escuela se hacía lo que él decía. ¿Por qué no iba a poder con esto? Se trataba de una innovación, peligrosa, lo sabía. ¿Pero acaso no lo son todas las novedades?

Tan pronto como Alima se encontró lo suficientemente recuperada, tuvo lugar la aplazada e inevitable conversación con su padre. La muchacha esperaba ese momento con enorme ansiedad, sabedora de lo inapropiado de su comportamiento, pero, asimismo, dispuesta a mantenerse firme en su propósito. El cadi, por su parte, llegó a la cita consciente de lo que quería y dispuesto a aprovechar la ocasión para impartir a su hija una lección de vida.

Hamet la esperaba en la biblioteca, sentado en sus cojines de lectura, al lado de la chimenea. Tras pedir permiso, la muchacha se arrodilló y besó los pliegues de la túnica del cadí.

—Padre… perdóname.

Alima posó su frente en el suelo y siguió diciendo.

—Sé que he cometido un grave pecado… por favor, perdóname; no volveré a hacerlo.

El cadí dejó que su hija siguiera un rato arrodillada en su presencia y después le dio permiso para que se incorporara. La acercó a él y la abrazó con suavidad.

—Alima… arrepentirse de los pecados es una obligación de derecho divino, como bien sabes. Y es una prueba de generosidad de espíritu perdonar… Pero… no se admite reincidencia; la auténtica contrición consiste en reparar el daño causado, evitar las tentaciones y tener intención de no volver a pecar. ¿Estás segura de que no volverás a

atentar contra tu vida, que no es tuya sino de Dios?

—Sí, padre… te prometo que no volverá a ocurrir. Pido perdón a Dios, esperando su misericordia y temiendo su castigo, y te pido perdón a ti.

—Muy bien hija… como penitencia por tu pecado de soberbia, deberás permanecer un mes encerrada en tu cuarto, para que reflexiones sobre la obligación que tienen las mujeres de obedecer a Dios y a sus padres.

La muchacha asintió mansamente y Hamet la abrazó de nuevo y dijo.

—Hija… eres mi alegría y mi orgullo… Desde pequeña… has sido siempre tan especial. Con esos enormes ojos mirándome fijamente, espiando cuando creías que no te veía, imitando cada uno de mis gestos. Callada, obediente y, hasta hace poco, piadosa y sumisa… También yo debo pedirte perdón a ti. Me temo que no he sido un padre firme; te he dejado andar un camino que no debió iniciarse nunca.

Alima hizo amago de interrumpir, pero se contuvo a tiempo. Siguió escuchando, con la mirada baja, las admoniciones de su padre.

—Tus aptitudes intelectuales son sobresalientes, de eso no cabe duda. Y yo he contribuido a que las cultives. En lugar de apagar el fuego cuando se inició, he ayudado a su propagación. Es culpa mía, hija. Y ahora sé que ya nada logrará sofocar ese incendio. Después de lo que ha pasado… Escucha bien lo que se me ha ocurrido… y, si aceptas todas y cada una de las condiciones que voy a ponerte, podrás continuar con tus estudios. De lo contrario…

Desde ese día, Hamet intentó dar en su propia casa el mayor número de lecciones avanzadas. Cuando así lo hacía, no había que romper ninguna norma. Alima escuchaba las lecciones desde detrás de un biombo ricamente labrado, permaneciendo durante toda la sesión inmóvil y en el más extremo mutismo, por ruego de su padre.

Y cuando resultaba imprescindible impartir las lecciones en la mezquita, también se procuró, con la colaboración de sus más leales bedeles, un mecanismo para ocultar a su hija de todas las miradas.

De esta forma logró mantener en secreto, casi milagrosamente, un hecho escandaloso: que su hija, Alima bint Hamet, recibía formación como jurista. ¿Con qué finalidad? La que solo Dios sabía. Para todos, y para ella misma también, resultaba evidente que nunca podría ejercer como cadí, ni nada parecido. Pero la muchacha del cuerpo mutilado experimentaba gran contento con el aprendizaje y, en las largas conversaciones jurídicas que mantenía con su padre y su hermano, ponía de manifiesto sus elevadas dotes y la altura de su formación. Con íntimo desconcierto, el cadí empezaba a constatar, aunque no se atreviera a expresarlo, ni siquiera a pensarlo por mucho tiempo, que

por algún extraño designio divino, su hija disfrutaba de unas excepcionales dotes jurídicas, muy superiores a las de sus hermanos, lo que le permitió adquirir muy pronto una competencia inigualable para el entendimiento del derecho y del razonamiento jurídico. La lógica y la precisión del lenguaje fluían de su mente con la eficacia que confiere a la mente la vocación y la disposición natural del talento y la pasión. Sí, el Banu Quzman más brillante de su generación, y acaso de su estirpe, era una muchacha. ¿Qué pensaría de ello su abuelo Ali?

12. Sherish. 1253

Seguían pasando los años y el temido protectorado de Castilla se mostraba menos insoportable de lo que los jerezanos habían pensado al principio. Al cabo, la vida discurría con sus enredos cotidianos, lejos de las tempestades políticas de los grandes. Los musulmanes de Al Ándalus continuaban naciendo, muriendo, casándose, trabajando sus tierras, ejerciendo sus profesiones, sin apenas disturbios. La soberanía castellana se sentía en muchos casos como algo lejano, intangible, que se plasmaba en el tributo anual y en el cese de las cabalgadas de saqueo. Todo se sucedía como antes pero, a la vez, de forma diferente, porque una carga innombrable pesaba sobre el ánimo colectivo y, sobre todo, sobre las conciencias de buena parte de los andalusíes: la carga del deshonor.

Podría pensarse que con la paz y la prosperidad llegó el asiento al corazón de los hombres. Quien así piense no conoce el alma humana. Con el transcurso del tiempo fueron olvidándose los estragos de la guerra, las zozobras ante un mañana incierto. En medio del desahogo y la seguridad el alma de los jerezanos se oscurecía con la hiel de la vergüenza, sobre todo cuando eran jóvenes y no estaban prevenidos con el recuerdo de los malos tiempos. ¿Cómo podían los buenos musulmanes humillarse ante los adoradores de imágenes? ¿Acaso no suponía una afrenta al Dios único entregar a los cristianos unos tributos con los que se forjaban las espadas y se pagaban las soldadas que ponían al islam en tan grave aprieto? Como tantas otras veces en la historia, se abrió una brecha entre los viejos, que apelaban a la prudencia y a las ventajas del frágil equilibrio traído por la paz, y los jóvenes que sentían vivamente la llama de la rebelión y preferían la insumisión, aún a riesgo de perderlo todo.

Los refugiados de Sevilla, Córdoba y otras villas del valle del gran río alentaban por toda Al Ándalus este hervidero de pasiones. Desposeídos de todo lo suyo, acariciaban en sus pechos su única posesión: los deseos de venganza y la esperanza improbable pero

arraigada de recobrar sus casas y sus tierras. En las fuentes, en las mezquitas y en las tertulias públicas de Sherish, los sevillanos gritaban a todo el que quisiera oírlos que los mansos eran unos cobardes, que Dios les castigaría, que el Corán ordena el yihad, que el deber de todo creyente es combatir a los enemigos de la fe… Cuando estas apelaciones elevaban demasiado el tono y se generaban los tumultos, el rey mandaba rebanar una o dos cabezas y las aguas volvían a su cauce. Pero progresivamente aumentaba el número de descontentos, sobre todo entre los bereberes, tanto los almohades como los pocos almorávides que aún guardaban memoria de su esplendor; entre unos y otros, cada vez más y más andalusíes engrosaban el campo de los díscolos.

La política del rey Fernando, aunque no abiertamente hostil a los musulmanes, dejaba lugar a pocas dudas sobre sus intenciones futuras, lo que contribuía a reforzar las razones de los insumisos. Algunos mercaderes, de los pocos que en estos tiempos comerciaban con lugares poblados por cristianos, trajeron la noticia de que el rey de Castilla seguía entregando a sus leales plazas andalusíes mediante documentos donde aparecía la mención: «Para cuando fuesen conquistadas». Además, la corona continuaba haciendo grandes donaciones y beneficios a las órdenes militares: del diezmo en el quinto regio del botín y la décima parte de toda la tierra adquirida a los moros. Ante semejantes mercedes, poca duda cabía de que estas huestes monástico-caballerescas, dedicadas principalmente a la guerra contra los enemigos de la Cristiandad, tenían puestos sus ojos en los territorios musulmanes. La voluntad del rey de Castilla resultaba clara: tarde o temprano atacaría a las regiones bajo vasallaje para someterlas definitivamente a su dominio directo.

Poco a poco, se fue apoderando de Sherish una ola de fervor religioso. Alfaquíes recién llegados de África proclamaban la vergüenza y llamaban al yihad. Y pronto fue para todos evidente que los insumisos sumaban mayoría en la villa y que si el rey quería conservar el poder debía exterminarlos o pactar nuevamente con ellos.

Ibn Abit, que había logrado mantenerse en el poder todos estos años sin emplear la fuerza, se vio abocado a plegarse a las exigencias de los descontentos. Bien sabía, en su fuero interno, que se trataba de un suicidio. Lo mismo pensaban algunos de los notables de la ciudad, con los que conferenciaba con frecuencia. Pero cuando de una medina musulmana se apodera la fiebre del yihad no hay gobernante que pueda contener la marea: o se deja arrastrar y sobrevive, o acaba crucificado extramuros. Así que empezó a prescindir del consejo de los partidarios de contemporizar con los cristianos para hacerse acompañar de los insumisos.

Hamet fue apartado de la camarilla del rey, para su contento, pues

bien sabía que defender a ultranza las ideas propias y divergentes frente al sentir de la mayoría suele terminar en desastre. Así que siguió concentrado en sus asuntos, tratando de aislarse de lo exterior. Su mundo se reducía a su tribunal, su escuela y su familia. Rara vez salía de los muros de Sherish y dejaba a Muhammad el cuidado de proveer a las necesidades materiales de la familia.

Precisamente su hermano seguía siendo su mayor preocupación. ¿Se dejaría arrastrar también Muhammad por la ola de belicismo? ¿Podía un hombre cambiar su condición? Aparentemente nada se había alterado, pero al fino olfato del cadí no pasó inadvertido que el antiguo muyahidín acudía con mayor frecuencia a la mezquita, que su barba era ahora más larga, que no probaba el vino, que se pasaba la mayor parte del tiempo rezando y que empezaba a desatender sus obligaciones con la economía doméstica. Más de una vez lo encontró, antes de la cena, relatando ante los embobados ojos de sus hijos y sobrinos varones sus lances victoriosos o declamando los poemas guerreros de Abu Bakr al-Sayrafi, los únicos que había conseguido memorizar en su niñez.

Montad en veloces corceles
que son como castillos fortificados de los que no es posible defenderse.
Lanzad a los soldados a la lucha en la tarde
y hacedlo con el impulso de la confianza en la victoria,
que es algo imposible de vencer.
Cuando los soldados se vean estrechados en el angosto campo de batalla,
que las puntas de las lanzas le den anchura.
Atacad con rapidez y determinación, sin pensar en ninguna otra cosa,
pues titubear en el avance es una humillación.
Colocad en las vanguardias a los más bravos, aquellos de quienes estéis
seguros de que la valentía es marca indubitable.
Y no escuchéis al mentiroso que llega a vosotros propalando falsos rumores,
pues no debe atenderse al mendaz en nada de lo que haga.

Por eso, Hamet no se sorprendió cuando una tarde, antes de cenar, al dirigirse a la fuente a asearse, en lugar de encontrarse con un Muhammad sucio y sudoroso, cargado con sus aperos y arreos, se enfrentó con una imagen como rescatada de un rincón muy antiguo de su memoria y en vez de un agricultor pudo contemplar al espléndido campeador que fue un día su hermano, que siempre había sido, y que por un regalo de Dios había permanecido escondido en algún lugar ignoto durante muchos y fructíferos años.

Apenas mediaron palabras, pues ambos sabían ya todo lo que tenían que decirse. Sin embargo, Hamet aún trató de bromear, como para

conjurar o retrasar el momento que sin remedio se avecinaba.

—Hermano… No te veía tan serio desde el día que trataste de matar al agrimensor… No te ofrezco una copa de vino porque he sabido que actualmente lo consideras pecaminoso y que has defendido públicamente que su consumo debería prohibirse. ¿Quién te ha visto y quién te ve?

Muhammad forzó una sonrisa, pero con poca convicción. Hamet supo entonces que no era el momento de bromas, y dijo simplemente:

—¿Necesitas dinero?

—No hermano, dispongo de lo necesario. ¿No estás enfadado?

Hamet lo miró con ternura, lo abrazó y lo besó, mientras evocaba algunos de los más antiguos recuerdos de su hermano. Lo ve repitiendo ante el abuelo Ali, con mucha dificultad, el *Muhtasar* de Ali ibn Isa at-Tulaytuli, mientras el viejo lo miraba con semblante irritado y le corregía los errores con comentarios y citas. Lo ve también como un mozo barbiponiente, de apenas catorce años, que regresa a casa lleno de mataduras y con un brazo roto. Ha tenido una pelea callejera con unos golfos mucho mayores que él a los que había oído hablar mal del cadí, su padre, y de sus antepasados. No puede evitarlo, piensa de nuevo Hamet, es su naturaleza. Simplemente le dijo:

—No se puede siempre, por desgracia, gozar de la paz. ¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo. Con la puesta de sol. No quería marcharme sin despedirme y agradecerte todo lo que has hecho por mí estos últimos años. Si sigo vivo es gracias a ti. Nunca lo olvidaré. Te quiero Hamet. Jamás nadie disfrutó de un hermano mejor. Dios te ha dado todo lo que desea y puede agradecer un ser humano. Eres la honra de esta familia: nuestro padre y nuestro abuelo te contemplarán orgullosos desde el paraíso. No dudes por nada del mundo de mi amor.

Ambos se abrazaron de nuevo, emocionados, tratando de contener las lágrimas. Sabían muy bien que podría ser la última vez que se vieran en esta tierra y no querían dejar cuentas sin saldar.

—¿A dónde irás? —preguntó Hamet.

—Aún no lo sabemos. Hemos recibido órdenes de concentrarnos en la puerta de Sevilla a la puesta de sol. Te cuento esto porque sé que eres hombre de honor y que puedo confiar en tu palabra. Pero a nadie debes repetir lo que voy a decirte. —Se acercó un poco más a su hermano y siguió hablando en baja voz—. El rey va a dejar de pagar el tributo. Los dineros que antaño contribuían a engordar a nuestros enemigos, ahora se emplearán en comprar armas y caballos para los muyahidines. No podemos seguir así, Hamet. Al-Ándalus es la tierra del yihad por excelencia para todos los musulmanes del occidente y nosotros, los andalusíes, no podemos esperar a que, como siempre, los bereberes vengan a luchar por nosotros. La situación en África mejora:

los Banu Marin han logrado controlar casi todo el Magreb y nos han prometido ayuda. Hoy mismo cruzan el Estrecho oleadas de creyentes dispuestos a morir aquí, camino del paraíso. Y yo voy a luchar a su lado. Ha llegado el momento… Hemos de aprovechar que los nazarenos se encuentran ocupados en sus conflictos internos, distraídos y débiles. Aunque Dios no los haya exterminado aún con esos males, esperemos que los aniquile, pues Él destruye a sus enemigos. Si el gran Salah al-Din Yusuf, rey de Egipto y de Siria, logró recuperar Jerusalén y purificarla de la inmundicia de los infieles… ¿por qué no podemos hacer nosotros lo mismo con Toledo?… Me voy a luchar hermano; por favor, cuida de los míos… vela por mis hijos. Sé que no es necesario que te lo pida… lo harás igualmente… En cuanto pueda regresaré para hacerme cargo de ellos.

Se abrazaron de nuevo y, sin decir nada más, Muhammad le dio la espalda y salió para no regresar en mucho tiempo.

Pronto se supo en la ciudad la noticia de la vuelta a las armas, que llevó un aliento de esperanza a los musulmanes, dolidos por la pérdida de Córdoba y Sevilla, por años de humillaciones. Las gentes se abrazaban por las calles y en las esquinas se predicaba el yihad y se animaba a los voluntarios de todas las capas sociales. Se había reclutado un ejército de andalusíes y bereberes en la sierra de Ronda. Las tropas reunidas aún no bastaban para plantar cara en campo abierto a los castellanos, pero sí para emprender una guerra de guerrillas y golpear a los cristianos con rapidez en lugares diversos y apartados. Al sur de los puertos los musulmanes seguían representando la inmensa mayoría de la población; convenientemente organizados, los creyentes alentaban la esperanza de que aunar la fuerza suficiente para expulsar a los descreídos al otro lado del Muradal, de donde nunca debieron pasar.

Pocas noticias llegaban a Sherish sobre las evoluciones de esta hueste, pero pudo saberse que Muhammad ibn Quzman había sido nombrado capitán de la caballería jerezana, encargado de adiestrar a los nuevos y de captar reclutas. Y una vez más, como antaño, el mayor de los Banu Quzman se convirtió en el héroe local, imagen del caballero musulmán, y fueron muchos los jóvenes que escaparon de sus familias para unirse a sus filas. Cada vez quedaban menos brazos dispuestos a empuñar arados y las fincas empezaron a desatenderse. Pronto empezaría la escasez, aunque sorprendentemente a nadie parecía preocuparle. Al contrario, por todas partes, en las comidas y discusiones familiares, podía oírse la misma cantinela, la que se repetían los jóvenes unos a otros sin pararse a pensar si resultaba o no cierto: «No os preocupéis, pronto tendremos esclavos cristianos que cultiven nuestras tierras y sobrará la comida; todo volverá a ser como antes. Como antes».

Cuando dejó de pagarse el tributo, la respuesta de los castellanos no se produjo tan rápidamente como cabía esperar, y esto provocó que muchos reyezuelos andaluces siguieran el ejemplo de Ibn Abit, declarándose en franca rebeldía.

La razón de la demora de los castellanos fue de peso: la muerte del gran rey Fernando en 1252, agotado por las enfermedades y los trabajos de su permanente cruzada. Por toda Castilla se comentaban las muestras de piedad del monarca enfrentado a su última hora. Se decía que, sintiéndose morir, el rey pidió que vinieran sus hijos y que se le trajera una hostia consagrada y un crucifijo. Cuando el fraile que traía la hostia la mostró, Fernando se dejó caer de hinojos en el suelo, tomó la cruz, la besó muchas veces y se golpeó con ella en el pecho. El obispo de Sevilla, don Remondo, le dio la comunión y el soberano se quedó en paz. Recostado en su almadraque, pidió que le despojaran de sus lujosos ropajes reales. Habló luego con su heredero, Alfonso. Habló de la familia, de los vasallos y de los reinos, haciéndole agudas recomendaciones. En su lecho de muerte, el padre dijo al heredero: «Señor, te dejo de toda la tierra de la mar acá, que los moros del rey Rodrigo de España ganado hubieron; y en tu señorío finca toda: la una conquistada, la otra tributada. Si en este estado en que yo te la dejo la supieres guardar, eres tan buen rey como yo; y si la ganares por ti más, eres mejor que yo; y si de esto menguas, no eres tan bueno como yo».

Mandó Fernando también traer a los hijos que había tenido con sus dos esposas. En los últimos momentos, le acercaron una vela para que la llevara en el momento de su muerte y, antes de sostenerla, alzó los brazos al cielo y expiró.

Durante largos meses, Castilla se encontró sumida en un grave desconcierto y por doquier brotaban los desórdenes y las rebeldías. No resultaba tarea fácil sustituir a una personalidad del calibre de Fernando. Muchos de los prohombres que llevaban décadas sometidos de mala gana a la voluntad real, vieron llegado el momento de poner otra vez las cosas en su sitio; de manera más o menos abierta comenzaron a ignorar las órdenes que les llegaban desde la corte y a actuar de manera independiente.

El heredero Alfonso, que contaba ya treinta y un años, se enfrentaba a una difícil tesitura. Además de afrontar las reticencias de los poderosos, debía hacer frente a las diversas pretensiones dinásticas que, como suele ocurrir cuando la corona cambia de manos, pronto empezaron a aparecer. La más temible, la de su hermano, el infante don Enrique. Las posibilidades del nuevo rey de continuar con la política de su padre se vieron necesariamente paralizadas cuando a lo largo del año 1254 se hizo evidente que su hermano pensaba arrebatarle la corona por la fuerza, ayudado por un sector de la

nobleza castellana. Las malas relaciones entre ambos databan de antes de la coronación de Alfonso, pues ya cuando su padre le presentó en la corte como legítimo heredero y ordenó el correspondiente besamanos, su hermano se negó a hacerlo. Besó la mano del rey y salió de la sala sin mediar palabra. Esos yerros auguraban una malquerencia futura, pero ilusionado como estaba el nuevo rey con sus proyectos africanos, desdeñó el daño que podría hacerle su díscolo hermano. Finalmente, ambos bandos se enfrentaron en octubre de 1255 en la batalla de los campos de Morón, donde el rey derrotó a los rebeldes, pese a que el infante contaba con la ayuda de poderosos señores, como los Haro, y una mesnada numerosa y fiel, compuesta por muchos veteranos de la conquista de Andalucía.

Don Enrique tuvo que salir a toda prisa de Castilla, embarcándose con los caballeros de su tropa y otros aventureros en al-Qanatir, y de allí pasó a Valencia y después a Túnez, para acogerse a la protección de al-Mustansir bi-llah. En Ifriqiya permaneció desde 1259 desafiando arrogantemente el poder de su hermano, mientras prestaba una valiosa ayuda a su protector, en las contiendas con sus enemigos africanos, por lo que el sultán lo colmó de consideraciones y regalos y lo estableció en su corte. Fueron tantas las proezas y victorias que el infante logró con los suyos, que despertó las envidias de muchos moros principales de esa corte, sobre todo del visir Muhammad Ibn-abi-Medhi, personaje destacado de la tribu de los Hintata. Unidos en su recelo contra el infante, buscaron su perdición de diversas maneras, aunque finalmente, el sultán no lo mató, sino que le permitió irse en paz con los suyos a Italia.

Los musulmanes se aprovecharon de este viento que soplaba a su favor, dejando de pagar el tributo e incumpliendo la mayoría de los pactos de capitulación. Consideraron erróneamente que el nuevo rey carecía del nervio de su padre y que sería un enemigo abatible. Algunos incluso auguraban el regreso de los tiempos de esplendor de Al Ándalus y la expulsión de los cristianos allende los puertos, e incluso más allá.

Mas pronto el heredero puso de manifiesto ante todos su condición de rey firme, continuador de la obra y digno sucesor de su padre. Apoyado en el inmenso prestigio de la figura de Fernando, en cuanto pudo controlar con firmeza los resortes mínimos del poder fue eliminando un obstáculo tras otro dentro del solar de la vieja Castilla, hasta que por fin, a los dos años de su entronización, pudo afrontar la tarea de poner orden también entre sus estados vasallos al sur de los puertos, en las Andalucías, muchos de los cuales habían aprovechado el desconcierto castellano para dejar de pagar las parias.

Como primera medida, el rey Alfonso procedió de inmediato a revocar todas las donaciones que su padre había hecho a su hermano

en Jerez y en otros lugares. En agradecimiento al apoyo que le mostraron las gentes de Andalucía, el rey redobló sus mercedes, asfixiando aún más a los moros vasallos de los valles del Guadalete y del Guadalquivir. Sin embargo, respetó las donaciones que su padre hizo a la orden de Calatrava en Morón, Cote, Arcos y Jerez… E incluso las aumentó, pues en 1255 cedió a los de Calatrava Silibar con sus alquerías, y las aldeas de Caniellas y Abena Mugubel. También las de Mathiet y Madafil (a unas tres leguas al sureste de Arcos, en la sierra de Aznar), aunque estas cesiones reales estaban condicionadas a que los monjes respetaran los términos del fuero que los moros tenían con el rey.

Pero la astilla más dolorosa que se clavó en los corazones de los jerezanos fue la donación real a la orden de Calatrava del castillo y la villa de Matrera en 1256. Un imponente alcázar sobre la sierra del Pajarete, que dominaba el camino entre Jerez y Ronda. Su ocupación supuso el más flagrante incumplimiento de los pactos. La presencia en esas alturas de los monjes calatravos, al mando de un afamado guerrero, fray Alemán, suponía para los musulmanes una amenaza constante.

La ofensa infligida al joven rey por sus vasallos revoltosos no iba a quedar curada simplemente con unos donadíos para pan. Se imponía un escarmiento ejemplar, que apartara de las mentes de los jeques y reyezuelos andalusíes toda idea de desobediencia a la voluntad regia.

Antes de elegir sobre cuál de los caudillos díscolos recaería el papel de chivo expiatorio, el rey mandó mensaje a todas las ciudades bajo protectorado de Castilla pidiendo expresa sumisión, vasallaje y pago de todos los tributos debidos. Bastó con esto para que algunos reyes y valíes volvieran al redil, entre ellos, Muhammad Ibn al-Ahmar de Granada, quien se apresuró a pagar las cantidades debidas y a renovar los juramentos de lealtad al monarca de Castilla, su señor.

Sin embargo, en Jerez la presión de los alfaquíes y de los refugiados sevillanos resultaba demasiado poderosa, por lo que a Ibn Abit no le quedó más remedio que mantener la insumisión y se negó a pagar. Tal vez incluso él mismo, por lo general prudente como un zorro, se dejó arrastrar por los ensueños de rebeldía y consideró que el joven rey no podría organizar un reino tan grande y complejo como Castilla. Le veía incapaz de sobrevivir a la turbulenta sucesión a la corona, que distaba de estar apaciguada y, como algunos otros reyezuelos, pensaron que las cartas conminatorias no representaban más que fanfarronadas de primerizo.

Los dados rodaron y comenzó la partida. Nadie podía augurar el resultado de la misma, pero bien pronto quedaron despejadas las dudas. Cuando eligió la villa donde daría el escarmiento, el rey abandonó Sevilla con un gran ejército para dirigirse a Jerez, a la que

sometió a un duro asedio, después de destruir completamente su arrabal.

Mientras el ejército castellano permaneció acuartelado, rodeando las murallas de Jerez, diversos destacamentos se dirigieron a someter a otros jefes locales, y así eliminó a los de Lebrija, Arcos y Vejer en pocos meses. ¿Cómo pudo reunir el castellano tantas tropas y en tan poco tiempo, como para sentar un cerco prolongado en una villa de las dimensiones de Sherish, un ejército capaz, a la vez, de desplegarse por todo el valle del Guadalete? Pronto se supo la respuesta que llevó el estupor y la desazón a los musulmanes, porque el castellano encontró la colaboración de sus vasallos, de todos, y desde Granada partieron las aguerridas y bien entrenadas tropas de Ibn al-Ahmar para combatir a los rebeldes. De manera que fueron los propios musulmanes vasallos del joven rey quienes expulsaron a más de la mitad de la población de Arcos, y quienes sometieron a Vejer, a Medina Salim y al castillo de los Gazules.

13. Sherish. 1254

Muhammad ibn al-Ahmar y el propio rey Alfonso, personalmente al mando de sus tropas, sitiaron la ciudad de Jerez durante semanas. Nada parecía importunar a los sitiadores, ni las inclemencias del tiempo, ni la escasez de suministros, ni los intentos de hostigamiento a los que los sometían las pocas partidas de musulmanes que se atrevían contra ellos. Pronto cesaron estas aceifas, abocadas de antemano al fracaso, pues los cuerpos mutilados de los muyahidines caídos colgaban en cruces dispuestas a todo lo largo del perímetro de la villa de Sherish, como señal premonitoria de lo que aguardaba a los vasallos desafectos.

A la vista de tan macabro espectáculo, los ánimos de los sitiados pronto decayeron. Lo que antes fueron loas y arengas, trocaron en lamentos. Conforme el sitio se prolongaba y comenzaba a escasear la comida y el agua, las corrientes de opinión iban mudando. Desde los adarves, los hambrientos jerezanos contemplaban con ansiedad como los castellanos se aplicaban a la tala de sus cosechas, olivos, vides y frutales, como tantas otras veces, justo cuando empezaban a recuperarse completamente de las últimas guerras. Por doquier se elevaban los humos de las hogueras, como presagios ominosos de hambrunas futuras. Con esos humos se esfumaba el coraje de los que todavía conservaban fuerzas para resistir, hasta que pronto fue la inmensa mayoría de la población la que presionaba al rey de Sherish para que pactara la rendición en los mejores términos posibles.

Los que ayer se mostraban dispuestos a dar hasta la última gota de

su sangre en defensa de la religión y conminaban a los gobernantes a acciones resolutivas y bravías, hoy los criticaban por su imprudencia e imprevisión, por su soberbia, por haber despertado las iras del rey de Castilla. Los que con más fuerza arengaron a la rebelión con igual vehemencia pedían ahora la vuelta al vasallaje. Tal vez, pensaban los tornadizos, aún cabía obtener el perdón de Alfonso.

Pero Ibn Abit, que sabía que él no podía esperar la gracia, se obcecaba en la resistencia. Según relataban por las calles los alfaquíes, para merecer aún más el favor divino, el rey trabajaba con sus propias manos en la obra de reparación de las murallas, allí donde los proyectiles de los cristianos habían abierto brecha, encofrando con tapial de argamasa los lienzos derruidos. Pues en verdad, en esta postrera hora, Ibn Abit se mostró, contra todo pronóstico, como un gobernante esforzado, atento a los mil detalles precisos para prolongar la resistencia al menos unos días más, a la espera de un más que improbable socorro o milagro.

Durante el sitio se produjeron algunas escaramuzas extramuros. Con la ayuda de la información facilitada por los espías que tenía repartidos por diversas dependencias del campamento cristiano y por las tierras adyacentes, el rey de Sherish pudo concertarse con algunas de las partidas guerrilleras de la zona. Pero los intentos de causar graves daños, o al menos el desconcierto, en las filas de los asaltantes fueron vanos. Los caballeros jerezanos y almohades salían a hostigar a los sitiadores, desarrollando sus tácticas habituales, pero se les enfrentaban los andalusíes granadinos, bien conocedores de ellas, a los que no podían engañar, entre otras razones porque también contaban con información facilitada por sus propios espías. Una vez más, el peor daño sufrido por los musulmanes venía de la mano de sus propios correligionarios.

Cuando incluso para el rey Ibn Abit quedó claro que no cabía esperanza alguna ya, se convocó de nuevo el consejo de notables en el alcázar. Esta vez acudieron muchos menos de los citados. Sabedores de que el rey tenía los días contados, los más prudentes preferían no dejarse ver en su compañía, aunque Hamet ibn Ismail ibn Quzman no faltó.

Sentados alrededor de un brasero que apenas calentaba la fría estancia, seis hombres flanqueaban al rey. Delgados, sucios —pues la poca agua disponible debía emplearse en mantener los cuerpos con vida— y, sobre todo, hambrientos. Algunos difícilmente podían caminar sin ayuda. Llevaban semanas sin probar bocado. Tan pronto como se acomodaron, el rey habló.

—Honorables ancianos de Sherish, amigos… no os entretendré mucho tiempo. Os he llamado para despedirme. Ya sabéis todos que no tenemos salvación. En unos días se habrá acabado el agua y cuando

los aljibes del castillo se vacían el enemigo se mete dentro. Pero no quiero morir como esclavo de los adoradores de imágenes. Antes de que se me acaben las fuerzas, voy a intentar una última escaramuza con unos cuantos leales, y así morir empuñado la lanza, con una muerte grata a Dios. Avisad a los vuestros, nobles todos, de que quien quiera puede unirse a nosotros. Antes de la oración del alba nos congregaremos en la puerta del alcázar y en cuanto el día apunte, saldremos en tropel a mandar al infierno a cuantos cristianos podamos, antes de irnos nosotros mismos al paraíso que el Todopoderoso le tiene prometido a quienes mueran en el yihad.

Dicho esto, se levantó con una rapidez poco previsible en estos días, buena muestra de que el rey pasaba menos hambre que sus súbditos.

—Adiós, amigos. Guardad memoria de Ibn Abit… Y que Dios maldiga a aquellos que os desean la desgracia y que os han indispuesto contra vuestro emir.

Cuando las primeras brumas empezaron a disiparse por el oriente, desde las hermosas torres de Sherish, adornadas con su doble encintado de ladrillos, cientos de pares de ojos miraban al vacío, a la espera de que el mundo se dibujara de nuevo ante ellos.

Sin alardes ni trompetería, con mucho cuidado para no provocar ruidos que alertaran a los cristianos, las hojas de las puertas en recodo del alcázar se abrieron para dejar salir a una tropa de cincuenta jinetes completamente armados que, sin griterío, se despeñaron pendiente abajo con las lanzas enristradas.

Al punto, sonaron las alarmas en el campamento cristiano y antes de que los primeros jinetes hubieran alcanzado los contrafuertes que defendían el real, empezaron a sonar los chasquidos de las ballestas. Uno tras otro, los caballeros jerezanos iban cayendo, sin que en sus moharras luciera cabeza alguna. La sangre que tiñó sus túnicas fue toda musulmana, pues apenas pudieron acometer a nadie.

Cuando la polvareda levantada por los caballos se disipó, los jerezanos que todavía permanecían en los muros pudieron contemplar como los peones cristianos despojaban de sus riquezas a los caídos e iban rematando a los supervivientes, cortando sus cabezas y colocándolas en picas.

Pese a sus promesas, el rey no había salido con los caballeros jerezanos en busca de la muerte honrosa que dijo desear, mostrando una vez más la verdad del dicho de que resulta más fácil hacer rico a un pobre que corregir a un corrupto. En el último momento, alegando que no podía dejar desamparados a los suyos, permaneció en el alcázar, emborrachándose con sus últimas reservas de vino, mientras el silencio de la ciudad le mostraba bien a las claras el resultado de la última escaramuza de los sitiados.

Cuando se supo en la medina de la traición del rey, los últimos

diques que contenían a los descontentos se rompieron y una multitud se plantó extramuros de la fortaleza, pidiendo a gritos la rendición y la cabeza de Ibn Abit. La masa, enardecida, empuñaba todo tipo de objetos contundentes, pero se mostraba impotente, tanto por falta de fuerzas como por falta de herramientas, para derribar los enormes portones reforzados de hierro que impedían el acceso al patio de armas.

Con el transcurso del día, los ímpetus de los revoltosos se fueron agotando, pero aún permanecían al acecho de lo que ocurría en el alcázar cientos de ojos dispuestos a obtener venganza. Nadie saldría de la fortaleza sin dar cuenta a los cabecillas de la rebelión de sus intenciones, ni sin pasar por el filtro del peor de los tribunales: el de la muchedumbre sublevada.

Pasó ese día y el siguiente, y la situación permanecía estancada. Los cristianos, que sin duda sabían lo que ocurría en la medina, dejaban pasar el tiempo, sabedores de que este jugaba en su favor. Al borde de sus fuerzas, a los jerezanos no les quedaba otra opción que rendirse sin condiciones.

Al amanecer del tercer día después de la sublevación contra Ibn Abit, el gentío se había dispersado completamente. Apenas quedaban en la explanada de la ciudadela algunos cadáveres que presentaban atroces tajaduras, signo evidente de que habían sido víctimas de los combates. Cada cual se había ido con los suyos, a esperar los designios de Dios. Las fuerzas y los ánimos se habían consumido.

Esa misma mañana, se abrieron las puertas de la alcazaba y las de la ciudad, para abrir paso a una comitiva desarmada, encabezada por el propio Ibn Abit, que se dirigió hacia el campamento cristiano. Como único bagaje, los musulmanes llevaban seis hembras de halcón, un azor y un gavilán de las mejores calidades, así como un códice con consejos sobre la caza en los montes del sur de la Península, que tienen fama de ser los mejores del mundo para esos menesteres. El astuto Ibn Abit sabía de las aficiones de Alfonso y de su pasión por la caza, y había escogido el presente más apropiado para ablandar a su enemigo.

El rey, que les esperaba sentado con semblante sombrío en un alto sitial a la entrada del real, cambió su semblante en cuanto vio al azor. Tal como la comitiva se paró en su presencia, sin mediar palabra, descendió de su cátedra y se acercó a acariciar a la rapaz mientras admiraba su plumaje y charlaba con los falconeros de la alimentación y cuidados de las preciosas bestias.

Mucho efecto causaron en el rey los presentes, que aceptó encantado, así como la invitación a participar pronto en una partida de caza por los montes vecinos a Ronda y a Algeciras, un paraíso cinegético tan virgen como cuando Dios creó el mundo. Y allí mismo

se formó también el propósito del rey castellano de preservar esos montes y todos los de sus reinos, con una legislación protectora que se plasmaría en penas rigurosas para los que incendiaran los bosques con intención de quemarlos. Si se encontrara al pirómano la sanción sería que lo echaran dentro del fuego, «et si non le pudieren auer que le tomen quanto ouiere».

Ibn Abit había asistido impasible, sin desmontar, a la larga conversación entre el rey y los monteros jerezanos. Cuando Alfonso regresó a su trono, su ánimo y su semblante habían cambiado. Apaciguados sus primeros furores gracias a la astuta estrategia zalamera de los sitiados, se mostraba ahora con mejor disposición hacia los rebeldes y más maduro para el perdón. En realidad, al joven rey no le costaba perdonar, pues no le animaban pasiones mezquinas, sino el bien para los habitantes de sus reinos. Sus sentimientos eran sinceros cuando afirmaba que él amaba a todos sus súbditos, también a los moros, incluso a los judíos, aunque esto a veces se le hacía muy difícil. No sentía en ese momento hacia los rebeldes la oscuridad del odio, sino un despecho sordo y meditado, el resquemor que causa la ingratitud. Por eso se mostraba dispuesto a la clemencia, no exenta del justo castigo.

Cuando el rey dio por fin su permiso, Ibn Abit desmontó despaciosamente y se arrodilló ante Alfonso.

—Señor rey excelente, poderoso y generoso, príncipe destacado, hijo del excelso e imbatido Fernando (que Dios le tenga en su paraíso). Monarca de nombre intachable, luz de la cristiandad, dispensador de felicidad sobre tus súbditos… Que Dios prolongue tus fuerzas y aumente tu honor: la ciudad (que Dios la preserve) es tuya. Acepta la rendición y, en el nombre del Todopoderoso, sé clemente con los jerezanos. Deja de talar sus árboles y cosechas. Te pagaremos todos los tributos debidos y aún más de los debidos.

Alfonso lo miró con displicencia, pero no pudo ocultar su contento: tanto por la victoria final como por el espléndido regalo. Le replicó:

—La ciudad ya era mía, Ibn Abit, jamás ha dejado de serlo. En virtud de un tratado firmado por mi padre y que tú, como súbdito desleal, has incumplido. Todas tus promesas de lealtad se deshicieron como la sal en el agua en cuanto te sentiste fuerte. Dime: ¿qué pena te aplicarías a ti mismo si estuvieras en mi lugar?

—Señor, ¡que veas incrementado el favor del Altísimo, su amor y su cercanía! Os lo ruego… llevo mucho tiempo sin comer y sin beber, y mi cabeza no rige bien… No sé exactamente qué es lo que me estáis preguntando. Disponed de mí, haced como tengáis previsto, pero… os lo ruego, perdonad a la medina y a sus habitantes. No la destruyáis, no arrebatéis los bienes y las tierras de los musulmanes, que a partir de hoy se comportarán como vuestros más leales súbditos.

El rey indicó por gestos que le llevaran al reyezuelo de Sherish algo de comer y de beber. Le dio permiso para levantarse y aliviar sus ansias. Ibn Abit se incorporó puso una mano en su corazón, dio unos sorbos de la copa que le tendieron y unos bocados al pan blanco, tratando de fingirse moderadamente famélico. Era evidente que no había sufrido hambres extremas, pero el astuto Alfonso quiso seguirle la corriente. Una vez concluida la breve colación, el caudillo derrotado se arrodilló de nuevo y el rey volvió a hablar.

—¿Y cómo sé que no volverán los jerezanos a rebelarse? Ya han incumplido una vez su palabra y sus juramentos. ¿Qué les impedirá hacer lo mismo en el futuro si ahora me muestro clemente? Las leyes del Gobierno exigen un escarmiento ejemplar, para que hechos así no vuelvan a suceder. Merecéis el mismo trato que mi padre dio a Sevilla: la muerte o el exilio, la expropiación de todos vuestros bienes… Nadie puede escapar de la ley.

El rey se calló y descendió otra vez de su cátedra. Ibn Abit seguía arrodillado, con la cabeza gacha, mirando al suelo. Alfonso pasó a su lado, como si no lo viera, y se dirigió hacia el caballo que había traído al reyezuelo de Jerez a su presencia, que permanecía tranquilo, al cargo de los palafreneros del real, un bellísimo alazán pálido con cascos de color terroso y larga melena cobriza.

—¡Magnífico animal! Sin duda los rocines que comen estas hierbas son los mejores del mundo. Rápidos, inagotables y, además, de belleza incomparable… sería una pena perder tan hermosa raza.

El rey regresó a su trono y quedó un rato pensativo. Pidió a su canciller y a su alférez que se acercaran y departió unos instantes con ellos. Después se puso de pie y proclamó en alta voz.

—Ibn Abit… mereces la horca. Alocadamente te has mezclado en alianzas nefandas y has dado pie a las más graves traiciones. Pero no te presentas neciamente, sino portando la singular afinidad de quien sabe amar la tierra y admirar la finura de estos corceles y de estos halcones… Saldrás de la ciudad, a pie, con los tuyos, sin llevarte ni un solo maravedí. Podrás ir a donde quieras, a condición de que antes de la puesta del sol de mañana te encuentres muy lejos de mi vista, al menos a una jornada de marcha. Deberán salir contigo, en las mismas condiciones, todos los bereberes y africanos, sean almohades o almorávides, y también los árabes del Magreb y de Oriente, si los hubiera. Mañana no podrá quedar en esta villa ni un solo cabileño, solo andalusíes de estirpe probada. Las tribus fuera de Jerez. ¡Qué regresen a África, de donde nunca debieron salir!

El rey se sentó de nuevo, convencido de que mostraba demasiada generosidad. Pero necesitaba la paz para poder regresar al norte tranquilo, a seguir poniendo orden en sus reinos, pues los nobles díscolos se removían inquietos, esperando la ocasión de lanzarse de

nuevo a la yugular de su corona. Sabía que actualmente Castilla no podía acometer otra repoblación como la de Sevilla. Si quería que los campos del Guadalete siguieran produciendo trigos, tributos y aquellos espléndidos caballos, era necesario que los musulmanes permanecieran en sus casas y a cargo de sus lares. Así que, prometiéndose a sí mismo que no habría perdón en caso de nuevas algaradas, dictó la sentencia más clemente.

—En cuanto a los demás habitantes de la villa, podrán acompañarte también cuantos quisieran, sin llevarse nada consigo, más que los aperos de sus oficios, las ropas imprescindibles y despensa para tres días. Portarán salvoconducto para llegar francos a donde quieran ir. Aquellos que prefieran quedarse, conservarán vida y bienes… —El propio Ibn Abit levantó la cabeza, perplejo por la generosidad del rey, que renunciaba a la venganza—. Pero deberán a partir de ahora obediencia directa al rey y a las leyes de Castilla, aunque en los asuntos de derecho privado relativos al estatuto personal, matrimonios, divorcios y herencias, podrán seguir rigiéndose por sus leyes y someterse a sus propios tribunales, como hasta ahora. Pero en todo lo demás, desde hoy rige en Sherish la ley de Castilla, incluso en las compraventas y transacciones comerciales que hagan los moros entre ellos.

El rey caminaba ahora alrededor de Ibn Abit, con las manos entrelazadas a su espalda, como un cernícalo que acechara a su presa, disfrutando de la victoria y del fin de la sublevación que tantos padecimientos había causado. Quería prolongar el momento.

—Las casas y las tierras de aquellos que se hayan sumado a las filas rebeldes y las de los que abandonen la ciudad, pasarán a ser propiedad de la corona, que la entregará a los súbditos leales que vengan a poblar esta villa. Ningún musulmán podrá portar armas en Sherish y su alfoz, ni siquiera para la caza. En el alcázar quedará acantonada una guarnición de soldados y de cristianos viejos y el pendón de Castilla ondeará, ya para siempre, en sus torres. Que así quede escrito y sea cumplidero, y que el Señor castigue a los desobedientes de este decreto… Y que nadie se llame a engaño por mi clemencia… Si vuelve a producirse una sublevación no dudaré en ahorcar a todos los desobedientes y a sus familias, aunque para ello necesite talar toda la madera de estas bellísimas serranías.

Cuando el sol se levantó la ciudad estaba expectante; hacía más de quinientos años que no se asistía a una situación semejante. Por primera vez en siglos, un rey cristiano iba a entrar como soberano en Sherish.

Desde que las alondras comenzaron a chillar en el cielo, la comitiva castellana esperaba, preparada y dispuesta, delante de la puerta de Sevilla. Junto al rey, su lugarteniente, amigo de la infancia y futura

pesadilla, Nuño González de Lara, que sería el primer alcaide y defensor de la villa. Y detrás la guarnición castellana que iba a tomar posesión del alcázar, con un copioso cargamento de armas y provisiones. A la vista de todos, los pendones de Castilla que en pocos momentos ondearían de las torres del castillo.

Conforme la comitiva avanzaba, camino de la ciudadela, en la medina solo se oía el entrechocar de los cascos de los caballos en las pocas calles que contaban con piso de piedra y adoquines. Todas las puertas y ventanas aparecían cerradas, pero tras las celosías, los jerezanos iban contando con disimulo a los soldados: más de doscientos. Muchos. Y bien pertrechados, con armas y artefactos jamás vistos. En la alcazaba, con suministros suficientes, podrían resistir durante meses.

Cuando los cristianos llegaron a la explanada de la parte superior de la villa se encontraron con las puertas del alcázar abiertas de par en par. La fortaleza se mostraba completamente deshabitada y entera: Ibn Abit había cumplido su promesa de no causar daños y dejarla perfectamente utilizable.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad discurría una comitiva muy diferente; el rey Ibn Abit partía con su familia, sin nada más, dejando atrás sus posesiones, rumbo a Marraquesh, donde buscaría la protección del nuevo emir de Marruecos. Sus antepasados almorávides llegaron un día a la Península, desde tierras lejanísimas, de las zonas arenosas que se extienden entre los bereberes y los negros; y ahora le tocaba a él hacer el camino de vuelta. Le acompañaba su guardia de magrebíes y unos pocos jerezanos que preferían escapar, renunciar a sus tierras y a sus fortunas, antes que vivir bajo el yugo cristiano. En la mente de todos bullían idénticos miedos: ¿qué les depararía el futuro? Algunos, los menos, acompañarían al depuesto rey al Magreb al-Aqsa. Otros pensaban dirigirse a Ronda, donde esperaban contar con el auxilio del señor de la villa para establecerse allí, y otros seguirían rumbo al este, buscando acomodo en Loja, Iznajar, Archidona, Alhama o en la misma Granada. Otros pocos seguirían su camino hasta Almería o Málaga, y allí tratarían de embarcarse rumbo a Oriente, a Bujía, Túnez o Alejandría; lo que fuera preciso, pensaban los emigrantes, *con tal de estar lejos de los comedores de cerdo*.

Entre los que se disponen a partir se encuentran algunos amigos de Muhammad y un reducido grupo de caballeros jerezanos que tratarán de encontrar a un nuevo jefe de guerra andalusí para seguir luchando cuándo y dónde la ocasión sea propicia: siempre hay sitio en un buen estado musulmán para las espadas de los mártires de la fe.

Pero no solo son los soldados los que abandonan Sherish, también algunos intelectuales, amigos y discípulos de los Banu Quzman, como el ilustrado Abu Bark ibn al-Fajjar al-Arkusi. Para este prestigioso

alfaquí, esta era su segunda emigración. Siendo niño huyó de Arcos a Jerez con su familia, y aquí recibió lecciones en la madraza de Ismail ibn Quzman, al mismo tiempo que el hijo del maestro, Hamet, de quien se convirtió en uno de sus mejores amigos. Ahora que las tropas castellanas ocuparían el alcázar, al-Arkusi había decidido irse con los suyos a Algeciras, camino de África. Trataría de afincarse en Ceuta bajo la protección de los Azafíes.

Y, como estas, tantas y tantas historias. Guerreros, sabios, alfaquíes, la mayoría de ellos nobles o de las clases más acomodadas, las más orgullosas, las que sin duda sufrirían más el yugo de Castilla, todos escapaban de Al Ándalus para no volver. Sin embargo, los humildes que pudieron, en su mayoría decidieron quedarse en sus pagos, ocupándose de sus asuntos, como habían hecho sus antepasados desde tiempo inmemorial.

La paz reinaba en Sherish esa mañana. Los mercaderes temieron por sus tiendas y sus mercancías y por eso no abrieron hasta bien entrado el día, porque con frecuencia las transiciones del poder en la alcazaba derivaban en tumultos y derramamiento de sangre, o en rapto de mujeres y robo de bienes. En cambio, aquel día Jerez permaneció en calma, una calma extrema y sospechosa, anormal, desusada, como la que precede a la muerte.

14. Sherish. 1254-1257

Los primeros meses de presencia de la guarnición castellana en la villa transcurrieron sin sobresaltos. Tras la guerra, las gentes se preocupaban principalmente de cómo llenar el estómago, dejando de lado todo lo demás. Los comestibles escaseaban. Los ganados se habían perdido y los campos talados nada producían. Hasta la siguiente cosecha, que se esperaba escasa, dados los muchos daños sufridos por huertas, aceñas, acequias y embalses, los jerezanos habrían de vivir según cómo pudieran ingeniárselas, recolectando hierbas y verduras silvestres, cazando pájaros, pescando en el río y en las marismas, o bien pagando a coste elevadísimo el trigo y los suministros que les facilitaban los castellanos. Un alza de los precios causada no solo por la codicia de los acaparadores, sino por la misma escasez. Al sur del Muradal todo costaba más caro, mucho más caro que en la Extremadura castellana y en la Vieja Castilla. Así venía ocurriendo desde que empezaron los enfrentamientos a comienzos del siglo. Hasta que la paz permitiera la recuperación de los campos y los rebaños, casi todos habrían de pasar hambre, pues a veces ni aun pagando las mayores sumas se encontraban las vituallas necesarias.

También los Banu Quzman sufrieron necesidad, mas no tanta como

sus conciudadanos. El talante previsor de Zuhara hizo fructificar el considerable patrimonio heredado por Hamet de sus mayores. Con maña de campesina, en los últimos años la mujer había repartido ese caudal en actividades diversas: huertas, salinas, molinos, colmenas, almendrales, unas pocas aranzadas de olivar, algunas más de vides y una dehesa de cien vacas. Estos bienes habían sufrido los estragos de la guerra y del cerco castellano, pero al menos producían lo suficiente como para mantener a la familia fuera del límite del hambre famélica. Gracias a su esposa, Hamet pudo seguir la senda de su padre y continuaba ejerciendo sus labores como cadí y maestro en la madraza sin recibir a cambio ningún salario.

Además, poco rendimiento podría obtener hoy si decidía empezar a cobrar por sus servicios. Porque pronto se puso de manifiesto que muchas cosas habían cambiado para siempre. Con los castellanos llegaron nuevas leyes y nuevos tribunales, y de acuerdo con los pactos de rendición, muchas cuestiones que antaño quedaban sometidas a la autoridad del cadí se solventaban actualmente ante los justicias del rey, que fallaban en el alcázar las causas de su competencia. Ya no era el de la *sharia* el único tribunal que operaba en la cuidad.

Si el vasallaje resultaba penoso cuando no había cristianos en la villa, ahora se tornaba insoportable para casi todos los musulmanes. La presencia de una guarnición castellana en Sherish constituía una fuente continua de conflictos. Al principio, por prudencia y discreción los soldados apenas salían del castillo y nunca solos ni desarmados. Pero poco a poco, con la vuelta a la normalidad y a las actividades cotidianas de cada uno, los cristianos empezaron a sentirse más y más seguros, y algunos soldados trajeron a sus familias y empezaron a posar fuera de los muros, ocupando casas que habían abandonado los musulmanes.

Por si fuera poco, pronto empezaron a aparecer por la villa familias enteras que venían desde todas partes de España con sus enseres a ocupar las tierras y viviendas vacías, conforme a los pactos de rendición suscritos con los jerezanos, y con ello se hicieron aún más patentes las consecuencias de la última rebelión. Porque, en su inconsciencia, muchos habitantes de Sherish esperaban que pocos campesinos cristianos quisieran venir por su propia voluntad tan al sur, para vivir como una minoría rodeados de miles de musulmanes, y que los reyes de Castilla se conformarían con cobrar los tributos y los dejarían en paz, sin cambiar las cosas. Sin embargo, también el hambre y las pestes servían de acicate a muchos en el norte, que después de oír continuos elogios de las tierras recién conquistadas, de su abundancia, amenidad y fertilidad, concurrían como a bodas reales, abandonando la tierra natal. ¿Qué hombre no ha pensado alguna vez que su suerte será mejor en otro lado, que en algún lugar le esperan

las circunstancias propicias para medrar? Esperanzas casi siempre vanas, pero que no dejaban de arrastrar a masas de población de un lugar a otro, tropeles de desesperados, hambrientos, menesterosos, carne de cañón de la historia y sus bullicios.

Al principio, los recién llegados iban de una perplejidad a otra. Sobre todo, los que venían de *lo viejo*, entre el Duero y el mar, o de las comarcas de Vizcaya o de Galicia. Eran muchas las casas vacías, algunas grandes y de muy bella factura. Los castellanos iban ocupando las mejores y, acostumbrados la mayoría de ellos a vivir en cabañas de paja o barro, con techos de pizarra y sin ventilación, creían entrar en posesión de verdaderos palacios y así crecía su ya enorme arrogancia. Aunque la mayoría era de muy pobre extracción, o quizás precisamente por ello, se mostraban presuntuosos y prepotentes con los musulmanes, sabiéndose los señores de la villa, saboreando las sensaciones de esta supremacía.

También acudían cada vez más judíos del norte, si bien muchos de estos preferían una vida nómada, yendo de aldea en aldea, de zoco en zoco, vendiendo sus productos o remedios. Como la mayoría de los físicos musulmanes habían huido, pronto en el valle del Guadalquivir no quedaron otros físicos que los judíos, los únicos que sabían examinar la orina, purgar y hacer sangrías, entablillar correctamente, poner ventosas y tomar el pulso. Vendían saquitos de hierbas, frascos y amuletos, y más de uno acabó en la hoguera, denunciados por los hombres de religión, musulmanes o cristianos, como nigromantes, porque unos y otros veían con recelo toda práctica que buscase alterar la voluntad divina, equiparándola a la magia negra.

En poco tiempo las casas disponibles intramuros se agotaron, ante la continua afluencia de inmigrantes. Al norte de las murallas fue naciendo un nuevo arrabal plenamente cristiano y más pobre y miserable que cualquiera de los barrios de la medina. Las casas, apenas unas chozas de una sola habitación y muy modesta factura, de suelos apisonados y techumbre de cañas, con una sola apertura a modo de postigo y tragaluz, crecían como hongos, se construían de un día para otro y rebosaban de niños sucios y desnudos, de mozos fuertes y pendencieros, con hambre de todo.

Y con los nuevos pobladores llegaron nuevas costumbres y modos, nuevas formas de vestir y de comer. Todo en la forma de vida de los recién llegados ofendía a los creyentes en el Único: ruidosos y petulantes, no respetaban la honra de las mujeres y las miraban sin disimulo y hasta con lujuria, requebrándolas en muchas ocasiones. Poco habituados los jerezanos a esas maneras, con frecuencia salían a relucir los puñales, en trifulcas que acababan siempre de la misma manera: con la cabeza rodante de un musulmán en el patio del alcázar y, si acaso, con espalda bastoneada del cristiano ofensor.

Las cristianas iban por las calles destocadas, caminando con un garbo y un descaro que encantaba a los varones musulmanes, mostrando impúdicamente sus cabellos, y se reunían ociosas en las fuentes y mercados para cotillear y reírse en presencia de desconocidos. Constituían un mal ejemplo que todos los andalusíes se esforzaban en combatir, de manera que si antes las musulmanas apenas circulaban por los espacios públicos, ahora resultaba casi imposible verlas: permanecían encerradas en sus casas, para evitar las tentaciones y las posibilidades de querellas de honor. Los musulmanes temían que la vergüenza cayera sobre ellos por intermedio de sus mujeres; más de uno se vio obligado a defenderla con violencia, con el resultado irremediable de la deshonra consumada y la muerte del defensor.

Los castellanos, además, formaban escándalo y bebían en demasía. A la primera oportunidad, por Pascuas o por Ramos, montaban juegos de caña o lidias de toros, y alanceaban varias de estas bestias en la explanada del arenal. Esto de alancear toros les encantaba, ya lo hicieran en serio, como hazaña deportiva, o con ánimo festivo, como ocurría cuando participaban en el espectáculo juglares y enanos haciendo alegrías y parodias. La alegría de las músicas y los cantos, que los almohades habían conseguido erradicar casi por completo de Al Ándalus con esfuerzo, perseverancia y mano dura, volvió a sonar por las estrechas calles jerezanas, causando afrenta a los oídos de los musulmanes más piadosos, que las consideraban producto de la maldad de Iblís y la peor de las tentaciones, un soplo en el viento destructor de la hombría, una necedad corruptora y un sonido efímero. Así que los musulmanes trataban de no entrar en los barrios donde se asentaban los cristianos y, cuando necesariamente debían hacerlo, se tapaban los oídos para escapar de su influjo maligno y cerraban los ojos para no ver los escandalosos bailes que con frecuencia acompañaban a los sones de flautas y tamboriles. Pero aunque podían cerrar los ojos para no ver la impiedad, no podían dejar de sentir en sus corazones que algo estaba cambiando inexorablemente, contaminando en su raíz una forma de vida centenaria.

En pleno apogeo del poder cristiano, en 1254, Muhammad al-Ahmar, emir de Granada, y el rey Alfonso, se reunieron en Sevilla para renovar los pactos de vasallaje. Quedó así sellada definitivamente la paz. Una paz juramentada que por primera vez en muchos años parecía llamada a ser duradera. Castilla se había impuesto, derrotando a todos sus enemigos musulmanes de la Península, pues no se percibía en el horizonte poder alguno capaz de hacerle frente. Mientras todas las partes cumplieran con lo acordado reinaría la paz y la concordia, y con ellas vendría la añorada prosperidad: los caminos de Al Ándalus

volverían a ser transitables, las cosechas no se quemarían, ni los árboles se talarían y las espadas permanecerían inactivas en los senos de sus vainas.

Ante los beneficios de la paz, ¿quién podría afirmar que no la desea? Sin embargo, los príncipes que siempre dicen añorar la paz, poco se cuidan de mantenerla. Desde el momento mismo de la firma de los pactos, tanto granadinos como castellanos hacían cábalas para su incumplimiento.

El emir de Granada, sobreviviente de todas las turbulencias del siglo, el político más astuto de su época, se había labrado con mucho esfuerzo un reino en el extremo sureste de la Península, un último refugio para los andalusíes que no quisieran vivir bajo ocupación cristiana. Lo bastante para contentar a cualquiera menos ambicioso que él. Pero el nazarí quería más, mucho más, y ya diseñaba la estrategia dirigida a lograrlo.

Tampoco los castellanos parecían darse por contentos con lo conseguido. Por la vía de hecho, el rey Alfonso ponía de manifiesto una y otra vez su voluntad de someter todo el territorio de Al Ándalus al dominio directo de Castilla. Los pasos de Sierra Morena seguían encauzando una incesante torrentera de inmigrantes, ávidos de un pedazo de tierra andaluza, cálida, húmeda y míticamente fértil, promesas gestadas en sus memorias durante las gélidas noches invernales de la meseta. Por si los sueños de prosperidad y de medro no fueran suficientes, el año de 1253 fue de muchas calamidades en Castilla: las heladas acabaron con muchas viñas en Burgos y en otras muchas regiones, y el vino llegó a costar dos sueldos la azumbre ese verano. Y fue también un año malo de pan, por lo que el hambre acabó por convencer a quienes dudaban de que el futuro se mostraba menos amenazador en el sur, donde quedaban muchas fincas sin explotar y despobladas, pues numerosos contingentes de murcianos, cordobeses, sevillanos y jerezanos se habían pasado a África, alentados por los alfaquíes que consideraban imposible y pecaminoso para un musulmán vivir bajo el yugo de un soberano cristiano, pero, sobre todo, en busca de un horizonte menos amenazador.

Con cada vez mayor frecuencia, Hamet se veía enfrentado a la misma pregunta, tanto en la mezquita como en la madraza: ¿es lícito para un musulmán vivir sometido a los cristianos? Ya no se trataba, como antaño, de una simple cuestión teórica, sino de un problema práctico inmediato para el que sus alumnos y conciudadanos le pedían una solución concreta, de la que el cadí no disponía. Porque si bien es cierto que el Enviado de Dios dejó dicho: «Combatid contra quienes, habiendo recibido la Escritura, no creen en Dios ni en el último día, no prohíben lo que Dios y Su Enviado han prohibido, ni practican la religión verdadera, hasta que, humillados, paguen el tributo

directamente», Hamet no se veía con fuerzas y argumentos suficientes para promover la emigración masiva de los suyos. En su fuero interno, en su conciencia más íntima de hombre, consideraba que esa decisión debía tomarse personalmente, a solas cada cual con Dios y sus circunstancias.

Por su parte, el rey seguía con la política de su difunto padre de consolidar el patrimonio de sus mesnadas y de sus nobles más allegados, pero a diferencia de Fernando, mesurado en todo y prudente en política, Alfonso lo hacía de manera munificente e incluso dilapidadora. Creía que con ello amarraría la voluntad de los *ricosomes*, grave error que habría de pagar muy caro en el futuro, cuando las insaciables demandas de los grandes de Castilla ahogaran a la corona y al reino. Porque los apuros económicos del castellano no tenían final: era tan buen poeta como pésimo administrador. Sus frecuentes y cuantiosas liberalidades ponían en aprietos económicos al reino, siempre al borde de la bancarrota. Las mercedes del rey alcanzaban a todos, grandes y pequeños; a sus halconeros les dio un pueblo que desde entonces se llamó la Aldea de los Falcones. Incluso los judíos tuvieron su parte, pues a Paterna se la conoció por la Aldea de los Judíos, dado que allí donó figuerales y olivares a don Zag, su almojarife, y a don Mosé, el hijo de este. Y también a don Abrahem, y a don Salomón, don Yusuf el Narigudo, don Suleyman el Pintadura, don Joseph el Alfaquin y a don Zag de Lesbona. Fue tanta la generosidad del rey que pronto se acabó la tierra disponible y fue preciso tomar más de los moros para que Alfonso siguiera repartiendo heredades y donadíos a los suyos.

Ajenos en lo posible a las turbulencias de los tiempos, la vida de los Banu Quzman seguía su curso. Como cualquier padre de cualquier tiempo, la principal preocupación de Hamet la constituían sus hijos. El Todopoderoso le había premiado con la mayor bendición para cualquier musulmán, una buena cantidad de ellos. No tantos como él hubiera deseado y, sobre todo, con pocos varones. El cadí se consolaba con la explicación que se repetía a sí mismo cada día: solo Dios dispone el curso de los acontecimientos y conoce la explicación de las cosas ocultas. Dios es quien otorga el favor.

Al verlos crecer, Hamet llegó a la convicción de que el Altísimo imprimía desde el nacimiento su sello personal en el temperamento de las personas y que el carácter cambiaba poco a lo largo de la existencia. Pero, por alguna extraña razón, él usaba como modelo de conducta para los nuevos nacimientos a los antepasados de la misma familia. Y, así, en su hijo Muhammad veía la docilidad y el buen corazón de su abuelo Ismail. En Ali encontraba un reflejo de su propia curiosidad e inquietud intelectual, de su mal asiento y de su tendencia a cuestionarlo todo: siempre con un por qué en la boca, el niño no se

contentaba con los argumentos de autoridad que bastaban a su hermano mayor y sin parar buscaba comprender el fundamento último de las reglas y de los fenómenos. De todos sus hijos varones, Ali parecía el más beneficiado por Dios, que le había otorgado la perfección del cuerpo y una inteligencia despierta, un carácter equilibrado y una mente aguda para la comprensión y la percepción.

En cuanto al pequeño, Ismail, era la viva imagen de su tío Muhammad, en lo físico y en el carácter. Pese a que había sido el que más había padecido las privaciones de la guerra, a sus ocho años aventajaba ya en fuerza, estatura y resistencia a sus hermanos mayores. Esbelto y elegante como un ciprés, no podía parar quieto y las sesiones de lectura del Corán representaban su mayor pesadilla. Contaba los minutos que le faltaban para escapar a donde tenía puesto su corazón, a los campos, a los caballos, a sus correrías con los zagales de su edad. Emulando a su tío, ya se había fracturado varios huesos, jugando a las batallas con los golfillos de la villa que le superaban en peso y edad. Como no hay mal que por bien no venga, al menos durante las convalecencias, Hamet consiguió que su hijo más díscolo aprendiera a leer medianamente, aunque resultaba incuestionable que su benjamín no había sido llamado por Dios para perpetuar la saga de juristas de la familia. Porque en cuanto el niño escuchaba hablar de hadices, dichos o sentencias ponía tal cara de perplejidad que su padre, y el resto de su familia, no podían evitar la risa.

Muhammad y Alima seguían acudiendo a la madraza y pronto Ali se sumaría a ellos, pues el zagal mostraba una enorme curiosidad y aptitudes para el trabajo intelectual y estaba a punto de terminar su aprendizaje del árabe y de las lecturas coránicas, paso previo para acceder a la escuela de Derecho, donde se abordaría el *hadiz* y el *Fiqh*. Si Muhammad y Ali culminaban sus estudios de jurisprudencia islámica, Hamet vería colmadas sus aspiraciones como padre y sus deberes hacia el linaje de los Banu Quzman: proporcionar a la comunidad juristas y cadíes.

La llegada de refugiados y el cierre de la mayoría de las escuelas jurídicas de Al Ándalus incrementaron enormemente el número de estudiantes de Hamet. Tanto que, contra su costumbre, tuvo que empezar a cobrar por sus lecciones a los alumnos menos aventajados, más como medida disuasoria que por necesidad. Tenía que hacer sitio para los mejores.

Pese a los estragos de la guerra y la dureza de los tiempos, Hamet ponía gran empeño en que la enseñanza se siguiera desarrollando como siempre. Venerador de la tradición, trataba de reproducir los métodos, rituales y comportamientos que con él mismo habían empleado sus maestros.

Después de haber diligenciado desde el amanecer los pocos asuntos

de los que ahora se encargaba su tribunal, iba regularmente a la madraza, donde pasaba todo el día enseñando. Allí los alumnos recibían al profesor con grandes muestras de respeto. Le tocaban la ropa, le besaban las manos, se sentaban en corro en torno del maestro y discutían de todo lo divino y lo humano, pero jamás hablaban hasta haber pedido respetuosamente su permiso.

Un día señalado en la madraza de Derecho de Hamet era cuando alguno de sus alumnos se atrevía a pedirle la *iyâza*, la licencia para enseñar. Desde el momento en que se producía un hecho tan insólito, cundía el desorden entre los estudiantes, se cruzaban apuestas sobre el resultado, se formaban bandos y facciones entre partidarios y detractores del candidato. Por esos días, el mundillo jurídico de la medina andaba también revuelto, y los letrados, alfaquíes e imanes comentaban en los patios de las mezquitas sus propias experiencias y las anécdotas y situaciones, reales o inventadas, que juraban haber presenciado ellos mismos.

Cuando Abu l-Hasam Ali al-Zuhri al Isbili se atrevió a dar ese paso, pocos dudaron de que obtendría la licencia, dada su condición de descendiente de los famosos Banu al-Zuhri, prestigiosa familia de juristas sevillanos, ahora refugiada en Sherish. Los Banu Quzman habían acogido y ayudado generosamente a muchos miembros de esa familia de exiliados. Hamet había nombrado *musawarum*, asesores judiciales, a varios de ellos, a fin de que se ganaran la vida holgadamente, al menos hasta que decidieran qué rumbo tomar. Por ello, los mayores de los Banu al-Zuhri mostraban un gran agradecimiento. No así los miembros más jóvenes, dados a grandes ínfulas de grandeza y a considerarse acreedores de un trato privilegiado, lo que les llevaba a mirar por encima del hombro a los juristas de Sherish, a los que consideraban provincianos.

Parapetado en ese orgullo de casta y en el también famoso chauvinismo sevillano, Abu l-Hasam cometió la torpeza de pensar que obtener la licencia de Hamet iba a ser un mero trámite. ¿Cómo iba a negarse un jerezano, por antigua que fuera su estirpe, a denegar la *iyâza* a un al-Zuhri de Sevilla? El rapapolvo que se llevó se recordaría durante muchos años en las principales mezquitas de Al Ándalus, del Magreb y hasta de Oriente, donde la categoría humana y técnica de Hamet ibn Quzman se valoraba.

Lo cierto es que el caso que sometió el cadí al dictamen del alumno era complejo: la remuneración por los servicios, asunto que desde los comienzos del islam producía frecuentes quebraderos de cabeza a los juristas más avezados. Hamet no esperaba de Abu l-Hasam una solución terminante, pero sí al menos una reflexión jurídica madura, un planteamiento de los problemas básicos y un análisis del equilibrio de intereses entre las partes. Nada de ello obtuvo, lo que causó la ira

del examinador.

—Dime Abu l-Hasam: ¿debe un maestro del Corán exigir una remuneración por sus servicios, aunque el alumno no se lo haya aprendido de memoria?

La pregunta cogió por sorpresa al candidato, que empezó a balbucear frases inconexas, hasta que el maestro le interrumpió.

—Te lo plantearé en otros términos… el capitán de un barco: ¿tiene derecho a cobrar el precio del transporte pese a que las mercancías no lleguen a buen puerto?

De nuevo se hizo el silencio. El enojo del cadí iba en aumento. Pero antes de estallar, formuló aún otra pregunta, mucho más fácil.

—Bueno… a ver si puedes contestarme a esto: ¿en qué casos puede el marido devolver a la mujer?

Una vez más, el alumno se quedó mudo. Y entonces el cadí ya no pudo contenerse más.

—¿Cómo te has atrevido? ¿Cómo has osado, miserable gusano, a hacerme perder el tiempo solicitando que te examine para la *iyâza*? Todos sabíamos que no estás preparado; necesitas aún años de formación y quizás ni aun así lo logres. Por respeto a tus antepasados y a tus padres, queridos amigos, he aceptado examinarte, pensando que al menos harías un papel honroso. Pero ni siquiera te sabes de memoria las partes elementales del *al-Ahkam* de Abu Muhammad Abd al-Haqq, o de la *Risala fi-l-Fiqh* de Ibn Abi Zayd. No has oído siquiera hablar del *Islah al-mantiq* de Abu l-Hasam ibn Qitral. ¿Sabes acaso quién fue Malik? Te muestras arrogante por lo que tus padres hicieron, pero tú no vales nada…

Hamet inspiró profundamente y trató de calmarse. No era ni el momento ni el lugar para perder la compostura, sino el de avergonzar a un insolente.

—Casi todos los que nos escuchan, aun los principiantes de primer año, saben que podrá devolverse a la mujer por causa de locura, lepra, elefantiasis o defectos genitales. Y muchos aquí también podrían responder a las dos primeras preguntas. No hay mal en que se enseñe el Corán conviniendo que el maestro cobrará cuando el alumno se lo sepa de memoria. De igual forma, puede estipularse una iguala con el médico señalando que este solo cobrara en caso de curación. Y el capitán de un barco no tendrá derecho al pago del transporte más que bajo condición de llegar a buen puerto… Eres un asno, incapaz de comprender el calibre de tu ignorancia; muestras la forma de pensar del vulgo y sus débiles ideas… fuera de mi vista. Nunca conseguirás de mí la *iyâza* ; hasta el más torpe de mis alumnos es mejor que tú. No compiten los mares con los riachuelos… No puedo sacar más de ti: quien siembra en un terreno salino cosecha miseria y quien enseña a un lerdo cosecha respuestas estúpidas.

15. Sherish. 1258

Pasaban los años y seguían llegando desde el norte oleadas sucesivas de cristianos, que acudían acogidos a privilegios reales para ocupar las casas y las tierras que dejaban libres los musulmanes, por propia voluntad y algunas veces por la fuerza. La comarca de Sherish y muchas otras regiones y ciudades, que desde la llegada de los almohades habían permanecido pobladas exclusivamente por musulmanes, y ocasionalmente por unas pocas familias judías, asistían a la llegada de los norteños con aprensión y estupor, obligando a los vecinos a adaptarse, a duras penas, a las nuevas circunstancias y exigencias.

Las consignas que el rey Alfonso impartía a alcaides y gobernadores llamaban al respeto de las capitulaciones: en consecuencia, las tierras de los moros de paz debían respetarse y no podían concederse en propiedad a los castellanos, salvo causas muy justificadas. Sin embargo, en muchas villas esas leyes se incumplían. En la cercana Arcos, el mismo rey autorizó la compra de terrenos de musulmanes, aunque limitándolas a diez yugadas de suelo de labor y diez aranzadas de viña. Como resultado, desde 1256 los cristianos empezaron a ser mayoría en esta importante plaza. En esta misma región, se donó en 1253 a la orden de Calatrava la alquería de Chist, entre Espera y Alocaz.

La posibilidad de verse convertidos en una minoría en sus propias ciudades constituía la mayor pesadilla de los musulmanes que se habían quedado en la zona directamente controlada por Castilla. Con todo, los hechos pondrían de relieve que podían producirse catástrofes aún peores, porque pronto se supo en Sherish que los cristianos comenzaban a vaciar algunas de las ciudades sometidas de toda su población musulmana, acogiéndose a excusas diversas.

La primera fue la villa de Morón. En 1254, sin previo aviso, los castellanos ordenaron un día que toda la población musulmana abandonara la villa con sus pertenencias. Tenían permiso para afincarse en las afueras, en cualquier lugar extramuros, pero ninguno de ellos podría habitar ni conservar vivienda dentro de la villa. Lo mismo se produjo en otras villas fortificadas de la campiña del Guadalquivir.

También ese año tropas castellanas se anexionaron Tejada, villa que había sido declarada independiente por el rey Fernando, previo pacto de vasallaje, con el argumento de que los moros de Tejada inquietaban a los sevillanos con sus continuas correrías. Y resultaba esto cierto, pues los de Tejada, amparados en sus alturas, se creyeron al amparo

de represalias y tomaron por blandos a los cristianos, grave error que habrían de pagar con la muerte, la esclavitud o el exilio, pues después de un corto asedio los cristianos entraron por la fuerza en la villa, la ocuparon y se repartieron toda la tierra.

¿Cuándo le tocaría el turno a Sherish? Las amenazas que los Banu Quzman quisieron conjurar permaneciendo en Al Ándalus (la deportación, la pérdida de sus bienes, el hambre) se consumaban igualmente por doquier. Hamet comenzó a comprender que ya nada podría evitar el exilio de la familia. Había llegado el momento de partir. Sabía que a esas alturas resultaba imposible preservar el verdadero valor de los bienes que poseían, el que habrían tenido hacía solo unos años si se hubieran decidido a marcharse antes. Pero en cualquier caso, comenzó a vender todos los inmuebles, a muy bajo precio, a otros musulmanes, antes de verse obligado a entregárselos a bajo importe o por nada a cristianos o judíos, como había ocurrido en Arcos. Con ello consiguió al menos una cantidad más que adecuada para hacer frente a las dotes de sus hijas, que según la ley malikí es de un mínimo de un cuarto de dinar. El matrimonio sin dote no está permitido.

Porque a los problemas que Hamet tenía como cabeza de los Banu Quzman, cadí de Sherish y profesor del *Fiqh*, se sumaba el hecho de tener que casar a cuatro hijas, una de ellas desfigurada, testaruda y portadora de mayores conocimientos que la inmensa mayoría de los hombres de Al Ándalus.

Las tres menores no constituían, en sí mismas, un problema. Todas ellas deseaban vehementemente casarse; desde pequeñas habían sido instruidas por su madre y su abuela Ruqaya para convertirse en buenas esposas musulmanas, aunque con un éxito solo parcial. Deseaban el matrimonio, sí, pero habiendo crecido muy mimadas y consentidas, mostraban sobre el enlace sagrado instaurado por Dios ideas poco realistas, porque aspiraban a maridos que actualmente resultaba imposible encontrar en Sherish. La mayoría de las élites locales habían partido al exilio. De hecho, muchas tierras de musulmanes habían quedado huérfanas de señor, pues los moros principales habían emigrado, dejando a la plebe a expensas de los invasores. Tampoco abundaban los vástagos de familias cultivadas o simples comerciantes. Las muchachas de los Banu Quzman preferían seguir solteras antes que casar con alguien de baja condición, por debajo de sus expectativas.

Se enfrentaba así Hamet a problemas que no había previsto y a nuevas dudas que vinieron a sumarse a las incertidumbres que arrastraba desde hacía años. ¿Debía tratar de casarlas ya, antes de partir al exilio, o bien emprender viaje todos juntos para buscar mejor asiento al otro lado del Estrecho o en el este? Yamila, la pequeña, su

preferida a ojos vista, aún era demasiado joven, apenas siete años. Su belleza deslumbrante pronto trascendió las paredes de la casa de los Banu Quzman y por todo Sherish se comentaban la longitud de sus pestañas, la esbeltez de su talle, el grosor de sus labios. Hamet no quería desprenderse de ella, ni ahora ni nunca. Ella partiría con la familia a toda costa.

Aixa y Ramla ya alcanzaban la edad de casarse. La primera con holgura y la segunda en sazón. Pero todos los pretendientes que les buscaban los rechazaban, con razones de peso: patanes, meros gañanes, ganaderos o curtidores apestosos. Hamet no podía reprochárselo, aunque estaba autorizado por la ley a casar a sus hijas vírgenes sin su consentimiento. ¿Podían los Banu Quzman rebajarse a casar a sus hijas con maridos de tan baja condición? Ni aun recurriendo a las más expertas alcahuetas de la comarca encontraron para ellas buenos partidos en los alrededores de Sherish, así que empezaron a mirar más al este, en Ronda, Málaga y hasta en Granada. Pero en esos tiempos tan revueltos, con miles de refugiados yendo de un lado para otro sin encontrar un sitio donde afincarse, la concertación de matrimonios adecuados había dejado de ser una prioridad para muchas familias, que daban a sus hijas a quien las quisiera, sin dote alguna, a fin de librarse de una boca que alimentar. Incluso algunos las vendían a los burdeles o las dejaban morir de hambre, considerando prioritaria la supervivencia de los varones de la familia. Si en tiempos de bonanza las niñas eran, por lo general, objeto de menores cuidados que los niños, cuando la escasez apretaba, con frecuencia se las destetaba prematuramente, lo que explicaba la cada vez mayor abundancia de hombres que de mujeres.

Nunca, ni por un momento, pensó Hamet en caer en nada parecido. No solo por su propia convicción, sino por las promesas hechas a su padre y a su abuelo Ali, que siempre demandaron al jefe de los Banu Quzman un buen trato para las mujeres de la familia. Recuerda lo que continuamente le repetía su abuelo: «La honra y el recato de las mujeres casadas constituyen el principal tesoro de una familia musulmana. Un buen creyente evita insultar a Dios profanando el honor de los otros y respeta a sus mujeres tanto como a las propias. Quien ensucia la honra de una musulmana escupe en su propia madre». No, sus hijas encontrarían buenos maridos o no saldrían de su casa. Aún podían esperar unos años. Si era preciso viajar con ellas a África, así lo harían, con la ayuda de Dios. Mejor solteras que mal casadas. Al menos, por ahora, porque pasado el tiempo, si los peores presagios llegaban a consumarse, habría que casarlas con quien las quisiera.

Alima constituía un problema especial, mucho más delicado. Su deformación, que apenas se había atenuado con el paso del tiempo, la

hacía indeseable por su físico. Pero además su excesiva formación y sus ansias desmedidas de conocimiento abrumarían a cualquier hombre. Porque a su primogénita los estudios que cursaba en la madraza con tanto aprovechamiento como anonimato, lejos de saciarla, le abrían nuevos horizontes y ampliaban su sed de saber, que ya no se limitaba al derecho, sino que ahora se dirigía también a la filosofía y a las ciencias de la naturaleza. Ello, unido a su edad, la convertían en una novia imposible, así que Hamet había perdido toda esperanza de casarla y sufría por ello una grave aflicción, una pena que le bajaba de la cabeza hasta el estómago y se apoderaba de él cuando la contemplaba, pues el ideal de la perfección para el islam es el casamiento y el matrimonio la mitad de la religión. Uno de los compañeros del profeta, Abd Allah ibn Abbas dijo: «La perfección de la piedad es casarse».

Sin embargo, como siempre se decía Hamet y la vida le había enseñado, Dios sabe más y dispone del curso de los eventos según su propia y santa voluntad. Contra todo pronóstico, Alima fue la que primero encontró marido y salió de la casa familiar, por caminos tan inusitados y alejados de la costumbre que parecen más propios del ámbito de la ensoñación o la ficción literaria, como uno de esos cuentos de Oriente que Hamet había traducido en los últimos años por encargo —imposible de objetar— de la escuela de traductores de Toledo, para entretenimiento de la corte castellana.

Desde que con su desafío extremo logró forzar la voluntad de su padre, Alima había seguido recibiendo formación jurídica, pese a las protestas incesantes de su madre. Hamet, que al principio también experimentó una gran preocupación ante esta situación insólita, se había acabado acostumbrado a ella, y hoy no podía imaginarse impartiendo una clase sin la callada presencia de su hija Alima, casi fantasmal, pues ni un ruido se oía detrás de las celosías que la ocultaban.

Un día, durante una discusión en la madraza, Hamet planteó a sus alumnos una pregunta particularmente difícil sobre la descalificación de un testigo justo y sabio:

—Os pido respuesta sobre un hombre, Husayn, que se educó en el bien, la honestidad y la virtud y estudió las ciencias islámicas hasta alcanzar el grado de idoneidad que se requiere para un cadí justo. Después le juzgaron digno para emitir fetuas y, más adelante, para dictar sentencias. Pasado mucho tiempo, un grupo de alfaquíes y procuradores solicitaron al cadí mayor su destitución, testificando que era mentiroso e indigno de quienes le confiaron aquellas funciones. ¿Conviene al cadí mayor hacerles caso y permitirles que le descalifiquen, o no?

La forma de enseñar del cadí de Sherish, copiada de la de su abuelo,

era plantear un caso a sus alumnos, generalmente extraído de su propia experiencia como juez, que detallaba en todos sus pormenores, para a continuación preguntar: ya conocéis los hechos ¿quién puede sugerirme una solución en derecho y grata a Dios?

—Yo creo, maestro, Dios prolongue tus fuerzas, que los testimonios permiten concluir que Husayn debe ser descalificado como testigo y que no es hábil para ejercer de cadí. Quienes le acusan son letrados, alfaquíes, no meros patanes… —Hamet se quedó mirando fijamente al alumno, pensando en la manera de meter un poco de saber y espíritu crítico en su dura cabeza, sin humillarle.

—Yusuf…, piensa un poco. ¿Puedes fiarte de unos simples testimonios para fallar en contra de un creyente sin tacha en su honorabilidad? Las personas que han testificado contra él pueden haber actuado solo por enemistad, por envidia o por interés ilegítimo. Recuerda: no se admite el testimonio de persona rival ni sospechosa, sino solo el de musulmanes justos varones y, tratándose de la mujer, solo se permite el testimonio en pleitos capitales y cien mujeres testigos equivalen a dos. Además… la afilada lengua de algunos siempre ha tenido veneno… Debemos preservar el honor ganado y reconocido de posibles acusaciones infundadas y, si esto ocurre, responder y castigar a los que hacen juicios temerarios. Un juez debe precaverse contra la excesiva elocuencia de las partes o de sus mandaderos. Hay expertos en leyes que acuden a los tribunales dotados de tan temibles armas dialécticas que con su elocuencia persuasiva, cargada de razones, repleta de sabiduría jurídica y plagada de citas de autoridades de La Meca o Bagdad, aniquilan al contrario. Sus respuestas podrían considerarse irrefutables por un juez bisoño, o poco temeroso de Dios, inconsciente de la sagrada responsabilidad que tiene entre manos quien ha de impartir justicia. Pero un verdadero juez no se deja arrastrar por la simple arquitectura de los argumentos y cuando es necesario los desmonta, armado con un similar bagaje de sabiduría jurídica pero, sobre todo, con un arma aún más poderosa: la búsqueda de la verdad y el afán de hacer justicia.

—Pero, maestro, tú mismo nos aleccionas para que seamos diestros en la oratoria, para que perfeccionemos nuestro verbo, para afilar nuestras armas dialécticas. ¿No incurres en contradicción?

Hamet sonrió, porque una vez él mismo cayó en ese error. Recuerda casi textualmente las palabras que entonces le dijo su abuelo Ali, y se disponía a repetírselas a su alumno que, al cabo, no era tan lerdo como parecía. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, se le adelantó una voz femenina, bien modulada y serena, que reprodujo, palabra por palabra, la conocida sentencia de Ali ibn Hasan:

—No olvides, Yusuf, que la mejor elocuencia consiste en la exposición de la verdad. Si la razón está de tu parte, ella ha de ser tu

principal aliada para convencer al juez. Ahora bien, para defenderse de ataques sofistas, de la vana astucia procesal de los que pretenden embarullarlo todo con argumentos retorcidos, expuestos quizás bellamente, es necesario que podamos exponer esa verdad, grata a Dios, también con las más hermosas palabras. La manera de presentar los hechos y los fundamentos de derecho, la perfección formal de nuestro discurso, centuplica la eficacia de nuestros argumentos. Por eso debemos sublimar nuestra oratoria, para neutralizar la seducción que ejercen los pavos reales del lenguaje.

Los alumnos se levantaron alarmados por lo que parecían ser una voz de ultratumba. Miraban alternativamente al maestro y a la celosía desde la cual había partido la voz, con creciente perplejidad, pues ignoraban qué ocurría.

Hamet, una vez superado su estupor, se levantó como movido por un resorte y gritó.

—¡Fuera, salid todos! ¡Fuera he dicho, rápido! Hasan, despeja la sala inmediatamente.

El bedel sacó a trompicones a todos los alumnos, incluido Muhammad, que se mostraba tan sorprendido como los demás, entre un escándalo creciente. Ya empezaban a formularse hipótesis, a cual más descabellada, sobre el origen de la voz, la participación de Iblís, o la conjura de los cristianos antes de que la sala quedase completamente vacía de jóvenes.

—Gracias, Hasan. Vete ahora tú también.

Cuando se quedó solo. Hamet descargó su peso sobre los cojines que le servían de asiento, presa de un inmenso cansancio, y puso su cabeza entre las manos. Permaneció así un largo periodo, reflexionando, tratando de moderar la ira, de pensar el castigo adecuado a la afrenta que acababa de recibir por parte de su propia hija. Sin embargo, no tuvo que tomar ninguna decisión al respecto.

—Perdóname, padre. No he podido resistirme… Ese Yusuf es un asno. Durante años me he mordido la lengua para no responder yo misma a las cuestiones que planteas. Pero hoy, no sé por qué, no he podido contenerme. Tan concentrada estaba en tu exposición que he bajado la guardia… Algo me ha movido a hablar. Mi soberbia, sin duda. Perdón, padre, mi maestro, mi ejemplo, perdón. Yo solo quisiera darte satisfacciones y paz, y en cambio solo consigo disgustar tu corazón y causarte problemas, perdóname padre por favor.

Hamet escuchaba en silencio, mirando fijamente al vacío ante sí, con una gran aprensión en el corazón. Sabía lo que debía hacer. Sabía que había consumado una época. Que su hija debía abandonar la madraza para no volver. Pero se resistía a decretar un castigo que, en el fondo de su ser, sabía inmerecido, porque era clara como el agua del arroyo más limpio la causa que movía a su hija a conducirse así;

era su propia naturaleza, su más íntima esencia la que le movía, y ahí radicaba el drama que jamás él podría aliviar.

—Sé que no tengo excusa y que no hay perdón para mi comportamiento. Me he portado mal como hija, pero, sobre todo, como alumna y como jurista. Hicimos un pacto, muy claro y preciso. Tú lo has cumplido a la perfección, sin tacha, durante todos estos años, aunque sé lo difícil que ha resultado para ti. He sido yo la incumplidora. Por tanto, me merezco que el pacto quede resuelto y la imposición de una pena. No volveré a la madraza. La indemnización la dejo de tu cuenta.

Dicho esto, sin hacer ruido, como siempre, Alima se levantó y salió de la madraza para no regresar, por el lugar que había venido utilizando durante los años más felices de su vida, en los que tuvo la oportunidad de convertirse en una consumada experta en el *Fiqh,* gracias a las enseñanzas de su propio padre.

Hamet permaneció aún largas horas sentado en su aula, mientras por toda la medina corría la noticia, ahora ya de fuentes dignas de crédito, de que la voz pertenecía a la hija mayor del cadí, que por razones aún no del todo claras se escondía detrás de unas celosías mientras su padre impartía lecciones en la mezquita.

Los rumores, imparables, como Zuhara tantas veces había advertido, siguieron extendiéndose por toda la ciudad y los alrededores durante las semanas siguientes, contribuyendo a aumentar la aflicción del cadí, que desde que se produjo el inusitado acontecimiento no había salido de su casa, presa de unas fiebres tercianas que ningún remedio consiguió aliviar. Pasaba de la ira a la depresión. A veces se levantaba bruscamente del lecho, con intención de dirigirse a la mezquita para pedir la aplicación de los ochenta golpes que se dan a quien difama a una mujer libre. Pero antes de franquear el umbral de la puerta, reparaba en que el remedio de perseguir a los chismosos iba a ser peor que la enfermedad de correr enlenguada de boca en boca. Así que se volvía a su cámara y se hundía en su miseria de padre traicionado y a la vez apenado por la desdicha de una hija y la imposibilidad de reparación, pues el cadí sabía lo rápido que las gentes mancillan el honor de los demás, sobre todo si son de las mejores familias, y la escasa indulgencia que muestran con las faltas, reales o presuntas, de quienes consideran privilegiados.

Alima, por su parte, permaneció todas esas semanas, sumisa y enmudecida, a la vera de su padre, dirigiéndole una mirada bovina y tratando de que tomara los remedios prescritos por el físico. En cuanto a su hermano Muhammad, también tremendamente confundido, desarrollaba su técnica de hacerse invisible, tratando de digerir todo lo que había ocurrido. Y, en medio de todo, Zuhara, la matrona, sintiéndose portadora de la verdad y acreedora de una reparación,

repartía admoniciones a diestro y siniestro. A las hermanas pequeñas sobre las consecuencias de desobedecer a los padres y a la tradición; y a los varones, sobre la irresponsabilidad de dejar que las mujeres se salieran de su sitio y la necesidad de que fueran gobernadas con mano firme.

Pero nada consiguió sacar a Hamet de su postración. Consideraba que había traicionado la confianza de su comunidad, perpetrado un engaño imposible de perdonar. Él mismo se hizo acreedor de las mayores penas. Ni la visita de una delegación de notables, ni las conversaciones con su amigo el físico judío aliviaban su pesar, hasta que el más inesperado de los remedios sobrevino, cambiando la situación y la vida en casa de los Banu Quzman: una propuesta de matrimonio.

Ni la hija ni su padre habían vuelto a hablar de lo sucedido en la mezquita, así que la familia y los amigos tenían ideas bastante vagas sobre los detalles del caso. Lo que ocurrió fue que todas las dudas de Hamet quedaron despejadas cuando en la casa de los Banu Quzman se recibió un lujoso pergamino, cuidadosamente envuelto en una funda de seda, redactado con la mejor caligrafía, que decía lo siguiente:

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus Compañeros, y concédales una paz duradera.

Loores solo a Dios —glorificado sea—. Mi admirado y querido maestro, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Hasan ibn Yafar ibn Quzman, experto en la generosidad y virtudes, único en su especie por sus virtudes y gracias cuantiosas, primer cadí de Sherish, corona de los juristas musulmanes, hombre de mirada clara y de firmes propósitos, preferido de Allah —que Él te dé su apoyo y te recompense por los servicios que prestas a la Umma—. Tu amistad es para mí el bien más preciado, te venero como a un padre, aunque mi edad supera a la tuya. Pido a Allah para que te dé salud, nos salve de la desgracia, nos ponga a todos en el buen camino y selle nuestra vida con felicidad. ¡Que su saludo sea sobre vosotros y también su misericordia y sus bendiciones!

Te saluda desde Iznájar, Abd al-Aziz ibn al-Hasan Musa al-Zakki, como el esclavo a su amo, el servidor a su rey, como la persona perdida en la noche cuando recibe la luz del día, con la esperanza de que te llegue este mensaje, atravesando los obstáculos que nos separan en estos tiempos aciagos en que los politeístas campan a sus anchas por las tierras de Al Ándalus.

Mi señor, tu amistad es para mí un eterno tesoro y el apoyo más firme. No hace falta reafirmar mi sinceridad, lo que tiene para mí la fuerza de la costumbre y la inmutabilidad del instinto, porque bien conoces, maestro, la profundidad de los lazos de afecto que me unen a ti. ¡Allah es testigo!

Como sabes, venerado maestro —¡qué Allah te dé más vida para el disfrute de los musulmanes de tu comunidad!— quise que mi hijo Umar, la luz de mis ojos, el único vástago de mi linaje, asistiera a tu escuela de Derecho, para beneficiarse de tus conocimientos inigualables, como un día hice yo, en época tan lejana como grata al recuerdo, que no puedo evocar sin que acudan lágrimas a mis ojos. En Sherish ha pasado los dos últimos años, con gran aprovechamiento y disfrute, por su parte y por la mía, pues pude apreciar por sus cartas como iban creciendo, parejamente, como debe ser, sus conocimientos y su piedad.

En Sherish hubiera permanecido mi hijo ininterrumpidamente, como estaba planeado, hasta haber recibido de tus manos la *iyâza*, pero Dios sabe más. A resultas de unos acontecimientos extraños, que no he acabado de comprender bien, hace dos semanas apareció Umar sin previo aviso por la casa de su familia, en Iznájar, muy turbado y en estado de salud muy precario. Apenas pudimos sacar de él unas palabras sobre los motivos de su venida y de su lamentable estado, pues tal como llegó se arrojó al lecho y durmió durante muchos días. Poco a poco, con los cuidados de su madre y los buenos alimentos, pudimos recuperar la salud de su cuerpo, pero no así la de su espíritu, pues seguía prostrado, presa de la más negra melancolía.

¡Querido maestro! Umar siempre ha sido una criatura muy especial y delicada. Sobrevivió de milagro a las asechanzas de la infancia y entró en la mocedad con una salud quebradiza y un alma impresionable y sobremanera sensible. Si hubiera tenido más hijos, hubiera cumplido mi deber de padre de arrancarle la hombría a golpes de fusta. Pero de todos los hijos que me ha dado mi esposa, solo él ha sobrevivido, así que no he podido ser todo lo firme que hubiera debido —¡qué Dios me perdone mis flaquezas!—. Su madre no hubiera soportado otra pérdida, pues hasta diez veces quedó preñada sin ver prosperar los frutos de su vientre. Así que Umar ha vivido entre mimos y algodones, como si fuera una doncella, mientras yo miraba para otro lado. Por eso creció y se hizo hombre aislado de los demás mozos de Iznájar, ensimismado en sus lecturas y en su mundo interior, sin amigos ni otra compañía que la de su propia familia.

Siempre supe que Umar encontraría su lugar en el mundo cuando empezara a estudiar el *Fiqh* contigo. Y así fue —¡alabanza a Allah por sus favores, gracias a Él por sus dones!—. Así que podrás comprender mi desazón cuando lo vi regresar, derrotado y sin fuerzas. A punto he estado de perder la vida de la inquietud, no sabiendo de cierto la razón de su vuelta. Finalmente, esta tarde, después de la oración, pidió hablarme a solas, y me ha relatado la más extraña de las historias, más propia de sus aficiones poéticas, que de la prosaica vida de nosotros los musulmanes del oeste.

Me cuenta Umar que el día de su última lección en la madraza, cuando se encontraba completamente concentrado en la búsqueda de una solución adecuada al problema que habías planteado, escuchó de repente una voz como venida del cielo, una voz femenina, joven, bien afinada, verdadera música en sus oídos, tanto por su timbre y calidad, como por la solidez del discurso que sus notas dibujaban en el aire. Inmediatamente quedó prendado de esa voz y hubiera querido seguir allí, sentado, escuchándola encantado hasta el fin de los tiempos, pues cuenta que cayó en una especie de trance hipnótico del que le sacaron tus voces pidiendo que todos evacuaran la sala.

Salió de la mezquita con sus condiscípulos, medio arrastrado por ellos, y comenzó de deambular por las calles de Sherish durante horas, rememorando cada sílaba del discurso, hasta que las fuerzas se le agotaron al amanecer y regresó a la posada donde mora. Mientras reponía las fuerzas en la cocina, los demás huéspedes cotilleaban sobre lo ocurrido en la madraza el día anterior. Contaban que la propietaria de la voz era Alima bint Hamet, la hija del cadí, que se había escondido en la mezquita, a espaldas de su padre, para asistir a sus lecciones. Contaban también que fue tan enorme el disgusto que su comportamiento deshonroso causó a su padre, que este cayó enfermo en ese mismo momento, y tuvieron que llevarlo a su casa en unas parihuelas.

Todos volvemos a Allah. ¡Que Él nos ayude a pasar este tiempo cuyo inicio se acerca a su fin! ¡No hay recurso ni fuerza más que en Allah! Mi hijo salió a las calles, sin haber dormido ni unos instantes, para recabar más testimonios sobre las habladurías que acababa de oír. Y así, entre las versiones de unos y de otros,

pudo formarse la convicción de que efectivamente la voz que le había hechizado pertenecía a tu propia hija, Alima. Tal como lo supo, tomó algunas de sus escasas pertenencias y algo de pan, y salió sin miedo a los caminos para regresar a Iznájar con un deseo irresistible, con un propósito por encima de sus fuerzas, que casi le cuesta la vida.

Mil veces pudo haber muerto, presa de las bestias o de los bandidos, por esos caminos de monte que separan nuestras moradas. Pero ¡alabado sea Allah!, ¡no hay más fuerza que la de Dios!, sus designios son irreversibles, pudo alcanzar su destino sin mayores daños que los que ya te he relatado, con el firme propósito de pedirme que le salvara la vida, solicitando formal y respetuosamente para él la mano de tu hija Alima, en sagrado matrimonio.

Mi señor, tu amistad es para mí un tesoro eterno. Nunca hubiera soñado con atreverme en pedir para mi hijo la mano de tu primogénita, sabedor de la altura de su cuna, de la grandeza de sus méritos y de lo mermado de mi propia condición. Pero cuando Allah quiere que algo se realice, facilita las vías. Y me parece que Él quiere que estos dos hijos nuestros, tan singulares, se unan, si en verdad fue tu hija la que pronunció esas palabras en la mezquita. Aquí en Iznájar también han llegado los rumores, y ello se tiene por cierto. Pero los dos sabemos que las gentes mienten más que hablan, y que la chusma aburrida puede parir las más burdas patrañas.

Me dice el corazón que ambos padecemos dos hijos muy especiales, diferentes, que requieren tratamiento sin duda particular. No se condena a una persona cuya razón flaquea, al contrario, merece perdón, compasión, lástima. Por eso, mi venerado maestro y amigo, ¿me harías el honor de considerar mi oferta? Será un honor para la casa de los Musa al-Zakki acoger a tu hija entre los nuestros y darle las llaves de nuestra casa, para que habite aquí como dueña y señora. ¡Lo juro por Allah y por todo lo que se pueda jurar!

Espero, desde la amistad —que no consentiría en sacrificar un pelo tu santa cabeza—, los mejores resultados de las gestiones del asunto de nuestros hijos. Por favor, te lo ruego, por mi salud, la de mi hijo y la de mi casa, mi muy digno señor, virtuoso y caritativo, hazme saber pronto lo que piensas y no te preocupes por nada. Si esta situación de la ayuda divina para nuestros necesitados hijos, esperada desde hace mucho tiempo, se revela auténtica, entonces empezará la progresión en los favores del Todopoderoso y se reforzarán los lazos con Él.

Tu devoto Abd al-Aziz ibn al-Hasan ibn Abi l-Bassam Musa al-Zakki, cadí de Iznájar, discípulo agradecido que te venera y te quiere, deseoso por verte, que sin parar se acuerda de ti y reza por ti y que da las gracias a este tiempo por haber alumbrado un hombre como tú, en el día de la fiesta del fin del ayuno del año 655.

No pudo Hamet recibir mayor sorpresa: ¡una propuesta de matrimonio para su hija Alima por parte de una familia excelente, de noble cuna! ¡Qué cierto es que los caminos del Todopoderoso son insondables! ¡Y qué grande es su misericordia! De inmediato pensó en tomar el cálamo y redactar una respuesta afirmativa y adecuada. A punto se encontraba de comenzar el encabezamiento cuando reparó en algo que aún no había considerado: Hamet tenía la obligación sagrada de advertir a su amigo y discípulo de las rarezas y de las mutilaciones de su hija. Pero ¿podían tratarse tan delicados asuntos por carta? ¿No sería mejor que se desplazara él mismo a Iznájar para abordar cara a cara el asunto, con padre e hijo?

Tampoco debió dedicar muchos desvelos a la resolución de estas cuitas, porque al día siguiente de haber recibido la carta, el novio y su padre se presentaron en casa de los Banu Quzman, impacientes por su falta de noticias, pues habían pasado muchas semanas desde que la escribieron. En esos tiempos, las cartas llegaban a su destino por derroteros imprevisibles y con frecuencia daban muchas vueltas y revueltas, entre villas y plazas a veces remotas y otras muy próximas, para alcanzar, o no, finalmente su destino. La carta de los Musa al-Zakki salió de Iznájar con una caravana rumbo a Almería, con la esperanza de que un barco la llevara a Algeciras y desde allí a Sherish, pues los caminos de la serranía rondeña rebosaban de bandidos. Pero a la altura de Guadix los arrieros se cruzaron con una recua encaminada a Ronda, y consideraron preferible entregarles a estos la misiva ignorando las prevenciones del emisor. La segunda caravana fue asaltada por bereberes de la montaña a la altura de Antequera y todos los arrieros fueron masacrados. Pero el jeque de la partida sintió curiosidad por el contenido de un mensaje tan lujosamente empaquetado y, considerando que podría ser el camino para acrecentar el botín de esa cabalgada, le pidió al alfaquí de Loja que se la leyera en voz alta.

Cuando el aguerrido y tosco jeque bereber supo la historia, quedó conmovido hasta el borde de las lágrimas. Consideró una señal del altísimo que la carta hubiera llegado a sus manos y se impuso el deber de hacer que llegara a su destino. Con todo, él mismo no podía aparecer por Sherish, ni por Ronda, ni por la mayoría de las ciudades del occidente de Al Ándalus, donde su cabeza tenía un precio, un precio altísimo: una fanega de trigo. Así que encargó a uno de sus esclavos negros de confianza, mudo y eunuco, que la entregara a su destinatario cualquiera que fuera el método que hubiera de emplear.

El eunuco salió del campamento bereber, ubicado en lo más inhóspito de la sierra Tejeda y, siguiendo las instrucciones de su amo, emprendió rumbo al oeste siguiendo la línea de la costa, pero desde las alturas serranas. De esta forma, haciendo una media de cinco millas al día, el eunuco tardó varias semanas en alcanzar la sierra de las Nieves, donde se apartó de la costa y mantuvo rumbo al oeste, atravesando las espesuras más salvajes y agrestes de la Península, en soledad, sin apenas armas ni comida. Pero sin duda el Altísimo guiaba sus pasos, porque finalmente, medio muerto, llegó a Sherish, y consiguió entregar la carta a los guardias de la puerta de Ronda, sin mediar palabra, para encaminarse después directo hacia el sur, al Estrecho, y regresar con los suyos a su África natal, o morir en el intento.

16. Iznájar. 1259

Las bodas de Alima bint Hamet ibn Quzman y Umar ibn Abd al-Aziz Musa al-Zakki se celebraron en Sherish con toda la solemnidad que permitían los tiempos y sus estrecheces, a principios del año 1258. Las mujeres de los Banu Quzman hicieron todo lo posible por exaltar a la novia a ojos de su nueva familia y, sobre todo, de sus suegros. La desposada se adornó con las joyas de oro y plata de su abuela Ruqaya, se vistió con brocados, sedas de Granada y popelinas. Le perfumaron todo el cuerpo, le prendieron el cabello con flores de almendro y le tatuaron con alheña las manos y los pies.

Los matrimonios entre miembros de familias de ulemas constituían un hecho frecuente en la sociedad andalusí, así que la unión de dos linajes de prestigiosos juristas debía haberse considerado un hecho normal y más un negocio que un asunto de sentimientos. Pero nada en esa unión resultaba corriente: las acciones de Alima, su formación jurídica y su inteligencia antinatural, el escándalo en la mezquita de su padre, la escapada de Umar en pleno invierno, atravesando sierras y caminos desolados sin armas, provisiones, ni abrigo… todos estos hechos y otros muchos más inventados por la imaginación de los ociosos, crecían en los corrillos y mentideros, y se adobaban con nuevas anécdotas, a cual más florida e inopinada. Se decía que Umar, que apenas pesaba setenta libras, se enfrentó a un oso en la sierra de Ronda con sus manos desnudas y que lo mató mordiéndole la yugular. Y también que Alima, por su belleza, rivalizaba con las huríes del paraíso. A pesar de que nadie fuera de la familia había visto su rostro desde hacía años, muchos juraban que habían podido contemplarlo cuando, en un descuido, en el zoco, se le cayó el velo. Algunos afirmaban que Alima era una bruja amiga de Iblís, con tan desproporcionada inteligencia que desde que posaba sus ojos en un texto escrito, en cualquier lengua por extraña que fuera, conseguía comprenderlo y memorizarlo para siempre. Y si se hubieran juntado todos los que afirmaban haber asistido a las celebraciones en la casa de los Banu Quzman, habría sido necesario construir una mezquita cuatro veces más grande que la de Córdoba para acogerlos a todos.

La realidad, como suele ocurrir, discurrió por cauces mucho más modestos y prosaicos. Los Musa al-Zakki se presentaron humildemente en casa del cadí de Sherish porque, presos de la incertidumbre al no recibir respuesta a su carta, quisieron formular de viva voz ante el jefe de la familia la petición de matrimonio. Y allí mismo, ante unos vasos de vino de Trebujena y unas almendras fritas, los patriarcas acordaron los detalles y condiciones de la unión, después de conjurar las dudas que ambas partes soportaban respecto a sus propios vástagos.

—Has de saber, mi queridísimo y respetado amigo, que mi hija

Alima padeció en su juventud del mal sagrado que la llevó a causarse severas magulladuras en su cuerpo y en su cara. Por ello, debes decirle a tu hijo, antes de que avancemos en el asunto, que pese a que las formas y los demás atributos de Alima son naturales y gratos a la vista, su rostro, y también algunas porciones de su piel, presentan algunas deformidades. Por eso, con toda franqueza, amigo y colega, si una vez sabido esto no queréis seguir adelante con la propuesta de matrimonio, lo comprenderé, lo aceptaré y nos despediremos en buena concordia, como siempre, pues nada podrá empañar el afecto que siento hacia ti y hacia tu casa.

Cuando escuchó el discurso de su futuro consuegro, el cadí de Iznájar no pudo reprimir un suspiro de alivio, que causó no poca perplejidad en Hamet. Al peticionario, reforzada su posición con esas revelaciones, le resultaba mucho más fácil abrir su corazón para relatarle a su antiguo maestro las peculiaridades del carácter de su único hijo.

—Mi querido maestro. Mi fidelidad y mi reconocimiento no pueden tener ninguna sombra. Hagas lo que hagas, digas lo que digas, no puede ofenderme quien siempre me ha honrado con su afecto. Nada cambiará en mi amor, en mi sinceridad, en mi lealtad hacia ti y hacia los Banu Quzman: ¡lo juro por Allah y por todo lo que se pueda jurar!

Hamet, poco amigo de juramentos, a los que se mostraba muy dado su antiguo discípulo, se revolvió inquieto en sus cojines, pidiendo a su interlocutor sin palabras que fuera al grano.

—Perdóname, maestro, sé que juro demasiado y que eso no es grato a Dios. ¡Alabado sea, no hay más fuerza que la de Allah!… Te agradezco mucho tu sinceridad a la hora de hablarme de tu hija. Lejos de disuadirme, lo que me cuentas me tranquiliza, y ahora mismo sabrás por qué. Mi hijo… mi hijo… ¿cómo podría decírtelo de la manera más justa y precisa, sin incurrir en…? En fin… mi hijo es un joven muy especial. Sobrevivió a la infancia de milagro y su salud siempre ha sido muy precaria; extremadamente delgado y muy bajo, menguado de fuerzas, aunque de mente despierta y viva inteligencia. Tú lo conoces como alumno, pero no sé si la severidad del aula te ha permitido percibir su atípica sensibilidad… a veces, ¡Dios me perdone!, he dudado de su hombría y de su apetencia por las mujeres y me he preguntado si no sentiría inclinación por los muchachos, lo que supone una grave afrenta ante Dios. Nunca mostró interés por la carne mortal y sus exigencias. Creo que no ha conocido mujer. No ha tenido amigos, ni hermanos, ni más compañía que la de las mujeres de la casa y la mía propia. A pesar de ello ha sido feliz, rodeado de libros y buscando la compañía de ulemas y personas piadosas. Es muy escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, cada día hace cien prosternaciones, con frecuencia llora cuando escucha los

sermones en las mezquitas y evita todo lo reprensible… Sé que protegerá y respetará a tu hija, como yo mismo. Empeño en ello mi palabra.

Hamet se quedó un rato cabizbajo, sopesando las revelaciones del padre del pretendiente. En realidad, aunque llevaba dos años asistiendo a la madraza, Hamet apenas había reparado en Umar; con tantos alumnos y tantas preocupaciones ¿cómo fijarse en un muchacho tan tímido? No había notado ni su escasez de fuerzas ni su sensibilidad enfermiza, mas sí lo agudo de su inteligencia, su timidez y modestia. Un escuálido afeminado no resultaba el mejor regalo que un padre puede esperar para su hija mayor, pero ¿qué otra opción tenía? Dios parecía haber dispuesto este enlace.

—Amigo… creo que lo mejor será dejar que los jóvenes se conozcan, que hablen en privado, con el debido recato, y que ellos mismos decidan libremente. Sé que no resulta ortodoxo, pero dadas las peculiaridades de ambos, creo que es lo mejor que podemos hacer. Que Allah, ¡no hay más fuerza que suya!, les ayude a elegir el camino correcto.

—¡Alabado sea el que no tiene compañero! Sus secretos son irreversibles… e insondables… Que así sea.

Umar y Alima recordarían durante toda la vida su primer encuentro. Los Banu Quzman despejaron para ellos la biblioteca de la familia y se retiraron a otras dependencias para dejarles la necesaria intimidad. Así se concibió aquel primer encuentro, aunque ninguna de las dos madres se mostraba conforme con la solución. Sobre todo Zuhara, sabedora de que su hija era poco convencional, quería mostrarse en todo acorde con las arraigadas tradiciones matrimoniales de la *Umma* y dejar claramente sentado ante su consuegra la enorme fortuna que representaba emparentar con un Banu Quzman de Sherish.

—Déjalos solos, mujer —le dijo Hamet—. Son buenos muchachos y no harán nada indecoroso entre los tabiques de esta casa, a unos codos de sus padres. ¿Es que no puedes ni por un día obedecer cuando te hablo?

Zuhara tuvo que contenerse para no empezar a gritarle a su esposo, en presencia de desconocidos, tantos reproches acumulados por los caprichos que consentía a su hija. El peor, su instrucción. Y después era ella la que mimaba a sus niñas. Sí, les consentía en asuntos menores… paños, telas, abarcas… Pero nada en lo principal, que nunca alguna de ellas recibió de su boca una consigna contraria a la religión y a las buenas costumbres. No. No era ella la consentidora, sino el inconsciente de su esposo.

—Tu cumples con tu responsabilidad en esta casa, esposo. Y yo con la mía. Mi hija no se quedará a solas con un extraño bajo mi propio techo porque ese comportamiento no puede considerarse decente y

quien se manifieste contrario a esto, sea cadí o no, incurre en pecado y traspasa la puerta de la impiedad.

Hamet elevó los brazos al cielo y masculló un juramento entre dientes… Aprovechando la coyuntura, la madre de Umar también se quedó detrás de las celosías, para asistir en silencio a la entrevista de los potenciales novios.

Fiel a la promesa que se había hecho a sí misma, Alima se quitó el velo de la cara y mostró el rostro a su pretendiente; tal como lo hizo, rompió en sollozos y bajó la cabeza, avergonzada. En la piel blanquísima de su cara, jamás expuesta al sol, destacaba la rojez y el relieve de dos grandes cicatrices. Una de ellas corría desde la sien derecha hasta la base de la nariz, atravesando el párpado y condenando a ese ojo a permanecer siempre medio cerrado. La otra cortaba la mejilla izquierda en sentido horizontal, desde la oreja hasta el labio, que aparecía hendido como si fuera leporino. La muchacha se tapó con las manos, hasta que Umar, con delicadeza, le asió por las muñecas y las bajó de nuevo.

Pese a los temores de la muchacha, la contemplación del semblante tan largamente añorado no decepcionó a Umar; todo lo contrario. Habiéndolo dibujado y desdibujado mil veces en su mente, el joven venía dispuesto a golpearse contra un muro de belleza y ninguna herida, cicatriz o realidad iba a desmontar su deseo. Él ya había construido una imagen ideal de su amada y lo que ahora contemplaba no difería demasiado de ella.

—Alima… No llores…

—¿Pero es que algún hombre podrá querer a una esposa así? Mírame bien; soy un monstruo.

—¡Cómo puedes decir eso? ¿Por unas cuantas mataduras? A mis ojos no te afean, debes creerme. Tus cicatrices… ¡considerémoslas como un tercer velo que te aparte de las miradas de los hombres! El primero el de tu natural pudor; el segundo, el que ordena la tradición para toda musulmana piadosa. Y el tercer velo, Alima mía, el tercer velo que te protege se ha tejido con tus heridas… Así serás más mía, solo mía… y no moriré de celos.

—Pero…

—Calla. No me interrumpas. Soy de natural lacónico, pero hoy siento un torrente de palabras que quiero decir… Cierto es que tienes un ojo deformado. Pero Dios en su sabiduría nos dio dos y no puede haber en el mundo otro más perfecto que ese verde tuyo, de mirada pura, con sus perfectas pestañas, que resplandece en tu rostro como una estrella que casi inflama… Y puede que tu labio superior luzca una cicatriz extraña, pero desde aquí se puede apreciar la tersura y humedad de tu labio inferior y tus dientes reidores… ¡Dios se apiade de mí! Ante tanta belleza… me siento abrumado…

Zuhara, que a pesar de las advertencias y reconvenciones de su marido vigilaba la entrevista detrás de las celosías, junto a su futura consuegra, dio varios golpecitos de advertencia en las maderas, y los jóvenes, inadvertidos, dieron un respingo. Pero una vez que quedaron abiertos los diques de la confianza, ya nadie podría contener las emociones que ambos sentían y que buscaban desbordarse.

Alima, como toda muchacha musulmana de su clase, apenas había tratado con hombres extraños. Sus únicas experiencias sobre el cortejo se habían consumado en las calles, en las explanadas de las mezquitas, en los mercados… unos confusos intercambios de miradas furtivas, de rápidos gestos de coquetería escamoteados a su madre o a sus carabinas, lanzados a muchachos de su edad y su gusto. Por eso ahora saboreaba cada palabra que escuchaba, mientras el corazón martilleaba fuertemente contra la coraza del pecho.

—Sigue Umar ¡por tu vida!… me hace bien todo lo que dices, aunque no sea cierto…

—¿Qué no es cierto? ¡Lo juro por Dios y por todo por lo que se puede jurar! —Sin darse cuenta, el muchacho recurría al juramento preferido de su padre.

—En esta casa no se jura, Umar…

—Pues entonces no juraré, que detrás del nombre de Dios no queda nada que añadir… Alima. No sé nada sobre muchachas, ni sobre el amor cortés. Pero en estas últimas semanas he releído *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm, con otros ojos. En esa obra he encontrado las palabras y el valor para decirte todo lo que te digo, y mucho más que he memorizado, si me dejas…

—Te dejo. —Insistió Alima, que apenas podía pronunciar las palabras de la presión que sentía en la boca del estómago.

—Alima… desde que lo supe, tu nombre no se me escapa de los labios. ¿En cuál de tus cualidades no hay perfección? Para mí representas la bondad pura, la belleza suprema, la gracia absoluta, la dulzura inalterable… No necesitas llevar amuletos colgados, ni zarcillos de perlas, ni pintura en los ojos… Solo el recuerdo de tu voz me dejó insomne durante semanas, con el corazón alterado… Pero ahora que por primera vez he contemplado tu rostro, la nobleza de tus maneras, tu forma de sentarte, tu recto discernimiento, la pureza de tus sentimientos… he quedado definitivamente herido de muerte… He comprendido que no he sido creado para otra cosa que para servirte y veo en ello la mano de Dios.

Sin poder contenerse, Umar cogió la mano de Alima y se la llevó a los labios. La muchacha dio un respingo, mientras el corazón le subía a la garganta, pero no la apartó. Detrás de las celosías, este gesto no fue advertido o fue convalidado por la limpieza de las intenciones de los amantes.

—Esta mano existe para ser besada, y ennoblece todo lo que toca… en ella cualquier copa es más hermosa que la del rey Salomón… Dios repartió lo bueno equitativamente y dirigió todas las cosas hacia el objetivo de la perfección, pero a ti te hizo ya perfecta…

Alima escuchaba extasiada las palabras de su novio, mirando fijamente el movimiento de sus labios, el parpadeo de sus ojos y los gestos de su cara como una serpiente sigue la flauta del faquir, sin perderlo de vista. No quería que se acabara nunca ese momento. Le daba igual morirse en ese preciso instante: todo era demasiado extraordinario para que la realidad de la vida lo estropeara.

—Sigue Umar, te lo ruego. Pareces leer en mi corazón…

—Eso es porque Dios aprueba nuestra unión. Hay un *hadiz* que dice: «Cuando un hombre mira a su esposa y ella lo mira, Dios posa sobre ellos una mirada de misericordia. Cuando el esposo toma la mano de su esposa y ella le toma la suya, sus pecados se van por los intersticios de los dedos. Cuando él cohabita con ella, los ángeles los rodean de la tierra al cénit. La voluptuosidad y el deseo tienen la belleza de las montañas. Cuando la esposa queda preñada, su retribución es la del ayuno, la de la oración y la de la guerra santa».

La muchacha se ruborizó hasta el tuétano, pero no bajó la mirada. Al fin y al cabo, era una Banu Quzman, y no podía callarse:

—Qué raro que no conozca ese *hadiz*. ¿Seguro que no te lo has inventado tú?

El parlamento se prolongó durante toda la tarde. Las ancianas vigilantes derramaron torrentes de lágrimas, dando gracias a Dios sin articular palabra. Ya se acercaba la hora de la oración y el tiempo fijado por Hamet para el fin de la entrevista, así que los jóvenes se disponían a levantarse, cuando, de repente, Alima se sentó de nuevo, y con los ojos bajos le dijo:

—Umar, espera. Hay algo que debes saber…

Las dos madres se sobresaltaron detrás de las celosías. Una se escandalizó y la otra fingió estarlo, cuando Alima le relató a su esposo que no se encontraba ese día en la mezquita a escondidas del cadí, sino en concierto con él. Que llevaba años estudiando el *Fiqh*, con el consentimiento de su padre. La madre de Umar ya no pudo soportarlo más y se levantó para salir de su escondrijo, seguida por la avergonzada Zuhara que, una vez más, maldijo al insensato de su esposo.

—Umar ¿me dejarás que siga estudiando el *Fiqh*? Para mí no hay nada más importante. Solo quiero seguir aprendiendo y, quizás, escribir alguna obra, un compendio, un tratado, no sé. Siento la necesidad de asentar por escrito todo lo que he aprendido con mi padre.

Umar se quedó un rato pensativo. Esa muchacha suponía una fuente

inagotable de sorpresas. Pero ¿cómo podría no desear que fuera su esposa?

—Si tu padre, el honorable Hamet ibn Quzman, la luz del islam, te dio su consentimiento, ¿quién soy yo para enmendar su resolución? En mi familia presumimos de amplitud de miras, nuestra aspiración continua ha sido la búsqueda de la ciencia inspirada en el apetito de saber y en el temor de Dios… Si quieres, podrás seguir estudiando, conmigo, que falta me hace… Y en cuanto a escribir… si te parece bien, escribiremos esas obras juntos.

Alima, pensando que ya no resultaba posible experimentar más felicidad, se sintió al borde del desvanecimiento. No pudo articular ni una palabra más; se limitó a inclinar la cabeza a modo a asentimiento, con las mejillas ardiendo de la emoción y sintiendo misteriosa y vivamente como si ambos se hubieran conocido desde siempre.

Las celebraciones no fueron tan fastuosas como se dijo en los mentideros. Los ociosos contaban que el cadí dotó a su hija con unos zarcillos de dos perlas engastadas del tamaño de un huevo de paloma y mil piedras de jacinto, y que en el velo de la novia se incrustaban cientos de esmeraldas; que se sacrificaron quinientos corderos lechales y que había una pirámide de turrón de almendra, todo servido en platos de oro y plata, que las paredes se cubrieron con tapices tejidos con oro y las salas se iluminaban con enormes velas de ámbar y hachones encendidos… Todo falso, pero lustroso en la imaginación del vulgo, siempre inclinado a la envidia y a la exageración. La ceremonia, por el contrario, discurrió acorde con los tiempos y con el talante de dos familias de la nobleza del cálamo, por origen y naturaleza discretas; un acto modesto pero suficiente para Zuhara, que sintió con el casamiento de su hija un enorme alivio. Todo resultó mucho más que suficiente para Alima. Ese día, en su fuero interno se sentía como la única mujer del mundo, como el eje del universo.

Escrupulosa hasta el fin, la orgullosa madre pudo por fin cumplir el papel que su sociedad le tenía reservado, explicándole a su hija, justo antes de la ceremonia, las verdades de la vida.

—No te olvides, mi lucero, que el hombre tiene derecho a usar tu cuerpo como y cuando quiera, ya sea sobre el borde de un brasero ardiendo o sobre la albarda de un camello. Cuando un marido pide a su mujer que vaya con él y esta se niega, los ángeles la maldecirán hasta el amanecer. No caigas en ese error. Disfruta de tu cuerpo y del suyo, pero jamás rechaces a tu marido. Porque si lo haces le arrastrarás a la fornicación y al adulterio. Pero ¡cuidado! No permitas que te tome cuando estáis de pie, ni lo hagáis con la cabeza o el trasero en dirección a La Meca…, eso por nada del mundo.

Alima escuchaba pudorosamente, fingiendo un interés que no sentía, pues ya sabía todo lo que debía saberse sobre ello, aprendido

en conversaciones con amigas y esclavas, en las fuentes y en las mezquitas, en los lavaderos y en los baños. Por mucho celo que pongan las madres en vigilar el pudor de sus hijas, estas siempre encuentran resquicios en la barrera.

—Y cuídate también mucho de exponerte a ojos de extraños. Si como hija tu deber era ser discreta, ahora debes volverte invisible. Al fin y al cabo, necesitabas casarte y por ello algo de vida social resultaba imprescindible. Pero, a partir de hoy, tu lugar es tu casa, la casa de tu esposo, de tu suegro. Debes encubrir en todo momento tu femineidad, como corresponde a la depositaria del honor de la familia, sin vestir materiales finos que muestren tus formas. La calle es la patria de los hombres y el hogar la de las mujeres. Una mujer bien nacida no conoce más que la casa de su padre y la de su marido. Procura no salir a la calle. Y, si tienes que hacerlo, por razón grave, has de convertirte en una sombra a la que no se pueda tocar.

La madre vertía su discurso con enorme convicción, a pesar de que ella misma no cumplía las directrices que recomendaba a su hija, porque a Zuhara le gustaba callejear, ir al zoco, discutir con los vendedores, frecuentar los baños… comportamientos todos ellos poco adecuados para la esposa del cadí mayor de la ciudad, a los que su marido sin embargo no ponía coto. Con todo, Zuhara sabía que su propia conducta era impropia de una matrona honorable y, sin pudor, se la recomendaba a Alima.

—Y cuando tengas hijos varones, que Dios quiera sea pronto y que sean muchos, tenlos contigo hasta la pubertad y enséñales todo lo que puedas. Pero desde el momento en que detectes en el varón deseos de mujer, apártalos de ti y de sus hermanas, no les dejes entrar en vuestras habitaciones. De esa manera no podrán aprender las malas costumbres de las mujeres y evitarás que se vuelvan afeminados.

También le dictó Zuhara los consabidos consejos sobre la llevanza de una casa que formulan todas las madres musulmanas.

—Debes ser sumisa con tu marido, complacerle en todo, pero firme con las esclavas y los criados. De lo contrario, se aprovecharán de ti. Usa el látigo, si es preciso, pero con moderación: no olvides la obligación que tenemos los creyentes para con los seres vivos que poseemos, sean animales o esclavos, de darles un buen trato y de no cargarles con trabajos que no puedan soportar.

La muchacha seguía sin escuchar nada que no supiera ya. Mas su corazón dio un vuelco cuando su madre le expuso la última de sus admoniciones.

—Y no olvides que ahora la familia de tu esposo es ya la tuya. A partir de mañana, dejarás de ser una Banu Quzman.

Finalmente, la joven pareja y sus padres regresaron a Iznájar, acompañados por una fuerte escolta costeada por los Banu Quzman.

Al despedirse de ella, Hamet no pudo reprimir sus lágrimas. Su hija… resplandecía más bella que nunca. Y se mostraba completamente feliz, a pesar de la distancia que ahora iba a separarlos para siempre. Pero nada puede oponerse a los designios de felicidad de una mujer enamorada. Voluntad, pura voluntad era la muchacha desde que dio sus primeros pasos. Y armada con tan potente arma salió al mundo dispuesta a luchar con quien hiciera falta para labrarse su camino, el suyo y el de su camada.

Al regresar, el capitán de la escolta contó a Hamet que habían sido seguidos, durante el viaje de ida, desde las alturas, por una partida de bereberes, pero aun así, no fueron atacados, sin duda por la ferocidad de sus tropas.

Hamet, que pensaba que el capitán en realidad urdía cuentos buscando una buena propina, se la dio sin rechistar y dio por cerrado el asunto.

La pareja se afincó en Iznájar, donde Umar habría de suceder un día a su padre como cadí. Hamet no volvió a ver a su hija hasta finales de 1259, cuando acudió a esta villa para asistir a la circuncisión de su nieto, al que habían puesto por nombre —en contra de la arraigada costumbre andalusí— Hamet, el del abuelo materno.

Desde que se casó, Alima dejó de ser asunto suyo. Había pasado a formar parte de la estirpe de su marido. Pero se trataba de su primer nieto y Hamet se concedió a sí mismo el capricho de cruzar buena parte de Andalucía para asistir a tan grato acontecimiento. Además, la familia de su hija le había hecho un enorme honor dándole al primer nieto el nombre del abuelo materno, y él quería corresponder presenciando la ceremonia. Fue solo, acompañado de una modesta escolta; en tiempos tan turbulentos, la discreción y la rapidez suponían las mejores armas para escapar indemnes en caso de necesidad. La peligrosidad de los caminos hacía desaconsejable viajar con mujeres y con mucha impedimenta, por eso el cadí zanjó las protestas de las hermanas de Alima y partió sin despedirse de una Zuhara ofendida, que fingía un enfado que no sentía para cobrarse agravios pendientes, porque en modo alguno sentía realmente deseos de poner su vida en peligro para visitar a la nueva familia de su hija. Como le ocurría con frecuencia, la mujer consideraba excesiva la emotividad de su esposo, una debilidad del alma, fruto de una niñez consentida.

Como cabía esperar, la fiesta desbordó todas las previsiones. Resultó difícil acumular tantos regalos. Se trataba del primer nieto de los Musa al-Zakki y se festejó al varón como a un príncipe. El orgulloso abuelo mostraba a todo el mundo los genitales del niño, que sus tías y primas, más o menos lejanas, no paraban de pellizcar y cosquillear. No fue menor la emoción del abuelo materno. Un torrente de lágrimas

derramó, causando murmuraciones de todos por lo desusado de su comportamiento. Para Hamet, que el crío fuera un Musa al-Zakki y no un Banu Quzman era lo de menos: en cualquier caso, interpretaba la nueva vida como una bendición divina. No podía sentir más felicidad, no solo por la perpetuación de su sangre, sino porque pudo contemplar por sí mismo a su hija preferida rebosante de dicha, en plenitud, más hermosa que nunca, como si la maternidad la hubiera dotado de la dosis adecuada de madurez, equilibrando sus formas y completando una obra de arte que ahora resultaba perfecta en su esplendor. Y no solo había florecido su belleza, sino que por fin parecía la muchacha haber hallado paz, el contento con su suerte, de modo que junto con su aspecto externo también habían mutado sus maneras, su mirada y hasta su forma de expresarse, hoy más tranquila y serena. El orgulloso padre pudo comprobar que Alima se había convertido en la admirable mujer que prometía ser desde pequeña, después de haberse desprendido de su insatisfacción, su inquietud y su nerviosismo.

En la fiesta de la circuncisión de su nieto, a pesar de los esfuerzos que los anfitriones ponían en evitarlo, las conversaciones se dirigían indefectiblemente a los mismos asuntos que preocupaban en todas las ciudades andalusíes en esos momentos. Poco a poco, como una lluvia suave, las gentes de Al Ándalus asistían al imparable proceso de cristianización que empezaba a convertir los pactos de vasallaje en papel mojado. Si no se paraba la tendencia, los musulmanes se enfrentarían a un destino inevitable de muerte o exilio, al fin de su civilización. Todos lo sabían, pero nadie encontraba la manera de evitarlo, y cada vez más familias seguían optando por emigrar al África, considerando preferible la incertidumbre de una tierra extraña que la peligrosa vecindad de los cristianos.

Quizás peor que el incumplimiento de los pactos de tregua en relación con los inmuebles, fueron las agresiones legislativas al honor de los musulmanes que se produjeron por estos años. Porque el rey Alfonso rescató y desarrolló antiguas leyes relativas a la convivencia entre las diversas comunidades, promulgadas en tiempos del rey Fernando, que habían caído en el olvido o se aplicaban ya con escaso vigor. Así, en las cortes de 1258 se formuló un cuaderno respecto a los moros del reino, en el que se ordenaba que estos «anden çerçenados en derredor o el cabello partido sin copete, e que trayan las barbas luengas como manda su ley». También se proveía que ningún cristiano tuviera acreedor musulmán, ni judío, ni tampoco al revés, bajo pena de pérdida de la cantidad adeudada que habría de repartirse a medias entre el denunciante y la corona.

El rey, piadoso en extremo, puso gran cuidado para que las diversas comunidades religiosas del reino hicieran vidas separadas, a fin de que

no se contaminasen mutuamente. Por eso prohibió que un cristiano habitara la misma vivienda que un moro, mora, judío o judía, o que les sirviera o que criara a sus hijos. Las moras y judías tenían también prohibido amamantar con su leche al hijo de un cristiano y hasta alimentarle de alguna manera.

Estas leyes en poco diferían de las que operaban en el territorio bajo soberanía mora respecto a los cristianos y judíos, porque desde que llegaron a la Península, los musulmanes habían aplicado a cristianos y judíos normas semejantes, e incluso más severas. Los islamitas no apreciaban en ello injusticia alguna, sino todo lo contrario; la obligación de sumisión a la ley musulmana que se exigía a los no creyentes, a los *dimmíes*, era pura manifestación del orden natural de las cosas. Según su creencia, Dios se había revelado a Muhammad, que trajo sus albricias y advirtió a los hombres de la necesidad de regresar a la religión, por última y definitiva vez, como si fuese una antorcha resplandeciente, sellando el camino profético para que los musulmanes dominaran el mundo y llevaran la verdad, la palabra de Allah, a todos los rincones de la tierra. Las únicas alternativas para los no musulmanes eran la conversión, el pago de impuestos o la muerte. Pero quedar ellos mismos sometidos en su propia tierra a leyes que los colocaban en posición similar a la que ellos imponían a judíos o cristianos les parecía el colmo del deshonor.

Este goteo constante de agresiones castellanas provocaba el temor en los andalusíes, abocados a aceptar un destino de vasallaje, como sus hermanos de Córdoba o Sevilla, o bien de emigración, opción que elegían muchos de ellos, sobre todo las clases dirigentes y los más pudientes, por ser los que más tenían que perder en caso de invasión cristiana. Mientras, los musulmanes del común se sentían traicionados por los notables, tanto por los que se quedaban como por los que se iban. Porque con frecuencia las familias más ricas de Andalucía se mostraban dispuestas a pactar con los castellanos a cambio de mantener sus riquezas y algunas de sus prerrogativas. Muchos de los jefes musulmanes que se quedaron consintieron la compra de tierras de los musulmanes por parte de cristianos, emitiendo las debidas autorizaciones, contrarias a los pactos de capitulación. Los jeques afirmaban que se vieron obligados a aceptar porque la alternativa era su destitución, pero olvidaban mencionar que las cantidades se las embolsaban ellos, que las prebendas solo caían en sus manos, que los trabajos y las penurias, que las mayores humillaciones, las padecían los humildes. Una vez más, la historia del hombre desveló hasta qué punto resulta fácil al poderoso el enemigo, y cómo las consecuencias de sus acuerdos suelen pagarlas otros.

17. Al Ándalus. Mayo de 1261

Con ocasión del aniversario de la muerte del rey Fernando, en mayo de 1261, su hijo organizó celebraciones nunca vistas. Una ola de piedad se apoderó de la baja Andalucía. En Sevilla todas las tiendas cerraron sus puertas, los mercaderes suspendieron el tráfico y hasta dejó de cocerse pan en las tahonas, en medio de una atmósfera de total recogimiento, poco habitual en la bullangera ciudad. Una marea de sevillanos y forasteros se dirigió en procesiones diversas hacia el sepulcro del conquistador de Andalucía, en Santa María la Mayor, la antigua gran mezquita construida por los almohades, formada por diecisiete naves separadas por arquerías de doce vanos, para ganar las indulgencias concedidas por los pontífices.

Alrededor de la tumba del rey, cincuenta caballeros de alcurnia hicieron guardia permanente y otros tantos en las capillas que la rodeaban. Cien caballeros más, mandados por el sultán de Granada, rodeaban con sus enormes cirios el gran mausoleo.

Multitud de veteranos de las guerras andaluzas visitaron el sepulcro de su antiguo caudillo, el monarca batallador que amplió su reino desde el mar de Santander al mar de Cádiz.

Todas las grandes ciudades enviaron sus pendones para depositarlos ante los restos de Fernando. De Jerez partieron los notables, encabezados por Hamet ibn Quzman. El rey Alfonso acababa de confirmar su puesto de cadí mayor de la villa, tras recabar informes precisos de espías y cómplices.

Durante el largo y pesado camino de regreso, demorado por una intensa lluvia primaveral, Hamet iba pensando en las últimas vicisitudes de la familia y de la política, sumido en un pesimismo que últimamente le acometía cada vez con más fuerza. Y ello a pesar de que los Banu Quzman parecían bendecidos por el Altísimo y capeaban los temporales sin daños mayores. E incluso habían asistido a nuevos acontecimientos felices, como fue la boda del primogénito, Muhammad.

El casamiento de su hija mayor y la llegada del primer nieto confirmaron al flamante abuelo que había llegado la hora de casar a su hijo, que acababa de franquear los veinte años y había recibido recientemente la *iyâza* de su propio padre. Sus aptitudes intelectuales, aunque no tan excepcionales como las de su hermana, resultaban más que suficientes para desempeñar con dignidad el cargo de cadí en cualquier villa musulmana. Sin embargo, su padre trazó para él otros planes; en estos tiempos tan agitados, Hamet prefirió que permaneciera en Sherish, como su ayudante. Sabedor de que tarde o temprano habrían de emigrar, el patriarca quería mantener a la familia reunida, a la espera de encontrar el momento adecuado para

partir.

El examen de la *iyâza* de Muhammad ibn Hamet fue motivo de abundantes murmuraciones en el mundillo de los juristas jerezanos y contribuyó a mermar el crédito del candidato como juez en ciernes. La verdad es que el cadí mayor planteó un examen muy fácil a su hijo.

—Muhammad ibn Hamet… dime… ¿En qué casos puede la esposa pedir el divorcio legítimamente de su esposo?

El aterrado muchacho, que se temía una cuestión mucho más difícil, fue presa del nerviosismo, y tardó en contestar.

—Maestro… el esposo tiene la obligación de satisfacer sexualmente a la esposa… si el marido no es capaz de tomarla al menos una vez cada cuatro meses, la esposa puede iniciar el procedimiento de divorcio.

—Y, dime… Muhammad ibn Hamet… ¿Cuál es el sentido de esa regla?

—Una mujer sexualmente frustrada se sentirá tentada a cometer adulterio, lo cual llevaría al desorden y al caos social. Y el amancebamiento confunde las descendencias y corrompe la especie humana, tal y como lo hace el homicidio.

El cadí asintió con la cabeza y planteó otra pregunta, aún más sencilla.

—Dime… Muhammad ibn Hamet: ¿qué pena corresponde, según Ibn Abi Zayd al-Qayrawani, a quien ofenda al Profeta de Dios, que Dios le bendiga y le dé la salvación?

El muchacho no salía de su asombro. Hasta un niño podría responder a eso, sin saber quién era el famoso jurista de Qairuán.

—En la *Risala fi-l-Fiqh* el famoso maestro afirma: «El que ofenda al Profeta de Dios, que Dios le bendiga y le dé la salvación, será ejecutado sin aceptarse su arrepentimiento, y si el ofensor es un *dimmi* con injuria que no implique infidelidad, o si ha ofendido a Dios, que sea por siempre bendito y alabado, con injuria que tampoco implique infidelidad, será ejecutado, a menos que abrace el islam».

Por último, el cadí formuló una pregunta algo más difícil —los efectos del matrimonio de una esclava que se casa fraudulentamente alegando ser libre—, pero Muhammad estaba ya tan tranquilo que la contestó sin dificultad.

—En tales casos, maestro, la esclava podrá ser retomada por su señor, el cual también podrá exigir el valor del niño que la esclava haya podido tener desde el día en que se pronuncia la sentencia a su favor. Algunos dicen que puede recuperarla a ella y al valor de la criatura, mientras que otros señalan que solo tiene derecho al valor de la madre, a menos que elija el precio en venta, que le deberá pagar al tratante que la haya vendido. Si está en manos del tratante, este tendrá pena de fornicación, y su hijo será esclavo del legítimo

propietario, juntamente con la madre.

Con o sin escándalo, Muhammad recibió su *iyâza* y ya estaba habilitado para ganarse la vida como alfaquí. El paso siguiente era el matrimonio, aunque la consecución de un buen casamiento para un joven de la nobleza del cálamo tampoco se presentaba exenta de dificultades, ante la falta de candidatas de igual condición. Pero en modo alguno esos obstáculos podían compararse a los que suponía el matrimonio de una hija. En cualquier caso, ese papel le correspondía a Zuhara, ya que sería ella la que tendría que lidiar con su nuera. Al fin y al cabo, pensaba Hamet, para procrear y llevar una casa basta con una inteligencia mediana y buena salud. Garantizados el pudor y la honorabilidad de la muchacha, lo demás resultaba secundario y quedaba enteramente en manos de su esposa.

Muhammad se había convertido en el hombre dócil y de buen carácter que apuntaban sus maneras de juventud; discreto, tímido, no demasiado agraciado y de escasas fuerzas y envergadura en comparación con sus hermanos. Ali, cuatro años más joven, era mucho más alto y más fuerte, e Ismail, el benjamín, un prodigio de la naturaleza, capaz a sus catorce años de subirse de un salto al más grande de los rocines y someterlo a su voluntad con la sola fuerza de sus muslos, para cabalgarlo a pelo durante horas.

Las gestiones de Zuhara pronto obtuvieron fruto. Consiguió para su hijo una doncella apenas núbil, de razonable belleza, modesta, sencilla y de no baja extracción. Hija de un próspero comerciante de pieles —curtidor dirían algunos—, aunque Zuhara se negaba a emplear ese término, aportó una buena dote que su padre satisfizo sin rechistar, agradecido por la suerte de emparentar con los Banu Quzman.

Muhammad, acorde con su condición, se mostró dispuesto y contento de contraer matrimonio con la moza escogida por sus padres. Y esta vez, para tranquilidad de Zuhara, todo se llevó a cabo de acuerdo con lo que manda la tradición, sin aventuras ni novedades. De acuerdo con los usos canónicos, Amat al-Aziz bint Abi Muhammad conoció a su marido el mismo día de los esponsales y quedó más que satisfecha con su porte, sus formas y sus maneras educadas. Acostumbrada a un ambiente mucho más modesto, la casa de los Banu Quzman le pareció el palacio de Harun al-Rashid, y no le costó habituarse a la autoridad rígida pero no insoportable de su suegra.

Mientras tanto, el otro Muhammad de la familia se estaba convirtiendo en un personaje de leyenda. No había regresado a Sherish, ni siquiera por las nupcias de su sobrino homónimo, porque en la villa ya todos sabían, cristianos incluidos, de sus actividades en las montañas. Mantuvo primero una guerra de guerrillas, con unos pocos partidarios, en las serranías de Ronda, contra cristianos, bereberes bandidos y granadinos, así que no faltaron enemigos

dispuestos a cobrarse su cabeza. Después se perdió su rastro por la zona, aunque se dice que andaba por Guadix, con los Banu Askilula, pero nada sabía Hamet de seguro, pese a que por las esquinas de Sherish se relataban sus innumerables hechos de guerra y de piedad.

Por aquellos años, la situación política en Al Ándalus resultaba muy confusa. La única autoridad musulmana que conservaba una soberanía casi plena era el señor de Granada, Banu al-Ahmar, vasallo de Alfonso. Fuera de sus dominios, los musulmanes vivían sometidos al control directo de los cristianos, ya fueran castellanos o aragoneses. Sin contar con la actividad de algunas guerrillas, como la de Muhammad ibn Quzman, y las habituales partidas de bandidos de todas las religiones, la situación parecía estabilizada.

Con todo, las intenciones de los castellanos se hacían cada día más evidentes para quien quisiera verlas. Hamet sabía que la situación de calma aparente no podía durar mucho. ¿Cómo interpretar, si no, que el rey hubiera creado recientemente un nuevo cargo militar, elocuentemente denominado *adelantado mayor* de Andalucía? Un cargo que ocupa uno de los guerreros más competentes del reino: Pedro Ruiz de Olea. No… Hamet no podía engañarse: los designios centralizadores de Alfonso resultaban cada vez más nítidos e iban dirigidos tanto a los territorios de la Castilla antigua como a sus nuevos dominios. El rey quiere controlarlo todo, regular desde su corte cada aspecto de la vida de sus súbditos: una pretensión con la que ningún otro monarca español se ha atrevido antes. Y considera la situación actual como algo meramente provisional, un estado transitorio hasta que pueda ejecutar su auténtico programa político, más ambicioso que el de su padre.

La actitud osada del rey Alfonso no podía sorprender a nadie. Castilla era un reino cada vez más poderoso, cuya amistad pretendían soberanos de todas las latitudes. Y no solo cristianos. En 1260, para escándalo de los musulmanes del Magreb, que lo consideraron una agresión, el sultán de Egipto envió a la corte de Alfonso en Sevilla una nutrida embajada con protestas de amistad y valiosos regalos: sederías, caballos de raza aparejados con abrazaderas de oro macizo… El día previamente pactado, la misión que llevaba algunos días acampando en la Cruz del Campo, entró por la puerta del Alcázar, causando el pasmo de todos los que contemplaron tan inusitado espectáculo. Los regalos del sultán del Nilo iban expuestos en carromatos descubiertos, provocando la codicia de miles de ojos. Pero lo que fue recordado durante años en Sevilla fue la procesión de extraños animales nunca antes vistos por estas tierras: un hermoso asno blanco listado de negro y una bestia altísima de cuello interminable que decían se llamaba *a*çorafa.

Los musulmanes de Al Ándalus contemplaban el creciente poderío

de Castilla con aprensión, pero sabiendo que no podían oponerse. Por sí solos, carecían de fuerza frente a las armas castellanas. Como el resto de los andalusíes, Hamet no cesaba de rumiar cuándo emigrar y, sobre todo, a dónde. Temía que la emigración al norte de África pudiera representar una escapatoria solo provisional.

Porque se sabía que el rey Alfonso preparaba la conquista del Magreb. Llevaba meses negociando con el papa Inocencio IV la predicación de una *cruzada de allende* y había logrado la autorización de Roma para erigir nuevas sedes episcopales en el territorio que arrebatara a los musulmanes y para percibir el correspondiente diezmo que le permitiría acometer nuevas conquistas. Y se sabía también que el rey de Aragón, su suegro, concedía licencia a sus infanzones y demás vasallos para luchar junto a los castellanos al otro lado del Estrecho contra los sarracenos (*ad exaltandam fidem catholicam*), siempre que se respetara a su amigo, el emir de Túnez.

Que las apetencias de conquista del ambicioso rey Alfonso no se limitaban a las tierras de Al Ándalus, sino que se extendían al otro lado del Estrecho, resultó evidente ya desde el primer año de su reinado, en 1252, cuando creó las atarazanas de Sevilla y nombró a Ruy López de Mendoza como primer almirante de Castilla. El viejo y bravo *adelantado mayor de la mar*, Ramón de Bonifaz, le había pedido retirarse a sus fincas burgalesas, pese a que aún permaneció un tiempo en Sevilla, ayudando con sus consejos a la creación de la nueva flota. Formaban las atarazanas dieciséis anchurosas naves que sobre fortísimos pilares de ladrillo volaban arcos y cerraban bóvedas de gran robustez. De inmediato empezaron a fabricarse en ellas muchas galeras y bajeles, almacenándose también gran cantidad de toda clase de pertrechos. Bajo la dirección de su alcaide, Fernán Martínez, un crecido número de oficiales se ocupaban de las innumerables tareas que requiere la construcción de buques, siendo la principal la administración de los montes donde se criaban los árboles necesarios para ello.

Pronto habrían de ponerse a prueba las habilidades del almirante y de su nueva armada, pues Castilla atacó Tánger en 1257 y Salé en 1260. Aunque no logró ocupar ninguna de las dos, sí consiguió su saqueo y destrucción.

La potencia de Castilla parecía creciente e imparable. Además, no solo los cristianos ayudarán a Alfonso en su aventura africana: el rey cuenta también con el auxilio de su vasallo musulmán, el emir de Granada, que si bien no ve con buenos ojos los preparativos bélicos del castellano, prefiere que Alfonso los dirija contra los magrebíes, en lugar de ensañarse con Granada. Pues el sultán Muhammad al-Ahmar, el Rojo, teme tanto, o más, a los bereberes que a los cristianos, y todo daño que sus enemigos se causen entre ellos constituye para él una

fuente de alivio y regocijo.

En un periodo sorprendentemente corto, apenas unos pocos años, el rey Alfonso había logrado controlar todo el reino, domar a los nobles díscolos y organizar la economía. Prohibió la ociosidad, obligando a los vagos a trabajar, a los campesinos que no quisieran labrar a hacerlo por la fuerza, y a ejercer de soldados cuando no se encontrara faena para ellos. Quiere así el rey acabar con los males de la desocupación, pues de la casta de los ociosos, decía, se reclutaban delincuentes. Trató también de renovar las costumbres, con leyes que perseguían el adulterio, la sodomía, el juego, el despilfarro… Nada escapaba al ímpetu legista del monarca, que hasta se entrometió en las ropas y en el aspecto de sus súbditos, prohibiendo las barbas luengas y las capas cortas, el lujo excesivo y la gula. Él mismo daba continuamente ejemplo de moderación en los placeres, mostrándose como un soldado de Cristo, que primero se vencía a sí mismo, y después a sus enemigos.

Acorralados, desprotegidos, ¿a dónde podrán huir los Banu Quzman, si también se les cierran las puertas de África? Iznájar tampoco representaba una escapatoria; su situación podía considerarse incluso más precaria que la de Sherish, tan cerca de Córdoba y de los castillos de las órdenes militares, de los temibles calatravos que nunca descansan. Conforme empeora la situación, aumentan los temores del cadí respecto a la suerte de su hija Alima; ya está fuera de su jurisdicción, es su nueva familia la que debe protegerla, pero ¿cómo luchar contra sus sentimientos de padre y abuelo?

Pasa el tiempo y siguen las mismas dudas. Hamet ya se ha formado la convicción de que deben partir de Sherish, pero aún no sabe a dónde, ni tampoco cuándo, ni cómo hacerlo, pero siente claramente en su corazón que la determinación no puede demorarse mucho, o ya será tarde.

Cuando llegó a Sherish todo parecía en calma, sorprendentemente en calma; las noticias de los enfrentamientos armados, de los excesos de los cristianos, apenas llegaban hasta el Guadalete y, cuando lo hacían, provocaban cada vez menor reacción. A todo se hace el hombre, sobre todo cuando tiene la barriga llena y un techo sobre la cabeza. Sin embargo, Hamet sentía algo latiendo en el aire.

Antes de pasar por su casa, el cadí paró en la mezquita para rezar y dar gracias al Altísimo que lo había devuelto con los suyos sin daño. Y allí mismo, a la salida del rezo, en el patio de las abluciones, comprendió que su intuición no había fallado. Los rumores corrían por toda la ciudad: había una conspiración en curso para rebelarse contra los invasores y partidas de voluntarios se congregaban en las sierras y despoblados, recolectando armas y fondos, comida y caballerías.

Una vez más, la semilla de la sublevación había fructificado en el

alma de los musulmanes.

1 N. del A. Juego de palabras con *Sherish* y («desgracia»).

Segunda parte: Rebelión (1262-1267)

18. Sherish. Abril de 1262

Durante los largos años que se habían sucedido desde la llegada de la guarnición castellana, los Banu Quzman habían tratado de capear el temporal como tantos otros, a base de ingenio y fortaleza en las dosis adecuadas, sin responder a las provocaciones, aceptando la voluntad del Altísimo, que sin duda tendría pensado un plan para ellos, y que si hoy había decretado el sufrimiento de los musulmanes de Sherish Shiduna, seguramente les tenía reservado asimismo un bien mayor.

Al menos así contaba Hamet a su familia en cada ocasión, cuando veía que los ánimos decaían. Ahora que se había reducido su trabajo en el tribunal y en la madraza, disponía de más tiempo libre, que dedicaba al estudio, a escribir y a los suyos, siempre necesitados de aliento y consejo. En ocasiones pasaron hambre, como casi todos los demás habitantes de Sherish, cristianos incluidos, porque las pestes y las hambrunas suelen deparar penurias para todos, en mayor o menor medida. Con frecuencia sufrieron humillaciones, que debieron tolerar si querían conservar las cabezas sobre el cuello. En esos momentos, Hamet inagotablemente les alentaba con versículos del Corán y con hadices del profeta, donde se explicaba claramente que el deber de los musulmanes cuando se ven afligidos por las vejaciones de sus enemigos consiste en esperar con astucia la ocasión propicia para la venganza, pero no emprender guerras que sabían que no podían ganar. Y, sobre todo, insistía en el deber de preservar su identidad y sus costumbres, pues como no se cansaba de relatar el cadí, la historia demuestra que el sometido siempre trata de parecerse al vencedor en su indumentaria, sus adornos, sus monturas, sus armas y en casi todas sus usanzas; así lo había comprobado él mismo en sus tratos con los moros del norte, que hasta llegan a pintar imágenes en muros, edificios públicos y casas. Porque la verdadera señal de que un pueblo ha quedado subyugado no es la derrota con las armas, sino la asunción de las maneras del dominador.

En muchas ocasiones, Hamet reflexionaba sobre los pasos andados. Tuvieron la oportunidad de escapar con todas sus riquezas, con el fruto de décadas de esfuerzo de sus antepasados, para afincarse en

otro lugar, quizás en África. Pero pasó el momento propicio para ello: actualmente, si salen, apenas podrán llevarse nada con ellos. Además, continuamente llegaban a Sherish noticias terribles sobre la suerte de los emigrantes. Todas las tierras del islam a ambos lados del Estrecho rebosaban de exiliados que malvivían desempeñando los trabajos más penosos. Y eso los afortunados, porque muchos debían mendigar o acababan como esclavos, o algo peor. ¿Cómo podría el corazón de Hamet soportar ver a sus hijas vendiendo su cuerpo para comer? ¿No resultaba preferible la permanencia en Sherish, humillante y penosa, sí, pero al menos soportable?

Sí, ahora no le cabían dudas, debieron escapar cuando se daban las circunstancias propicias, hace años. Pero el Señor no lo dispuso así. Él, que todo lo sabe, tiene un plan para todos.

En estas reflexiones andaba sumido una tibia noche de primavera del año de 1262, mientras disfrutaba del olor a azahar y a jazmín con la sola iluminación de una luna apenas decreciente que arrojaba sobre los objetos del jardín un halo misterioso, cuando escuchó un bullicio en el otro extremo de la casa. Turbado en su tranquilidad, tomó una fusta dispuesto a hacérselo pagar caro al responsable del griterío. Seguramente las hermanas peleaban otra vez. Ya no sabía qué hacer con ellas. Pero esta vez sí, se mostraría implacable y la espalda de alguna pagaría las consecuencias.

Siguiendo la dirección del ruido, se desplazó por la casa mientras su ira se iba atenuando. Pese a sus frecuentes amenazas, o acaso por ello, sus hijas se insolentaban y se mostraban desobedientes. Porque toda la fuerza se le iba al cadí por la boca y jamás ejecutaba sus prometidos castigos. Esgrimía la fusta, pero siempre en el aire. Golpeaba en la mesa con cara de furia, gritaba, pero todos sabían que el flagelo nunca llegaría a rozar la piel de ninguna de sus hijas. Había sido demasiado blando con ellas.

Cuando se acercaba al lugar, una voz inesperada y una risa inconfundible pudo distinguirse entre las demás que, sin orden ni concierto, hablaban a la vez: «Muhammad, hermano», pensó Hamet, y por primera vez en muchos meses la luz se hizo en su corazón.

Cuando se dejó abrazar y besar por todas las mujeres de la casa, esclavas incluidas, después de desplegar sus sonrisas entre todas y de prometer a cada una de sus esposas que pasaría la noche solo con ella, los dos hermanos pudieron por fin refugiarse en la tranquilidad del despacho de la chimenea, para darse las noticias que ambos ansiaban recibir. Hamet mandó que les trajeran vino y dos copas en lugar de una tras mirar interrogativamente a su hermano, que asintió con la cabeza.

—No puedo agasajarte con el vino que te mereces. Y es una pena, ahora que ya has tornado a la cordura y bebes de nuevo. Ha pasado

tanto tiempo… muchas cosas han cambiado. Nuestra prosperidad, como puedes ver, se ha desvanecido. Pero servirá este mosto, aún muy joven pero honrado, que también procede de la ayuda y la gracia de Dios. Bebe, que falta te hará para satisfacer a tus esposas, que llevan bastante tiempo esperándote.

—Hermano… Todo proviene de Dios ¡ensalzado sea!… Y a Él le pido ayuda frente a mis mujeres… tenía tantas ganas de verte que, en tu compañía, el peor mosto me parecerá añejado en los mejores toneles de roble. ¿Cómo te encuentras? Te veo muy bien… más viejo, más ancho, pero bien. Siempre se ha dicho que los feos envejecéis mejor. Yo, sin embargo, mírame: me faltan dientes y pelo, hasta un dedo he perdido, aunque más perdió el gallego que me lo arrebató, que ahora anda retorciéndose en el infierno.

—Nada logra escapar a la voracidad del tiempo, ni los cuerpos, ni las almas, ni las propias ciudades. Contempla a la misma Sherish ¿la puedes reconocer? Hemos conseguido, después de arduas negociaciones, que no suenen campanas para llamar a los cristianos a sus sórdidos aquelarres. Pero nada ha impedido que los politeístas traigan aquí sus cerdos y sus impías imágenes. ¡Qué tiempos! ¡Estatuas de madera adoradas entre los muros de Sherish! Nuestro abuelo Ali debe andar revolviéndose en su tumba. ¡Me acuerdo mucho de él, hermano! Tantas veces he necesitado su consejo… pero, en fin, dejémonos hoy de penas, si cabe. ¿Cómo te encuentras tú? ¿Qué ha sido de ti todos estos años? Pocas informaciones hemos recibido y supongo que la mayor parte de lo que por aquí se cuenta son habladurías. Porque ¿sabes que se dice que tú solo descabezaste a diez cristianos sin bajarte del caballo? ¿Y que se cuenta que una vez se te rompió la lanza debido al peso de las cabezas que llevaba empaladas? Anda, descríbeme los detalles de estas y de las demás hazañas que repiten los ociosos en las fuentes.

—No fueron diez, ¡sino veinte! Gracias a Dios. He sabido que se me imputan hechos excepcionales y todas las heroicidades anónimas conocidas. Solo unas pocas son ciertas. Las demás son solo historias de los que se dejan encandilar y echan al vuelo la fantasía… Pero, sí, he sido afortunado en las peleas y no he recibido heridas graves, gracias a Allah, que ha apartado con su mano invisible lanzadas y virotes. He andado de acá para allá, buscando la manera de matar cristianos, de robarles sus bienes y sus mujeres. Y me ha ido bien. He ganado mucho oro aunque yo nada tengo, salvo la lealtad de mis hombres, a los que he hecho ricos. En realidad, como sabes, siempre he buscado un buen señor a quien servir. Y así sigo. Un musulmán piadoso, que piense en la *umma* antes que en sí mismo y que busque la ruina de los cristianos, su exterminio. Creí haberlo encontrado durante un tiempo, cuando estuve en Guadix sirviendo a los Banu Askilula. ¡Son temibles! Y

muladíes, como nosotros. No he visto a nadie más perito en guerras que el mayor de los hermanos, que, al parecer, ha heredado de su padre unas dotes guerreras sin igual. Pero su pericia con las armas no va pareja a su honor, hermano. Los Askilula no dudan en pactar con los asociadores a la primera oportunidad, si ello sirve a sus intereses. Me equivoqué con ellos, como me equivoqué con Ibn Hud: son todos unos perros, buenos para nada, ansiosos por besar el culo de sus amos. Por eso tuve que huir de Guadix, antes de que me dieran muerte por decir en voz alta lo que acabo de decirte a ti.

—¿Y a dónde fuiste?

Muhammad se demoraba en contestar. Parecía nervioso, temeroso de seguir con el relato. Su hermano repitió.

—Muhammad, ¿a dónde fuiste cuando escapaste de Guadix?

—A Granada.

Hamet dio un respingo. Se esperaba oír cualquier otro lugar del mundo, incluso en tierras cristianas, antes que la guarida del peor enemigo de su hermano, alguien que, se sabía, había prometido crucificar a Mohammed ibn Quzman a las puertas de la Alhambra.

—¿A Granada? ¿A meterte en la boca del lobo? ¿En la madriguera del traidor de Jaén? Y ¿cómo escapaste?

Muhammad se levantó para servirse otra copa de aquel mosto verdaderamente joven, un zumo de uva con apenas graduación.

—Para emborracharse con esto haría falta beber una azumbre entera. Pronto te buscaré Hamet, los mejores vinos para reponer tu bodega. —Miró a su hermano fijamente y siguió hablando.

—No tuve que escapar. Fue él mismo quien me llamó a Granada… Y también por orden suya he venido aquí, para alentar la rebelión de los creyentes.

Hamet no podía creer lo que escuchaba. Su hermano nunca dejaba de sorprenderle. Mudo de estupor, se limitaba a mirarle, mientras el guerrero seguía hablando.

—Ya sé lo que piensas, lo leo en tus ojos: que el emir se declaró vasallo del rey Fernán, que entregó Jaén a los cristianos y que participó con sus tropas en el cerco de Sevilla y en el de Sherish, llevando la muerte y la desgracia a miles de musulmanes. Pero he hablado largamente con él y me ha convencido de que siempre actuó pensando en ganar tiempo, sabedor de que, en esos momentos, no resultaba posible la victoria sobre los politeístas. Sin embargo, su secreto deseo y único propósito ha sido echarlos de estas tierras, devolverlos al norte, fuera de los pasos, y recobrar para la verdadera fe todo el valle del gran río y los Algarbes, y hasta la Extremadura castellana y el mismo Toledo, si Dios quiere y nos ayuda. Por eso siempre se ha declarado fingidamente un vasallo fiel, para mientras tanto reforzar su ejército y debilitar secretamente a los gallegos. Esto

es una guerra hermano, y debemos ganarla los creyentes, a toda costa. Por eso dijo el Profeta —Dios lo bendiga y salve—: «La guerra es engaño». Y entre los proverbios de los árabes hay uno que dice: «Con frecuencia la astucia es más útil que la tribu». Ahora por fin ha llegado la hora de cumplir con el plan largamente trazado por el Rojo. Hombre de inteligencia paciente, ha estado urdiendo cuidadosamente su estrategia durante años. Ha mandado emisarios, como yo mismo, a todas las ciudades de Al Ándalus y ha anudado pactos secretos con los príncipes del Magreb para que todos los creyentes nos levantemos al unísono contra los nazarenos. Ellos no se lo esperan, no saben nada, y cuando quieran darse cuenta tendrán sus cuellos rebanados y otra vez los musulmanes quedaremos como únicos señores de esta tierra. Todo está ya preparado, los últimos detalles fraguados. Dentro de poco prenderá la llama y decenas de castillos y medinas se levantarán, desde los Algarbes hasta Murcia, el mismo día, a la misma hora. A eso he venido, Hamet… sobre todo… aunque también hay ciertos asuntos de familia que quisiera arreglar.

El guerrero hablaba y hablaba, sin que su hermano hiciera más que escuchar y gruñir de vez en cuando de manera ambigua, sin que pudiera saberse si mostraba asentimiento o repulsa. Pero su mente bullía al mismo tiempo. ¡Tantas enmiendas y reproches podría hacerle a su hermano, que no sabía por dónde empezar! ¿Cómo insistía ese insensato en recaer en la misma fiebre, en cometer los mismos errores de juventud que le llevaron a la ruina, pero ahora en su edad madura, cuando se espera que los hombres curtidos y fajados por la vida iluminen con su experiencia a los más jóvenes para llevarlos por el camino recto? Hamet debía reprimir sus ganas de abofetear a su hermano, de echarlo de su casa, sabedor de que portaba desgracias y peligros. El recuerdo de la promesa hecha a su padre le hacía contenerse y apretaba los puños, mientras seguía escuchando los delirios de Muhammad. El juramento de proteger siempre y en toda circunstancia a su hermano, incluso contra sí mismo, cada vez le pesaba más, pero la palabra dada a un padre en el lecho de muerte no puede olvidarse, no por quien ha hecho del honor y la piedad su forma de vida.

—Además, el nazarí lleva años recabando la ayuda de los africanos con su sinuosa diplomacia, convenciéndoles de que acudan al yihad buscando la recompensa y asegurándose el premio. Yo mismo he cruzado el Estrecho en varias ocasiones portando correspondencia para el señor de los Banu Marin. Y su política por fin ha conseguido frutos. Ya han pasado a Al Ándalus tres mil voluntarios meriníes, los Aulod Ibn Idris, sobrinos rebeldes del sultán Abu Yusuf Yaqub, bereberes zenetes, todos bien armados, con numerosa caballería y recursos para sostenerse ellos mismos en la guerra inminente. Nada

más llegar, se han dispersado a lo largo de toda la frontera castellana de poniente. Son gentes que viven para el yihad y el botín, nómadas semisalvajes, enemigos temibles. —Muhammad dejó la copa en la mesa, se acercó a Hamet y le habló en susurros al oído, después de lanzar miradas de desconfianza por todos los confines del patio—. ¿Estás seguro, hermano de que nadie puede escucharnos? Porque hay detalles que bajo ningún concepto pueden llegar a oídos indeseados… Sabemos que el rey Alfons posa frecuentemente en Isbiliya, descuidado, dedicado a sus letras y a la caza. Pocas tropas le guardan, pues ha dispersado sus mesnadas creyéndose seguro. No es un guerrero, como su padre, sino un blando y un pusilánime… y queremos capturarlo en el alcázar, con su esposa. Todo se encuentra bien dispuesto, tenemos amigos dentro de la villa; aunque el rey Fernán ordenó que todos los musulmanes abandonaran Isbiliya, unos pocos creyentes han conseguido licencias especiales y otros han logrado burlar las prohibiciones de los gallegos y han retornado a la ciudad. El tirano incluso ha nombrado a un alcaide para representar a los creyentes, Abd al-Haqq ibn Abi Muhammad al-Bayasi, que también nos apoya. Ellos saben cómo acceder a las dependencias reales por vericuetos y pasadizos. Gracias a un plan cuidadosamente estudiado, en pocas horas se apoderarán de la alcazaba y hasta de la propia medina. Para ello contarán con la ayuda de miles de musulmanes que bajarán desde el Aljarafe y a los que abrirán las puertas de Sevilla para que con ellos entre la justicia divina. Nuestros hermanos afilan ya las armas que rebanarán los cuellos de todos los cristianos que caigan en nuestras manos ¿Comprendes lo que supondría capturar al rey de Castilla? Si lo matamos, el desconcierto se apoderará de los rumíes y entonces llegará la hora de nuestra venganza. Podremos llegar hasta Toledo y aún más al norte, con la ayuda de Dios, para el que nada es inalcanzable y en cuya mano residen el dominio y el poder.

Después de su larga perorata, Muhammad se recostó en los cojines y dio un largo trago del mosto recién fermentado. Observó a su hermano, que seguía en silencio, pensativo, con la vista clavada en algún lugar del vacío. Con su mutismo, el guerrero alentaba a su hermano a hablar, pero como este continuara sin decir nada, tomó de nuevo la palabra, con brusquedad y mal tono, ofendido.

—Dime hermano, por la memoria de nuestros mayores ¿tampoco esta vez te unirás a las filas de los creyentes? ¿Seguirás escondido tras las faldas de tus mujeres, dejando que otros derramemos la sangre por el honor de tus hijos? ¿Seguirás soportando la vergüenza de un vasallaje prestado a un soberano cristiano, enemigo de la religión?

Hamet se incorporó despaciosamente de los cojines y dio unos pasos pesados y vacilantes por el enlosado del patio. Las innobles palabras que acababa de escuchar se le clavaron en el corazón como una

puñalada. Pasó de la pena a la ira, a una rabia sorda que le pedía una réplica contundente, despiadada. Dirigió su mirada al cielo, pidiendo a Dios que le diera paciencia y las palabras adecuadas para expresar su pensamiento sin que se abrieran viejas heridas, intentado, una vez más, aunque sabía que sería en vano, traer a Muhammad al terreno de la cordura. Lentamente, sopesando las palabras, al fin habló:

—Vienes a vernos, a los tuyos, a tus hijos, a los que cuido y protejo, y lo haces por primera vez desde hace años. Te sientas en mi casa, bebes mi vino, el vino de las tierras de tus antepasados, que una vez desdeñaste por pecaminoso y que querías erradicar por la fuerza, ¿y tienes el valor de insultarme? No has cambiado Muhammad, nunca cambiaste. Sigues mostrándote arrogante, irreflexivo, tornadizo, inconstante… bien te conocía el abuelo Ali. ¿Ahora ibn Nasr es tu héroe? ¿Ese mismo que vilipendiaste? ¿El que rindió Córdoba? ¿El que mandó ejecutar al rey de Sevilla, al-Bayi, justo después de firmar con él una alianza? ¿El que aconsejaba al rey Alfons? ¿El mismo que mandó a cien peones granadinos para sostener cirios alrededor de la tumba de su amo, el rey Fernando? ¿El que ha traicionado una y otra vez a todos sus antiguos aliados? ¿No te suena a burla que ese zorro voraz y tiránico con la gente hable hoy de lealtad, cuando en realidad solo proclama su deslealtad futura…? ¿Quieres que te tome en serio, que deje todo y me una a vuestra rebelión? ¿Dejo lo poco que conserva la familia y la abandono a su suerte? No, Muhammad, no cometeré ese error de juicio, no caeré víctima de la impostura de los mentirosos. Dime hermano, ¿eras tú uno de los caballeros del Rojo que devastaron los campos de Sherish, tu ciudad, hace solo unos meses, por orden del rey de los gallegos? ¿Te encontrabas tú entre los quinientos caballeros nazaríes que participaron en la conquista de Alcalá de Guadaira? ¿Le acompañabas cuando se reunió con el rey de los rumíes en Jaén, para planear cómo llevarían la desgracia a los musulmanes de Ceuta? Porque allí, en Jaén, una vez más, todavía no hace dos años, tu amo se arrodilló frente al castellano, besó su mano… ¿Ahora quiere capturarlo? ¿Al rey de Castilla, en su alcázar? ¿Pero creéis que los cristianos son unos lerdos? No se dejará atrapar, ya lo verás, y su venganza, si nos levantamos en armas contra él, será terrible. Esta vez no habrá perdón. Todos los musulmanes de Al Ándalus correremos la misma suerte que los de Sevilla y nos expulsarán de nuestras tierras. Alocadamente vais camino de vuestra perdición y arrastraréis con vosotros a miles de creyentes. Pensáis erróneamente que con tan escasos medios podréis lograr vuestros anhelos, pero no contáis con que lo que seguramente obtendréis será la muerte. La perdición pronto nos alcanzará a todos, en medio de la revuelta que insensatamente vais a provocar.

Muhammad se levantó y abrazó a su hermano. Tomó su cara entre

sus poderosas manos y mirándole fijamente y le dijo:

—Perdóname Hamet, no quería ofenderte. Ya me conoces, soy un bruto y no sé usar bien las palabras. No volvamos a pelearnos. No otra vez. Necesitamos estar unidos para la salvación de esta familia y de todo el islam de Al Ándalus. No quiero que haya más porfías entre nosotros.

Hamet rodeó también a su hermano con sus brazos y dijo con voz trémula:

—Por una vez estamos de acuerdo en algo; evitemos las causas de discusión, los motivos de desgracia. —Se soltaron del abrazo y Hamet siguió paseando por el patio, mirando al suelo, buscando las palabras adecuadas—. La polémica es cólera y el mutismo sabiduría. Por eso debería callarme. Pero tengo un deber como hermano y como creyente y debo hablar, responder a tu pregunta… Una vez más, por cruel que te parezca nuestro desacuerdo, como hace años, mi respuesta es no. Y trataré de explicarte, otra vez, las razones que me mueven a negarme a participar en tu conspiración. No es miedo personal. A estas alturas de mi vida, la muerte, lejos de atemorizarme, me parece un merecido descanso. No, no es miedo. Es por cumplir con mi responsabilidad, como jefe de esta familia y cadí de la comunidad de creyentes de Sherish. —Se sentó de nuevo y se sirvió más vino en la copa de las grandes ocasiones—. Nada nuevo pretende tu señor. Desde hace siglos, pocos han sido los reyezuelos de Al Ándalus que, al verse amenazados desde el norte, han resistido la tentación de buscar la ayuda en los africanos. Con frecuencia los magrebíes han venido y, tras luchar bravamente, han derrotado a los gallegos. Pero bien sabemos que esas victorias acarreaban consecuencias no deseadas y previsibles, porque la historia nos dice que los bereberes han acabado siempre volviéndose contra las gentes de Al Ándalus. Y ahora ocurrirá lo mismo: los africanos vendrán, se crecerán, se considerarán los amos, pedirán más y más prebendas y privilegios. Tu rey no tendrá más remedio que ceder. Al principio, para contentar a los africanos deberá aumentar los impuestos y recortar los honores y beneficios de sus propios aliados andalusíes. Esto creará la discordia, el peor de los males, y pronto surgirán bandos disidentes entre vuestras propias filas, la de los creyentes que acudieron a los africanos. Y entonces ¿sabes lo que ocurrirá? Pues que ese héroe tuyo, ese prodigio de la estrategia se verá obligado a suplicar la ayuda de los cristianos para deshacerse tanto de los africanos como de los andaluces que le disputan la autoridad. Volverá a declararse vasallo de los *galaliqa* y no desdeñará las más nefandas alianzas. Con lo cual, después de tantas guerras y sufrimientos, nuestra situación será aún peor que la de hoy. Hermano, hermano… piensa. Sumérgete en el pasado…. mira la historia, busca en ella sus enseñanzas. Lo que padecemos ya ha sucedido muchas

veces. No puedo ayudarte. No debo. Porque sé que se trata de un suicidio. El único resultado posible de esta rebelión será, en el peor de los casos, la muerte y la destrucción de nuestras comunidades. Y, en el mejor, que los cristianos nos dejen seguir como estamos. Pero eso será difícil si incumplimos otra vez los pactos, porque ya no volverán a confiar en nuestra palabra, no otra vez, y por ello nos matarán y a los pocos que sobrevivan les quitarán sus bienes y sus tierras y los esclavizarán. ¿Quieres ver a tus hijas como esclavas? No quiero participar ni alentar una contienda en la que no podemos ganar nada, pero sí perderlo todo.

Hamet se levantó y paseó un rato por el patio, pensativo. Su hermano callaba. Buscaba con ahínco las palabras adecuadas para decirle a Muhammad toda la verdad, sin ofenderle, pero sin tapujos.

—Ibn Hud, al-Ahmar ¿qué diferencias hay entre ellos? Seguramente el Rojo se declaró vasallo del cristiano sabedor de que, si no lo hacía él primero, el otro lo haría, le tomaría ventaja y acabaría destruyéndole. Cuando logró el control de Granada, se sometió a la soberanía de los hasfidas africanos mientras se sintió débil, pero al poco tiempo se declaró independiente, sultán nada menos, llevando la discordia a las filas del islam, cuando más necesitadas estaban de unidad frente a los descreídos. Hermano ¿en qué tipo de alimañas depositas tu lealtad? Con los seiscientos mil maravedíes que ha venido pagando al año el Rojo al rey de Castilla se han forjado muchas de las espadas que cortaron las cabezas de nuestros hermanos. ¿Crees que ha cambiado? Una vez que uno se ha lanzado en la ruta de las felonías, cuesta mucho dar marcha atrás. Has caído presa de fantasías con las que los espíritus desbocados se dejan engañar, pero la realidad y la historia dan testimonio de lo que digo.

Muhammad contempló a Hamet con una mezcla de compasión y desdén. En su obcecación patriótica no podía comprender la postura de los tibios. ¿Qué podía ser preferible a morir en el yihad? Le miraba y le costaba reconocer en ese hombre sombrío y encorvado, precozmente envejecido, al afamado cadí cuyos hechos de sabiduría se comentaban con respeto y asombro en todas las mezquitas de Al Ándalus. La sucesión de acontecimientos desgraciados que había sufrido la familia parecía haber postrado a su hermano en un desaliento insuperable.

—Lamento oír eso, hermano. Pero eres el jefe de esta familia y acataré tu decisión. Créeme: trato de entenderte. No creas que sigo siendo el mismo: sé que no eres un traidor. Nunca lo has sido. Tan solo buscas, como yo, lo mejor para tu familia y tu comunidad. Pero esta vez te equivocas. Por eso he querido venir en persona a presentarte las razones de mi señor. ¡Quiera Allah abrirle las puertas del éxito y del triunfo! Cierto, el Rojo ha sido durante años vasallo de

los castellanos. Pero solo buscaba ganar tiempo, fortalecerse. El tratado con el rey de Galicia le ha protegido tanto de los castellanos como de los aragoneses. Ha conservado su autonomía; los cristianos no huellan con sus sucios pies las tierras de su señorío. ¿Hubiera sido eso posible sin una sumisión fingida? Y todavía quería esperar unos años más, para hacerse aún más fuerte. Pero la toma de Niebla tras un asedio de nueve meses, los ataques de Alfons a Yazira Qadish, que como sabes sigue sitiada por los cristianos, y otros muchos sucesos que todos conocemos, le han convencido de que el tiempo apremia. Sobre todo ahora que Alfons le exige la entrega de las plazas de Tarifa y Gibraltar como prueba de lealtad. Para él, como para mí, no cabe duda alguna: esta tierra solo puede ser cristiana o musulmana, pero no ambas cosas a la vez. Por eso debemos luchar hasta la muerte. Y si eso nos lleva al martirio, Allah nos lo premiará. ¿Acaso no nos dijo el Profeta: «No hay emigración tras la conquista»? No podemos renunciar a esta tierra, no sin lucha… Pero no quiero que nos despidamos como enemigos, no esta vez. Sé que eres el faro de esta familia, que en ti alumbra la luz de nuestros antepasados, la llama de su intelecto. Yo solo soy un guerrero, un bruto, un muyahidín, que aspira a descabezar tantos cristianos como pueda antes de ir al paraíso. Tú decidirás el destino de nuestra casa y yo lo aceptaré. Pero no me pidas, por favor, que siga tus pasos: mi suerte está echada. Voy a morir pronto. Pero moriré lanza en ristre, a caballo, contento de acudir al regazo amoroso de Dios. Solo espero que mis restos puedan descansar en mi amada Sherish, cerca de los huesos de nuestros antepasados.

Hamet, lleno de aprensión, no conseguía mantener la mirada de su hermano, en cuyos ojos enfebrecidos se dejaba ver la llama de los fanáticos. Al cabo, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿A dónde dirigirás tus pasos?

—Tengo órdenes de mi señor de buscar voluntarios para ayudar a defender la isla de Qadish. Allí quedan unos pocos almohades, aislados, abandonados por su emir, que no saben qué hacer, aunque son diestros en la navegación y en la guerra con barcos. Tengo que hablar con su jeque, el almirante Abu Abd Allah al-Randayi y convencerle para que se someta a la autoridad del nazarí. Llevaré conmigo refuerzos, armas y alimentos destinados a evitar que la isla caiga en manos de los idólatras. Sabemos que Alfonso no parará hasta conquistarla y no podemos dejar que lo haga. Se trata de una pieza clave para nosotros: necesitamos más puertos cercanos al Estrecho donde puedan desembarcar las tropas africanas. Ahora mismo solo contamos con Algeciras y Tarifa, que podrían quedar fácilmente bloqueados por la escuadra que los gallegos tienen aparejada en Sevilla. Los jerezanos nos jugamos mucho en esta contienda; si Alfonso se apodera de Qadish, Jerez y las poblaciones del Wadi al-tin

perdieran su salida al mar, quedaríamos bloqueados y a su merced.

—Bien haría tu señor, en lugar de poner sus ojos en la conquista de Ceuta, que sigue en manos de musulmanes, en mandar su flota a defender Qadish que, como bien dices, resulta vital para nosotros. Pero, como siempre, juega a dos barajas: reserva lo mejor de su ejército y su armada para disputar el poder a un creyente que considera enemigo porque no se pliega a sus caprichos, mientras envía a unos cuantos incautos a Qadish, a perecer por una lucha perdida de antemano. La isla no puede resistir, lo sabes, sin que se envíen refuerzos muy poderosos, y, sobre todo, una flota. Sin barcos, no puede gobernarse el mar.

Muhammad dio un respingo cuando escuchó hablar de Ceuta. No se esperaba que su hermano conociera los más secretos planes de la Alhambra.

—¿Cómo sabes lo de Ceuta?

—Mi deber es saberlo todo Muhammad. ¿Cómo sino podría defender a los míos? Lo sabe todo el mundo y, créeme, esa expedición a Ceuta, que también fracasará, no contribuirá a ganarle partidarios a los Banu Nasr en África. Los ceutíes han logrado mantenerse independientes largos años, gracias el señorío naval de los azafíes en el Estrecho, tanto frente a los almohades como contra los meriníes. ¿Crees que podrá someterles fácilmente el sultán de Granada? ¿Todavía no se ha dado cuenta de que solo unidos todos los musulmanes podremos defendernos de los cristianos?…

Mohammed se calló. Se levantó y dio unos pasos por la habitación. Compartía la opinión de su hermano, pero no podía confesárselo, no sin traicionar a su señor. La conquista de Ceuta le pareció siempre una idea disparatada, pero confiaba ciegamente en la superior inteligencia del nazarí.

—Hamet. Yo soy un soldado. La política la hace mi emir. Él sabrá por qué resulta tan importante tomar Ceuta… Sé que el líder ceutí, Abu l-Qasim al-Azafi, ha sellado un pacto con el rey de los gallegos, pero nada más… Yo por mi parte, haré lo que se me ha mandado. Mañana mismo, al anochecer, partiré para Qadish con todos los refuerzos que haya podido recabar… Solo una cosa quiero pedirte… que los míos se vayan a Granada. El sultán me ha entregado una casa y algunas tierras calmas de cereal en la Vega. Créeme, allí se encontrarán más seguros… ellos y vosotros, si queréis acompañarlos. El sultán se alegrará de tenerte entre los suyos. Hemos hablado de ti con frecuencia, te conoce y te respeta. En Granada podrías ganarte la vida. Aquí… aquí pronto correrá la sangre y, con los cristianos tan cerca…, temo por vuestra vida.

—Hermano… no soy dueño de los tuyos. Tus mujeres y tu prole, que siempre han vivido aquí, irán donde tú decidas. Todos lo

sentiremos, porque para mí tus hijos son como los míos… y más que primos, los tuyos y los míos se sienten como hermanos. Seguramente has logrado lo que querías: ¿recuerdas cuántos hijos tienes? ¿Sabes sus nombres? Yo sí… Pero se hará como tú quieras. Dios es el Señor de la tierra y de lo que sobre ella hay. Él es el mejor de los herederos.

—Lo tengo todo dispuesto. Pasado mañana al amanecer una recua partirá camino de Granada. Y los míos con ella. Esta noche se lo explicaré a mis mujeres. Y mañana hablaré con mis hijos. Pero solo dispongo de un día: mañana, en cuanto se haga de noche, partiré con los voluntarios hacia Qadish.

—¿No hay nada que pueda hacer o decirte para que desistas? Cumplo con mi deber de hermano al aconsejarte, aunque no te guste mi recomendación. ¿Recuerdas lo que nos decía nuestro padre? ¡Dios lo tenga en su santo paraíso!: «Tu hermano es aquel que soporta la carga de darte un consejo sincero por tu bien y de quien puedes esperar un reproche el día de mañana». Por eso, de buena fe, debo decirte, hermano mío: te equivocas… Con vuestras acciones, podéis arruinar todos los esfuerzos que hemos hecho desde Sherish para lograr que los castellanos dejen en paz a Qadish (Dios la proteja). Aún queda tiempo para evitar una guerra que no podemos ganar. Además, ¿crees que el rey de los *galaliqa* se quedará cruzado de brazos si los nazaríes atacan Ceuta? Al-Ahmar se comporta como un insensato; debería dirigir su flota a Qadish y no a Ceuta. Pero, por su inconsciencia, al final no lograra ni la una ni la otra… solo llevar la ruina a miles de musulmanes en ambos lados del Estrecho.

Muhammad bajó los ojos y miró fijamente al vino mientras lo hacía girar en su copa, como si quisiera localizar algún insecto. Después dio un largo trago y dijo:

—¡Por Dios… este vino es verdaderamente una desgracia! Qué pensaría de este bebedizo el alfaquí del que nos hablaba nuestro padre, ¿recuerdas? cuando nos elogiaba el vino.

Hamet negó con la cabeza.

—Sí, hombre… No me acuerdo muy bien de la historia. Contaba nuestro padre que a un alfaquí del Magrib le ofrecieron como salario que eligiera entre alguna de las diversas tasas tributarias. Y él eligió la que se cobraba por el vino. Preguntado por el motivo, el alfaquí dijo, y aquí nuestro padre ponía una voz muy seria: «Puesto que todos los impuestos son algo prohibido, he elegido aquel que los espíritus no rechazan pagar, que es el del vino. Pues raramente hay alguien que dé a cambio de él su dinero sin que se sienta feliz y contento con lo que el vino le provoca, y no le duele haberlo dado».

Hamet se vio de repente a sí mismo, como un niño, sentado al lado de su padre, escuchando esa historia. Sí, ahora la recordaba. Después de un rato, la sonrisa del cadí se borró y encaró a su hermano, como

pidiéndole la respuesta que este se demoraba en ofrecer. Finalmente, Muhammad dio su respuesta definitiva:

—No hermano… créeme que lo siento. Sé que nuestras fuerzas son pocas, y sé que los cristianos son muchos y fuertes. Pero ¿acaso no nos dijo Dios: «¡Profeta! ¡Anima a los creyentes al combate! Si hay entre vosotros veinte hombres tenaces, vencerán a doscientos. Y si cien, vencerán a mil infieles, ¿pues estos son gentes que no comprenden…?». He prestado un juramento de obediencia hasta la muerte. No soy dueño de beneficiarme o de perjudicarme más de lo que Dios quiera y solo busco el premio en la otra vida, derramando mi sangre por el triunfo del islam. Nada me gustaría más que quedar en buen asiento y concordia contigo, que militáramos ambos en el mismo bando. Los planes llevan trazados largo tiempo y nada hará desistir de su propósito a al-Ahmar. ¡Qué Allah le dé más vida para el disfrute de los musulmanes!

Pese a las promesas que Muhammad hizo a sus mujeres de atenderlas pronto, los dos hermanos pasaron buena parte de la noche en estas pláticas. Tenían tanto que contarse… Cuando se acabó el mosto y el cansancio hizo presa en ellos, se retiraron a descansar. El día siguiente iba a ser muy intenso y necesitarían de todas sus fuerzas.

Poco después de la alborada, sin apenas probar bocado, Muhammad salió de la casa para atender a las diversas reuniones conspiratorias que había concertado de antemano. A la ciudad acudían regularmente espías que trabajaban para diversos señores: para Castilla, para Aragón, para el nazarí, para los africanos. Hasta el rey de Portugal tenía sus ojos en la villa. La guerra secreta ya había comenzado. Desde hacía meses se comentaba en los mentideros que en diversos escondrijos se acumulaban armas. También se habían producido numerosos asesinatos y robos de origen y propósitos extraños, que parecían haber acabado con todos los espías cristianos, porque los castellanos del alcázar se mostraban ajenos a lo revueltas que bajaban las aguas esa primavera.

Cuando en la casa de los Banu Quzman se supo de la marcha de la familia de Muhammad, cundieron los gritos, las protestas, los llantos. Hamet, siempre alérgico a ese tipo de bullicios y muy torpe para conjurarlos, prefirió salir de casa discretamente, para irse a la mezquita, a rezar y a atender a los pocos asuntos pendientes de su tribunal. En el patio de las abluciones, mientras se aseaba para la oración del *Dhuhr*, la que se hace cuando el sol se encuentra en su cenit, pudo observar cómo todos le miraban más o menos discretamente. Sin duda la presencia de Muhammad en Sherish y sus propósitos eran ya la comidilla, y Hamet se inquietó por la suerte de su hermano y por la suya propia. Si la noticia también llegaba al alcázar, no tardarían en acudir los soldados para detenerlos.

Precipitadamente salió de la mezquita y recorrió los diversos barrios de la ciudad para palpar el ambiente. Todo parecía tranquilo, demasiado tranquilo; ni siquiera se topó con los habituales corrillos de golfos hostigando a los ciegos y a los tullidos. En el zoco, las transacciones seguían el curso habitual y se producían las cotidianas chácharas insulsas y discusiones profundas. Los comerciantes le hacían consultas, como siempre, sobre pesos, medidas y la concordancia de ciertos tratos con la ley de Dios. Esas materias habían pasado obligatoriamente a regularse por los fueros de Castilla desde la rendición, pero los musulmanes seguían recurriendo a él en cuanto tenían ocasión, aunque sabían que los contratos intervenidos por Hamet no gozarían de fuerza ejecutiva ante los tribunales del rey. Para la comunidad de creyentes de Sherish, Hamet Ibn Ismail ibn Quzman seguía siendo el *muhtasib*, responsable de la *Hisba*, la magistratura encargada del buen funcionamiento de los zocos.

Mientras conversaba con un tratante de sedas particularmente puntilloso en materia de religión y de usura, Hamet pudo ver cómo Ahmad ibn al-Hasan, el *alamín* de los carniceros, le hacía señas discretamente, indicándole que necesitaba hablar con él.

—Perdóname, Yusuf, amigo, pero veo que Ahmad tiene urgencia por consultarme algo. Otro día aclararemos si el precio que me indicas resulta correcto o peca de usura. Porque al parecer el representante de nuestros carniceros tiene dudas apremiantes sobre la manera de degollar a sus corderos.

Pese a las protestas del mercader de sedas, Hamet se libró de su enfadosa insistencia y entró en la trastienda de la carnicería de Ahmad.

—*Salam*, honorable cadí… por favor, mira estas vísceras… —Cuando Hamet estuvo cerca, el carnicero le dijo al oído—: Mis mejores cuchillos y machetas han desaparecido esta noche. Sé que ha sido mi ayudante, que hoy no ha venido a trabajar, y sé también que se los ha llevado a tu hermano. Anda reclutando gentes para partir al yihad, pero no tengo por qué soportar yo el perjuicio. Dime cadí ¿es esto justo? ¿Debe un solo creyente contribuir al yihad con su patrimonio? ¿No debe repartirse esa carga entre todos?

Hamet permaneció pensativo un rato, consciente de que era objeto de un chantaje. Comprendía con claridad el mensaje del carnicero: págame las hojas si no quieres que recurra a la justicia de los cristianos y que detengan a tu hermano y a los insensatos que van a partir con él.

—Dices bien, amigo. Tú mismo tienes la respuesta. No te preocupes. Yo te pagaré los hierros. Pero no digas a nadie lo que a mí me has contado, o llevarás la ruina a la casa de muchos musulmanes. Esta misma tarde vendré personalmente a entregarte un precio justo por

los cuchillos antes de la oración del *Maghrib*. Hasta entonces, silencio.

Hamet salió malhumorado y preocupado de la carnicería, y se dirigió directamente a su casa, sin atender a los ruegos de unos y otros que pedían su consejo, deseando que concluyera cuanto antes un día tan terrible. Había dormido poco y apenas había probado bocado en el desayuno. Ya llegaba la hora de regresar a su casa para enfrentarse a los hechos y reponer fuerzas. Tal como franqueó la entrada, se encontró casi de bruces con su hijo menor, Ismail y, como siempre, se preguntó a dónde había escapado el niño alegre que saltaba en sus rodillas hace un suspiro de tiempo. Ismail se había convertido en un mozo alto, mucho más alto que los demás varones de la casa, de buen corazón, inquieto, aunque poco aplicado. Bien sabía que Dios no había llamado a su benjamín para el estudio del derecho, la primera de las ciencias y la mejor de ellas por su proximidad a Dios, pero al menos había conseguido que no fuera un completo analfabeto. Hamet sabía que todos los pensamientos de Ismail lo ocupaban los caballos y las mozas, las fiestas y los campos de trigo, los cabritos asados y las albóndigas de carne y legumbres que hacía su madre. Conocía la admiración que sentía su hijo por su tío Muhammad, su modelo de fuerza y valor, pero nunca pudo imaginarse hasta qué punto llegaba esa veneración.

—Padre, por favor —se inclinó y beso la mano de Hamet—. Necesito unas palabras contigo. ¿Puedes atenderme un momento?

—Claro hijo, claro. Pero acompáñame a buscar algo que comer. Me muero de hambre. Ven conmigo. Compartiremos un pedazo de pan y un poco de mosto. Y quizás quede aún algo de los restos del cordero de la fiesta del sacrificio.

Se fueron juntos a la enorme y bien provista cocina de la casa, escenario cotidiano de las comidas familiares, de las celebraciones y de los duelos, el único espacio que los Banu Quzman de ambos sexos compartían con naturalidad, aunque por turnos, como mandaban las buenas costumbres. Primero comían los varones, sentados sobre cojines, sirviéndose directamente con los dedos del plato común colocado en medio del grupo, mientras las mujeres les observaban de pie y estaban atentas a sus demandas. Después, cuando terminaban, los hombres se apartaban y daban paso a las mujeres, que comían de la misma manera.

Padre e hijo empezaron a comer, pero Ismail todavía no exponía lo que le preocupaba. Lanzaba miradas nerviosas a un lado y a otro, comprobando quién se encontraba cerca. Palpablemente esperaba el momento de encontrarse a solas con el cadí para empezar a hablar, algo difícil de lograr en la cocina, por el perpetuo trajín de criadas, hermanas, primas y esclavas.

—Hijo, empiezas a preocuparme. No te he visto tan serio desde que

te tuvimos que sacar del río a punto de ahogarte, con cinco años. ¿Dime, qué te preocupa? ¿Puedo ayudarte a llevar tu carga? ¿Es una moza? ¿Quieres casarte ya?

El muchacho se revolvió nervioso en el poyete de la pared donde estaba sentado, pero siguió callado. Finalmente, Hamet comprendió y empezó a temerse lo peor.

—Bueno. Parece evidente que quieres quedarte a solas conmigo. Ven, vamos al despacho. Allí podremos hablar tranquilamente. Me temo que hay alguna moza que te ha robado el corazón —dijo Hamet con poca convicción, sabedor de que probablemente otras inquietudes ocupaban la mente de su hijo.

Cuando se instalaron en el despacho, acomodados frente a frente en sendos cojines, Ismail habló sin mediar pregunta.

—Padre. Quiero irme con el tío Muhhamad a Qadish y participar en el yihad.

Hamet se levantó de un salto y le dio a su hijo un fuerte bofetón.

—¡Insensato! ¿Qué sabes tú del yihad? ¿Cuándo te ha preocupado a ti el yihad? —Hamet, muy alterado, correteó de un lado al otro de la sala—. ¿Y qué es eso de Qadish? ¿Cómo sabes tú lo de Qadish?

El muchacho, una vez superada la sorpresa del guantazo de su padre, que desde hacía muchos años no le había levantado la mano, le habló con una tranquilidad impropia, desusada, con una fuerza y una convicción que ni él mismo sabía de dónde procedían.

—Todo el mundo lo sabe desde hace días en Sherish, padre, todos menos los castellanos y al parecer tú… se sabe de las armas que se recogen y de los muyahidines que resisten en la isla la conquista de los castellanos. Y se sabe que se prepara una sublevación, padre, y yo quiero participar… voy a participar. Te quiero, te respeto y te debo obediencia, padre, pero también le debo obediencia a Dios, alabado sea, y Él nos manda participar en el yihad… He consultado los libros de la biblioteca… Malik dice que la obligación de derecho divino de combatir en el yihad afecta a todos los varones púberes…

—¿Ahora te interesan los libros de derecho?… a buena hora. Ya que eres tan listo, podrías haber leído también a Abu Hanifa, que opina que la obligación pesa exclusivamente sobre los varones púberes que tengan medios para hacer la peregrinación… ¿tienes tú esos medios? O al propio Malik, que afirma contundentemente que el joven no participará en algaras sin el permiso de sus padres, a no ser que el enemigo ataque por sorpresa la ciudad en la que habite: solo entonces se excusa la solicitud de permiso paterno. ¿Y no has leído en esos libros piadosos que es obligatoria la sumisión a los padres, incluso si fueran indignos o politeístas?

Ali, desconsolado, puso una infantil cara de perplejidad, por la extrema sencillez con la que su padre desmontó los argumentos

jurídicos que tanto tiempo había empleado en buscar. Hamet, conmovido, abrazó a su hijo y le besó en la cara con delicadeza, en el lugar donde le había dado la torta, que mostraba rojas señales.

—Hijo… mi hijo, pequeño mío…, comprendo lo que sientes, y te honra. Pero es demasiado pronto, eres todavía muy joven, no te dejes arrastrar por la precipitación. Recuerda lo que dice el santo Corán: «El hombre fue creado de impaciencia». Por favor, espera un poco, que la premura es cosa de Iblís… nada alcanza lo deseado como el ser paciente.

Se sentó, presa de un tremendo cansancio. Se inclinó hacia delante como si rezara y se puso las dos manos en el rostro. Después se incorporó y dijo:

—¿Has hablado de esto con tu tío?… ¿Ha sido él quién te ha convencido?

—No padre. Él no sabe nada de esto. No hemos cruzado palabra. Anoche se encerró en sus estancias con sus esposas. Y esta mañana ha salido muy temprano. Además… creo que él tratará de disuadirme. Él te quiere y te respeta, como todos en esta casa, padre, y sé que, si tú se lo pides, me prohibirá irme con él. Por eso, padre, te lo ruego. He querido hablar contigo primero, para pedirte, para suplicarte: déjame partir. Hace meses que lo tengo decidido. Y como yo, otros muchos mozos de Sherish. No concebimos mayor honor que combatir y morir si es preciso al lado de Muhammad ibn Ismail, el campeón del yihad, el mejor caballero que ha sido parido en esta villa. Es mi derecho… y mi deber. Que no se diga nunca que un Banu Quzman le tuvo miedo a las lanzas de los politeístas. Cumplo con mi destino, padre, que anda parejo al de mi tío Muhhamad y el de mi tío abuelo Utman. ¿Todos los Banu Quzman deben dedicarse al *Fiqh*? Bien sabes que no, padre. Por nuestras venas corre sangre de alfaquíes, de cadíes… pero también de guerreros, de temibles muyahidines. Por favor, padre, no me cierres la puerta de mi destino. Nadie vive ni un minuto más de los que Allah nos tiene decretados. Solo a Dios pertenecen la permanencia y la inmutabilidad.

Hamet lo contempló tiernamente, con lágrimas en los ojos entrecerrados y un profundo dolor que casi le hizo doblarse por la mitad. Por primera vez sentía que algo se le escapaba para siempre. Aquel zagal desgarbado y alegre que le idolatraba había dejado de pertenecerle. Con dificultad, consiguió desatar el nudo que le atenazaba la garganta para decirle:

—Hijo. Mi pequeño… ¿cuándo te has hecho un hombre? Yo que pensaba que seguías siendo el atolondrado muchacho que solo pensaba en cazar y cabalgar. Me partes el corazón. Lo sabes. Y sabes que no tendré reposo hasta que regreses entre nosotros… pero tienes razón. Todos volvemos a Allah. No puedo oponerme. Es tu vida, y

debes vivirla como el Todopoderoso te dicte. Si Él quiere que combatas en el yihad, nada ni nadie podrá impedirlo. Pero, por favor, ten cuidado.

Se levantó y su hijo con él. Ambos entrelazaron las manos. Le parecía increíble que aquel muchacho que una vez fuera su niño querido estuviera hablando del yihad, del destino de Al Ándalus… Pero debía rendirse a la evidencia: el polluelo había echado plumas y nada le iba a impedir volar.

—Yo hablaré con tu tío y no se opondrá. Pero… deberás comunicárselo tú a tu madre y a tus hermanas. Yo no puedo con ellas. Prefiero irme yo mismo al yihad que enfrentarme a las fuerzas combinadas de las mujeres de esta casa.

El sol se puso decretando el fin de ese largo día de primavera. Los olores propios de la estación se adueñaron del patio de los Banu Quzman. Sin embargo, la dicha quedaba muy lejos de esa casa. Sin palabras, los dos hermanos se abrazaron y se besaron. Después Hamet hizo lo mismo con su hijo.

En la puerta, cuando ya estaban los dos guerreros montados y a punto de salir al galope. Muhammad dijo:

—No te preocupes, hermano, velaré por él. No dejaré que se separe ni un momento de mi lado. Y le enseñaré todo lo que sé. Si Dios quiere, incrementará la honra de esta familia.

Hamet sentía tal opresión en el pecho, que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para pronunciar una frase:

—Que Dios Todopoderoso os acompañe.

Hamet se quedó solo de nuevo, más solo de lo que se había sentido en su vida. Regresó a la sala de la chimenea y allí, como solía hacer en sus momentos de melancolía, rememoró vivencias de la familia. Los relatos que sobre su tío Utman le contaba el abuelo Ali. Sobre batallas ganadas con la inestimable ayuda de los Banu Quzman. Quisiera alentar esperanzas, pero no podía. En su fuero interno sabe que solo por un motivo el rey Alfonso no ha acabado todavía con el sultán de Granada: porque quiere lanzarse a la conquista de África. Pero cuando consiga sus propósitos al otro lado del Estrecho, le llegará el turno a los Banu al-Ahmar. Por ahora, se contentará con asaltar Qadish, que no pertenece al sultán de Granada, sino a los almohades africanos. Así que el castellano no incumple las treguas que rigen con la Alhambra, aunque si el nazarí consuma sus amenazas y ataca la villa de Ceuta, seguramente el rey de Castilla querrá darle un escarmiento. En cualquier caso, Hamet sabe, como todo el mundo, que Alfonso tiene puesto el ojo en la isla y que cuando los castellanos muerden presa ya no la sueltan. Y es allí donde se dirige su hijo pequeño, el benjamín de la familia, la alegría de su casa. Y cuando lo piensa de nuevo se hace la noche en su corazón.

19. Yazira Qadish. Octubre de 1262

Al conocerse que el sultán de Granada había tratado inútilmente de tomar al asalto la villa de Ceuta, el rey Alfonso ordenó inmediatamente una expedición de castigo contra el Reino Nazarí. Además, aceleró los planes que llevaba largo tiempo incubando respecto a la *cruzada de allende*: la conquista de África. Para el devoto rey la fe sin obras está muerta y, siguiendo la estela de su padre, quiere comparecer ante su creador con buena provisión de ellas. El primer paso de su minucioso plan consistía en lanzar el asalto final contra Cádiz, que llevaba más de un año bloqueada por mar.

La isla gaditana constituía una pieza clave en los planes de Castilla desde los tiempos de su padre, el rey Fernando. El reino necesitaba de un puerto seguro en la costa sur atlántica, cerca del Estrecho, desde el que poder alcanzar el otro continente, y mientras que Tarifa, Gibraltar y Algeciras permanecieran bajo el control de los musulmanes granadinos, ese puerto solo podía ser Cádiz.

Las malas nuevas, como suele ocurrir, llegaron pronto a Jerez y produjeron consternación y miedo. Si los castellanos conquistaban Cádiz, las comunicaciones marítimas de la villa quedarían cerradas. Los cristianos controlarían las bocas del Guadalete y ninguna ayuda podría llegar a los musulmanes de Sherish, Medina o Ronda por esa vía.

Por si ello no fuera amenaza suficiente, los espías que el consejo de notables de Sherish mantenía en la corte de Alfonso enviaban regularmente noticias inquietantes: el rey tenía planeado erigir en Qadish una nueva ciudad, plenamente cristiana. Había enviado ya al norte mandaderos para buscar pobladores: al menos trescientas familias provenientes del cantábrico, peritas en guerras y marinería. La conquista se daba por hecha, pues el rey sabía que no había fuerza militar a este lado del Estrecho capaz de oponérsele.

Alfonso se sentía poderoso, pero prefería no dejar cabos sueltos. Aunque la isla no pertenecía a los Banu Nasr, pretendía evitar que desde Granada llegaran refuerzos a los almohades que la controlaban. Tras el intento fallido de conquistar Ceuta, el sultán nazarí le había proporcionado la excusa precisa para mandar legítimamente una expedición de castigo contra la vega granadina. El señor de la Alhambra tuvo que hacer acopio de todas sus tropas para frenar a los castellanos, que entraban en su reino por la zona de Antequera y se dirigían a Loja e Iznajar. Con ello cesó la poca ayuda que, veladamente, al-Ahmar había venido prestando a los almohades de Cádiz para hacer frente a los castellanos. Y entonces todo el mundo

supo en Al Ándalus que los días del islam en la isla estaban contados.

Los almohades sentían especial veneración por la isla de Qadish, donde por primera vez desembarcaron sus tropas en España, respondiendo a la llamada de Ibn Qasi de Niebla, rebelde contra el poder de los almorávides. La isla les ofrecía un puerto seguro y fue desde su llegada la principal base operativa para su flota. La ciudad llevaba décadas bajo el control de los africanos, siempre sustraída al poder andalusí, y durante este periodo alcanzó gran esplendor como centro hegemónico del comercio atlántico desde Lisboa hasta Guinea, bajo la mano firme de la familia Banu Maymun, señores de la isla.

El rebelde Ibn Qasi, y su socio, el almirante gaditano Ali ibn Isa ibn Maymun al-Lamtumi, se sublevaron en Qadish contra los almorávides, se apoderaron de su flota y se la ofrecieron al nuevo poder almohade, en el año 1145. En aquel momento, el califa Abd al-Mumin se encontraba sitiando Fez, por lo que Ibn Maymum le mandó recado dándole cuenta de su sumisión y de que la plaza se encontraba a su servicio, junto con la flota almorávide que se había rendido sin presentar batalla. Abd al-Mumin aceptó agradecido el presente, más de un centenar de buques, que hizo posible que los primeros almohades que se desplazaron a Hispania emplearan los barcos de sus propios enemigos. Por ello el califa se mostró continuamente favorable a los Banu Maymun y a los gaditanos. Fue en esa ciudad donde por primera vez en Al Ándalus se pronunció en la *jutba* su nombre.

Yazira Qadish perduró cara al corazón de los califas almohades, que desde entonces llamaron a los gaditanos los Precursores y declararon libres sus bienes, exentos hasta que acabó su imperio. Tampoco confiscaron de sus posesiones la cuarta parte, como en el resto del Al Ándalus. Y cuando los delegados de las metrópolis andaluzas llegaban a la corte de Marraquesh para saludarlos cada año, los califas recibían con preferencia a los delegados de Cádiz, diciendo: «¿Dónde están los Precursores?». Sus delegaciones recibían trato especial y privilegiado. Por el contrario, las villas que se resistieron a los almohades sufrieron mucho, y durante años tuvieron que hacerse perdonar la afrenta enviando, una tras otra, sucesivas delegaciones a la corte del sultán. Sevilla, en particular, perdió su estatus de capital de Al Ándalus, traspasado a Córdoba, y casi toda su población, hasta que a la muerte del califa al-Mumin, que nunca olvidó la rebelión de los sevillanos, la ciudad recuperó la capitalidad y la prosperidad a ella ligada. Pero, mientras que en lo sucesivo los cadíes de esta ciudad fueron casi siempre de origen magrebí, en Sherish y Qadish los cadíes siguieron siendo andalusíes.

Como premio a su sumisión, el primer califa almohade que puso sus pies en estas tierras, permitió que el almirante Ibn Maymum destruyera el ídolo de Qadish ese mismo año de 1145, aunque era una

de las obras humanas más notables de todos los tiempos, construidas por los rumíes para adorar a su dios pagano Júpiter, que además servía de ayuda a los navegantes, con su almenara de cien codos de altura, de base cuadrada. El almirante pensaba que la estatua dorada que coronaba el monumento con su rostro mirando a occidente era de oro, y que en la base de la misma había escondidos grandes tesoros desde los tiempos de los cananeos. Así que con el consentimiento del califa, poco amigo de ídolos paganos, destruyó el monumento piedra por piedra, sin hallar más tesoro que la ocasión de descubrir su ignorancia.

Bajo el mandato de los almohades la isla de Qadish prosperó como nunca desde los tiempos romanos. Los califas establecieron en ella el puerto base de su poderosa flota, que se hizo dueña de ambas orillas, y en su entorno creció una populosa comunidad de mareantes, un grupo humano caracterizado por la solidaridad, el amor al riesgo, la pasión por el lucro y un sólido desprecio por la gente de tierra adentro. Los corsarios de Qadish eran temidos desde Finisterre a las Baleares. Sus comerciantes traficaban con la lejana Thule y con la Tierra de los Negros, hasta donde llevaban la preciada sal de la bahía para traer oro, rebaños de esclavos, ámbar, maderas nobles, pieles… Sus pescadores eran peritos en los ciclos de mareas y en acechar bancos de peces, ballenas y atunes. En sus atarazanas se construyeron los mejores buques de su tiempo, puestos luego bajo el mando de los más competentes marinos, el más famoso de los cuales, Ahmad al-Siqilli, trajo con él las pericias aprendidas en Sicilia y organizó la flota almohade de la manera más perfecta, hasta convertirla en imbatible. El siciliano había sido capturado de niño por los cristianos de esa isla y entre ellos se había criado, hasta alcanzar el favor del rey de los francos. Pero cuando el rey murió y su hijo se hizo con el poder, le dio muestras de desapego, hasta el punto de que el Ahmad llegó a temer por su vida. Y por eso huyó a Túnez, poniéndose bajo la protección del califa Yusuf ibn Abd al-Mumin, que le acogió con amabilidad y honores, le colmó de beneficios y le puso al frente de la flota, con el propósito de hacer la guerra santa a las naciones cristianas.

Pese a la importancia de la ciudad para el imperio almohade, o precisamente por eso, Qadish sufrió frecuentes ataques y saqueos a partir de su conquista por los almohades. En el año 1235, un grupo de mercenarios cristianos al mando de un caudillo llamado Gonzalo, que regresaba de África donde había servido a las órdenes del califa al-Mamum, a su paso por Qadish, valiéndose de una estratagema, entró en la medina y durante dos días estuvo saqueando, matando y violando, dejándola arrasada. Después, llevándose como botín a todos los habitantes supervivientes, los cristianos se dirigieron al ribat de Safi, donde se hicieron fuertes. Desde allí mandaron emisarios a

Sherish y Medina ibn Salim, pidiendo rescate por los desgraciados. Los musulmanes fueron generosos y pagaron, no quedando ningún cautivo en manos de los hombres de Gonzalo. Pero los pocos que lograron contarlo no quisieron regresar a la isla, donde todo había sido destruido, y se refugiaron con amigos y familiares en las aldeas de los alrededores.

Pese a todo, poco a poco, la ciudad se fue poblando de nuevo. Lentamente, las labores de reconstrucción permitieron a sus nuevos habitantes, y algunos de los antiguos, retomar las actividades tradicionales de la villa: la pesca, las salinas y el comercio. Pero vanas son las obras y las intenciones de los hombres, porque en el año 1244 los castellanos atacaron de nuevo Qadish, llevándose cautivos a todos sus habitantes, que esta vez no fueron rescatados, sino vendidos como esclavos en la lonja de Valencia.

A partir de ahí, la villa quedó arrasada y bajo dominio nominal de Castilla. Apenas tuvo actividad civil, pues el rey Fernando no disponía de recursos para poblarla. Se limitó a dejar una pobre guarnición, que apenas pudo ofrecer resistencia cuando en 1249 el almirante al-Randayi logró recuperarla para los almohades, aniquilando a todos los soldados cristianos.

Desde entonces, la isla seguía en manos de las tropas de al-Randayi, teóricamente bajo soberanía almohade, aunque en realidad el almirante actuaba de manera completamente independiente. Astuto militar, la usó como plataforma de operaciones y desde ella hostigó sin descanso a los cristianos durante el cerco de Sevilla, causándoles muchas bajas.

Los almohades habían construido un castillo sobre las ruinas del antiguo teatro de tiempo de los rumíes, con grandes bloques de piedra labrada. Fueron años en los que la única actividad productiva que se realizaba en la isla era la explotación de las ricas salinas, pero sus propietarios habitaban en el interior del continente, lejos de la costa, sobre todo en Sherish y en Medina ibn Salim.

20. Al-Qanatir. Noviembre de 1262

En la recientemente conquistada al-Qanatir, los cristianos construían a toda prisa embarcaderos para que la escuadra castellana pudiera atracar y avituallarse. Los musulmanes sabían que los castellanos llamaban ahora a ese lugar Santa María del Puerto y que habían convertido su mezquita mayor en iglesia.

El mismo rey Alfonso se encontraba en la villa supervisando los preparativos de sus inminentes empresas. La conquista de Cádiz, justo enfrente de al-Qanatir, al otro lado de la bahía, y el completo dominio

de aquellas aguas resultaba fundamental para la consecución de sus objetivos más temerarios y optimistas: la conquista del África, como primer paso para hacerse con toda la costa sur del Mediterráneo y, en última instancia, con la propia Jerusalén. Sueña el rey con ser el liberador de toda la Tierra Santa, aunque sabe que no puede hacerlo solo. Por eso lleva años tratando de implicar en la aventura *ad partes Africanas* a los monarcas de Francia y de Inglaterra. Juntos, los tres reinos más poderosos del Occidente lograrían lo que nadie ha podido desde tiempos de los romanos: que el Mediterráneo sea enteramente un mar cristiano.

Ya se habían producido los primeros asaltos. De al-Qanatir salieron hace dos años las naves que atacaron Salé, y a ese mismo puerto regresaron, derrotadas, porque no pudieron conquistar la ciudad, aunque con apenas bajas y con un cuantioso botín y numerosos cautivos.

Estando el rey en al-Qanatir, acudió a su presencia el cadí de Jerez, Hamet, enviado por los notables de la medina. Los musulmanes de Sherish, sometidos en vasallaje al rey de Castilla, tenían agravios que plantear al monarca. Se encuentran entre la espada y la pared: de un lado, los cristianos, sus nuevos señores, con sus crecientes demandas, que amenazan con convertir en papel mojado los pactos de sumisión; del otro, el sultán de Granada, alentándoles secretamente a la rebelión y tachando de traidores a quienes no secunden sus planes. Cada vez más hostigados, los jerezanos necesitaban saber qué podían esperar del nuevo rey de Castilla. De su padre, el llorado rey Fernando, obtuvieron pactos y treguas que siempre se respetaron. ¿Hará lo mismo su hijo? Era preciso saberlo cuanto antes, y el consejo de notables de la villa consideró que Hamet era la persona más apropiada para tan espinosa misión.

A esa conclusión han llegado después de informarse por diversas fuentes del carácter y las aficiones de Alfonso. Desde su más tierna infancia, el monarca mostró afición a presidir juicios en sustitución de su padre, lo que indicaba bien a las claras la predilección del nuevo monarca por los asuntos judiciales y legislativos. Se sabe también que ha reunido en su corte a los mejores juristas de la Península, que trabajan sin descanso en la redacción de nuevas leyes para la corona, y que esos trabajos, que se iniciaron bajo su directa supervisión y participación cuando era todavía infante de Castilla, empezaban a dar frutos.

Aunque no solo el ámbito del derecho preocupa al rey de Castilla. Aficionado y perito en letras, compone poemas, cantigas y trovas de muy diverso jaez. Cuando mozo pasaba la mayor parte de su tiempo en campamentos militares, donde se dejó influenciar por el ambiente alegre y procaz que creaban los desvergonzados juglares y las

soldaderas que acompañaban a las tropas, con la finalidad de hacer más llevaderas a las mesnadas las penurias de la guerra. Unos y otros recitaban los procaces versos dedicados a María la Baltiera y otros semejantes. El mismo rey compuso entonces unas obscenas trovas dedicadas al *Deán de Calés*, si bien el pasar de los años trocó el gusto del monarca, que abandonó las canciones obscenas para abrazar los cantos de piedad. Se cuenta que anda ahora empeñado en crear y recopilar unas *Cantigas a Santa María*, que habrán de ser pasmo de poetas presentes y futuros por la belleza de sus rimas, y como sus muchas tareas de gobierno y su preocupación por las artes más prácticas le impiden dedicarse tanto como antes a componer rimas, actúa sobre todo como generoso mecenas de poetas de todos los rincones de la Península, e incluso de más allá, pues no oculta su predilección por los provenzales.

La historia es otra de sus pasiones: una legión de copistas facilita el trabajo intelectual del soberano y de sus colaboradores, transcribiendo los manuscritos de *letra antigua*, de tiempos de los godos, a las nuevas grafías para hacerlos comprensibles. Unos se encargan de la transcripción de los códices y a otros les dicta los nuevos libros, fruto de su incansable cerebro. Años lleva el rey empeñado en la redacción de una magna obra histórica a la que llama, muy significativamente, *Crónica general de España*.

Su afán libresco y su avidez por acumular toda clase de conocimientos le arrastran a bordear, en ocasiones, la pura herejía. No poco escándalo ha levantado entre el clero más rigorista, al ordenar a sus judíos de Toledo la primera traducción al castellano de la Biblia. Porque a la traducción de obras antiguas y modernas, otra de las obsesiones del rey, dedica buena parte de sus recursos. En Toledo, bajo su supervisión, trabajan decenas de traductores que vierten al romance y al latín obras del arábigo, del hebreo, del griego y aún de lenguas más antiguas y exóticas.

Gusta asimismo el rey de adquirir conocimientos en astronomía y música, y también en estos campos es prolífico. Le complace hacerse acompañar por *agoreros* y *estrelleros*, con los que departe durante horas. La escuela de polifonía de la capilla real podía competir con la mismísima capilla del rey Luis de Francia. Su amor por todas las artes había quedado sobradamente probado en muchas ocasiones. Se cuenta, por ejemplo, que en el momento triunfal de la entrada de las tropas castellanas en Sevilla, algunos de los mejores capitanes del rey Fernando, llevados por su celo antimuslín, propusieron derribar el alto y bellísimo alminar de la mezquita mayor de la villa, a lo que se opuso el joven príncipe con tanta vehemencia que no tardó en convencer a su padre de que tocar un solo ladrillo de tan valioso monumento redundaría en deshonra de la casa real castellana, defensa que reiteró

en otras muchas ocasiones, siendo infante, como cuando intercedió para preservar de la incuria de los tiempos la techumbre de la mezquita de Córdoba y otros bellos edificios de la antigüedad.

El perfil y las aficiones de Alfonso indicaban claramente que valoraría y respetaría mucho más como interlocutor a un hombre tan versado como él en todos esos saberes dispares. Y en toda Sherish, quizás en todo Al Ándalus, no podía encontrarse un musulmán más sabio que Hamet ibn Quzman. Este, al principio, no acogió de buen grado la encomienda que le hacían. Hace tiempo que, atesorando los consejos de su padre y en su cumplimiento, busca siempre la manera de apartarse de la sombra de los poderosos y de conjurar las falsas ilusiones del poder. Del contacto con ellos solo cabe esperar daño seguro para la bolsa y la honra, y no pocas veces también para la vida. Pero no puede decirse que un Banu Quzman haya rechazado jamás una oportunidad de promover el bienestar y la salvaguardia de la comunidad de los creyentes. Además, consciente de que su hijo Ismail se encuentra en Qadish, debe hacer todo lo posible por entorpecer los preparativos militares de Castilla. Por eso Hamet, después de dar muchas vueltas al asunto en sucesivas noches de insomnio, no tuvo más remedio que aceptar el envenenado encargo, y tras recopilar toda la información que pudo acerca de la personalidad del rey y sobre los entuertos para los que demandaban amparo real los jerezanos, se puso en marcha en dirección a al-Qanatir, portando un valioso regalo de la ciudad de Jerez para el monarca. Sabedores los creyentes de la veneración que Alfonso siente por la Virgen María, Hamet le entregará un preciso códice miniado, con letras de pan de oro, donde en la bella caligrafía clásica árabe se recopilan los versículos del Santo Corán dedicados a la madre de Jesús, y otros relatos de la tradición musulmana y hadices que hacen referencia a tan alta figura.

El trayecto de Sherish a al-Qanatir, en barca, tomaba poco tiempo, por lo que aunque Hamet y su escolta partieron con el sol ya bien alzado sobre el horizonte, llegaron a su destino antes de la oración del mediodía. Siguiendo las instrucciones del capitán del puerto, el arráez de la nave jerezana se vio obligado a fondear muy lejos de la rada principal, entre las miradas recelosas de los soldados que estaban advertidos para no permitir la presencia de espías moros en las proximidades de las atarazanas donde se construía y reparaba parte de la flota de Castilla. Solo el cadí pudo dirigirse al campamento real escoltado por los soldados de Castilla, mientras que a los demás miembros de su comitiva les obligaron a permanecer a bordo.

Una vez en el real, Hamet presentó sus credenciales y fue alojado en una tosca tienda de campaña, con severas advertencias de que no podría salir de ella sin ver peligrar su vida.

Después de una espera que se prolongó durante días, el cadí recibió

por fin permiso para acceder a los aposentos del rey de Castilla un jueves, entre nonas y vísperas. Hasta allí lo escoltaron, con gran solemnidad, media docena de soldados vestidos con ricas libreas blasonadas, que lo dejaron en el patio de armas de un castillo en construcción. Se trataba de los mesnaderos del rey, tropas encargadas de guardarle asiduamente de día y de noche, sin apartarse nunca de él. Por todas partes, en los escudos de los soldados, en las gualdrapas de los caballos, en los mantos de los cortesanos, lucían las omnipresentes figuras del castillo y del león rampante. A la entrada de la única sala que parecía terminada, aunque aún carecía de puertas, dos enormes guardias empuñaban picas cruzadas. Cuando estos apartaron el tapiz que bloqueaba el acceso, Hamet pudo reparar en que el rey le esperaba al fondo de la estancia, sentado en un alto sitial de paño azul con franjas y flores de oro, rodeado de sus consejeros y trovadores. A un lado, sobre cojines y divanes, se sentaban varias damas luciendo briales de seda buena con hilos de oro, capas de armiño y blancas tocas de lana. Probablemente una de ellas sería la reina, pensó Hamet, que no se atrevía a mirarlas directamente, no solo por el natural pudor de un musulmán ante la hembra de otro hombre, sino porque de acuerdo con el gusto de la época, doña Violante vestía ropa ceñida y escotada y un altísimo tocado de ricos cendales sobre lo que parecía un armazón de pergamino. A su lado, un juglar tañía suavemente la zanfoña, sin recitar, a modo de acompañamiento. Hamet no lo sabía, pero se encontraba en presencia del afamado Pero da Ponte, que jamás se separaba del rey, como tantos otros «omes de corte que sabíen bien de trovar et cantar, et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos». Con frecuencia Alfonso encontraba en ellos el buen consejo que le negaban sus nobles.

El mayordomo anunció la presencia del personero de los moros de Jerez y al momento los guardias que rodeaban al rey le franquearon el paso. Siguiendo las instrucciones del maestresala, Hamet se acercó al monarca y, rodilla en tierra, besó sus extraños zapatos, perforados y con puntas curvadas, y no pudo dejar de pensar el poco uso que darían para proteger los reales píes de los fríos de la Meseta. Todo resultaba extraño para el emisario, en esta su primera misión en la corte de Castilla, sobre todo los vestidos y los tocados de las damas, o la presencia de músicos y juglares compartiendo con los monarcas una familiaridad tan promiscua a sus ojos hechos a las maneras orientales. Él mismo iba vestido con sencillez, sin armas ni las insignias propias de los embajadores. Siguiendo las costumbres de la diplomacia de su pueblo, el cadí, aún arrodillado y después de presentarse, se lanzó a un largo y florido panegírico del rey.

—Excelencia. Señor excelso, único, grande y virtuoso. La generosidad de vuestra nobleza se refleja en las flores de vuestras

virtudes. ¡Que Dios os haga llegar su favor, alargue vuestra vida y la colme de favores y de grandeza!…

La extremada exuberancia de la diplomacia andalusí no por desconocido dejaba de impacientar al rey, que lanzaba miradas nerviosas a su chambelán. Al fin, el cadí culminó su perorata introductoria y se incorporó. Antes de entrar en la cuestión de fondo de la entrevista, Hamet le entregó el regalo que portaba.

—Permitidme, poderoso señor y monarca nuestro, que os entregue en nombre de mi comunidad, que bien os quiere, este modesto presente. —Hamet, tras solicitar el permiso del alférez real con una expresión interrogativa, se acercó al rey y le entregó el códice. No tuvo necesidad de explicar nada, el monarca leía y hablaba medianamente el árabe, así que tras unos breves y apasionados vistazos, el rey se hizo cargo de la valía patrimonial y simbólica del presente.

Desde el fondo azuloso de sus ojos, el monarca dedicó un rato más a contemplar al enviado. Parecía un hombre educado y cortés, consciente de la responsabilidad de su cargo, que vestía humildemente. Sus barbas y sus cabellos lucían largos, aunque ordenados, a diferencia de los del rey, recortados de acuerdo con la moda castellana.

—Os agradezco don Hamete, el valioso regalo. Y mucho más que por su bella factura y lo precioso de su caligrafía, que resulta en verdad insuperable, por las palabras que contiene, pues muy devoto soy de la Virgen, puente y vía de acceso a Dios para los pecadores, por los siete gozos y los siete dolores que le dio su Hijo.

—Veneración que compartimos, majestad, pues todos los buenos musulmanes consideran a María, la *Sayidda*, no solo como una señora honorable y santa, sino como la mejor de las mujeres, un ejemplo a seguir por todos los creyentes, porque creyó en la veracidad de la palabra de Dios. Por eso Dios la escogió como madre de Jesús, el profeta de la bondad, también muy amado por nosotros.

—Lo sé, don Hamete, lo sé, y por eso valoro en su justa medida vuestras rectas intenciones al entregarme este obsequio. Sé que toda la azora decimonovena del Corán se dedica a ensalzar a María y a referir sus virtudes. En ella se narra que la madre de María, Santa Ana, se consagró al servicio del templo de Jerusalén, tal como correspondía a la gente del linaje de David. Cuando concibió, se entristeció porque el fruto sería una niña y no un varón, pero Dios le reveló que esa niña nacería consagrada a Dios. Por eso el islam proclama que María y Jesús nacieron exentos de pecado. Educada por Zacarías en el templo de Jerusalén, María ya destacaba desde pequeña por su piedad. Los ángeles la alimentaron y un día, para su sorpresa, le anunciaron que sería la madre del Mesías. Cuando María proclamó que ella hizo voto

de castidad, el ángel Gabriel le dijo que su hijo sería un signo de Dios para la humanidad, una prueba de la misericordia de Dios. Mucho nos place que también vosotros, mis buenos vasallos musulmanes, creáis en su Inmaculada Concepción y en su Parto Virginal. Transmitid a vuestros paisanos mi más sincero agradecimiento por el presente.

De la larga perorata del rey pudo Hamet deducir lo atinado de las informaciones que le habían facilitado: el rey se mostraba como persona letrada y cortés, conocedora no solo de las tradiciones cristianas sino, como acababa de poner de manifiesto, también de las musulmanas. Durante un rato, el rey y el embajador departieron amigablemente de estos y otros asuntos, como marca la cortesía, hasta que el monarca le pidió que planteara directamente y sin más preámbulos el motivo de su visita y las demandas de su comunidad.

—Poderoso señor… Hasta nosotros tus súbditos ha llegado vuestra reputación de príncipe fiel y devoto, honrador de las leyes y temeroso de Dios. Que el Invencible os conceda, por ello, fama duradera, eternidad a vuestro nombre y perennidad a vuestro bienestar. Gloria a Aquel que hizo vuestro carácter conforme a vuestros orígenes y vuestros hechos acordes a vuestras palabras. Vengo humildemente a postrarme ante vos, señor, en representación de vuestros siervos de la muy leal ciudad de Sherish, a pedir merced y con el cometido de recordaos los pactos de capitulación y pediros que se respeten. Seguramente sin concurso de vuestra voluntad, reputadamente poco dada al engaño o al rencor, algunos servidores, en vuestro nombre, han ocupado terrenos que pertenecen a los musulmanes sumisos. Hace unas semanas, cien caballeros cristianos que decían actuar en vuestro nombre expulsaron a los musulmanes de varias alquerías cercanas a al-Qanatir. Por ello tus súbditos se quejan con el lamento del que está al borde de perecer y pide ayuda de su señor; han alcanzado el límite tras sufrir los daños más extremos. El consejo de la ciudad me ha pedido a mí, su mandadero, que acuda ante vos, sede de la justicia y de la bondad, buscando remedio. Extienden sus manos ante vos, señor, con sus quejas, y piden misericordia para que correspondáis con clemencia. Señor, os lo ruego, vuestro padre se comprometió a no arrebatar las tierras de los musulmanes que se sometieron a su vasallaje y protección, y han sido muchos los incumplimientos. En particular algunos nos preocupan especialmente: al-Qanatir es territorio del islam, y debería ser respetada, así como Qadish, la isla que cierra la embocadura del Guadalete. Por ese río recibimos suministros y exportamos nuestros vinos y nuestro trigo. Sin embargo, algunos que dicen actuar en vuestro honrado nombre nos exigen exacciones y peajes cuando navegamos por esas aguas, e incluso a veces se quedan con nuestras mercancías sin mediar explicación. Simplemente las toman y se las apropian. Y también han ocupado

muchas tierras de labor entre los dos grandes ríos, que los musulmanes poseían por legítimo derecho. Se comportan con la más insoportable presunción y la más espantosa crueldad; extienden sus manos para derramar sangre, para apoderarse de los bienes, de las mujeres; fuerzan viviendas y causan daños y asesinatos por las armas y el fuego, atacando a los musulmanes con las peores torturas. Cada día son más los cristianos que se apropian de fincas que, merced a los pactos de capitulación, pertenecen a los jerezanos. Y los monjes guerreros se han apoderado de varias villas y lugares fortificados, expulsando de ellos a los creyentes. Por favor, señor, os lo ruego, poned fin a esas malfetrías y tendréis en los musulmanes de Sherish a vuestros más leales súbditos, pues no podemos poner pleitos con los nobles cristianos. Os pedimos apoyo como el vasallo al buen señor… Vos podéis terminar con este mal de forma clara, alcanzando de Dios una recompensa abundante, pues Dios premia todo lo que le agrada y el renombre al que vuestros buenos oficios e influencia benéfica os hacen acreedor, alegrando con su brillo vuestro reino (Dios lo apoye).

Habiéndolo escuchado atentamente, con mirada irónica, el rey respondió:

—No he incumplido pacto alguno. El Señor glorificó entre otros príncipes cristianos a mi padre, el rey Fernando, dándole glorioso triunfo contra los enemigos de la fe; pero él, sabedor de que su éxito era fruto del milagro divino, se mostró clemente con los moros de paz y les acogió como vasallos leales… Mi palabra, y la que dio mi padre, que es como si fuera la mía, se dio a los musulmanes andaluces, que cuentan con mi favor y mi protección, y cuyos derechos en modo alguno han sido ignorados. Pero las treguas no afectan a las regiones y a los súbditos del emir de África que nos hace una guerra injusta. Y esos que mencionas son lugares y territorios bajo soberanía de los moros de ultramar, tanto al-Qanatir como Rota o Galyana, y por eso se las hemos arrebatado en buena ley y las hemos ocupado de acuerdo con los usos de la guerra. Y sí, también se han ocupado algunas tierras pertenecientes a las gentes de Al Ándalus en al-Qanatir; pero todos ellos rebeldes, como las muchas propiedades que vuestro reyezuelo Ibn Abit tenía por la zona, y que el muy taimado pensaba que podría seguir disfrutando mediante testaferros desde Marraquesh, después de haberse rebelado contra mi autoridad. A los rebeldes y a los almohades les voy a seguir combatiendo, no a vosotros, mis leales súbditos andalusíes, hasta que logremos arrebatarles definitivamente la isla de Qadish y todas las comarcas que siguen obedeciendo las órdenes del emir africano, que es enemigo de todos los españoles, cualquiera que sea su religión. Qadish fue conquistada en buena lid por mi padre el rey Fernando, y quedó sometida a Castilla por derecho de conquista. Sin embargo, ese pirata de al-Randayi la atacó hace

pocos años y aniquiló a la guarnición castellana. Como ves, actuamos en legítima defensa, porque los africanos amenazan con sus naves Sevilla y las costas de Niebla, que son de mi señorío. Han sido numerosas también las naves cristianas que han sufrido ataques de corsarios bereberes afincados en Cádiz… No, los almohades gaditanos no merecen la paz, ni voy a concedérsela. Ha llegado la hora de que los africanos dejen esta tierra para no regresar nunca más. Pero los moros de paz que permanezcan leales a la corona no tienen nada que temer.

Hamet escuchó los argumentos del rey con la cabeza gacha, como corresponde a un súbdito ante su soberano. Ahora llegaba el momento más difícil de su embajada, el de rebatir las motivaciones de Castilla.

—Lejos de mi voluntad contradeciros, señor. ¡Dios sea alabado! Como sabe el ignorante y el sabio, contradecir la opinión de un príncipe es mojar la mano en la propia sangre… Y de ningún modo se me ocurriría dudar de que honráis vuestra palabra y la de vuestro padre. Aquel de los Banu Fernán que no sea honorable no puede ser más que un expósito. ¿Cuándo alguno de vuestros antepasados faltó a su palabra? Todos saben que vuestro padre, ¡qué Dios lo tenga en su gloria!, jamás dijo no cuando se le solicitaba algo, sino que, cuando se le pedía, daba. Y cuando prometía o daba esperanzas sobre algo, su promesa y las esperanzas que había dado eran como si ya se hubiesen cumplido… Tenéis razón en lo que concierne a la isla de Qadish. El ataque y la aniquilación de los soldados que allí moraban supusieron una ruptura de las treguas pactadas… por parte de los almohades. Pero, con todo respeto, hay un asunto de importancia sobre el que quiero llamar vuestra atención: al-Qanatir no pertenece a los almohades, que Dios los enderece. En verdad que en estas riberas algunas familias bereberes habitaban, pero las tierras eran… son… de musulmanes españoles en su mayoría, muchos de ellos afincados en Sherish, que hoy han visto perdidas sus posesiones, castigados por yerros que no cometieron… Es tarea propia de un rey hacer justicia a los que no pueden obtenerla más que por él… Dios os ha puesto en lugar suyo para que, a los que no hallan justicia ni equidad, vos se la administréis… ¿deben pagar los jerezanos por culpas de otros? … Además, señor, hemos sabido que algunos de vuestros alcaides, sin duda sin vuestro conocimiento, están autorizando el poblamiento de cristianos en áreas de exclusivo asentamiento musulmán, según los pactos sellados con vuestro padre…

—¡Ya basta! —Con su vozarrón el rey ordenó callar. Poco después, más sosegado, siguió hablando—: Cadí, sé que sois hombre sensato y honrado, miembro de una prestigiosa familia de letrados que, según me han informado, ha prestado en el pasado numerosos servicios a la corona. Creedme, quiero seguir contando con vuestros talentos, pues

me hacen falta hombres como vos. Sabed que ando empeñado en la tarea de dotar a Castilla de las mejores leyes y para eso me hacen falta los mejores juristas. Según me dicen mis consejeros, vos sois el más afamado alfaquí de vuestra generación, y os quiero conmigo. ¿Vendríais a morar en Toledo, con los vuestros, en mi cancillería, para contribuir a esa tarea? Seríais todos bien tratados y tú mismo justamente remunerado.

Hamet se arrodilló de nuevo y se inclinó hacia delante en postura de extrema sumisión.

—Señor, modelo de cordura y ecuanimidad, me hacéis un honor que no merezco. ¡Dios os proteja! Sobrepasáis la excelencia y estáis por encima de todos los hombres, pero vuestras informaciones sobre mí son exageradas. En verdad provengo de un linaje de famosos juristas. Pero la perfección no se hereda… fueron mis padres y abuelos quienes ganaron la honra que me atribuís y que no alcanzo en modo alguno. Me considero solo un modesto juez que trata de hacer bien su trabajo cada día, con igual entrega en los asuntos mayores que en los menores. De poco puedo serviros. No obstante, consideraré vuestra oferta y lo consultaré con los míos, pues son muchas las personas, entre estudiantes y colaboradores del tribunal, que dependen de mí y no puedo desampararlos. Y, además, debo ante todo cumplir la misión que me han confiado mis hermanos de Sherish… Por eso, señor, humildemente os ruego que reconsideréis mis justas peticiones. ¿No cabe encontrar un remedio a los tuertos que os he expuesto? Pensad que lo que os pido es de justicia, grata a los ojos de Dios.

Alfonso jugueteaba con los ribetes de su túnica, como hacía siempre que dejaba vagar sus pensamientos. Le ayudaba a concentrarse. El rey legislador, amante de la ecuanimidad, rehuía que se le tildara de arbitrario. Quien hace la ley debe someterse a ella, y él primero que todos, pues el desorden desagrada a Dios. Así que Alfonso buscaba argumentos jurídicos con los que rebatir las peticiones que le formulaba Hamet. Se encontraba en su elemento. Él mejor que nadie conocía la ley y la costumbre de Castilla, los pactos suscritos con los moros desde los tiempos de su bisabuelo. Transcurrido un rato, le hizo una señal al escanciador para que rellenara su copa, y volvió a hablar.

—Dejemos de lado el asunto de Qadish, ya que vos mismo habéis reconocido lo infundado de vuestra pretensión. En cuanto a las tierras entre el Guadalquivir y el Guadalete… me consta que solo se han arrebatado fincas a los traidores. Por ello, vuestras quejas tampoco aquí resultan ajustadas a derecho y, por ello, deben rechazarse. No he faltado a ningún fuero ni he incumplido ningún tratado. Como mi padre, que en Gloria esté, me tengo por honrador de la fe empeñada; nadie puede decir lo contrario sin ofender a Dios. Todas las regiones que ocupamos en el Guadalete son presa de guerra y pertenecerán ya

a Castilla para siempre, porque he ordenado que aquí se construya una villa y un puerto, poblado por cristianos, expertos mareantes, que darán lustre a la comarca. De la prosperidad de esta villa, donde además se afincará parte de la escuadra de Castilla, se beneficiarán también los jerezanos leales. No dudéis por un momento que quiero el bien de todos mis vasallos, cristianos o moros, incluso el de los judíos. No os odio, Hamete, aunque a veces deba trataros con benévola severidad: solo siento piedad hacia vosotros, los sarracenos, que, contumaces, seguís aferrados a graves errores en lugar de reconocer la verdad. El juez más alto ya decretó vuestro castigo: perder vuestras negras almas por haberlas vendido al Diablo… a menos que abráis vuestros corazones a la verdad de Cristo. El Santo Padre y muchos otros santos varones, como el dominico Ramón Martí y el místico Raimundo Llull, han elaborado una doctrina sobre la misión y las maneras de convertir a los musulmanes. Un hombre culto, como tú, conocerá sin duda las obras *De secta Machometi* y la *Explanatio simboli apostolorum*… ¿no es así?

Hamet se vio en un aprieto. Le habían advertido que el rey gustaba de obviar los temas principales para enfrascarse en discusiones jurídicas, filosóficas o teológicas. Al parecer, había escogido ese día la religión, así que pisaba ahora un terreno muy resbaloso que incluso podría desvanecerse bajo sus pies. Tragó saliva con dificultad mientras buscaba afanosamente la respuesta adecuada. Debía actuar con prudencia y perspicacia. Por toda Al Ándalus se comentaba y celebraba la réplica que le dio a Alfonso el hombre más ilustrado de Murcia, Mohammed ibn Ahmed ibn Abu Makr, el Ricoti, y que casi le cuesta la cabeza. Cuando el rey de Castilla quiso crear en su región predilecta una escuela musulmana bajo protección real, le encargó al Ricoti que la dirigiese. Tan fascinado se mostraba Alfonso con la sabiduría y la fina inteligencia del polígrafo murciano que quiso atraérselo a la religión católica. Después de rechazar en varias ocasiones los insistentes requerimientos del rey para la conversión, el Ricoti, al cabo hombre de espíritu mordaz y dado al humor, como casi todos los sabios, no pudo reprimirse más y le contestó cumplidamente, pero con suave ironía: «Si teniendo un solo Dios, que es Allah, no le sirvo bien, ¿cómo quieres que sirva a los tres dioses de tu Trinidad?». Como el asunto transcendió, fueron muchos en Castilla los que pidieron la pena última y el tormento para el murciano, y el rey debió desplegar, a su vez, grandes dosis de diplomacia para salvarle la vida, aunque no pudo evitar que pasara unos meses en las mazmorras y que su espalda fuera adornada con muchos bastonazos. Sí, pensaba Hamet, se encontraba en un aprieto, y debía actuar con suma mesura y serenidad, si no quería poner en trance de ira la paciencia del rey. Conocía y admiraba las obras de Llull; del otro nunca había oído

hablar.

—De las obras que mencionas no he tenido noticia… sí conocemos bien, señor, que Dios aumente vuestro poder, la rectitud de vuestras intenciones y la bondad de vuestra alma… Pero debemos ser leales a las creencias que hemos heredado de nuestros mayores…

—Y que yo respeto —le interrumpió el rey—. Solo os pido que hagáis el esfuerzo de leer las obras que he preparado para vosotros y que he mandado traducir al arábigo.

Hizo un gesto con la mano y el mayordomo se acercó con sendos códices que mostró al soberano.

—Este de aquí acaban de ultimarlo. Mirad, todavía está fresca la pintura. He mandado transcribir en él las razones de la verdad cristiana, expresadas de la manera más simple, para contrastar los errores de vuestra secta y la falsedad de vuestro profeta. Y ese otro contiene los principales errores de la ley de los judíos, que llaman Talmud, y de otra ciencia más escondida que ellos cultivan, a la que llaman Cábala. Tómalas, las dos son para ti, con la orden de que las leas en público ante los moros de Jerez.

Hamet se acercó al rey, cogió los códices con cuidado y se inclinó profundamente, añadiendo:

—Muchas gracias, señor. ¡Que Dios te favorezca, te alegre y te obsequie! Nos haces un regalo que no merecemos. Se hará como deseáis.

El rey, muy complacido, se revolvió en su asiento. Parecía con ello indicar que daba por terminada la entrevista, pero Hamet, reuniendo todo el valor del que se creía posible, insistió.

—Pero señor, espejo de los príncipes, con humildad debo trasmitiros que los jerezanos se sienten inquietos teniendo a naves de Castilla en la desembocadura de su río. Os hemos mandado numerosas mensajerías dando cuenta de los atropellos que sufrimos, de los que sin duda vos no teníais noticias, y suplicando su enmienda. Pero no hemos recibido respuesta. Estamos seguros de que esos recados nunca llegaron a vuestras nobles manos. Desde tiempo inmemorial, las mercancías han llegado y salido de Sherish por el Guadalete, por al-Qanatir, nuestro puerto, porque el que queda unas leguas curso arriba lleva décadas inutilizado; las avenidas invernales han causado destrozos en sus muelles y han colmatado su fondo. Señor, por favor, tened por ciertas las razones que os doy, respetad al-Qanatir: esta es tierra de musulmanes leales, protectorado de Castilla… Devolvédnoslas y veréis cuán buenos vasallos somos los jerezanos de los que jamás recibiréis daño alguno. Nosotros mismos nos encargaremos de impedir que los africanos puedan haceros daños desde estas riberas… También estamos dispuestos a comprar, al precio que pongas, los cautivos musulmanes propiedad de la corona que

penan en la villa en espera de una buena oferta. Así podrás resarcirte del daño que los rebeldes han causado en vuestras arcas.

—Ya es tarde para esos apremios, cadí… no puedo ceder en asuntos contrarios a mi señorío natural. Santa María del Puerto, y otros muchos lugares de la frontera, forman parte ya para siempre de Castilla y serán encastillados para defender nuestros reinos y recordar al sultán de Granada que no debe mostrarse tan moroso en el pago de las parias que nos debe. Y todas las mezquitas que un día fueron iglesias serán purificadas y dedicadas de nuevo al culto de la verdadera fe, porque la consagración es un acto irreversible… Simplemente, don Hamete: estamos recuperando lo que es nuestro y nos robasteis en tiempo del rey don Rodrigo. La empresa en la que nos hallamos es obra de Dios y no nuestra. El sagrado deber que heredamos de nuestros antepasados, la reconquista de las Españas, ha quedado cumplido por mi padre y mi abuelo, y yo me encargaré de que así siga siendo. El estruendo de las armas se ha terminado: por fin, gracias a Dios, los monarcas cristianos controlamos toda la Península, hasta su último rincón. Que nadie se engañe, aquellos de vuestros cabecillas que se autodenominan «reyes» gobiernan con nuestro consentimiento, como vasallos de la corona castellana. En cualquier caso, los moros que todavía permanecéis aquí podréis seguir haciéndolo en calidad de súbditos. Los abusos de los nobles, de los merinos o de los pesquisidores de Castilla se investigarán y, en su caso, se sancionarán y enmendarán, pues como rey no puedo consentir las extralimitaciones de mis mandatarios, ni aquí, ni en ningún otro lugar de Castilla. En cuanto a los cautivos sarracenos, de buen grado os los venderemos a un precio justo, que ya te ajustará el mayordomo de mi casa. Pero nada más… Y esta entrevista ha terminado. Marchaos en paz y llevad mis mejores deseos a los habitantes de Sherish. Decidles que nada han de temer de mí, si continúan siendo leales. De lo contrario, sufrirán las consecuencias de mi legítima cólera. Pero antes, debéis entrevistaros con mi canciller mayor para precisar qué tipo de ayuda podemos esperar de vos en el cumplimiento de la tarea inmensa en la que me he empeñado: la redacción de una ley escrita justa, clara, un derecho científico, que estamos plasmando en una obra que llamamos *Las Partidas*.

Cuando el rey hablaba de derecho, o de poesía o de historia, se le iluminaban los ojos y se dejaba arrastrar por el entusiasmo. Podía seguir durante horas y horas narrando sus logros librescos, en diversos terrenos, o enfrascado en discusiones jurídicas con los muchos alcaldes que lleva en su corte, los mejores conocedores del derecho de su época, dedicados plenamente al estudio de las leyes y colaboradores predilectos del rey legista.

—Hemos acometido también la redacción de un nuevo fuero, el

Fuero Real, en el que se recopilará toda la ley escrita municipal, con la que deberán juzgar los jueces de Castilla a partir de hoy y durante cientos de años. Quiero instaurar un nuevo sistema judicial en mi reino, más sencillo, que facilite las labores de los merinos, alcaldes, cogedores y pesquisidores, y que evite que mis jueces caigan en las redes tendidas por los *bozeros* que aprenden en Bolonia el arte de pleitear. Un sistema que alcance también a los nobles y fijosdalgo, aunque esto me esté costando la misma vida, pues a estos les repugnan las novedades legislativas, sobre todo, las que les tocan a la bolsa.

El rey, como si regresara de un lugar perdido, miró ahora de nuevo fijamente a Hamet, con una mirada exenta de coacción.

—Sé que eres un gran jurista, como lo fueron antes tu padre y tu abuelo, y creo que siempre cabe aprender de los buenos. Ningún conocimiento resulta superfluo y queremos saber más sobre la ley de los moros y sobre el funcionamiento de vuestros tribunales. Hablad con mi canciller, pues. Él os dará los detalles de mi oferta y el pago que recibiréis, si aceptáis, como espero que hagáis. Mi consejo es que aceptéis. Vuestra familia estará más segura en Sevilla, o en Toledo, el centro de Castilla, alejadas de contiendas, que en Sherish, en plena frontera, expuesta a los caprichos de la fortuna y al humor tornadizo del sultán de Granada.

Los soldados escoltaron a Hamet hasta la presencia del canciller mayor de Castilla y notario del reino, el maestre Ferrando Ruiz de Cabañas, abad de Covarrubias. Después de recorrer diversas salas y pasillos en construcción, en medio de una turba de alarifes y canteros moros, evidentemente andalusíes pero que hablaban con un acento extraño a sus oídos, Hamet se encontró delante de un hombre enjuto, completamente vestido de negro con una sencilla camisa de lienzo, calzas de tafetán y un pellote forrado de piel, que escrutaba por sus diminutos ojillos entre una mar de pergaminos que, sin orden ni concierto, cubría completamente la superficie de una enorme mesa. Graduado en Teología y canónico de Toledo y Salamanca, había estudiado en las escuelas de Filosofía y Derecho de Palencia, de cuya catedral llegó a ser maestrescuela. En ese cargo trabó amistad con don Alfonso, que quedó inmediatamente fascinado por los amplios saberes y la clara inteligencia de don Ferrando. Por eso el rey lo puso al cargo de todo el aparato administrativo del reino, una tarea ímproba en la corte de un monarca al que nunca le parecían bastantes las obras y reformas acometidas. Sobrepasado por sus tareas, el canciller andaba siempre en busca de colaboradores eficaces, aunque pocos le placían, pues resultaba muy difícil alcanzar la altura de sus exigencias.

Cuando se le anunció la presencia del visitante, uno de los ayudantes le explicó al oído las palabras y las intenciones del rey. El

canciller apartó su vista de los legajos y estudió con detenimiento a Hamet durante un tiempo que a este se le hizo interminable.

—Bien, don Hamete. Soy un hombre muy ocupado y no puedo entretenerme demasiado con vos. Al parecer sois hombre de algunas letras, experto en cánones y leyes de moros… ¿es cierto?

—Por voluntad del Todopoderoso, sirvo a mi comunidad desde hace años tratando de aplicar rectamente el perfecto código de leyes que Allah nos ha dado y que se encuentra recogido en el santo Corán y en la *Sunna* del profeta. No concibo otra ley que esta. Porque las leyes humanas no provienen más que de la ignorancia de la verdadera religión o del demonio, si se oponen a lo predestinado por Dios (alabado sea) y a su poder.

El canciller, que valoró como excesivamente arrogante la contestación del cadí, endureció el gesto, cambió el tratamiento y a punto estuvo de replicarle groseramente, pero recordó las instrucciones del monarca. Mucho le pesaba el cargo de canciller, cuando aspiraba a recluirse en San Millán de la Cogolla, donde su amigo y condiscípulo en las aulas de Palencia, Gonzalo de Berceo, oficiaba como maestro de novicios. Pero en tiempos de cruzada, un buen cristiano de Castilla no podía volver la espalda a su deber.

—Nuestro señor, también el tuyo, no lo olvides, ha fundado en Sevilla un estudio de latín y arábigo, y necesita maestros y escribanos sabedores de estas lenguas, que, además, sean peritos en leyes, pues quiere conocer cómo se imparte justicia entre los moros y con qué criterios. El rey te considera merecedor de ese puesto. Se trata de un alto honor, porque además de su estipendio, los miembros del estudio gozan de fuero propio, y pueden ir y venir salvos y seguros por todas las tierras del reino, exentos de portazgos, peajes y pontazgos. Tanto los profesores como los estudiantes de las escuelas reales quedan francos de estos pechos y pueden llevar y traer libremente, sin pagar nada, libros, paños para vestir, pergaminos y todas las cosas que precisen para su propia despensa. Además, se te dará casa para posar en Sevilla y quizás más tarde en Toledo, si el rey decide que forméis parte de sus selectos asesores jurídicos. A cambio, tus obligaciones consistirán en efectuar por las mañanas las lecturas y traducciones que se te indiquen. Por las tardes, podrás dedicarte libremente a tus estudios, siempre que no sean heréticos ni ofensivos a la ley de Dios. Tu primer cometido será completar la traducción al latín del *Calila e Dymna*, una colección de cuentos orientales que sin duda conoces y en la que diversos traductores han estado trabajando durante años. Es una buena oportunidad, sarraceno… no la desaproveches, porque es como una mujer huidiza…

El canciller vertió su discurso con palabras neutrales, exentas de emoción, pero en su rostro se percibían las señales de su odio y

desconfianza. Hamet se quedó mirándole con la mayor humildad que pudo recabar e hizo alarde de estar considerando la oferta. Después, contestó:

—Lo lamento, señor, pero creo que os confundís. Yo soy juez y perito en leyes no lingüista, y aunque leo con fluidez la lengua latina, no me considero competente para esos cometidos. Para lo que necesite puede contar el rey, mi señor, con mi consejo, y el tiempo demostrará, si Dios así lo quiere, que nunca vasallo dio a su señor mejor servicio ni consejo. Pero no puedo dejar de cumplir mis deberes como cadí de Sherish, ciudad donde debo seguir posando.

Como impulsado por un resorte, el canciller se levantó de su cátedra, rojo de ira.

—¡No sabes lo que dices, moro! ¡Cómo te atreves a rechazar un puesto así! Antes te crecerá un prepucio que volver a recibir una oferta como esta…. No tenéis remedio… anda, vete a revolcarte en tu herejía y en tus magias… ¿Jurista tú? Nigromante y hechicero, diría yo… Vete antes de que ordene prenderte. Como hay Dios que lo haré si no desapareces de mi vista….

Hamet se dio la vuelta y se dirigió a la salida, dispuesto a entrevistarse con el mayordomo para ajustar el precio del rescate de los cautivos y regresar a Sherish. Pero antes de franquear la puerta se volvió y, sabiendo que cometía una temeridad que podía costarle cara, dio rienda suelta a su orgullo:

—No hago más que cumplir lo que dice vuestro propio evangelio: «Nemo potest duobus dominis servire». Yo tampoco puedo servir a dos amos.

Apunto estuvo Hamet de dejar allí la vida. No resultaba baladí ofender de esa manera al canciller de Castilla. Sin duda por orden de este, el cadí permaneció dos días encerrado en su tienda, aunque bien atendido. Después, le llevaron de nuevo en presencia del prelado.

—Tienes suerte, moro réprobo, arrogante y soberbio. El rey no quiere castigar tu osadía como mereces. Su buen natural y… por qué no decirlo, la fascinación que siente por vuestros presuntos saberes, lo han inclinado, como siempre, a la clemencia. Quiera Dios que un día no tengamos los castellanos que sufrir las consecuencias de tantas mercedes… Pero no se rechaza una encomienda del rey de Castilla, cabeza, alma y corazón del reino, vicario de Cristo en la tierra.

El canciller había escogido bien el castigo, y quería disfrutar del momento.

—Desde hoy, quedas nombrado alcalde de los moros de Jerez. No tienes posibilidad de negarte. Acepta y vete en paz o enróllate tú mismo la cuerda de la horca. Porque solo saldrás de aquí como alcalde o como cadáver.

Hamet sintió el peso que le caía encima. Alcalde de moros. Si

aceptaba, los suyos le considerarían un traidor… pero no le dejaban otra opción. Reunió toda la calma que pudo para contestar, de la manera más fría posible, con un semblante que parecía de piedra.

—Si así lo manda mi rey, será un honor servirle en la medida de mis posibilidades.

El canciller levantó la mirada de los papeles que escrutaba sin descanso con un afán obstinado, como si fueran portadores de algún arcano misterioso, imposible de descifrar, y contempló al cadí con una sonrisa de triunfo.

—Bien Hamete; al final resulta que no eres tan tonto como pareces. Conservarás la piel, siempre que sirvas bien a Castilla. Puedes irte, pero antes de abandonar el campamento, el rey ha mandado expresamente que te entrevistes con uno de sus trujimanes, Isa Aben Yabir. Necesita ayuda con un trabajo en el que lleva años empeñado: una edición trilingüe, en arábigo, latín y romance, de vuestro libro de supersticiones. ¡Guardias! Lleváoslo.

Escoltado por dos enormes soldados de fisonomía y porte campesino, Hamet recorrió los interminables recovecos del desordenado real, mientras le acometían sentimientos encontrados. ¡Traducir el Corán, el Libro de la Sabiduría divina! ¿Quién sería capaz de tamaño despropósito? El Corán es la palabra de Dios, no creada ni perecedera, ni siquiera atributo de otra cosa pasajera que tenga que extinguirse, hecha descender sobre Muhammad para explicar a los hombres la religión verdadera y el camino recto… «¡Que ignorantes e infames son los gallegos!», pensaba el cadí; «en su estulticia se atreven con todo, acometen las obras más insensatas. Por eso Dios les castigará. Pero… ¿cuándo?». El cadí se mostraba, a la vez, convencido de la inevitable derrota de los cristianos, pero seguro de que él mismo no contemplaría momento tan glorioso. En cualquier caso, albergaba el firme propósito de no acudir a la Escuela de Traductores de la lejana Toledo, esa Babilonia donde Alfonso había reunido a sabios de muy distintas regiones para componer sus herejías; ni siquiera a los *Studii* sevillanos que acababan de fundarse con semejante finalidad. El cadí conocía bien ambas instituciones, e incluso se había servido de algunas de las obras en ellas producidas y compradas a un elevadísimo precio.

Recorrido un largo trayecto, finalmente lo dejaron en presencia de un anciano, encorvado sobre unos pergaminos que contemplaba con ojillos cansados y miopes; se acercaba mucho al texto, clara señal de la imperfección de su vista. Cuando el anciano levantó la cabeza permaneció unos instantes perplejo, sin saber qué decir, hasta que identificó por fin a la persona que le visitaba. Entonces empezó a hablar en un árabe andalusí inseguro, que sin duda había aprendido en la infancia, pero del que había perdido fluidez.

—Ilustre cadí; ¡qué gran honor saludarte! En todo el islam de Castilla se conocen los escritos de tu padre y de tu abuelo (Dios les haya perdonado), y los tuyos propios. Por favor, siéntate y bebe un poco de agua fresca.

Hamet se sentó, incómodo, en un tosco escabel, al estilo castellano, y rechazó cortés pero firmemente la copa que le ofrecía.

—Para mí, un humilde muftí de Segovia, es un honor conocer a uno de los Banu Quzman… toda la vida, que ya no será larga, recordaré este día. Pero perdóname, cadí, estas efusiones de viejo… Ante todo, amigo, quiero que sepas que no es idea mía que te encuentres aquí. El rey se ha empeñado en ello. Ya sé que has rechazado valientemente su ofrecimiento de incorporarte a su escuela de juristas y traductores. Ello te honra, aunque me parece una imprudencia.

El cadí sintió una inmediata simpatía por el anciano; contemplaba por primera vez a un espécimen de una raza para él desconocida, pero de la que tenía noticia por sus mayores: un moro de paz, un moro de la Castilla antigua, de los que llevaban generaciones habitando entre cristianos y asimilándose con ellos, hasta el punto de que la mayoría había perdido el uso del árabe y muchas de sus costumbres ancestrales. Por eso, se sintió obligado a decirle, en romance:

—No tienes nada de lo que disculparte, venerable anciano. Sé bien que la vida de los creyentes bajo la bota de los gallegos no resulta fácil. ¡Qué pueden los siervos contra los señores! Dios, alabado sea, conoce los motivos de esta situación extraña y antinatural. Si lo prefieres, hablaremos en su lengua, que yo domino, porque tu árabe, disculpa mi atrevimiento, no parece muy fluido.

Isa ibn Yabir asintió con alivio.

—Te lo agradezco, honorable cadí. Como bien has observado, me expreso con poca fluidez en la lengua sagrada, porque apenas la hablo, aunque la leo y la escribo sin dificultad. Me paso la vida entre escritos y pergaminos antiguos, vertiendo al latín y al román paladino las enseñanzas de nuestros antepasados y componiendo obras nuevas que ayuden a los pobres musulmanes de Castilla a preservar su fe. Y para ello debo emplear la lengua de los asociadores; de lo contrario, ninguno de nuestros hermanos podría entenderme. Mira —el viejo cogió un libro de entre el montón de papeles que poblaba la mesa y se lo tendió a Hamet, con una expresión de orgullo— esta obra, la *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de Nuestra Santa Ley y Sunna*, la acabo de terminar.

El cadí cogió el ejemplar, un libro mínimo, apenas un opúsculo, y lo ojeó. Con una caligrafía pésima y una equiparable pobreza de conceptos, el autor trataba de explicar las nociones fundamentales del islam en romance. Con una sonrisa, se lo devolvió al viejo, que negó con la cabeza, diciendo:

—No, por favor… es para ti. Sé que este modesto panfleto no puede competir con las obras que salen de tu cálamo; pero… mírame… míranos… a qué estado hemos quedado reducidos los musulmanes de Castilla. Siervos, en una tierra que una vez nos perteneció; esclavos de los…—en voz más baja, mirando con preocupación a su alrededor en busca de espías o de oídos indiscretos, siguió— comedores de cerdo. ¡Pobre de mí! Los andalusíes hemos sido malos musulmanes y por eso Dios nos ha castigado. Pero mi deseo es que volvamos al islam auténtico… ¡Dios protegerá a los buenos creyentes y les devolverá un día el poder que no debieron perder!

El viejo seguía lanzando miradas inquietas a su alrededor. No poco atrevimiento suponía formular esas pretensiones en plena corte castellana. Consciente de que había cometido una imprudencia, Isa ibn Yabir continuó en voz ahora más alta y que quería sonar conminatoria.

—Supongo que ya sabes lo que el rey quiere de ti. Debes revisar una traducción del Sagrado Libro al romance, en la que yo he participado, aunque modestamente. Se trata de un trabajo que lleva décadas en curso, en el que han participado numerosos expertos, sin que aún haya podido culminarse. ¡Qué Dios nos conceda fuerzas! De la traducción al latín, que también quiere el rey que revises, se encarga el clérigo Juan de Segovia, un paisano y amigo mío, y un hombre de bien.

Hamet contempló al viejo muftí con una mezcla de conmiseración y desprecio. ¿A ese estado habían quedado reducidos los creyentes del norte? Arrogantes pero cobardes, llenos de deseos de venganza, pero sumisos.

—Mi honorable Ibn Yabir: traducir el Corán no es solo imposible, sino una herejía… Aquel que pretenda oponerse a las cualidades y a las palabras del Gran Legislador no puede ser considerado más que como un infiel y un ser privado de inteligencia —le dijo Hamet, con un tono más duro del que hubiera deseado.

El viejo agachó la cabeza, avergonzado, y, al borde las lágrimas, replicó.

—Lo sé, maestro… lo sé. Yo mismo he tratado de convencer a Alfonso, le he explicado lo que acabas de decirme, pero cuando el rey toma una determinación no existe quien pueda hacerle cambiar de criterio. Yo soy su siervo y debo servirle… y lo mismo deberías hacer tú, si quieres conservar la cabeza. Mírame, desgraciado de mí: ¿qué puedo hacer yo, un simple criado de los castellanos? En vano he tratado durante años de detener la marea del tiempo, intentando que los creyentes de la meseta conserven sus costumbres, su habla, su religión… Pero poco a poco vamos adoptando los usos de los vencedores. ¡Hasta hemos dejado de contar el tiempo desde la Hégira y empleamos el calendario de los cristianos! Trata de comprenderme y

perdonarme… No puedo negarme. En realidad, ya existe una traducción del Libro al latín: la *Lex Mahumet pseudoprophete*. La realizaron hace muchos años un alfaquí de los politeístas que vino del país de los francos, al que llamaban Pedro el Venerable, y un toledano. Pero el rey la considera imperfecta y quiere mejorarla, acompañándola de una versión en romance.

Hamet negó con esa misma cabeza que el viejo veía en peligro, y puso una mano en el hombro del muftí.

—Ibn Yabir… se aprecia que eres un hombre de bien. Me imagino por lo que habéis pasado los musulmanes del norte. No tengo derecho a juzgarte. Tú haces lo que crees justo… pero yo no puedo acompañarte en tu locura. Nunca… escúchame bien… por nada del mundo participaré en una traducción del Libro Sagrado. Jamás… Solo pensar en ello me resulta pecaminoso. Dios allanó el camino de los creyentes hacia la obediencia y abrió sus pechos a la fe para que creyeran en Dios, proclamándolo con sus lenguas, sintiéndolo en sus corazones y actuando según las enseñanzas de sus profetas y de sus libros revelados… en lengua árabe. De este modo, los hombres aprendieron lo que Él les enseñó, se detuvieron en los límites que les marcó, y se contentaron con lo que les fue permitido, absteniéndose de lo que se les prohibió. Cuando el Sagrado Corán fue hecho descender a nuestro profeta Muhammad (Dios lo bendiga y salve) se produjo el mayor de los milagros y se selló la revelación. El Corán es en sí la revelación, da testimonio de sí mismo y no requiere prueba externa a él, porque reúne en sí la prueba y lo que es probado por ella. Entre todos los libros sagrados, el Corán es el único que fue recibido por nuestro Profeta (las bendiciones de Dios y su paz sean sobre él), recitado en su forma original, con sus propias palabras y frases provenientes directamente del Todopoderoso. Los profetas recibieron la Torah o los Evangelios, por el contrario, en forma de conceptos mientras se encontraban en estado de trance, semiangelical, que trasladaron a su lenguaje ordinario cuando retornaron a su estado humano. Por eso no son inimitables; la inimitabilidad es una característica exclusiva del Corán.

Muy enojado, Hamet se levantó y se dispuso a salir de la habitación sin despedirse siquiera del viejo, presa de negros presagios. En aquel moro asimilado, desnaturalizado, vio una imagen de su propio e inevitable futuro. Y allí mismo se conjuró para evitar con todas sus fuerzas que algún día sus hijos o sus nietos pudieran acabar en ese estado de sumisión. Pero sabía que si no se mostraba dispuesto a colaborar con él no le dejarían regresar a Sherish.

—Ibn Yabir… perdóname… no quería ofenderte. Comprendo tu postura… lo precario de tu posición, tus deberes para con tu comunidad. Pero no me pidas que colabore en la traducción del

Corán… te lo ruego. Yo mismo le daré al canciller las excusas que quieras… trabajaré contigo en la translación de cuentos, poemas, obras de derecho… en lo que quieras; pero no en la tergiversación del Sagrado Libro. Mándame a Sherish cuantos escritos quieras que revise y lo haré gustoso, empleando lo mejor de mis conocimientos.

El viejo asintió levemente y miró a Hamet desde la profundidad de sus ojillos miopes.

—No te preocupes, cadí… lo entiendo y… te envidio. Envidio tu valor, tu ciencia y tu juventud, Dios me perdone. No esperes ningún mal de mí. Hablaré con el canciller y le diré que hemos acordado los términos de tu colaboración en los trabajos de mi oficina. Te mandaré a Sherish algunos escritos, cuentos orientales, sobre todo… Ve con Dios (alabado sea) y que Él premie tu lealtad.

Hamet le puso al viejo una mano en el hombro, afectuosamente, y se volvió para encararse de nuevo con el canciller de Castilla, pedirle la venia y regresar a Sherish.

Los moros de Jerez no tuvieron más remedio que aceptar los hechos consumados y Hamet el cargo de alcalde. Pese a los años que llevaba tratando de evitar el contacto con los poderosos, el destino le colocaba una y otra vez a los pies de los caballos. Era el precio que debía pagar por ser un Banu Quzman de Sherish.

La primera medida de Hamet como representante de la corona de Castilla ante la comunidad musulmana de la ciudad fue convocar al consejo. Allí informó de los pormenores de su embajada y del nombramiento obligatorio del que había sido objeto.

—Bien sabéis, mis nobles amigos, que nunca he deseado este cargo, ni ningún otro. Solo por no rechazar vuestras peticiones acepté representaros ante el rey. Así que, por favor, ayudadme en mi cometido, no me lo hagáis más difícil de lo que ya me resulta. Debemos colaborar todos para que nuestra vida siga desarrollándose, en la medida de lo posible, como de costumbre. Consideradme un simple vocero vuestro ante los gallegos.

Hamet vertió su discurso con palabras suaves pero firmes, con convicción, logrando el efecto que buscaba. A su alrededor, sus vecinos le contemplaban con más compasión que descontento.

—Hermanos… No nos queda más remedio que someternos a los *galaliqa*, pero aún podemos conservar al menos una apariencia de honra. He aquí lo que os propongo…

Las razones de Hamet quedaron claras y se hicieron públicas en la ciudad. Todo siguió funcionando como hasta entonces. Los musulmanes seguían encabezados por el consejo y regían su vida con las leyes de la *sharia*, como siempre.

Aconsejados por el cadí, el consejo decidió, para mantener un poco la apariencia de honra, donar formalmente al rey los terrenos del alfoz

de Jerez en disputa, entre al-Qanatir y Rota. Además, se decidió ofrecer refugio a los habitantes de Arcos y Alocaz que se habían visto obligados a abandonar sus tierras como garantía del mantenimiento de la paz.

De esa forma, se revistió con una apariencia de legalidad lo que constituía una flagrante vulneración de los tratados suscritos con el rey Fernando: casi toda la tierra alrededor de la bahía de Cádiz pertenecía ya a Castilla. Solo Qadish quedaba fuera de su control. Una isla ya casi despoblada, después de una interminable sucesión de guerras y saqueos, que había cambiado de manos repetidas veces en las últimas décadas. Bajo soberanía nominal de los almohades, malvivían allí unos pocos soldados, escasamente avituallados y peor pertrechados, sometidos a la continuada mordedura del viento y de la humedad, esperando la muerte o su relevo. Muchos de ellos sucumbían sin lucha, víctimas de la enfermedad de las marismas, las fiebres palúdicas y de otras dolencias propiciadas por el clima insalubre de aquella isla desolada.

La hora decisiva en que se decidiría la suerte de Qadish parecía aproximarse. Tanto en Al Ándalus como en África se daba por seguro que el monarca castellano nunca renunciaría a tan valioso puerto, pues los fondeaderos seguros no abundaban en el litoral sur atlántico de la Península. Se precisaban puertos, barcos y hombres de mar, que en Castilla todavía debían venir necesariamente del norte, del Cantábrico. A toda costa quería hacerse el rey, también, con los puertos de Tarifa, Algeciras y Gibraltar. Pero esas plazas habrían de costarles aún mucha sangre a los castellanos en años venideros. Mientras tanto, el rey Alfonso quería obtener del sultán de Granada la cesión, siquiera temporal, de las plazas de Tarifa y Gibraltar, por medio de la diplomacia, aunque el astuto nazarí se resistía y seguía dando largas al asunto.

21. Yazira Qadish. Diciembre de 1262

Cuando Muhammad llegó a Qadish con sus refuerzos, para entrevistarse con el almirante al-Randayi y convencerle de que se sometiera al sultán de Granada, se encontró con una guarnición escasa, mal dotada y descabezada. El almirante había muerto pocos meses antes, tras ser derrotado por la armada castellana en las bocas del río Guadalquivir. El arrogante caíd había tentado mucho a la suerte atacando repetidas veces a las naves castellanas en la desembocadura del gran río y en la bahía de Cádiz, e incluso lo había remontado más de una vez llevando el pavor a los corazones de los cristianos que comenzaban a afincarse en sus riberas. Pero, al final,

había arriesgado demasiado y perdió su flota y buena parte de su dotación. Destruidos los restos de la armada almohade de Al Ándalus, las naves de Castilla tenían ahora a su merced la isla de Qadish y todas las poblaciones de la bahía gaditana y de la costa sur atlántica de la Península, entre Trafalgar y la desembocadura del Guadiana.

Quedaban en Qadish, sin saber muy bien qué hacer y a la espera de unas órdenes que nunca llegaban, unas pocas decenas de marineros bereberes, originarios de Tánger y de Salé, liderados por el menos lerdo de todos ellos, Ali ibn Tasufin. Hambrientos, sin armas ni naves para regresar a África, acogieron a Muhammad como una señal del cielo y aceptaron sus refuerzos, aunque no por ello se sometieron a su autoridad ni a la soberanía del sultán de Granada.

En una noche sin luna, oscura como una pesadilla, Muhammad e Ismail ibn Quzman se encontraban sentados al amor de la lumbre, cobijándose del viento a sotavento de unas antiguas ruinas, compuestas de piedras enormes, algunas adornadas con letras incomprensibles, que los alarifes mandados por el emir almohade habían tratado sin éxito de convertir en unas toscas murallas, tal era su peso. En medio de esa atmósfera opresiva y misteriosa, tío y sobrino, en compañía de algunos voluntarios de Sherish, asaban una buena cantidad de pescado. No en vano la pesca abundaba sobremanera en la isla y resultaba muy fácil de capturar. Así que disponían de meros, sollos, lampreas, salmones, congrios y pijotas.

Una vez saciados, los muyahidines se entregaron al pasatiempo favorito de todos los guerreros y viajeros de todas las épocas y lugares: narrar y escuchar anécdotas y mentiras. Ismail, dotado a su pesar de una buena formación literaria, fruto de la insistencia y los castigos de su padre, hizo las delicias de los escuchantes relatando algunos cuentos que aprendió en su infancia. Después, él mismo preguntó:

—Estas inquietantes ruinas parecen muy antiguas. Seguro que las hicieron paganos adoradores del fuego. Por toda la isla aparecen piedras semejantes. ¿Sabes tío quién habitó este lugar en época pagana, antes del islam?

Muhammad acababa de poner varias caballas casi vivas en la tosca parrilla de hierro que habían adobado y pronto el aire se llenó de un humo espeso y oloroso a grasa de pescado.

—No sé hijo, pero seguramente el viejo Yayah, que es hombre de algunas letras, podría contarte. Él nació, además, no lejos de aquí, en la almunia de al-Qanatir, que se encuentra ahí enfrente, al otro lado de la bahía, justo donde desemboca el Guadalete, nuestro río.

El joven miró al viejo con fijeza, sin hacer pregunta alguna. Pero este, al sentir la curiosidad en los ojos del joven, arrojó una esquena de pescado al fuego, se puso de pie y con la mirada fija en el vacío oscuro de la noche, se puso a relatar con su voz quebrada y

parsimoniosa.

—Este suelo que ahora pisamos fue en otro tiempo una poderosa metrópoli. En tiempo de los rumíes, una de las más importantes del mundo. Desde aquí se embarcaba el aceite y el *garum* para Rum, donde habita el califa de los nazarenos. Por ello, la ciudad rebosaba de riquezas y el oro afluía de todas partes. He incluso antes de los rumíes, un pueblo de Oriente, pagano, cuyo nombre no recuerdo, erigió aquí templos, torres y estatuas cuyas ruinas aún podemos contemplar. El más importante de ellos, el gran ídolo de Qadish, fue destruido hace no mucho, unas dos generaciones, por orden del califa almohade y de la mano del señor de Qadish, Ali Ibn Maymu—n. Pero la destrucción de esta ciudad data de mucho más antiguo, cuando los rumíes perdieron el poder, de la mano de los francos y los godos. Desde esos días, uno tras otro, los invasores vinieron y la arrasaron, hasta que al final los pobladores supervivientes decidieron abandonarla y afincarse en los marjales, más al interior, lejos del mar. Según me contaba mi abuelo (que Allah le tenga en su misericordia), mis antepasados vivieron en esta villa hasta que en tiempos del emir Abd al-Rahman los madjus, unos paganos de muy al norte, que Allah los maldiga, emparentados con los francos, de extraordinaria crueldad y tenacidad, vinieron en sus naves desde las Islas Frías y se afincaron aquí, después de matar o esclavizar a la mayoría de los habitantes de la isla. Mis antepasados lograron escapar, refugiándose en los marjales próximos a la costa, donde habitaron largos años dedicados a la explotación de las salinas, hostigados por los mosquitos, padeciendo penurias sin cuento, hasta que se fueron los madjus, que permanecieron aquí algún tiempo devastando las tierras de los musulmanes. En sus correrías, los paganos alcanzaron las afueras de Córdoba, Niebla, Algeciras… Isbiliya la tomaron varias veces, pero de allí fueron expulsados por el emir, y así las gentes que habían huido a Carmona y a las alturas del Aljarafe pudieron regresar a su ciudad. Cuando los madjus se fueron ya nadie se atrevió a vivir aquí, tal era el pavor que esos paganos despertaban y tal la fama de su bestialidad. Mis abuelos se afincaron en al-Qanatir y allí hemos vivido desde entonces, gracias a la benevolencia del Invencible, como salineros y pescadores… todo antes que labrar la tierra como animales.

—¿Quiénes eran esos madjus de los que hablas? Jamás he oído hablar de ellos, ni siquiera a mi padre, o a mi abuelo, hombres instruidos en letras y gustosos de hablar y contar hechos de los antiguos.

El viejo se tomó su tiempo para contestar. El humo de la parrillada hacía extraños rizos en el aire, bamboleado por los caprichosos vientos de la isla. Mohammed puso sobre los hierros toscamente trenzados las últimas doradas, que inmediatamente empezaron a desprender gotas

de su sabrosa grasa sobre las brasas, provocando un chisporroteo familiar.

—No me extraña que no te hayan hablado de ellos. Durante muchos años fueron el terror de estas costas. Su crueldad nunca ha sido igualada. Esos paganos no temían a la muerte, ni al dolor. Altos como palmeras… ¡casi gigantes! De ojos rojos, inyectados en sangre, porque se bebían la sangre de sus víctimas. Con sus hachas y escudos, sus largas melenas de pelos descoloridos y su forma de combatir resultaban invencibles y por donde pasaban dejaban la tierra yerma. Venían de improvisto, en cualquier época del año, en sus naves negras de casco plano, con monstruos tallados en la proa y en la popa; muchos navíos, tantos que a veces el mar perecía estar cubierto de pájaros de color de sangre. Impulsadas con sus remos, esas naves remontaban los ríos con facilidad pasmosa, y así saquearon Sherish, Isbiliya, Itálica: ni una sola ciudad, almunia o aldea quedó en pie en las riberas del Guadalquivir o del Guadalete. En cuanto llegaban, los que podían huían sin plantarles cara, para perderse por los campos y marismas, por el terror que infundían esas temibles criaturas, las más sucias por Dios creadas. No se limpiaban después de hacer sus necesidades, ni se lavaban tras el coito. Solo con fuerzas cuatro o cinco veces superiores en número se lograba ponerlos en fuga… Todavía cuando yo era pequeño las madres de estas regiones atemorizaban a sus hijos diciendo: «Si no haces lo que te digo te dejaré aquí, solo, y vendrán a por ti los madjus…».

Ismail rescató entonces, de los recovecos más profundos de su memoria, alguna referencia a esos pueblos de la lejana Thule escuchada de labios de su padre. El cadí con frecuencia se sentaba con su prole al calor de la lumbre para leerles relatos de historia y de viajes. En uno de ellos, el *Muruj adh-dhahab wa ma'adin al-jawhar*, del egipcio al-Masudi, se hablaba de esos hombres que debido a la falta de sol que padecían en sus tierras de origen, lucían ojos azules, cabellos rubios y, sobre todo, una gran estupidez e ignorancia.

—¿Y cuándo se fueron? —Quiso saber el muchacho.

—No puedo decirlo… solo hablo de lo que a mí me contaron. En realidad, a lo que parece, permanecieron en esta isla solo unos pocos años. Durante ese periodo, la convirtieron en su base de operaciones, pero sin posar aquí de manera permanente, ya que no dejaron rastro alguno. Iban y venían, en sucesivas oleadas. Las últimas, que yo sepa, se produjeron en tiempos del califa Abd al-Rahman, bendita sea su memoria. Pero en esta época era mucha la pujanza y el esplendor de Al Ándalus, bajo la mano firme de quien fue su mejor soberano, aún no igualado, según cuentan los sabios, a quienes siempre se debe escuchar con oídos atentos. El califa, cuando se supo que venían al sur, después de haber atacado a los cristianos en Yilliqiya, mandó

traer la flota desde al-Mariya y la aposentó en Isbiliya. Cuando se acercaron los madjus con sus barcos, el almirante de la fe los esperaba a la altura de Shaluqa, donde el gran río se une con el mar, y allí acabó con todos los que no pudieron huir al norte. Tan grande carnicería sufrieron esos demonios que no se les ha vuelto a ver por aquí.

Cuando el viejo calló, el silencio, quebrado por el crujir de las maderas del agonizante fuego, se apoderó del espacio. El viento se había calmado y ahora la brisa portaba un agradable aroma a algas mezclado con un extraño olor a muerte. Las historias de los terribles madjus sembraron el espíritu de Ismail de terrores y malos presentimientos, que no quiso compartir con su tío, quien de seguro se reiría de él y de su bisoñez. Pasó la noche entre terrores, recitando versículos y oraciones para repeler a los pobladores del inframundo, temiendo que en cualquier momento se le aparecieran las almas en pena de los paganos, que sin duda seguían atrapadas, por sus pecados, entre esas inquietantes ruinas. A la mañana siguiente, en la batalla, debía permanecer firme y no desfallecer: si por voluntad de Dios, alabado sea, debía él rendir su vida en esta isla, así lo haría. Pero en ningún caso se podía permitir ensuciar el ilustre nombre de su familia con la cobardía. Nunca podrá decirse que un Banu Quzman dejó de servir a Dios, en la forma en que la Providencia divina le hubiera colocado en el mundo.

Cuando amaneció, la luz del nuevo día dejó ver entre las brumas la imagen de decenas de velas desplegadas. Impulsada por el viento de levante, la flota castellana navegaba de través en dirección a la isla. Se había hecho a la mar justo antes de la alborada, en el fondeadero de al-Qanatir. La información de los espías había sido, por una vez, la correcta: el rey Alfonso acometía por fin la empresa que llevaba años preparando.

Desde la atalaya del campamento musulmán, una tosca plataforma encajada entre los restos de las piedras romanas, el vigía dio la voz de alarma. Al momento acudieron el comandante almohade de la villa, Ali ibn Tasufin, y Muhammad ibn Ismail ibn Quzman, el capitán de los voluntarios andalusíes.

—¡Botad las bateas! —gritó el bereber.

Con movimientos perfectamente coordinados por un exhaustivo entrenamiento, los responsables de las seis bateas cargadas con material inflamable rompieron las calzas que las sujetaban y las seis imponentes estructuras de madera se precipitaron al agua impulsadas por la pendiente, sobre una superficie de troncos engrasados.

—¿Dónde crees que tratarán de desembarcar? —preguntó ibn Tasufin a Muhammad.

—Si yo fuera el arráez de esa gran flota y supiera las fuerzas con las

que contamos, me dividiría en varios frentes e intentaría el desembarco por distintos puntos a la vez.

—Si hacen eso estamos perdidos. Lo hemos fiado todo a que tratarán de desembarcar en la rada principal, al pie del castillo.

Muhamad lo miró con una mezcla de desprecio e irritación. Llevaban días discutiendo la estrategia y no había conseguido que el testarudo bereber aceptara ni una sola de sus propuestas. Ya era tarde.

—Según nuestros espías, ese era su propósito inicial. Pero al haber botado las bateas antes de tiempo y haber bloqueado la rada, probablemente ahora Alfonso ordenará que las naves rodeen la isla por el norte y por el sur, para desembarcar en dos lugares: el antiguo puerto de la Caleta y la Laguna de la bahía.

El magrebí lo encaró con irritación, pero solo vio en Muhammad una expresión impenetrable. Le costaba reconocer que el orgulloso andalusí tenía razón, que había tenido razón desde el principio. Debería haber esperado para botar las bateas a observar las evoluciones de la flota asaltante.

—¿Qué propones que hagamos ahora, ya que eres tan listo que al parecer todo lo sabes?

—Esperar y no prender fuego a las bateas hasta el último momento. Quizás de esta forma los castellanos todavía caigan en la trampa.

La flota seguía acercándose a gran velocidad. Al-Qanatir se encuentra a poco menos de una legua por mar de Qadish, justo donde el agonizante Guadalete rinde su vida al Atlántico, así que la navegación entre ambos puntos, con ese viento, requería minutos, no horas. Como habían previsto los expertos mareantes que asesoraban a los cristianos, al apuntar el día el levante arreció, y los bajeles casi volaban sobre las aguas planas de la bien abrigada bahía.

Parecía que la escuadra de Castilla se dirigía a la rada principal. Por eso el almohade se disponía a dar la orden de incendiar las bateas, cuando, de repente, la expedición se dividió en dos, dando sendos y bruscos cambios de rumbo. Una parte se dirigió al sur, ciñéndose contra el viento, por lo que hubieron de echar mano a los remos. La otra viró al norte y las naves empezaron a dar pantocazos, cabalgando las olas en empopada.

—¡Hijos de perra! —El bereber rebosaba de ira, tanto porque se veía perdido como porque, una vez más, el orgulloso e insufrible andalusí, al que debía conservar a su lado por orden de su emir, había acertado en sus vaticinios—. ¡Rápido! Mansur, ve con los tuyos a la caleta y parapetaos como podáis para hacerles frente. Pero no os dejéis coger allí: cuando ya no quepa más resistencia regresad a la fortaleza.

Muhammad no esperó las órdenes del bereber. Sabía que no quedaba esperanza alguna de conservar la villa. Su única posibilidad había radicado en atraer a toda la flota castellana a la rada principal.

Allí, tal vez, hubieran podido encerrarla e incendiarla antes del desembarco. Pero ahora, toda esperanza se había desvanecido. Como militar experimentado Muhammad no se llamaba a engaño: solo cabía aguantar unas horas, acaso unos días, para causar el mayor daño a los cristianos y después escapar con vida si aún resultaba posible.

El Banu Quzman ordenó a los suyos que le siguieran. Se descolgaron de las alturas de la fortaleza por los acantilados que cumplían como muralla de la villa por el sur, para ganar la estrecha playa que con marea baja se formaba en la base. Hundiéndose profundamente en la arena blanda, los andalusíes rodearon el acantilado rumbo al este para dirigirse al lugar conocido como la laguna, que en realidad era una enorme marisma que se formaba en un remanso, al sureste de la isla, al pie de la roca donde se alzaba la medina. Sus aguas calmas lo convertían en un fondeadero seguro para los barcos, aunque peligroso para las personas, que con frecuencia acababan atrapadas entre los limos sin remisión, sobre todo si caminaban cargadas de hierro.

Los hombres de Muhammad se apostaron en un bosquecillo de pinos, justo en la orilla de la marisma. Parapetados tras una duna, los muyahidines cargaron las ballestas y se dispusieron a esperar. No eran más de veinte, todos ellos gentes de Al Ándalus de la zona del Guadalete, la mayoría mozos casi imberbes como Ismail ibn Hamet. Todos encaraban su primer combate y muchos de ellos no podían contener su pavor: rechinaban los dientes, temblaban e invocaban a Dios reclamando su protección. Al verlos así, tan asustados y menesterosos, su comandante sintió compasión, y se puso a narrarles hechos antiguos de gallardía de sus antepasados.

—Escuchadme, hombres de Al Ándalus, la perla del islam. No temáis. Sois herederos de una noble estirpe, que ha llevado el dolor y la sumisión a los comedores de cerdo (que Dios los elimine) en todos los rincones de esta península e incluso más al norte, en el país de los Francos, adoradores del fuego y de los árboles. ¡Recordad a Almanzor! cuyo nombre ningún gallego puede pronunciar sin ensuciarse encima. ¡Recordad a Tarik!, cuya espada trajo por primera vez el islam a estas tierras. Apuntad al corazón de los cristianos y Allah, dueño de la soberanía y de la omnipotencia y en cuya mano están el dominio y el poder, guiará vuestros virotes directos a su destino. Apretad los dientes y atacad de frente; y hacedlo con la violencia de quien quiere vengar la sangre de sus padres y de sus hermanos descargando su cólera sobre el enemigo, y está dispuesto a morir para que nadie se le adelante en la venganza y la ignominia no le alcance en este mundo. ¡Dios vence siempre, Dios es el vencedor!

—¡Dios vencedor! —repitieron todos los jóvenes, algo confortados, pero la mayoría de ellos con escaso convencimiento.

Como Muhammad anticipó, pues al sur de la isla no había otro

fondeadero posible, las naves cristianas se dirigieron a la laguna. Antes de penetrar en las fangosas aguas de la marisma, algunos marineros echaron sondas para medir el calado. Los musulmanes aguardaban ansiosos los movimientos de los atacantes, pero estos permanecían fondeados a distancia. Parecían esperar a que la pleamar les permitiera acercarse un poco más a la orilla en aguas con calado suficiente para maniobrar. Sin embargo, al poco rato los cristianos lanzaron al agua botes de extraña factura que llevaban preparados y en ellos se embarcaron soldados fuertemente armados. Era una maniobra desusada, completamente nueva, que desconcertó a Muhammad.

—¡Hijos de puta! ¿Qué hacen ahora?

—Parece que embarcan a soldados en esos extraños botes para acercarse a remo hasta la orilla —contestó Ismail, creyendo que la pregunta de su tío esperaba respuesta.

Más de treinta enormes barcas se dirigían hacia donde se apostaban los andalusíes. Cada una de ellas portaba al menos veinte soldados forrados de hierro. Muhammad ordenó a los suyos que apuntaran, repartiéndose los objetivos de manera apropiada. Ya se encontraban los atacantes casi a tiro, cuando otro suceso inesperado se produjo: en la proa de cada uno de los botes, los castellanos levantaron una tosca bastida de madera, que protegía a todos los ocupantes de la embarcación.

Con calma contenida esperaban los andalusíes la orden de Muhammad para empezar a disparar, pero el comandante sabía que todavía resultaría inútil. Los virotes se estamparían contra la bastida sin causar daño a los cristianos. En medio de un silencio sepulcral, los botes se deslizaron con un crujido silbante sobre el manto de algas de la orilla, uno al lado del otro, en perfecta formación, componiendo un espectáculo estupefaciente. Muhammad se vio perdido ante la pericia de los estrategas cristianos. Dudaba si dar la orden de retirarse ya, ante la inutilidad de la defensa, para regresar a la fortaleza. Pero antes de que pudiera decidirse, se oyó una voz ordenando en romance.

—¡Bote primero, al asalto! —De repente, la bastida del bote que había varado más hacia el sur se inclinó hacia delante con un crujido de maderas, al que siguió el estrépito y el griterío de los soldados que, invocando a la Virgen María, se lanzaron al asalto empuñando largas picas. Todos portaban petos y yelmos de hierro, y protecciones del mismo metal en tobillos y antebrazos tan cuidadosamente pulidas que refulgían al sol. Parecían estatuas andantes.

Muhammad dio la orden de disparo y casi al unísono, chasquearon las veinte ballestas. Los virotes rebotaron en su mayoría contra los petos de hierro, abollándolos, pero sin causar daños mayores a los cristianos, aunque unos pocos alcanzaron las partes descubiertas,

cobrándose algún ojo o traspasando algún brazo.

—Apuntad a la cara —gritó Muhammad, casi al mismo tiempo que en la playa se oía—: Segundo bote, ¡a la carga!

El tiempo empleado en recargar las ballestas fue el que necesitaron los cristianos de la primera oleada para llegar hasta la cima de la duna, así que la segunda descarga les pilló a bocajarro, causando graves destrozos. Casi todos los cristianos cayeron dañados por los agudos virotes o retrocedían entre aullidos de dolor.

Pero antes de que los andalusíes pudieran recargar las ballestas, se vieron acometidos por los ocupantes del segundo bote, por lo que tuvieron que emplearlas como garrotas, con poco éxito, porque en breves instantes casi la mitad de los muchachos fueron atravesados por las picas cristianas.

—¡Retroceded todos, vamos, rápido! ¡Al alcázar! —La orden de retirada de Muhammad llegó tarde, cuando ya apenas quedaban cinco muyahidines con vida. El comandante asió a su sobrino por la túnica y tiró de él con fuerza, evitando así que un cristiano le traspasara con su pica. De un sablazo Muhammad abrió la cabeza del atacante de parte a parte, y el alfanje quedó tan firmemente trabado en el cuerpo del castellano que no pudo recuperarlo.

—¡A correr Ismail! ¡Corre por tu vida!

Tío y sobrino escaparon entre los pinos, sin que los pesados guerreros cristianos lograran alcanzarlos. A grandes zancadas, desandaron el camino para buscar cobijo entre las piedras de la fortaleza, pero la pleamar había borrado la playa, así que debieron escalar el acantilado.

Cuando aún se encontraban a media pendiente, los cristianos les descubrieron y empezaron a lanzarles flechas y virotes con cada vez mejor puntería. Viéndose perdido, Muhammad agarró de nuevo a su sobrino y se introdujeron ambos en una pequeña cueva que se abría en la superficie del acantilado. Penetraron con dificultad en la gruta, con cuidado de no resbalar, pues bajo sus pies se abrían profundas simas que llegaban hasta la mar. Las olas que batían con fuerza a más de quince codos por debajo, les salpicaban. Cuando ya no pudieron avanzar más, se recostaron sobre la húmeda pared en un estrecho poyete y poco a poco recuperaron el resuello.

—Intenta no moverte ni hacer ruido, hijo —dijo Muhammad a su sobrino—. Si nos encuentran aquí estamos perdidos.

Pasaron en la cueva largas horas, ateridos y sedientos, sin saber qué ocurría afuera. Los cristianos parecían haberse olvidado de ellos. Cuando se hizo de noche, Muhammad se atrevió a hablar en voz muy baja.

—Nos encontramos en buen aprieto, Ismail. No sé cómo vamos a salir de esta… pero lo haremos. Tú sígueme en todo momento, no te

separes de mí ni un palmo.

Los dos fugados salieron de la cueva con mucho cuidado. De noche, el peligro de resbalar y precipitarse sobre un lecho de rocas afiladas como escalpelos aumentaba considerablemente. Después de un penoso recorrido que se les hizo eterno, regresaron a la abertura de la cueva, en medio del acantilado, para encontrarse con una oscura noche de luna nueva. Apenas podían percibirse otros sonidos que el sordo rumor del mar y la batida de las olas contra el roquedo.

Dudaba Muhammad sobre si subir o bajar, ignorante de los acontecimientos del día, pues, aunque sobre el resultado final de la contienda pocas dudas cabían, no sabía dónde se encontraban ahora los cristianos y, sobre todo, ignoraba si habían escapado o no con vida otros musulmanes. Le dijo a su sobrino que esperara a la entrada de la cueva, con orden de introducirse de nuevo en ella si observaba algo extraño, y él escaló el acantilado para observar qué ocurría en la fortaleza.

Cuando llegó a la cima, buscó el amparo de unas rocas y se subió a la más alta de ellas. Desde allí pudo contemplar cómo un número incontable de cristianos, más de cien en cualquier caso, comían, bebían y cantaban alrededor de una hoguera. No lejos de allí, pendían los cuerpos ahorcados de decenas de bereberes.

Seguro ya del resultado de la contienda y sabiendo que de seguir allí perderían la vida, regresó junto a su sobrino.

—No temas Ismail. Soy yo —dijo mientras se acercaba a la entrada de la cueva—. Debemos salir de aquí de inmediato. Los cristianos son dueños de la isla. Al parecer somos los únicos supervivientes. Vamos, bajemos.

Con cuidado de no hacer ningún ruido, tío y sobrino descendieron al pie del acantilado. Una vez allí, se acogieron a la protección de los pinos y trataron de localizar por los alrededores trazas de vigías cristianos. Los castellanos se sentían muy seguros, pues no habían puesto centinelas en la base de la fortaleza. La mayoría de ellos se encontraban seguramente arriba festejando. Pero los fugitivos dudaban si sus naves habían regresado a al-Qanatir, o si todavía fondeaban en la laguna.

Hacía allí se dirigieron, con la esperanza de hacerse con un bote para escapar de la isla. Podían tratar de hacerlo a pie hasta llegar a la altura del caño donde la isla casi se toca con el continente, pero se encontraban a no menos de cuatro leguas de distancia, y por el camino abundaban los peligros. Sobre todo, de noche, resultaba muy arriesgado caminar por la traicionera marisma. Si no encontraban un bote, sin embargo, esa sería la única escapatoria posible.

Al llegar a la altura de la duna donde se libró la breve batalla esa misma mañana, se apostaron tendidos en tierra y escrutaron la

oscuridad. Como sombras amenazantes, la tenue luz de las estrellas les permitió percibir las formas de los botes con los que los castellanos habían desembarcado. Allí permanecían todos, aparejados, al parecer sin vigilancia. Bastaba con botar uno de ellos y en unas cortas paletadas, los remos les sumergirían en la negrura de la bahía, donde resultarían ilocalizables ya hasta el amanecer, tiempo suficiente para alcanzar la Península por un lugar despoblado y cercano, quizás por la alquería de Jarana, al sur del brazo inferior del Guadalete.

Reptando por la arena, los andalusíes llegaron hasta el bote más próximo, y tras comprobar que contaba con remos, empujaron con fuerza para botarlo. La embarcación se encontraba firmemente varada en el fango de la orilla y resultaba muy pesada, así que debieron emplear toda su potencia para lograrlo. Entre resuellos contenidos, haciendo palanca con los remos, por fin pudieron desencajar del lecho arenoso el casco del bote, que regresó al mar con un chapoteo demasiado fuerte.

—¡Al arma, en los botes! —Se oyó gritar. En algún lugar entre la oscuridad, un centinela les había localizado, y ahora pedía ayuda.

—¡Deprisa, adentro! —gritó Muhammad a la vez que lanzaba a su sobrino al bote con un fuerte empujón—. ¡Monta los remos, rema, por tu vida! —Los virotes empezaron a silbar por todas partes. Los chasquidos de la madera anunciaban que muchos rendían viaje en el bote.

—¡Rema, rema! —dijo otra vez Muhammad, mientras cogía los remos y empezaba a bogar con fuerza. Ya en el agua, el bote se alejaba a gran velocidad de la orilla, aunque todavía los virotes llevaban por doquier su mensaje de muerte.

—¿Qué te pasa, por qué no remas? ¡Ismail! —Pero el sobrino no contestaba. En la proa del bote, permanecía sentado, recostado sobre la borda, mientras los mangos de los remos se cruzaban entre sus piernas.

Cuando ya estuvieron lejos de la costa, protegidos por la negrura de las aguas y la noche, Muhammad dejó los remos asegurados y se dio la vuelta para comprobar qué ocurría con su sobrino. Le alzó la cabeza y dio un grito, sintiendo que el dolor le mordía en el estómago como un animal hambriento, al ver el pecho de Ismail atravesado por un virote. Con los ojos muy abiertos, su sobrino le miraba sin ver, sumido en una perplejidad extática y ya permanente.

22. Sevilla. Abril de 1264

Desde que fue coronado, el rey Alfonso moraba la mayor parte de su tiempo en Sevilla, rodeado de un enjambre de parientes, lisonjeadores,

mesnaderos, servidores y vasallos. Todo el que le resultaba posible, pues, como monarca, debía desplazarse continuamente para solucionar problemas y fallar entuertos por todas las partes de su enorme reino. Aunque su predilección recaía sobre las tierras de Murcia, en cuya conquista había participado personalmente siendo aún muy mozo, como buen estratega sabía de la importancia de la ciudad del Guadalquivir, no solo por su cercanía a la frontera granadina, sino, sobre todo, porque por ese río Castilla se abría hacia el África, donde el ambicioso rey cifraba sus esperanzas de futuras conquistas. Sí, Sevilla sería la capital del imperio que pensaba construir, un imperio que dominaría las dos orillas del Estrecho, y echaría definitivamente a los descreídos que llevaban ya demasiado tiempo ocupando regiones que un tiempo fueron cristianas. Tierras que formarán ya para siempre parte de la cristiandad: las de san Isidoro y san Agustín, territorios que solo por los pecados del pueblo de Dios habían sido holladas por manos impías.

A principio del año de 1264 se convocaron Cortes en Sevilla en busca de los ansiados recursos para lanzarse a la *cruzada de allende*. Considerando Alfonso segura la lealtad y la debilidad del rey de Granada, nada cabía temer por ese flanco. El nazarí le enviaba muchas cartas y embajadores, mediante las que renovaba sus promesas de fidelidad. Además, el último escarmiento desencadenado con ocasión de la fallida conquista de Ceuta por parte del granadino había sido ejemplar. Durante semanas, las mesnadas de Castilla talaron las más fértiles comarcas de la vega de Granada, así que el Rojo necesitaba tiempo para recuperarse, una larga tregua que pactó a un alto coste. Recientemente había pagado, con algo de retraso, las parias anuales. Así que todo parecía en orden en la frontera sur. Por precaución, con ocasión de las cortes Alfonso convocó al sultán de Granada para que acudiera a Sevilla, a explicar cuándo pensaba entregar las plazas prometidas de Tarifa y Gibraltar, y a renegociar los acuerdos de Jaén, que próximamente expirarían.

El rey Alfonso sabía que numerosos contingentes de africanos venían desembarcando en las costas nazaríes en los últimos meses, con intenciones desconocidas, aunque previsibles. Pero no parecían representar, al menos por ahora, una amenaza seria. Muchos de ellos, cabecillas díscolos y descontentadizos, acudían escapando de la justa ira de sus señores, para poner sus tropas bajo el mando de un príncipe al que consideraban erróneamente más benévolo y buen pagador. Y el nazarí andaba siempre necesitado de tropas bereberes para poner orden en su propio reino, donde distaba de concitar la sumisión de todos. Casi sin remedio, esas tropas acabarían dedicándose al bandidaje y constituyendo un problema para el sultán de Granada.

Pese a todo, la presencia de tantos africanos en España no auguraba

nada bueno, así que poco hizo falta para que el rey convenciera a las cortes de la necesidad de aprobar privilegios para quienes ayudaran al esfuerzo bélico. Todos en Castilla sabían que, tarde o temprano, se desencadenaría la inevitable guerra final contra Granada. Así, se acordaron nuevos impuestos y otras muchas medidas destinadas a incrementar la potencia de las armas de Castilla, como beneficios para quienes criaran caballos de combate y para los que plantaran bosques madereros. Además, quienes pudieran mantener montura y armas en la frontera quedaron excusados de la martiniega y de la fonsadera, a cambio de permanecer obligados a servir al rey en la banda morisca cuando fuesen convocados.

Pero, sobre todo, logró el rey que se aprobara la ampliación de la flota, como medio de defenderse del poderío marroquí. Había que poner fin para siempre al señorío de las naves del islam en el Estrecho. Y para eso no bastaba la producción de las nuevas atarazanas castellanas de Sevilla y de Santa María del Puerto. Por ello, se encargó a los astilleros genoveses de Banajunta de Portavenere la construcción de tres de sus afamadas galeras, pagadas con créditos concedidos al rey por los banqueros milaneses. Por añadidura, con el mismo objeto de afianzar el poderío naval castellano, se aceleró la repoblación de la recién conquistada isla de Qadish. A Guillén de Berja y a los cien hombres que se establecieron allí con él, se les concedieron diversas heredades por las costas de la bahía, en las alquerías de Campix, Grañina, Fijonera, Poblanina y Fontanina, convenientemente dotadas de siervos y esclavos al objeto de que sus titulares se despreocupasen completamente de todo aquello que no fuera el ejercicio de las armas y de la guerra naval. Los designios del rey para con la preciosa isla se iban cumpliendo poco a poco: primero, que se poblara exclusivamente con cristianos; segundo y principal, que se erigiera en ella una poderosa ciudad, cabeza de puente para su aventura africana, a la que se otorgó la restauración de la antigua sede episcopal de Asido, mediante bula del papa Urbano IV el 21 de agosto de 1263. Como primer obispo de la nueva cátedra, el rey nombró a fray Juan Martínez, uno de sus hombres de confianza y estrecho colaborador. Un pastor que, muy significativamente, extendía su jurisdicción hacia localidades que aún no estaban en poder de la corona de Castilla: «Al electo como obispado de Cádiz e toda la Ysla e todo lo que es allende Guadaleque, fasta do entra Guadiaro en la mar…».

El Estrecho, su control, era la pieza más codiciada por Alfonso, pero no solo por él. El sultán de Granada, derrotado en Ceuta, no había cejado en su empeño de hacerse con la medina y solicitó la ayuda del rey de Castilla, proponiéndole un ataque conjunto contra la plaza. Alfonso vio en ello inmediatamente una oportunidad de hacerse con los puertos del Estrecho, a la vez que debilitaba a los africanos,

mermando sus posibilidades de acometer nuevos desembarcos en la Península. A cambio de su ayuda, le pidió de nuevo al nazarí la entrega de Tarifa y Gibraltar. El granadino había aceptado a regañadientes, aunque seguía demorando la entrega. Porque el Rojo sabía bien que fortaleciendo al insaciable castellano cavaba su propia tumba. De poco le había servido al señor de Niebla, Ibn Mahfuz, también vasallo de Alfonso, el cumplimiento de los pactos suscritos con el padre del rey, Fernando, pues su hijo le había arrebatado la ciudad, expulsando a todos sus habitantes, hacía unos pocos meses, en flagrante incumplimiento de los acuerdos de vasallaje y capitulación. En la suerte de Niebla Al-Ahmar veía su propio e inevitable destino: irremediablemente parecía destinado a caer, bien en manos de Castilla o bien de un señor africano. Si quería sobrevivir debería desplegar astucia y paciencia, jugar bien sus cartas, si era necesario con dos barajas.

Por eso el sultán de Granada acudió a la llamada del rey Alfonso, mientras negociaba secretamente con los africanos, y se dirigió a Sevilla. Acampó a las afueras de la villa, en el aljibe rojo, con sus quinientos jinetes de escolta. Hasta allí salió a su encuentro el rey Alfonso, quien le pidió a Al-Ahmar que le acompañase a la medina con sus principales nobles, los Banu Askilula. Juntos entraron en la villa y el rey ordenó que alojaran a los moros en una suntuosa vivienda, cercana al alcázar, que se encontraba al final de un callejón sin salida. A la mañana siguiente, los nazaríes se dieron cuenta de que los castellanos habían construido una empalizada en la boca del callejón, dejándoles aislados. Temiendo el rey de Granada que les había tendido una trampa, escaparon descolgándose de los muros de la ciudad y regresaron a su campamento del aljibe rojo, para partir al momento rumbo a sus tierras. Sin embargo, tan pronto como lo supo, el rey acudió al campamento nazarí y le juró al sultán que la finalidad de la empalizada era protegerlo de los ladrones cristianos. El sultán dijo creérselo, aunque argumentó diversos pretextos para adelantar su regreso a Granada; allí mismo, sobre la marcha, se renovaron las treguas y los pactos de fidelidad y vasallaje. Todos mentían. Porque la intención del rey había sido la de hacer prisionero al nazarí mediante una argucia, ya que no disponía en ese momento en Sevilla de suficientes caballeros para hacer frente a las aguerridas tropas de los Banu Askilula en campo abierto. Muhammad I, por su parte, se juró entonces que no volvería a encontrarse con Alfonso, sino para combatirle y luchar contra él.

Tan pronto como el sultán de Granada se despidió en Sevilla del rey Alfonso, después de renovarle los juramentos de sumisión, y sabiendo que había escapado por poco de caer en las manos el castellano y, probablemente, de morir ajusticiado, se dirigió a Medina ibn al-Salim

y desde allí aceleró los preparativos de la sublevación. Ordenó a los habitantes de esa ciudad y de las villas próximas que se encastillasen. En su camino de regreso a Granada, fue parando en todas las villas de su señorío y disponiéndolo todo para la contienda.

Esa mañana de abril del año de 1264 el rey Alfonso podía considerarse muy satisfecho: sus escritos prosperaban y la temporada de caza se prometía excelente. Los granadinos permanecían apaciguados, después del susto, aunque bien sabía el rey que poco tiempo faltaba para que los Banu al-Ahmar se revolvieran contra él. Sobre todo, le complacía saber que los preparativos para la cruzada africana seguían su curso. Con todos sus asuntos en orden, pensaba el monarca dedicar el día a uno de sus pasatiempos preferidos: recorrer los jardines de los alcázares en compañía de varios escribanos para repasar algunas de las últimas traducciones producidas por su corte, mientras trasegaba copas de vino. En ese momento andaba ocupado revisando y completando, con ideas de su propia cosecha, el *Libro de los engaños y ensañamientos de las mujeres*, una colección de cuentos árabes. Sin embargo, algo inesperado vino a frustrar esos planes.

Apenas había iniciado su paseo, mientras se encontraba contemplando el último esplendor de las ya escasas flores de los naranjos, apareció su alférez, muy alterado, en compañía de un moro, maniatado, al que arrastraban dos soldados.

—Espero que lo que me traes sea importante, Gonzalo, pues ya sabes que he dado orden de que no se me moleste, salvo en casos de extrema urgencia y necesidad, relacionados con mi familia o con la preservación de mis reinos.

El alférez se arrodilló y, tras pedir excusas por la intromisión, dijo:

—Lo es mi señor. Extremadamente urgente e importante. Este moro ha acudido al amanecer a los cuarteles de la torre de Jerez, pidiendo hablar con el rey, pero negándose a dar explicaciones del motivo. Después lo han llevado de un lado para otro, incluso le han maltratado, para que confesara sus intenciones. Y ya se disponían a colgarlo cuando, por fortuna, uno de mis leales ha venido a buscarme, pues tenía la impresión de que el asunto lo merecía por su posible gravedad. Por fin, en mi presencia, ha consentido en declarar qué recado portaba para el rey de Castilla… ¡Traición! Majestad, ese es el mensaje… los moros se preparan para sublevarse… mañana mismo, desde Niebla hasta Murcia. Todo está preparado, bajo el liderazgo del perro de Granada, ese que se declara vasallo vuestro pero que busca vuestra perdición, que besa vuestra mano con la intención de morderla. Según ha confesado este hombre, los felones pretenden hacerse con este alcázar y secuestraros, a vos y a la reina, con la ayuda de los moros de la ciudad y del Aljarafe, que tienen concertado entrar disimuladamente en la villa esta misma tarde, con armas

escondidas, para permanecer intramuros, escondidos en cuadras y covachas, tras el cierre de las puertas. Y lo mismo que en Sevilla, se han concertado los traidores en Jerez, en Lebrija, en Arcos, en Orihuela y en todas las villas que están bajo nuestra guarda.

El rey se dirigió hacia el moro, que, de rodillas, observaba la escena con calma, aunque su gesto delataba el dolor que le causaban sus muchas heridas y mataduras.

—Liberadlo… Poneos en pie… —Después de contemplarlo con detenimiento, el rey le preguntó, mientras los soldados cortaban con cuidado sus ligaduras—. ¿Quién te manda? ¿De dónde vienes?

—Señor, ¡que Allah (el más grande) te favorezca, te alegre y te obsequie!… vengo a serviros, porque así me lo han mandado gentes a quienes mucho estoy obligado. Mi cometido se ha cumplido: trasmitiros la noticia cierta de que vuestra vida peligra aquí, en el alcázar, donde ya hay muchos moros conjurados para tomaros prisionero, a vos y a la reina. Pero no puedo deciros quién me manda. Sabed que no todos los musulmanes quieren rebelarse contra vos, que somos muchos quienes pensamos que esta rebelión es una locura. Yo actúo como su portavoz, pero no puedo desvelaros la identidad de quienes me mandan pues, si se supiera, ellos mismos perderían la vida en manos de sus propios hermanos. Y se sabría de cierto, pues esta corte rebosa de espías granadinos. Creedme señor, pues digo verdad. ¡Os lo juro por mi alma, mi bien más preciado!

—¿Sois entonces, vosotros, moros leales a la corona?

—Mi glorioso señor, somos honradores de la palabra dada, y confiamos en que, como el gran soberano que habéis demostrado ser, cumpliréis la vuestra de respetar nuestras vidas y haciendas de los moros de paz, tal como pactamos.

El rey se quedó mirándolo un rato, y después mandó que lo encerraran de manera que no pudiera ponerse en contacto con nadie, pero sin que sufriera daño. De inmediato, se puso a conferenciar con el alférez sobre las disposiciones que debían adoptarse. Alfonso vivía en el engaño. Pensaba que sus vasallos moros estaban asosegados, no contentos, pero sí resignados a su situación… pero ahora se daba cuenta de que su intención siempre ha sido aviesa. «Traidores, todos traidores», pensó: «El sultán de Granada el peor de todos. Pero también los emires de Marruecos… Cuánta razón tenía mi padre cuando decía que a los moros hay que tratarlos con justicia, porque son gente puntillosa con las cuestiones de honor, pero que nunca, nunca, hay que fiarse de su palabra. Para ellos no hay deshonor en la mentira. Vivo rodeado de felones: los nobles, los moros, hasta mis propios hermanos, los infantes… ¡Virgen Santa, qué gran traición! Me han traicionado aquellos en quien fiaba, que maquinaban la manera de dejar pasar a mis enemigos al alcázar».

No quedaban muchos musulmanes habitando dentro de Sevilla, pero sí abundaban en el Aljarafe: los pactos de capitulación habían obligado a los moros sevillanos a salir de su ciudad. Los cristianos de Sevilla, aunque mayoritarios, se encontraban dispersos por el caserío de intramuros, así que decretó Alfonso que él, su familia y sus consejeros, debían salir de incognito y de inmediato, hacia un lugar seguro. Con lo mejor de su guardia, partieron de Sevilla en dirección al suroeste, para refugiarse en una fortaleza recién construida en una isla del Guadalquivir, en plena marisma, a unas siete leguas de Lebrija. Desde allí, en caso de peligro, podrían escapar navegando río abajo. Sin embargo, el estado del rey no aconsejaba emprender navegaciones, ni aún viajes largos por tierra, pues de resultas de la impresión y del disgusto que le causó el alzamiento de quienes consideraba vasallos leales, cayó gravemente enfermo, y tuvo que ser transportado en silla de manos.

Mientras tanto, el alférez, una vez enviados los avisos a las plazas amenazadas, reforzó la guardia de la alcazaba y mandó que todos los cristianos de la villa se acogieran dentro de sus muros. Otros recaderos partieron hacia el norte, en dirección a Córdoba y a Jaén, en petición de refuerzos. Se convocaron a las mesnadas y a las tropas de la Orden de Calatrava.

En la mañana del día previsto para la rebelión, desde el alcázar, los sevillanos pudieron contemplar cómo una nutrida partida de caballeros africanos se acercaba descuidadamente a los muros de la villa, con los estandartes rojos del monarca nazarí flotando al viento, orgullosamente erguidos sobre las lanzas. Los bereberes esperaban ser recibidos con las puertas abiertas y vítores de los sublevados, pero se encontraron con una nube de flechas, azconas y virotes que se cobró muchas vidas. Todavía pretendieron los africanos reagruparse para intentar un asalto, pero hubieron de escapar cuando recibieron aviso de que las tropas del maestre de Calatrava bajaban a toda prisa desde Córdoba, siguiendo el curso del Guadalquivir.

La rápida reacción del alférez de Castilla consiguió abortar la rebelión en Sevilla y todo su alfoz. De las villas más próximas, Carmona, Coria y Alcalá de Guadaira, se recibieron recados apaciguadores, que daban cuenta de una situación controlada. Sin embargo, aún no se sabía qué había ocurrido en las zonas más alejadas y montañosas. Así que el alférez, ya con los refuerzos necesarios y con todos los moros de intramuros aniquilados, consideró que la familia real estaría más segura detrás de los fuertes muros de Sevilla y mandó aviso al real de las marismas, rogando al rey que regresara a la ciudad lo antes posible.

De vuelta en el alcázar, después de atravesar un camino flanqueado por moros ajusticiados, el debilitado monarca se sentó en su trono y

abrió la misiva que acababa de entregarle un mensajero nazarí. Se trataba de un comunicado por medio del cual Mohamed ibn Yusuf ibn al-Ahmar al-Nasr le notificaba la ruptura de su vasallaje y el estado de guerra abierta entre los reinos de Castilla y Granada. El granadino ya no necesitaba ocultar sus intenciones, y no vacilaba en proclamar sus malévolas artes, sus pérfidas felonías, que, sin embargo, en vez de deshonrarle, aumentaban su crédito entre los musulmanes.

El nazarí no solo no pensaba entregarle las plazas de Tarifa y Algeciras, tal como prometió, sino que acometía contra Castilla. Hasta cierto punto resultaba lógico: en poder de la cristiandad los puertos del Estrecho, Granada quedaría aislada de África. Buen conocedor de la historia, Alfonso había previsto que el sultán temería más a los africanos que a los castellanos. Razones para ello no le faltaban, teniendo en cuenta los precedentes, porque cuando los ziríes de Granada o los abadíes de Sevilla recurrieron a los bereberes para luchar contra los cristianos, acabaron perdiendo sus reinos, pero no a manos de Castilla, sino de los almorávides. El astuto Alfonso había alentado los miedos africanos de Al-Ahmar, pero, a la postre, el nazarí había elegido el mal que consideraba menor a la vez que comenzó a urdir un plan de supervivencia, extremo y muy arriesgado, que consistía en solicitar la ayuda del sultán meriní mientras incitaba a la rebelión a la población mudéjar que habitaba bajo soberanía de Castilla. Y el plan acababa de ponerse en marcha.

El rey rompió en pedazos el pergamino del moro quebrantador de treguas, enemigo de su soberano y de la cristiandad, y dictó a su escribano con sus últimas fuerzas, antes de caer de nuevo postrado en el lecho, ovillado sobre sí mismo, una carta dirigida a fray Martín, obispo de Segovia, en la que le ordenaba la predicación por toda la tierra de Castilla de la cruzada contra el rey de Granada, de acuerdo con lo autorizado por los papas Inocencio IV y Alejandro IV, en sendas bulas de 1246 y 1259.

Cuando se supo en Sevilla lo que había venido ocurriendo en Andalucía en los últimos meses, tanto el rey como sus consejeros se maldijeron por su imprevisión, mientras se preguntaban cómo habían podido estar tan ciegos. Porque Muhammad de Granada, con la astucia que con el tiempo se volvería legendaria, había incubado largamente los preparativos de la revuelta, en medio del mayor secreto, moviendo hilos diplomáticos, enemistando a amigos, reconciliando enemigos… todo según su propia conveniencia.

Al tener conocimiento el nazarí que los hermanos Amir y Muhammad ibn Idris se habían sublevado en Alcazarquivir contra el señor de Fez, el sultán Abu Yusuf, el granadino vio inmediatamente la oportunidad que llevaba tiempo esperando. Envió emisarios con promesas generosas al jefe de la guerra de los rebeldes, Amir ibn Idris,

a las montañas de Gumara, donde hubieron de refugiarse tras fracasar su insurrección. Pero, al mismo tiempo, se puso en contacto con el señor de Fez, ofreciéndole ayuda para deshacerse de tan peligrosos enemigos mediante el cómodo expediente de enviarlos al norte, bien armados y pertrechados, para morir en el yihad. Él los acogería en su seno y los emplearía para combatir a los cristianos. De esta forma, el sultán de Granada se beneficiaría de la ayuda militar de un numeroso, aguerrido y experimentado contingente de bereberes, pero sin atraer sobre la Península al grueso del poder benimerín que, bien lo sabía, resultaría a la larga imposible de controlar.

El encargado de ejecutar la delicada trama fue el secretario y hombre de confianza del nazarí, Abu l-Qasim ibn Rabi al-As'ari, que escribió sucesivas misivas a Abu Yusuf apelando al yihad, a la solidaridad entre musulmanes y al deber sagrado de combatir a los politeístas. También se puso en contacto el astuto Abu l-Qasim con los representantes del exilio andalusí, siempre sedientos de venganza y ya muy numerosos en África. Siguiendo sus instrucciones, el viernes 4 de noviembre de 1263, después de la oración en la gran mezquita Qarawiyin de Fez, el poeta malagueño Malik ibn al-Murahhal, que ocupaba el puesto de secretario del hijo del sultán meriní, leyó una arenga en verso exhortando a todos los musulmanes a ayudar a sus hermanos de Al Ándalus:

La religión os ha elegido como sus defensores legítimos, ¡adelante! Si vosotros la defendéis se salvará.

No traicionéis al islam, hermanos, ensillad y embridad vuestros caballos para ir en su auxilio.

Al Ándalus se ha puesto bajo vuestra protección invocando los vínculos de la religión y ¡qué excelentes son esos lazos!

Ha implorado vuestra piedad, ¡apiadaos! Pues el Misericordioso no se apiadará de quien no se muestra misericordioso.

Al Ándalus es un trozo de vuestra tierra, sus gentes son tan vuestras como vosotros de ellas.

Mas ahora se encuentra cercada por infieles: el mar y los pueblos que no son árabes son sus fronteras.

¡Ay, qué desgracia, Al Ándalus, paraíso convertido en infierno por los enemigos!

Los infieles se han apoderado de sus ciudades, acto de contrición deben hacer todos los creyentes.

Las soflamas de los alfaquíes pronto surtieron su efecto y por todas las mezquitas del Magreb *al-Aqsà* se llamaba ya al yihad a fínales de ese mismo año. Pero no fue el clamor de los ulemas lo que movió al sultán Abu Yusuf a actuar, sino, sobre todo, el deseo de deshacerse de unos peligrosos familiares disidentes. Como el trato propuesto por el nazarí satisfacía a todas las partes, el granadino logró lo que parecía imposible: recibió a tres mil caballeros voluntarios de la fe

completamente equipados, a costa del sultán meriní, para que lucharan a sus órdenes, bajo el liderazgo de los hermanos Banu Idris.

El propio Muhammad I recibió en Tarifa a los Banu Idris a comienzos de 1264, obsequiándoles con grandes honras y homenajes para halagar su vanidad de príncipes nómadas. Les ofreció un banquete nunca antes visto por ninguno de los presentes, servido en platos de oro sobre mesas de plata. En cada mesa se sentaron cuatro comensales, que fueron atendidos por cuatro muchachas de belleza espectacular. Y cuando hubieron comido, los invitados fueron obsequiados con la mesa, los platos y las muchachas.

En medio de lujos y manjares que no acostumbraban a disfrutar, los jeques de los Banu Idris se dejaron engatusar fácilmente, y aceptaron las condiciones impuestas por el granadino. Los *guza* magrebíes actuarían teóricamente bajo la soberanía nominal del sultán nazarí y le deberían el quinto del botín que hicieran. Además, las tierras que ellos arrebataran a los cristianos mediante el yihad quedarían bajo la soberanía del reino de Granada, aunque los caudillos participantes en la contienda tendrían un derecho preferente a ser designados como gobernadores de esas plazas y a recibir una cuarta parte de la propiedad de las tierras conquistadas.

Pero en realidad nadie se llamaba a engaño y menos el propio sultán. Pese a sus protestas de fidelidad y aunque las condiciones quedaran firmadas y selladas, sabía que los díscolos africanos tenderían a actuar de forma independiente, aunque seguramente muy efectiva. No entraba en su naturaleza obedecer consignas de tipo político. Su pensamiento alcanzaba un radio mucho menor. Su única pretensión era la obtención de botín y la extensión y supremacía del islam. Nada fuera de esos dos objetivos les preocupaba realmente, así que aceptaron las condiciones exigidas por el sultán de Granada, como podrían haber consentido en cualesquiera otras aún más estrictas: no pensaban cumplirlas.

Les comandaba su jefe de la guerra, Abu Tamit Amir ibn Idris, un guerrero temido, afamado por su rostro de terrible ferocidad, tuerto de un ojo y lleno de cicatrices. Se decía de él que encontraba enorme placer matando a sus enemigos y que no cabía esperar piedad de su espada. El granadino, gran conductor de hombres y perro viejo, supo de inmediato a qué tipo de personaje se enfrentaba, así que intentó sacar de él el máximo beneficio, pero manteniéndolo a prudencial distancia. Le dio lujosos alojamientos en Málaga y ordenó que fuera tratado como un sultán. Llegado el momento, los Banu Idris, guiados por expertos monteros rondeños, se dirigieron al oeste por los caminos más recónditos de la sierra, para esperar escondidos en los altos valles próximos a Jerez la orden de levantamiento general.

23. Sherish. Primavera de 1264

El día señalado, la fiesta del nacimiento del Profeta del año 1264, estalló el horror por toda la morería de los reinos de Sevilla, Córdoba, Niebla, Jaén y Murcia. En combinación con el nazarí y con el señor de Marruecos, los andalusíes se lanzaron a la revuelta que llevaba meses tramándose en secreto.

Los musulmanes rebeldes reconocieron al sultán de Granada como rey y entraron bajo su obediencia. En pocos días, los castellanos perdieron trescientos lugares de su soberanía, tanto grandes ciudades, como villas, aldeas y simples castillos roqueros. Casi toda la zona de Guadalete dejó de someterse al rey Alfonso para enarbolar los pendones de Granada: Arcos, Bornos, Medina, Alcalá, Lebrija, Sanlúcar, Rota, al-Qanatir y Vejer. Solo en la encomienda castillera de Matrera, confiada a la Orden de Calatrava, se consiguió contener la insurrección de la aljama, gracias a la rápida y firme actuación de fray Alemán. Su alcazaba permanecía bajo control castellano como una isla rodeada por un mar hostil.

Pero la rebelión prendió también más al norte: en Écija, Osuna, Luque, Baena, Baeza, Quesada, Úbeda y en otras muchas villas del valle del Guadalquivir. El desastre para Castilla resultaba total, las pérdidas materiales y humanas incontables.

Y aún pudo haber sido peor, porque solo la traición impidió que el plan de apoderarse de Sevilla y de apresar y asesinar al rey y a su familia prosperase. Tampoco triunfó la rebelión en Niebla, quizás por su lejanía de Granada, foco de la sedición. Y en las tierras que siendo príncipe Alfonso se ganaron para Castilla, en Murcia, algunas pocas plazas de moros habían permanecido leales, como Lorca y Cartagena, aunque cayeron las principales, Murcia, Galera y Moratalla. Pero salvo estas excepciones, en la mayoría de las plazas previstas, la sublevación se culminó con éxito y pronto no quedó en ellas ni una iglesia sin quemar, ni un cristiano sin degollar. Los creyentes se derramaron por las calles, alentados por los ulemas, vociferando versículos del Corán: «Si combaten contra vosotros matadles: esa es la retribución de los infieles», «Matad a los asociadores dondequiera que los encontréis», «Los infieles tendrán la gehena por morada», «¡Capturarles! ¡Sitiadles! ¡Tendedles emboscadas!».

Como suele ocurrir en ese tipo de tumultos, los ladrones y los felones hicieron su cosecha de maldades. Incluso cuando eran sorprendidos en plena faena de robos o latrocinios, fingían arrebatos de piedad y gritaban aleyas legitimadoras de su actuación: «Quien presta espontáneamente dinero para la guerra santa a Dios, Este se lo duplicará muchas veces».

Sabedor de lo que iba a ocurrir en las horas siguientes, Hamet ordenó que toda su familia se recluyera en su casa y mandó atrancar sólidamente puertas y ventanillos. Los días anteriores, los Banu Quzman hicieron acopio de aguas y provisiones, pues los tumultos que se avecinaban seguramente irían seguidos de carestías y escaseces.

Pronto la ciudad se llenó de gritos y de olor a humo. Por doquier las multitudes perseguían a los cristianos, armadas con todo tipo de artilugios capaces de causar daño. Los más afortunados perdían la vida sobre la marcha, en el mismo momento de su detención, salvajemente acuchillados con dagas y sables, o golpeados con porras y martillos. Los otros sufrían largo tormento, ladrando súplicas hasta el agotamiento, mientras sus torturadores se mofaban de ellos y de la Trinidad. Algunos resistieron aún unas horas en sus casas, atrincherados detrás de muebles y barricadas, pero tras sus vanos y desesperados esfuerzos por sobrevivir, acababan siendo sacados a rastras de sus viviendas, para servir de entretenimiento a los asaltantes incluso después de muertos, pues la chusma se ensañaba con los cadáveres hasta dejarlos convertidos en masas sanguinolentas. Las mujeres, las niñas y los niños, antes de recibir suplicio, eran violados en grupo por la plebe desatada. Mientras tanto, las mujeres musulmanas entraban en tropel en las casas para arramblar con todo, aullando de placer y de rencor.

Las iglesias cristianas sufrieron una particular inquina; en ellas se llevaban a cabo las torturas. Algunos cristianos fueron quemados vivos en las hogueras hechas sacrílegamente con las sagradas imágenes. Mientras se retorcían de dolor, berreando como bestias, los moribundos todavía debían soportar la afrenta de ver a hombres cagando sobre los sagrarios o meando desde el altar sobre restos de retablos, cruces y patenas. Los campanarios fueron demolidos y las campanas utilizadas como depósitos de las cabezas de los decapitados.

Ni mujeres ni niños se libraron de la carnicería: en plena vorágine vindicativa no cabía pensar en el botín, sino en el honor de los musulmanes; los sometidos dieron rienda suelta al rencor que llevaban décadas acumulando, de manera callada. Al menos desde 1212.

Un fuerte estampido sobresaltó a los Banu Quzman, que se encontraban reunidos en la cocina.

—¡Padre! —gimió Yamila—, huele mucho a humo. ¿No corremos peligro?

Hamet miró con ternura a su hija pequeña y acarició, sin contestar, su mejilla. Fue Zuhara quién replicó:

—No molestes a tu padre con temores de chiquilla. Los hombres de esta casa han tomado sus decisiones. Nos protegen portones macizos, asegurados con sólidas trancas de madera y bronce. Valor y a callar. Ellos sabrán defendernos y nosotras seguiremos con lo nuestro, como

es nuestro deber.

Hamet volvió a sonreír a su pequeña, con complicidad, desencadenando un gesto de furia de su esposa. «Leona, es una leona», pensó Hamet de su esposa. «Si la familia me perdiera, ella sabría llevar el timón». El cadí siguió paseando la mirada de sus ojos marrones por los miembros de su familia, pensando en lo que sería de cada uno de ellos si llegaban tiempos peores. «Muhammad ya es un hombre. Un buen hombre. Casado con una mujer discreta y piadosa. ¡Qué pena que Amat aún no haya concebido! Aunque quizás el Todopoderoso, en su sabiduría, nos premia impidiendo la llegada de un nieto en un mal momento. ¿Quién puede saberlo, sino Él, que todo lo sabe?… Y Ali, mi dulce y fuerte Ali. También va a ser jurista, ¿cómo no? Pero no puedo engañarme, como se engaña él mismo. Su inteligencia se inclina más hacia la ciencia racional. He hecho bien en permitirle que estudie, además del *Fiqh*, lógica y los elementos de las dos ciencias de los fundamentos. Ya hay que pensar en casarlo a él también. En cuanto termine sus estudios. Y las niñas, Aixa y Ramla… pasa el tiempo y seguimos sin encontrarles un buen marido. Incluso a Yamila hay que pensar en casarla, ha florecido con hermosura, prestancia y modestia, no deberíamos tardar mucho en darle esposo…».

Pero como venía ocurriendo en los últimos meses, los principales pensamientos y preocupaciones de Hamet se dirigieron a Ismail, cuya ausencia se iba configurando, día tras día, como definitiva. «¿Qué será de Ismail? ¿Dónde andará? Sin duda su tío cuidará de él. Pero es tan dura y arriesgada la guerra. Ni el mejor guerrero puede escapar cuando llega su hora. Diez perros pueden derrotar a un león. Ismail… con su porte y las enseñanzas que ha recibido de su tío, a estas alturas se habrá convertido en un temible león, habrá descabezado a decenas de infieles. Lleva ya… ¡dos años!, Dios alabado, dos años ya, fuera, sin que sepamos nada de él ni de Muhammad». En el fondo de su corazón albergaba una tremenda inquietud por la suerte de su hijo menor. Las noticias de la toma de Qadish por los cristianos llegaron pronto a la vecina Sherish, pero no se sabía si en el momento de la conquista Muhammad e Ismail ibn Quzman se encontraban en la isla. La tremenda inseguridad de los caminos limitaba mucho las comunicaciones entre las diversas zonas de Al Ándalus, así que solo les llegaban rumores, nada de cierto. Había quien aseguraba que los guerreros Banu Quzman se encontraban en Almería, mientras otros juraban haberlos visto en Ronda, con los Banu Idris… Seguramente todos mentían o hablaban de oídas.

Tampoco tenía nuevas ciertas de Iznájar, de su hija Alima, desde hacía meses. Lo último que supo fue que su nieto Hamet ibn Umar prosperaba con la normalidad propia de un niño sano y fuerte de

cuatro años. Y que la pareja trabajaba con ahínco para darle hermanos, aunque Allah no lo había querido así. La maternidad y sus desvelos habían apaciguado un tanto los furores de Alima por adentrarse en los campos de la sabiduría, para contento de las dos abuelas. Pero en sus cartas, su primogénita le confiaba su firme deseo de retomar sus estudios del *Fiqh* en cuanto la ocasión lo permitiera. En la última misiva, su hija le rogaba que le copiara las obras más recientes y las enviara a Iznájar, pues tanto ella como su esposo, el cadí de la villa, andaban siempre necesitados de tratados y repertorios. Como de costumbre, Alima cerraba el mensaje pidiendo a su padre que considerara la posibilidad de que toda la familia abandonara Sherish para dirigirse a Iznájar, a vivir bajo la soberanía de un monarca musulmán, el sultán de Granada, en lugar de padecer el vasallaje y la presencia de los cristianos, sus imágenes y sus iglesias.

Hamet seguía descartando la posibilidad de emigrar a Iznájar. Tan precaria resultaba la dominación musulmana allí como en Sherish. En cualquier caso, la suerte de los Banu Quzman, como la de todos los creyentes de Andalucía, sin duda iba a depender del resultado de la rebelión que acababa de comenzar, cuyas consecuencias nadie podía prever. Acaso, como antaño, vencieran las armas del islam y los cristianos retrocedieran al norte, a su meseta, de donde nunca debieron bajar. Ya ocurrió con la llegada de los almorávides y después con los almohades. ¿No podía suceder lo mismo ahora, con la ayuda de los Banu Marin? Pero si los musulmanes resultaban derrotados, si los cristianos aplastaban la sublevación, probablemente ocuparían también las tierras del sultán de Granada y todos los musulmanes de Al Ándalus quedarían sometidos al dominio directo de monarcas cristianos. ¿De qué serviría entonces morar en Iznájar? Hamet, al final, siempre llegaba a la misma conclusión. No. Si abandonamos Sherish será para emigrar a África.

Fuera el bullicio continuaba. Cada vez eran menos los gritos de desesperación y los aullidos de dolor, que trocaban en cantos y alabanzas a Allah. Hamet se atrevió a abrir tímidamente uno de los postigos y pudo contemplar un espectáculo alucinante. Por las estrechas calles de Sherish, cientos de musulmanes desfilaban con su botín, cantando y bailando al son de panderos, atabales y dulzainas. Algunos portaban picas en cuyas extremidades herrumbrosas se balanceaban cabezas. Otros gritaban: «Ya no quedan cristianos vivos en la medina… al alcázar, a por el alcázar». Un nuevo estampido, aún más fuerte que los anteriores, hizo sobresaltarse otra vez a los reunidos y Yamila rompió a llorar. El cadí intentó tranquilizarlos.

—No os preocupéis. Creo que son nuestros hermanos, que intentan derribar los portones de la alcazaba.

El sol acababa de apuntar cuando el rumor del tumulto se extendió

por la villa. Antes de que la guarnición cristiana, escasa y mal dotada, pudiera darse cuenta de lo que pasaba, prendieron los primeros incendios.

—Al arma, al arma: los moros nos atacan —gritó atropelladamente un soldado, que entró a trompicones en el patio de armas, con un virote clavado en la parte posterior del muslo.

Diego Álvarez, el sargento de guardia, abandonó precipitadamente la escudilla de su desayuno y salió de la garita, gritando:

—¡Cerrad las puertas! ¡Atrancadlas! Todos a las murallas, rápido. ¡Despertad! ¡Al arma! —Conforme subía la empinada escalera que llevaba a lo más alto de la torre de guardia, el sargento mandó tañer la campana que se acababa de erigir en el minarete de la antigua mezquita del alcázar, ahora iglesia de Santa María. Cuando se asomó a la aspillera, la visión que pudo contemplar le heló la sangre: cientos de moros de toda condición, armados con palos y fierros, blandiendo hondas y hoces, portando antorchas y garrotas, subían la cuesta del alcázar gritando «Dios es grande», «Muerte a los cristianos» y otros lemas semejantes. Un niño de muy pocos años, gritaba con su voz chillona: «Hoy los cristianos sufrirán la misma suerte que su profeta», subido a hombros de su padre, mientras a su lado, su madre, junto con otras mujeres, chasqueaban la lengua y de cuando en cuando, gritaban: «Dios, mándales tus rayos y arrebátales la vida»… Diego Álvarez cogió una azcona y calculó con cuidado, la lanzó y, como un suspiro, atravesó el pecho del chiquillo de parte a parte, causando el pavor entre los moros que lo rodeaban, que se dispersaron rápidamente. Pero al poco, la marea humana se recompuso, y se lanzó al asalto de la puerta en recodo que comunicaba la medina con el castillo, flanqueada por dos torres, una de ellas albarrana, que la hacían casi inexpugnable.

Con estruendo ominoso, los cuatro grandes portones de roble, reforzados de hierro y bronce, se cerraron por fin para no abrirse durante largas semanas. El asedio de la alcazaba de Jerez había comenzado.

Al poco tiempo apareció en las almenas, completamente armado, el alcaide de la fortaleza, don Garci Gómez Carrillo, que maldijo su suerte, la encomienda envenenada que había recibido de su señor, y a todos los musulmanes que habitaban las tierras conocidas y desconocidas. Con su voz ronca, mandó que se enviaran palomas mensajeras a Sevilla, dando cuenta de la situación y pidiendo socorro. A continuación, se reunió con sus oficiales y mandó llamar al jefe de los espías.

Pronto se supo en la fortaleza de los acontecimientos que se habían sucedido en las horas anteriores. En lo más cerrado de la noche, los tres mil bereberes de Abu Tamit Amir ibn Idris habían franqueado las

murallas de la villa por la puerta de Ronda sin que nadie diera la alarma. Los moros del interior, conjurados con los asaltantes, habían degollado a todos los guardias de la puerta, dejando el paso libre. Ya dentro de Jerez, el Tuerto asumió el mando y ordenó que todos los cabecillas se reunieran con él en el patio de la mezquita mayor.

Siguiendo sus instrucciones, los jerezanos fueron asaltando una por una las diversas guarniciones de cristianos apostadas en las entradas de la medina, hasta que no quedó ni un soldado con vida ni una puerta de los muros exteriores sin abrir. Después comenzaron a asaltar las viviendas habitadas por cristianos que había fuera del alcázar. Cuando la noche clareaba, los únicos cristianos que quedaban con vida en Jerez eran los inadvertidos moradores de la ciudadela.

El primer envite se estrelló contra los firmes muros del castillo. Los asaltantes se retiraron al unísono, dejando un rastro de cadáveres a lo largo del perímetro de las murallas. Se hizo entonces un extraño silencio, en medio del cual resonó como un tambor el golpear de los cascos del caballo que cabalgaba un moro completamente vestido de negro que avanzaba lenta, parsimoniosamente, como con desgana, en dirección contraria. A su vista la marea humana se abría como el mar Rojo al paso de los hebreos. A la distancia exacta de un tiro de flecha del alcázar, el Tuerto frenó la montura y contempló largamente y con frialdad los muros de Sherish, prometiéndose no cejar hasta franquearlos. En voz baja, dictó sus providencias a sus lugartenientes mientras su inquieta cabalgadura piafaba contra el suelo. Poco más tarde, con la misma pasmosa tranquilidad, dio media vuelta para retirarse a la mezquita con su consejo de ulemas, al objeto de designar a las autoridades locales y decretar las reglas que en lo sucesivo habrían de respetar los habitantes de la villa, bajo pena de crucifixión.

Cumplida la oración de la tarde, todos los miembros del consejo de notables de Sherish debieron acudir a la mezquita mayor, convocados inapelablemente por el Tuerto.

Hamet, que seguía en su casa, encerrado bajo cadenas y cerrojos, se vio obligado a abrir las puertas, que los bereberes amenazaban con echar abajo de inmediato. Por toda la casa resonaban los aldabonazos y los golpes que los africanos daban con sus picas contra el portón principal, mientras llamaban a gritos al *alcaide traidor*. Él fue el único que recorrió bajo escolta, más bien detenido que protegido, el camino entre su morada y la mezquita.

Antes de que llegaran los demás notables de la villa, el Tuerto quiso interrogar a Hamet personalmente. Con malos modos, los magrebíes arrodillaron al cadí en presencia del jeque y así permaneció Hamet un buen rato, mientras soportaba el minucioso escrutinio de un único y feroz ojo.

—Hamet ibn Ismail ibn Quzman… Por fin nos conocemos. He oído

hablar mucho de ti… Pero casi todo lo que me cuentan resulta muy preocupante… Has despertado mucho odio en esta ciudad, cadí. Por suerte para ti, he aprendido a no fiarme de habladurías.

El Tuerto calló y siguió mirando fijamente a Hamet, que trataba de mantener la calma. Como el silencio se prolongara, el cadí decidió que había llegado el momento de hablar, aunque no le hubieran dado expresamente permiso.

—Honorable señor. Tu fama te precede con su eco prolongado. Todos sabemos en Sherish de tus hazañas en el yihad y de tu sed de justicia… Por eso te honra, y no me sorprende, tu disposición a desconfiar de las maledicencias de los ociosos. He sido objeto de chismes forjados por envidiosos. El cargo de cadí, si se desempeña rectamente, conlleva esas consecuencias indeseables, pero inevitables. Cuando se aplica la ley, cuando se media entre dos partes que se consideran con superior derecho, siempre hay una de ellas que queda insatisfecha. Y eso es lo que llevo más de veinte años haciendo en esta ciudad, con la ayuda de Dios, ¡el más grande! Y durante este largo periodo, son muchas las gentes que han acumulado agravios contra mí, en razón de mi cargo… No lo deseo, pero no me quejo; como hijo, nieto y bisnieto de cadíes, sé que los hombres con frecuencia olvidamos que el Profeta, Dios le bendiga y salve, ordenó que nos guardáramos de toda mentira, de las palabras obscenas, de la maledicencia, de la denuncia injustificada, y nos dijo: «Quien se encuentre entre los que creen en Dios y el Día del Juicio, que hable de cosas buenas o que se calle».

Hamet hablaba sosegadamente, a pesar de lo incómodo de su postura y de lo arriesgado de la situación, pero sin miedo, como alguien completamente convencido de lo que dice. Después de inspirar profundamente un par de veces y de invocar a Dios en su mente y su corazón, siguió hablando para no ceder al pavor que sentía frente al rostro de mármol del jeque.

—Pero sabe Dios (alabado sea), implacable guerrero de la fe, que nunca he seguido otra guía que su ley y mi propia conciencia. Al Altísimo elevo mis cuitas, solo Él da la recompensa o el castigo… Puedo haberme equivocado, pues el Todopoderoso nos creó imperfectos, pero jamás he dictado una sentencia o una resolución contraria a derecho, a sabiendas, ni tampoco he usado el cargo para perjudicar a mis enemigos o para lucrarme. Seguramente ya sabes que desde tiempos de mi padre, el gran cadí de esta ciudad no recibe salario alguno por sus servicios. Toda mi vida he seguido el ejemplo de mis mayores y me he guiado por la obediencia al Todopoderoso y a su ley, buscando lo mejor para mi comunidad. He servido con lealtad a los señores de esta villa, sin intervenir en intrigas ni rebeliones, porque corresponde a Dios, ¡ensalzado sea!, decidir en quien reside la

soberanía. El poder pertenece a Dios (alabado y ensalzado sea) que se lo otorga a quien Él quiere y se lo quita a quien Él quiere. Mi familia sirvió primero a los almohades mientras permanecieron en el poder y después al emir que tuvo el control de la medina. Y si ahora, por decreto de Dios, te toca a ti ser el señor de Sherish, puedes contar con mi apoyo y mi lealtad, porque al Altísimo el desorden le desagrada. Así cumple lo que manda el Profeta (que Dios le bendiga y salve): «Obedeced a Dios, a su Enviado y a aquellos de vosotros que tengan autoridad».

El Tuerto siguió escrutándole tan en silencio que a Hamet le parecía poder escuchar los latidos de su propio corazón. Parecía que quería taladrarlo con la fuerza indescriptible de su único ojo sin pestañas. Al rato, el bereber se incorporó con la agilidad de una persona acostumbrada a los sobresaltos y paseó alrededor del cadí, que seguía arrodillado.

—Cadí… casi cada día escucho embustes, súplicas, excusas peregrinas, llantos balbuceantes de pecadores humillados… He aprendido a leer en el corazón de los hombres. Por eso creo que dices la verdad. Lo veo en tus ojos y en tus gestos. Eso te va a salvar la vida. Mandé que te trajeran por pura curiosidad. Pensaba crucificarte, porque he sabido que el perro de Alfonso te nombró *alcalde de moros* de Sherish. Has sido el lacayo de ese comedor de cerdo, ¿lo niegas?

—Lo niego, señor, no he sido lacayo de ningún descreído. Te lo ruego, señor, atiende a mis motivos: hay que combatir al demonio de la mentira con la luz de la razón. Porque el engaño es el principio del pecado, y la falsedad y la calumnia su remate… Es cierto que Alfonso me nombró, contra mi voluntad y sin yo pedirlo, alcalde de los moros de Sherish. Eso fue con ocasión de la visita que le hice, como representante del consejo de notables de la medina, para pedirle el cumplimiento de los acuerdos de paz firmados por su padre. Tampoco elegí esa encomienda, me la asignaron después de mucha insistencia que me hicieron, porque los ancianos de la ciudad consideraron que por mi condición de jurista resultaba la persona apropiada para tratar con el rey de los gallegos. Allí Alfonso me ofreció cargos y prebendas si me iba con él a su corte, a trabajar en su cancillería. Y me negué. Mi negativa se tomó como una ofensa y me dieron como alternativa el desempeño del cargo de alcaide de moros o la muerte. Señor, yo no le temo a la muerte, pues sé que ella nos lleva frente al Altísimo, pero tengo familia, hijas y mujeres que dependen de mí. Y tenía un encargo de mi comunidad que cumplir, responsabilidades como cadí… No me quedó más remedio que aceptar el nombramiento del rey de los *galaliqa*. Pero sabe, ¡Dios es testigo!, que jamás he aplicado, ni como juez ni como alcaide, otra ley que la *sharia*. Que las cosas en la ciudad siguieron funcionando como antes, en mi tribunal y en el consejo…

Puedes preguntar a quién quieras. Y quien te diga lo contrario, miente…. Te lo ruego, señor: créeme, pues ninguna vez goza de paz quien se basa en la calumnia; y quien la acepta, nunca tiene un amigo ni consigue que asunto ninguno marche bien.

Abu Tamit seguía paseando alrededor de Hamet, como un buitre sobrevolando la carroña, con las manos a la espalda y la cabeza gacha. Parecía sumido en sus pensamientos; sorprendido, complacido y escandalizado a la vez por la arrogancia que desprendía el discurso del cadí, vestida de aparente humildad.

Transcurrido un rato que al prisionero se le hizo eterno, el Tuerto volvió a sentarse para dictar la suerte de los Banu Quzman.

—Hamet ibn Ismail… Tu comportamiento se considera traición, como quiera que lo presentes. Un creyente no puede colaborar con los politeístas en modo alguno y debe ofrecer su cuello, estar listo para el martirio, cuando Dios (alabado sea) le llame. Ni la familia, ni las mujeres, ni siquiera los hijos valen de excusa. Pero aprecio tu honradez. En verdad creo que siempre has buscado lo mejor para tu comunidad. Vete libre, pues, aunque ya no eres cadí de esta villa… Uno de mis ulemas, de fe y piedad contrastada, al modo de los africanos, no como la vuestra, más propia de doncellas timoratas, ocupará tu lugar. Tampoco formas parte del consejo de notables. Ese consejo ha dejado de existir: no hace falta. Ahora soy yo el único señor de la ciudad, y mi voluntad y la Ley de Dios serán las únicas reglas aplicables. ¡Dios ama a los que le temen!

Hamet se inclinó, tocó el suelo con la frente y preguntó:

—¿Desea algo más el valí, Dios le proteja?

—Ya puedes irte Hamet, ve con Dios y que Él te proteja si incurres en alguna herejía o deslealtad con la fe. Porque entonces no solo te crucificaré a ti, sino a todos tus hijos, y tus hijas pasarán a ser siervas o esposas de los voluntarios de la fe… ¡Ah! Y una cosa más: no podrás seguir dictando tus lecciones en la madraza. Tu escuela forma parte ya del pasado.

—Después de tantos años… Tras de todos tus sacrificios, y los nuestros: ¿este es el pago que recibes? No puedo decirte todo lo que pienso, señor esposo, sin faltarte al respeto. Pero bien lo sabes, porque me conoces, y porque llevo toda una vida advirtiéndotelo. Nada recibirás a cambio, te decía; nadie te lo agradecerá, te decía. Pero tú no me escuchabas, nunca me prestas atención. ¡Señor, llévame porque ya no puedo soportarlo más! Has puesto siempre tu deber por delante de tus hijos, de tu esposa, de tu familia… Ahí tienes tu retribución, la que tú mismo te has buscado: ni rango ni ocupación; lo que has obtenido es el odio de las gentes. ¡Qué cierto es que los tontos ni son alabados ni reciben su recompensa!

Hamet llevaba horas en silencio, recibiendo indolente las

recriminaciones de su esposa. Hacía mucho que Zuhara había traspasado, por primera vez desde que casaron, los límites de lo tolerable. Pero Hamet recibía impasible el castigo que sabía merecido. Su esposa decía verdad. Ella se lo había advertido, le había augurado todo lo que iba a pasar. Con ese extraño sentido que tienen las madres para olfatear los peligros que acechan a su familia, llevaba años afirmando que las gentes menos perspicaces y previsoras iban a sucumbir ante las vicisitudes de un destino que se mostraba implacable. ¿Quién es el sabio de la familia? Hamet, con toda su ciencia, no había podido prever nada, ni anticiparse a los reveses de la fortuna. Ni siquiera había podido tomar en su momento la decisión de partir, como tantas otras familias andalusíes de su condición. Con su indecisión, había puesto a la familia en grave peligro. Aceptaba el rapapolvo de Zuhara como una forma de penitencia.

—Mira que te lo advertí, cientos de veces… No se puede ser tan generoso y confiado. No se puede prestar sin garantías, ni dilapidar… El dinero no dura si pasta poco y se le ordeña mucho… Y tú en tu mundo, repartiendo a manos llenas, contratando a criados inútiles que son más una carga que una utilidad, limitándote a repetir las palabras del Profeta: «Ata la camella y confía en Dios». ¿Pero qué camella, desgraciada de mí? ¿Dónde están las precauciones que Dios nos ha ordenado tomar? ¿Acaso has hecho alguna vez un negocio que no sea inútil o ruinoso? ¿Crees que el dinero medra sin esfuerzo alguno? No soy mujer de letras, como tu hija Alima, pero sé de la vida y recuerdo el Corán. Y aprendí de mi padre, que en gloria esté, hombre no tan sabio como tú, pero sí muy piadoso, que la confianza en Dios reside en saber que si sigues los preceptos divinos, algún día disfrutarás del favor divino, que tarde o temprano serás recompensado en el otro mundo. Pero en este, hay que luchar con uñas y dientes para sobrevivir y sacar adelante a los tuyos. ¡Y yo voy a hacerlo, por Dios lo juro…! Porque si por ti fuera, acabaríamos convertidos en esclavos de nuestros propios esclavos…

Zuhara descargó un torrente de lágrimas que, como una cascada liberadora, alivió su tensión y contribuyó a sosegarla un poco. Pero aún no había sacado todo lo que llevaba dentro. Después de un breve respiro, se rehízo y continuó su perorata con la insistencia de una mosca.

—¿Y tus hijas? ¿Quién querrá ahora casarse con ellas? Si ya antes resultaba difícil encontrarles un marido de su posición, con todos nuestros amigos emigrados, hoy resulta imposible. ¡Ay Dios, llévame contigo y acaba con tanto dolor! ¡Qué Allah nos ayude a pasar este tiempo de tribulación y quiera que pronto tenga fin!… Y tú, siempre ensimismado en tus libros, siempre dando a todo el que te pide… ¿Acaso no nos manda Dios que demos de lo que nos sobra, pero no de

lo que nos es necesario? ¿Cuándo vas a comprender que no tenemos nada ya, que no nos sobra nada, que tenemos que mirar por nosotros mismos, por nuestra salvación?

Al cabo, los recursos oratorios y las fuerzas físicas de la mujer llegaron a su fin. Había lanzado una larguísima perorata, vertido reproches que llevaba mucho tiempo incubando. Se había quedado por fin tranquila, pero exhausta. Se desplomó sobre los cojines, enfrente de su marido, se tapó las manos con la cara y lavó su orgullo herido abandonándose en un sollozo largo, suave, tranquilo, relajante.

Hamet observaba a su mujer con compasión. Y con amor. Un amor labrado por la convivencia, las adversidades, los desvelos. Un amor más cercano a la amistad que al amor cortés de los poetas. Zuhara se había ido labrando su sitio en la familia poco a poco, incesantemente, desde el principio, pues su espíritu práctico la convertía en la compañera perfecta de un sabio que con frecuencia se despreocupaba demasiado de la gestión del patrimonio familiar. La matrona, por el contrario, peleaba sin cesar contra los arrendatarios y suministradores de la familia, ajustando precios, controlando que no le entregaran monedas limadas, luchando contra todo tipo de trucos y artimañas, hasta llegar a ser, ella misma, la máxima experta en Sherish sobre fraudes del zoco, de manera que cuando su marido se veía enfrentado a alguna cuestión difícil que le planteaban los alamines, Hamet no tenía pudor en consultar con Zuhara. La mujer le sorprendía siempre por su perfecto conocimiento de la calidad de las monedas, de los tipos de aleaciones; sabía distinguir desde lejos un dírham falso y no necesitaba morder un dinar para comprobar su ley. Estaba al tanto de las diferencias de valor entre los dírhams cuadrados de acuñación almohade, más fáciles de falsificar, y los más antiguos o los procedentes de otras naciones del islam. Sí, Zuhara podría ser ignorante de las ciencias e incluso algo pobre de espíritu, pero en modo alguno lerda.

También había demostrado ampliamente su instinto para los negocios, su clarividencia para valorar el efecto práctico de unos acontecimientos políticos que apenas comprendía. Y poseía talento para valorar adecuadamente el precio de los bienes muebles e inmuebles. Regado por su sabia mano, el patrimonio de los Banu Quzman florecía como si fuera un jardín en perpetua primavera. Zuhara no desdeñó inversiones arriesgadas cuando veía una buena oportunidad, aunque por lo general seguía su instinto de campesina cuando afirmaba que las auténticas fuentes de riqueza provienen de la agricultura y del ganado, y allí habían principalmente invertido sus caudales.

Las formas rotundas de Zuhara ya no despertaban su deseo como antaño, pero seguían ofreciendo un placer tranquilo, maduro, deleitoso. Como en tantas otras facetas de la vida, también en el campo de Venus había sido su esposa su maestra; al principio de su convivencia, Hamet se comportaba con extrema torpeza, eyaculando rápidamente y dejando a su mujer insatisfecha. No por egoísmo, sino por ignorancia. La voluptuosa y exigente muchacha, sabedora de lo que podía esperar de su esposo, de la facultad que le asistía de encontrar placer en sus encuentros, en ningún momento pensó en acudir a la mezquita a acusar a su esposo de falto de habilidad sexual, como hubiera sido su derecho. Antes bien, en cuanto tuvo oportunidad, con delicadeza, para no herir su orgullo de gallo joven, empezó a tomar el mando para conseguir retrasar su polución y vigorizar la potencia de sus acometidas. Ella refregaba su pecho, presionaba adecuadamente los lugares precisos y a los pocos meses los dos se hicieron expertos amantes, capaces de prolongar hasta la extenuación sus encuentros, que eran muchos, gratificantes y productivos, como atestiguaba el casi permanente estado de preñez de Zuhara.

Había sido una esposa leal, trabajadora, pudorosa… una fiel compañera en el camino de la vida. Y ahora, además, Hamet la sabía portadora de las ciencias necesarias para sobrevivir en los próximos meses. El cadí se acercó a Zuhara, le quitó las manos de su cara y la besó tiernamente. En los ojos, en la frente, en los labios, en el cuello, en el pelo. Siguió besándola hasta que notó que la impaciencia de su mujer llegaba a su límite.

—¡Quita, zalamero! ¿Crees que con unos besitos voy a perdonarte? Te quedan semanas de expiación. —Sus palabras eran duras pero su mirada y sus gestos la traicionaban. Lo tocó con la misma delicadeza con que él la había acariciado y lo estrechó, halagada por el amor de su esposo, Hamet ibn Quzman, el honorable cadí, sabio en lo suyo, e ignorante en todo lo demás. Un buen padre. Un buen marido. Dios la había premiado… aunque no era momento de reconocerlo. Su marido

estaba ahora maduro para una lección inolvidable y ejemplarizante—. Hamet: eres un buen hombre. Desde que te vi supe que me harías feliz, que no me pegarías… Reunías todos los dones que una muchacha podía desear… Y, además, eras muy guapo. ¡Dios me perdone! Eso pensé, lo primero de todo, cuando te vi. ¡Qué tonta! Después de todos estos años… no sé cómo decírtelo… me sigues gustando… eres aún mejor de lo que prometías ser; y no me has humillado tomando otra esposa, algo que siempre te agradeceré. Pero no podemos seguir así. Hay que tomar decisiones. Sobrevivir. Recuerda lo que de continuo repetía tu abuela: «De los dos corzos, no seas el que se pone a tiro». ¡Los Banu Quzman corren el riesgo de desaparecer! Si no actuamos rápido, todos moriremos, en manos de unos o de otros. Ha llegado el momento de que te dejes aconsejar. De que me hagas caso. Sé que eres sabio, que nadie sabe en el mundo más que tú del *Fiqh*, de historia, de poesía, de teología y de todas las ías que tú quieras. Pero yo sé más de vida, querido esposo mío. ¿Me harás caso? ¿Me dejas que te aconseje, me oirás por fin?

El cadí la miró largamente. Con lágrimas a punto de hundirlo aún más en los ojos y los labios apretados, al borde del llanto, solo pudo decir.

—Sí. Alivia esta oscuridad. Temo precipitar en ella a toda nuestra familia. Tienes razón… nunca he dirigido mis afanes a obtener bienes de fortuna y eso place a Dios, pero a la vez he cometido el grave pecado de descuidar a quienes tengo que alimentar. A veces buscando el bien de todos he dejado atrás el de los míos, que dependen de mí. Dios (alabado sea) ha puesto en nuestros corazones como algo propio de la naturaleza humana el afecto hacia los hijos y los parientes. Ayúdame a enmendarme, a encontrar el adecuado equilibrio entre generosidad y supervivencia, entre el bien general y el particular. No hay mejor ayuda que la de una esposa virtuosa. Quiera Dios que me acompañes hasta el final y que estés junto a mí también en el paraíso. Tan cerca como ahora te siento.

Zuhara, como siempre, quiso conjurar la intensa emoción que sentía con un malhumor más fingido que real.

—Calla insensato. No me mientas, que es pecado… ¿Quién querría pasar toda la eternidad al lado de una vieja?

—¿Vieja? ¿Dónde ves tú a una vieja? Aquí no se encuentra ninguna que yo sepa. ¿No sabes lo que cuenta la tradición? Cierta vez el Profeta (sobre él la paz) dijo a una anciana que las viejas no entrarían en el Paraíso. Cuando la vieja escuchó sus palabras, se puso a llorar amargamente. Pero el Profeta rio y le dijo: «Porque todas las mujeres entrarán en él con aspecto de mujeres de cuarenta años».

—Sigues mintiendo, esposo… a mí no puedes engañarme. Te conozco mejor que nadie en el mundo, mejor de lo que te conoces tú

mismo… Sé que te gustan las jovencitas. ¿Vas a renunciar a las huríes del Paraíso por una cuarentona? Anda ya…

Así siguieron los dos mucho tiempo, bromeando sobre lo más serio, como cuando en su juventud vivían despreocupados. Zuhara no mudaba su semblante adusto, su seña de identidad perpetua, pero por dentro el corazón le saltaba en el pecho. Porque habían llegado a una determinación que sabía necesaria, imprescindible, y, sobre todo, porque sabía que su marido decía la verdad.

Hamet, por su parte, reparaba en que no había seguido los consejos de su padre y se había dejado arrastrar por la pendiente del amor romántico. De manera casi antinatural, el amor que sentía por su esposa crecía. «Mi padre…», pensó entonces el cadí, «… me recomendó que no me ligara demasiado por lazos de afecto con esposas ni con hijas. Pero las personas que más quiero en el mundo son Zuhara, Yamila y Alima, Dios me perdone».

Los bereberes, ayudados por los voluntarios andalusíes de Sherish, que pronto se alistaron en sus filas, sometieron la fortaleza a un férreo cerco. Tan fuerte era la alcazaba que, si no era por hambre, no sería posible tomarla por hueste alguna. Muchas de las palomas mensajeras que con regularidad partían de la torre del homenaje acababan abatidas por los expertos monteros de Al Ándalus. Los atacantes sabían que las provisiones escaseaban en el alcázar, aunque los aljibes, en plena primavera, rebosaban de líquido y aún proporcionarían agua durante muchos meses. La mermada guarnición cristiana, incluso con tan pocos efectivos, podría resistir, contando con un liderazgo adecuado, mientras dispusiera de agua y comida.

Por eso, contra las previsiones iniciales, los castellanos resistían más de lo esperado. Los nazaríes sabían de lo precario de su situación y esperaban que la toma de Jerez fuera casi inmediata, el mismo día de la sublevación. Sin embargo, les mandaba un líder rocoso y honorable, Garci Gómez Carrillo, que había convencido a todos los resistentes de que su única posibilidad de sobrevivir radicaba en aguantar dentro del castillo hasta la llegada de refuerzos: no cabía esperar merced de los africanos, pese a sus promesas. Pronto la explanada que se abría delante de la puerta principal de la fortaleza se pobló de cruces; las quejas y estertores de los moribundos llevaban el espanto a los corazones de los cristianos sitiados, pero, a la vez, cargaban de razón las advertencias del alcaide. Solo cabe resistencia a ultranza o muerte. Rápida, en el mejor de los casos. En el peor, lenta y dolorosa.

Pasaban las semanas y los sitiados de Jerez no recibían respuesta. Nada sabían de lo que ocurría fuera del alcázar. Hasta donde alcanzaba la vista, eran visibles los fuegos y las huellas de la destrucción. Pero ¿qué ocurriría en Sevilla, en Córdoba, en Jaén? Todos recordaban los relatos que escucharon de niños, sobre la

invasión de los almohades y la batalla de Alarcos, cuando Castilla se encontró al borde de la desaparición… ¿Se produciría ahora la esperada consumación de los tiempos? ¿Se harían realidad las peores profecías de los musulmanes, que hablaban de la ocupación de toda la cristiandad, y de la erección de una enorme mezquita en Roma y otra en Constantinopla?

Presa de la incertidumbre, la guarnición de Jerez se entregó a la devoción. Cuando los hombres se ven cerca del final, a punto de comparecer ante el Creador, empiezan a inquietarse y a hacer balance de vida… El saldo, como casi siempre, sale negativo, y persiguen con arrepentimiento tardío la manera de escapar de los fuegos del infierno. En la iglesia de Santamaría, la antigua mezquita del alcázar, se oían interminables balbuceos, rezos, profesiones de fe, confesiones, remordimientos de última hora, pronunciados tanto por soldados de piedad antigua y acendrada como por fervorosos conversos de última hora que, en cuanto se veían libres de sus ocupaciones militares, acudían por igual en busca de amparo y consuelo.

Con frecuencia lo lograban, y pese a las adversidades e incertidumbres, los sitiados perseveraban; incluso cuando por fin se recibieron las más ominosas noticias, conservaron su fe y su voluntad de resistir. Por palomas mensajeras llegaron nuevas de derrota y muerte. En Utrera, Lebrija, Vejer, Arcos, Rota, Medina, Sanlúcar y muchas otras ciudades de la frontera se habían sublevado los moros, como en Sherish, y después de masacrar a la población cristiana se habían puesto a las órdenes del sultán de Granada.

Pero si los soldados de Castilla se mostraban tenaces, incluso a las puertas de la muerte, no le iban a la zaga los bereberes, acostumbrados a la escasez, los trabajos y las penurias. Bajo los órdenes del Tuerto, los muyahidines —con la ayuda de los andalusíes —habían levantado un poderoso muro entre el alcázar y la medina. Desde allí combatían sin tregua, de día y de noche, sin dar descanso alguno a los sitiados, lanzándoles toda clase de proyectiles. Desde las montañas de cabezas de cristianos, apiladas en lugares estratégicos a la vista de los cercados, ulemas e iluminados difundían sus persuasivas arengas, y en ellas los débiles encontraban fuerzas y los cobardes valor, para lanzarse contra el castillo.

El alcaide, Garci Gómez, por su parte, no se daba respiro y alentaba a los defensores, dando gracias a Dios porque les había permitido ganar fama y honra o la corona del martirio. A grandes voces, repetía, una y otra vez: «¡Valor hermanos! ¡Que no se pueda decir que los hombres de Castilla se rindieron ante una banda de camelleros salvajes venidos de África a saciar su hambre!».

Los días se sucedían uno tras otro. Las provisiones, ya severamente racionadas, se iban agotando y en el alcázar de Sherish no se habían

recibido más noticias, ni buenas ni malas. La esperada ayuda no llegaba y empezaba a cundir el desaliento entre la guarnición. Tan pocos y tan mal pertrechados, no podrían resistir mucho más. Empezaban a oírse en voz alta voces que pedían la rendición. Los más atrevidos comenzaban a renegar y a pedir responsabilidades: don Nuño no había actuado diligentemente, se desentendió de la defensa de la plaza y viendo el peligro inminente, escapó de Jerez afirmando sin pudor «que per nulla maneira en él morir non quería». Entonces les dijo a sus oficiales que pensaba devolver la villa al rey en caso de que no se la dotara de una guarnición más poderosa, que acudía a Sevilla para eso y no por miedo. Pero nadie le creyó entonces, y mucho menos hoy. Todos sabían que la pretensión del señor de Jerez no se compaginaba ni con la estrategia, ni con el fuero, que solo se trataba de excusas, porque el veleidoso noble escapó a uña de caballo, presa del pánico, poco antes de que se produjera la sublevación, dejando la ciudad en manos del caballero Garci Gómez Carrillo para que la gobernara su nombre como alcaide, tan honorable como impotente frente al acoso de los envalentonados moros.

Cuando el rey Alfonso recibió en audiencia a don Nuño, llegó inmediatamente a la misma conclusión que la traicionada guarnición de Jerez: se había producido una negligente defensa del castillo por parte de su señor. Los que reciben un castillo deben guardarlo siempre con esfuerzo y ardimiento, con cordura y sabiduría. Aún más en tiempo de guerra, el alcaide debe desplegar el máximo esfuerzo y sufrir todo el miedo y el trabajo que ello le depare; ha de velar de continuo, sufriendo sed y hambre, frío y todo el trabajo necesario, pues el castillo no debe entregarlo sino a su señor. Un alcaide debe hacer todo lo posible para evitar que el castillo caiga en manos de enemigos, so pena de felonía.

Sin embargo, don Nuño, lejos de mostrar arrepentimiento o sumisión, se muestra ante el rey arrogante y decidido a defender su postura y su honor. El orgulloso noble, insaciable, como casi todos los de su especie, albergaba rencores contra el monarca. Pese a los muchos favores que ha recibido del rey y de su padre, su inagotable sed de riquezas y su mucha soberbia le han convencido de que aún más se le debe, por la altura de su linaje y por derecho divino. El rey, en una posición muy débil, renuncia a todo castigo, pese a que empieza a sospechar que el abandono de tan importante fortaleza fue premeditado, porque dejando en Sherish tan pocos hombres y mal aguisados, al mando del caballero Garci Gómez, don Nuño no buscaba sino perjudicarle. Sus temores se confirmarán definitivamente cuando algunos años después, su amigo de infancia, uno de los que mayor desengaño había de proporcionarle, se pasara al bando granadino, para combatir a Castilla con sus mesnadas. Pero en aquel momento el

rey, sin pruebas, no puede prescindir del poderoso linaje de los Lara, y don Nuño sale del aprieto con su honra y su caudal intactos.

El Tuerto no podía contener su furia y pagaba con los suyos la frustración. Que un puñado de comedores de cerdo, mal pertrechados, estuvieran haciendo frente con éxito a lo mejor de sus tropas suponía una grave afrenta a su orgullo de jeque nómada. Para añadir descrédito a su nombre, al poco tiempo se ve obligado a aceptar los refuerzos que el sultán ha decidido mandar a la villa con la intención de acabar de una vez con la resistencia. En la estrategia de la Alhambra, Sherish es una pieza clave. Solo cuando la alcazaba caiga en su poder, podrá dirigir las tropas empeñadas en el sitio a otros frentes.

Un día, cuando la ciudadela lleva dos meses sitiada, poco después del amanecer, en medio de un aplastante silencio, hace su entrada en Jerez el ejército nazarí, comandado por el arráez Abu Ishaq Ibrahim ibn Askilula. Bajo su mando se encuentran también las nuevas tropas de refuerzo recién llegadas desde África: un escuadrón de quinientos árabes hilalies. El Banu Idris continuará ejerciendo como señor de la villa, de eso no cabe discusión, pero ya no es el único jefe militar de las tropas musulmanas. A partir de ahora, deberá compartir el mando con el Banu Askilula, otro líder igualmente arrogante y soberbio, aunque también eficaz y perseverante. ¿Puede haber consenso entre hombres llamados por el Altísimo a dirigir a otros?

El método y la aguda inteligencia de Abu Ishaq ibn Askilula pronto se dejaron sentir en las operaciones militares de la zona jerezana. Más amigo de la diplomacia que de la fuerza bruta, el Askilula reclamó y obtuvo la ayuda de los contingentes andalusíes de Tarifa, Algeciras y de las plazas que habían entregado los cristianos con más facilidad, como Lebrija, Arcos y Medina. Reforzadas así sus huestes, convocó un consejo de guerra, en el que se barajaron todas las posibilidades para rendir la alcazaba.

La estrategia de acoso constante y acometida militar directa de los bereberes se había demostrado falible. Acostumbrados a la lucha en campo abierto, los propios africanos reconocían su escasa eficacia en la expugnación de fortalezas. Las gentes de Al Ándalus, sin embargo, llevaban siglos cercando y defendiendo castillos, así que disponían de buen caudal de conocimientos y de herramientas. El primer diagnóstico de los expertos en poliorcética fue claro y definitivo: la alcazaba, con los medios disponibles, resultaba imposible de tomar al asalto. Solo contaban, por tanto, con dos posibles soluciones: o el cerco prolongado por hambre o alguna estratagema.

Pese a que las fuerzas de los cristianos quedaban cada día más mermadas por el acoso constante de los musulmanes, aún resistían con buen ánimo y parecían capaces de seguir haciéndolo. Disponían de un

líder animoso y perito en batallas. Con la paciencia de los magrebíes a punto de agotarse, parecía más conveniente buscar alguna argucia para franquear los muros.

Tras barajar diversas opciones y recabar las opiniones de los diversos alarifes e ingenieros de la ciudad, Abu Ishaq decidió que se intentaría excavar un túnel que les permitiera acceder a la fortaleza. No resultaba tarea sencilla, ni rápida, pero no cabían otras posibilidades si se quería disponer para la guerra de los recursos que los musulmanes tenían inmovilizados en Sherish.

Durante largos días, en jornadas ininterrumpidas de día y noche, los sitiadores excavaron a la altura de un aljibe próximo al alcázar. Los penosísimos trabajos se llevaron muchas vidas, pues pese a contar con expertos zapadores, el túnel se vino abajo en tres ocasiones cobrándose su peaje de luto. Finalmente, al quinto día de excavaciones, los jerezanos accedieron a unos pasadizos desconocidos para ellos. Debían llevar abiertos desde tiempo inmemorial, y tanto su finalidad como su recorrido resultaban ignotos. En medio de la más profunda oscuridad, como sonámbulos, con un calor y humedad terribles, un grupo de voluntarios se lanzó a explorar las cuevas secretas de la ciudadela. Varias veces perdieron la orientación. Dieron muchas vueltas y revueltas, en medio de aquel laberinto. Al final, en uno de los extremos del pasadizo, que allí resultaba tan estrecho que había que progresar caminando de lado, el líder de la partida logró distinguir las voces de los cristianos.

De regreso al aljibe, los agotados exploradores de las profundidades de la tierra, después de dar gracias al Altísimo por el regalo cotidiano del sol y del aire que tanto habían echado de menos, comunicaron al Banu Askilula las noticias.

Dos horas antes del alba, diez andalusíes completamente armados embocaron el túnel. Los zapadores acababan de ampliar sus tramos finales y habían preparado su extremo para que cediera con una simple patada.

En la quietud que precede a la aparición del céfiro del alba, el momento en el que las guardas suelen andar más descuidadas, los jerezanos culminaron en el mayor silencio posible su tarea y accedieron al patio de armas. Cuando se dio en la fortaleza la voz de alarma ya era demasiado tarde. Los intrusos acababan de abrir las puertas y, en tropel, entraron cientos de musulmanes furibundos, sedientos de venganza, cobrándose humillaciones pendientes.

Con las primeras luces del alba se trabó una violenta y breve batalla; poco pudieron hacer las escasas tropas de la guarnición frente al muy superior número de los atacantes. Los musulmanes hicieron gran matanza de cristianos, pero todavía el alcaide, Garci Gómez, con Fortún de Torres, caballero de la orden de Calatrava, y sus seis

escuderos, los únicos cristianos que quedaban con vida en la fortaleza, consiguieron refugiarse en la torre del homenaje. Desde sus almenas, los agotados supervivientes pudieron ver cómo los moros se arrojaban a por el botín, descuajaringaban las campanas, quemaban las santas imágenes de la iglesia y volvían a llamar a la oración desde la antigua mezquita del alcázar.

Todo el día pasaron los moros en esas tareas, hasta que, llegada la noche, se dieron un descanso para disfrutar del magro botín de la alcazaba. Pocas vituallas, algo de oro, algunas sedas y tapices. Mucho menos de lo esperado. Como suele suceder en estos casos, las disputas por el despojo de la batalla comenzaron casi inmediatamente. A punto de salir a relucir los aceros, los dos líderes, el Tuerto y Abu Ishaq, consiguieron poner orden entre la soldadesca, bajo promesa de que el sultán de Granada decidiría la manera de repartir el botín.

A la mañana siguiente, los asaltantes prendieron fuego a las puertas de la torre, que pronto acabaron consumidas. Los últimos cristianos del alcázar, sabedores de que si se rendían les esperaba una muerte lenta, formaron en el vano de la puerta y allí rindieron su vida, de manera heroica.

Uno a uno fueron cayendo los escuderos, ensartados como pollos en las largas picas de los asaltantes. Garci Gómez y Fortún de Torres, acabaron cada uno de ellos acorralados en una de las esquinas del salón de la torre. Fortún tremolaba el pendón real y, cuando perdió las dos manos de sendos sablazos, lo siguió empuñado con los muñones y los dientes; viendo que pronto moriría desangrado, todos los moros se volvieron entonces contra Garci Gómez Carrillo y, desde la distancia, para escapar del mortífero radio de muerte trazado por su espada, clavaron en su carne garfios de hierro y le desjarretaron las piernas a flechazos. Todavía con vida, de rodillas, el Tuerto lo descabezó de un solo tajo, prendió la cabeza por los cabellos, la alzó y gritó con su enorme vozarrón: *Alahu akbar*.

Así cayó el alcázar de Jerez en manos de los musulmanes, el 8 de agosto de 1264, después de semanas de incesante asedio. La turba penetró en el recinto buscando venganza, pero solo pudo descuartizar cadáveres y prender fuego a la iglesia de Santa María que los cristianos habían erigido sobre la antigua mezquita. La cabeza del alférez Garci Gómez se entregó al populacho, que pasó horas jugando con ella en el patio de armas.

Al poco de la toma de la fortaleza, una ola de optimismo y alegría se extendió por la medina, vacía ya de cristianos. Las gentes desfilaban por las calles formando jaleo, sonando atabales y panderetas, dando gracias a Dios, saludando a los muchos desconocidos que en esa época habitaban en Sherish. Casi todos compartían con ellos lo poco que las familias tenían para comer. Y el ambiente se relajó un poco.

Pero conforme fueron pasando los días y la ciudad volvió a una aparente normalidad, comenzó a ponerse de relieve los cambios que se habían producido en el gobierno de la villa. Como ocurría en tiempos de los almohades, el nuevo señor bereber de la villa, el Tuerto, prohibió terminantemente el consumo de vino, la música y la danza. También quedaron vetadas las ropas lujosas, las joyas y los afeites femeninos de cualquier tipo. Numerosos estudiantes coránicos recorrían las calles armados con bastones, dispuestos a corregir severamente, sobre la marcha, cualquier infracción leve a la nueva y rígida moral imperante. Los casos más graves se llevan al cadí, que, por lo general, sentenciaba severamente. Por los campos de extramuros empezaron a proliferar las cruces y los cadalsos. Y en la picota del arenal se aplicaban con frecuencia penas de azotes y mutilaciones menores, como la de la mano para los ladrones, o la de la lengua para los lenguaraces. Al ladrón reincidente se le amputaba el pie opuesto; si aún delinquía, la mano opuesta a aquel, y si aún persistía en robar, el otro pie. Los robos posteriores se penalizaban con azotes y prisión. Si alguien bebía vino o licor que causara intoxicación, se le daban ochenta latigazos, se hubiera emborrachado o no. Al reo se le desnudaba para ser azotado, pero no a la mujer, a la que se le quitaban solo las prendas que podían amortiguar los golpes.

También reintrodujeron los africanos usanzas olvidadas entre los andalusíes, como la escisión del clítoris de las recién nacidas. Una práctica no obligatoria que, aunque considerada respetable por la ley malikí, nunca había sido generalizada en Al Ándalus.

La severidad del nuevo régimen y la austeridad decretada por el estado de guerra enfriaron pronto los ánimos y las gentes de Sherish se sumieron en una calma aparente, solo quebrada por las noticias que llegaban del frente. Momento propicio, pensaron los Banu Quzman, para llevar a cabo las disposiciones que Zuhara y Hamet llevaban largo tiempo incubando.

Hamet convocó a los suyos, mujeres incluidas, en la biblioteca familiar. Allí acudieron Muhammad y Ali, Zuhara y unas sorprendidas Aixa, Ramla y Yamila, poco acostumbradas a acudir a este tipo de cónclaves. También la mujer de Muhammad, Amat, tan tímida y apocada como siempre, rasgos de carácter que parecían haberse acentuado por su incapacidad para concebir, porque después de muchos meses de matrimonio, el vientre de la muchacha seguía plano como el de una niña. Apenas abría la boca y tampoco ahora iba a hacerlo.

—Queridos hijos, queridísimas hijas… No hay para mí nada más importante que la familia. Durante muchos años he estado demasiado ocupado en mis tareas como juez y maestro del *Fiqh*. Me temo que no he estado suficientemente atento a los peligros que nos amenazaban.

Pero ya no cabe esperar más tiempo.

Hamet iba mirando con ternura, alternativamente, a cada uno de sus hijos.

—Ya sabéis lo que ha pasado. He sido destituido del cargo de cadí y ya no me dejan enseñar. Mi vida corre peligro aquí. He decidido que ha llegado el momento de que nos vayamos a África, como han hecho antes tantos amigos nuestros.

Yamila no supo reprimir un sollozo de angustia. En su inocencia todavía infantil, sin haberlo pensado antes, de repente se veía enfrentada a la posibilidad de que todo su mundo, aquello que le resultaba más querido, se desvaneciera de repente.

—Tranquila hija, escucha bien lo que tengo que decir. Ya eres una mujer; compórtate como tal… Nadie debe saber lo que os digo. Si esto llega a conocerse fuera de estas paredes, acudirán los estudiantes y nos prenderán… Por Dios os lo pido: discreción absoluta. Ni los sirvientes ni los esclavos deben saberlo. Saldremos con dirección a Zahara y, desde allí llegaremos hasta Ronda. Después, Dios dirá si cruzamos al África yendo al sur hacia el Estrecho, o desde Almería, tomado rumbo al este. Él lo sabe ya, pues es omnisciente y nada le es velado. Dios es la buena guía hacia la meta.

Todos los hijos asintieron con solemnidad. Sabían lo que andaba en juego.

—Para no marcharnos de aquí como mendigos y que podamos empezar otra nueva vida en África, he tomado varias decisiones que todos deberemos llevar a cabo prontamente y sin rechistar. Muhammad, tú saldrás de la ciudad a la primera oportunidad que tengamos, con la máxima discreción, sin escolta, portando la mitad del oro y las joyas de la familia, para dirigirte a Ronda. Allí lo depositarás con cuidado en la casa del judío Abraham ibn Jafar, amigo nuestro desde hace muchos años y hombre de confianza. Nos esperarás en Ronda. Tú, Ali, en otro momento, pero también pronto, partirás con los demás tesoros muebles de la casa y los enterrarás en descampado, en lugares diversos y apartados entre Zahara y Ronda. Después nos esperarás en Zahara y trataremos de recuperarlos. Y, si no es posible, en cualquier caso será mejor que lo nuestro se lo coma la tierra antes que los cristianos.

Todos los escuchantes permanecieron callados, hasta que Ali no pudo contenerse.

—Pero padre, ¿te quedarás tú solo con las mujeres de la familia? ¿Quién os protegerá si hay tumultos?… No puede ser. Por favor; déjanos regresar aquí con vosotros.

Muhammad también mostraba claramente su descontento, aunque por su prudencia no se atrevía a expresarlo de viva voz. Los dos jóvenes, nerviosos, desconcertados, se pusieron de pie, mientras

Hamet permanecía callado, sin saber qué decir, sobrepasado por la extrema dificultad del momento. Desde que fue destituido como cadí no había vuelto a ser el mismo. Se le veía apocado, taciturno, envejecido. Durante las últimas semanas, el verdadero motor de la familia había sido Zuhara, la misma que había diseñado la estrategia que estaban poniendo en marcha y la que ahora se veía obligada, contra su voluntad, a tomar la palabra.

—Hijos… sentaos. —Zuhara se levantó y con dulzura, acompañó a Ali y a Muhammad a sus respectivos cojines—. Confiad en vuestro padre; ha reflexionado mucho sobre los pasos que habremos de dar los Banu Quzman en el futuro. Invocando la ayuda de Dios, sin el que toda empresa humana es vana, ha tomado su decisión. Y hoy, a nosotros, solo nos queda obedecer. Los hijos sensatos, cuando discrepan de una decisión de su padre, obedecen y callan. Los hijos estúpidos, obedecen y protestan. Los pecadores protestan y desobedecen. ¿De qué tipo queréis ser vosotros?

Hamet miró a su esposa con agradecimiento y habló de nuevo.

—No podemos estar seguros de que estas medidas que vamos a tomar sean las más adecuadas. En estos tiempos, los acontecimientos escapan a toda previsión. Pero parece evidente que esta ciudad puede ser objeto de saqueo, por unos o por otros, en cualquier momento. Y en ese caso, lo perderemos todo, seguramente también la vida. Actualmente no podemos escapar todos juntos, en plena guerra. Pero dos jóvenes fuertes, conocedores del terreno que pisan, por la noche y por caminos escondidos, podréis pasar inadvertidos. Si todo sale como espero, lograremos salvar parte de los bienes de la familia. Dios es quien concede el éxito con su gracia, su favor y su generosidad.

—¿Por qué a Ronda, padre? —preguntó Ali, sin poderlo remediar—. No pienses que sigo cuestionando tu decisión. Simplemente quiero comprender los motivos.

—Eso te honra hijo. Eres un Banu Quzman, y tu razón pugna por comprender. Veréis… Nadie puede prever lo que nos deparará esta contienda. Si vencen los musulmanes, Dios lo quiera, nos encontraremos cerca de Sherish y podremos regresar en el momento en que las cosas se calmen. Si los gallegos derrotan a los creyentes… volveremos a la situación anterior: seguirán empujándonos hacia el sur. Pero el rey Alfonso no dispone de suficientes comedores de cerdo para repoblar con ellos todas las tierras habitadas por musulmanes. Por eso, me parece probable que quiera empujar la frontera hacia el sur, hacia el Estrecho, su objetivo principal. En los próximos años, la verdadera batalla se librará por el control de esa región estratégica: quien la domine, tendrá en sus manos las puertas de la Península. Por eso creo que intentarán tomar Jerez, Medina y Vejer. Alcalá y Benalup. Probablemente también Tarifa, Algeciras y Gibraltar. Pocos

accidentes geográficos encontrarán en su camino. Ronda y las regiones del este, sin embargo, están defendidas por sus sierras y sus bosques. Ronda es inexpugnable, dispone de un rico alfoz, rebosa de aguas… allí estaremos más seguros.

Hamet fingió aclararse un poco la voz para ordenar sus pensamientos y ganar un poco de tiempo. No sabía cómo plantear las demás razones de su decisión sin causar dolor a sus hijos.

—Además… aún no sabemos qué ha sido de Ismail. No podemos partir al África sin él. Quizás haya sido cautivado y debemos buscarlo para pagar el rescate. O puede que, simplemente, ande escondido en alguna parte, refugiado de sus enemigos. Debemos esperar hasta conocer su paradero. Estamos en las manos de Dios (alabado sea), pero no pienso abandonar Al Ándalus hasta que sepamos qué le ha ocurrido a Ismail.

24. Al Ándalus. 1264

La sublevación encontró a los castellanos desprevenidos. Durante toda la primavera y el verano de 1264, y también durante el otoño siguiente, la mayoría de las poblaciones del poniente y del levante de la frontera sur castellana cayeron en manos de los rebeldes. En el este, toda Murcia se sublevó hasta Orihuela, aunque algunas plazas fuertes del norte, como Crevillente, se mantuvieron fieles a Castilla. Como alcaide y gobernador de la ciudad de Murcia, Mohammed I instaló a Abu Muhammad abd Allah ibn Askilula. El viento soplaba en favor de los musulmanes con la ayuda de Allah.

En vano trató el rey, por medio de sus mandaderos, de convencer a los descontentadizos de su sinrazón. En la mayoría de los casos no solo no aceptaron las propuestas de tregua, sino que sometieron a los mandaderos a los peores tormentos y les dieron escarnio público, entre los vítores del populacho. Los espías llevaban estas nuevas al rey de Castilla, y con ello aumentaba su furor.

En Sherish, cuando llegó el mandadero del rey, pidió expresamente hablar con Hamet ibn Quzman, lo que aumentó las suspicacias del Tuerto y de una buena parte del populacho, alentado por los ulemas, contra los Banu Quzman. Cada vez más voces reclamaban la cabeza del antiguo cadí, la expropiación de sus bienes y un castigo ejemplar para sus hijos varones.

Abu Tamit ibn Idris convocó otra vez a su presencia a Hamet. Lo esperaba sentado en el trono del rey de Jerez, en el salón regio del alcázar. A su lado, un bulto envuelto en paños rojizos llamó la atención del asustado Hamet. Tan pronto como este se arrodilló en presencia del valí, el Tuerto tiró de un extremo de los paños y una

cabeza sanguinolenta rodó hasta quedar inmovilizada delante de Hamet, que no pudo evitar dar un respingo hacia atrás. La cabeza parecía mirarle con sus ojos fríos, inmovilizados en una expresión ya eterna de estupor y miedo. Su boca era un puro muñón enrojecido, sin labios ni dientes, una abertura que dejaba entrever un pozo negrísimo.

—¿Le conoces, Hamet? …¿Es amigo tuyo? Preguntaba por ti, en plena noche… Murió como una doncella, implorando piedad. Tuvimos que cortarle la lengua para que dejara de molestar a los verdugos. Cuando nos libramos de sus gritos, estos pudieron por fin concentrarse en su tarea y lograron que aún estuviera muchas horas con vida. Con frecuencia estos perros politeístas se mueren con los primeros cortes y nos privan de recreo… Este era duro… ¿seguro que no le conoces? Míralo bien. Si mientes, que Dios te haga sincero, y si eres culpable, que Dios te haga digno de excusa, porque no escaparás de mi justicia.

Hamet volvió a dirigir su mirada hacia el despojo humano y negó con la cabeza. Sabía que se encontraba en un grave aprieto. Se inclinó con humildad ante el berebere y dijo, con poca convicción, con palabras que le parecían huecas, ajenas, como pronunciadas por un extraño:

—Señor… no conozco a este hombre ni le he visto jamás. No sé qué podría querer de mí. Quizás, si viene de la corte de Alfonso, pensara que sigo siendo el cadí de la ciudad y el alcaide de moros. No sé… no tengo tratos con los asociadores, ni los he tenido nunca, salvo cuando me he visto obligado por las circunstancias. Ya lo sabes.

El Tuerto parecía divertido. Podía oler el pavor del orgulloso andalusí. Nada le complacía más a un magrebí que humillar a un andalusí, sobre todo si se trataba de alguien noble y reputado como un Banu Quzman. Quiso prolongar un rato su diversión.

—¿Qué puedo hacer contigo, Hamet? Me juras lealtad, pero te relacionas con traidores… Nada hay digno de alabanza en tu comportamiento… No sé… Debería matarte con mis propias manos. Pero, siendo todo un cadí y un ilustre profesor y gramático, no quiero mancharme las manos con tu sangre. Acaso deba crucificarte. ¿Tú qué opinas?

Hamet notaba como se le descomponía el vientre, pero mantuvo toda la compostura que pudo reunir, sin decir nada. Sabía que cualquier palabra suya podría volverse en su contra. Si el Tuerto había decidido matarle, nada podría salvarle, así que se encomendó a Dios y permaneció en silencio, intentando ocultar el pánico que sentía y la trepidación que le atenazaba la garganta.

El Tuerto, que esperaba una reacción diferente, alguna súplica al menos, quedó contrariado, así que quiso ahondar más en la herida.

—¿Y qué voy a hacer con tus hijas? Con las hijas de un traidor… Me han dicho que son muy hermosas, como rosa que adorna la chilaba al

atardecer. Tal vez, cuando las vea, me quede alguna para mí. Pero seguramente las otras valdrán mucho en África… ya veremos.

Hamet, derrotado, permaneció impasible, causando una grave irritación en el bereber.

—Arrogante hasta el fin, ¿no? Te crees que vales más que yo ¿verdad, andalusí? Sé lo que pensáis de nosotros, que somos unos salvajes… Pero cuando os derrotan los cristianos, bien que acudís a nosotros, suplicando ayuda como niñas asustadas. No valéis nada, menos que nada, altivos montones de mierda de perro; esta tierra solo quedará purificada para el islam cuando hayan desaparecido las generaciones enteras de andalusíes que han sido irremediablemente modeladas por la humillación. Quizás vuestros hijos, los que aún sean muy pequeños, podrán salvarse… pero vosotros… quisiera rebanar todas vuestras cabezas de un solo tajo… —Dirigiéndose hacia los guardias de la puerta, gritó con su vozarrón algo en lengua bereber y estos se llevaron a Hamet y lo arrojaron en una mazmorra del alcázar.

Largas semanas pasó Hamet ibn Quzman encerrado en el subsuelo de la alcazaba de Sherish, mientras la guerra seguía su curso imparable de horrores y desgracias. En aquella primera fase, el impulso arrollador de las gentes de Al Ándalus y de los bereberes parecía invencible; sus victorias se contaban por decenas. Cada escaramuza, cada asalto, se saldaba con la muerte de cientos de cristianos y la destrucción de sus hogares. Como si se hubiera desencadenado una plaga bíblica, pronto resultó imposible encontrar un cristiano con vida al sur del Guadalete. Y entre este río y el Guadalquivir los pocos que quedaban se escondían en las alturas de los montes, en la espesura de los bosques, en madrigueras, como animales. Solo unos pocos afortunados consiguieron cruzar la anchura espejeante del gran río para acogerse en Sevilla, en Córdoba o en alguna de las grandes villas amuralladas, las únicas que escaparon del furor de los muyahidines.

Por si fuera poca desgracia para el rey de Castilla, la asonada prende también en su amada Murcia, la tierra que él mismo ganó para Castilla y que desean los aragoneses. Aturdido, desconcertado por las ominosas noticias que se sucedían sin descanso, la más reciente peor que la antigua, Alfonso empezó a contemplar como posible la pérdida de todos los territorios ganados por su padre para la cristiandad, su peor pesadilla. Ya había ocurrido antes un desastre así, después de Alarcos, cuando los almohades pusieron a Castilla contra las cuerdas y estuvieron a punto de tomar Toledo.

La ofensiva de Granada había pillado al rey Alfonso desprevenido y con la salud quebrantada; su preocupación estaba en el norte, con los nobles descontentadizos, y aún más lejos, en las frías tierras de los francos, para ganar fuerza en Europa, como paso previo a la conquista

del Mediterráneo, a la recuperación de la Tierra Santa. Ahora, piensa Alfonso, todo se ha perdido. Adiós a sus sueños africanos de cruzada, al *fecho de allende*, a su camino a la gloria imperecedera.

Contra pronóstico, cuando el final parecía inminente y hasta en la meseta hacían preparativos para afrontar la llegada de los ejércitos musulmanes, a finales de la primavera de ese año infausto de 1264 lograron los castellanos poner algo de orden en sus filas y empezó la reacción. En cuanto se hubo recobrado de sus padecimientos, el rey Alfonso se puso en marcha. Pidió a los obispos de Cuenca, Sigüenza y Segovia la predicación de la cruzada por sus reinos. También solicitó al papa Clemente IV nuevas bulas y pidió ayuda militar a su suegro, el rey Jaime de Aragón.

Mientras esperaba respuesta a todos estos requerimientos, comenzó a organizar los escasos recursos con que contaba una Castilla exhausta y en bancarrota. Convocó a la hueste de sus vasallos y de los concejos para hacer alarde en Sevilla y después partir con él a la frontera, en compañía de las tropas aportadas por las órdenes militares.

Solo cabía una estrategia: ir recuperando, uno a uno, los lugares de su señorío y, si resultaba posible, también las tierras sometidas a la autoridad del traidor nazarí, expulsando definitivamente a los musulmanes de la Península, la vieja aspiración de su padre, de sus antepasados y la suya propia. Pero el rey no puede estar en todas partes. Desde Sevilla, él se ocupará personalmente de dirigir la campaña del sur. A Murcia envía a uno de sus hombres de más confianza, el comendador mayor de Castilla, don Pedro Núñez.

Para la consecución del primer objetivo militar de Castilla, la reconquista de Sherish y del valle del Guadalete, el monarca decide contar con el desleal, pero al fin y al cabo amigo de infancia, don Nuño González de Lara. Pensaba el rey que, poniendo al mando de su ejército al gobernador desposeído, éste redoblaría sus esfuerzos y empeñaría lo mejor de su enorme patrimonio. ¿Qué mejor manera de lavar el honor manchado que recuperando la plaza de la que aún era titular? Sin embargo, don Nuño no se muestra contento con el encargo; a regañadientes, sale de Sevilla con las tropas disponibles y se dirige hacia el sur por la ruta más directa.

Pero también los musulmanes saben de la importancia estratégica y simbólica de la plaza y tienen reunidas allí a sus mejores tropas, que salen al raso a hacer frente al ejército castellano.

Cuando don Nuño contempla el poderío de las armas del islam, una vez más decide huir con deshonor antes que perder la vida. Ordena regresar al norte sin presentar batalla, pese a las protestas de algunos caballeros, como los de Ciudad Rodrigo y los adalides de las mesnadas concejiles de Burgos, Salamanca y Pontevedra. Cunde el desconcierto en el consejo de guerra de Castilla y a punto están los cristianos de

cruzar las armas entre ellos antes de que una sola pica haya atravesado el pecho de un moro. En el último momento, el obispo de Cádiz consigue poner orden en medio de un monumental escándalo. Se cruzan juramentos y promesas de venganza, pero nada puede convencer a don Nuño: Jerez es todavía un bocado demasiado fuerte para Castilla, alega. Es necesario esperar, armarse para asegurar la victoria. Antes de que alguien pueda replicarle, monta y parte al galope, con rumbo desconocido y los capitanes de las huestes se ven obligados a regresar a Sevilla.

Un chirrido de hierros sacó a Hamet de su ensoñación. Al abrir los ojos no pudo recordar dónde estaba, como le ocurría algunas veces debido a la debilidad y al paso lentísimo del tiempo, que le hacía confundir el día con la noche. Al pasear su mirada por las sombras, entre las que apenas podía entrever las húmedas paredes de piedra, regresó rápidamente a su cruda realidad.

La escasa luz que penetró por la abertura de la tenebrosa mazmorra bastó para herir los ojos del prisionero. Había perdido la cuenta de los días que llevaba enclaustrado allí, en la más completa oscuridad, sumido en el hedor, sin más contacto humano que la mano que le introducía una escudilla con agua salobre y un panizo negro por un ventanuco de la puerta, hundido en la miseria de sus negras ideas. Horas y horas de ensoñación, entre la vigilia y el sueño, en las que, aparte de la oración, su principal ocupación para matar el tiempo lentísimo de la espera había sido escuchar el sonido monocorde de las pequeñas gotas que rezumaban del techo y abrían profundas grutas en el duro suelo de piedra, como metáfora perfecta del poder de la perseverancia.

—¡Arriba andalusí, deprisa! —La voz entonada en árabe con un fuerte acento bereber vino acompañada de varias patadas. El debilitado Hamet se cubrió el rostro con el antebrazo y permaneció tendido en el suelo, señalando con la otra mano los grilletes que aprisionaban sus tobillos.

En el sofocante aire del calabozo se sentía la fetidez acumulada de los cautivos que allí habían penado y muerto. Como un lejano rumor, se dejaban oír los quejidos de los prisioneros de las celdas contiguas, los gritos desesperados de los que en ese momento eran objeto de sevicias y tormentos.

—¡Arriba he dicho, perro!

Ya sin el acoso de las patadas, Hamet se incorporó con dificultad y fue empujado por los dos guardias fuera de la prisión.

El trayecto entre las zahúrdas del alcázar y el salón regio se le hizo eterno. Hambriento, sediento, medio muerto… Hamet arrastraba los pies con dificultad, pensando que era un milagro que no le hubiesen matado ya, pero que se dirigía a un final sin remedio. Suplicaba a Dios

que la muerte acudiera con rapidez, que le librara del dolor inhumano que sabía que los bereberes podían causarle. La hediondez del calabozo, el hambre y el cansancio le habían llevado al borde de la extenuación, pero contra todo pronóstico conservaba la vida. Le habían rapado la cabeza y sobre su piel cenicienta colgaban unos pocos harapos cochambrosos que apenas cubrían su desnudez. Finalmente llegó a donde le esperaban y una vez allí tuvo que pasar un rato parpadeando hasta recobrar el uso de la vista, por la intensa luz reinante en la sala. Antes de ver, escuchó una voz que decía:

—¡Hamet, hermano!

De las tropas que el sultán mandó para hacer frente a Nuño González de Lara formaban parte los voluntarios jerezanos de la caballería andalusí, comandados por Muhammad ibn Quzman. Muhammad contaba cada vez más con la confianza del nazarí, su antiguo enemigo. Por eso el sultán le había encomendado ciertas gestiones delicadas en Sherish, una vez conjurado el peligro del ejército de Castilla, que huyó sin que las lanzas se hubieran cruzado.

La cuestión del reparto del botín del alcázar había dejado heridas pendientes de cicatrizar. Los bereberes de Abu Tamit querían apropiarse completamente de él, por haber soportado el mayor esfuerzo del sitio y tener encomendada la gobernación de la plaza. Sin embargo, los andalusíes de los Banu Askilula alegan tener derecho, al menos al cincuenta por ciento, pues habían sido ellos los que habían concebido y ejecutado la maniobra que rindió la fortaleza. Antes de que la cuestión se resolviera por la fuerza de las armas, los contendientes acordaron someter al asunto a la decisión inapelable del sultán.

La tarea de Muhammad consistió en trasladar a los adversarios el decreto del señor de la Alhambra. Dado el contenido de la decisión, el Banu Quzman no pudo ocultar su contento: albergaba antiguas querellas contra los Banu Askilula, a los que consideraba ambiciosos sin escrúpulos, que no pararían hasta conseguir la corona de Granada. Por eso, apenas pudo reprimir su sonrisa irónica cuando comunicó a Abu Tamit Amir ibn Idris y a Abu Ishaq Ibrahim ibn Askilula que el sultán decretaba que todo el botín fuera a parar a manos de los magrebíes.

A punto estuvo el arráez, líder de los Banu Askilula, de cometer el último error de su vida cuando recibió la noticia. Casi de manera inconsciente, su mano aferró la empuñadura del sable y ya estaba la hoja a medio camino cuando pudo reunir la contención suficiente como para devolverla a su vaina. Sin decir palabra al valí, Abu Ishaq se volvió y se dirigió con grandes zancadas a la entrada del salón regio; pero antes de salir, se enfrentó cara a cara con Muhammad y le dijo:

—¿Cómo tú, un muladí, puedes traicionar a los tuyos, para ponerte de parte de los bereberes?

Sin esperar respuesta, escupió a los pies de Muhammad y salió del alcázar, para marchar con los suyos rumbo a Comares, cargado de ira y de indignación.

Con tan buena disposición de ánimo, el valí de Sherish no pudo rechazar la petición de Muhammad de que liberara a su hermano, aunque le advirtió que ya no podría salvarle otra vez la vida si reincidía en el error de tratar con los cristianos.

Cuando Hamet sintió el abrazo de su hermano no pudo contenerse y rompió en sollozos. Aferrando los fuertes hombros de Muhammad, lo sacudió, diciendo.

—¡Ismail! ¿Dónde está Ismail? ¿Cómo está?

Muhammad tranquilizó a Hamet y suavemente lo sacó del salón regio del alcázar. Por los pasillos de la fortaleza, buscó un rincón apartado de todas las miradas y allí se sentó con su hermano. Con su vozarrón autoritario, pidió agua y unos cojines a un sirviente que pasaba por allí y al poco le entregaron lo que pedía. Cuando Hamet sació su sed atrasada recostó su espalda contra la pared y repitió.

—¡Ismail! ¿Dónde está Ismail?

Muhammad agachó la cabeza y dijo.

—Ismail, ¡Dios esté satisfecho y tenga misericordia de él!, cayó como un mártir, en Qadish, a las pocas semanas de partir de Sherish.

La revelación se desplomó como un hachazo en el ya decaído ánimo del cadí. En su fuero interno lo sabía. Sabía que si Ismail viviera habría encontrado la manera de hacerles llegar noticias. Pero se negaba a creerlo y, una y otra vez, ingeniaba excusas, explicaciones… Al final, todo en vano; sus peores temores se confirmaron.

Hamet se tapó la cara con las manos. Su llanto, quedo, apenas se oía. Después de un buen rato, Muhammad habló.

—Hermano… yo…. Lo siento. No pude hacer nada.

Hamet levantó la cabeza y miró fijamente a su hermano. No pudo encontrar en su corazón ningún rastro del inmenso amor que un día sintió por él, pero tampoco rabia o resentimiento, sino dolor, hartazgo, una pena hondísima hecha de multitud de decepciones acumuladas con el tiempo. Lentamente, remarcando mucho las sílabas, encaró a su hermano y le dijo:

—¿No pudiste hacer nada? ¿Tampoco informarnos de su caída, para dejar que su familia le llorara? Por años de inquietud y duda, de oración y temor, de desvelos y esperanzas vanas… Vete Muhammad, déjame. No eres mi hermano. Sigue tu propio camino, tu propia locura. Continúa portando tus mensajes de muerte, arrastrando a la ruina a miles de musulmanes por los delirios de grandeza de tu señor. Vete y déjanos en paz, déjanos vivir. Vete…

—Hamet, por Dios… escúchame.

—¡Déjame! Tu presencia me tortura el alma… —gritó el cadí, cuya furia era ya un río desbordado—. Maldito seas tú y los que son como tú… No quiero que pises mi casa nunca más. No quiero volver a verte. —Siguió gritando mientras se levantaba y se dirigía dificultosamente a la salida del alcázar, luchando en su interior contra el afecto que irremediablemente sentía por él. Tal como franqueó los portones de la fortaleza, se encaminó a su casa. Poco a poco fue recuperando el uso de sus piernas, pero aún no encontraba la manera de comunicar a Zuhara la muerte de su benjamín. Así que vagó sin rumbo por las calles de Sherish, como un alma en pena, llorando hasta que se acabaron sus lágrimas, con los ojos muy abiertos, petrificados por la pena en una mirada vacía, farfullando explicaciones… Desde ese día, empezó a correr por la ciudad el bulo de que el antiguo cadí había enloquecido, debido a las sevicias de que fue objeto en las mazmorras del castillo, por traidor y amigo de los cristianos.

El fracaso en la reconquista de Jerez obligó al rey a cambiar de estrategia para apuntar a objetivos más débiles. Se concentró entonces en la recuperación de las plazas norteñas, las más próximas al valle del Guadalquivir, y ordenó a don Nuño González de Lara dirigirse contra Écija.

El ejército castellano, reforzado con las tropas de la orden de Calatrava que acababan de cruzar los puertos, recibió orden de hacer alarde en Carmona. El miedo de don Nuño a las batallas parecía haberse convertido en crónico, porque transfirió el control de las operaciones militares a su yerno, don Gil González de Roa. Al mando por fin de un noble dotado de buenas capacidades militares y del necesario arrojo sin el que no cabe siquiera pensar en plantear batallas, las mesnadas de Castilla pusieron cerco a Écija, importante plaza militar que bloquea el camino más directo entre Sevilla y Granada.

Los moros de Écija se habían sublevado con éxito en la fecha prevista, pasando a cuchillo a todos los cristianos que moraban dentro de la villa. Desde entonces, habían venido algareando su amplio alfoz, para masacrar a las muchas familias castellanas que se habían afincado por la zona, que acudieron al llamado de sus ricas tierras de labor. Sabedores, por ello, de que no podían esperar perdón de los castellanos, la plaza resistió bravamente durante meses, hasta que finalmente cayó a principios de diciembre de 1264. Los monjes guerreros aplicaron un castigo ejemplar y, pese a los elevados costes del sitio, no hicieron prisioneros.

Cobrada tan importante pieza estratégica, el rey quiso apurar aun lo que quedaba de estación y tras entregarla a la Orden para su defensa, haciéndoles jurar que nunca volvería a caer en manos musulmanas,

ordenó a don Gil González de Roa dirigirse contra Osuna. Tras haber perdido Écija, el sultán no podía arriesgarse a perder el control de la zona sevillana bajo su soberanía, así que mandó que se concentraran allí sus mejores tropas, entre ellas, los destacamentos de caballería de Sherish. Por eso Muhammad tuvo que abandonar de inmediato la ciudad, sin haber podido volver a hablar con su hermano y arreglar las cosas entre ellos, como anhelaba.

Aprovechando que el sultán había concentrado su ejército en Osuna para plantar cara al grueso de las tropas de Castilla, un grupo de nobles de Cádiz y de Santa María del Puerto aprovecharon la ocasión y se dirigieron contra Arcos. Como esperaban, la encontraron desprotegida, pues el sultán había concentrado sus esfuerzos en la defensa de Jerez. Después de saquear los alrededores de la villa y talar las vegas del Guadalete, entraron por la fuerza en la medina y la incendiaron. Solo unos pocos moros resistían en el alcázar, pero muy mal pertrechados; el resultado era seguro, solo quedaba duda sobre cuánto podrían resistir. A finales de diciembre de 1264, los castellanos se lanzaron al asalto y tomaron la fortaleza. Como en Écija, no hubo supervivientes. Los castellanos, que cada vez contaban con más detalles sobre las crucifixiones, las torturas y las violaciones sufridas por los colonos cristianos, no mostraron piedad con los vencidos: sus corazones ardían en deseos de venganza.

Por fin una buena noticia, sobre todo por inesperada, para el rey Alfonso. No ha podido reconquistar Jerez, pero la toma de Arcos conlleva un enorme valor estratégico. La villa, convenientemente pertrechada y avituallada, resulta inexpugnable, y representa una cuña en el corazón de la morería de la zona del Guadalete. Antes de que acabe ese año infausto, llega a Arcos el rey Alfonso y desde allí sigue dirigiendo las operaciones. Como primera medida, después de oír la misa solemne del Espíritu Santo en acción de gracias, manda a sus huestes a Matrera para procurar el levantamiento del sitio de una alcazaba donde fray Alemán resiste desde el comienzo de la sublevación. Cuando los moros ven acercarse a las mesnadas de Castilla, huyen en dirección a Sherish, perseguidos por una caballería calatrava deseosa de venganza.

Desde la atalaya de Arcos, en lo más frío del invierno, el rey rumia su desgracia y comienza a diseñar el futuro de esta tierra. La política de su padre ha fracasado: no más pactos de vasallaje, no más sometimientos fingidos. En lo sucesivo, el dominio de Castilla será directo y exclusivo. Como primer paso, Alfonso concede a Arcos el fuero y el privilegio de Sevilla, que habrá de regir en una villa repoblada exclusivamente con cristianos. Se cumplen así por vez primera los nuevos designios que el monarca alberga para las zonas rebeldes: la completa expulsión de los musulmanes.

Algo semejante ocurre con otras villas entre los dos grandes ríos. Sanlúcar, Rota y Trebujena son sucesivamente atacadas con éxito desde Cádiz. En todas partes se ejecuta un plan semejante: exterminio de los moros y requisa de sus bienes, encastillamiento de guarniciones cristianas en los alcázares que aún siguen en pie. No pueden quedar enemigos rendidos en la retaguardia. Y así empiezan los andalusíes a padecer las consecuencias de sus propios excesos: ellos mismos han marcado el camino de crueldad por el que discurrirá la guerra. En un tiempo sorprendentemente corto, todas las plazas del extremo occidental de Al Ándalus vuelven a manos cristianas; aún no pueden ser repobladas, pero al menos quedan vacías de moros.

Pese a las adversidades iniciales y contra todo pronóstico, Alfonso ha hecho en poco tiempo grandes progresos en la zona Sevillana, Gaditana y Cordobesa, aunque Jerez y Murcia siguen resistiendo, también toda la zona entre el Guadalete y el Estrecho. El rey quisiera aprovechar su buena fortuna para seguir progresando, pero la estación se acaba. Un invierno particularmente crudo hace imposible las operaciones guerreras y la situación se estabiliza.

25. Al Ándalus. 1265

El invierno calmó los furores de la guerra, pero no la aflicción de los corazones de los Banu Quzman. Hamet impuso a la familia el luto más estricto y retrasó la partida de sus hijos Muhammad y Ali; no cabía en esos momentos otra cosa que llorar todos juntos. Además, un intenso miedo a perderlos a ellos también se apoderó de él. Se veía el cadí ante el dilema de poner en peligro a toda la familia o arriesgar y quién sabe si sacrificar a sus hijos varones, por la salvación de todos. Pensó incluso en cambiar sus planes, en ordenar a Muhammad que permaneciera en la ciudad. Sin embargo, después de una reflexión más profunda y de invocar la ayuda de Dios, el cadí llegó a la conclusión de que en estos tiempos de locura, quizás los jóvenes se encontraran más a salvo en los despoblados serranos que entre los muros de Sherish.

Zuhara, al fin y al cabo la más animosa de la familia, pudo pronto sobreponerse al tremendo daño de la pérdida de su hijo; tras unas semanas en las que no tuvo fuerzas ni para llorar, poco a poco fue saliendo del pozo negro de su melancolía. Como madre, sintió la pérdida de Ismail como si le extirparan un pedazo de sí misma; pero precisamente como madre, no podía olvidar su obligación de velar por el resto de su camada. En cumplimiento de este deber sagrado, cada mañana se levantaba como una leona, dispuesta a inventar mil mañas para alimentar a su prole. Acudía al mercado a buscar grano y

hortalizas, yendo de un mercader a otro, rebelándose contra los precios que no paraban de aumentar. Zuhara compraba cuantos víveres podía conseguir y escondía algunos de los que mejor se conservaban en escondrijos diversos por toda la casa, los patios, los tejados, ganándose el reproche de su marido por su falta de confianza en Dios. En realidad, Hamet ignoraba la mayoría de los lugares donde su esposa escondía las provisiones; y prefería no saberlo, consciente de que en tal caso difícilmente podría contenerse para compartir las raciones de la familia con otros más necesitados que ellos. Y cuando no disponía de nada que cocinar o comprar, la mujer llenaba sus horas limpiando la casa una y otra vez, ordenándolo todo, ocupándose de las ropas de los suyos, incansablemente, buscando en el agotamiento físico una fuente de olvido. Vanos intentos, porque cuando por la noche Zuhara se quedaba a solas, sumida en el completo silencio, con los ojos abiertos fijos en la oscuridad como buscando una imagen inexistente, caía sobre ella la pesada losa, el recuerdo de la irreparable pérdida, se rompían los diques del dolor y regaba su duermevela de lágrimas hasta el amanecer. Y entonces nuevamente se recomponía, sacaba fuerzas de la flaqueza y se disponía a luchar contra lo que deparara el día.

Lo más duro para ella fue la imposibilidad de velar y enterrar al menor de sus varones. Esta herida le pesaba tanto en el corazón que un día, pocas semanas después de saber la noticia, organizó un velatorio, llamó a las plañideras y cumplieron todos los ritos exigidos por la tradición. Las mujeres lloraron hasta la extenuación, gritaron y se palmearon la cara. En los momentos de tregua, reflexionaban sobre el amor de las madres por sus hijos y sobre la triste condición de las hembras, condenadas a traer al mundo vidas para la muerte. Cuando terminó todo, Zuhara se sintió como renovada y reforzada en su convicción de que nadie más de su familia moriría en aquella maldita guerra.

Hamet, sin embargo, se sumió en una profunda depresión; ya desde zagal había sido propenso a la melancolía. Se decía en Sherish que los Banu Quzman portaban una sangre emponzoñada por las enfermedades del espíritu. Se contaban anécdotas magnificadas de las excentricidades del abuelo Ali, también sobre el bisabuelo Yafar, confirmadas para todos cuando se supieron los detalles de las cicatrices de Alima. Para el vulgo, la desaparición de Hamet ibn Ismail de la vida pública y su postración en el lecho solo probaban la maldición familiar.

¿Cuánto dolor puede soportar un hombre? ¿Cuánta aflicción? No resultaba necesario buscar demasiadas explicaciones para las dolencias de Hamet: despreciado por los suyos, los jerezanos a los que siempre había servido. Sospechoso de traición y destituido del cargo

de cadí. Su madraza cerrada. Largas semanas de encierro y humillación en la mazmorra del alcázar. La muerte de su hijo, el pequeño, al que pudo negar el permiso para ir a la guerra… El peso de aquella última culpa se sumaba sin posibilidad de redención a la enorme cantidad de pesar que ya cargaba su existencia. No, el comportamiento de Hamet no podía considerarse desusado, sino la pura manifestación de que la resistencia de un hombre tiene límites. Hasta ahora, siempre había afrontado con gallardía y resignación las pruebas que el destino le había reservado. Pero los recientes acontecimientos habían quebrado algo dentro de él, llevándose su fuerza interior y su sabia alegría de vivir. Rompiendo sus arraigadas costumbres, el cadí apenas salía de su casa y cuando lo hacía, evitaba cualquier ocasión de diálogo con sus vecinos, limitándose a los elementales gestos de la rebuscada cortesía andalusí. Incluso caminaba encorvado, ensimismado en su frío mundo, como si cargara sobre sus espaldas un peso invisible.

Con las riendas de la familia en manos de Zuhara, pudieron capear el temporal de escasez de ese invierno terrible. Con los campos saqueados, las huertas taladas, los ganados perdidos, los Banu Quzman debieron recurrir a sus reservas y a mil tretas de la astuta e inagotable matrona, que sabía multiplicar los recursos disponibles, comprar suministros de contrabando al mejor precio y cobrar deudas casi olvidadas de la familia. Como el general de un ejército, contaba escrupulosamente, una y otra vez, las reservas de trigo y de aceite, las de bellotas y almendras, de habas y guisantes, de cebollas y ajos, los garbanzos secos, para hacerlos proliferar, diseñando platos nuevos, innovadoras maneras de cocinarlos, para sacar el hambre a los suyos, al menos por unos días.

Tampoco para el rey Alfonso, que pasó ese invierno en Sevilla, fueron momentos gozosos. Aunque logró algunas victorias, que redujeron las proporciones del desastre, necesitaba tiempo para recuperarse de los duros reveses sufridos en Jerez y Murcia. Por si fuera poco, padecía la acuciante falta de fondos del tesoro de Castilla. De talante gastador, dado a las mercedes y poco previsor, muy distinto al de su padre, hasta tal punto era desprendido que el monarca se había anudado él mismo una estrecha soga en la garganta.

Empleaba todo el tiempo que le permitía su delicada salud en gestionar personalmente su diplomacia, confiando a ella sus más altas esperanzas. Por fin se recibieron en Sevilla las nuevas bulas de cruzada pedidas a Clemente IV, y resultaron más generosas de lo previsto. Firmadas en marzo de 1265, transcurrido poco más de un mes de su acceso al pontificado, con ellas el Papa acudía sin titubeos en socorro del cruzado en apuros, del *guerrero del Señor*, Alfonso de Castilla, acosado por los *persecutores nominis christiani*. Además de

proporcionarle un importante apoyo financiero directo, el pontífice pedía a todos los cristianos oraciones para los reyes de Castilla, porque su causa era la de todos y porque un triunfo de los enemigos de la fe en la Península supondría un grave peligro para el conjunto de la cristiandad. Como retribución por esa ayuda en forma de oraciones, se concedían veinte días de indulgencias para los penitentes debidamente confesados que las ofrecieran. Además, se otorgaba indulgencia plenaria para aquellos que participaran en el *combate del Señor*. También se ordenaba la suspensión temporal de la cruzada a Tierra Santa, en tanto no se conjurara el peligro que para todos los cristianos suponía la invasión de los africanos, y que la centésima que los clérigos estaban obligados a dar como contribución para esa cruzada se aplicase durante cinco años a la guerra contra los moros en España. El papa encomendaba a don Remondo, arzobispo de Sevilla, y a fray Juan Martínez, obispo electo de Cádiz, la predicación de la cruzada por Castilla, Génova y Pisa, contra la maldad de los hijos de Agar «que se llaman sarracenos por haber usurpado el nombre de la madre libre». No cabía demora alguna; en cuanto los puertos pudieran franquearse y los mares navegarse, los dos prelados comenzarían la predicación, porque la situación tanto en Tierra Santa como en España parecía agravarse por momentos.

En la primavera de 1265 se reanudaron las hostilidades. Poniendo en práctica una nueva estrategia, minuciosamente gestada durante el invierno, los castellanos atacaron esta vez directamente Granada, corazón de la revuelta y madriguera donde se escondía el hurón que la había gestado. Consideraba Alfonso que los moros andarían preocupados por la defensa de las zonas de su soberanía directa, donde triunfó la rebelión, Jerez y Murcia, y de acuerdo con esas premisas movió sus peones. Los concejos de los reinos de Jaén y Córdoba, y los principales nobles de esa zona, firmaron un acuerdo de hermandad para apoyarse mutuamente contra los moros; apoyados por nuevas mesnadas señoriales y concejiles, tratarían de abrirse paso como una cuña hasta la Vega de Granada. Ya que no puede todavía recuperar por la fuerza de las armas las principales plazas rebeldes, el furor de Castilla se dirigirá contra el corazón del reino y mermará así sus recursos.

El 22 de junio de 1265 el rey instaló su corte de campaña en el campamento que su ejército había erigido en La Torre del Rey, entre Alcalá la Real y Granada. Desde allí, en sucesivas cabalgadas, se procede a la tala e incendio de las cosechas de toda la Vega. Durante un mes todo va bien. Los castellanos apenas se encuentran con oposición y Alfonso empieza a ver como posible la toma de la Alhambra y un temprano fin de la guerra, pues el sultán parece asustado por el poderío del ejército que ha logrado reunir y no se

atreve a hacerle frente en campo abierto.

Pero Dios parece enojado con las armas de Castilla; el nazarí le ganó otra vez al castellano la batalla de la astucia. Solo trataba de ganar tiempo para reunir al grueso de sus tropas en Archidona. Allí diseña su estrategia con el jeque de los voluntarios de la fe meriníes y el arráez Abu Ishaq Ibrahim ibn Askilula. Las relaciones entre los Banu Askilula y los bereberes cada vez son más tensas, y el sultán debe hacer grandes equilibrios para no incrementar los agravios. Pero al cabo, logra convencer a todos de los beneficios de la inminente campaña, que ofrecerá abundante botín para todos.

El ejército granadino se lanzó contra las tropas castellanas a finales de julio. Los espías y las lenguas han fallado, pues los cristianos no se esperan tan violenta acometida. Los moros encuentran a las mesnadas desprevenidas y dispersas, y las aplastan muy cerca de su campamento, en Alcalá de Benzaide. Los feroces caballeros de los Banu Idris parecen invencibles y con sus gritos y vestiduras causan el pánico entre los cristianos. La derrota es total, el hermano del rey cae prisionero, junto con otros cientos de caballeros. Los alfaquíes moros apilan miles de cabezas de cristianos y desde ellas llaman a la oración, mientras los soldados se abandonaban a la caza del botín y a la búsqueda de las mejores presas por las que pedir rescate, nobles, a ser posible de la casa real.

El rey a duras penas pudo escapar del campamento para refugiarse en Sevilla. Tal como llegó al alcázar, le comunicaron que el ejército nazarí se había lanzado en su persecución y que llegaría a Sevilla en pocas horas. Alfonso, viéndose perdido, ordenó la evacuación de la ciudad. Todas las riquezas, las armas y las vituallas debían desaparecer, por si los moros tomaban la plaza. Cumpliendo las instrucciones del rey, el sarcófago visible con los restos de su padre Fernando se envió a Toledo para evitar su profanación. Por dondequiera que pasaba la comitiva que portaba el lujoso féretro, con extensas y laudatorias inscripciones en los costados, redactadas en romance, latín, árabe y hebreo, los castellanos se arrodillaban para implorar la ayuda de quien ya consideraban santo, porque Dios le halló leal amigo, contribuyendo a ensanchar el culto de su nombre. Los pocos que sabían leer, podían descifrar las frases laudatorias del texto castellano, separado del latino por una banda vertical de castillos y leones rampantes contrapuestos: leal, verdadero, franco, esforzado, apuesto, granado, sufrido, humildoso y «el que más temíe a Dios e el que más le hacía servicio».

Acorralado, el rey sigue recurriendo a sus armas diplomáticas, las únicas que todavía no le han fallado. Siempre falto de dineros, renueva sus peticiones de fondos al papa y una vez más, ya a regañadientes, el pontífice se doblega a las presiones del rey de

Castilla, sabedor de la gravedad del momento. Hace una nueva y exorbitante concesión: la de la décima de todas las rentas eclesiásticas de los reinos de Castilla, León y Portugal durante tres años. Un sustancioso incremento sobre la centésima previamente concedida que provocó las reticencias de la propia Iglesia hispánica. Como condición, la sede apostólica exigía al rey el cese de la muy vil rapiña que venía practicando sobre las tercias eclesiásticas. Por otra parte, Alfonso busca garantizarse el apoyo de su yerno, Alfonso III de Portugal, y para ello renuncia a sus derechos sobre el Algarbe y libera al monarca portugués de sus vínculos feudales con Castilla.

En la plenitud de la derrota, más de treinta nuevas localidades pasan a manos del sultán de Granada, que empieza a acariciar sus más preciados sueños: la toma de Sevilla y Córdoba, la expulsión de los cristianos allende los puertos, la apertura de nuevos tiempos de esplendor para Al Ándalus. Quiere convertirse en el nuevo Almanzor y a punto se encuentra de lograrlo, pero el ataque del rey Jaime de Aragón contra la frontera murciana le obliga a renunciar, por ahora, a cobrarse una presa ya malherida y acorralada. Maldiciendo su suerte, el nazarí, a la vista de una Sevilla inerme y a su merced, debe ordenar el regreso de sus tropas hacia el este, porque sabe tanto de la debilidad de Alfonso de Castilla como de la enorme potencia de las armas de Aragón, comandadas por el bravo rey Jaime, que desde hace años, imparable, se labra su camino a la gloria empujando a los musulmanes hacia el sur, por la costa mediterránea.

Porque a comienzos del otoño de 1265, justo a tiempo para salvar a su yerno Alfonso de la perdición, el aragonés cede por fin a los ruegos de su hija doña Violante, reina de Castilla, y avanza con sus tropas hacia la frontera murciana. Durante meses, en sucesivas cartas en las que apelaba a su amor de padre y abuelo, la reina le rogó como a padre y señor, en quien ella tenía puesta su confianza, que le ayudara, de modo que ella no viera en vida a su marido y a sus hijos despojados de su patrimonio. Fue un criado de la reina doña Violante, el aragonés Bertrán de Vilanova, un antiguo y fiel servidor de la casa real aragonesa y hombre especialmente apreciado por Jaime I, el encargado de hacerle llegar las conmovedoras cartas de su hija, en las que se decía que: «No permitáis que nos quiten lo nuestro, procurad un modo de ayudarnos, pues no tengo otra vía ni otro amparo que el vuestro, porque había faltado muy poco para que los moros nos usurparan casi todas las tierras». Y el rey de Aragón, al principio reticente, pues debía aún consolidar sus muchas conquistas, no pudo negarse a sus ruegos. Debe también él velar por su prole, y aunque ello vaya en contra de los intereses de Aragón, no quiere ver a sus nietos como mendigos, yendo de corte en corte como advenedizos en busca de un buen casamiento. Por fin el 30 de junio de 1265, un año

después de recibir las primeras solicitudes de ayuda, el rey Jaime se compromete a acudir en defensa de Castilla.

Como resultaba previsible, las tropas de Aragón cosechan los éxitos que el Todopoderoso niega a las armas castellanas, y una a una, tras luchas enconadas, van tomando diversas plazas de la región de Murcia. Con Almería al alcance de la mano, el rey Jaime parece a punto de lograr el sueño de sus mayores: la creación de un poderoso reino que se extendiera por toda la fachada este de la Península hasta el Estrecho de Gibraltar. Si no le frenan, el aragonés cumplirá su designio de apoderarse de Almería y de toda la costa mediterránea española.

En plena desesperanza y de nuevo con la salud quebrada, el rey recibe noticia de los éxitos de su suegro en Murcia. Sus ruegos han sido escuchados; los moros han debido acudir en tropel al este para evitar que el rey Jaime se plante con su poderoso ejército a las puertas de Granada. Alfonso ve renacer sus esperanzas… ¡Qué gran monarca, su suegro! Esperanza de la cristiandad hispana. Debe reconocerlo, el aragonés es el verdadero sucesor del rey Fernando, campeón de la cristiandad hispana. A finales de diciembre de ese infausto año de 1265, Alfonso acude a Alcaraz a reunirse con él. Allí tratan de las campañas de primavera y de la delimitación de la frontera murciana: no sale gratis la colaboración de Jaime, y los aragoneses consiguen desplazar hacia el sur su territorio, ganando para el reino de Valencia numerosas localidades murcianas, como Alicante, Denia y Orihuela.

Un nuevo invierno, aún más duro que el anterior, vino a poner fin a la locura guerrera de los hombres y la tierra quedó en silencio. El rey Jaime se retiró a Valencia para disfrutar de sus victorias, que atribuye tanto a la fuerza de sus armas como a la protección de su patrón, el apóstol Santiago. En Sevilla, Alfonso rumia su derrota y busca culpables… ¡Felonía! Sus nobles se han portado como doncellas asustadizas y han rendido las armas sin plantar cara a los moros… les han dado la espalda, poniendo en juego la salvación, además del honor… Y eso los que han cruzado los puertos, que muchos ni siquiera han reunido el valor de acercarse a la frontera. Como vana réplica, el rey se dedica a satirizar en sus cántigas y poesías la cobardía de las élites castellanas: Pedro García, Pedro Gallego, Pedro Galiña, don Mendo (que puso una mala excusa para no acudir a la frontera), don Foan (quien al llegar al campo de batalla se dio la vuelta)… ¡Malditos sean!, clama el rey en sus versos. Pero no solo los linajudos son objeto de las burlas descarnadas del rey: también los combatientes del común, como las tropas de los *coteifes*, que, según el rey:

Ouveron tal pavor,
que os seus panos d'arrazes

tornaron doutra color.

En medio de su aflicción, el rey, como cuando mozo, se refugia en la lírica gallega, su amor de juventud. Cuando toda Europa se dejaba seducir por las canciones provenzales, Alfonso prefería la trova galaica con su claridad y su gracia. Pero ahora, en lugar de trovar al amor con cantigas de amigo, se dedica a las de maldecir. Sus poetas preferidos siempre andan cerca, pues le acompañan hasta en sus campañas militares más arriesgadas, e incluso algunos cambian con frecuencia la zampoña por la espada, como Gonzalo Eanes do Viñal, que luchó con él en la conquista de Sevilla y le siguió de campamento en campamento militar, como dejó dicho el poeta en sus versos: «En gran coyta anduviéramos con el rey por esta terra hu con él andamos». Su ejército de hierros ha flaqueado, pero no el del talento.

Solo los monjes guerreros mantienen el campo y se convierten en terror de la morisma. Los caballeros de las órdenes militares no rehuían el peligro ni regateaban esfuerzos. Santiaguistas y calatravos recorren los caminos sin descanso en busca de cristianos que rescatar y moros que descabezar. Como todas las tropas castellanas, cuando comienzan a saber las demasías que han cometido los rebeldes contra los colonos, retoman la guerra de la manera más cruenta, buscando hacer el mayor daño a los moros, sublevados o no. Y comienzan a acompañarles más y más partidas de irregulares que solo claman venganza: hijos, padres, nietos, hermanos de los sacrificados, los que han visto las torturas, los ensañamientos, las montañas de cabezas, las hogueras, los empalamientos…

Por primera vez desde que se guarda memoria, se libra en la Península una contienda sin cuartel en la que ninguna de las partes hace prisioneros. Los mercados de esclavos empiezan a resentirse, porque los contendientes ni quieren ni pueden conservar la vida de los cautivos: ¿cómo van a alimentarlos, si nadie siembra panes?

La ola de optimismo que se desplegó en Sherish al rebufo de las informaciones sobre los éxitos de las armas musulmanas hacía aún más visible el duelo de los Banu Quzman. Cada día, al atardecer, cuando la familia se sentaba en la cocina para dar cuenta de lo poco que Zuhara había conseguido reunir y adobar, Muhammad y Ali contaban los hechos que se comentaban en los mentideros, en los zocos, en las fuentes… Se hablaba de la muerte de Alfonso, de la inminente toma de Sevilla, del regreso de los buenos tiempos, de la humillación de los cristianos. De la lejana Murcia poco se sabía. No se mencionaba en voz alta el nombre del héroe maldito, del tío Muhammad; pero todos pensaban en él, se lo dibujaban en la mente de manera minuciosa, con su capa caminera, su sable curvado y su lanza pesadísima, embistiendo una cerrada formación de monjes

calatravos.

También comentaban los frecuentes disturbios que provocaban en Sherish los tres mil bereberes de Abu Tamit. Salvajes e indisciplinados, con frecuencia borrachos, causaban el pavor entre los andalusíes. En ocasiones se excedían tanto que provocaban la reacción de su líder, pero con escaso resultado.

—Esta misma madrugada —contó Ali, siempre bien informado, durante la cena— cientos de bereberes han entrado por la fuerza en la prisión del alcázar y han degollado a Utmán ibn Muhammad, el alfarero, un andalusí que causó la muerte a uno de los suyos en legítima defensa. Cuando llegó a su casa se encontró a varios soldados violando a su hija doncella y con un sable le abrió la cabeza al que en ese momento la penetraba. Los demás huyeron despavoridos, pero al poco tiempo regresaron con muchos de los suyos, a cobrarse venganza. El andalusí logró escapar por los tejados para acogerse en el castillo y él mismo pidió al Tuerto ser encerrado, a fin de salvar su vida. Pero ni los muros de la alcazaba ni la guardia del valí han conseguido frenarlos.

Hamet, que apenas salía de sus aposentos, permanecía indiferente a todo y a todos. Muchos días ni siquiera se levanta del lecho. Zuhara, lejos de reprochárselo, lo cuidaba. Sabe que el espíritu de su marido sanará, un día, si consigue que llegue a él el descanso y la despreocupación.

26. Al Ándalus. 1266

Los pronósticos de Zuhara se cumplieron. En primavera, como un oso que hubiera salido de su hibernación, Hamet volvió a tomar las riendas de la familia y de nuevo el plan de huida al Magreb con los suyos y con la mayor parte de su patrimonio ocupó todo su pensamiento. Cada día recababa noticias de la guerra, del estado de los caminos, de la cotización del oro y de la plata en los mercados de África, del precio de los esclavos… En pleno predominio de las armas musulmanas, consideró llegado el momento de ejecutar las disposiciones gestadas por Zuhara y por fin salieron de Sherish, a regañadientes, Muhammad y Ali, rumbo a Ronda y Zahara respectivamente, para labrar el futuro de la familia. Con los ojos irritados por el llanto contenido, los dos muchachos partieron al romper el alba, cuando su madre y sus hermanas dormían, para cumplir el viaje más importante de sus vidas, con el futuro de la familia en sus manos. En el umbral de la casa los despide Hamet con su bendición, mientras sentía vaciarse por dentro el ánimo que con tanto esfuerzo ha reunido. ¿Volverá algún día a tener a todos los suyos

bajo un mismo techo?

Ahora queda Hamet como único hombre de la familia; él debe procurar la salvación de sus mujeres y de lo que queda de su patrimonio en Sherish. Poca esperanza alberga de sacar algo de valor transportable por las inmensas riquezas inmuebles de los Banu Quzman. Sus tierras, el fruto de los esfuerzos de sucesivas generaciones, se perderán o se venderán por nada. Pero, sobre todo, se centra en encontrar el momento adecuado para escapar de la ciudad sin despertar sospechas que podrían acabar con él en la cruz y con sus mujeres en la lonja de esclavos.

Como si los destinos del rey de Castilla y del cadí de Sherish estuvieran misteriosamente ligados por algún hilo invisible, la primavera del año 1266 se abre también con nuevas esperanzas para el rey Alfonso. A principios de año, el suave invierno murciano hizo posible que el rey Jaime avanzara desde Orihuela a Murcia para ponerle sitio. El alcaide de la villa, Abu Muhammad Abd Allah ibn Askilula, que no se esperaba un ataque tan temprano, quedó cercado en el alcázar con tropas insuficientes; aun así, se mostraba dispuesto a resistir a toda costa.

Unos tras otros, los aragoneses lanzan sucesivos asaltos que se estrellan contra los poderosos muros de la medina. Pero cada uno de ellos se va cobrando su tributo de vidas y así las tropas resistentes van mermando. Una delegación de notables le pidió a Abu Muhammad que solicitara treguas para negociar las condiciones de la rendición, pero el orgulloso Banu Askilula se niega y amenaza con decapitar con sus propias manos a los traidores. Los moros pelearon con bravura e hicieron varias salidas para provocar a los cristianos, pero el rey Jaime ordenó no responder a las provocaciones, repeler con prudencia los ataques y continuar paciente y estratégicamente con el sitio.

Los habitantes de Murcia, que se sabían perdidos, consiguieron enviar una embajada al rey Jaime, con el mayor secreto, para suplicarle clemencia y la paz, a espaldas del alcaide. El rey de Aragón les recibió con honores y alta consideración, llamándoles por sus nombres. Los espías que Jaime mantiene en Murcia le tienen perfectamente informado de todo lo que se cuece en la ciudad cercada. Ansioso por alcanzar las costas de Almería, el rey se muestra magnánimo y asegura que las propiedades de los que se rindan sin lucha serán preservadas. Afirma, además, que el rey de Castilla los volvería a aceptar como súbditos… o cualquier otro rey cristiano que resulte designado soberano de esas tierras por la gracia de Dios.

Siguiendo el plan cuidadosamente diseñado por el rey Jaime, el 31 de enero la población de Murcia se subleva y se hace con el control de la medina. Las fuerzas del valí quedan reducidas, aunque el alcaide Abu Muhammad ibn Askilula logra escapar del alcázar con unos pocos

leales, a punto ya de perder la cabeza. De acuerdo con los términos pactados, la ciudad se rindió a los cristianos y sus habitantes conservaron sus fincas de labor y sus viviendas. A tales efectos, se dividió la villa en dos sectores: la medina, con la mezquita mayor convertida en iglesia para los cristianos y el arrabal de la Arrixaca para los moros.

La clemencia mostrada por el rey Jaime en Murcia pronto produce nuevos frutos. Los moros de muchas otras localidades cercanas aceptaron rendirse si se les respetaban sus costumbres y privilegios. En las negociaciones intervino un judío de Barcelona, Nastruch de Bonseyor, hombre de confianza del rey Jaime. Gracias a sus oficios, y a la necesidad de acabar la guerra, a muchas de las plazas moras sublevadas de Murcia se les respetaron los viejos pactos concertados en tiempos del rey Fernando, conservando los musulmanes bienes y fueros.

Pero en contra de lo esperado por todos, el rey Jaime no prosiguió su avance hacia el sur, sino que se retiró a disfrutar de los ecos de tan grandiosos hechos militares en sus propios reinos. El mismo papa Clemente IV le envió una felicitación a Zaragoza por haber devuelto *Murciam famosam satis inter alias ciutates* al dominio del rey de Castilla, al tiempo que le recordaba que los reyes cristianos no deben aprovecharse de la lucha de sus vecinos contra sarracenos y herejes para agrandar sus territorios. La más alta diplomacia de la cristiandad había tomado cartas en los asuntos de España y Jaime se vio obligado a dejar en manos castellanas todas sus recientes conquistas.

Por su parte, Alfonso comandó la ofensiva cristiana por el oeste y, ahora sí, por fin, llegaron las victorias, respaldadas por la decisiva ayuda marítima portuguesa. Desconfiando de la bravura de sus nobles y de los ánimos de las milicias concejiles, el rey concedió el papel protagonista a las órdenes de Calatrava y de Santiago de la Espada, furia de los castellanos. Los monjes guerreros no fallaron: una tras otra, fueron cayendo las plazas sublevadas, porque los moros no se atrevían a afrontarles en campo abierto. Siguiendo las instrucciones del rey, que necesitaba rellenar los cofres del tesoro de Castilla, los maestres intentan causar los menores estragos en las haciendas y también hacer cautivos que puedan venderse. Porque conforme se prolongaban los combates, con su rastro de desmanes y tropelías, aumentaban las ansias de venganza de los cristianos, en una espiral vertiginosa e imparable. Proporcionalmente, el temor de los sublevados crecía, sabedores de que ellos mismos habían hecho imposible el perdón, afilando con sus crueldades la daga que habría de degollarles. Desde que comenzó la contienda apenas se han hecho prisioneros. Los mercados de esclavos, siempre ansiosos de ganado humano, reclamaban volver a los usos antiguos: el descabezamiento o

la castración de los hombres adultos, el perdón de la vida y la venta en almoneda para mujeres y niños. A un tiempo en el que la guerra olía a dinero.

Después de dos años de combates y rebelión, todas las partes implicadas, y aún las ajenas al conflicto, sufren crudamente las consecuencias. Esta guerra sanguinaria constituye, ante todo, un mal negocio. Casi nada crece en Andalucía. ¿Quién podría sembrar? Se pierden los ganados, la leche de los rebaños, la seda de los gusanos, la miel de las abejas. Todo, la comida, los lienzos de ropa, las caballerías, todo hay que comprarlo fuera, a un alto precio que pocos pueden pagar, llevando más miseria a los ya miserables, mientras que algunos pudientes sin escrúpulos, que habían sido capaces de olfatear el desastre, acumulaban riquezas con especulación y contrabando. El comercio lícito se paraliza y el hambre alcanza a casi todos. Gane quien gane esta contienda, reinará sobre un territorio en ruinas, desolado, que tardará generaciones en recuperar su antiguo esplendor. Tanto cristianos como musulmanes padecen una tremenda escasez y carestía, y las familias emprenden todo tipo de actividades para sobrevivir, pero no todos lo consiguen, y pronto jalonan las calles y los caminos de Andalucía innumerables cadáveres famélicos.

Conforme avanza el verano, la posición de los castellanos se refuerza más y más, mientras que los infidentes empiezan a perder hasta el aire que respiran. Todo lo que les rodea se vuelve adverso. De Marruecos llegan noticias de sublevaciones en las fronteras del sur y de levante, que distraen preciosos recursos de hombres y bestias. Los africanos empiezan a retirarse, dejando en la estacada a los andalusíes que se rebelaron contando con su concurso hasta el fin. El rey de Aragón parece dispuesto a reemprender su avance por la costa mediterránea para ampliar su ya enorme imperio. Pero, sobre todo, el factor que más debilita al sultán de Granada es la creciente hostilidad entre las gentes de Al Ándalus y las del Magreb, sobre todo, entre los Banu Askilula y los Banu Idris.

Porque el rey Alfonso, sabedor de las querellas que se han suscitado entre las mejores tropas del sultán, lleva meses alentando el desconcierto de los sublevados con intrigas y misivas falsas para mantener su alarma, sembrar desavenencias y fomentar rencores. Y sus tácticas empiezan a dar fruto.

El 23 de junio de 1266 el rey recibe en el alcázar de Sevilla a los representantes de las plazas de Murcia aún rebeldes, que solicitan humildemente su gracia y merced. Alfonso necesita la paz en el este para evitar que su suegro siga ampliando sus reinos y para concentrar sus fuerzas en el oeste; por eso, allí mismo renuevan los murcianos sumisos sus pactos de vasallaje con Castilla, «reconociendo el yerro que fizieron los moros de Murcia contra el mucho alto e muyt noble

senyor el rey don Alfonso».

El mayor éxito de la diplomacia secreta de Alfonso consistió en la rebelión de los Banu Askilula, los arráeces de Málaga y Guadix, contra su señor Muhammad I. Por los mentideros de Al Ándalus se comentó durante años las causas de la rebelión de los Askilula. Había quien sostenía que las relaciones entre ambas familias aliadas empezaron a deteriorarse cuando en 1257, el sultán Muhammad designó como herederos de su reino a sus propios hijos, Muhammad y Yusuf. Decían las lenguas que los Banu Askilula aspiraban a la corona, amparados en su superioridad de méritos militares y conocimientos.

Con todo, la causa última que llevó a los Banu Askilula a rebelarse contra su señor fue en realidad la enorme predilección que el sultán mostraba por los voluntarios de la fe meriníes, por los bereberes frente a los andalusíes, que acabó por llevar al bando de los desafectos a algunos de sus mejores y más antiguos aliados. Por todas partes se comentaba, con daño para la puntillosa honra de los arráeces, que el sultán entregaba a los magrebíes las mejores soldadas y la parte más sustanciosa de los botines, en detrimento de las gentes de Al Ándalus. Además, poco a poco, los jeques meriníes fueron reemplazando a los Askilula en el mando de los ejércitos granadinos y en el diseño de su estrategia y operaciones.

Pero el hecho que llevó al culmen los agravios sufridos por los Banu Askilula fue el asunto de Málaga. Con posterioridad a la sublevación en el este, el gobernador de esta villa, Abu Muhhamad ibn Askilula, recibió del sultán el encargo de regir como alcaide la villa de Murcia, encomendándole la defensa de toda la frontera de levante. Allí partió con sus tropas el arráez, dejando una escasa guarnición en Málaga. Consideraba el Banu Askilula que una villa tan alejada de los frentes y tan poderosamente amurallada no corría peligro de recibir ataques cristianos. Sin embargo, las amenazas para su señorío no vinieron de los castellanos, ni de los aragoneses, ni siquiera de los genoveses, que llevaban décadas tratando de hacerse con ella, sino del propio sultán de Granada, que, alegando la necesidad de defender adecuadamente tan importante puerto, entregó su gobernación a un Banu Idris, aparentemente con carácter provisional, mientras su señor legítimo se encontrara en tierras murcianas.

Ya en ese momento, los Banu Askilula estuvieron a punto de desobedecer al sultán, pero el buen curso de la guerra y el estado de postración de los castellanos hacían previsible un botín suficiente para todos, por lo que aplazaron sus desavenencias. Ya llegaría la hora, pensaron los arráeces, de cobrarse juntos todos los agravios. Sin embargo, cuando se volvieron las tornas y las mesnadas de los cristianos comenzaron a contraatacar con éxito, las tensiones latentes entre las facciones enfrentadas del bando musulmán estallaron sin

remedio.

Aún realizaron los Banu Askilula un último intento de lograr una reparación del sultán. Los señores de Málaga y de Guadix, hartos de ser preteridos después de los muchos servicios prestados al Rojo por su familia, se presentaron ante el sultán para formular sus quejas. Pero este no solo no les contentó, sino que los despidió de mala manera, causando una grave afrenta en el honor de la familia que habría de tener graves consecuencias para el reino de Granada. Porque los Banu Askilula, tal como regresaron a sus feudos, comenzaron a procurar la protección del rey de Castilla. A tales efectos, le mandaron emisarios con la oferta de que, si los amparaba, la poderosa familia pondría sus castillos al servicio de Alfonso y lucharía a su lado contra el sultán de Granada.

Al poco tiempo estallaron las hostilidades. Despojado de manera humillante Abu Muhhamad ibn Askilula de la plaza Murcia, por connivencia de sus propios habitantes con los cristianos, el antiguo alcaide de Murcia regresó a Málaga, acompañado de su hermano y sus sobrinos Ali y Abu Muhammad, los arráeces de Guadix, con intención de retomar la posesión de una villa que les pertenecía por derecho. Pero allí se encontraron con las puertas cerradas y la negativa del Banu Idris a entregar la plaza. En ese mismo momento, a la vista de la alcazaba donde hasta hacía poco desplegaban su inmenso poder, los Banu Askilula se declararon en rebeldía contra la autoridad del sultán.

Comenzó así una larga guerra entre los arráeces, ayudados por Castilla, y el reino nazarí. Una batalla cruenta y doblemente fratricida, pues los vástagos del jefe del clan Askilula, Abu Ishaq Ibrahim y Abu Muhammad Abd Allah, que gobernaban respectivamente Málaga y Comares, habían desposado a sendas hijas del sultán. En los tiempos en que se concertaron esos matrimonios, los Askilula todavía eran los aliados predilectos de Al-Ahmar, los que le ayudaron en su rebelión contra Ibn Hud. En premio por sus muchos y buenos servicios, el sultán casó a su propia hermana con el jefe del clan, el gobernador de Guadix, Ali Ibn Askilula, apodado Abu-l-Hasan, y le puso al mando de su ejército.

Pero conforme el poder de los Banu Askilula fue creciendo, y con ello su arrogancia, el sultán empezó a temer por su propio trono. Esa y no otra fue la principal razón por la que desde Granada se mostraba predilección por los caballeros zenetes: el nazarí buscaba debilitar la posición de los Banu Askilula. Pero no la única; los bereberes habían guerreado sin descanso, en las zonas de mayor peligro y perdido muchos hombres en el empeño. Como guerreros, eran difícilmente superables.

Odios familiares, celos, ansias de poder; lo suficiente para crear querellas irremediables y para volver enemigos irreconciliables a los

aliados de antaño.

Cuando Alfonso recibió la petición de alianza de los arráeces, supo que la contienda estaba ganada. De inmediato mandó celebrar un *Te Deum* en la catedral de Sevilla y convocó a su consejo de guerra para analizar la situación.

La respuesta del rey a la petición de los arráeces fue la previsible: se comprometió a amparar y premiar a los Banu Askilula. En el caso de que el sultán cercase alguna de sus villas, acudirían en su ayuda las huestes de Castilla. En reciprocidad, las tropas de los arráeces deberían atacar a los enemigos del rey cuando a ello fueran convocadas.

Una alianza letal para Granada y para el futuro del islam andalusí se había concertado. Pero lo más sorprendente no fue el contenido del acuerdo, dado que realmente existían abundantes precedentes de pactos de socorro mutuo entre señores cristianos y musulmanes en la Península, sino la manera en que el rey de Castilla envió su respuesta. Como mandadero secreto encargado de trasladar a la otra parte su voluntad de suscribir el acuerdo y, sobre todo, para actuar como agente en el seno de los Banu Askilula, no designó Alfonso, como con frecuencia ocurría, a uno de sus nobles más leales, ni a un judío buen conocedor de la lengua y la costumbre de los musulmanes, sino a una mujer: la soldadera María Pérez, conocida como la Balteira.

La Balteira era famosa ya en Castilla en los tiempos del rey Fernando por su vida andariega, licenciosa y desordenada, tan poco común entre las de su sexo. Durante años, recorrió los campamentos de la frontera ganándose la vida como jugadora profesional y juglaresa. Tanta fama alcanzó con los dados, que circulaban por toda la Península cantos en los que se advertía que no debían cruzarse apuestas contra ella. Desplumó a tantos mesnaderos, que algunos sargentos y alféreces se quejaron al rey, pidiendo que se le prohibiera entrar en los campamentos. Sin embargo, la Balteira contaba con poderosos protectores, como su amante, Juan Rodríguez, e incluso con el mismo rey Alfonso, que la conoció de mozo cuando participaba en la conquista de Murcia. Gustoso de coplas y romances, el rey sentía predilección tanto por las que cantaba la mujer como por las que se componían sobre ella y buscaba a menudo la compañía de la soldadera, con la que él mismo trovaba en gallego. Con el trato frecuente, el astuto monarca pudo comprobar que otras prendas, además de la belleza y la habilidad de tahúr, adornaban a María Pérez. La principal, una aguda inteligencia, unida a la capacidad diplomática y la prudencia. De origen ilustre y buena formación, la desusada mujer rompió todas las barreras de su tiempo, abandonando a su familia para recorrer los caminos y, en lugar de acabar en la picota como mandaba la moral imperante, ganándose la estima de los

poderosos y licencia para vivir a su gusto.

La Balteria ya había desempeñado labores de espionaje para Alfonso en otras ocasiones, pero ahora se enfrentaba a su mayor reto. Una cosa era caminar libremente como mujer los caminos y los campamentos de los reinos cristianos españoles y otra muy diferente hacer lo mismo en territorio del islam, donde las mujeres no podían siquiera hablar sin permiso y mucho menos deambular a su gusto sin velo y en compañía de varones extraños a su familia.

Nunca transcendieron las razones que movieron al consejo de Castilla a designar a la mujer como agente de Castilla cerca de los Banu Askilula. Se cuenta que hubo largas discusiones en el cónclave, con gritos y juramentos, y que el arzobispo de Toledo amenazó con abandonar la reunión, escandalizado por lo que oía. Sea como fuere, al final se impuso la voluntad del rey que, al parecer, pretendía que la soldadera sedujese a alguno de los Banu Askilula con sus dones estéticos y sus habilidades amatorias, también muy reputadas según las lenguas, malas y buenas. Si el rey conocía esas habilidades por experiencia propia o por hablillas resulta irrelevante: el consejo decidió su designación como mandadera y, sobre todo, como espía en la corte de los Askilula.

Con minuciosas instrucciones dictadas por el propio rey, que mantuvo con ella largos parlamentos en el alcázar sevillano antes de su partida, la Balteira salió de Sevilla con una discreta escolta y se dirigió a Guadix, apoderada para entrevistarse en su nombre con Abu Ishaq ibn Askilula. Una patrulla de frontera de los Banu Askilula interceptó a la comitiva en las cercanías de Huelma y el jefe de la escolta castellana entregó a su líder los poderes del mandadero de Castilla sin revelar su identidad. Los moros no encontraron nada extraño en que el personero del rey de Castilla recorriera embozado y de manera anónima los peligrosos senderos de Sierra Mágina, así que doblemente escoltada la Balteira recorrió la última parte del trayecto, sin que los moros supieran que se trataba de una mujer.

Cuando llevaron al representante del rey de Castilla, todavía embozado, a presencia de Abu Ishaq ibn Askilula en el castillo de Guadix, este ordenó que todos los presentes abandonaran la sala y rogó cortésmente, en buen romance, al recién llegado, que desvelara su identidad y las intenciones del rey de Castilla. Con un leve y gracioso movimiento, la Balteira descorrió los velos que ocultaban su rostro y sus cabellos, causando el estupor del señor de la villa, cuyos ojos contemplaron un rostro de piel muy blanca y óvalo perfecto, enmarcado por una espesa mata de pelo rojo. Se quedó mirándola fijamente, sin poder pronunciar palabra, y aún aumentó su conmoción cuando la hermosa mujer desanudó los cierres de su capa caminera para mostrar sus formas perfectas. Un talle muy ceñido por un corpiño

carmesí con cordones dorados, que estrechaba su cintura casi tanto como resaltaba un seno abundante y generoso, cuyo comienzo se dejaba ver impúdicamente. El arráez contaba con un nutrido harén de esposas, concubinas y esclavas, periódicamente renovado con las cautivas más selectas que hacían sus huestes. Sus capitanes sabían bien de sus gustos y, para alcanzar su favor y ser partícipes de su mucha generosidad, reservaban para él las mujeres de piel más fina, de cabellos rubios o rojos. Pero nunca le habían llevado algo como lo que ahora contemplaba: la mujer más hermosa que sus sueños pudieron jamás dibujar, en cuyos ojos profundamente verdes se escondía la pura perdición.

Como Abu Ishaq no salía de su estupor, la Balteira, incumpliendo las reglas más elementales de la diplomacia, tomó la palabra en primer lugar, después de acercarse unos pasos, con gracia y dignidad incomparables.

—Honorable Abu Ishaq ibn Abu-l-Hasan Ali ibn Askilula. Permitidme que me presente. Me llamo María Pérez y he sido designada por el mismo rey Alfonso para trasladaros su palabra y actuar como personero suyo ante vos, mi señor. Como podéis ver en el pergamino que se os ha entregado, mi palabra es la del rey, pues vengo apoderada para tomar decisiones políticas y militares en su nombre…

La poderosa voz de la soldadera, ronca y un poco grave, casi masculina, actuó como revulsivo y el arráez por fin habló, interrumpiéndola.

—Pero ¿qué farsa es esta? ¿Es que Alfonso se ríe de mí? Le he propuesto de buena fe una alianza y me manda una meretriz… ¿qué eres, un regalo, un entretenimiento, un anticipo del botín?

La Balteira se esperaba una reacción de este tipo. Cuidadosamente había estudiado con el rey las posibles situaciones, así que se ciñó al guion: ensombreció su semblante y, sin decir una palabra más, se dio media vuelta para salir de la habitación.

—¡Espera mujer! No te he dado permiso para salir.

María se paró en medio de la sala, todavía de espaldas al arráez, y permaneció así un rato, que Abu Ishaq aprovechó para contemplar las formas rotundas del final de su espalda. Lentamente, la mujer se volvió para enfrentar de nuevo el rostro del arráez y dijo:

—Honorable Abu Ishaq ibn Abu-l-Hasan Ali ibn Askilula, señor de Guadix, comandante de los ejércitos de Granada. Por toda Castilla se comenta tu valor, tu fuerza y tu caballerosidad. Me duele comprobar que solo lo primero era cierto.

La mujer se acercó unos pasos en dirección a su interlocutor.

—Honorable arráez. Estoy aquí como personera de mi señor, el rey de Castilla, no como mujer, con el encargo de concertar una alianza

beneficiosa para ambas partes. Gracias a Dios, gozo de la confianza y del afecto de Alfonso, que me ha encomendado otras muchas misiones de este tipo. De buena fe acudo ante ti con la palabra de mi señor. Si te place aceptar, en buena hora firmaré en su nombre las condiciones acordadas que se reflejan en ese pliego. O negociaré las modificaciones que estimes oportunas, pues vengo facultada para aceptarlas si se encuentra dentro de los poderes que se me han dado. Pero si no quieres cerrar esos acuerdos, dímelo, me iré en paz y así dejaré de hacerte perder el tiempo.

A Abu Ishaq nunca le había hablado una mujer de esa manera. Su primer impulso fue agarrarla por el cabello y estamparle varios bofetones. Pero tampoco había escuchado jamás un discurso tan concertado en boca de una hembra, ni contemplado en ninguna de ellas tal orgullo exento de arrogancia. No cabía duda de que se encontraba ante un caso excepcional: comenzaba a comprender las razones que habían llevado al rey de Castilla a nombrarla como representante. Si caía en manos de sus enemigos musulmanes, ninguno se la tomaría en serio. Es más, ningún musulmán podría creer que una mujer actuara como embajadora de Castilla. Sí, era astuto el castellano: le enviaba lo menos parecido a una embajada que cabía esperar. Con ello minimizaba los riesgos y dejaba abiertas las vías para un posible acuerdo con el sultán.

—Perdonadme, señora. Os pido excusas. No estoy acostumbrado a tratar de política con una mujer. Entre nosotros los moros, este comportamiento resulta desusado y extravagante. Si os parece, comencemos de nuevo desde el principio.

—Perdonado estáis, mi señor. Comprendo vuestra sorpresa. Tampoco en Castilla resulta frecuente que las mujeres actúen como embajadoras, aunque algunas gobiernan como reinas. Sabré demostraros que la confianza que en mí deposita mi rey no carece de fundamento.

—Nada me complacerá más, señora, pues no puedo dejar de deciros que jamás contemplaron mis ojos una belleza como la vuestra. Tenéis en el pelo y en los ojos la incandescencia del fuego…

La Balteira fingió un sobresalto. También este momento había sido predicho y entrenado con Alfonso. Sabía cómo debía responder a esos requiebros.

—Mi señor; quisiera, y así lo quiere mi rey, que me vieseis no como mujer, sino como una simple personera del consejo de Castilla. Para nosotros es fundamental concertar este pacto, que puede poner fin a esta sangrienta lucha. Si la guerra continúa, no quedarán para el vencedor ni los despojos. Aún podemos evitarlo. Con asuntos tan principales en juego debo pediros que, si consideráis que mi sexo puede ser un obstáculo para el común fin que perseguimos, me lo

digáis en buena hora y partiré de inmediato, que mi señor se encargará de designar embajador que no os perturbe. Pero el tiempo apremia y no creo que podamos perderlo: padecemos un enemigo común y viene de África. Mientras nosotros hablamos, ellos siguen llevando la muerte a cristianos y andalusíes por igual. ¿Vamos a seguir permitiéndolo?

Cuanto más escuchaba a la Balteira, más prendado quedaba de ella el arráez. A su diabólica belleza unía un verbo y una inteligencia parejamente demoníacas. Empezaba a crecer en su corazón el designio de jamás más alejarse de ella.

—Perdonadme una vez más… embajadora. Trataré de olvidar, aunque para ello creo que tendré que arrancarme los ojos, que sois una mujer extraordinariamente hermosa. Contad con mi respeto y mi consideración. A todos los efectos, os consideraré la mandadera de mi hermano, el rey Alfonso, al que mucho quiero y respeto. Negociemos pues, los términos del acuerdo que expulsará para siempre a los africanos del suelo de nuestra Península.

Poco duraron las negociaciones, aunque fueron muchas las horas que pasaron juntos los negociadores. Cumpliendo la orden expresa de allanar cualquier diferencia con el arráez moro, la soldadera desplegó sus mejores habilidades y fácilmente le sedujo hasta la locura con sus cantos y sus danzas. Así consiguió el astuto rey Alfonso colocar a uno de sus peones en el mismo corazón del territorio nazarí, clavándole irreparablemente al sultán el puñal que pondría fin a la guerra.

Sus amores con la Balteira le trajeron muchos problemas al arráez, incluso acusaciones de traición, pero él dijo que prefería morir antes que renunciar a ella, pues «no podía arrancarse ese amor del corazón».

Pero hay que decir que tampoco la Balteira quedó inmune tras estos lances, pues a pesar de ser mujer corrida que arrastraba tras de sí una vida plena de escarceos amorosos, quedó prendada sin remedio del arráez y le correspondió con un amor sincero, para escándalo de moros y cristianos por igual. Que una pareja así no podía durar resultaba evidente para todos; pero ajenos a todo ello, los amantes se entregaron a una pasión cantada por los romances durante siglos.

Los primeros frutos de las gestiones de María Pérez llegaron de inmediato. Cumpliendo sus promesas, el rey ordenó a don Nuño González de Lara que se dirigiera con sus mil caballeros a Guadix para ponerse a las órdenes de los Banu Askilula.

Allí se hace alarde, se enarbolan los pendones y al poco, las tropas conjuntas de Castilla y las de los rebeldes se dirigen directamente contra Málaga en abril de 1266. El sultán de Granada, que no se esperaba este ataque, había dejado la plaza descuidada. Su alcazaba se rinde a la primera acometida y Abu Ishaq ibn Askilula vuelve a tomar posesión de una villa que considera suya por legítimo derecho.

La respuesta nazarí no se hizo esperar. No puede dejar a Málaga, su principal puerto, un enclave demasiado importante, en manos hostiles. Desatendiendo la guerra de Murcia, envía sus mejores tropas a recuperarla. Pero con la guarnición adecuada, la alcazaba malagueña resulta inexpugnable. Después de sucesivas acometidas, el sultán decide parar la sangría de hombres y recursos y somete la plaza a un asedio infructuoso que durará tres meses, de septiembre a diciembre de 1266.

Sin lograr su propósito, con la moral herida, el grueso del ejército nazarí debe levantar el sitio al final de ese año. Los espías del sultán le han alertado de que el propósito de Alfonso es atacar directamente Granada y la Vega en cuanto llegue la primavera, así que debe llamar a la capital a su ejército, sabiéndose derrotado, porque los castellanos apuntan con peligro grave a la raíz de su poder. Y cuando la raíz muere, las ramas no pueden mantenerse firmes, sino que se extinguen y desaparecen.

Las derrotas del sultán van sucediéndose una tras otra, y al llegar el invierno, casi todo el valle del Guadalete y las pocas plazas del Guadalquivir que se sumaron a la sublevación habían sido recuperadas ya por Castilla. El rey Alfonso regresó a Sevilla a pasar la estación, pero dando orden a todas las mesnadas de que al apuntar la siguiente primavera hicieran alarde frente a los muros de Sevilla para continuar y completar la guerra y la cruzada. ¡Poco duró la euforia del islam andalusí! Transcurridos dos años desde el inicio de la sublevación, sobrevino el lamento de la derrota y el hambre. Amenazaba por el horizonte la calamidad del exilio y la muerte.

Mientras tanto, en Murcia, la campaña emprendida por el rey Jaime de Aragón no sufrió parón invernal. Tanto el carácter batallador del aragonés, como el propio clima benigno de la zona, promovieron la continuación de las hostilidades en un área donde la contienda no mostraba un signo tan favorable a los cristianos como en el oeste. Casi todo el territorio de Murcia, con la excepción de algunas plazas como Lorca, Cartagena y Orihuela, y algunas otras torres aisladas, estaba todavía en manos de los moros sublevados, liderados por el reyezuelo rebelde Alboaquiz.

27. Al Ándalus. Enero-mayo de 1267

En el terrible invierno del año de 1267 la situación en Sherish, que ya era durísima, se volvió crítica. Y no tanto por los problemas de subsistencia, a los que los jerezanos se enfrentaban con maña campesina, sino porque las noticias que llevaban de la guerra quebraron los ánimos de las gentes y sus deseos de resistencia. Como

siempre ocurre en estas circunstancias desesperadas, empezaron a surgir voces que reprochaban la política extremista de los rebeldes; generalmente quienes más gritaron en las plazas pidiendo el exterminio de los cristianos se mostraban ahora más partidarios de la rendición, afirmando haber querido desde el principio negociar la paz.

La toma del alcázar de Málaga por los castellanos y los Banu Askilula, los desastres de Murcia, la recuperación de las plazas del valle del Guadalquivir… Los reveses para los andalusíes llegaron todos juntos, justo a punto de acariciarse la victoria final. Cuando todavía los desinformados jerezanos hacían cábalas sobre si las tropas del islam llegarían hasta Toledo o Zaragoza, sobre cuándo caería Barcelona, o sobre el momento en que los creyentes abrevarían sus caballos en las pilas de agua bendita de la gran Iglesia del papa de Roma, en los campos de batalla comenzaba a labrarse la destrucción del islam andalusí. Como Dios manda, pensaban todos los creyentes, a los gallegos y a los francos no les quedará más remedio que elegir entre el islam, el pago de impuestos o la muerte.

Como se sabe, las victorias tienen muchos padres, pero la derrota es huérfana. Inmediatamente las gentes comenzaron a buscar responsables del desastre. En una ciudad derrotada, antes de que llegue el enemigo a hacerse cargo de los despojos y a imponer su orden, suelen rodar cabezas de chivos expiatorios elegidos por el populacho. En Sherish, los envidiosos, los desagradecidos y los ladrones, quisieron aprovechar la ocasión para hacer negocio o cobrarse viejas afrentas a costa de los Banu Quzman.

Durante los excesos que siguieron a las derrotas de 1266, en plena ola de fervor místico y en medio de los duelos constantes de los familiares de los caídos, en Al Ándalus los tibios y desafectos empezaban a sentir la hostilidad de sus vecinos.

La neutralidad siempre es contemplada con desconfianza en las sociedades sometidas al flagelo de la guerra y en toda Sherish se conocía la diferente posición política de los hermanos Ibn Quzman. Sin embargo, esa misma discrepancia había logrado instalar a la familia en un delicado pero fructífero equilibrio: cuando predominaban los partidarios de la contemporización con los cristianos, Hamet defendía a Muhammad de quienes trataban de hacerle responsable de los daños cometidos por los ejércitos de Castilla en las vidas y los bienes de los creyentes. Por el contrario, cuando los descontentadizos se hacían con el poder, Muhammad, o, más bien, la figura de Muhammad, velaba por la preservación de los Banu Quzman. Este mecanismo tácito de defensa funcionó durante mucho tiempo, pero con los reveses militares se desataron las pasiones de la chusma, afloraron envidias enconadas y antiguas pendencias. Durante los días más fríos del invierno, cuando las gentes se

consumían de hambre y aburrimiento, empezaron a surgir voces que pedían el castigo de Hamet, por espía, amigo y protector de los descreídos, judíos o cristianos.

Al principio, Hamet no hizo mucho caso a esas habladurías, acostumbrado a sufrir desde niño las insidias de muchos de sus vecinos, enemigos de toda perfección. Además, por esos días andaba muy ocupado en organizar la huida de la familia y la liquidación de su patrimonio inmobiliario. Sin embargo, el día en que unos mozos apenas imberbes le atacaron en plena calle, a la luz del día, causándole graves heridas en la cabeza, empezó a pensar que la cosa podía resultar diferente en esta ocasión.

No tuvo tiempo de preocuparse mucho, ni siquiera de buscar una solución o el amparo de los nuevos líderes de la ciudad, porque esa misma noche una turba atacó su domicilio, tratando de incendiarlo. Lo buscaban, según proclamaban a limpio grito, para matarlo, como pena por su connivencia con los castellanos y por sus muchas traiciones a la fe. Algunas mujeres bramaban los peores infundios. Entre el griterío, pudo reconocer Hamet las voces de antiguos amigos.

Durante horas, los sublevados trataron infructuosamente de tirar abajo el sólido portón de roble remachado de hierro. Desde las casas vecinas, se arrojaron teas encendidas untadas con sebo por el patio, mientras que desde dentro de la casa sitiada los Banu Quzman trababan con muebles y enseres el portón, y apagaban los fuegos con cubos de agua y arena. Tan inesperado fue el ataque, que no tuvieron tiempo de mandar en busca de ayuda, aunque Hamet esperaba que tan sonoro escándalo atrajera la atención de algún amigo de la familia.

Y así fue. Ya cerca del amanecer, una patrulla de voluntarios, amigos de Muhammad Ibn Quzman, acudió a la llamada del secretario del cadí, Abu Bakr ibn al-Arabi, quien por fortuna pasó por los alrededores y desde que tuvo conciencia de lo ocurrido se empleó a fondo para buscar fuerzas suficientes que socorrieran a los Banu Quzman. Pero nunca le contó al-Arabi a Hamet las enormes dificultades que debió vencer para ello, pues ninguna de las puertas a las que llamó esa noche infausta llegó a abrirse, por lo que tuvo que acudir extramuros, donde acampaban los voluntarios de la fe, para encontrar el amparo que los vecinos y amigos de Hamet se negaban a brindar.

Pese a que lo peor había pasado, el peligro seguía amenazando a los Banu Quzman. Algunos de los voluntarios de la fe permanecieron de guardia en las cercanías de la casa, desalentando a los revoltosos, pero seguían siendo muchos los jerezanos que pedían a voces la encarcelación de Hamet y la confiscación de los bienes de los Banu Quzman. Por la ciudad rumores e infundios sobre la familia seguían golpeando los oídos del populacho. Las calumnias, repetidas una y

otra vez por los difamadores, incluso crecieron en intensidad conforme se supo que Hamet llevaba semanas tratando de liquidar sus bienes a bajo precio.

Hamet, el honorable cadí, a cuya puerta se precipitaban los personajes más nobles, se convirtió así en el chivo expiatorio de la villa derrotada; contra él se concitaban odios de naturaleza diversa: el de los pobres contra los ricos, el de los envidiosos contra la excelencia, el de los pecadores contra los piadosos… Ahora la mayoría de sus antiguos amigos reclamaban su muerte, ante la indiferencia de unos y el silencio cómplice y culpable de otros. La situación se presentaba tan crítica que Hamet pensó en pedir el amparo del valí de la ciudad, Abu Tamit, pues sabía que tarde o temprano los voluntarios de la fe que le escoltaban tendrían que reincorporarse a sus unidades. Con todo no se atrevió, pues sospechaba fundadamente que la solución de Abu Tamit sería encerrarlo en el alcázar, alegando su protección, y sabía el cadí que si entraba en la cárcel no saldría de ella con vida.

En su desesperación, a punto estuvo de ensayar la manera de escapar de incógnito de la medina con su familia, descolgándose de las murallas. Pero ¿cómo hacerlo sin la ayuda de sus hijos? Las jóvenes podrían conseguirlo, pero su madre, la anciana Ruqaya, jamás lo lograría, e incluso para su propia esposa, Zuhara, resultaría muy arriesgado. Pero por más que volvía a pensar sobre ello, no veía otra salida para escapar de la muerte, y en ningún caso quería dejar a sus mujeres solas y desamparadas en Sherish, a merced de la turba.

Afortunadamente, no tuvo ocasión de ejecutar tan descabellado plan, pues al atardecer del día en que tenía previsto hacerlo, apareció inesperadamente su hermano Muhammad para poner las cosas en su sitio.

Pese a la guardia de tres voluntarios de la fe, fuertemente armados, que patrullaban arriba y abajo la callejuela de la casa de los Banu Quzman, una nube de desaprensivos, aburridos y pícaros en busca de botín permanecía por los alrededores: no dormirían hasta ver saciada su codicia. Como perros que habían mordido hueso, no pensaban soltarlo, y recurrirían a todo tipo de argucias o sortilegios para llevarse un buen bocado. En uno de los extremos de la calleja, el más alejado del portón de la casa, se concentraba el mayor número de ellos. Al poco de la oración de la tarde, la muchedumbre empezó a abrirse como las aguas del mar por la proa de un barco para dejar paso a un imponente guerrero que caminaba lenta y majestuosamente, desarmado, embocando la calleja. Cuando apenas había dejado atrás las primeras filas de revoltosos, se giró, agarró a uno de ellos de los cabellos y empezó a propinarle fuertes golpes con su puño enguantado. Los atónitos asistentes a la escena retrocedieron unos pasos, tratando de mantener la compostura, pero igualmente aterrados

ante la posibilidad de convertirse en el siguiente objeto de la ira de Muhammad ibn Ismail. No querían escapar, pues siendo ellos muchos, su honor acabaría maltrecho cuando se supiera lo ocurrido. Pero rogaban a Dios que la furia, o las fuerzas del soldado, se consumieran con la primera y por ahora única víctima.

Cuando Muhammad se aseguró de que el otro no podría levantarse por su propio pie en mucho tiempo, le soltó por fin, le escupió en la cara y le propinó una fuerte patada en el regazo. Después se enfrentó cara a cara a la aterrada caterva, luciendo en uno de sus puños el rojo color de su venganza. Con el índice de esa misma mano, apuntó a sus vecinos y gritó:

—Por más que lo pienso no dejo de maravillarme… ¿cómo habéis podido, ingratos hijos de puta? La grandeza de Hamet ibn Ismail hace grande a Sherish entre todas las ciudades del mundo… por su nobleza, su educación y su saber, él es el jeque de su tiempo… Ignorantes y miserables… Cuando de todos nosotros no guarde nadie memoria, se recordarán todavía los escritos y las sentencias de mi hermano… No permita Dios que la probidad de un hombre como él sea eliminada por embustes de injustos y resentidos. No hace mucho tiempo todas las miradas se dirigían hacia él, buscando su sabio consejo… y disfrutaba de vuestra estima… Si los más capaces no nos gobiernan ¿quién lo hará? Los asnos como tú Isa, que no sabes ni trazar un surco recto con el arado y que te ahogas en tu propia saliva de la envidia que sientes… o como tú, Harun ibn Muhammad, pequeño montón de mierda ¿ya no te acuerdas que fue Hamet quién te enseñó a leer el Corán?… ¡En qué pocas ocasiones alguien reconoce en el otro la perfección! Sabedlo todos, infames, cerdos, cobardes… traficantes de la injusticia y la mentira… No voy a permitir que nadie maltrate a mi hermano… él, durmiendo, es mejor y vale más que todos vosotros juntos esforzándoos… Esté donde esté, yo siempre volveré a cobrarme la justa venganza si algo le pasa y sabré a quien buscar… ¡Lo juro por el Profeta y por su tumba! Y el precio de su sangre no será, como el que fija la tradición para cualquier musulmán, de cien camellos, sino de mil o diez mil cuellos que pienso rebanar.

Con esta amenaza aun colgando de sus labios se dio media vuelta para entrar en la casa, donde su familia lo esperaba, reunida en el patio, al fin sosegada, emocionada por la arenga que acababan de escuchar, con los brazos abiertos, al otro lado de la puerta.

Cuando los dos hermanos estuvieron cara a cara, se miraron largamente. Muhammad tuvo que contener su sorpresa, pues encontró a un Hamet envejecido, un anciano casi, cuando había dejado a un hombre maduro pero fuerte, en la plenitud de la vida. Sin apenas dientes en su boca, con unos pocos cabellos ralos y canos, y una multitud de arrugas cruzando su enorme frente, Hamet componía la

viva imagen del hombre al borde de sus fuerzas. Aun así, sonrió, dio unos pasos hacia delante, y se abrazó con todas las fuerzas a Muhammad. Después de besarlo le dijo:

—Gracias hermano: has aparecido, puntual y benéfico; como el alba tras una prolongada noche de tinieblas vienes a nosotros.

Largas horas estuvieron los dos conversando esa noche. Hasta el amanecer se prolongó su velada, en la que apenas pudieron mordisquear unos pedazos de pan duro, por la escasez de los tiempos. Pese a todo, la calidez del encuentro fraternal, que puso fin sin necesidad de palabras a la querella suscitada con ocasión de la muerte de Ismail, compensó la falta de vino. Las pocas palabras que se dijeron ese día en el alcázar permanecieron impresas desde entonces en el interior de Muhammad como una herida indeleble que no le concedía un minuto de sosiego. Así que, aliviado ahora de ese peso, el guerrero sentía una paz largamente añorada. Hamet, por su parte, se había cansado de luchar inútilmente contra el amor que sentía por su hermano mayor, de vivir presa de una rabia inútil. Había llegado el momento del perdón, de derribar el alto muro que les separaba. Ciertamente el perdón libera más a quien lo concede que a quien lo recibe. Y, había bastado con un abrazo.

Embriagados por la calidez de los sentimientos y por la alegría del final de las discordias, los Banu Quzman hablaron de todo un poco, pero, sobre todo, de la guerra y del futuro.

—Todo va mal, Hamet. Todo va mal… Podíamos haber aplastado a los cristianos. Teníamos a los enemigos de Dios a nuestra merced, desesperados, desunidos, dispersos… recuperamos cientos de fortalezas, nos hicimos con los caminos, destrozamos sus bases de suministro y en el momento de mayor debilidad de su reino, se volvieron las tornas. Contra todo pronóstico, han resistido. Antes de la felonía de los Banu Askilula todavía conservábamos alguna posibilidad de victoria. Esos perros traidores luchan bien. Pero hoy… ¿qué esperanza queda?… Ruego a Dios para que ayude a nuestras armas, pero ni siquiera los creyentes nos ayudamos a nosotros mismos. Dios dice la verdad y conduce por el Camino.

Hamet escuchaba enmudecido. Trataba de interesarse en el curso de la guerra, pero no podía. Él había perdido la confianza mucho antes que su hermano. Actualmente su única preocupación consistía en encontrar la manera de escapar de Sherish para empezar una nueva vida en otro lugar. El destino de Al Ándalus, la suerte de la comunidad de los creyentes, e incluso la de su propia alma inmortal hacía tiempo que pasaron a un segundo plano. Su única obsesión era la salvación de su familia. Aun así, encontró la manera de seguir el curso de la conversación para agradar a su hermano, a quien, como siempre, su propia suerte y la de los suyos le importaba menos que la victoria en

el yihad.

—¿Al menos el nazarí se comporta como esperabas de él, o también este líder ha traicionado tus esperanzas?

—No, esta vez no ha sido así. Al-Ahmar actúa como un buen jefe de guerra, como una bendición de Dios para este país… ¡Que la gloriosa dinastía de los Banu al-Ahmar sea constantemente evocada con las alabanzas que merece! Los fracasos no se deben a sus errores: se muestra severo cuando corresponde, sobre todo en lo que concierne a la recaudación de impuestos, porque sin dinero, no cabe vencer contienda alguna… Pero sabe asimismo conciliar cuando se trata de salvaguardar la paz de las personas, el respeto de la honra, la seguridad de los caminos… El sultán representa nuestra única esperanza de salvación: el destino de Al Ándalus lo ha dejado el Sabio, el Omnisciente en sus manos. Si él cae, caemos todos.

Se hizo el silencio y los rumores de la noche acunaron a los dos hermanos. Hamet, al borde de sus fuerzas, quería retirarse ya, pero su agradecimiento y la alegría que sintió al recuperar a Muhammad lo retenían. El guerrero, por su parte, quería plantear una última cuestión antes de retirarse; algo que le quemaba en el alma. Con voz entrecortada, dijo:

—Hermano… yo… siento lo de Ismail. No pude hacer nada por él. Luchó como un buen musulmán y murió como un mártir, en plena acción, de manera rápida, sin padecimiento. Está con Dios. Yo le quería más que a mis propios hijos, lo sabes.

Hamet asintió cabizbajo, mirando al suelo. El pellizco del dolor, un sufrimiento cotidiano, añejo, se apoderó de nuevo de la boca de su estómago y le arrancó el aliento.

—¿No quieres saber cómo murió?

Hamet se levantó y caminó unos pasos, encorvado, por la habitación. De nuevo invadió a su hermano la sensación de que el cadí había envejecido treinta años en unos pocos meses. Se parecía a su padre Ismail: el mismo semblante perennemente preocupado, la misma mirada de ensoñación, los hombros escuálidos y cargados…

—No, Muhammad, no quiero. Me basta con saber que hiciste todo lo posible por él, que murió como un valiente, sin súplicas ni torturas. Durante mucho tiempo he tratado de distraer mi dolor odiándote por ello, pero no puedo. Todos vivimos por la gracia de Dios y no pesamos sobre la tierra ni un día más de los que Él nos tiene fijados. Cada uno de nosotros espera que se retrase su fin, pero la muerte termina con nuestras esperanzas. El futuro está escrito, lo sabemos bien los creyentes. Esto nos enseñaron nuestros mayores: Dios, antes de crear el mundo de la nada, creó la tabla y la pluma; y la pluma, por orden de Él, escribió sobre la tabla todo cuanto iba a acontecer… No, hermano. Ya basta. No quiero saber más ni gastar tiempo en reproches

que siempre se vuelven contra mí. Se terminaron las querellas entre nosotros. Compartimos la misma sangre, pero el Todopoderoso nos hizo diferentes y nada va a cambiar eso. Cada uno debe seguir su propio camino, y nunca te faltará mi bendición. Que la paz y la misericordia de Dios sean sobre ti y sellen tu vida con felicidad.

Un agotado Hamet se sentó de nuevo, para seguir hablando.

—Yo… nosotros… nos vamos. Ya está decidido. No puedo más, no soporto más vejaciones, el envilecimiento que supone estar en lenguas de la canalla. Yo, que siempre he tratado de hacer el bien, he sido destituido del cadiazgo y he sido arrojado a una situación vergonzosa… Desterrado del ágora, sin rango ni ocupación pública, he tenido que ver cómo los amigos íntimos se convertían en enemigos y pedían mi muerte, cómo los vecinos de bajas miras se alegran de mi desgracia. No podía imaginarme que vivíamos rodeados de tanta corrupción, que nuestros vecinos sentían envidia tan dañina de nuestra estirpe: en estos tiempos, el justo resulta extraño. Esta no es la ciudad que yo conocí, a la que amé y quise servir… La gente ha desterrado de sus costumbres los comportamientos decorosos. Han adoptado hábitos censurables y perniciosos, la senda del bien se aleja cada día más de esta comunidad envilecida por la pobreza. Muchos difaman y calumnian, como han hecho conmigo. Pero eso no es todo: parece que ningún recato pone hoy freno a los malos hábitos que se han apoderado de ellos. No puedo, hermano…, desconfío de toda la gente en la que confiaba. Nadie de aquellos en los que tenía fe se libra de sospecha, me abruma la ingratitud, el rostro del rencor y de los celos… Mis hijos preparan el camino en Ronda y en Zahara, aunque posiblemente no nos afinquemos en ninguna de ellas. Pasaremos a África, aún no sé a dónde… Quizás a Túnez… seguramente a Túnez, si podemos llegar. De lo contrario ¿quién sabe? Acaso Ceuta o Salé. Todo antes que seguir viviendo bajo la amenaza de los cristianos y hasta de nuestros propios hermanos en la fe. ¡No hay recurso ni fuerza más que en Dios! Quizás aún podamos salvar algo de nuestra fortuna.

Muhammad sintió un grave pesar cuando escuchó a su hermano. Aunque sabía que este momento iba a llegar, tarde o temprano, albergaba aún esperanzas de evitar el desarraigo del exilio.

—Querido Hamet: todo principio tiene su fin y el final de esta guerra está más próximo de lo que se piensa. No podemos resistir. En cuanto llegue la primavera, los gallegos nos aplastarán. Pero yo no pienso rendirme, no pienso someterme. Seguiré luchando hasta el fin, hasta el último momento, y mis restos, si Dios quiere, descansarán en la tierra de nuestros antepasados. Pero comprendo que quieras irte: nuestro fatigado mundo, Al Ándalus, se acaba. En realidad, se terminó hace mucho tiempo. Pero gracias a la ayuda de los camelleros y de los folla cabras del otro lado del Estrecho vivimos en una prórroga que

también se agotará. Si Dios quiere, quizás los bereberes derroten a los cristianos y se afinquen aquí; pero entonces esto ya no será Al Ándalus, sino un reflejo del Magreb: un lugar sin vino ni alegría, sin música ni mujeres hermosas. Y yo no quiero vivir así.

Hamet miraba fijamente a su hermano con el corazón encogido; una pregunta se abría paso en su corazón, pero temía la respuesta.

—Hermano… ¿ha merecido la pena? ¿Tiene sentido tanto dolor, tanta muerte, tanta destrucción? ¿Por qué se ha tenido que exterminar a toda la población cristiana de nuestras ciudades? Quizás si les hubieseis respetado la vida, hoy podríamos esperar el perdón del rey. Pero después de esto, no nos queda ninguna esperanza… la venganza de los cristianos será terrible.

Muhammad echó la mano hacia delante para coger una copa invisible. Por un momento pensó que se encontraba en una de las tertulias familiares, al calor de la lumbre, trasegando mosto y engullendo dulces. La mano se aferró en el aire.

—Sí, Hamet… el terror era necesario. Solo infundiendo pánico en el corazón de los infieles podíamos ganar. Somos pocos, menos que ellos, y con menores fuerzas y armas. Recuerda el dicho del Profeta (Dios lo bendiga y salve): «Fui ayudado por Dios con el miedo». Esa estrategia explica el triunfo de los musulmanes con un reducido número de seguidores, su expansión por todo el mundo. Es la guerra… las mañas de la guerra: el terror de los corazones fue la causa de la victoria en todas las conquistas islámicas.

Los pronósticos de Muhammad se cumplieron puntualmente. Reforzado con sus nuevos aliados, el rey Alfonso, en cuanto llegó la estación propicia para el combate, en abril de 1267, ordenó que sus tropas se concentraran en Alcalá la Real para caer sobre el enemigo, en la Vega de Granada, ayudados por los Banu Askilula, bajo el mando de Nuño González de Lara, a quien apodaban ya el Cuervo andaluz. Don Nuño portaba cartas de aseguramiento del rey para los señores de Málaga y Guadix, que confirmaban y prolongaban los pactos suscritos. A sus tropas se suman caballeros de muy diversas procedencias, clérigos y laicos aportados por el arzobispo-infante de Toledo, don Sancho, hijo de Jaime I, que se dispone a cumplir así su voto de cruzado.

Por su parte, en Andújar, en presencia del rey, se concertó una hermandad entre los concejos de Córdoba, Jaén, Baeza, Úbeda, Andújar, San Esteban, Iznatoraf, Quesada y Cazorla. Esta fraternidad comprometía a todas esas villas a ayudarse mutuamente en la guerra contra los moros aquende los puertos. Las mesnadas y las caballerías villanas de la Hermandad de Andújar deberían reunirse todos los años en Andújar, quince días después de la Pascua de Resurrección, para cumplir su objetivo de *guarda y defendimiento de nuestra tierra contra*

los moros que son enemigos de nuestra ley. Y si alguno de los caballeros llamados al alarde no acudía, se exponía a la pena de que le cortaran la cola del caballo. Si el no compareciente era un peón, la pena consistía en el corte de la lengua.

De esta forma, a finales de abril, dos ejércitos de Castilla entraron en pinza en la Vega de Granada, llevando el pavor y la destrucción por doquier. La campaña triunfal produjo un botín cuantioso. Durante varios meses, el rey Alfonso estableció su plaza de armas para la guerra contra el sultán en la misma vega, mientras iba y venía a Córdoba para seguir con sus otras tareas de gobierno.

Asfixiado y acorralado, el sultán se vio obligado a solicitar treguas a comienzos del verano. A la de los Banu Askilula siguieron otras defecciones. Poco a poco fue perdiendo el apoyo de su propio ejército de andalusíes y, al final, se vio obligado a contar casi exclusivamente con las tropas bereberes, que obedecían principalmente a sus jeques tribales. La historia se repetía: un reyezuelo local había acabado en manos de los africanos, que se comportan ya como amos y no como sirvientes.

En su desesperación, el nazarí propuso un pacto a Alfonso: el castellano dejaría de proteger a los Askilulas y a cambio el granadino prometía desamparar a los moros de Murcia y a su rey Alboaquiz. La oferta era buena, porque la contienda en Murcia distaba de estar resuelta. Pero el rey de Castilla no quiso tomar decisión tan grave sin consultar a sus leales. Convocó un consejo de infantes, ricoshombres y caballeros, y a los concejos en Jaén, y allí se determinó que el rey debía entrevistarse con el sultán de Granada para sentar los términos de la capitulación.

El sultán se sabía derrotado, así que no le quedaba más que tratar de minimizar las consecuencias de la derrota. Si se rendía ahora quizás le permitieran conservar parte de su reino. Un reino mucho más pequeño de lo previsto en sus planes, pero un reino al cabo, musulmán, aunque vasallo de Castilla.

A finales de mayo de 1267, en Alcalá de Benzaide, en la misma frontera entre Castilla y Granada, comenzaron las negociaciones. Acudió el sultán y su primogénito, Muhammad. Por parte de Castilla, el rey y numerosos prelados y nobles, con intereses políticos y económicos en Andalucía. Los castellanos saben que la guerra se acerca a su fin, pero dependiendo de cómo se cierre, las pérdidas de vidas y de bienes pueden variar considerablemente. En realidad, todos necesitan la paz. Ni unos ni otros pueden todavía exterminar al adversario, tal como desean.

Las negociaciones se prolongaron durante semanas. Los enredos de la diplomacia, los diversos intereses en juego y el azar de los campos de batalla inclinaban la balanza alternativamente hacia uno u otro

lado. Cuando el acuerdo parecía a punto de lograrse, aparecían elementos que lo frustraban. Al final, fue preciso aceptar acuerdos parciales sobre aquellos puntos que estaban maduros.

En este escenario, se pactó una primera tregua, condicionada al cumplimiento de estrictas condiciones por parte de los moros. El sultán aceptó; se firmó la paz a comienzos de junio de 1267.

El nazarí aceptó deponer las armas contra Castilla, la devolución de los territorios sublevados que se sumaron a su reino y consentía, además, en la entrega a la soberanía plena y directa de Castilla de ciento cinco localidades amuralladas en los territorios que en virtud de los pactos con Fernando le pertenecían, la mayoría del oriente, pero también algunos del occidente, como Medina Sidonia, Alcalá y Vejer. El nazarí renunciaba no solo a las villas que seguían en manos de los andalusíes, sino también a las que se encontraban en poder de los Banu Idris, como era el caso de Jerez. Pero la autoridad del sultán no llegaba ya a todo su reino, y cada una de las plazas en manos de los benimerines actuaba en realidad de manera independiente. Por ello, en los meses que siguieron, cada jeque, cada tribu, tomó su propia decisión. Muchos de ellos solicitaron acuerdos de tregua para escapar de la ratonera a salvo y con el poco botín que pudieron escamotear. Pero otros, como ocurriría en Sherish, decidieron resistir.

El sultán aceptaba además volver a un vasallaje que le obligaba a pagar como parias al rey Alfonso la suma de 250 000 maravedíes en moneda de Castilla, al año, y a acudir en ayuda de su señor cuando fuera requerido, en particular para auxiliarle en la reconquista del reino de Murcia.

El sultán, a cambio, obtuvo el cese de las hostilidades contra Granada. En cuanto a su petición de que Alfonso desamparara a los Askilulas, contra los que buscaba venganza obsesivamente, culpándoles de su derrota, el rey accedió a medias y regañadientes. No queriendo prescindir de tan valiosos aliados, puso como condición que el sultán los admitiera de nuevo como vasallos, dándoles el plazo de un año para que los rebeldes volvieran a la sumisión y negociaran las condiciones para ello.

En Alcalá de Benzaide se pactaron, por tanto, dos deslealtades, aunque ninguna de las partes pretendía cumplir el acuerdo; tan solo se buscaba ganar tiempo. Alfonso esperaba que su suegro, el rey Jaime, reuniera a su ejército para caer sobre Murcia y el granadino esperaba nuevos socorros africanos para revolverse otra vez contra los cristianos.

Por ello, la deslealtad de Castilla con los Askilulas nunca llegó a consumarse; Alfonso no estaba dispuesto a perder esta oportunidad de sembrar la discordia en el campo del enemigo. Aprovechando que el sultán pidió a Alfonso que cuando reconquistara Murcia no matase a

Albaoquiz, el castellano aceptó, pero a cambio de una tregua para con los Askilulas de un año. La propia reina Violante intervino para lograr esta tregua.

Mientras tanto, el castellano seguía en relaciones con ellos, a la espera de ver cómo evolucionaba el asunto de Murcia. Con el tiempo, se puso de relieve que los Askilulas cumplieron su palabra, y ayudaron a Alfonso en Murcia, mientras que el sultán no cumplió su palabra de desamparar al reyezuelo murciano. Los Askilulas jamás fueron desamparados por el rey de Castilla.

Alfonso ha vencido; ahora solo necesita culminar su victoria y diseñar los nuevos reinos, con la colaboración de las órdenes militares, sus tropas más leales. De los grandes nobles no puede fiarse, pero los monjes-guerreros no le han fallado, observando el deseo pontificio de combatir al infiel sin mezclarse en las contiendas entre cristianos. Se conceden grandes extensiones de señorío a las órdenes en la vecindad de los moros de Granada. Allí trasladarán los maestres sus conventos centrales para continuar con la labor de *destruimiento de los enemigos de nuestra fe*.

28. Sherish. Junio-septiembre de 1267

Una vez firmada la paz con el granadino y antes de rematar la reconquista de Murcia, Alfonso quiso poner fin a la guerra en el oeste. En Jerez empezó todo, pensaba el rey, y en Jerez había de acabar.

Pronto se conoció en la ciudad que el rey de Castilla, ansioso de cobrarse venganza, pensaba atacarla con todo su poder y su furia. Sherish, desamparada por el sultán de Granada, tendría que defenderse con sus propias fuerzas y con las tropas meriníes de los Banu Idris.

Cuando Muhammad ibn Quzman supo de los pactos de Alcalá de Benzaide, se sumió durante unos días en un terrible abatimiento. Pero no resultaba propio de su naturaleza indómita ceder a la depresión. Dos semanas después, tras reflexionar largamente, decidió el camino que seguiría. Dado que su rey se había rendido, él seguiría combatiendo bajo las órdenes de los Banu Idris. Marchó a la alcazaba de Sherish a entrevistarse con Abu Tamit y puso sus tropas de caballería a su disposición.

El valí de la ciudad ya había empezado a tomar sus disposiciones defensivas. No pensaba rendir la plaza sin lucha, así que ordenó recabar tropas de refuerzo y abastecimientos. Pero no quería encerrarse en una ratonera, a merced de los castellanos, que sin duda, amparados en su superioridad, pondrían cerco a la villa. Ordenó que diversos destacamentos de caballería ligera se acantonaran en las

sierras de las cercanías para hostigar sin descaso a los cristianos desde las alturas, con rapidez, por sorpresa, en puntos muy diversos, cortando sus líneas de suministro. Consciente de su debilidad, recibió con alborozo las fuerzas que le ofrecía Muhammad ibn Quzman, a quien respetaba enormemente como guerrero y de cuya palabra se fiaba, sobre todo desde el día que se puso de su lado en la querella por el reparto del botín del alcázar, en contra de los Banu Askilula.

Cumpliendo las órdenes de su nuevo señor, Muhammad salió de Sherish a finales de junio, justo cuando el ejército cristiano emprendió su camino hacia el sur desde Sevilla.

Después de un día de marcha, el ejército de Castilla había acampado a solo cuatro leguas al sur de Sevilla, en las cercanías de Alcalá de Guadaira. Unas fuerzas tan poderosas avanzaban necesariamente con lentitud, como bien sabía el monarca, aunque ello no aliviaba su ansiedad.

En su tienda de campaña, ubicada en el mismo centro del campamento real, el rey Alfonso repasaba con sus consejeros la información de que disponían, mientras le atendía su físico. Sus muchas preocupaciones, sobre todo la infidencia y la felonía de quienes creía buenos vasallos, habían agravado su estado de salud, ya de por sí quebradizo. En estos tiempos tan revueltos, cada día resultaba más difícil disponer de buenos médicos judíos, o al menos moros, pues el rey se negaba a dejarse tratar por físicos cristianos, a los que consideraba meros carniceros que causan más daño con sus remedios que la propia enfermedad. Cuando murió el anciano Baruch Vidal, tardó meses en dar con un sustituto satisfactorio y por fin lo encontró: un esclavo moro de Lucena que afirmaba ser médico, Ibn Bertur, y que había mostrado alguna pericia al abordar sus males. En realidad, el lucentino nunca antes había ejercido la medicina, aunque sabía de hierbas y potingues por haber sido ayudante de un farmacéutico; más astuto que sabio, Ibn Bertur comprendió en seguida que buena parte de las dolencias del rey eran imaginarias o causadas por sus nervios; por eso, se limitaba a darle remedios y prescripciones inocuas, como sopa de almidón o jarabe de almendras, acompañados de mucha palabrería sobre sus milagrosas virtudes, que ayudaban a calmar la ansiedad del soberano. También le administraba con frecuencia purgantes fuertes para vaciarle el vientre, como coloquíntida pura, tapsia o tártago, de manera que el rey sentía un gran alivio cuando su intestino volvía a la normalidad natural. Sobre todo, el médico moro de Lucena se había ganado la voluntad del rey administrándole pequeñas dosis de cáñamo indio, cuando podía conseguirlo, o polvos de adormidera, que se vendían todavía en la mayoría de los zocos como especias de Oriente.

—Ante todo, señor, debéis ser moderado con el vino y con la carne.

Si coméis más pan, legumbres y verduras, vuestras digestiones mejorarán. Tampoco abuséis de la fruta en demasía. Para aliviar vuestros dolores de tripa, debéis tomar una cocción con limaduras de esta piedra *gaciuz*. Y para los dolores de cabeza, lo mismo, pero con limaduras de jaspe *belinniz*. Y si os vuelven los brotes de picor en la piel, os dejaré preparado un ungüento de azufre, mezclado con un aceite especial que me traen expresamente desde unos olivares centenarios.

Una vez dictadas sus órdenes con la majestuosidad de un emperador bizantino, el presunto físico se dio la vuelta para salir de la tienda, sin siquiera pedir la venia del soberano. Había encontrado la manera de llevar al límite su displicencia y arrogancia, sin llegar al desastre, y sabía que con ello contribuía a consolidar su autoridad y a incrementar la dependencia de Alfonso.

—¿Pero… te vas? No puedes irte dejándome en este estado de padecimiento.

—Señor, trato de alejarme lo menos posible de vos. ¡Que la paz, la misericordia y la bendición de Allah sean sobre vos! Como simple esclavo no tengo voluntad propia. Pero por orden vuestra debo recolectar los diversos ingredientes necesarios para preparar las medicinas que necesitáis. Sin ellas, empeoraréis. Solo yo puedo reconocerlas y cosecharlas en su sazón, pues ese antiguo conocimiento nos lo transmitimos los físicos moros de padres a hijos; su aprendizaje toma toda una vida.

El astuto moro aprovechaba la proverbial aprensión del rey para tomarse días de asueto por las zonas más calmadas y de mejor clima del reino, acompañado de una fuerte escolta. En realidad, desde que servía a Alfonso como médico pudo haber escapado muchas veces. Si no lo hacía era porque no tenía a donde ir y porque sabía que la mejor suerte a la que podía aspirar antes de que se lo llevara la muerte era la de seguir en la misma situación de privilegio y pocos trabajos, a la sombra de los cristianos.

—Pero… —replicó el aterrorizado monarca— ¿y si en tu ausencia me aplican un tósigo o por error ingiero un brebaje preparado por una bruja? Sabes que los enemigos no me faltan y cualquiera puede mezclar veneno en unos dulces y causarme la muerte.

Sobre todas las cosas, el aprensivo rey temía un posible envenenamiento o encantamiento, ordenado por sus enemigos. Criado en la lejana Galicia, como buen gallego no dudaba de la existencia y de los poderes de las brujas, ni de su carácter maléfico.

—No temáis mi señor. Como sabéis, todo mi afán es serviros. Ya había pensado en eso: os he preparado un antídoto general e infalible contra toda ponzoña. —Y diciendo esto le entregó con mucho cuidado y sobreactuada discreción una anforilla de cristal rellena de un líquido

negruzco, mientras le decía al oído, en voz muy baja—: Pero necesito urgentemente más mandrágora y bellino, pues os acabo de entregar la última dosis que me quedaba.

El rey mudó de semblante, reflejando el pavor que sentía:

—Corre entonces, no pierdas un minuto y regresa lo antes posible. Que mis enemigos sin duda tratarán de aprovechar tu ausencia para envenenarme.

—Despreocupaos, mi señor. Confiad en mí. Y, sobre todo, confiad en Dios. Él tiene ya decretada la hora de nuestra muerte y puede a veces conservar la vida con veneno y quitarla con un alimento sano. Regresaré muy pronto, con bellino y mandrágora, y también con hojas de azufaifo para preparar vuestras decocciones expectorantes.

Lento pero imparable, el ejército de Alfonso proseguía su camino hacia el sur, arrasando a su paso los escasos focos de resistencia que encontraba y saqueando las villas y aldeas donde moraban los desafectos.

En Utrera, el rey mandó de nuevo acampar para recobrar fuerzas e impartir justicia. Después, aceleró la marcha y en dos jornadas los pendones de Castilla se plantaron a la vista de los muros de Jerez, el 2 de julio. Desde las murallas, los jerezanos asistieron consternados al despliegue del poderío de Castilla, a la llegada del Ángel Exterminador que iba a poner fin a sus días sobre el suelo de Al Ándalus.

Procedentes de las aldeas y alquerías de los alrededores, desde muchas leguas a la distancia, corrían cientos de moros a refugiarse tras los fuertes muros de Sherish, sabedores de que esta vez no cabía esperar clemencia. Los caminos se bloquearon con interminables caravanas de refugiados que portaban penosamente sus enseres más queridos. Los hombres se inclinaban bajo el peso enorme de los bultos de ropa, de los sacos de comida, de los bienes con los que pensaban traficar para mantenerse con vida el tiempo necesario hasta que las cosas volvieran a su cauce, si es que alguna vez lo hacían. Durante días, las masas hormiguearon por todos los senderos que llevaban a Sherish, conduciendo una riada humana que colapsó la ciudad. Parecía increíble que los muros de la villa pudieran acoger a tanta gente. Unos cuantos afortunados, que tenían familiares intramuros o que pudieron pagar los altos precios que se exigían por las posadas, encontraron techos. Pero la mayoría se desperdigaba por las calles y las plazas, durmiendo y haciendo sus necesidades al raso. La convivencia ordenada de tan enorme multitud en tan exiguo espacio pronto se demostró imposible, y las autoridades decretaron que ni un refugiado más traspasara las puertas. Con desesperación, cientos de familias se agolpaban en la zona de extramuros, exigiendo que les dejaran entrar, suplicando compasión, sin recibir a cambio más que golpes y sablazos de los bereberes. Finalmente, cuando la vanguardia

de los castellanos empezó a atisbarse por el horizonte, se desperdigaron despavoridos por casi todas las direcciones, al encuentro de una muerte casi segura. Algunos la encontrarían lentamente, por el hambre y las fiebres, y muchos otros serían cazados como bestias por las partidas de caballeros. Las mujeres y los niños pasarían a engrosar el patrimonio de sus captores, mientras los hombres empapaban con su sangre la tierra negra de las riberas del Guadalete.

La bien engrasada maquinaria de guerra de Castilla operaba con eficacia. En pocas horas quedó establecido un cerco impenetrable alrededor de la ciudad, un bloqueo tan severo que ni las ratas podían entrar o salir. Las mesnadas reales, ayudadas por las tropas de los órdenes de Calatrava y Santiago, se desplegaron en abanico en torno a la villa, en busca de moros que descabezar. Los peones más experimentados en las batallas se desperdigaron también para hacerse con todo lo comestible que hubiese en las cercanías.

Alfonso encabezaba personalmente las operaciones, ya con la salud y el ánimo recuperados, después de haber hecho ahorcar al físico, que había acabado pasándose de listo, porque fue descubierto en un burdel de Lebrija, completamente borracho, cuando pretendía encontrarse recorriendo la sierra de las Yeguas recolectando mandrágora.

El real de Castilla quedó establecido sobre las ruinas del antiguo Puerto Menesteo, al borde del primer puente sobre el Guadalete, en el Pago de la Bonaina. En sus cercanías, como solía ocurrir en ocasiones semejantes, pronto brotó como de la nada una aldea poblada de putas, cantineros, soldaderas, vendedores de amuletos contra la envidia y los maleficios y estafadores de toda laya, que recibió el significativo nombre de El Portal.

Las murallas de Jerez, reconstruidas por los almohades, se consideraban las mejores y más sólidas de su tiempo y habían proporcionado a la villa una bien ganada fama de inexpugnabilidad. Por eso, el consejo de guerra castellano, en una atmósfera cargada de cólera y crispación, decidió que ni siquiera debía intentarse un asalto que se llevaría preciosos recursos humanos y materiales, pese a que los cristianos que escaparon por los pelos de la masacre andaluza exigían un ataque inmediato y un castigo ejemplar. La ciudad caería por falta de alimentos. Castilla, por fin, podía permitírselo, porque el tiempo jugaba a su favor: los espías mandaban informaciones fidedignas que hablaban de que el hambre, la mejor aliada de los sitiadores, crecía intramuros. La situación en Murcia parecía asegurada; el rey Jaime se encargaría de recuperar para su yerno y para Castilla tierras que aún quedaban en manos de los moros más recalcitrantes. Alfonso confiaba en la palabra de su suegro, aunque sabía bien de su deseo de incorporar Murcia y Almería a la corona de

Aragón. Ya habría tiempo de cerrar de una vez y para siempre las fronteras sureste de ambos reinos.

Pero no por ello daría el rey tregua a los desleales habitantes de Sherish: alrededor de todo el perímetro de las murallas se construyeron ingenios que arrojaban sin cesar grandes piedras y fuego griego contra el caserío, las torres y los muros, causando incendios y graves daños. Con una periodicidad diabólica, las catapultas arrojaban sobre los aterrados habitantes de Sherish sus lenguas de fuego, que lanzaban por los aires a aquellos a los que alcanzaba.

Todos los bosques quedaron talados, toda la madera requisada para construir más y más almajaneques. El esplendoroso paisaje de un verde lujuriante de la ribera del Guadalete pronto desaparece, como arrasado por una plaga, como si la hoguera divina que acabó con Sodoma se hubiera desplegado aquí también. Así, se evaporan los huertos, los frutales, los mantos de olivar, las viñas… tragados por las insaciables demandas de un cerco que todos saben definitivo. Desde las murallas, los sitiados podían contemplar la antaño hermosa campiña cocida por el calor de un sol despiadado, que hacía desprenderse del suelo una neblina que borraba las formas y los contornos, provocando trémulos espejismos que a veces se confundían con los ansiados refuerzos, pero que acaban disolviéndose como las esperanzas de los jerezanos. Un viento tan escalfado que parecía salido de los mismos infiernos hostigaba durante todo el día a sitiadores y sitiados, obligando a los primeros a buscar la sombra y el agua, y a los segundos a implorar el socorro divino.

Acosados sin cesar, los jerezanos debieron permanecer en guardia día y noche, defendiendo con las armas el perímetro de las murallas, apagando los múltiples fuegos, reparando los adarves. Las interminables exigencias consumían todas sus fuerzas hasta llevarles al agotamiento, pues no cabía establecer turnos de guardia ante la escasez de hombres hábiles para la defensa. Por el contrario, los asaltantes siempre parecían frescos y satisfechos, pues mientras unos atacaban la ciudad, otros contemplaban ociosos las evoluciones de sus compañeros y las comentaban entre risas y comentarios expertos, mientras trasegaban frascas de vino y panes blancos, y entonaban cantos salvajes para animar a sus compañeros.

Pero no todo fueron risas y recreos en el campo de los sitiadores. Conforme avanzaba el cerco, sus progresos se hacían más y más lentos, debido a la tenacidad de los sitiados y a la calidad de los muros de Sherish. Con la demora de una victoria que se presumía fácil, cundió en sus filas la inquietud y soldados y oficiales alimentaron su furia con la impotencia que sentían contra la medina recalcitrante, que resistía como ninguna otra antes en esta guerra. Pero el rey no pensaba ceder; si la ciudad resistía los asaltos, la escasez y la

enfermedad acabarían con ella.

Durante los cuatro meses que duró el cerco, la vida en la ciudad, que ya era dura desde que comenzó la contienda, se convirtió en una pesadilla. Cada día aumentaban el hambre y el terror de la población. El alcázar confiscó todas las provisiones disponibles para el consumo de los soldados. Y frecuentemente las tropas entraban en las casas y revisaban hasta el último rincón en busca de cualquier rastro de alimento. Cuando lo encontraban, allí mismo lo consumían con sus sucias manos ante los desesperados ojos de los despojados, que con frecuencia se llevaban también la tanda de palos decretada como castigo para los acaparadores. Así habían perdido los Banu Quzman buena parte de sus reservas, aunque no todas, porque la fiera Zuhara ni bajo las peores torturas hubiera confesado dónde se escondían las almendras, las aceitunas y las castañas que habrían de alimentar a sus demacrados cachorros.

Los desesperados vecinos y los muchos refugiados debieron buscar la manera de sobrevivir recurriendo al consumo de casi cualquier objeto masticable, como cinturones de cuero o lienzos de lino, y también de carnes impuras, prohibidas por la ley e impropias del género humano, como ratones, gatos, insectos, culebras y murciélagos. Pero pronto hasta estos desaparecieron de la desgraciada ciudad: en los patios dejaron de correr los insectos, por el aire dejaron de revolotear los pájaros y los sótanos quedaron despojados de ratones y gatos. Ya no había granos dispersos ni migajas para ellos. Como dijo el poeta:

Los pájaros acuden allí donde pueden picotear el grano,
y cubren las mansiones de los ricos.

Ratas, solo de ratas había abundancia por esa época en la medina. Pese a que los humanos no dejaban resto alguno de comida para ellas, la abundancia de cadáveres las hacía proliferar, llevando el espanto a los corazones más aprensivos y hasta a los más valerosos, porque arrogantes como nunca, las ratas se paseaban por encima de los rostros de los durmientes, se enganchaban a las ropas de los caminantes e incluso habían empezado a atacar a niños y a moribundos.

En casa de los Banu Quzman, como en las de toda la ciudad, hubo que establecer retenes de guardia para combatirlas y matarlas, a ser posible de manera rápida, para cumplir la prescripción divina de no causar sufrimiento a los seres inferiores y ser compasivo con los animales. Las muchachas lloraron y se resistieron, diciendo que antes preferirían morir que enfrentarse a los roedores. Zuhara, como siempre, tuvo que imponer el orden, con esa mezcla tan suya de

humor, ironía y mano dura.

—Aixa, ¿quién te iba a decir a ti que preferirías un día tener un gato antes que un esposo? Por cierto, sabéis cómo creo Dios a los gatos. Cuenta la leyenda que las ratas molestaban a los pasajeros del Arca. Entonces Noé (sobre él la paz) pasó la mano sobre la frente del león y este estornudó proyectando una pareja de gatos. Anda, Ramla, pasa la mano por la frente de tu padre, a ver si estornuda aunque sea un gatito.

Por toda la ciudad se dejaban ver caminantes famélicos que como sonámbulos deambulaban en busca de algo que llevarse a la boca. Marchaban como ebrios sin estar ebrios; algunos hinchados por la fiebre, pero la mayoría luciendo cuerpos demacrados, reducidos al puro esqueleto. La mayoría de ellos nada conseguían y acababan tumbados en el suelo, mirando al cielo, o morían derrengados en cualquier esquina, a la vista de todos. Con tantos cadáveres por las calles, ya nadie se preocupaba de enterrarlos, así que para evitar la propagación de epidemias, patrullas de soldados recorrían cada mañana las calles para recolectar los cuerpos y arrojarlos desde los muros. Pero nada podía evitar que desde los lugares donde se acumulaban los cadáveres en estado de espantosa descomposición subiera un hedor punzante que dificultaba la respiración y sembraba de sombras los corazones.

Como se temía, con los calores llegaron las pestes a la medina sitiada, cobrándose su tributo renovado de vidas. Los debilitados jerezanos sucumbían como insectos a los primeros envites de la plaga. Pese a las protestas de los alfaquíes, el señor de la ciudad llamó a los físicos judíos para que curaran a los enfermos del alcázar. Pero nada pudieron hacer los aterrados hebreos contra el designio divino y terminaron colgados de los adarves, acusados de haber sido ellos los que desencadenaron la epidemia.

A comienzos del cerco todavía podía encontrarse pan, pagando su precio en plata, pero a las pocas semanas ya no había nada que comprar. Ni siquiera de contrabando, ni pagando los más altos precios, se conseguían las vituallas necesarias para la vida. Las mesnadas de los concejos andaluces y las de las órdenes militares llevaban meses entrando en los valles sublevados mientras el pan estaba verde, para pisarlo, quemarlo o talarlo, junto con las viñas y las huertas. Tenían orden del rey de no dejar sembrar ni coger.

Hasta el agua empezaba a faltar, pues a pesar de que en la ciudad abundaban los pozos, tras un verano muy seco y habiéndose retrasado lluvias otoñales, su agua era muy salobre, y ya ni las cabras la querían. Jerez se había convertido en una asquerosa y maloliente cloaca humana, atenazada por un impresionante silencio, preludio de muerte, solo roto por las densas nubes de moscas que volaban de un

cadáver a otro. Hasta los más combativos de sus habitantes se convencieron de que todo estaba perdido, pues desde las murallas observaban a los cristianos festejar con sus panes y sus ganados, con pescado y agua fresca del río.

La supervivencia de los Banu Quzman hubiera resultado imposible de no haber caído las riendas de la familia en manos de Zuhara desde hacía muchos meses, con el consentimiento de su marido y señor de la casa. La incansable mujer logró conjurar las amenazas del hambre extrema con mil recursos y argucias, vendiendo y comprando lo que había, que era poco o nada. Tan pronto cambiaba unos zarcillos de plata por un cuenco de aceite, como compraba los pájaros que había podido cazar un zagal y componía con ellos platos increíbles, aprovechando su escasa carne, los menudillos, la piel, los huesos… No pocas veces consiguió que en su cocina sonara la música más deseada por su familia en esos días aciagos: el chisporroteo de la fritura. Ella era la única que podía salir de la casa, siempre embozada y acompañada por Hamet. Las demás mujeres llevaban meses sin pisar las calles, presas del tedio y del hambre. Y en la selva en la que se había convertido la ciudad, Zuhara empleaba mañas de tahúr para conseguir comprar una parte de la ración de un soldado, o para sobornar al almacenero del alcázar y conseguir las vituallas necesarias para vivir un día más. Afortunadamente, nunca llegó a saber Hamet los extremos a los que hubo de llegar su esposa para ello.

La posición de poder de Zuhara en el seno de los Banu Quzman llevaba muchos años labrándose; recelosa y desconfiada, siempre había controlado personalmente todos los aspectos de la gestión del hogar, considerando que no existe el criado del que se pueda estar satisfecho y en cuya capacidad se pueda confiar. Pero las sucesivas adversidades que la familia había atravesado iban acelerando el proceso. Porque Zuhara, portadora de una antigua sabiduría campesina, cifraba su papel como esposa y madre en precaverse contra las vicisitudes del destino. Criada en medio de una estricta austeridad, con pocos lujos, en un ambiente de duro trabajo manual que correspondía a todos por igual, hombres y mujeres, fue a parar a una familia de ilustrados derrochadores, acostumbrados a la abundancia, que ganaban su sustento con actividades reposadas y de poca exigencia física. Al principio, abrumada por las maneras corteses de su nueva familia, por su florida palabrería sobre Dios, el derecho y la lengua árabe, adoptó un perfil discreto y siguió sumisamente los hábitos de los Banu Quzman. Pero conforme le fueron naciendo hijos y los tiempos se endurecían, comenzó a hacerse con los resortes de la administración de la casa y del patrimonio familiar, consciente de que nadie puede considerarse sabio antes de haber preservado a los suyos de la miseria. Y así, toda su vida se convirtió en un continuo tejer de

un ropaje que protegiera a los Banu Quzman contra las alternativas de la suerte, consciente de que únicamente el descuidado se deja engañar por la seguridad.

Pero ni todas las mañas de Zuhara consiguieron evitar que los Banu Quzman pasaran necesidades. Algunos días, sin nada que llevarse a la boca, la familia se reunía en la cocina, para beber agua, sin hablar, pues hasta para eso les faltaban las fuerzas. Los famélicos siempre tratan de encontrar medios de engañar al hambre o, al menos, camuflarla y entre la desdichada familia había cundido la idea de que ingiriendo abundante líquido se conseguía algún alivio. Pero este resultaba demasiado breve y ponía en peligro las reservas del aljibe, también precarias. Y cuando el ansia de alimento apretaba, la debilidad y la angustia prostraba a todos en la melancolía y llevaban a Zuhara al borde de la locura, cuando contemplaba los semblantes demacrados de su prole, tan escuálidos que mostraban solo dientes ociosos y ojos grandes, tristes, que le miraban interrogantes, como pajarillos en el nido. En estos momentos, la casa se encerraba en sí misma, postrada en una quietud inusual en aquel hogar siempre lleno de risas y vida.

Otras veces conseguían algo masticable y el humor de todos mejoraba, y se cruzaban chanzas y recuerdos.

Cuando Hamet regresó a su casa esa noche, desolado y hambriento, después de haber discutido durante todo el día, con unos y con otros, se metió en su despacho sin dirigir a nadie más la palabra. El hambre le apretaba, como a todos, pero sobre todo añoraba una buena copa de vino, un lujo imposible de encontrar ya en Sherish ni aun pagando las más altas sumas. Miró la chimenea y se acordó de su abuelo Ali. ¿Qué estaría pensando y haciendo ahora el astuto anciano? Dios le tiene a su lado y le ha privado en su sabiduría, de ver el estado en que se encuentra su amada ciudad. A veces todavía le parece oír su voz, que tenía la belleza y la potencia de las trompetas de los judíos de la tribu de David.

De repente, el leve crujir de maderas le anunció que alguien intentaba abrir la puerta de la estancia con mucho cuidado. A punto de gritar para expulsar al intruso, vio aparecer a Zuhara con una torta de trigo recién horneada. El olor le hizo perder el sentido y el estómago se le retorció de hambre ¿Cuánto tiempo hacía que no comía pan recién hecho? La mujer se acercó, sin decir nada, con las dos manos por delante, mostrándole la torta como si fuera la ofrenda a un Dios pagano. Un pan pequeño, que apenas rebasaba las dos palmas de la mano de la mujer. A punto de rechazarla, reparó en la expresión de su esposa: no vio en sus ojos cansancio, ni desesperanza, sino una firme determinación. «Esta mujer es de hierro», pensó el cadí.

—Come, esposo, siéntate y descansa. Te traeré el botijo con agua

fresca y una alcuza que aún contiene un resto de aceite.

Como un niño obedeciendo a su madre, se sentó sumisamente en los cojines, sin atreverse aún a aceptar la ofrenda.

—¿Cómo has conseguido trigo y aceite? —le preguntó a su esposa con verdadera curiosidad, exenta de reproche esta vez. Zuhara negó con la cabeza y se limitó a sentenciar:

—A la mujer hacendosa nunca le falta lana.

Hamet sonrió, recordando que ese refrán lo repetía con frecuencia su madre. Al final, suegra y nuera se habían transmitido el conocimiento de los dichos y del refranero popular. Si se juntaran todos los que ha escuchado a lo largo de su vida de una y otra, se podrían rellenar miles de pliegos.

El cadí siguió pasando la mirada del pan a su esposa, como obnubilado, sin decidirse a aceptarlo. Todavía preguntó:

—¿Qué has comido tú?

—No te preocupes por eso. Mi batalla diaria es lograr que el hambre no traspase el umbral de los Banu Quzman, y casi siempre venzo. Tienes que comer o enfermarás sin remedio. Y, entonces, qué será de esta familia. Come y descansa. Eres humano, Hamet, eres hombre. El mejor de los hombres, sí, pero también mortal. Jamás guardaste tus bienes para ti mismo, ni cargaste a tu mujer con tus preocupaciones, pero sé que llevas días regalando la comida que te reservo. Ahora te vas a comer este pan en mi presencia o te juro que me arrancaré el pelo y me haré cortes por todo el cuerpo, como un día hiciera nuestra hija Alima. Al parecer es lo único que logra ablandarte.

Hamet no pudo evitar sonreírse ante la salida de Zuhara, pese a que quería mantener un semblante adusto. «En esta familia nadie me respeta, porque todos saben que soy un blando. Pero Dios los bendiga a todos. ¿Quién tuvo jamás una familia mejor?», pensó el cadí mientras se llevaba a la boca un pedazo de torta.

—Está bien Zuhara, me lo comeré, pero solo a cambio de que lo compartas conmigo. Ven, siéntate a mi lado. Hace tiempo que no te he dicho lo hermosa que eres. Déjame que acaricie este pelo de muchacha. Gracias a Dios que transforma los ojos del amante y hace que vea a la amada con una belleza inmutable, que no está en manos del destino, ni la marchita el tiempo, ni la cambian las penurias de la vida. Justo como yo te veo a ti.

Zuhara se sentó a su vera, halagada y sorprendida por la reacción de su esposo, pensando: «Este hombre siempre me sorprenderá, por muchos años que pase a su lado». Sin decir nada, partió un pedazo de torta y lo mordisqueó lentamente, degustándolo con cuidado. Los esposos permanecieron así, un largo rato, comiendo a pequeños bocados un manjar que ni el mejor de los cocineros persas hubiera sabido adobar para que fuera más grato a sus paladares. Tras la

comida, sin decir nada, se besaron largamente rodando sobre los cojines, unidos por más tiempo del que sus mermadas fuerzas y su edad hubieran hecho previsible. La mañana los sorprendió desnudos y sonrientes. Al mirarse se ruborizaron, como avergonzados de su comportamiento adolescente. Rápidamente realizaron por separado las abluciones prescritas por el Libro Sagrado para después del coito, y volvieron cada uno a sus ocupaciones y a la guerra de la cruda realidad cotidiana, con el sabor de una noche de tregua y delicia en el mejor de los palacios, una noche en la que después de mucho tiempo Zuhara volvió a soñar que era joven y hermosa otra vez y que su esposo caía rendido a sus pies. Un cambio notable, pues la mujer llevaba meses soñando con pechugas de gallina y albóndigas de legumbres.

Cuando recuperó la conciencia con agua fresca, Hamet se dirigió a la mezquita, donde se había convocado a los miembros del antiguo consejo a una reunión secreta. El destituido cadí había rehusado asistir, alegando que ya no desempeñaba cargo alguno. Además, pese a que ya no se sentía gravemente amenazado, buena parte del vulgo insistía con tenacidad y malevolencia en sus calumnias. Pero tras las reiteradas visitas de diversos notables de la ciudad, que acudían a su casa para arrodillarse a sus pies y pedirle perdón en nombre de los jerezanos, se vio obligado a aceptar, por su sentido del honor y porque, al fin y al cabo, era un Banu Quzman.

Hamet fue el primero en llegar y se maravilló una vez más de la cobardía que anida en los corazones de la mayoría de los hombres: ninguno quería ser el primero en significarse como posible conspirador, pues si algún espía llevaba la noticia al alcázar, pronto sus cabezas lucirían en picas. Pero alentados por el ejemplo del viejo cadí, poco a poco comenzaron a llegar los remolones.

Mientras esperaba en silencio a que hubiera un quorum suficiente como para que la reunión fuera significativa, Hamet pensó en que sabía perfectamente qué asunto iba a tratarse y cómo defendería su postura cada uno de los asistentes. Conocía bien a sus vecinos y sabía de sus mil argucias para pescar sin mojarse los pies: no en balde esas familias de notables llevaban rigiendo en la medina desde generaciones atrás, cayendo siempre de pie en todas las crisis, sobreviviendo a reyes, reyezuelos, tiranos y califas.

Desde hacía semanas, llevaba gestándose en la ciudad una corriente de opinión, mayoritaria entre los andalusíes, favorable a pedir la capitulación y el perdón al rey de Castilla. Progresivamente se reducía el número de los partidarios de la resistencia a ultranza, casi todos ellos bereberes. Desde la ciudadela seguían partiendo órdenes terminantes: cualquiera que hablara de paz o rendición sería considerado traidor y tratado como tal. Ya habían rodado varias

cabezas y pocos se atrevían a oponerse a la voluntad de Abu Tamit.

Pero el hambre y la desesperación, el puro afán de supervivencia, hace que los hombres asuman los mayores riesgos y recaben fuerzas imprevistas. La resistencia interna necesitaba articularse y designar un cabecilla, y todas las miradas apuntaban a Hamet.

Cuando el cadí recibió formalmente la propuesta de los notables para liderarlos, vencer la resistencia del alcázar y encabezar las negociaciones con el rey Alfonso, trató de guardar la calma para rechazarla de manera educada. Pero el rencor y los agravios acumulados pronto se abrieron paso sin remedio hasta su garganta:

—Hace solo unos meses mis honorables vecinos trataron de lincharme en plena calle. Casi prenden fuego a mi casa. Solo la llegada de mi hermano puso coto a esos desmanes… ¿Y ahora queréis que me juegue la vida por quienes me despreciaron, insultaron y buscaron mi muerte? ¡Tan lerdo me creéis! ¡Malditos! ¡Malditos seáis vosotros y todos los jerezanos!

Hamet se levantó, presa de la cólera; en el pecho le oprimía la herida ardiente de la humillación y el desprecio sufrido. Necesitaba caminar de un lado a otro para apaciguarse.

—Tú… Hasan ibn Muhammad, ¿no te he visto en los alrededores de mi casa, pidiendo a gritos mi cabeza…? Y tú, mi venerado colega, Isa ibn Yafar, que me debes todo, hasta el aire que respiras, ¿no es cierto que has jurado en la mezquita que Alfonso me paga en oro para llevar la ruina a los musulmanes? ¿Cómo podéis ser tan hijos de puta? Valéis menos que la mierda de cerdo. Por mí os podéis ir todos a vender el culo a vuestros amos bereberes.

Al borde de sus fuerzas, Hamet se dirigió al patio de la mezquita, pero apenas podía dar un paso más. Se sentó al borde de la fuente de las abluciones y lloró quedamente, sin lágrimas, para dentro. Al poco tiempo, salieron al patio, Isa ibn Yafar y Hasan ibn Muhammad, seguidos por los demás notables. Todos se arrodillaron a los pies del cadí sin decir nada y así estuvieron durante un rato. Después, se levantó Hasan ibn Muhammad y dijo:

—Tienes razón, honorable cadí… No te merecías el trato que recibiste y nosotros no merecemos tu perdón. Yo y otros muchos por calumniarte, los demás por no defenderte… Pero, por Dios que todo lo ve, por Él que conoce la historia, que crea y no es creado… perdónanos. Si no por nosotros, por nuestros hijos, por nuestro pueblo, por nuestra ciudad. Solo tú serás capaz de arrancar clemencia del corazón del rey de los gallegos. No te preocupes por Abu Tamit. Nosotros nos ocuparemos de él. Pero, por favor, por la religión, por el honorable nombre que portas… Cuando llegue el momento, sé tú quien trate con Alfonso.

Hamet permanecía sentado en el cantil de la fuente, mirándose

fijamente las manos, como tratando de escrutar su destino en las líneas de la palma. Al final dijo:

—Sea. Haré lo que pueda por esta villa. Será la última vez. Intentaré aplacar la ira del rey de los gallegos. Bien sé que es tarea difícil… imposible casi. A Dios pido que haga mi cometido aceptable a su generosa mirada. Él me basta ya que es el mejor valedor. Dios dirige a quien Él quiere a una vía recta. Así es como Él obra con sus siervos y con lo que ha creado. Pero no lo olvidéis: hemos sido derrotados… Solo nos queda buscar en Dios refugio ante el fracaso, tal como hizo el Enviado de Dios (Dios lo bendiga y salve), que se apartó de los caminos de Satanás y de sus insinuaciones.

A la mañana siguiente, la cabeza de Abu Tamit y la de la mayoría de sus bereberes fueron paseadas en picas por toda la ciudad y finalmente colocadas en la puerta de la mezquita mayor. Los andalusíes y los pocos magrebíes que aceptaron rendirse, tomaron el control del alcázar. Allí se reunió tras la oración del mediodía el consejo de notables, que designó a Hamet como personero de la villa frente a los sitiadores, encomendándole que acudiera a parlamentar con el rey para pedirle clemencia y ofrecerle la capitulación de la medina, a cambio de que se respetara la vida y los bienes de sus habitantes.

29. Sherish. 8 de octubre de 1267

Los jerezanos enviaron un esclavo a pedir al rey de Castilla la merced de que recibiera a los representantes de Sherish, pues nadie se atrevía a salir extramuros sin garantías del monarca.

El siervo regresó con lengua del rey de que viniesen a él, asegurados, los mandaderos que el consejo de la ciudad deseara enviarle, que conservarían la vida siempre que no hubieran participado en hechos de guerra ni malfetrías o violencia contra castellanos. A todos aquellos respecto a los cuales quedaran probados hechos de ese tipo, se les ejecutaría sobre la marcha en el lugar mismo de su aprehensión.

Pero también quería el rey, poco amigo de perder el tiempo o de hacérselo perder a los demás, que los jerezanos supieran de antemano que cualquier petición de términos para la capitulación se rechazaría. Siguiendo las instrucciones de Alfonso, el esclavo repitió palabra por palabra el veredicto real para con los sitiados: los consideraba desleales impenitentes y solo aceptaría una rendición sin condiciones, pues habían cometido negras traiciones, demasías y graves delitos, comportamientos que no podía dejar impunes. Habían ido demasiado lejos. No quedaban peldaños por recorrer en la escalera de su felonía.

Por eso, quedarían sometidos implacablemente a las leyes de Castilla, sin que resultara ya posible negociación alguna para torcer su firme voluntad.

Pese a haber quedado advertidos de la inutilidad de sus intentos, e incluso de su posible efecto contraproducente, los notables de Sherish reafirmaron su decisión de enviar una embajada a postrarse ante el rey para rogar por su vida. Sabían que, si la medina se tomaba al asalto, pocos sobrevivirían y estos, en el mejor de los casos, quedarían reducidos a la esclavitud. Debían evitarlo a toda costa, o al menos intentarlo: lograr la entrega pactada de la ciudad, bajo algunas condiciones, por duras que fueran.

—¿Otra vez aquí, malos vasallos, descontentadizos, revoltosos? ¿Otra vez habré de oír vuestras mentiras, vuestros fingidos ofrecimientos de lealtad, vuestros alardes de sometimiento? Cansado estoy de tanta perfidia y disimulo… ¿Creéis que soy un vulgar comerciante, dispuesto a negociar con argucias el precio una mercancía?… Yo soy vuestro rey, por derecho y gracia de Dios, y vosotros mis súbditos naturales… No quería procurar sino vuestro bien: os había prometido guardar vuestros fueros y derechos y teneros a mi servicio, pero en cuanto me confié me clavasteis los dientes como las víboras. ¡Qué tristes resultados han arrojado mis esfuerzos! Almacenabais en vuestro seno la semilla de la sedición; me habéis combatido a mí, vuestro señor legítimo en virtud de los pactos sellados por mi padre, en sucia conjura con los moros de allende el mar y con el Rojo. Habéis querido guerra y guerra habéis tenido… Habéis elegido muerte y muerte tendréis… Porque pese a los engaños y la perfidia, pese a la traición, Dios nos ayudó contra todo pronóstico y nos abrió milagrosamente las puertas de la victoria. Antes se abrirá la tierra y caerán derruidos los montes que obtener el perdón que no merecéis.

De rodillas, postrados en tierra, los delegados de Sherish encabezados por Hamet trataron de adelantarse para besar los pies del monarca, pero los mesnaderos que les rodeaban se lo impidieron a golpes con el cuento de sus picas. Con la cara en el suelo, sin osar levantar la vista, Hamet reunió todavía fuerzas, se tragó el orgullo y suplicó por la vida de los suyos en un tono humilde y contenido, sin mirar al rey, haciendo uso de todos sus recursos retóricos.

—Señor, por Dios os lo ruego… hemos acudido aquí, fiados en vuestra palabra, a suplicaros clemencia… Vos sois la columna de España, los menesterosos acuden a vos por vuestra fama de vigilante y justiciero. ¡Qué la paz, la misericordia y la bendición de Allah recaigan sobre vos! ¡Qué Dios haga aumentar vuestro poderío! No os cobréis las vidas de todos por la doblez y la mala cabeza de unos cuantos. Es cierto que ha habido rebelión y que muchos musulmanes

se han sumado a las filas de los insurrectos, y es cierto también que se han cometido crímenes y demasías contra los cristianos… Pero los verdaderos responsables son los bereberes y los alfaquíes levantiscos que lanzaron al pueblo a la revuelta y que ya han recibido castigo por nuestra propia mano: sus cabezas adornan la entrada de la mezquita mayor de Sherish, vuestra ciudad ahora y para siempre (Dios la apoye). Vos, como monarca, conocéis bien el carácter voluble e inestable del populacho, lo fácil que resulta alborozarlo con fines ocultos.

—¿Crímenes? ¿Demasías? ¿Me tomas por necio? No uses esas maestrías conmigo, que no podrás engañarme, no otra vez, con tus recursos oratorios… Desde los tiempos de Almanzor no se habían cometido contra los cristianos inocentes tropelías semejantes, tan graves tuertos y desaforamientos. No contra los guerreros, contra los soldados, sino contra humildes campesinos, menesterosos, que vinieron a estas regiones sin nada, muertos de hambre, para posar en las casas y cultivar las tierras que se habían quedado baldías. Contra los monjes y sacerdotes, hombres de paz, hombres de Dios, que han dado muestra de perdón incluso en el martirio. Que vinieron aquí a ofreceros ayuda, a trabajar por vosotros, y a cambio recibieron vuestro odio, vertido de mil maneras. Contra los simples comerciantes que arriesgan su vida para llevar prosperidad a las ciudades que visitan… No, recalcitrantes vasallos, no existe pena suficiente en las leyes de Castilla para retribuir tanto crimen. Todos los hombres de Sherish serán ajusticiados, pues resulta imposible discernir quiénes han empuñado las armas y quiénes no: todos recibirán el trato de rebeldes hostiles. Los líderes serán sometidos a tormento y sus restos, esparcidos a los cuatro vientos, engordarán a las alimañas. Las mujeres y los niños de menos de diez años serán vendidos como ganado humano. Así podrán pagarse algunas de las indemnizaciones y caloñas que vuestros delitos han generado.

El fallo del rey resultaba acorde con la cuantía de sus culpas, de acuerdo con la ley de Castilla y con cualquiera otra: en todo el mundo la vida de los derrotados queda a merced de los vencedores. Mucha paciencia había tenido el soberano con sus desaforados súbditos y hoy llegaba la hora ansiada de cobrarse los sinsabores, las traiciones y los gastos de una cruenta guerra, vengando tanta sangre cristiana. El débil carácter del rey, generalmente remiso al castigo, ha trocado en sed de venganza y rebosa de ira contra sus vasallos. Su condición le inclina naturalmente al perdón e incluso a la longanimidad, pero las desdichas, las felonías y las decepciones de la vida han cambiado su fisonomía moral. ¡Eran tantas sus expectativas! Recuperar la Tierra Santa, pacificar el mundo bajo un orden benéfico… ¡Podría haber hecho de Castilla el principal reino de la cristiandad! Pero todo se ha

malogrado por culpa de nobles felones y súbditos incomprensivos que aprovechan la ocasión más propicia para morder la mano de la corona. Triste suerte la de un reino donde todos quieren mandar. En tiempos de su padre, el gran Fernando, no prosperaron rebeldías ni grandes coaliciones nobiliarias como las padecidas por Alfonso; los poderosos alentaban el ideal de cruzada y los concejos acudían al servicio del rey con la bolsa abierta y las armas en la mano. En su reinado, el pueblo se enriquecía y no se conoció año malo. Pero con él todo ha discurrido de manera diferente, por cauces de calamidad, egoísmo y traición. Ese ha sido el pago recibido por su clemencia; porque el soberano ha comprendido recientemente que a su padre lo amaban tanto como le temían. Para tener sometidos a las cabezas de los linajes no necesitó desplegar halagos ni prestar oídos a los susurrones, pues su justicia era dura e implacable: a no pocos de ellos los coció en calderas, y también aplicó sin titubeos las penas de desollamiento, inmersión en el mar, precipitación desde una torre, hoguera a fuego lento… Así acabó con los querellosos y enderezó a los malhechores, así restringió los lujos excesivos en los gastos de bodas y enterramientos, así puso tasa a los precios y a la usura, ganándose fama de justiciero. Hasta con los juglares tañedores de zanfoña, los preferidos del pueblo y a los que él mismo amaba, se atrevió, limitándoles las ganancias. «Si hoy comenzara a reinar», piensa Alfonso, «todo sería distinto». Pero su corazón ha alcanzado la comprensión del gobierno tarde: solo queda dolerse de las desgracias que han sobrevenido a Castilla.

La embajada regresó a la ciudad con sus tristes noticias. Desde las murallas los sitiados contemplaron con aprensión los semblantes cabizbajos de sus representantes. Por todas partes cunde el desánimo y los jerezanos se entregan a los llantos y a la oración. Solo el Altísimo puede salvarles. Pedían un milagro, algo imposible, pero no para Él, que todo lo puede.

Nuevamente se reúne el consejo de notables para acordar hacer un último intento para entregar la medina y su alcázar sin lucha, bajo la única condición de que los jerezanos puedan conservar la vida, aunque pierdan los bienes. Al menos, que conserven la vida y la libertad.

Esta vez acude Hamet en exclusiva a llevar la palabra de los jerezanos al rey. A la hora convenida, el cadí cruzó la puerta de Rota, solo, sin escolta alguna, y se acercó a pie al real castellano.

—Señor; refugio de valientes y leales, inspiración de las más bellas alabanzas, ¡Dios prolongue vuestros pasos! Vengo otra vez a postrarme ante vos, para pedir humildemente vuestro perdón y la gracia de la vida para los jerezanos. Vos tenéis capacidad para doblegar a los insumisos: no nos hagáis pagar a todos por la temeridad de los

indignos alfaquíes que, alentados por el nazarí, fomentaron la sublevación. Que no paguen los hijos por las culpas de sus padres, ni los padres por las de sus hijos. Somos muchos los que hicimos todo lo posible, sin éxito, para evitar la insurrección. Y los que, una vez que estalló, tratamos de convencer a los rebeldes para que moderaran sus excesos, para que dieran tregua a los colonos y se mostraran generosos en el perdón. Yo mismo defendí con frecuencia en la mezquita, con riesgo de mi vida, que la crueldad desplegada por los musulmanes contra los cristianos estaba condenando al fracaso a la sublevación, pues la reacción resultaría temible… Pero vos sois sabio y sabéis que resulta más sencillo mover las montañas de su lugar que mover los corazones de los hombres.

—Ahórrame tus fingidas pleitesías, ya no te creo ni creo en tu arrepentimiento… ni en que seas un mandadero honrado… ¿A quién representas? …Hoy hasta pedir la vida es pedir sin tasa… ya pasó el tiempo de las avenencias, ya han quedado cerradas las puertas a vuestras insolentes demandas… No os habéis levantado contra mí por razón de fuero, ni por daño que yo os hubiera hecho, sino por perfidia… ¡Contra mí, que solo deseaba vuestro bien, que he rezado cada día a nuestro Creador y a su Madre, para que rogara a su querido Hijo a fin de que trajese la paz a las Españas! ¿Acaso han sufrido daños los moros de allende los puertos, los que no se han sublevado? ¿No he respetado sus leyes, sus costumbres, sus tierras…? Demasiado tiempo he permitido que se divulguen en tierra de Castilla las perfidias de falsos profetas. Aun así, respetaré los pactos suscritos con los moros de paz, como siempre han hecho los reyes de Castilla… Pero a los moros desleales, a vosotros todos os espera la muerte. Como soldado de Cristo pienso luchar y sufrir al servicio de la cristiandad mientras me duren las fuerzas…

El rey se levantó con dificultad de su sitial. Las fatigas, los insomnios, le tienen otra vez debilitado. Había mandado decapitar al físico judío que sustituyó al moro de Lucena, porque empezaba a sospechar que lo estaba envenenando lentamente, y ahora sufre de nuevo a los médicos cristianos, que lo atosigan con sus sangrías y sus purgas.

—¿Cómo habéis podido, Hamete, cómo habéis osado? Malandante de mí… ¡Qué inadvertido vivía! Pensaba que con buenas medidas de gobierno conseguiría, si no el amor, al menos la lealtad de mis vasallos. ¡Estúpido sin remedio, víctima de mi buen corazón! No podía imaginarme que era tan mal quisto… prometisteis sumisiones y lealtades fingidas mientras estrechabais los lazos con el perro de Granada. Confié en vosotros y no supe adelantarme a vuestros alevosos manejos… Todo se ha realizado tan calladamente, sin estruendo… Vivía en el engaño. Creía que la paz quedó asegurada con

los pactos firmados por mi padre, Dios lo tenga en su gloria. Fueron sus expediciones célebres, sus acciones memorables, su vida alabada y sus virtudes gloriosas. Venció a los que se le opusieron, ayudado por el Altísimo contra sus enemigos y no abandonó el camino recto hasta que le llegó la muerte. Fue piadoso, justo y protegió a los musulmanes, ganándose la inquina y el rechazo del papa y de los demás monarcas europeos, que recomendaban mano dura contra el infiel. ¡Cuántas veces se lo dijo su primo Luis, el rey de Francia!: «¡Al infiel hay que exterminarlo, clavándole la espada en el vientre lo más adentro que pueda penetrar!». También los altos prelados del reino se lo repetían continuamente, porque la larga y grande enemistad entre cristianos y musulmanes no tiene enmienda posible; nosotros somos hijos de Jafet, vosotros hijos de Cam, malditos para siempre, desheredados por vuestro propio padre, Noé… Sin embargo, mi padre tenía un sueño que me dio en herencia… soñaba con un reino donde los moros pudieran vivir en paz con los cristianos. Ahora sé que eso resulta imposible. El rey de Francia y el papa tienen razón: vuestras intenciones han quedado al descubierto, así como las del sultán de Granada, con sus mil argucias engañosas y las de los reyezuelos de Marruecos. Lo queréis todo, no toleráis la sumisión, os pesa como una losa de plomo. Jamás podremos vivir juntos en armonía en la misma tierra. No sabéis permanecer quedos y en paz. No habrá más treguas. Mi paciencia no tuvo límites hasta hoy, pero habéis agotado todos mis deseos de concordia. Yo hubiera seguido derramando gracias y mercedes sobre vosotros, inextinguiblemente, pues cuando os comportasteis como buenos vasallos solo mi boca era medida para el conceder. Pero vosotros mismos habéis cerrado las espitas. Ya no cabe el entendimiento entre moros y cristianos al sur de los puertos de Sierra Morena. En estas tierras no volverán a vivir los moros, nunca más. Los castellanos y todos los pueblos cristianos de las Españas recordaremos para siempre lo que ha ocurrido aquí y no dejaremos que se repita. Apoyados en Dios destruiremos a los que reniegan de la fe y del nombre de Jesucristo, dado que Él nos ha conducido hasta aquí para servicio tan grande.

Hamet buscaba la manera de atenuar la ira de Alfonso. Rogó a Dios que le iluminara, que llevara a su boca la palabra precisa. En su desesperación, trató de conducir la entrevista al terreno predilecto del monarca: al de la discusión intelectual y la reflexión teológica. Suponía un riesgo elevado, pero también el único camino que le quedaba para lograr ablandar al rey.

—Quizás tenéis razón, señor. No lo sé… trato de comprender la voluntad de Dios, pero no alcanzo. ¿Qué sabemos los pobres mortales? Dios guía a quien Él quiere. Pero no ha resultado posible el compromiso… en realidad, no creo que alguna vez lo sea. La

dominación de otros nos resulta insoportable y llena de odio nuestros corazones. Nuestra cultura, nuestra civilización, no parece propicia para el sometimiento: donde vamos, debemos mandar, regir…, lo contrario nos parece una alteración del orden del mundo tal como Dios lo ha querido. Los musulmanes tenemos una misión universalista consistente en extender el islam sobre todas las tierras y pueblos, en un combate contra los infieles que no está circunscrito ni en el tiempo ni en el espacio, sino que ha de durar hasta el fin de los días: nuestro deber es llevar a todo el mundo el mensaje del último profeta, hacer que todos los hombres acepten el credo islámico, de grado o por la fuerza. Dios puede prescindir de sus criaturas.

El rey no esperaba tal osadía de un peticionario de clemencia y no quiso entrar a discutir de teología.

—Ahórrame tu satánica elocuencia; ya la he sufrido bastante. No quiero saber nada de ti ni de tu porfiada secta. Presos en el error, seguís arrogantes hasta el fin. Habláis de paz, pero queréis gobernar el mundo. Pedís perdón, pero no lo concedéis. Nunca en toda mi vida he visto a uno solo de vosotros que se tornara a nuestra fe, mientras que obligáis a los demás a convertirse a la vuestra, por las buenas o por las malas. ¿Por qué esa contumacia en el error? No lo sé, quizás por esas carnales delectaciones que os esperan en vuestro presunto paraíso. Animales, eso es lo que sois: seres lujuriosos e impúdicos, dominados por los vicios de la carne, polígamos, sodomitas… ¡Ignorantes! ¿No sabéis que el cuerpo es una cárcel para el alma? No… creéis que en vuestro falso paraíso os esperan meretrices para que sigáis regodeándoos en vuestra concupiscencia. Hasta ahí os llega el anhelo de vida superior. Animales al principio, animales al final. Grave error: los que resuciten lo harán como seres asexuados, puro espíritu, sin cuerpo, sin pasiones.

Alfonso se levantó con dificultad y acercó la mirada al rostro humillado del cadí, para seguir, más lentamente:

—¿Olvidar? ¿Perdonar? Vuestras peticiones resultan exorbitantes y hasta insolentes, después de todo lo que ha pasado. Apenas ha quedado sangre cristiana sin derramar al sur del Guadalquivir… ¿Me pides ahora que perdone las vidas de quienes no mostraron piedad, de quienes atormentaron a niños, ancianos, sacerdotes, vírgenes, a los autores de los latrocinios perpetrados en una tierra inerme y desprevenida?… ¿Y el sentido del honor, cadí? ¿Y el sentido de la justicia, cadí? ¡Qué ejemplo más funesto daría a los demás vasallos de mis reinos! Es mi deber escarmentar a los malfechores. Si os perdonara, todos mis súbditos harían oídos de mercader cuando yo les reclamara sus pechos y auxilios, las penas y caloñas. No sufriré nuevos desacatos por vuestra culpa.

Hamet tenía que insistir. Blanda, sumisamente, tenía que acabar

convenciendo al rey. Se jugaba su vida y la de su familia.

—Creedme señor, somos muchos los musulmanes de Al Ándalus que os queremos y admiramos. Sentimos como vos vergüenza y pesar. Yo mismo haría lo que estuviera en mi mano para ahorraros tanta desazón, para aliviar la justa ira que albergáis en el pecho. Creedme, hice todo lo que pude para lograr una avenencia, para calmar los ánimos, por eso acudo a vos limpio, confiando en vuestro perdón. He perdido a un hijo muy querido, la luz de mis ojos, batallando contra vosotros, en la isla de Qadish. El más pequeño de mis varones, un zagal al que apenas le apuntaban las barbas. Pero se fue a unirse a los rebeldes contra mi voluntad, os lo juro por Dios. Señor, vos tenéis hijos: ¿quién puede refrenar el corazón de un mozo cuando unos desalmados lo llenan de deseos de grandeza, de ansias de martirio? Como yo, otros muchos padres trataron sin éxito de impedir a los suyos sumarse a los descontentos. Y, si ni siquiera los padres pudimos lograr la obediencia de nuestros hijos, que a ello vienen obligados por ley natural, ¿cómo convencer a los demás? Nada pudo evitar que las llamadas a las armas de los alfaquíes y de los insensatos pagados con oro granadino prendieran en sus jóvenes espíritus y se lanzaron a esquilmar los campos, a empobrecer nuestras ciudades, ignorantes de que con ello se labraban su propia ruina y con ella la de todos los musulmanes de España.

El rey se quedó mirando fijamente a Hamet, con ojos cansados, enrojecidos por el insomnio y las sangrías. Pidió una copa de vino, pero no le ofreció una a Hamet, que seguía arrodillado. Alfonso contempló largamente al cadí. Veía en él no a un enemigo, sino a un alma gemela, a un hombre de letras, amante del saber, a un padre desobedecido, a un hermano traicionado. ¿Son tan diferentes Alfonso y Hamet? Parecen recorrer caminos paralelos en muchos aspectos. Pero no por ello puede ablandarse: rey antes que hombre, soporta un deber divino que debe cumplir. Su ira le marca un castigo ejemplar para los jerezanos. Sin embargo, la medina aún podría resistir muchas semanas, con su poderoso alcázar y bien entorreada. Depende de los suministros con que cuenten, noticia que sus espías no han podido confirmar. Los aljibes, eso sí lo sabe, conservan aún reservas; pocas, pero suficientes. Pero ¿y la comida? Aún con hambre un hombre puede luchar famélico, tirar virotes, siempre que pueda beber. Necesita tomar la plaza ya para dirigirse contra Murcia antes de que comience el invierno y los caminos de la Penibética se hagan impracticables. Confía en su suegro, pero no tanto. Si no aparece por allí, el aragonés podría plantarse a las mismas puertas de Granada para pedir que todas las tierras ganadas por su espada queden incorporadas a sus reinos. Accediendo a lo que le piden los jerezanos, quizás solo gane una o dos semanas, pero pueden resultar preciosas,

pues acaba de saber, de nueva cierta, que Yaqub Ibn Yusuf, rey de Marruecos, se dispone a atravesar el Estrecho él mismo al mando de sus huestes, para levantar el sitio de Jerez. En el tablero de la política española se sabe bien: quién controla esta villa se convierte en dueño de la costa atlántica andaluza. Y esta razón se abre paso moviéndole, una vez más, a la clemencia, contra la opinión de su propio consejo.

Llega a la conclusión de que conviene acceder a las pretensiones de los jerezanos, pese a las negativas iniciales. Los castellanos querían procurar un escarmiento ejemplar a quienes quitaron la vida a tantos buenos cristianos. Pero el rey Alfonso necesitaba tiempo. Había que terminar rápidamente con el desorden que perturbaba al reino y lo empobrecía. Además, la campaña se prolongaba y los nobles y las mesnadas pedían volver a sus lares. Ya no bastaban las promesas de riquezas para retenerlos, pues en Andalucía apenas quedaba nada de valor. Las milicias concejiles han cumplido, bien y con exceso, el tiempo de su compromiso. El rey hubiera querido seguir, hasta desalojar de la Alhambra al astuto sultán, la presa que más codiciaba, pero sabe que no dispone de fuerzas, ni de dinero, ni de tiempo… Ha llegado la hora de transigir.

Se puso de pie y dictó su sentencia, más basada en su espíritu práctico que en la piedad.

—Soy demasiado indulgente, lo sé… Ya no sois mis súbditos. Idos, pues, en buena hora, con vida, sobre vuestros pies. Pero nada podéis portar… todos vuestros bienes, vuestras casas, vuestras tierras, todo pertenece hoy a Castilla, como benévolo reato del crimen cometido. Con ello se pagarán las erechas e indemnizaciones que les debéis a los que padecieron vuestros desmanes y las tremendas menguas que habéis causado a las rentas del reino. Pero vuestras culpas jamás quedarán purgadas. Malditos, malditos seáis por siempre, vosotros, quebrantadores de treguas, gentes sin honor. Fuera de mis reinos, fuera de España… hasta el aire que respiramos será más puro cuando nos privéis de vuestra inmunda presencia.

Regresa el abatido Hamet del campamento castellano, sumido en mil cavilaciones: ha logrado el objetivo, debería experimentar alivio y contento, pero, agotado, camina alicaído, torpe y lentamente. Al poco de dar los primeros pasos, el cadí empieza a escuchar cómo por el campamento se extienden los gritos cruzados de «Dios ayuda», celebrando la victoria de las armas de Castilla. Sobre la marcha se organiza una rápida acción de gracias y un *Te Deum laudamus*, cuyos ecos le alcanzan, aumentando su aprensión. Porque como buen príncipe cristiano, y siguiendo las enseñanzas de su padre, Alfonso pone buen cuidado en atribuir el mérito de sus éxitos a Dios.

El sendero que lleva de la villa al real castellano aparece flanqueado de horcas, de las que penden los cadáveres de los muyahidines

capturados con vida. No quiere mirarlos, para no llenar de temor a su alma, pero no puede evitarlo. Afortunadamente, no reconoce a ninguno de ellos… hasta que le vio a él. Su corazón dio entonces un vuelco y casi se le para la respiración cuando cree reconocer en una de las últimas horcas, las más próximas a los muros de Sherish, a su hermano Muhammad. Durante un momento el tiempo se detuvo, como por encantamiento, hasta que finalmente descarto toda duda.

Se paró enfrente de él, con los ojos muy abiertos de asombro y dolor, despertando las alarmas de los soldados que hacían guardia por los alrededores.

—¿Qué haces ahí parado, moro? Ya te estás moviendo si no quieres acompañarle… —le gritó el que parecía ser el de mayor mando.

Al principio, el obnubilado Hamet no se sintió interpelado por esas voces, que parecían no ir con él. Pero pronto aumentaron de tono, haciéndose más amenazantes e hirientes.

—¿Qué pasa, lo reconoces? ¿Has reconocido a tu amante? Moro puto, que sois todos unos putos y sodomitas. Acabamos de ahorcarlo… todavía debe estar calentito —le dijo otro, causando las risas de los demás.

Hamet comprendió en seguida que debía marcharse de allí de inmediato, pero parecía incapaz de moverse, porque las formas rotundas de su hermano le atraían poderosamente.

—Si quieres te lo bajamos, para que le puedas dar por el culo —dijo un tercero, que se acercaba peligrosamente por la espalda del cadí.

Con mucha lentitud, sin dejar de mirarlo, el cadí comenzó a alejarse del patíbulo, presa de un frio glacial. Ya iban a atraparlo, cuando Hamet aceleró el paso y se dirigió casi a la carrera hacia la Puerta de Rota, mientras lloraba en silencio la muerte de su hermano, que al fin había acabado expiando la arrogancia de toda su vida.

Tras penetrar en la villa, se sentó sobre una pila de escombros, para recuperar el aliento y rezar por su hermano. A modo de homenaje, musitó el hadiz preferido de Muhammad: «…se abrirán las puertas del Paraíso en la línea de combate y en la línea de la oración y cuando montéis vuestros caballos y os alineéis frente a vuestro enemigo, las huríes de negras pupilas se engalanarán con seda verde y se ceñirán el cinturón amarillo de perlas y mostrarán sus senos y su busto, y luego montarán uno de los caballos del Paraíso con las patas de jacinto y vendrán a ponerse detrás de vosotros y cuando soportéis, ellas soportarán con vosotros y cuando uno de vosotros sea derribado, ellas acudirán a enjugar su sangre y el polvo de su rostro y dirán: hoy concluye para vosotros el mundo y sus penas, estaréis junto al Señor, el Generoso, y beberéis vino sellado y escogeréis a vuestras esposas de entre las huríes de negras pupilas».

Después, sin decir palabra, se dirigió a la mezquita. Allí informó de

la última palabra del rey: conservarían sus cuerpos, pero nada de sus bienes, y deberían abandonar la medina. Concluido su encargó, se dirigió lentamente a su propia casa, pensando que al menos sus dudas se habían acabado: al final, la vida había decidido por él. Ahora todos deberían abandonar Sherish, su amada ciudad.

Tercera parte: Huida (1267-1269)

30. Sherish. 10 de octubre de 1267

Conforme se acercan al resplandor de la hoguera, Hamet repara en que el judío ha hecho bien su trabajo. Rodeando al fuego, las formas inciertas de los soldados se dibujan en la noche, sufriendo caprichosas contorsiones según el baile de las llamas. Dos de ellos se sientan en la tierra desnuda con la espalda apoyada en la pared de la barbacana, sin duda dormitan. Los otros cuatro apenas pueden sostenerse en cuclillas, apoyados torpemente en sus lanzas. En poco tiempo acabarán también durmiendo profundamente su borrachera. Varias horas han pasado cantando canciones procaces, comiendo y bebiendo, repantigados indolentemente a la luz de la hoguera.

Fuera del alcance de la luz, escondidos tras una pila de escombros, Hamet y sus hombres se disponen a esperar un rato más a que el vino generosamente repartido por Isaac y pagado por los Banu Quzman haga todo su efecto. Mientras espera, Hamet va repasando mentalmente todo su plan, en busca de algún cabo suelto que pueda hacerlo fracasar, ahondando aún más la ruina de su estirpe. En cuanto la guardia quede anulada, él y sus hombres descolgarán de la horca el cadáver de su hermano Muhammad y lo llevarán a enterrar al lugar donde se encuentran los restos mortales de sus antepasados, tal como era su deseo, en el cementerio ubicado a solo unos pasos de donde los cristianos han levantado los patíbulos, extramuros, en las proximidades de la Puerta de Rota. Una vez que esta última deuda familiar quede saldada, Hamet y los suyos partirán hacia el este para no regresar jamás a la ciudad que les vio nacer, Sherish Saduna, cumpliendo las condiciones impuestas por el rey Alfonso en la capitulación.

Uno de los hombres le indica con gestos que ha llegado el momento, pero Hamet le responde con la cabeza que no, que aún no es hora; deben esperar un poco más para evitar sorpresas. Al menos el periodo de la máxima frialdad y quietud con el que la noche se resiste a dar paso al día. Y ello a pesar del poco tiempo de que disponen para afrontar todo lo que les espera durante la larga jornada que se avecina. En su casa, las mujeres llevan horas afanadas, preparándolo todo para salir en cuanto salga el sol, pues antes de que el astro rey se

ponga de nuevo, todos los musulmanes de Jerez habrán de encontrarse lejos. No podrán llevarse con ellos apenas nada de sus pertenencias, sobre todo nada de valor: solo los enseres imprescindibles para empezar una nueva vida en sus diversos lugares de destino: aperos de labranza, las herramientas de sus oficios, ropa de abrigo, algo de comida, quien la tenga, pues tras los años de guerra y los meses de sitio, la mayoría de los jerezanos se ha acostumbrado a ayunar a la fuerza, y comen lo que pueden cuando pueden.

Nuevamente se sumerge Hamet en sus pensamientos, mientras intenta adivinar más que ver, en la penumbra, las formas antaño orgullosas de su hermano, aunque sabe bien que cuando la luz lo permita lo que contemplará será solo un despojo desmadejado. Pese a que pagó a dos zagales para que con sus piedras espantaran a las carroñeras desde los muros, los dos días que lleva el cadáver colgando de la horca han pasado su factura, como pudo él mismo comprobar hace solo unas horas. Los cuervos le han vaciado las cuencas de los ojos y su carne ha sufrido múltiples picotazos. Por eso, pese a sus protestas, prohibió que su madre acudiera al cadalso; bastante dolor ha sufrido ya, que solo de milagro el corazón de la vieja Ruqaya no le ha estallado en el pecho, ante la sucesión de desgracias que han sufrido los andalusíes en los últimos años, desde que los cristianos aplastaron al ejército del califa en los puertos de Sierra Morena, cuando ella era aún una joven virgen, a punto del matrimonio. Toda la vida ha asistido, callada, a las tribulaciones de la familia, con paciencia, incluso con alegría, confiando en Dios y en que sus hombres tomarían el camino correcto, que la protegerían a ella y a sus hijos de las preocupaciones y de la destrucción Y, al final, se materializaron los peores temores de su marido Ismail. De tanto esperar el momento de emigrar, se han cerrado todas las vías de escape, y ahora deberán abandonar la ciudad de sus antepasados como refugiados menesterosos, en busca de la caridad ajena.

Cuando por fin puede distinguir con seguridad cuál de los monigotes colgantes corresponde con los restos de su hermano, se da cuenta Hamet una vez más de cuánto lamenta haber tenido razón. Extraña paradoja: el cadí siempre albergó la convicción de que los rebeldes luchaban por una causa perdida que solo iba a traer más sufrimiento a los musulmanes. Pero ojalá se hubiera equivocado. En ese caso, las cruces sustituirían a las horcas y los cuerpos agonizantes de los cristianos a los de los musulmanes. Y hubieran recuperado Sevilla y Córdoba, como un simple paso previo a la reconquista de todo Al Ándalus. Sueños, viejos sueños de todos los andalusíes.

Por el este las sombras empiezan a clarear y Hamet ve llegado el momento de actuar con toda rapidez y tan en silencio como la propia noche. Ordena por gestos a sus hombres que le sigan y juntos se

arrastran hasta el pie del cadalso. Allí, con cuidado, liberan el nudo que agarrota el cuello de Muhammad para descolgar el cadáver. Las sogas se han hundido profundamente en su carne y la sangre seca las tiñe de rojo y las endurece. En menos de cinco minutos llegan al cementerio, donde la tumba y las macabrillas están preparadas. No resultaba preciso lavarlo ni rezar por él, pues el guerrero muerto en combate se halla ya purificado y a salvo por el martirio, así que se limitaron a envolver el cuerpo en un tosco sudario y a colocarlo sobre la fría tierra con sus propias ropas, tendido sobre el costado derecho, con la cabeza vuelta hacia La Meca. Después lo cubren con arena y piedras, y colocan las macabrillas a la cabeza y a los pies del difunto. Como manda la tradición, el sepulcro queda sin enfoscar para que la lluvia pueda correr sobre las piedras. Cumplido el ritual, los presentes se desperdigan en diversas direcciones, cada uno de ellos en busca de su propio infierno.

El sol ya ha emergido completamente cuando el primero de los soldados cristianos despierta. Alarmado, repara en que todos se han dormido durante la guardia y que si el suboficial los encuentra así pagarán caro el descuido. A patadas, despierta a los otros que, poco a poco, entre protestas e insultos, regresan al reino de los vivos.

—No seas perro judío, Diego, déjame dormir un poco más, que no ocurrirá nada que Dios no quiera… Vigila a ver si viene el hijo de puta del sargento y, cuando esté por llegar, me avisas.

—Más vale que te levantes deprisa y mires al cadalso… ¡falta un moro, cabrón, falta un cadáver! —Cuando los somnolientos soldados empiezan a atar cabos y a comprender las implicaciones de las palabras de Diego, se levantan al unísono, con un respingo, como si un resorte oculto les hubiera propulsado fuera de las pieles con las que se protegían del frío amanecer.

—¿Cómo que falta un moro? —dijo Nuño, el responsable de la guardia—. No me jodas Diego y dime qué ha pasado. ¿Se trata de otra de tus bromitas? Mira que con estas cosas no se juega. ¿Qué has hecho con el cuerpo?

—Ni es una broma ni sé qué ha sido del cuerpo. Cuando me he despertado ya no estaba allí. Y él solo no se ha podido bajar del paredón. Alguien ha tenido que hacerlo. Seguramente algún amigo o familiar.

Los soldados, desconcertados, se miran unos a otros sin saber qué hacer, conocedores de lo que les espera si esto llega a saberse. Entre maldiciones y juramentos, registran los alrededores por si encuentran algún rastro del cuerpo o de las personas que se lo han llevado.

—¡Cago en mil rameras! Estamos bien jodidos… Cuando venga el sargento nos va a partir el culo… La culpa es tuya, Diego, tú debías haber permanecido despierto.

—¿Por qué mía, cabrón arrogante? Tú eras el responsable de la guardia, así que tuyo será el culo que primero habrán de partir, hideputa…

Nuño saltó como un poseso y le lanzó a Diego un puño que, de encontrar su objetivo, hubiera causado daños mayores. Pero Diego logró dar torpemente un paso atrás y evitar la brutal acometida. Ambos quedaron abrazados, rodando por tierra, tratando de herirse, de morderse, hasta que los otros soldados lograron separarlos.

—¡Está bien, está bien! Dejadme ya… Calma. Pensemos. —Nuño se puso las manos detrás de la nuca e inspiró profundamente—. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a buscar un cadáver por los alrededores y lo colgamos en el lugar del cuerpo desaparecido. Debe ser de un porte semejante. ¿Alguno se acuerda de quién o al menos cómo era el que falta?

—No sé quién sería —dijo otro de los soldados—. Pero era alto, fuerte, más viejo que mozo, y tenía barba.

—Pues ya sabéis lo que tenéis que buscar. ¡Rápido! Cada uno por una zona. Dentro de un rato todos aquí de nuevo.

Los soldados se desperdigaron, en diversas direcciones, en busca de su objetivo. El sol que empezaba a calentar dispersaba lentamente la niebla, así que la exploración se hacía más fácil. Pero después de un tiempo que se les hizo eterno, todos volvieron de vacío al punto de encuentro.

—¡Voto a Dios, ni uno solo de estos puercos ha escapado de la pira! Bien se han aplicado las soldaderas y los parásitos que siguen a las mesnadas en desvalijar cadáveres, que no han dejado ni los despojos.

—Deja de renegar tan insensatamente, Diego. No sumes la blasfemia a los tuertos de los que ya habrás de responder. —Nuño miró al cadalso, malencarado, y se quedó un rato pensado—. Esto es lo que vamos a hacer…

En el orificio de una cueva excavada por la acción de las aguas al pie de la peña donde se asienta la villa de Jerez, los soldados habían construido una tosca empalizada de troncos, de alturas irregulares, suficiente para encerrar en el húmedo habitáculo a los pocos prisioneros que habían hecho en esta campaña. Como venía siendo habitual en esta guerra despiadada, cuando las mesnadas de Castilla llegaron a los alrededores de Sherish y constataron el trato que los moros habían dado a los cristianos, no hubo manera de frenar las ansias de revancha. Con merma para el patrimonio de todos, los oficiales no pudieron poner coto a las crueldades que las tropas daban a los rebeldes que se rendían, de manera que escasos cautivos lograron salvar la vida. A los moribundos e incluso a los que lucían heridas de poca gravedad, se les dio muerte e incluso tormento sobre el terreno. A los que presentaban heridas leves y por sus pintas auguraban un

posible rescate se les perdonó la vida y se les encerró en la sucia covacha frente a cuya entrada Nuño y sus hombres discutían con el guardián. Pero, desde que fueron capturados, a los prisioneros no se les ha dado ni comida ni agua, así que muchos han muerto ya y a los pocos que sobreviven les quedan pocas horas sobre la tierra.

—No insistas, Martín. He dicho que diez maravedíes. No tenemos más. Y aunque los tuviéramos, ninguno de estos piojosos vale lo que quieres. ¡Valga el diablo! Te pedimos una pequeña merced. ¡¿No concederás esa gracia a tus viejos compañeros de armas?! Hoy por ti, mañana por mí.

Martín, el responsable de la custodia de los cristianos, seguía negándose al acuerdo que le proponían. Diez maravedíes a cambio de sacar a uno de los prisioneros de la caverna, con una finalidad que no querían aclararle. En realidad, se niega porque quiere fastidiar a ese arrogante de Nuño: un palentino con muchas ínfulas de cristiano viejo, pero que apesta a judío a la legua. Pero diez maravedíes es una buena suma y a cambio de algo fácil. Nadie ha contado a los prisioneros, ni sabe cuál es su estado. En realidad, no se sabe por qué los guardan, cuando resulta evidente que acabarán todos muertos en pocos días. Así que lo que le ofrecen es un buen trato. Después de hacerse un poco de rogar y de disfrutar un rato viendo cómo el palentino se humillaba, nervioso, porque el tiempo corría y parecía tener mucha prisa, accedió por fin.

—De acuerdo. ¡A ver las monedas! No me fío de ti, que tienes pinta de no gustarte el tocino. Seguro que nunca has tenido prepucio.

Nuño tuvo que tragarse el insulto. Ya se las haría pagar a este puto de Martín, cuando llegara la ocasión propicia. Una vez contadas, recontadas y mordidas las monedas, todavía siguió el carcelero con sus exigencias.

—Pero lo matáis aquí, en mi presencia. No quiero que alguien pueda decir que he dejado escapar a un moro vivo, malditos sean.

Cuando apartó un poco la empalizada, Nuño y sus hombres entraron deprisa, tratando de eludir el hedor caliente que reinaba en aquel antro, y antes de dos avemarías salieron con un prisionero, de un continente y estampa parecidos a los del cadáver evaporado.

—Este mismo puede valer. ¿Sabes quién es? ¿Vale algo? —preguntó Nuño al centinela.

—Ni puta idea. Valer no debe valer nada, como ninguno de estos puercos. Si pudiera pedirse rescate por él ya lo hubiéramos sabido. Si lo queréis, llevároslo, pero si lo que buscáis es yogar con él, tendrá que ser después de muerto. Así que, venga, a matarlo ya mismo delante de mis ojos. —Martín tuvo que tragarse el nuevo insulto, y haciendo un esfuerzo para no despojar la boca sucia del centinela de todos sus dientes, descargó su ira en el prisionero, al que agarró por el

cuello con sus manazas y empezó a agarrotar.

Tras un breve pataleo, el debilitado prisionero entregó su alma, y el centinela, una vez que lo hubo sacudido varias veces, quedó conforme con que estaba muerto.

Nuño y los suyos cargaron con el cadáver y asegurándose de que nadie de los alrededores se percataba de lo que hacían, lo colgaron en el lugar donde hasta hacía escasamente una hora pendía el cuerpo de Mohammed ibn Ismail, de los Banu Quzman, mártir de Dios y soldado del yihad.

En la casa cunde el caos; gritos, golpes, tropiezos, barullo… El tumulto se escucha desde la esquina de la calle sin salida donde se encuentra la entrada principal, escapa por patios y ventanas, y se confunde en el aire del amanecer con otras trifulcas similares que se suceden por toda la ciudad. Con los hijos varones de Hamet fuera de Jerez, la casa quedó casi exclusivamente poblada de mujeres. Quiera Dios, piensa el cadí, que los dos hayan podido cumplir las encomiendas precisas de su padre, arriesgadas, pero necesarias para la supervivencia de los Banu Quzman. Desde hace meses no saben nada de ellos: el primogénito, Muhammad, debería esperarles en Ronda, con la parte principal de la fortuna monetaria que han conseguido escamotear, apenas unas cuantas doblas, pocas, pero suficientes para empezar una nueva vida en la villa del Tajo, en Ceuta, en Túnez o donde quiera que Dios los coloque. Con ellas deberá alquilar una casa acorde al rango de un cadí y dotarla de lo imprescindible para que puedan empezar a ganarse la vida los hombres de la familia. Dura será la competencia, pues sabe bien que son muchos los emigrados y no cabe esperar una acogida favorable por parte de los juristas y maestros de la ley del lugar donde se afinquen. Así que muy probablemente habrán de empezar a ganarse el sustento dando clases de árabe, en la enseñanza primaria, mal pagada, o suplicar para que les dejen colaborar en las mezquitas, en los estudios coránicos. Pero espera que pronto su fama le abra las puertas necesarias.

Tampoco ha sabido nada de su otro hijo varón vivo, Ali. ¿Habrá sobrevivido a las acechanzas de los tiempos? Hamet no puede parar el runrún del interior de su cabeza, de formularse una y otra vez las mismas preguntas, de barajar las cientos, miles de posibilidades. Si todo ha ido bien, Ali habrá escondido en las espesuras donde empiezan a empinarse las sierras, en la zona del nacimiento del Guadalete, pequeños tesorillos que habrán de servirles para comprar algunas caballerías, siquiera viejas y de poco valor, para hacerles más llevadero el exilio. Espera encontrarse con él en Zahara, para hacer juntos la última parte del trayecto que los llevará a Ronda.

Acometido por funestos presagios que no podía confesarse ni a sí mismo, alentados por el bullicio de la casa, Hamet se resiste a entrar.

Como un corredor exhausto, apoya una mano en la jamba del portón de la entrada y se reclina hacia delante. Cierra los ojos e invoca al Todopoderoso: «Dame fuerzas, Clemente, para no desfallecer, para guiar a los míos con mano firme por dónde Tú quieras llevarnos. Tú eres el que sabes y yo solo obedezco. Solo tú conoces mi cansancio y mi desesperanza…». Le falta el aire y trata de serenarse. Escucha el parloteo incesante de su mujer, Zuhara, dirigido a sus hijas, a su nuera y a las criadas de la casa, las dos únicas que han quedado, pues no pueden alimentar a nadie más ni, por descontado, pagarles nada. Pero estas dos, madre e hija, antiguas esclavas africanas, han crecido con ellos, son en realidad parte de la familia y no tienen dónde ir. Su propia madre, Ruqaya, no aceptaría salir de Sherish sin ellas. Así que suponen una carga más: ocho mujeres y un solo hombre: ¿cómo podrá defenderlas y alimentarlas en el largo camino que les espera? Dios, que convierte lo imposible en posible, no ha querido sin embargo concederles más hijos varones, Él sabrá por qué. Quizás, en su infinita sabiduría, ha querido evitarle el tremendo dolor de padre de verlos perecer, jóvenes, en la flor de la vida, bajo las espadas de los cristianos. Como le ha ocurrido a Ismail, su pequeño. Un puñal de hielo traspasa su corazón cada vez que piensa en él. Ha caído como un mártir y se encuentra sin duda en el paraíso, pero le echa tanto de menos. Menos mal que todavía tiene a Muhammad y a Ali. Muhammad, tan serio y aplicado, el llamado a perpetuar la saga inmemorial de juristas de su linaje, aunque le falte el talento de sus antepasados. Seguramente que en Ronda habrá cumplido sus instrucciones con la eficacia y minuciosidad que le caracterizan. Pero hace semanas que no sabe de él. Acaso su cadáver alimenta a los perros en los caminos o a los gusanos debajo de la tierra. Y Ali, el más dotado de todos sus hijos varones… pese a que también ha recibido una buena formación jurídica en las mejores escuelas y ha obedecido siempre a su padre, en realidad este también quiere ser guerrero, como su tío y su hermano pequeño… ¿Habrá llegado a Zahara sano y salvo? ¡Qué buen hijo! ¡Cómo lucha contra su inclinación natural para complacer a su padre! Cuando Ismail se fue a Qadish con su tío Mohammed, Hamet se sumió en la pena negra y necesitó los cuidados de un físico; no quiere volver a pasar por lo mismo. No quiere dar más hijos al yihad. Con el tiempo, su desesperanza se ha ido atenuando, pero el cadí vive con la inquietud permanente de que la vorágine de los tiempos acabe alentando la verdadera vocación de Ali, la de soldado, hasta que la llamada resulte demasiado fuerte, irresistible.

En su delirio senil, su madre, Ruqaya, piensa que van a regresar pronto, que todo esto no es más que un trastorno pasajero. ¿Cómo no van a volver a la tierra donde reposan los restos de sus padres? En vano ha tratado Hamet de explicarle lo delicado e irreversible de la

situación, que se van para no volver, que habrán de empezar una nueva vida en otro lugar. Sin embargo, la vieja parece no comprender y, en sus momentos de lucidez, niega la realidad repitiendo un viejo proverbio: «Doy descanso a mi alma con algunas mentiras, puesto que cargarla en exceso con verdades puede fatigarla». Cuando dice esto, Hamet la mira con ternura y le acaricia la mejilla, preguntándose si al cabo no es ella la más sabia de todos; no ha reunido el valor suficiente para confesarle a su madre que muy probablemente tendrán que cruzar el mar para irse al África, si la situación en Andalucía se hace insostenible para ellos.

Desde la entrada de la casa, Hamet sigue escuchando el bullicio del interior. De vez en cuando, alguna de sus hijas prorrumpe en gritos y sollozos, afirmando que no puede partir sin tal o cual vestido. Desde algún lugar más lejano, se oye otra voz que pregunta cómo llevarán las babuchas y los escarpines. ¡Insensatas! Todavía no han comprendido lo que les aguarda. Parecería que se van de excursión. Cuánto echa de menos a Alima, la única de sus hijas que recibió de Dios algo de seso; aunque demasiado, que eso ha sido su maldición y su premio, la causa de su desgracia y de su dicha. Tampoco de Iznájar se han recibido noticias desde hace meses. ¡Maldita guerra!

Hamet no puede todavía enfrentarse a ellas. Sin que nadie se aperciba, entra en su despacho, el lugar donde en tiempos mejores recibía a sus alumnos, a sus amigos y clientes, justo a la entrada de la casa, y que hace también de salón principal en las grandes ocasiones, pese a estar austeramente amueblado. Apenas unos cojines alrededor de la enorme chimenea que calienta la amplia habitación, y otros muchos sobre los bancos de mampostería labrados en la base de las paredes. Y por todas partes, en estanterías, tinajas o alfombrando el suelo, libros y pergaminos de todas las disciplinas: sobre el *hadiz*, el derecho, lengua árabe, literatura, historia, teología, ciencias racionales y también de las demás artes. Sucesivas generaciones de Banu Quzman habían atesorado más de tres mil volúmenes, que ahora yacían dispersos en un desorden impropio de él, pero hijo de estos días aciagos. Porque Hamet lleva semanas tratando de decidir qué obras debe llevarse con ellos al exilio y no encuentra respuestas. Por eso aparecen hoy todos esos queridos amigos desperdigados por la estancia donde el cadí pasa sus días y muchas de sus noches, en busca de verdad. Como un Pantocrátor, mira desde la altura los libros y pergaminos, sobrevuela sus contornos, sus colores. No le hace falta leer etiquetas o portadas. Sabe cuál es cada uno de ellos, y no solo eso, también cuándo lo adquirió, cuál fue su precio, durante cuánto tiempo estuvo buscándolo, deseándolo, hasta que finalmente se hizo con él. Por el mero tacto, sabe distinguir los que él mismo compró de los que heredó de su padre y de sus abuelos, de los muchos juristas y jueces

que han labrado el camino de esta familia a través de los tiempos con su seso y su verbo, tratando de llevar la paz a los hombres y de encontrar respuestas a las preguntas de la vida. Y siente como un desgarro en su corazón cuando, una vez más, se da cuenta de que solo podrá llevarse unos cuantos, ni siquiera dos o tres de cada cien. Libros, sin duda, debe llevarse, aunque falte todo lo demás, pues son la herencia de sus antepasados y, sobre todo, la herramienta esencial, la única de la que dispone para ganarse la vida. Pero ¿cómo hará para portarlos, sin poder recurrir a carros ni caballerías? ¿Cuáles son los principales? Escoger entre ellos es como pedirle que elija cuál de sus hijos debe vivir y cuál morir…

Expurga algunos de ellos y evoca. Encuentra el *Libro de las leyes de los moros*, que ayudaron a redactar varios de sus antepasados, en particular el abuelo de su abuelo Ali, que se llamaba Yafar, directamente en romance. Ese tratado, sin duda, debe ir con ellos, como sea, pues forma parte del pasado más honorable de la familia. ¡Cuántas veces le oyó relatar a su abuelo Ali muchas de las vicisitudes de su gestación, a las que él mismo asistió de niño: en alguna de las escasas treguas pactadas por los reyes cristianos y los andalusíes, llegó a Jerez una delegación del rey de Castilla, solicitando la colaboración del afamado Yafar ibn Quzman para redactar una compilación de normas que habría de ser usada por los mudéjares de ese reino, muchos de los cuales, sobre todo los que residían más al norte, en la Castilla Antigua, habían acabado perdiendo el uso del árabe en favor del romance. La lengua sagrada ya solo la hablaban los pocos letrados que quedaban a la cabeza de las aljamas, y estos pidieron al rey Alfonso VII, al que llamaban el Emperador, que les proporcionase un texto legal con el que solucionar los pleitos que se les planteaban, y que debían fallar de acuerdo con sus propias leyes, y no con las de Castilla, como constaba en los acuerdos de capitulación y en los fueros de las ciudades. Con esas directrices, se redactó, bajo la experta dirección de los Banu Quzman, el *Libro de las leyes de los moros*, que desde entonces sirve para la finalidad con que fue creado.

Con el corazón traspasado por el dolor y la añoranza mira la chimenea, las viejas y queridas piedras negruzcas que han asistido a tantas alegrías y tristezas familiares, a tantas conversaciones… y como tantas otras veces, al verlas rememora conversaciones y sucesos… las noches enteras que pasó con su hermano discutiendo, y no solo con palabras, que también algunos golpes se cruzaron. Mohammed defendiendo la necesidad de alzarse en armas contra los cristianos, de echarlos de sus tierras y devolverle a Al Ándalus el esplendor que nunca debió perder. A su juicio, las derrotas que se venían sucediendo desde Las Navas de Tolosa no suponían más que un accidente pasajero, un error fruto de los pecados y las desavenencias de los

musulmanes. No debían considerarse como una manifestación del verdadero poder de los nazarenos, bárbaros incivilizados e idólatras, perros solo buenos para servir como esclavos a los creyentes. Hamet, por su parte, daba por seguro que los castellanos habían llegado al valle del Guadalquivir para quedarse y que ninguna fuerza humana podría apartarlos de su presa una vez que habían prendido bocado. Porque ellos luchaban por un territorio que consideraban suyo por legítimo derecho, y lo hacían con valor y determinación. No eran, en modo alguno, esos salvajes que Muhammad, como la mayoría de los andalusíes, contemplaba con superioridad y desprecio. Si acababan imponiéndose, como Hamet se temía ya entonces que ocurriría, solo cabía quedarse en Al Ándalus y convivir con ellos de la mejor manera posible, como llevaban haciendo desde hacía siglos los musulmanes de Burgos, Ávila o Toledo, eso o emigrar a tierras del islam.

Pero el solo hecho de vivir bajo el mandato de un soberano cristiano le resultaba a Muhammad intolerable, incomprensible, algo antinatural. Pensaba, como la mayoría de sus paisanos, que el orden natural de las cosas ordenaba lo contrario: un mundo regido por los creyentes, donde cristianos y judíos podían vivir en régimen de sumisión, como gentes viles, a cambio del pago de elevados impuestos. Así había ocurrido siempre y así debía ser, como Dios mandaba, pues Él quiere que los musulmanes gobiernen el mundo y lleven su mensaje a todo el planeta. Por eso, la rebelión no solo resultaba necesaria, sino inevitable, pues el Todopoderoso no permitiría que en la tierra más hermosa volvieran a tañer las campanas. En vano trató de explicarle cientos de veces Hamet a su hermano que las cosas no resultaban tan sencillas, que los castellanos no eran tan primitivos e inútiles como él creía, sino un pueblo poderoso, de su misma sangre. Muchas veces había intentado Hamet que su hermano hiciera el esfuerzo de observación fría del enemigo y midiera sin pasiones sus fuerzas y el hecho innegable de ser un pueblo comandado por monarcas inteligentes y voluntariosos, que habían jurado ante su cruz reconquistar un suelo que consideraban suyo, por lo que no pararían hasta lograrlo. Cada nación tiene sus méritos y Hamet sabía que los castellanos sobresalían en la guerra. ¿Cómo si no un país pobre, frío y despoblado pudo destruir el califato omeya, sobrevivir a Almanzor, derrotar a almorávides y almohades? Solo un poderoso ejército de musulmanes unidos, de España y el Magreb, podría hacer frente con éxito a esa marea. Una y otra vez, esa alianza se había intentado y había fracasado ante la preponderancia de las armas castellanas. Por eso, vencidos los ejércitos del islam, una revuelta desorganizada no podía acabar más que en desastre, como el tiempo vendría a demostrar.

La escandalosa algarabía que en ese mismo momento se producía en

las habitaciones contiguas sacó a Hamet de su ensoñación y le trajo al inaplazable presente. Colérico, se dirigió a donde sus hijas y su mujer discutían a gritos sobre lo que podía llevarse cada una y zanjó las disputas dando bofetadas a diestro y siniestro:

—Cuándo vais a comprender, insensatas, que solo podemos llevarnos lo indispensable para sobrevivir. ¡Dios maldiga a las mujeres y a quienes las obedecen, que son todavía peores que ellas! Nada de brocados, terciopelos ni afeites; tampoco la plata ni la cerámica. —Arrancó con brusquedad una bella jarra miniada de las manos de su esposa Zuhara y la estampó contra la pared.

—He dicho que solo lo imprescindible para sobrevivir, lo que podamos cargar sobre nuestras espaldas, que no podemos llevarnos carros ni caballerías. Seremos registrados a la salida por las puertas de la ciudad y si los comedores de cerdo nos encuentran una sola moneda encima terminaremos todos colgados del patíbulo, como Muhammad. ¿Lo habéis entendido ya, burras ignorantes, o debo seguir dando bofetadas? ¿Es preciso que use el vergajo?.

Acompasó las últimas palabras con el amago de un golpe dirigido a su hija Yamila, su pequeña, que no tuvo el valor de descargar. Siempre fue un padre blando, sobre todo con sus hijas, y ahora pagaba las consecuencias. Todas, salvo Alima, han acabado malcriadas y se creen princesas. Las ha tratado con infinita blandura, incumpliendo las enseñanzas de su padre Ismail, que dolorido ante el espectáculo que ofrecían sus díscolas nietas con sus interminables querellas, cuando perdía la paciencia, llamaba aparte a su hijo y le decía: «No olvides, Hamet, que las mujeres son la honra de una familia. Enmiéndalas. Enderézalas. Haz uso del vergajo, déjalas sin comer y verás cómo se ablandan. Porque como sigan así, al final teñirán de vergüenza nuestro nombre. Quien escatima la vara del castigo, odia a su hijo y le hace daño». Hasta la propia Zuhara, la madre, se mostraba impotente y le decía con frecuencia: «Yo no puedo con ellas, mi señor esposo. Cada vez que las castigo, vienen a llorarte y tú las perdonas. ¿Qué puedo hacer? Si tú no me ayudas, ellas se harán las dueñas de la casa. Lo son ya». Su pobre Zuhara, no tan blanda como él sino todo lo contrario, tampoco puede con sus hijas. Se casó con ella por decisión de su padre, como debe ser. Pero desde entonces dio muchas veces gracias a Dios, pues quedó inmediatamente prendado por su belleza y por la fuerza de su carácter, tan diferente al suyo. Si había buena mujer en el mundo, ella lo era. Aún recuerda, como si fuera hoy mismo, el estremecimiento que sintió cuando la vio desvelada y contempló por primera vez la luz de su rostro desnudo y su enorme mata de pelo color de miel, poco antes de que descubriera sus otros tesoros ocultos.

Desde entonces han compartido placeres y emociones, han sido

felices mientras los hijos fueron pequeños… pero después, cuando crecieron, llegaron los problemas de la vida práctica, las responsabilidades, los contrastes de las diferencias, y entonces quedaron de manifiesto las limitaciones de sus respectivos caracteres. Su abuelo Ali tuvo consigo a la implacable Aixa y la familia prosperó como una sociedad perfecta, en la que quedaban adecuadamente compensados los defectos y las virtudes de los cónyuges. Pero Zuhara y él no han sabido conducir a su prole por el camino recto. Las niñas han vivido entre algodones y no se muestran preparadas para las vicisitudes normales de la vida, ni mucho menos para lo que se les avecina ahora que deben abandonar la ciudad de su infancia. Necesitaría tener a sus hijos a su lado, pero Dios no lo ha querido así. Muhammad, obediente y sumiso, pero corto de entendederas. Ismail, el menor, el más indisciplinado, pagó su rebeldía con la muerte. Si le hubiera hecho caso, todavía estaría vivo. Ali, su mayor esperanza, cumple un encargo tan arriesgado que no sabe si seguirá vivo y a salvo, en Zahara. Se encuentra solo, solo frente a todo, y no sabe si le alcanzarán las fuerzas, si podrá llevar a ocho mujeres a salvo por los caminos, si podrá alimentarlas, protegerlas. Su interior combate contra el propio miedo y la soledad que siente ante sus deberes.

Rápidamente Hamet suelta la fusta y se vuelve camino del salón de la chimenea, a seguir escogiendo los pocos libros que habría de llevarse, solo los que fuera capaz de cargar con la fuerza de su espalda, y debe apresurarse para que las mujeres de su casa no vean llorar a quien ahora debe ser, más que nunca, el sostén de la familia.

Mientras estaba aplicado en la penosísima tarea de selección, una vez más se acordó de su abuelo Ali y sonrió porque, esta vez estaba seguro, sabría lo que habría dicho su abuelo, con su sorna característica, en las mismas circunstancias: «Bueno hijo, así al menos estarás seguro de que no sufrirás la misma muerte que el polígrafo árabe Al-Châhiz —Dios le haya perdonado—, de quien se dice que murió aplastado por el peso de una estantería de libros que se echó encima, tratando de alcanzar un volumen de los anaqueles más altos».

31. Camino de Ronda. Octubre de 1267

Las primeras luces del día iluminaron la imagen del dolor. Por la puerta del alcázar salían los musulmanes, camino de su común destino de fatigas y dolores. Mujeres y hombres lloraban, clamando al Altísimo. Abandonaban las tierras de sus nacimientos, chicos y grandes, viejos y niños, todos a pie, doblados bajo el peso de sus cargas, pensando: «¿Quién pronunciará a partir de hoy Su Nombre en la espléndida Sherish, orgullo de Al Ándalus? Sus veintitrés mezquitas,

a cual más espléndida, serán derruidas o, lo que es peor, convertidas en templos politeístas». Partían sin nada de valor, casi desnudos, como vinieron al mundo, cargados con sus penas y la incertidumbre de saber que a partir de ahora habrían de buscar su vida en reinos extraños.

Sherish amaneció inmersa en el silencio, bañada por la misma luz transparente de todos los otoños, con un cielo luminoso indiferente a la tragedia y al hecho de que ya nada volvería a ser igual. Por primera vez, desde hacía cientos de años, no se escuchaba el canto del muecín llamando a la oración y con ello la ciudad mutó para siempre.

Esa misma mañana tomó posesión de la villa su primer alcaide, Garci Pérez de Vargas, hermano del famoso Diego Pérez de Vargas que a las afueras de esta misma ciudad se ganó el apodo de Machuca. Su primera orden fue la de consagrar la mezquita mayor como iglesia, bajo la invocación de san Salvador. El arzobispo de Sevilla, el obispo de Cádiz y otros muchos religiosos purificaron el templo y celebraron la misa y los oficios divinos. En la hermosa torre octogonal del alcázar se hizo ondear el pendón que el rey acababa de conceder a la ciudad: un estandarte de ondas de azur y plata, orlado de carmesí con castillos y leones alternos. Después el alcaide se aplicó a reparar las murallas y las puertas de la medina, y las defensas del castillo, al que guarneció con vituallas, armas e ingenios bélicos.

Los pocos judíos de la villa se quedaron, en su mayoría, aunque no se atrevían a salir de su judería, cuya puerta no se había abierto aquella mañana. No sabían muy bien lo que podía pasarles, y temían la ira tanto de cristianos como de musulmanes. Pueblo antiguo y sabio, había aprendido duramente que las mudanzas suelen conllevar para ellos siempre pérdidas y sangre.

Varias horas tardó Sherish en vaciarse de creyentes. Más que caminar, se arrastraban, por su extrema debilidad, fruto de las hambres recientes. La penosa comitiva de desnaturados desciende la suave pendiente que los deja en la orilla del Wadi al-tin, después de atravesar campos llenos de tocones de viñedos y olivos, testigos mudos de las cabalgadas que ha sufrido la zona en los últimos años. Los más insensatos o avariciosos apenas pueden dar un paso, aplastados bajo el peso de los serones camineros que llevan a sus espaldas. Otros ni siquiera han podido traspasar las puertas de la villa, pues los cristianos les han encontrado cosas vedadas escondidas en sus aljubas y enseres, y todo lo han perdido, incluso algunos la vida, pues han acabado colgados en los adarves de la barbacana, para ejemplo y escarmiento.

Los alrededores de Sherish, antaño un vergel saturado de distintos tonos verdes, se habían convertido en un desolado desierto. Para no aumentar su pesar, Hamet trataba de no mirar el paisaje arrasado de

lo que un día fue uno de los lugares más bellos del mundo y en el que, pese a todo, la tierra continuaba exhalando su inigualable fragancia. En la ribera norte del río, a legua y media de la ciudad, por fin algunas higueras umbrosas que han escapado de la tala les acogen, y allí hacen una primera parada, muy breve, pues los caballeros cristianos les apremian a que desaparezcan de la vista de los muros de Jerez antes de que el sol esté alto. Quien a la caída de la tarde esté a menos de cuatro leguas de Sherish será cautivado y vendido en almoneda.

Así que los desterrados sacan fuerzas de flaqueza y tratan de poner tierra por medio. La mayoría se dirige a las alturas de la sierra, siguiendo el curso del Guadalete, camino del este, hacia los territorios que todavía pertenecen, quién sabe por cuánto tiempo, al sultán de la Alhambra. Doblados bajo pesos enormes, muchos van cayendo exhaustos, y deben renunciar, con lágrimas en los ojos y vacío en el corazón, a los bártulos más pesados y a la memoria de los antepasados, ante el regocijo de los bandidos, cristianos y bereberes, que salen de sus escondrijos cada vez con menor disimulo, para hacer cosecha con la desesperación de los jerezanos.

Conforme transcurre el día, la desdichada caravana se alarga y se dispersa definitivamente. Los jerezanos se ven sometidos a trabajos y fortunas dispares: unos caen, otros se levantan, algunos mueren, muchos enferman de cansancio y dolor. También sus destinos divergen: hay quien opta por dirigirse directamente al sur, hacia el Estrecho, por la peligrosa ruta que abandonando el valle del Guadalete cruza las boscosas serranías por trochas apenas transitables. Por esos parajes desolados suponen una presa fácil para los salteadores de caminos, pero en su desesperación buscan llegar al África lo antes posible y por ello acabarán seguramente muertos o cautivos: sus bienes adornarán las tiendas de los camelleros y sus mujeres parirán hijos de otros.

Durante algunas horas, caballeros cristianos los escoltan. Muchos tuvieron dolor de ellos, e incluso algunos los convidaban al bautismo. Unos pocos accedieron para poner fin al tormento, y se convirtieron sobre la marcha, tornando a Jerez a quedarse en sus casas. Los alfaquíes y hombres de la ley los maldecían, mientras alentaban a los otros entonando juntos suras del Corán. El mismo Hamet gritó, con todo el aliento que le quedaba en el cuerpo:

—El Profeta, ¡Dios le bendiga y le salve!, dijo: «Conténtate con las provisiones que te permitan llegar al término de tu viaje».

Otros ulemas le replicaban con fuerza semejante, sin parar, una y otra vez:

—¡Dios es quien otorga el éxito y marca el camino! Su trono cubre los cielos y la tierra y no tiene dificultad en conservarlos, pues es el

Altísimo, el Todopoderoso, el Sabio, el Omnisciente, el Señor, el Fuerte, el que todo lo oye y lo ve, el Supremo Ser que permanece sentado en su glorioso trono por propia virtud, que está en todas partes gracias a su ciencia, que creó al hombre, que sabe… —hasta que caían desmayados, sin aliento.

Entonces, desde otro lugar de la caravana alguien retomaba la salmodia:

—Él se sienta sobre su trono y domina todo su reino. Dispone de los más bellos nombres y de los más altos atributos…

Pero pese a sus esfuerzos por transmitir aliento a los suyos, Hamet sentía un dolor inmenso en el corazón. Se alejaba de la tierra donde había nacido, se había formado y había prosperado su familia durante generaciones. Cuando pensaba que posiblemente fuera él el último cadí jerezano de los Banu Quzman, una mano de hierro le aferraba la garganta y le cortaba la respiración.

Cuando los caballeros cristianos de la escolta se retiraron, los jerezanos quedaron abandonados a su suerte, presa fácil para bandoleros y fieras. Los gritos de desesperación y los lloros aumentaron. En la caravana estuvo a punto de cundir el pánico pero Hamet, con sus mañas de líder conductor de hombres, llamó a todos a la Oración del Miedo, la prescrita cuando se teme ser atacados por enemigos en medio del camino. Como imam, Hamet se adelantó con un grupo de creyentes y comenzaron las plegarias. Después, se trasladó a otro lado de la recua, para hacer lo mismo con otro grupo. Así, poco a poco, la calma retornó a los espíritus debilitados, aunque no por eso mermaran las exigencias físicas del viaje.

Los Banu Quzman se arrastran, como los otros, bajo el peso de sus fardos, recorriendo un camino que no hace mucho partía como una herida un inmenso mar de grano que ahora aparece flanqueado por ruinas humeantes. Hamet observa con aprensión cómo poco a poco la caravana va alargándose, tan dispares son las fuerzas y la carga de cada uno de los peregrinos. En vano trata el cadí, junto con otros hombres buenos, que los emigrados permanezcan juntos: ha cundido el pánico. Apremiados por el severo castigo prometido, la pérdida de la libertad, cada uno lucha por lo suyo, y la comitiva se extiende y se dispersa más y más.

—¡Deteneos, por Dios, esperadnos! Si no vamos todos juntos seremos vulnerables a los bandidos que esperan la ocasión propicia para robarnos y cautivarnos. ¿No veis cómo acechan en las alturas? En cuanto se marchen los soldados del rey de los gallegos quedaremos a su merced. ¡Por lo que más queráis, esperadnos! Cumplid con lo que dijo el Profeta (Dios lo bendiga y salve): «Caminad al paso de los más débiles de entre vosotros». —Pero nada logra con sus ruegos. Cada uno vela por lo suyo. Al medio día, conforme el sol comienza a

declinar, el mismo Hamet se rinde, abandona sus intentos y manda a los suyos que aprieten el paso, sin esperar a los últimos. Sin volver la vista atrás, escucha los ruegos de algunos de sus vecinos, gentes en cuyos pleitos ha mediado, a las que ha ayudado a heredar, a las que ha asesorado en tantas circunstancias de la vida… Pero no puede detenerse, no puede ayudar a todos. Debe velar por los suyos y que el Todopoderoso se apiade de los demás.

A ambos lados del camino que les conduce hacia el este encuentran palpables señales de la destrucción: caseríos y almunias calcinadas, árboles talados, cadáveres hinchados de hombres y bestias. Los cristianos se han cobrado una cruel venganza por las afrentas recibidas durante la rebelión musulmana. La patética caravana permanece escoltada todavía durante las tres leguas del ruedo de Jerez por caballeros cristianos, pero a media tarde los soldados regresan ya a cobijarse tras los muros; no son estos tiempos buenos para que la noche te sorprenda en despoblado, ni siquiera para una partida de guerreros bien armados. Extramuros se multiplican las amenazas: pululan por doquier bandidos y desertores, y las fieras del monte andan crecidas ante tanta carroña y proliferan en zonas antes seguras. Los zorros y los cuervos engordaban a ojos vista, para escarnio de los caminantes. El aullido de los lobos infunde aún mayor pavor, si cabe, a los exhaustos peregrinos.

Cuando el sol se puso incendiando de rojo la llanura, los Banu Quzman, y unas pocas familias más que habían logrado mantener el mismo paso que ellos, se hallaban a poco más de cinco leguas de Jerez, suficiente para escapar de la pena de esclavitud prometida para los remolones. Pero para lograrlo han debido ir soltando buena parte de su carga y han agotado sus últimas fuerzas. Hamet mandó parar cuando la falta de luz hizo ya imposible seguir progresando, en un altozano en la ribera del río, no muy lejos del lugar donde el Guadalete se junta con el Majaceite. Los peregrinos se arrojan al suelo sobre bultos y fardos. Algunos se quedan inmediatamente dormidos. Pero Hamet no puede descansar; tiene que proveer a la seguridad y sustento de los suyos. Sacando fuerzas de donde apenas quedan, se acerca a la ribera del río para rellenar los pellejos. La poca luz que vierte una afiladísima luna casi nueva apenas le permite contemplar los restos calcinados de una barca fluvial y de lo que debió ser una aceña. Cuando introduce el pellejo en el agua da un respingo hacia atrás, al toparse con los restos putrefactos de cadáveres desmembrados. De esa agua no podrán beber, así que tendrá que alejarse de la orilla, en busca de un regato limpio, o de un manantial; sin embargo, la oscuridad lo hace imposible y muy peligroso. Hace horas que se escucha el aullido de los lobos, que sin duda llevan todo el día siguiéndoles y esperando el momento propicio para atacar. En

vano ha tratado Hamet durante el camino de conjurar los temores de sus mujeres, diciéndoles que se trata de perros asilvestrados: todo el mundo sabe que los lobos, los linces y hasta los jabalíes son cada vez más temerarios y que llegan a meterse en el interior de los poblados en busca de alimento.

Corrido, exhausto y sin agua, regresa Hamet al precario campamento. Todos duermen ya, presas del cansancio, aún mayor que el hambre y la sed. Pero cuando amanezca el cuerpo empezará a demandar su tributo; si quieren llegar vivos a Zahara, que dista todavía veinte leguas, necesitan encontrar agua y comida. Apenas han empezado su ruta y les queda todavía la parte más peligrosa, el cruce de la frontera entre las tierras del islam y las controladas por los nazarenos. Nadie sabe a ciencia cierta donde queda actualmente la raya, aunque Hamet calcula que en cuanto se hayan acercado a unas cuatro leguas de Zahara se encontrarán ya bajo la autoridad del sultán de Granada. Sabe que en todo el curso alto del Guadalete, entre Arcos y Zahara, terrenos desolados y sin ley, no rige poder alguno que no sea el de la propia fuerza. Ha estado durante días y noches preparando este viaje, soñándolo, anticipándose a posibles contingencias. Pero ¿qué puede la voluntad de los hombres contra los designios de Dios? Él tiene el destino de todas las cosas en sus manos desde sus orígenes y decide su fin. Él, que sabe todo antes de que acontezca, proveerá, si quiere, a su salvación.

Las primeras luces del alba sorprenden a Hamet ya de camino en busca de agua. Antes de partir, ha despertado a otro de los hombres adultos de la comitiva, para alertarle de que no deben encender fuegos. Su colación deberá consistir en unas gachas frías y algunos, pocos, frutos secos. Afortunadamente, no precisa alejarse mucho para encontrar agua limpia. Pese a que, por la estación, el Wadi al-tin corre muy menguado de caudal, abundan por esa zona manantiales que nunca se secan. Y aún encontrarán más conforme vayan acercándose a las primeras estribaciones de las sierras de Grazalema y Ronda, terrenos de aguas abundantes, antaño ricos en panes y vides, de donde los jerezanos sacaban abundante sustento y riqueza, y que hoy lucen como un erial donde apenas queda un olivo o un frutal en pie. Bien se han aplicado los castellanos en dar un castigo ejemplar; han destruido los molinos, los puentes, los embalses. Las acequias fueron sistemáticamente destrozadas y los pozos enfangados o emponzoñados. Estas tierras quedarán baldías durante generaciones; donde antaño hubo huertas y bancales, plantas cargadas de frutos y pastos para el ganado, cundirá ahora el bosque y las alimañas proliferarán.

Toda la mañana la caravana avanza sin descanso por el verde tapiz de la campiña, siguiendo el sinuoso curso del río, a veces alejándose

de él y otras por la misma orilla, y poco después de que el sol alcance su cenit, al fin se aprecia la orgullosa silueta de Arcos, encaramada en su peña, centinela del Guadalete y puerta de las serranías. Siempre le gustó a Hamet acudir a esta villa poco poblada, donde la familia posee algunas fincas, pues pese a la tosquedad de sus habitantes, casi todos bereberes, el entorno resulta delicioso. Por todas partes corrían cursos de agua que hacían rodar incansablemente las ruedas de decenas de aceñas. Excelentes aceites y garbanzos se cultivaban aquí, y con ellos y los abundantes pescados que el río proporciona, se cocinaban platos inigualables. La abundancia de caza hacía que también resultara posible degustar con frecuencia las finas carnes del corzo y del ciervo, que los bereberes guisaban con recetas antiguas traídas desde sus desolados peñones africanos. Por eso, viendo que se acercan a Arcos, el corazón de Hamet se alegra, aunque por poco tiempo, pues sabe que no puede acercarse a una ciudad que lleva en manos de los cristianos desde el comienzo de la guerra. Cuando la distancia se acorta puede claramente apreciarse que apenas quedan de la medina antigua unas ruinas negruzcas. Como otras villas de la raya, Arcos ha sufrido un escarmiento capital: toda la población ha sido esclavizada y llevada al norte, lejos de donde pudiera constituir un peligro. En el arrabal de extramuros ha crecido una aldehuela de cristianos. Como no hay colonos suficientes para poblar todas las villas de la raya, la mayoría de las plazas en esa región quedan deshabitadas durante años, con la sola presencia de unos cuantos caballeros de órdenes militares, encastillados en sus alcázares en compañía de sacerdotes, novicios y legos, y unos pocos colonos del norte que huyen del hambre y que en su mayoría morirán.

Hamet sabe que no cabe encontrar cobijo tras los muros de Arcos: pasarán su segunda noche de exilio en la ribera del río, al amparo de un paupérrimo bosquecillo de álamos temblorosos, todavía a media legua de la gran peña donde la villa se asienta. Se aposentan todos en los escombros de lo que fue un enorme molino y allí, hoy sí, encienden una lumbre para calentarse y tomar por fin algo caliente. Las noches empiezan a refrescar y más lo harán conforme vayan ganando altura. A partir de aquí se extiende una zona despoblada y probablemente devastada por la guerra. Por eso duda si seguir por las cañadas llaneras que siguen el curso del Guadalete, donde resulta más probable un mal tropiezo, o si tomar los senderos del monte, más empinados y con muchas revueltas. Si Dios quiere, Ali les estará esperando en Zahara con algunas caballerías para que puedan acabar el viaje en mejores condiciones; así no llegarán a Ronda como mendigos.

Ha llegado la hora de resolver, pero sigue dudando. Por las riberas del río podrán ir mucho más rápido y seguramente encontrarán otros

musulmanes camino de Ronda, con los que podrán unirse en caso de necesidad. Pero eso mismo pensarán los bandidos. Tampoco se fía de la palabra de los cristianos: han prometido dejarlos pasar la frontera siempre que vayan sin bienes de valor, mas no debe descartarse que a lo largo de la raya, bandas de cristianos, con apoyo de la corona o sin él, anden desvalijando y tomando a los musulmanes como cautivos para venderlos en lugares alejados. En los caminos serranos, por otro lado, no es tan probable un mal encuentro. Pero en zona tan abrupta y desolada las fieras abundan y, de sufrir un ataque, no cabe esperar socorro alguno.

El alba anuncia ya un día de renovadas penurias y todavía Hamet no se ha decidido. Al aire fresco de la mañana, sentado frente a lo que fue la hoguera, juguetea con los rescoldos y piensa en su abuelo, mientras la luz empieza a acariciar las colinas. Como en tantas otras tesituras difíciles de su vida, trata de adivinar qué haría el viejo cadí en circunstancias semejantes. Pero en este caso, la evocación no le ayuda. Decide ponerse en las manos de Dios y entona quedamente la *salat al-istikhara*, la oración de consulta, para pedir al Supremo Hacedor que le ilumine sobre los pasos que debe dar para salir de este aprieto: «Allâhumma en Ti busco consejo a través de tu ciencia, Tu poder solicito, Tu Gracia te pido, pues en Ti reside todo el Poder, Tú eres el conocedor de todo lo visible e invisible. Allâhumma si Tú conoces qué debo hacer…». Al final, recurre al azar para canalizar la voluntad divina: si su hija Yamila se despierta la primera, Dios le estará indicando que tomen el camino de la sierra. Si por el contrario, lo hacen Aixa o Ramla, irán por el curso del río.

Cuando los demás varones del grupo escuchan que ha decidido seguir por veredas serranas lo toman por loco.

—¿Quieres que te coman los osos? ¿Quién os protegerá si os asaltan los bandidos en la espesura? Allí seréis presa fácil para todo tipo de alimañas, humanas o no.

—Bien lo sé, amigo —responde Hamet al viejo carnicero que ha compartido con él los dos últimos días—. Pero también sé que en las actuales circunstancias, nos pueden resguardar más la discreción que las armas. Ni aun yendo acompañados de una docena de poderosos guerreros podríamos enfrentarnos a una partida de bereberes o a una compañía de cristianos forrados de hierro. No ignoro los peligros del camino que emprendemos, pero he consultado a Dios y le he pedido que nos conserve su apoyo, y nos cubra con su misericordia. Él me ha indicado lo que debemos hacer. Si es preciso, viajaremos de noche, para comprobar si es verdad lo que dijo un poeta: «Con la mañana llega la satisfacción por haber viajado de noche». Venid con nosotros, juntos viajaremos más seguros… Vamos, confiad vosotros también en el Omnisciente…

El argumento no convence a las otras familias y al final los Banu Quzman se quedan completamente solos. Un viejo y ocho mujeres, dos de ellas ancianas, por las trochas de monte, habrán de cruzar algunos de los más peligrosos bosques de la Península, una jungla de árboles enormes y centenarios que sirve de refugio a una enorme variedad de fieras siempre hambrientas. Pero si a Él le place llegarán sanos y salvos a Zahara.

Al atardecer de ese mismo día, la magra comitiva de los Banu Quzman se alarga por un estrecho camino serrano. Tratan de vencer el tercer puerto de la jornada y las fuerzas se agotan. Hamet va el último, ayudando a su madre a dar sus pasos, cada vez más torpes. Empieza a pensar que la opción tomada no ha sido la correcta. Al borde de sus fuerzas, Ruqaya debe sentarse en una roca para descansar; mientras la ayuda, su hijo mira al oeste: el sol acaba de ponerse detrás de la peña de Arcos. El agotamiento no puede hacer olvidar al cadí las obligaciones religiosas, así que de inmediato ordena a la familia que realicen rápidamente las abluciones. Porque la Oración del Crepúsculo (*salat al-Magrib*) se llama también Oración del Sedentario, debido a que el viajero no puede acortarla y ha de llevarla a cabo como si estuviese en su casa en su momento preciso, el del crepúsculo vespertino, justo cuando el sol se oculta tras el velo. No puede retrasarse bajo ninguna circunstancia. Las demás oraciones pueden acortarse en caso de viaje de más de cuarenta y ocho millas, pero la del crepúsculo nunca.

Los Banu Quzman consumen sus últimas reservas de agua en los lavatorios; una cantidad exigua, que despierta las protestas de las siempre quejosas Aixa y Ramla. Tras propinar sendos coscorrones, Zuhara las coge a cada una por una oreja y vigila que hagan correctamente la limpieza, mientras les dice:

—El Profeta (que Dios le bendiga y salve) solía hacer sus abluciones con un almud de agua, menos de medio litro… Es tradición, burras ignorantes, que hay que gastar poca agua al cumplir el rito del lavado. Usar demasiada es un exceso, una innovación condenable de la que vosotras, niñas mimadas, habéis abusado. Es hora de aprender.

Pero como la matrona viera que Ramla remoloneaba en el aseo, le lanzó otro preciso pescozón:

—El Enviado de Dios (que Dios le bendiga y le dé la salvación) dijo: «El que haga bien sus abluciones, levante su cabeza hacia el cielo y diga que no hay más Dios que Allah, que es el único y no tiene Asociado, y que Muhammad es su esclavo y su profeta, verá ante sí abiertas las ocho puertas del paraíso y entrará por la que desee».

Hamet no pudo evitar sonreír al escuchar a su esposa, ganándose una mirada de reproche de esta. Zuhara era analfabeta, pero se sabía el Corán de memoria casi tan bien como él y aplicaba las suras a cada

ocasión de la manera más correcta. «Habría sido un buen ulema», pensó impíamente el cadí: «inteligencia, genio y piedad no le faltan».

Después de purificarse, los Banu Quzman se postran mirando al oeste y dan cumplimiento al deber más sagrado.

Cuando se levantan, Hamet y Zuhara siguen mirando al oeste, mientras las formas de la vida se van difuminando. Parece increíble que tras una larga y extenuante jornada apenas se hayan alejado dos leguas del lugar de partida, pero así son los caminos de montaña. Una vez franqueado el puerto, Hamet espera llegar a una meseta arbolada, un espeso sotobosque de pinos, pinsapos y quejigos, donde su mayor preocupación serán las fieras, pero al menos permanecerán ocultos de miradas indeseables. Con la ayuda de Dios, las diez leguas que restan para llegar a Zagrazalema podrán hacerlas en tres jornadas, si bien en realidad Hamet no sabe si esa villa sigue existiendo o, como tantas otras, pertenece ya al pasado. Tampoco sabe en qué momento y en qué lugar se encontrarán ya en tierras del islam y bajo la jurisdicción del valí de Ronda. Los bereberes que mandan en esta ciudad no obedecen a rey alguno desde hace décadas, sea cristiano o musulmán. Así que no sabe de cierto donde queda la raya de sus dominios, probablemente ni ellos mismos lo sepan. Aunque, en realidad, a quién le importa esta selva desolada que ahora recorren penosamente, espacios baldíos, de nadie y de todos, simplemente de quien logre imponer aquí su poder.

Cuando por fin logran vencer el puerto se internan profundamente en la foresta y Hamet manda acampar en una zona donde los pinos se espesan, apartados, por precaución, un cuarto de legua de la cañada. Allí encienden una gran fogata para espantar a las alimañas y pronto empiezan a padecer la falta de agua. Hamet no ha querido rellenar los pellejos por el camino para avanzar más ligeros, en la confianza de que ya encontrarían regatos o manantiales. Pero no es así, y hoy sufren la sed además del agotamiento. No resulta prudente que nadie se aleje en busca de una fuente en este bosque. Ya beberán mañana. Sus hijas ni comen, de pura extenuación, y se echan a dormir sobre unos fardos. Con un grave peso en el corazón, Hamet las despierta para realizar la Oración de la Noche, pues resulta reprobable dormir antes de haberla cumplido y hablar de cosas banales tras concluirla. Las abluciones deben hacerlas con tierra (*tayammum*), como manda el Libro que se efectúen cuando no se dispone de agua durante un viaje y no se tienen esperanzas de encontrarlas en el tiempo preciso. Para ello emplean tierra pura, como está mandado, que es la que aparece sobre la faz de la tierra, sea de polvo, arena, piedras o lodo.

Sin nada en el estómago, las agotadas muchachas se abandonan al sueño tan pronto como acaban de rezar. Lo mismo trató de hacer la desdentada Ruqaya, que tampoco pudo comer nada: necesita agua

para ablandar el pan desmenuzado en pequeños trozos con el que se prepara sus sopas. El cadí y Zuhara mordisquean unos higos, pero tampoco sienten mucha hambre, solo una sed abrasadora. Al poco tiempo, atormentado por la sequedad de su garganta, Hamet no puede más y dejando de lado toda precaución agarra uno de los pellejos y se interna en la oscuridad en busca de agua. Su esposa, aturdida por los desvelos y los esfuerzos, ni siquiera se da cuenta de su marcha.

En medio de tan densa maraña de vegetación apenas puede ver dónde pisa. Las enramadas, los zarzales y las raíces de los árboles entretejen un tupido mural casi impenetrable. Después de hacerse mil heridas, se da cuenta de que comete una grave imprudencia y decide volver atrás. El resplandor de la gran fogata le indica el camino de vuelta, pero aunque apenas se ha alejado unos codos, le cuesta un enorme esfuerzo retornar. Ya se encuentra a solo unos pasos de los suyos, cuando de repente un rugido acompañado de un estruendo de ramas rotas le sobresalta a su derecha y echa a correr. Zuhara también lo ha escuchado y ha reaccionado bien, cogiendo de la pira una rama ardiente y poniéndose en guardia en dirección al ruido. Ella espera que entre los jarales aparezca alguna fiera y lo que ve es a su marido corriendo, que en cuanto llega a donde ella se encuentra, le quita de las manos la rama y la esgrime contra el bosque, mientras invoca en alta voz: «Contra toda bestia, oh, Señor, busco tu protección, pues tú eres el que nos muestra el camino recto». Siguen los rugidos, pero nada aparece. La fiera, probablemente un oso, ha preferido no enfrentarse al fuego.

Cuando por fin logra calmar los latidos de su corazón, que pugna por salirse del pecho, Hamet se acuesta sobre el duro suelo, sin decir a su esposa una palabra de agradecimiento. En posición fetal, trata de conjurar su anhelo pensando en la Alberca del Profeta, situada antes del Camino al paraíso y que sirve para aplacar la sed de los que lo atraviesan, rodeados de las hogueras del infierno. Según la tradición, quien ha bebido de ella no volverá a sentirse sediento. Acunado por el amparo que le da al creyente su fe, logra conciliar unos brevísimos momentos de sueño.

Otro amanecer tras una noche insomne. La falta de sueño, de comida y de agua empieza a cobrar su tributo. Hamet se siente mareado y su vista se puebla de estrellas danzantes. Le cuesta un enorme esfuerzo cada paso, pero no cabe el desaliento: no ahora, no aquí. Miente a los suyos diciéndoles que a menos de media legua hallarán agua y él mismo se cree su invención. Así que, sin tomar alimento alguno, acometen esa jornada con renovados ánimos, sedientos pero sorprendentemente alegres. ¿Qué sería de los hombres si perdieran la esperanza? Y Dios quiere colocarse ese día de su parte, porque justo a media legua un arroyo rompe la cañada con su alegre

rumor plateado y la comitiva se regocija, degustando el agua como si fuera vino de la mejor añada. Allí comen por fin un poco, con apetito, renuevan sus fuerzas y rellenan los pellejos. Dirigidas por Zuhara, las muchachas buscan castañas, bayas rojas, chirivías, aceitunas y azufaifas, cada una según sus capacidades.

Yamila, la pequeña, siempre alegre, mientras busca entona un canto y las demás mujeres la imitan. Cuando regresa con su madre y le entrega dos pequeñísimas castañas, Zuhara la mira seriamente y le dice con ironía:

—Muy bien hija. El profeta, ¡qué Dios le bendiga y salve!, con razón afirmaba que «camello a camello se forma un rebaño». —Las hermanas mayores, que han captado el tono de sorna, se ríen hasta las lágrimas cuando reparan en el orgullo de Yamila. Y Hamet, contemplándolo todo, siente una punzada de dolor y de alegría que le atraviesa el pecho: deben llegar a Ronda todos, nada podrá impedirlo. La ascensión resulta dura, pero el descenso ha de ser necesariamente más fácil.

Con el corazón partido, Hamet tiene que poner fin al recreo: no deben pasar otra noche en ese boscaje. Así que manda ponerse en marcha. El camino ahora discurre llano y más anchuroso; por estas sendas han debido transitar muchas comitivas de cazadores y pastores, así que la marcha se hace más fácil y consiguen avanzar dos leguas. Antes de que el sol alcance su cenit franquean un puerto y pierden por fin de vista a Arcos. Hamet calcula que con solo caminar dos leguas pasarán el puerto más duro del trayecto, el del Boyar, justo donde nace el Guadalete, acunado entre pinsapos bajo la elegancia mineral de las cumbres más altas de la cora de Sherish. Saldrán de la espesura para ganar cuesta abajo las primeras vegas de ese río y en poco tiempo alcanzarán la aldea de Zagrazalema, donde espera poder pasar la noche, bien entre sus muros o bien entre sus ruinas, dependiendo de cuál haya sido la suerte de sus habitantes en la reciente contienda, ya a solo tres leguas y media de Zahara. Así que sin dar apenas tregua a los suyos, siguen caminando. No resulta buena idea, porque al caer la tarde, ninguna de las mujeres puede dar un paso más. Deben parar en el mismo puerto, en la linde del bosque, en una zona azotada por los vientos, cuando ya se dejan oír los silbidos del mochuelo.

Pero cuando salen del manto de árboles se encuentran con una amenaza inesperada, mucho peor que el viento: una banda de hombres con la que se topan en un recodo, repentinamente, sin que puedan dar marcha atrás porque ellos también les han visto. Los desconocidos ocupan una escasa llanada al reparo de una peña en la ribera del Guadalete, que aquí no es más que un arroyuelo de montaña, y parece que, como ellos, acaban de llegar, pues se disponen a encender una fogata. Hamet sabe que no cabe retroceder sin

despertar sospechas, así que, blandiendo su mejor semblante, se dirige hacia ellos fingiendo una confianza que no siente. En su mente, como un torbellino, analiza escenarios posibles y probabilidades, tratando de despejar conjeturas, buscando la jugada correcta. ¿Quiénes son? Sin duda musulmanes pero ¿de dónde? y, sobre todo, ¿con qué intenciones? ¿Nos atacarán, nos robarán? ¿Cabe esperar socorro en estas soledades? No se hallan tan lejos de Zagrazalema… Detrás de él, sus mujeres se velan y se agrupan, caminando abrazadas. Cuando se encuentran a unos codos de distancia de los desconocidos, Hamet les manda parar y esperar, mientras él se dirige hacia ellos en árabe dialectal.

—La paz sea con vosotros, hermanos. Somos creyentes que hemos sido expulsados de Sherish, nuestro hogar, por la maldad de los nazarenos. Nos dirigimos a tierras del islam en busca de amparo y protección. ¿Podéis decirme dónde nos encontramos?

Los desconocidos se quedaron quietos, cada uno en su lugar, mirándole, sin pronunciar palabra. Transcurre así un rato que a Hamet se le hace eterno, hasta que finalmente quien parece ser el líder, un guerrero escuálido, pero de elevada estatura, que luce una larga barba, le contesta escuetamente, en un tosco árabe clásico, apenas comprensible.

—*Aleikum Salam*. También nosotros creyentes, muyahidines que luchamos contra los comedores de cerdo y los pecadores irredentos. Acercaos y no temed. Podéis compartir el fuego nuestro.

Ha bastado este breve cruce de palabras, y un discreto vistazo a los alrededores, para que Hamet se haga una clara composición de la situación. Su aspecto, sus armas, su habla les delatan: son bereberes, probablemente de los Banu Marín, unas dos docenas, recién llegados a la Península, pues no hablan andalusí. Y por lo que parece tampoco emplean un árabe fluido. Debe tratarse de montañeses del Atlas, o de las mesetas de más al sur. Sus monturas llevan estribos cortos, para montar a la jineta. ¿Muyahidines? Quizás, pero ¿quién lo sabe? Teme que se trate de bandidos, pues se encuentran muy lejos de las zonas de contienda. Hamet regresa a donde espera su familia y la trae con él al centro del claro donde los meriníes ya han prendido una gran hoguera, sobre la que han tendido varias carnes de cordero espetadas que pronto empiezan a desprender un aroma irresistible. Las mujeres de Hamet miran a la carne con avidez, causando la hilaridad de los magrebíes, que empiezan a hablar en su jerga incomprensible. Los Banu Quzman se sientan juntos a un lado, cerca de la lumbre, y por orden del patriarca empiezan a disponer, sobre unos paños, sus pobres provisiones: algunas tortas de trigo, nueces, higos, almendras y aceitunas.

—Me llamo Hamet Ibn Quzman y esta es mi familia. Soy alfaquí y

letrado de Sherish, y he dedicado mi vida a propagar las enseñanzas del Altísimo y de su Enviado, ¡que Él premie vuestros esfuerzos! Por favor, compartid nuestra comida. Será para nosotros un honor.

Inmediatamente se da cuenta Hamet de que pocos de ellos le entienden, pese a que ahora ha hablado lentamente en el más puro árabe clásico. Pero sus gestos son elocuentes, así que los bereberes se atropellan para hacerse con las provisiones, y en pocos segundos, después de un tumulto en el que se han cruzado empujones, amenazas e insultos, no dejan ni rastro de la comida, ante la desolación de los recién llegados, que siguen sentados en silencio.

Un mutismo que se prolonga durante mucho tiempo, una eternidad. Los cabileños siguen afanados cada uno en lo suyo, en el cuidado de las bestias, en rellenar los pellejos de agua, en el asado de las carnes. Unos pocos, más alejados de la hoguera, engrasan unas adargas de cuero. Solo quien a todas luces es el jefe permanece acuclillado al lado del fuego, sin hacer nada, tan solo bebiendo a pequeños sorbos una escudilla de lo que parece ser leche y mirando sin cesar a los Banu Quzman con una expresión feroz. Sus pequeños ojillos se esconden bajo unas cejas espesas. En su rostro de piel muy oscura y grandes pómulos se cruzan múltiples cicatrices. Un sucio turbante cubre su cabeza.

Cuando la carne termina de asarse, el jefe da una breve orden y todos los demás se sientan a su lado. Él mismo distribuye la carne entre sus hombres, sin pronunciar palabra. Ya ha quedado toda la cena repartida y nada les ha dado a los Banu Quzman, que siguen callados, con la mirada perdida. Yamila, la pequeña, rompe en un ahogado sollozo, rápidamente abortado por Zuhara.

Siguen los bereberes comiendo callada y despaciosamente, dando largos tragos a una gran vasija de leche que pasa de mano en mano. Cuando ya no queda nada, empiezan a competir por lograr el eructo más grande, entre risotadas. Después se callan todos, mirando fijamente a los aterrorizados jerezanos. La tensión puede palparse y finalmente Hamet se pone lentamente de pie y ordena a los suyos que se levanten.

—Ha sido un placer compartir la cena con vosotros. Espero que Dios, alabado sea, os sea propicio. Nosotros nos vamos, que nos queda un largo camino hasta Zahara, a donde queremos llegar al alba…

—Vosotros no ir. Peligroso. De noche. Bandidos. Fieras. Quedaos aquí, con nosotros. Nosotros os protegeremos. Con nosotros no peligro. No bandoleros.

—Agradezco mucho tu oferta, señor, mi hermano por la fe, pero debemos partir. Nos esperan en Zahara los nuestros, y en estos tiempos aciagos mucho se han de preocupar si ven que nos retrasamos…

—No. No partir. Vosotros aquí. Nosotros fuertes y defenderemos de bandidos. Sentaos.

Hamet se queda de pie, mirando al jefe, un largo rato, hasta que este pierde la paciencia, se levanta y de un empujón lo arroja al suelo. Da unas órdenes a los suyos y estos, entre risas, se llevan a las mujeres a un lado, lejos de Hamet, que al verlo intenta levantarse. El jefe se lo impide poniéndole un pie en el pecho y un sable en la garganta. Con gestos, ordena que le aten de pies y manos, y lo dejen tendido sobre las duras peñas.

Los bereberes empiezan a desvestir a las mujeres que entre sollozos y chillidos piden clemencia. Hamet también grita, hasta que un pie encuentra su cara, dejándola magullada y sangrante. Solo cuando deja de gritar cesan las patadas. Las mujeres quedan todas desnudas frente al fuego, abrazadas unas a otras, bajo la atenta mirada de más de cuarenta ojos anhelantes. Hamet apenas puede verlas, pues una espesa capa de sangre y lágrimas empaña su vista. Pero no ceja en su empeño de salvar a los suyos.

—Señor, por favor. ¡Que Allah (el más grande) te favorezca, te alegre y te obsequie! ¡Que la paz y la misericordia de Dios sean sobre ti y selle tu vida con felicidad! Que Él te bendiga y bendiga a su profeta Muhammad, mientras la buena fortuna siga favoreciendo al islam…Ten piedad de nosotros. Somos buenos creyentes y ya hemos sufrido mucho en manos de los cristianos. No nos hagas daño… No extiendas tus manos para derramar sangre; mira que los espíritus de los malos serán atormentados hasta el último día. No te ensucies con un grave pecado ni pongas en peligro tu alma inmortal maltratando a musulmanes como tú. No es necesario… Te pagaremos. Somos ricos y tenemos bienes escondidos por la sierra y también en Ronda. Si nos dejas ir sin daño, serán tuyos, todo tuyo, y aún más que te pagaré si dejas a mis mujeres libres e indemnes. Quédate conmigo de rehén y déjalas libres. Llévalas a Zahara y allí te pagarán. Por favor escúchame. Soy el cadí de Sherish, un hombre conocido, al que darán crédito. ¡Puedo hacerte un hombre muy rico! No te deshonres: ¡Allah no se une a la maldad y no aleja más que a los que yerran! ¡Dios no condena más que a los injustos!

De un grito, el jefe le manda callar, silencio que varios bereberes imponen a patadas. Señala a Yamila y grita otras órdenes que Hamet no llega a entender, pero que pronto quedan claras. Las demás mujeres pueden vestirse, pero no Yamila. Así lo hacen rápidamente y acuden a donde permanece tendido Hamet, entre sollozos y lamentos, invocando inútilmente: «Me amparo en las perfectas palabras de Dios contra todo el mal que Él ha creado». El jefe toma a Yamila de la mano y se tiende con ella al lado de la lumbre, sobre unos cueros que previamente han dispuesto sus hombres. Y allí mismo, sin preámbulos,

la monta sin mediar palabra, mientras la niña permanece muda de terror. Al principio, en realidad no sabía muy bien lo que estaba pasando; tenía nociones muy vagas acerca del acoplamiento sexual, no solo por su condición de doncella joven de buena familia, sino, sobre todo, por su enorme inocencia que apenas prestaba atención a las bromas, medias frases e indirectas que sobre esos asuntos se cruzaban sus hermanas y sus amigas. Lo primero que sintió fue como una quemazón por dentro, una especie de desgarro doloroso, que le hizo abrir intensamente los ojos para mirar al cielo cubierto de estrellas. Pero pronto las acometidas del malhechor empezaron a causarle más y más dolor, agudizado por las risas y los berridos de los bereberes y por los gritos de desesperación de su madre. Tratando de no aumentar los padecimientos de los suyos, la muchacha selló fuertemente sus labios y sus ojos, y comenzó a llorar en silencio.

En pocos minutos el bandolero se ha vaciado y se queda resollando encima de Yamila, que sigue callada con los ojos cerrados. A la luz del fuego, violador y violada componen una extraña estatua, semejante a un insecto de muchas patas.

Transcurrido un rato, el jefe se incorpora sobre las rodillas y da la vuelta a Yamila. La pone a cuatro patas, le baja la cabeza con la mano hasta aplastársela contra la tierra y la penetra violentamente, dándole fuertes acometidas que, ahora sí, arrancan de la joven alaridos de dolor, para contento de los bereberes que empiezan a batir palmas, acompasándose con las acometidas de su jefe. Cuando este se vacía de nuevo se queda un rato inmóvil, con las manos agarradas a la grupa de la mujer. Después se levanta bruscamente y señala a uno de los suyos, que con un chillido agudo de alegría se tira sobre Yamila y empieza a penetrarla.

Uno tras otro, los magrebíes van poseyendo a la muchacha, que al poco tiempo ya no puede ni gritar. De cuando en cuando los sollozos de las mujeres menudean y se hacen más perceptibles, hasta que con un gesto el jefe manda a algunos de los suyos a acallarlos sin contemplaciones. Por turno riguroso se van vaciando uno tras otro, hasta completar algunos, los más jóvenes, cinco rondas. El sexo y el ano de Yamila se encuentran desgarrados y sangrantes cuando, cerca del alba, acaba su tormento. Los bereberes se abandonan, agotados, y se tienden a dormir sobre pellejos de cabra. Zuhara y las hermanas recogen con cuidado a Yamila y la llevan con ellos. La niña no puede dar un paso. La sangre corre a regueros por sus muslos y Zuhara trata de contenerla con apósitos. Tiende a Yamila en el suelo y eleva sus piernas. Poco a poco, la niña se va tranquilizando, hasta que se queda dormida, ya limpia y vestida, aunque no deja de sangrar.

Cuando el jefe se despierta, el sol apenas apunta por el perfil de las montañas quebradas. Los bereberes avivan el fuego y vuelven a

pasarse sus escudillas de leche, de la que no parecen cansarse nunca. El jefe se levanta y cogiendo a Hamet por los cabellos lo incorpora a medias, hasta que queda de hinojos.

—Escucha bien, Hamet no me acuerdo qué más. Tus mujeres ahora me pertenecen. Las vamos a vender en África, o aquí mismo si podemos, y no nos darán por ellas menos de quinientos dinares. Son hermosas y gordas, de piel muy blanca. La vieja vale menos, pero también nos darán algo por ella. Si tú nos das el oro, son tuyas. ¿Tienes quinientos dinares?

Hamet levanta la cabeza y, pese a los dolores intensos que le causan sus dientes y su nariz, trata de mostrarse arrogante, sabiendo que la sumisión de nada le valdrá frente al jeque nómada.

—¿Quinientos? ¡En mala hora naciste! …Mil te hubiera dado si anoche nos dejabas libres. Pero ya has deshonrando a mi hija menor, que quizás muera…, que morirá sin remedio si no la cura un físico de inmediato… ¡Qué Dios me auxilie contra ti! Satán puede tener esperanzas de vencer con los que son como tú.

El jefe interrumpió a Hamet con un fuerte puñetazo en la nariz, que a poco le priva del sentido ante la atrocidad del dolor. De nuevo lo prende de los cabellos y lo pone completamente de pie.

—Tú no blasfemas… Tú no me haces perder tiempo. Tú dime si tienes quinientos dinares y si me los traes aquí mañana. Si no, tú mueres y yo me llevo mujeres a África.

—Está bien, está bien. Déjame libre y mañana por la noche tendrás aquí lo que me pides. Pero para ello deberás dejarme una jaca, o una mula. Porque no me dará tiempo de ir hasta Zahara, donde me espera mi hijo, y regresar antes del ocaso.

32. Zahara. Octubre-diciembre de 1267

Tan pronto como las primeras luces lo permiten, Hamet sale al paso hacia Zahara, montado en un jamelgo esquelético, la peor de las monturas de los bereberes, en medio de una suave lluvia otoñal que aporta su cuota de tristeza a la ya atribulada alma del cadí… Sabe bien que los bandidos no podrán vender a sus mujeres en las cercanías, pues las treguas del rey Alfonso prohíben comerciar con cautivos que no sean presa de guerra. Tendrán que llevarlas a África o, como mínimo, a Algeciras u a otras regiones en poder del sultán de Fez, donde no rigen las paces negociadas por la Alhambra. Pero duda que los magrebíes opten por eso, pues sabe bien que debido a la enorme afluencia de esclavos que desemboca en la ciudad del Estrecho en busca de mercado, el precio de una mujer ha caído en la almoneda de Algeciras hasta costar una dobla y media.

La torpe mula desciende con cuidado desde el puerto, con la cabeza baja, goteando lluvia por la crin, hasta las proximidades de Zagrazalema. La aldea parece habitada, aunque pocos fuegos ahúman el claro aire de la mañana. Pero Hamet decide evitarla, con un rodeo. No cabe perder tiempo y poca ayuda puede esperar de unos cuantos pastores que malviven en estas alturas, alejados de la tierra de panes.

Cuando llega a las veredas próximas al Guadalete, que a poco más de media legua de Zagrazalema deja de ser un simple arroyo serrano para adoptar el porte arrogante que mantendrá hasta su desembocadura, puede ya Hamet galopar algunos trechos, mas no quiere forzar a la montura. Por todas partes observa la misma estampa de desolación en medio de una espléndida belleza. Cadáveres a medio comer por las alimañas flanquean los senderos, completamente desnudos, despojados de todo, rodeados por enjambres de cuervos y buitres. En las alturas, bandas amenazantes de buitres esperan a que termine de pasar para seguir festejando con la carne de los desgraciados que han caído. Pero el río sigue siendo un espejo resplandeciente, donde se reflejan los álamos, los fresnos y toda la lujuriosa flora fluvial.

Siguiendo el trazado del Guadalete, cuyo valle en su curso alto se estrecha periódicamente hasta encajonarse profundamente en diversos tramos, poco antes del mediodía puede divisar la elegante silueta de Zahara, y destacando sobre ella, la más poderosa alcazaba de la región. Inexpugnable vigilante del camino entre Arcos y Ronda, el castillo de roca parda labrado por los hombres se alza sobre una gigantesca fortaleza natural construida por Dios al comienzo de los días, para que sucesivas generaciones de hombres hallaran en ella amparo donde disfrutar de la generosidad de sus dones.

Conforme se acerca a la villa, puede observar que parece habitada todavía. De las chimeneas salen numerosas columnas de humo y en los adarves se divisan soldados vigilantes. Pero fuera de la cerca no se dejan ver ni hombres ni bestias y pocos árboles de valor han quedado sin talar, indicio claro de que la ciudad ha sido cercada recientemente. En la torre del homenaje lucen los pendones del islam, pero no sabe de seguro quién mandará en Zahara, aunque los que puede ver con algo de claridad parecen ser los estandartes rojos del sultán nazarí. Haciendo sobre ello diversas cábalas, se acerca a la puerta principal de la muralla, protegida por un castillete y una torre albarrana, que aparece cerrada pese a lo avanzado de la hora.

Cuando se encuentra ya solo a unos pocos codos de la entrada, el chasquido de varios virotes clavándose en la tierra muy cerca de sus pies le pone en alerta.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le gritan desde la albarrana.

—Soy hombre de bien. ¡Que la paz, la misericordia y la bendición

de Allah sean sobre ti!… vengo desarmado, a encontrarme con mi hijo… —En ese momento un grito desde las aspilleras de la torre le interrumpió.

—¡Padre! ¡Padre! Dios sea alabado, por fin… —Cuando Hamet reconoce la voz de Ali siente un inmenso alivio. Lentamente descabalga, se pone de rodillas y elevando las manos al cielo le da gracias a Allah. Después, con las bridas de la montura en la mano, sigue caminando hacia la puerta de la villa, que entre crujidos y protestas de hierro y madera empieza a abrirse.

Antes de que el viajero pueda franquear la entrada, sale a la carrera Ali y le abraza con sus potentes brazos. Hamet no puede contener la emoción y baña con sus lágrimas el rostro del hijo. Y así abrazados, entran los dos en la fortaleza.

La llegada de Hamet desde el sur, por los caminos menos transitados de la sierra, causa revuelo en la pequeña ciudad murada y pronto una nube de curiosos rodea a padre e hijo. En presencia de esa indeseada corte de extraños, Hamet empieza a poner a Ali, muy preocupado por las recientes heridas que lucen en la cara de su padre, al tanto de las novedades, que causan espanto entre quienes les escuchan. Pero apenas ha empezado a explicarse, el revoltijo de fisgones se disuelve como ante la llegada de un viento huracanado, porque la potente voz del alcaide de la fortaleza pide que le abran paso.

—Apartaos, quita de ahí gañán… así es… —Cuando los fisgones se apartan, se dibuja ante los ojos de Hamet la potente silueta de Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas. Por su porte y su aspecto, Hamet advierte claramente que se encuentra en presencia de un bereber, pero antes de que el cadí pueda caer presa de la desolación, temeroso de no encontrar la ayuda que busca, el alcaide empieza a hablar en un árabe mucho más que correcto.

—Bienvenido, recién llegado, quién quiera que seas —dice, mientras mira alternativamente a Ali y al desconocido, atando cabos—. Seguro que tienes una buena historia que contar. Por favor, ven conmigo a la alcazaba a reponerte un poco, pues por tu aspecto se aprecia tu cansancio y que has sufrido maltrato reciente.

Con suaves maneras el imponente guerrero toma a Hamet de la mano y lo arrastra consigo en dirección a la alcazaba, seguidos por Ali y por la tropa de holgazanes que no quiere renunciar a tan buena oportunidad de entretenimiento. En su agotamiento, la empinada cuesta que asciende al imponente alcázar supone un tremendo esfuerzo para Hamet. Al advertirlo su hijo Ali, le ofrece su brazo en las partes más empinadas. Tras un penoso y lento trayecto, por fin llegan al patio de armas y tras cruzarlo, se abre ante ellos la que parece ser la principal estancia del castillo, austeramente alfombrada. Los tapices de las paredes también son modestos y parecen destinados, más que a

adornar, a proporcionar algo de calor a los fríos muros de la fortaleza. Una vez acomodados en los cojines dispuestos en una de las esquinas de la estancia, Mahmud ordena que les traigan comida y bebida.

Después de comer algo y sobre todo, de reponerse de la tremenda sed que viene arrastrando desde hace días, Hamet hizo al alcaide, en presencia de su hijo, el relato de los últimos acontecimientos y del tremendo aprieto en el que se encuentra su familia. Como quien le escucha resulta un desconocido, tiene que ocultar algunos aspectos, como la fortuna familiar o los tesorillos escondidos por la zona. Y también pone cuidado en no resaltar el origen de los bandoleros, pese a que el astuto alcaide no necesita demasiadas precisiones para entender la situación.

—Mal trago has pasado Hamet. Tú y tu familia. Sobre todo tus mujeres, que todavía padecen en manos de malhechores. Con razón afirmó el Enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y le salve!, que «el viaje es una especie de castigo». Por la descripción que me has dado de los atacantes pocas dudas me caben: se trata de la banda del apodado El-Lihyani, por su larga barba, guerreros temibles e implacables. Hemos sabido de sus correrías por la zona y de su crueldad. ¡Qué Allah se lleve a esas criaturas de Iblis! Relájate, no necesitas dar rodeos respecto a la nación de los asaltantes; se trata de una de las bandas de magrebíes recién llegadas de África, como tantas otras que pululan por estas serranías. ¡Aborrézcalos Dios y apártelos de Él! Yo mismo soy bereber de origen, de los Banu Amir, aunque mi familia cruzó el Estrecho hace muchas generaciones, y sé bien lo salvajes que pueden llegar a ser mis primos del otro lado del mar. Hasta podría decirte de donde vienen los que te han atacado: son Zawawa, de las montañas de Bujía; la hez, lo peor. Deshonra de la raza bereber. No te apures por ello. Mi señor, el sultán de Granada, me ha dado órdenes de proteger a todos los creyentes que han sido expulsados de sus tierras por la perfidia de los idólatras. Conmigo te hallarás a salvo y también los tuyos.

Un Hamet muy aliviado por las palabras escuchadas se puso la mano en el corazón y besó la mano del alcaide:

—Te lo agradezco, mi glorioso señor. Y doy muchas gracias a Dios que me ha ofrecido una noble mano amiga, que me honro en besar, cuando más lo necesitaba. Pero mi salvación poco me importa. Soy un hombre viejo ya y pronto me reuniré con el Altísimo, si Él quiere. Debo salvar a mis mujeres. Por favor, acepta como pago la cantidad que me pidas, si puedo pagarla, pero ayúdame a recobrar a mi familia.

—Hamet… se aprecia claramente tu calidad de hombre honrado y temeroso de Dios, el que posee los más bellos nombres y atributos… No me ofendas queriendo comprar mis servicios. Si puedo protegerte lo haré, con la ayuda de Allah, con gusto y por servir a mi señor. No

habrás de pagarme por ello. Cumplo con mi deber como musulmán y como vasallo… Dijo el Profeta (Dios lo bendiga y salve): «Quien de vosotros vea algo reprobable debe cambiarlo con su mano; pero si no le es posible, que lo haga con su lengua; y si no le es posible, con el corazón». —Hamet se arrojó a los pies del alcaide, y de nuevo le besó la mano, diciendo—: Gracias, amigo, mil gracias… —Pero el alcaide le atajó, alzándole del suelo.

—No me las des todavía, Hamet, porque no puedo ayudarte, con o sin pago, a rescatar a tus mujeres. Apenas dispongo de hombres para defender esta fortaleza, que como ves es fuerte pero anda escasa de dotación y de suministros…

—Pero, señor, mis mujeres…

—Espera y escúchame. Yo no puedo salir de la fortaleza, ni ofrecerte una numerosa escolta de hombres. Pero en el apuro en que te encuentras más vale la maña que la fuerza. Según me lo has descrito, los bandidos que guardan a tus mujeres están en el puerto del Boyar. Desde allí dominan los caminos del este, del oeste y del sur. Si ven llegar por cualquiera de esas rutas a una fuerza de soldados, escaparán con tus hembras sin dejar rastro. Por otra parte, si pagas lo que les has prometido. ¿Qué seguridad tienes de que os dejarán libres? Esos cabileños son gentes sin Dios, medio paganos, follacabras que venderían a su madre por menos de una centésima parte de lo que os reclaman. ¿Crees que cuando te presentes allí con el rescate os permitirán marcharos en paz? Te aseguro que no. Sé bien cómo piensa esa gente. Si vuelves con el rescate, os apresarán a todos y os venderán donde puedan, u os matarán para ahorrarse molestias. Según lo veo, cuentas con una única posibilidad: rescatarlas discretamente. Para ello habrás de juntar gente suficiente para abordarlos de tapadillo, por la ruta más inesperada, con el máximo sigilo, apercibidos para cualquier contingencia. Necesitas una partida selecta, no necesariamente numerosa, unos pocos hombres fuertes y conocedores de estas tierras. Deposita tus esperanzas en la astucia, no en la fuerza. Tenemos una cita con Dios y, al final, será como Él quiera.

Cuando el alcaide dejó de hablar, Hamet se quedó un rato en silencio, como si buscara en su interior las palabras adecuadas. Sin decir nada, se volvió a Ali, y con un gestó le pidió su opinión.

—Me parece padre que debemos escuchar al alcaide. Llevo meses aguardándote en esta villa y he podido observar que aquí reina la justicia, el orden y el concierto, pese a que no abundan los víveres ni el bienestar. Y eso se debe, sin duda, a la mano firme de Mahmud. Todos los creyentes que llegan en busca de ayuda son auxiliados y nadie sale de aquí sin ser nutrido y vestido. Me consta que es un afamado guerrero temido en toda la comarca, experto en armas como

ninguno en el mundo. Opino (pero Dios es más sabio) que haremos bien en seguir su consejo.

Basta un leve asentimiento de cabeza de Hamet para que el alcaide siga explicándose.

—He aquí mi consejo. Quiero ayudaros, pero sin prescindir del grueso de mis hombres. Puedo ofreceros a alguno de los más selectos para que, si quieren y mediante el pago de sus servicios que consideréis justo, os ayuden a rescatar a vuestra familia. Os aseguro que no faltarán voluntarios. Sé bien que con cuatro o cinco de mis mejores hombres y la estrategia adecuada bastará para deshaceros de esa pandilla de follacabras. A aquel a quien Dios concede su ayuda, los caminos le son allanados y sus proyectos y anhelos alcanzan el éxito.

En lo más profundo de la noche serrana, una columna de nueve hombres transita por los pasos de las alturas los angostos senderos de montaña que culebrean entre Zahara y Zagrazalema. Combaten el frío terrible y el viento que lo hace aún más agudo con una marcha intensa y con pieles de cabra. Van a pie, en una fila que cierra una sola mula cargada con las armas. Han salido de Zahara con la puesta de sol y esperan encontrarse en las alturas que rodean el puerto del Boyar mucho antes de la alborada.

Les encabeza Musa ibn al-Sabbat, un pastor-guerrero de Zahara, temible con la honda, el mejor conocedor de las veredas, pastos y aguadas de estos montes, que recorre desde niño con sus cabras. Poco tuvo que insistir Hamet para encontrar voluntarios que les acompañaran. Para los habitantes de estas comarcas, veinte doblas de oro montan una cantidad mucho mayor de la que habrían podido acumular a lo largo de toda su vida, incluso si hubieran prescindido de comer. Por eso muchos se ofrecieron a participar en el peligroso rescate. El alcaide se encargó de seleccionar a los mejores, los más capaces de enfrentarse en medio de la noche a las alturas de vértigo, a los pedregales, a las fieras, a los enemigos… engreídos en su bravura y confiados en sus propias fuerzas.

Cuando la partida franquea el espinazo de piedra de la sierra, por el puerto de los Banu Hazm, hacen un alto y empiezan a descargar las armas de la mula sobre la tierra escarchada. Unas cuantas ballestas, espadas cortas de doble filo y cuchillos cachicuernos, corazas de cuero reforzado con tachuelas de hierro y casquetes de bronce crudo, acolchados por dentro. Suficiente para hacer frente en una escaramuza a pie a unos bereberes mal armados, resguardados por escudos de piel de gacela y vestidos con harapos. Pero para preservar la vida de las mujeres, deben preparar una cuidadosa estrategia. Si algo sale mal los Banu Quzman quedarán exterminados de la faz de la tierra y Hamet se siente responsable por haber llevado a los suyos al borde de la ruina. Se dijo a sí mismo, para confortarse y encontrar las fuerzas que le

faltaban, que Dios les protegería.

La luna se oculta, ya cerca del amanecer, y la oscuridad se hace más impenetrable, pero justo entonces pueden divisar desde la altura, con total nitidez, los rescoldos de las hogueras que calientan a los magrebíes. Parecen tranquilos, la mayoría duerme sin temer una celada. Siguiendo ese faro, los zahareños se descuelgan de las peñas con extremo cuidado; en este momento, una piedra que se despeñe, una rama que se parta, podría complicar la operación y acabar con la vida de alguna de las Banu Quzman. Pero la mayoría de ellos, expertos cazadores curtidos en el acecho y el rececho, saben hasta como respirar muy quedo para no espantar a las presas. Cuando llegan a la distancia de medio tiro de ballesta, los dos Banu Quzman se apostan sobre unas piedras, con seis de estas armas, ya cargadas, y una buena cantidad de virotes. Musa les ha indicado donde deben ir sus primeros tiros, los fundamentales, y les ha dado instrucciones precisas para cuando estalle la contienda abierta, si es que estalla, lo que tratarán de evitar.

Como una sombra se desliza Musa, pegado al suelo, acercándose al desprevenido centinela que dormita al calor de la lumbre. Antes de que el bereber pueda comprender lo que pasa, su cuerpo ya ha vertido casi la mitad de su sangre, escapando a borbotones por la profunda herida que ha abierto en la garganta. Con cuidado, Musa lo abraza y le tapa la boca, para que expire sin alboroto, y lo deposita sin ruido sobre la tierra, mientras en su fuero interno piensa: «Dios bendiga la pereza de los malvados». Uno menos.

Al mismo tiempo, cada uno de sus hombres ha escogido a su víctima y le ha dado el mismo trato. Cuando salta la alarma, ya ocho magrebíes han perdido la vida y la breve contienda que sigue resulta muy igualada. Los zahareños, completamente armados, reforzados de cuero y hierro, siegan las gargantas con precisos golpes de espada, mientras que desde la altura, los Banu Quzman hacen su cosecha de víctimas con precisos virotes. De nada sirven los ruegos que los bereberes, al verse perdidos, lanzan a los asaltantes: sus palabras guturales concluyen transformadas en sonidos extraños, silbantes, al inundarse sus bocas de sangre.

La estrategia se llevó a cabo con la precisión de una danza largo tiempo ensayada, por eso la lucha dura poco. Los de Zahara apenas lucían algún rasguño cuando solo quedaba ya vivo el jefe de los bandidos, el guerrero más temible de la partida, acorralado contra una peña. Los andalusíes trataban de herirle, pero el magrebí, con precisos mandobles y amplios molinetes, no permitía que se acercasen. Entonces llegó Hamet, con una ballesta cargada, y sin mediar palabra la descargó contra él haciendo pronta justicia; antes de que pudiera invocar a Dios, la boca del salteador quedó atravesada por un nuevo

virote que le apuntaba por la nuca. Ya había expirado antes de que sus rodillas tocaran el suelo. Pese a ello, Hamet le golpeó una y otra vez con la ballesta en la cabeza, con una fuerza que no sabía de dónde procedía. Así hubiera seguido, de no haber parado Musa las acometidas, agarrando fuertemente el brazo derecho del cadí.

—Para señor, ya va camino del infierno —le dijo suavemente. Cuando Hamet recuperó la cordura y volvió a sus coordenadas de tiempo y espacio, gritó:

—¡Yamila, Yamila! ¿Cómo está Yamila? —Grita Hamet mientras corre a donde se encuentran, abrazadas, sus aterrorizadas mujeres. Cuando estas se dan cuenta de lo que ocurre, prorrumpen en llantos y dan gracias a Dios. Abrazan a Hamet y a Ali. Desesperado, Hamet busca a Yamila, pero no la encuentra.

—¿Qué pasa con Yamila? ¿Dónde está? —Aunque ya apunta la amanecida, la oscuridad todavía reina en el descampado, y no puede distinguir bien, entre los rostros todavía medio velados de sus mujeres, a su hija menor.

—El Señor se la ha llevado —le dice por fin su esposa, cuando logra contener el llanto—. Murió la misma mañana de tu partida, vacía de sangre. Estos salvajes, que Dios castigue, le dieron tanto tormento que no pudo soportarlo. De nada han valido mis rezos ni ensalmos… se ha ido.

Al saber la noticia, no por esperada menos demoledora, Hamet se dobla de dolor, rodillas en tierra y prorrumpe en un alarido sordo. Su pequeña Yamila, luz de sus ojos, ya no se encuentra entre los vivos. Su belleza ha sido su perdición. Desde que florecieron sus misterios de mujer, Yamila fue portadora de una sensualidad inconsciente e infantil, que sus padres pusieron buen cuidado de ocultar de ojos indiscretos, pero que no pudo escapar de la experta mirada del jefe de los bereberes.

Al menos el también desconsolado Ali, muy apegado a su hermana pequeña, logra mantener la calma:

—¿Y vosotras, estáis bien? ¿Habéis sufrido daño? —pregunta mientras palpa los brazos gruesos de su madre.

—No, gracias a la protección del Todopoderoso, que quiso que los Banu Quzman no sufrieran más ese día. Cuando llegó la noche, algunos de la partida empezaron a discutir con el jefe. No entendíamos lo que decían, pues hablaban en su guirigay, pero resultaba evidente que le pedían a una de nosotras para su recreo. El jefe se negaba una y otra vez, hasta que puso fin a la discusión con bofetadas a diestro y siniestro… —La que habló fue Ramla, mientras las demás asentían.

Una vez cargado el cuerpo de Yamila en la mula, rescatadores y rescatadas emprenden la vuelta a Zahara, esta vez por los suaves

senderos de la ribera del Guadalete. Van cargados con el botín de la cabalgada, las armas y caballerías de los bereberes. Por eso los zahareños marchan muy alegres: entre las doblas prometidas y los despojos de los bandoleros, se han convertido en hombres ricos, que podrán comprar rebaños y mujeres y aumentar así su honra.

Los Banu Quzman, por el contrario, caminan muy callados, exhaustos. Han sido afortunados, pues han perdido solo a Yamila cuando podrían haber perecido todos, pero eso no empaña el dolor y el cansancio que sienten.

Antes de la oración de la tarde llegan a Zahara. Nada más cruzar las puertas, se arrodillan para dar gracias a Dios, que les ha llevado hasta allí con vida. Después Hamet y Ali se dirigen a la alcazaba, para dar las gracias al señor de la villa, sin cuyo concurso la empresa hubiera resultado imposible.

—No debes darme a mí las gracias, sino al Invencible, que todo lo puede. El Altísimo acosa a los incrédulos por todos los lados. Alabado sea. Me alegro mucho de que todo… quiero decir, casi todo…. haya salido bien.

—Esa es la verdad, mi señor Mahmud, mi hermano por la amistad y la fe, el hombre más noble y honorable que Dios ha creado. ¡Quiera Él concederles a tus descendientes tus mismas virtudes! Hoy el Todopoderoso nos ha ayudado. Pero como hombre viejo sé que ha actuado por tu mano, pues es extrema la bondad de tu alma y tu generosidad. Por eso te auguro los mil goces del paraíso, porque eres honra para los musulmanes: cuando el día del juicio Dios pese en su balanza tus acciones, el platillo descenderá hasta el suelo. Si hubiera cien más como tú en Al Ándalus, los idólatras nunca hubieran bajado del Muradal, y todavía seguirían sembrando sus frías tierras de la meseta. ¡Qué verdad es lo que dice el santo Corán!: «Si no fuera porque Dios hace que unos hombres impidan el mal a otros, la tierra se corrompería». Que Allah te bendiga, a ti y a tus hijos, y a los hijos de estos, hasta el día de la resurrección. —Así habló Hamet, todavía de hinojos, agarrando fuertemente la mano del alcaide, dando rienda suelta al sentimiento de profunda gratitud que palpitaba en su fatigado corazón.

—Levántate, Hamet, un hombre de tu edad y de tu ciencia no debe postrarse ante un simple guerrero como yo, que apenas sabe leer el Libro. ¡Qué Dios os guarde a quienes practicáis el oficio de las letras! ¡Él os proteja y os guíe! La nobleza no es otra cosa que sumisión a Dios, pese a que los ignorantes consideran ilustre a aquel que acumula títulos o dineros. Me he limitado a actuar como buen musulmán y como fiel vasallo de mi señor. Dios extravía a quien quiere y salva a quien desea, conduciéndole por el buen camino. Os he protegido, como a tantos otros que en estos días aciagos recorren los senderos

entre Zahara y Olvera, camino del este. Y todos cuentan historias parecidas: asaltos, depredación, deshonra… perpetrados por cristianos, malditos sean, pero también por musulmanes, doblemente malditos. Desaprensivos de toda ley hacen su cosecha de indignidad, sin que podamos poner remedio, con tan pocas fuerzas. Tres veces han sitiado los cristianos esta villa y tres veces han sufrido derrota, con la ayuda de Dios. Pero en cada asalto, en cada algarada, pierdo hombres. Apenas puedo defender el perímetro de mis murallas, y mucho menos patrullar todos los caminos en amparo de los peregrinos. Al menos vosotros habéis escapado con bien, gracias al Todopoderoso, aunque hayáis sufrido la pérdida de una hija virgen, Dios la tiene ya en el paraíso de las doncellas, más allá de la trivialidad de la vida, la cual pertenece totalmente a Él. —Mahmud bebió de su copa el infame vinazo disponible en la fortaleza y se la pasó a Hamet, que dio un pequeño sorbo, antes de hablar.

—Dios así lo ha querido, y a nosotros solo nos queda añorarla y rezar por ella. Señor, si me lo permites, voy a retirarme para velar por mis mujeres. Las he dejado en la entrada de la villa y…

—No te preocupes amigo, ya he dado orden de que las acomoden de la mejor manera. No disponemos de muchas comodidades en Zahara en estos días, pero sin duda sí de muchas más que en pleno campo. Ahora las estarán bañando y alimentando, con el debido recato, mis propias mujeres. Si aceptas mi hospitalidad, puedes quedarte en Zahara, en mi propia casa, todo el tiempo que quieras. Es muy modesta y tendremos que apretarnos, pero tu presencia nos honra, Hamet. Aquí somos todos ignorantes, nos dedicamos a las bestias y a las armas, pero no tanto como para no saber que los Banu Quzman pertenecéis a una familia ilustre de alfaquíes. Por favor, hónrame y sé mi huésped.

Hamet bajó la cabeza tratando de reprimir unas lágrimas que pugnaban por abrirse camino.

—Sí, mi señor, acepto. Pero sepa que el honor es mío: un honor y una gran lección, porque hasta hoy había mirado a todos los bereberes con los mismos ojos, y tú me has enseñado que no debe juzgarse al todo por la parte. Ante Dios, las almas de todos los fieles tienen el mismo peso. Procuraremos mostrarnos dignos de tu hospitalidad, ya que no sé si podremos pagártela; pero el Todopoderoso, ¡alabado sea su nombre!, lo hará en el otro mundo, porque quien hace el bien no deja de recibir recompensa. Dios no olvida los hechos de los hombres; creó el paraíso y lo preparó como morada eterna para sus preferidos, honrándoles con la visión de su santísimo Rostro.

—Me ofendes, cadí si mencionas el pago… No quiero enseñarte el Corán, pero te recuerdo la aleya: «Os damos de comer por amor a Dios. No queremos ni vuestro pago ni vuestro agradecimiento». Solo

cumplo con lo que Dios manda y con las reglas de hospitalidad que rigen entre hombres honorables.

Con el corazón preso de una turba de sentimientos encontrados, Hamet salió en busca de los suyos, guiado por dos soldados del alcaide, con una sola idea en la cabeza: proceder cuanto antes a lavar, enterrar y llorar el cuerpo de su hija según la tradición.

En medio de un ambiente de dolor y estupor, los Banu Quzman velaron y prepararon los restos mortales de Yamila. Cuando trasladaban el cadáver a la mezquita aljama de Zahara para la oración fúnebre, en medio de una lluvia que parecía que no iba a acabar nunca de verterse, el cadáver de la muchacha se deslizó de las parihuelas y cayó en el barro. El accidente causó desolación entre los Banu Quzman, hombres y mujeres, que redoblaron sus llantos cayendo de rodillas alrededor del cuerpo, gritando, maldiciendo, golpeándose la cara con furor. Allí hubieran seguido de no mediar la presencia de ánimo de Ali, que se puso de pie gritando «Dios es grande. Dios siempre vence». El muchacho, enjugando sus lágrimas con una mano, ayudó con la otra a ponerse de pie a su padre, y entre los dos cargaron de nuevo el cuerpo de Yamila en las parihuelas, y la comitiva regresó al punto de partida para lavar de nuevo el cadáver y envolverlo en un sudario limpio.

El desusado velatorio y la desgraciada comitiva fúnebre terminaron con los restos de fuerzas de Zuhara. Cuando murió su hija, nunca creyó la mujer que podría padecer dolor más grande, pero al ver su cuerpo rodando por el fango, los diques de su aguante se rompieron y quedó vacía de lágrimas, en un estado de obnubilación del que tardó semanas en salir. Se pasaba las horas rezando, hablando sola, con los ojos abiertos, fijos en una mirada extasiada, hasta que, de repente, rompía a gritar lamentos y reproches. Sin los amorosos cuidados de su suegra, la muerte se hubiera cobrado también a la madre de Yamila. Hamet la contemplaba desesperado, sin atreverse a recriminarle sus excesivas muestras de duelo, pues, aunque la escuela malikí considera aceptable que se llore en el momento del sepelio, el estoicismo es más hermoso para quien puede mostrarlo, estando prohibido chillar y lamentarse. Y sin embargo, ¿acaso no había gritado él mismo cuando vio en el suelo el cadáver embarrado de su hija? Finalmente, el cadí consiguió sacar a su esposa de su estupor, haciéndole repetir, cada día, frente a la tumba de Yamila, la siguiente oración:

> Dios nuestro, esta es tu servidora, Yamila, hija de tu servidor Hamet y de tu servidora, Zuhara.
>
> Tú la creaste y le diste la vida, tú le hiciste vivir y la resucitarás. Dios nuestro, haz que sea para sus padres una adelantada y una recompensa, y consiente en que pese como un bien sobre las balanzas que han de juzgarnos. Aumenta con ella nuestra recompensa y no nos prives del premio al que aspiramos por causa de su

muerte. No nos dejes caer en la tentación de la desesperación después de su pérdida.

Dios nuestro, deja que se una a los creyentes que le han precedido en el seno de Abraham y dale, en cambio, una morada mejor que su morada aquí bajo, una familia mejor que su familia, y sálvala de la tentación que pueda sufrir en la tumba y del castigo del fuego.

Siguieron a esos días funestos algunas semanas de tranquilidad, al cobijo de los fuertes muros de Zahara. En el abigarrado, escueto y blanquísimo caserío que se apiñaba en torno al alcázar, recorrido por calles tortuosas y empinadas, se desarrollaba una vida tosca y austera, propia de una guarnición militar, donde nada abundaba, salvo el miedo. Los habitantes se pasaban la vida de un sobresalto a otro, siempre en guardia, velando, patrullando, niños y ancianos también, los adarves de sus murallas en busca de asechanzas. Como los demás, los Banu Quzman debieron participar en las guardias y velas, abrumados por la extraordinaria belleza del panorama que desde los contrafuertes podía contemplarse: en las montañas graníticas salpicadas de bosques de pinsapos y el lujuriante Guadalete que se descolgaba tumultuoso, camino del mar, interrumpido por varios molinos de aceite.

Durante este tiempo, Ali recobró los tesorillos escondidos, de manera que aun pagando lo prometido a los participantes en el rescate y una generosa gratificación al alcaide, al que hubo que insistir mucho para que aceptara, pudieron comprar algunas caballerías, vituallas y pertrechos. Al menos no entrarían en Ronda como mendigos.

La familia había perdido mucho, casi todo, con la caída de Sherish. Buena parte de su patrimonio estaba invertido en inmuebles, fincas, molinos y salinas que se habían perdido, quizás para siempre. Pero la previsión de Zuhara permitió que al menos pudieran pensar todavía en adquirir una casa y algunos libros. Todo dependerá del resultado de las gestiones de Muhammad. Ali, a Dios gracias, ha cumplido con éxito su encargo y ha aliviado mucho la situación de la familia. Pero aún queda encontrar un sitio donde afincarse.

En Zahara recibió Hamet reposo para el cuerpo, que bien necesitaba, y, sobre todo, en medio de la mayor aflicción, el consuelo de un amigo. Mahmud no solo no padecía esa ignorancia que él mismo se atribuía, sino que lucía un genio despierto, lo que le convertía en un buen conversador y en un implacable jugador de ajedrez. El alcaide trataba de agasajar a su huésped con sus mejores bienes, aunque no escapaba a su vista que el cadí estaba acostumbrado a comer en la mejor vajilla, no en platos descascarillados o en toscas escudillas, y a beber de jarras de plata, no de cántaros con el cuello roto, o de jarras sin asa.

Alcaide y cadí dedicaron largas horas a lidiar a ambos lados del

cuadrado blanquinegro, colocado sobre una mesita redonda, al lado del fuego. Partidas que se alargaban a veces hasta el amanecer, más que por el juego en sí, por las sustanciosas charlas que les ocupaban y que servían de recreo para sus espíritus inquietos. El alcaide no disponía en la villa de compañeros con los que compartir sus dudas, inquietudes y aficiones, así que recibía mucho bien de esas charlas y atesoró viva memoria de muchas de ellas durante largos años. Pasaban los amigos, por lo general, de un tema a otro, sin orden ni concierto, mezclando poesía, historia, leyes, piedad.

Durante una de sus partidas interminables, el alcaide le ofreció quedarse en Zahara. La villa no tenía alfaquí, ni nada parecido a un juez.

—Al menos durante un tiempo. Mientras duren las turbulencias. No pienses que el camino hasta Ronda (Dios la proteja de la sumisión) resultará del todo seguro… Hoy la muerte lo envuelve todo… En estos tiempos revueltos la única autoridad reside en quien dispone de fuerzas para hacerla valer. Muchas de las villas de Al Ándalus se consideran independientes, pues desde Marruecos ya no cabe imponerles ninguna sumisión y el sultán de Granada a duras penas puede controlar los alrededores de algunas plazas fortificadas: la Alhambra, Almería, Baza… No sé quién gobierna ahora en Ronda, ni a qué poder superior obedece, si es que lo hace. En Málaga mandan los traidores Banu Askilula, amigos de los gallegos, que probablemente dejen sentir su influencia también en Ronda. Créeme amigo, hasta que las aguas vuelvan a su cauce, resulta preferible no moverse mucho. Aquí podrás ganarte la vida, siquiera modestamente, pero en seguridad.

—Mi señor y amigo. No sabes bien cuánto te agradezco el ofrecimiento. Si por mí fuera no dudaría en quedarme. Yo no aspiro a mucho, y me conformo con un jergón, algo de comida y un rincón limpio para rezar a Dios, pues el que reza es como si contara secretos a su Señor, y debe hacerlo libre de suciedad, en un lugar puro, llevando vestidos decentes. No busco acumular riquezas: sé bien lo poco que en realidad vale el oro, que se consigue generalmente con la fatiga del cuerpo y con agobiantes preocupaciones para el espíritu… Solo aspiro a vivir al día, libre de las duras penas de la necesidad y la pobreza… No quiero hacer nada que te desagrade, pero mi familia se dispersó y debo reunirla de nuevo. Mi hijo mayor, Muhammad, si sigue vivo, nos espera en Ronda, donde también espero recibir nuevas de otros miembros de mi familia. No sé qué ha ocurrido con los hijos de mi hermano Muhammad, que como bien sabes murió mártir en la toma de Sherish. Y tengo una hija, Alima, que reside en Iznájar. Aunque ella pertenece ya a otra familia, quisiera saber de ella. Si pasa el tiempo y no llegamos allí, mi hijo Muhammad nos dará por muertos

y ¿quién sabe qué rumbo tomará entonces? Ni yo mismo sé todavía lo que haré. Dudo si quedarme aquí, en la Península, o si pasar a Ifriqiya. Mi corazón ansía quedarse, Mahmud, pero debo pensar en lo mejor para los Banu Quzman. Tengo hijas a las que casar, hijos mozos a los que ayudar a afincarse. Este lugar paradisiaco, lejos de todo, rodeado de montañas, cerca de Dios… me gusta; de buena gana me quedaría aquí si los Banu Quzman fuéramos agricultores o guerreros. Pero somos juristas. Lo hemos sido desde antiguo, de generación en generación, haciéndonos responsables de un deber de servicio que recae sobre nuestra estirpe y es superior a los deseos de cada uno de los que formamos parte de ella a través de los tiempos y los designios de Dios. Mis dos hijos también son juristas y deben cumplir su cometido. Necesitamos una comunidad grande y bien comunicada para ejercer nuestra ciencia y seguir cultivándonos, pues el proceso de formación de un cadí no termina nunca. Necesitamos libros, noticias, conversaciones… alimento para el espíritu y para la mente. La inteligencia tiene más necesidad de ser afilada que la espada, precisa de más cuidados. Yo podría vivir aquí felizmente, mi vida ha empezado hace mucho su declive y sé que pronto veré al Altísimo… pero mis hijos… ellos deben proseguir sus estudios… Particularmente mi hijo Ali aún debe conocer y aprender mucho más, casarse, formar una familia. Por su edad es un garañón y si no le encuentro pronto mujeres adecuadas, acabará pecando de fornicación. No amigo, mucho lo lamento, pero este no es nuestro sitio. Nos iremos a Ronda y trataremos de afincarnos allí, si las circunstancias son propicias, si no marcharemos a otro lugar. A Málaga o al otro lado del mar. Dios proveerá. Pero mientras viva no podré olvidar tu generosidad de amigo, de hermano… ¡Permíteme que bese tu bendita mano en calidad de señor! Ojalá el poderoso premie tu piedad con hijos como leones, muchos, que perpetúen tu nombre.

Hamet se arrodilló y besó la mano del alcaide. Pero este le ordenó levantarse y lo sentó a su derecha, ya olvidado de la partida de ajedrez, para seguir hablando.

—Lo entiendo amigo, de verdad que te entiendo. Se hará como quieras, pues mereces cumplir tus deseos. No puedo darte una escolta, pero no me opondré si alguno de los miembros de la guarnición quiere custodiarte hasta Ronda. Ya los conoces y sabes lo que valen. Aun así, cuídate mucho, los caminos rebosan de peligros. Hasta aquí no llegan muchas noticias del exterior, y las pocas que recibimos resultan muy inquietantes. En Marruecos todo sigue muy revuelto: continúa la guerra entre los Banu Marin y los almohades, aunque parece que estos tienen los días contados. Ya solo controlan la ciudad de Marraquesh y sus alrededores. En cuanto a la situación en Andalucía, nada bueno puedo decirte. Después de reconquistar Sherish y expulsar a todos sus

habitantes musulmanes, el ejército castellano ha quedado acantonado en esa villa. Desde el norte siguen fluyendo más y más refuerzos, al llamado de la cruzada de los idólatras y de la ganancia fácil. Las nuevas de las victorias cristianas sirven como poderoso acicate y en muy poco tiempo la medina se habrá poblado de voluntarios y aventureros. Teóricamente rigen paces, pero la lucha continua en muchas partes. A nosotros nos han atacado varias veces, pero fracasaron, y lo mismo ha ocurrido en Olvera. Por eso los caminos siguen llenos de desdichados en busca de salvación, que pocas veces encuentran, porque tarde o temprano caen en manos de despiadados sin Dios, sean gallegos o musulmanes.

—Pero ¿por qué atacan los idólatras Zahara y Olvera, tierras que el rey Fernando concedió a los Banu al-Ahmar y protegidas por las capitulaciones?

El alcaide, sentado sobre una alfombrilla de oración que un día debió ser blanca, se tomó su tiempo para responder. No le gustaba decir tonterías ni hablar sin pensar.

—Cierto, Hamet. Pero después de la sublevación no hay seguridad de que Alfonso vaya a respetar esos pactos. El sultán de Granada ha apoyado a los rebeldes y el rey de Galicia ha jurado venganza. ¿Respetará los acuerdos suscritos por su padre? ¿Quién lo sabe? Probablemente ni él mismo haya decidido todavía qué hacer. Dependerá del curso de la guerra en Murcia y de la situación en África. Mientras en el Magreb los musulmanes sigan luchando entre ellos, no podrán ayudarnos. Así que mejor actuar con prudencia. Yo sé que en cualquier momento puedo ver aparecer por el valle del Guadalete a un ejército cristiano que me ponga cerco. Por eso apenas puedo prescindir de nadie y tengo la fortaleza bien abastecida. Con hombres y recursos suficientes, podemos aguantar durante años. Y así lo haré con la ayuda de Dios, deseando obtener su recompensa. Lo mismo ocurrirá con Olvera, me consta, pues conozco bien a su alcaide y las características de esa villa. No sé cuál será la situación en Setenil, no me han llegado noticias, pero bien defendida resulta también inexpugnable. En cualquier caso, los castellanos no pueden sitiar a la vez todas las plazas: tarde temprano se quedarán sin refuerzos, y el invierno se acerca. Acabo de saber que, para recuperar la villa de Cote, que gracias a Dios sigue en manos de los creyentes, Alfonso ha mandado a su mejor capitán, don Nuño González de Lara, y al maestre de la orden de Alcántara, don Juan González. No creo que los creyentes de esa plaza puedan resistir mucho. Cuando los politeístas recuperen Cote, controlarán todas las vías que llevan a Ronda desde el norte de Andalucía y podrán hacernos mucho daño. Cote se halla a pocas leguas de aquí. Así que, si estás decidido a partir, mejor que lo hagas cuanto antes.

Pero Hamet, sabedor de que las mujeres aún no se habían recobrado de los sobresaltos del viaje, se veía obligado a prolongar su estancia en Zahara, pese a sus propios deseos y a los consejos del alcaide. Su madre, Ruqaya, se encontraba gravemente enferma y suponía un riesgo excesivo volver con ella a los caminos, con el otoño ya avanzado. Resultaba milagroso que la demacrada anciana hubiera logrado llegar hasta el puerto del Boyar por su propio pie, después de tantas penalidades y tras una larga vida pisando solo alfombras y tapices. Así que siguieron algunas semanas más, reponiéndose al amparo de los fuertes muros de Zahara, aun sabiendo que el tiempo volvía progresivamente más peligrosos los caminos, y no solo por la estación.

Un día, a punto de comenzar una nueva partida de ajedrez, Mahmud preguntó:

—Dime, amigo: ¿si los bereberes que os asaltaron en la sierra hubieran sido llevados ante tu tribunal por un crimen semejante al que padeciste, qué pena les habrías impuesto?

Hamet se quedó un rato pensativo, mirando fijamente las piezas del ajedrez que se disponían en perfecto orden de batalla sobre un tablero bellamente labrado. Durante unos instantes, se vio de nuevo sentado al frente de su tribunal, en la mezquita mayor de Sherish, rodeado de estudiantes y curiosos. Como entonces, entró en una especie de trance, en un periodo de intensa concentración, dedicado a buscar, en su memoria y en su alma, precedentes, analogías, sentimientos de piedad y retribución, al objeto de lograr la sentencia más justa, alejado de condicionantes personales o sociales. Se veía entonces como el instrumento de Dios en la tierra, como parte de un plan superior destinado a que los hombres vivieran en armonía, sin matarse, sin devorarse unos a otros por yerros o faltas que pudieran encauzarse de maneras más civilizadas. Justo lo que ocurría con las leyes sobre el homicidio y el asesinato.

—Primero valoraría las pruebas. Como yo mismo he vivido estos hechos no necesitaría ayuda en este campo, y podría pasar directamente a buscar en la Ley y en la Palabra Divina, en la Tradición y en los Hechos del Enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y salve!, la pena proporcionada a la falta, procurando siempre una justa retribución y no la mera satisfacción de afanes de venganza. —Calló de nuevo y siguió pensado.

—Dios, en su infinita bondad, nos dio la Ley para cambiar la venganza de sangre por la justa represalia. El principio básico que opera aquí es *una vida por una vida.* Ello abriría la puerta a que el reo pudiera pagar la *diyya*, el precio de la sangre. Sin embargo, según la escuela malikita, no hay perdón para el bandolero que fuera apresado, y si mata a alguien será preciso matarlo a él. Habría condenado a

muerte a los bereberes.

—Pero ellos eran muchos y tu hija solo una. ¿No resultaría más justo que hubieras condenado a muerte solo a uno de ellos?

Hamet se quedó mirando al alcaide con una mirada de sorpresa. Esa era una muy buena pregunta, sobre la que se había discutido en todas las escuelas. Mahmud, pensaba nuevamente el cadí, le sorprendía con una inteligencia muy superior a la que cabía esperar de un bereber.

—Esa duda te honra, amigo… podrías dedicarte al derecho; muestras cualidades para ello. Verás… todas las escuelas importantes son unánimes en la respuesta. Por eso, dice Ibn Abi Zayd al-Qayrawani, en su *Risala fi-l-Fiqh*: «Cada uno de los ladrones será responsable por todo lo que la banda haya robado de valor, ejecutándose al grupo por un solo asesinato en caso de bandolerismo o de robo, incluso si el asesino solo es uno de ellos». De todos los jurisperitos de los que tengo noticia, solo Ahmad ibn Hanbal considera más justo exigir una muerte por cada asesinato. Yo no estoy de acuerdo con él… la contabilidad de Dios no opera como la de los hombres. La *diyya* que ha de pagarse por una mujer es la mitad de la del hombre; lo mismo ocurre con la de los judíos o cristianos. No se ejecuta a un musulmán por haber asesinado a un infiel, pero sí a un infiel por matar a un musulmán. El precio de la sangre en el homicidio no intencional es de veinte camellas de cuatro años; el precio de un aborto provocado en la mujer libre es de un esclavo o una esclava jóvenes… En nuestro caso, el asunto está claro: se trata de un robo con homicidio, que no puede perdonarse, y la mataron entre todos, por eso el principio sigue operando: cuando un grupo de personas mata, todos deben ser ejecutados. Esos individuos, deshonra del mundo, carentes de todo signo de bien, merecían el castigo. Además, sobre ti, como alguacil de estas tierras, pesaba una obligación de derecho público, la obligación de acabar con ellos para que no siguieran causando daño a los creyentes. Créeme amigo, hemos actuado con justicia, grata a los ojos de Dios. Y Él, sin duda, te lo premiará con creces. Dios lo abarca todo.

—Como siempre, Hamet, en tus palabras brilla la cordura y el raciocinio. Siempre te muestras sereno y tranquilo cuando expones tus razones… ahora entiendo lo justificado de tu fama, porque aunque no sepa nada del *Fiqh*, sí que he aprendido, a lo largo de mi vida, a medir la valía de los hombres. Eres hombre grande, amigo… Comprendo que no quieras quedarte en Zahara, ¿qué puede ofrecerte una villa como esta? Aquí nadie puede discernir entre el alegato de un necio y el discernimiento de un sabio. Pero… ¿Ronda?… no sé… si quieres mi consejo, cadí, no te quedes en Al Ándalus, me temo que aquí ya no hay sitio para ti. Creo que los días del islam en la Península se agotan. Yo soy un guerrero y debo quedarme para combatir hasta mi último

aliento. Pero tú debes seguir vivo para transmitir la ciencia allí donde pueda ser útil a la *umma*. No lo dudes, Hamet… Vete de aquí.

33. Camino de Ronda. Diciembre de 1267

El corazón le pesa al cadí al dejar Zahara. Allí queda enterrado el cuerpo de su hija. Allí ha encontrado consuelo y un amigo fiel, Mahmud, al que recordará cotidianamente en sus oraciones. El alcaide les colmó con su extrema generosidad, dándoles regalos y provisiones para el viaje, además de una mula fogosa y bien aparejada para portarlas. A Hamet, además, le regaló su propia yegua, el mejor de los caballos, de patas firmes y con un lucero resplandeciente, blanco y grande, en su cara.

Colmado de agradecimiento, Hamet dio orden de que los Banu Quzman salieran de Zahara en dirección Ronda al romper el alba de una fría mañana de diciembre de 1264. Durante las dos semanas anteriores había estado lloviendo sin parar, así que los caminos rebosarían de barro, pero al menos durante unos días el tiempo se presentaba seco, según la opinión unánime de los pastores de Zahara, muy peritos en el arte de predecir el tiempo.

Caminaban todos encaballados, menos la abuela Ruqaya que, aún convaleciente de su enfermedad y pese a su legendaria fortaleza de cuerpo y ánimo, empezaba a sufrir las consecuencias del exilio y los estragos de la edad. Ni una palabra de protesta salió, no obstante, de sus labios y lejos de volverse una carga, ha ayudado en todo lo que ha podido a mantener el orden entre sus díscolas nietas. Ruqaya va en una bamboleante silla de manos, portada por dos esclavos portugueses que Hamet ha comprado en Zahara a un mercader judío que andaba de paso, rumbo a Sevilla. A veces solo medio consciente, la extenuada anciana casi no hablaba. Se limitaba a balbucear débilmente suras del Corán, esforzando lastimosamente su cuello y su espalda hacia delante, en un movimiento acompasado con el ritmo de la marcha.

Para llegar a Ronda desde Zahara cabe emplear varios recorridos, pero todos entrañan peligros y penalidades. El camino más corto consiste en remontar el curso del Guadalete hasta que este tuerce bruscamente hacía el Sur; entonces debe abandonarse la ribera para alcanzar los puertos que llevan al valle del Guadiaro. Desde este lugar, en pocas leguas se puede llegar a Ronda bajando con la corriente del río. Pero todas las etapas de este trayecto se desarrollan en medio de bosques espesos y llenos de peligros. Las alimañas no son el peor de ellos, aunque sí lo bastante serio; pues en estas circunstancias, con los caminos y las inmediaciones de las ciudades rebosantes de cadáveres, víctimas de la escasez y la guerra, las bestias se han vuelto más y más

arrogantes, descendiendo de sus oteros, y así se han dejado ver desde los muros de Zahara osos y lobos atraídos por la carroña, cosa que no ocurría desde tiempos inmemoriales. Además, el invierno llega pronto a estas alturas, por lo que no resultaría extraño encontrar nieves abundantes.

Aun así, Hamet ha decido emprender esta ruta, asesorado por los monteros de Zahara. Ninguna de las posibilidades se halla exenta de peligros, pero en las actuales circunstancias, el mayor de ellos son los bandoleros y las mesnadas de los ejércitos cristianos dedicadas al pillaje, que sin duda andarán desvalijando a los emigrantes. Por eso resulta preferible afrontar las amenazas de la naturaleza, más previsibles, aunque implacables, antes que la furia de los hombres.

Mientras siguieron el curso del río Wadi al-tin, los Banu Quzman no sufrieron contratiempo alguno; arrebujadas en sus pieles, las mujeres iban contentas. Los hombres, taciturnos, cambiaban miradas de alivio cada vez que franqueaban una elevación o doblaban un recodo, para encontrar el camino franco.

Sin embargo, cuando llegó el momento de escalar los peñones que separan los valles de los ríos que vierten al Atlántico de los que mueren en el Mediterráneo, la marcha se hizo mucho más difícil, lentísima. La poderosa yegua de Hamet podía vencer todos los obstáculos, pero las mulas y, sobre todo, los esclavos que portaban la silla de Ruqaya, avanzaban a duras penas, gimiendo y jadeando. Apenas media legua pudieron hacer en una jornada por los empinados y fangosos caminos. Las temperaturas bajaban tremendamente por la noche y, pese a que suponía una imprudencia, hubo que encender grandes fuegos para calentarse.

Al atardecer del tercer día de marcha después de la partida franquearon el puerto de las Piletas, con mucho cuidado, pues las placas de hielo convertían cada paso en un peligro mortal. Cuando se hizo de noche no hubo más remedio que parar, todavía en un lugar muy alto, pues solo un insensato se atrevería a descender de esas alturas con los resbalosos senderos cubiertos de hielo y hojas podridas. Así que acamparon en un recodo, al resguardo de una peña y de un bosquecillo de encinas roqueras, escaso remedio frente a los vientos que azotaban la zona. Pese a la enorme hoguera que encendieron, no había manera de entrar en calor y pasaron una noche de desvelo y frío, abrazados unos a otros, sin parar de temblar, mientras caía incesantemente el aguanieve.

La vieja Ruqaya apenas podía respirar; la pleuresía avanzaba por su cuerpo como una serpiente. Los silbidos y ruidos extraños que hacían sus pulmones en un esfuerzo casi vano por llevar algo de oxígeno a la sangre le causaban a Hamet un daño físico. Suavemente, rodeándola con sus brazos, el cadí trataba de infundir algo de calor a su madre

mientras le recitaba, muy quedamente al oído, jaculatorias y suras del Corán. Ruqaya sonreía con sus labios azulados, pensando «Si he de morir, no se me ocurre una manera mejor, en brazos de mi hijo, escuchando de su preciosa voz la palabra de Dios». En algún momento de la larga noche ambos se durmieron. Pero ya cerca del amanecer, en el momento de la mayor frialdad, las palabras de la madre despertaron al hijo.

—Hamet…, hijo, me muero. —Como si hubiera salido de una alucinación, el cadí pensó al principio que había soñado. Contempló a su madre. Tenía los ojos entrecerrados y la piel y los labios de un tono extremadamente blanquecino, acentuado por la luz nacarada de una luna casi llena que penetraba entre la fronda de las encinas como emitida por un faro lejano y tranquilizador. Pero la vieja repitió, con mucha dificultad, tiritando, entre débiles quejidos.

—Me muero hijo… No sufras… Apenas me queda vida…, me cuesta mucho hablar… Dios, Señor nuestro, sea por siempre alabado.

—Madre… —La vieja le ofreció la mejor de sus sonrisas antes de convulsionarse en busca de oxígeno. Hamet la incorporó un poco, para facilitar la inspiración. Se dio cuenta de que Ruqaya ardía de fiebre.

Cuando recuperó el aliento y las fuerzas, Ruqaya siguió diciendo:

—Apenas me queda tiempo, Hamet… Calla y escúchame. No olvides que Dios nos ha prohibido desobedecer a nuestras madres. No quiero irme con Él sin decirte algo. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo, pero no me atreví… Ya sabes como soy… prefiero escuchar a hablar… Y me cuesta… —Una nueva convulsión y ese horrible pitido. La vieja se ahogaba.

—Tranquilízate madre. No hagas esfuerzos… no hables… descansa… Sé todo lo que quieres decirme.

Ruqaya lo miró con compasión.

—No hijo… ni siquiera tú lo sabes todo. Por primera vez en mi vida voy a contradecir al jefe de la familia. —El rostro de la vieja reflejaba una inmensa paz y hasta contento. Salvo por sus dificultades para respirar, se hubiera dicho que ambos dialogaban en la casa familiar, a la luz de la lumbre. Tras una larga y dificultosa inspiración, la vieja siguió diciendo—: Hijo dulcísimo, mi gloria y mi gozo… No sé nada de ciencias… ni siquiera aprendí a leer, pese a que tu padre se ofreció a enseñarme. Toda la vida me he limitado a obedecer, como una buena musulmana. Primero a mi padre, después a mi esposo, luego a ti. Nunca me hice preguntas, no cuestioné la autoridad ni la tradición. Dios todopoderoso ordenó al corazón obrar según la fe y al exterior del ser humano mostrar actos de obediencia… Hasta hace pocos años.

Hamet escuchaba sorprendido el discurso que su madre vertía en palabras sosegadas y escogidas. Precisas. Siempre supo que a Ruqaya no le faltaba inteligencia, porque los escasos consejos que prodigaba,

con prudencia y extrema timidez, rebosaban sabiduría, amor y reverencia a Dios, una sagacidad penetrante y un espíritu inquieto.

—Necesito decirte antes de irme solo dos cosas. Entonces podré marcharme tranquila… La primera es que has sido el mejor de los hijos, mi orgullo. Yo conocí, claro, a tu padre, a tu abuelo e incluso a tu bisabuelo, en gloria estén todos. Por eso puedo decírtelo y te aseguro que no me equivoco: eres el mejor de los Banu Quzman y el mejor de los hombres.

—Madre… —Hamet no podía contener las lágrimas. Se daba cuenta de que por primera vez mantenía una conversación de tú a tú con su madre y se producía a las puertas del final. Los demás miembros de la familia seguían durmiendo. Nadie más asistiría nunca a ese hecho insólito.

—Calla, por favor. No me obligues a reñirte, como cuando eras un crío y no querías comerte los garbanzos… —Un leve acceso de risa, casi un amago, produjo de nuevo una grave crisis de asfixia a la vieja, que por poco acaba con ella. Hamet la abrazó suavemente, tratando de tranquilizarla. Quiso atraer su atención, rescatarla de la muerte.

—¿Y la segunda?

Ruqaya salió de las sombras en las que parecía a punto de sumergirse definitivamente y reunió fuerzas para pronunciar sus últimas palabras, apenas unos segundos antes de morir, en un discurso sorprendentemente largo y pausado, que Hamet nunca olvidaría.

—Sé que tienes dudas. Muchas dudas. Has sido así desde niño: tímido, inseguro… como yo. Por eso es importante que valores bien lo que acabo de decirte. Para que no dudes más. Has elegido siempre el camino correcto, el camino del honor, la verdad, la sumisión a Dios… también con tus hijas. Nunca te dije lo que opinaba de Alima. Sé que discutiste amargamente con Zuhara y no quise meterme. Ella no piensa como yo… como nosotros. Su respeto de la tradición, su miedo a la opinión de los vecinos… ¡Cuánto sufrimiento hubo en esa casa por culpa de Alima! Recé mucho y pensé mucho… Y creo que Dios me iluminó. Por eso, no quiero irme sin decirte que hiciste lo correcto. Dejarle estudiar el *Fiqh*, dar curso a las ansias de su espíritu inquieto… Yo pensaba: ¿es que la costumbre no puede cambiarse? Siempre te has culpado por haber sido blando con tus mujeres. Nunca has pegado a Zuhara, pese a que algunas veces yo misma he querido hacerlo… Dios me perdone… Y apenas a tus hijas. Has hecho bien. No te culpes… Al final de mi vida me doy cuenta de que Dios nos quiere libres, a todos, también a las mujeres… No es cierto lo que dicen los descreídos y los ignorantes *Allahu Dakar*… ¿Dios es macho? ¿Quién lo sabe?… déjalas que sigan cada una su propio camino… Hijo…. Dios escucha a quien le alaba…

Ruqaya se convulsionó por última vez, abriendo mucho los ojos y la

boca, en un vano intento por respirar, componiendo un retrato extraño. Después, poco a poco, sintió que la muerte la iba envolviendo como en un abrazo, su rostro se fue dulcificando y el rictus de dolor se fue transformando en una sonrisa plácida. Hamet volvió a la agonizante hacia la *qibla*, le apretó suavemente la mano, y volvió a susurrarle con voz suave la jaculatoria («No hay otro Dios que Allah») y suras del Libro, mientras su madre abandonaba este mundo con una mano posada en la cabeza de su hijo y una bendición en los labios.

Al poco de amanecer, los Banu Quzman enterraron a Ruqaya a la vera del camino, en las alturas del puerto. El lugar, abierto a los cuatro vientos, resultaba tan gélido que las lágrimas parecían a punto de congelarse. Con la mayor solemnidad posible, Hamet realizó todo el ritual prescrito, colocó las macabrillas y dirigió la oración: «Alabado sea Dios, que da la muerte y da la vida. Alabado sea Dios, que resucitará a los muertos… Dios nuestro, este cadáver es tu sierva, Ruqaya, hija de tu siervo y de tu sierva. Tú la creaste y le hiciste vivir. Tú la has llevado a la muerte y tú la vivificarás de nuevo. Sabes mejor que nadie sus secretos y sus actitudes exteriores. Venimos a ti como sus abogados a rogarte por ella. Dios nuestro, te pedimos que le protejas según tus promesas puesto que eres la Lealtad y el Honor. Dios nuestro, guárdale durante el juicio de la tumba y presérvala de la tortura del infierno. Dios nuestro, perdónala y dale tu misericordia, excúsala de todo mal, otórgale generosa acogida en tu casa, abriendo de par en par sus puertas, lávala con agua, nieve y granizo y purifícale de sus pecados como está purificada una sábana blanca de toda suciedad. Dale a cambio una buena morada, mejor que la que tuvo aquí abajo… Ella necesita de tu misericordia, pero tú puedes pasarte sin castigarla. Dios nuestro, asegura su razón cuando sea interrogada y no le aflijas en su tumba con lo que sus fuerzas no puedan resistir…». En su corazón pesaba al cadí como una losa la imposibilidad de dar a su madre un sepelio a la altura de sus merecimientos: debieron amortajarla con su camisón, su camisa y su turbante, unos simples harapos a esas alturas del viaje. La lavaron sus nietas, torpemente, un número impar de veces con agua estancada y manojos de hierba, la cara y las manos hasta llegar a los codos. Le ocultaron sus vergüenzas y le apretaron el vientre con cuidado. Zuhara no pudo participar en el lavado, pues es preferible que una mujer que menstrúe no lo haga. No pudieron embalsamarla, como resulta deseable, colocando los bálsamos entre las mortajas. Finalmente, la enterraron en un agujero poco profundo, apenas cubierto por unas cuantas piedras irregulares.

Después empezaron el lento y penoso descenso. Al fondo, hacia el este, de vez en cuando los recodos del camino permitían ver el río Guadiaro. Al norte, hacia Olvera, decenas de incendios hablaban de una guerra que parecía continuar, como aseguraba Mahmud. Sin decir

nada a los suyos, para no angustiarlos, Hamet pudo contemplar incluso las fumaradas de polvo de las cabalgadas. Pero conforme descendían, la evidencia no pudo ocultarse más, pues hasta ellos llegaba en ocasiones, traído por los vientos, el entrechocar de los hierros, el retumbar de los cascos de los caballos, el olor de los fuegos…

Hicieron un alto al mediodía, para la oración prescrita (*salat az—Zuhr*). Consciente de que necesitan llegar cuanto antes a Ronda para escapar de los peligros de los caminos, la primera intención de Hamet fue unir las oraciones del mediodía y de la tarde, como está permitido. Pero los suyos estaban al borde de sus fuerzas y necesitaban un descanso. Así que en cuanto percibió que las sombras empezaban a crecer, ordenó la parada.

Al resguardo del viento y a mucha menor altura, la temperatura resultaba casi agradable, y los Banu Quzman se permitieron dormitar un poco, tras la terrible noche. Pero no Hamet. El cadí no podía dejar de repetirse las palabras de su madre, que lejos de aliviarle, le habían dejado un poso de amargura. Por el tiempo perdido, porque se daba cuenta de que nunca había mirado a su madre como a una persona con su propio juicio, con sentimientos, con aspiraciones, con enseñanzas que ofrecer… Siempre supo que no le faltaba el seso, pero detrás de aquella fachada de matrona honorable, rica desde niña y despreocupada de todo lo que no fuera el cuidado de la familia, nunca percibió el valor singular de una persona sensible, de aguda inteligencia, y se sentía culpable por no haber hecho partícipe a su madre de sus dudas, de sus angustias, de sus aspiraciones.

Para conjurar su aflicción, el cadí se dedicó a contemplar a los miembros de su familia. Adormecidos cara al tímido sol invernal, sus caras sucias parecían casi felices. Los afortunados quedaron completamente dormidos poco después de dar unos bocados, y ahora disfrutaban de unos momentos de verdadera paz. Zuhara, rocosa, daba cabezadas, resistiéndose a perder por completo su actitud vigilante, pero al poco tiempo tampoco ella pudo vencer al sueño. ¡Cuánto daría Hamet por dejarles descansar un poco más! Pero no podía. En cuanto la sombra de todas las cosas alcanzó el doble del tamaño de estas, las levantó para la oración de la tarde (*salat al-Asr*) y tras cumplirla con sumisión sincera y toda la reverencia posible en sus penosas circunstancias, con la espalda recta y manteniendo los brazos apartados de los costados, moviendo la lengua para pronunciar el Corán literalmente, retomaron el paso.

Sumido de nuevo en amargas reflexiones seguía Hamet mientras trataban de culminar el descenso hacia el valle del Guadiaro. Buscando evitar las zonas de combates, cambiaron el rumbo varias veces, alargando el trayecto, a veces subiendo de nuevo; así la marcha

se hacía penosa. A las dificultades de los peñascosos senderos de montaña se añadía ahora la espesura del sotobosque que desde el río se elevaba buscando las alturas de las sierras, tejiendo un manto impenetrable de ramas entreveradas. Hamet quería evitar a toda costa los caminos de la llanada, donde sin duda quedarían más expuestos. Pero llegó el momento en que no pudieron evitarlo.

Con enorme aprensión y todavía sumido en sus pensamientos cabalgaba Hamet a la cabeza de los suyos por una anchurosa meseta, despoblada y casi despejada de vegetación, cuando un retumbar de cascos y una polvareda le sacaron bruscamente de su estupefacción. Sin que tuvieran tiempo de esconderse, una decena de caballeros se acercaba hacia ellos al galope. En la distancia, tardó el cadí en distinguir quiénes eran, pero al poco su corazón dio un vuelco cuando entre la tolvanera se dibujaron unos pendones blancos con una cruz roja. «¡Los monjes guerreros!», pensó Hamet aterrorizado, recordando que con frecuencia los frailes mataban a los musulmanes sin concederles siquiera la posibilidad de ser rescatados o vendidos como esclavos.

Entre tolvaneras de polvo, los caballeros calatravos les rodearon con las lanzas enristradas y las cabezas cubiertas con yelmos. Los dos esclavos portugueses, en cuanto se dieron cuenta de lo que ocurría, se arrojaron de rodillas a los pies de quien parecía ser el jefe gritando: «¡Cristo! ¡Cristo!».

El líder de la partida se alzó la visera del yelmo y encaró a los caminantes uno a uno. Lanzó una mirada apreciativa a la yegua de Hamet y preguntó:

—¿Quiénes sois y de dónde venís? —Antes de que Hamet pudiera decir nada, los portugueses comenzaron a relatar su desventura, atropelladamente, quitándose la palabra unos a otros, hasta que el caballero les mandó parar con su fuerte vozarrón.

—¡Basta! En el nombre de Dios, callaos que no os entiendo. Hablad de uno en uno. A ver tú —dijo señalando al más viejo de los esclavos habla y cuéntamelo todo desde el principio. Los demás, silencio.

El esclavo dijo ser Joao Rodrigues, natural de Ponte de Lima, en el reino de Portugal. Marinero y pescador, fue capturado por corsarios musulmanes a la altura del cabo San Vicente hacía solo dos meses, al mismo tiempo y en la misma nave que su compañero de penurias, allí presente, también portugués, de Guimaraes, Alfonso Pires. Les llevaron a Tarifa, donde el arráez de la nave vendió en almoneda todo su botín viviente a un judío marroquí. Con una caravana de esclavos, fuertemente escoltados y encabezados por su nuevo amo, recorrieron diversas poblaciones cercanas al Estrecho de Gibraltar; en cada sitio, el mercader vendía algunos de los cautivos de la partida mientras que otros nuevos, sobre todo mujeres cristianas, se añadían a la recua.

Finalmente, encontrándose la caravana en Zahara, el moro que les acompaña les compró a los dos y desde entonces han caminado con él por estas serranías, hasta que por la gracia de Dios habían tenido ese feliz encuentro.

Mientras hablaba, aún de rodillas, el esclavo elevaba los brazos al cielo, y gesticulaba mucho. Lloraban los dos con amargura y alivio, pues ya se veían condenados a una vida de esclavitud y humillaciones.

—Quitadles los grilletes —gritó el caballero, que miró fijamente a Hamet.

—Tú ¿quién eres y de dónde vienes? ¿No sabes que la ley de Castilla prohíbe que un moro sea propietario de un esclavo cristiano? Habla, por tu vida, y elige bien tus palabras, porque te arriesgas a acabar ahorcado en una encina.

Hamet trató de mantener su compostura, se adelantó unos pasos y aclaró su voz, para hablar en buen romance.

—Honorable, señor. Mi nombre es Hamet ibn Ismail ibn Quzman y me acompaña casi toda mi familia. Venimos de Sherish, de donde hemos sido expulsados por orden del rey Alfonso, a cuya clemencia debemos la gracia de la vida. Salimos de Sherish sin nada, por orden del rey, a pie. Y hemos hecho un penoso camino, lleno de peligros: nos han robado, mi hija pequeña fue torturada y muerta por bandidos bereberes, mi madre ha muerto de frío esta misma alborada… Nos dirigimos a Ronda, cumpliendo la orden del rey de abandonar sus reinos. Por favor, señor, os lo ruego, dejadnos ir en paz.

—Y dime, Hamet ibn Ismail. Si salisteis de Jerez sin nada, como el rey ordenó en justo castigo por vuestra rebelión, ¿cómo has podido comprar dos esclavos?

—Señor. En Zahara recibimos merced y protección del alcaide de la villa, el honorable Mahmud ibn Muhammad. Él nos regaló estas caballerías y el oro suficiente para comprar los dos esclavos al judío. Pero el único motivo por el que los compré es que necesitaba la fuerza de sus brazos para portar a mi difunda madre hasta Ronda. Allí pensaba liberarlos…

—No me mientas Hamet, si es que un sarraceno amigo de Satanás puede alguna vez dejar de mentir. Conozco a Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas, ese peligroso y sañudo hijo de puta. Tan bravo guerrero como pobre. Me creo que te haya amparado, pero no que te entregara dinero y mucho menos esta hermosa yegua que vale el rescate de un prohombre de mucha alcurnia. Dime la verdad moro, aprovecha tu última oportunidad, en el nombre de Dios, que es a la vez verdadera Trinidad.

Hamet se puso de rodillas y se puso la mano en el corazón.

—Señor. Se ve que sois un bravo y honorable soldado. Un hombre de Dios que lucha por los suyos en buena ley, arrostrando los peligros

de los tiempos. La fama de vuestra orden se extiende por todo el mundo y los musulmanes os tememos tanto como os respetamos. Por favor, no manches tus manos con sangre inocente. Te digo la verdad. Pregunta si quieres a los esclavos. Ellos podrán describirte todos los pasos que hemos seguido en los últimos días.

Con una simple y autoritaria mirada, el cabecilla de los monjes guerreros indicó a Joao que hablara. Y este, sorprendentemente, confirmó casi todas las palabras de Hamet, añadiendo, además, que habían recibido un buen trato y comida suficiente de su nuevo amo, a diferencia de lo que ocurría con el judío, que les mataba de hambre.

—No sé de dónde sacaron las doblas de oro de nuestro precio los moros que nos compraron… Pero todo lo demás es cierto. Llevamos con ellos unos pocos días, y en este tiempo nos hemos limitado a cargar a su madre en una silla de manos. La vieja murió durante la noche y la enterramos esta misma mañana. Esa es la verdad y no otra.

El calatravo se quedó un rato mirando fijamente a Hamet, pensativo. Después gritó a los suyos nuevas órdenes.

—Quitadles todo lo que lleven encima de valor, el oro, la plata, las joyas… todo menos la comida y el agua, y las ropas, si son modestas. Y también todas las caballerías. —Volviéndose a Hamet, le dijo—: Vosotros podéis seguir vuestro camino en paz, como el rey ha ordenado. Pero tratad de llegar a Ronda lo antes posible, porque los caminos rebosan de malhechores. Habéis tenido suerte conmigo. Yo, nosotros… no somos ladrones.

Mientras los escuderos de los monjes registraban los equipajes, uno de ellos gritó.

—¡Señor! ¿Qué hacemos con estos libros, nos los llevamos o se los dejamos?

El adalid se acercó a la bolsa de cuero donde Hamet transportaba sus más valiosas pertenencias. Se bajó del caballo, entre gruñidos de hierro, y expurgó entre los códices y manuscritos. Tomó uno de ellos, y lo acarició cuidadosamente.

—Veo que tienes el *Kitab al-I'tibar*… Una joya muy rara de encontrar… y muy valiosa. ¿Cómo te dejaron salir de Jerez con estos libros?

—Señor, el rey permitió que lleváramos con nosotros nuestros instrumentos de trabajo. Yo… soy cadí, un hombre de letras y de leyes, profesor de Árabe y de Derecho. Necesito estos tratados para ganarme la vida.

Mientras decía estas palabras, Hamet miraba humildemente al suelo y, sin quererlo, se fijó en los escarpines que calzaba el escudero que había hablado. Con poco esfuerzo, pudo distinguir sobre el fino cuero la amada caligrafía del Corán. El cristiano se había fabricado zapatos con un ejemplar del Libro Sagrado que habría escamoteado en algunos de sus saqueos y, sin duda, pensaba hacer lo mismo con el nuevo botín. Un rictus de terror se dibujó en el rostro del cadí, sin poder evitarlo.

El monje abrió los labios con una sonrisa irónica. Soltó el códice y gritó a los suyos.

—¡Nos vamos! Y llevaos también los libros del moro. Valen mucho más que él mismo.

Los Banu Quzman se quedaron solos en la llanura. Sin decir palabra, Ali puso una mano en el hombro de su padre, sabiendo que quitarle los libros era como llevarse un pedazo de su alma.

Hamet sonrió, dio gracias a Dios por haberles sacado del aprieto y ordenó que apretaran el paso para llegar a Ronda antes de la puesta de sol.

Así, sin nada, desprovistos de todos sus bienes salvo de unas cuantas hogazas de pan duro, recorrieron los Banu Quzman las últimas leguas de su viaje. Conforme se iban acercando a la ciudad del tajo, los caminos se fueron llenando de gente, refugiados como ellos, que desde todas las direcciones acudían al amparo de la poderosa alcazaba de Ronda. La marea humana se fue acrecentando hasta que, a media legua de la villa, se formó una columna de menesterosos, hambrientos y sucios viajeros que trataban de penetrar por la puerta del arrabal. Soldados encabalgados ponían orden en la cola, gritando que la villa rebosaba de refugiados y que ya no cabían más personas intramuros.

—Por orden del señor de Ronda… ¡Escuchad! No podéis entrar en la medina. Ya no hay sitio para nadie más. Podéis descansar unos días en las riberas del arroyo de las Culebras y después tendréis que marcharos a otro sitio. Se os dará pan. ¡Escuchad y obedeced, si no queréis que empleemos la fuerza!

Empujados más que escoltados por los soldados a caballo, el tropel de refugiados se arrastró penosamente a donde les dirigían. Desde lo alto, los fuertes muros de Ronda seguían ofreciendo su promesa de abrigo y seguridad. Los exiliados los miraban ansiosamente, haciendo

cábalas sobre cómo lograrían introducirse.

Las hermosas praderas verdes que flanquean el arroyo de las Culebras, antes de que sus aguas corten como un cuchillo los dos impresionantes farallones en cuyas cimas se erige la ciudad, quedaron pronto oscurecidas por las ropas pardas de los caminantes. Por todas partes empezaron a prender los fuegos. El frío arreciaba y el pan prometido no llegó. Los Banu Quzman pasaron otra noche de pesadilla, mientras por doquier se escuchaban los mismos relatos de horror y muerte, de expolio y latrocinio. Las violaciones se silenciaban, pues nadie quería exponer tal deshonra, pero los rostros obnubilados de muchas doncellas y sus sayas manchadas de sangre testimoniaban que muchas de ellas habían perdido su más preciado tesoro recientemente y en las peores manos.

Hamet alimentó con algunas boñigas secas la lumbre que habilidosamente había prendido Ali con el pedernal y la poca yesca que les quedaba, dando de nuevo gracias a Dios por que los monjes no se llevaran los escasos alimentos que portaban. Discretamente, para no despertar envidias y rencores, su familia pudo cenar esa noche un poco de pan y unas nueces. La previsora Zuhara había empezado a racionar las provisiones, pues nadie sabía lo que les esperaba, ni si Muhammad se encontraba en Ronda con los socorros planeados.

Sin poder dormir, Hamet seguía dándole una y otra vez vueltas a lo mismo. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo entrar en Ronda? Por el campamento, pronto empezaron a aparecer los buitres y desaprensivos que siguen a todas las catástrofes ofreciendo todo tipo de productos, vino, pan, mujeres… a precios desorbitados. Y también maneras seguras, afirmaban, de penetrar en la ciudad. Pero Hamet ni se fiaba de ellos ni tenía con qué pagarles, así que no sabía qué curso tomar.

La mañana le sorprendió insomne, agotado y sin fuerzas ni soluciones. Con razón afirmó el Profeta que «el buen sueño en un hombre justo es una parte de las cuarenta y seis bendiciones en que se divide la profecía». En el improvisado campamento cundió repentinamente el desorden cuando se pudo oler el pan recién horneado y se formó un tumulto en el que perdieron la vida varios ancianos. Pero pronto la marea de gente se disolvió entre juramentos, pues solo habría pan para quien pudiera pagarlo.

Hamet pasó buena parte de la mañana de un lado a otro, tratando de recabar información. Dejó a Ali al cuidado de los suyos y de sus escasas pertenencias, que hoy constituían un tesoro. Quizás, pensaba el cadí, vendiendo sus provisiones podrían pagar a alguien para que les introdujera en la medina. Pero y una vez dentro, ¿qué? Nada sabían de la situación intramuros, ni si habría alojamientos disponibles. Sobre todo, nada sabían de Muhammad. ¿Seguiría vivo? ¿Habría logrado sus cometidos?

Sin respuestas, regresó con los suyos tras sus vanos intentos de recabar información segura y allí se encontró con varias respuestas y muchas desazones.

—¡Muhammad, hijo! —En cuanto el cadí creyó reconocer las formas familiares de su hijo en el individuo que abrazaba a Amat corrió hacia él para comprobarlo. Pero cuando el hombre le volvió la cara, Hamet no pudo evitar un estremecimiento. Era efectivamente Muhammad, pero mucho más viejo, sin apenas dientes ni pelo. En la cara lucía costras de sarna y portaba un sucísimo capirote a modo de sombrero. De su albornoz quedaba poco más que unos andrajos mugrientos.

Cuando el joven vio a su padre, se separó de su esposa y le abrazó, entre sollozos.

—¡Todo, padre! ¡Todo! Me lo han quitado todo. Lo siento… —Hamet, tan confortado por ver a su hijo con vida como desconsolado por la noticia de su definitiva ruina, trató de reanimar a su hijo, con suaves palabras.

—Tranquilo Muhammad. Siéntate, no te preocupes por eso. Siéntate y cuéntanoslo todo. —Ramla le acercó a Muhammad un cuenco de agua y media hogaza de pan negro, que su hermano devoró con toda la velocidad que le permitía su boca casi despoblada de dientes. Mostraba bien a las claras que portaba un hambre antigua, fruto de una situación aún más penosa que la del resto de su familia.

Cuando hubo saciado un poco su apetito y después de acariciar el rostro de su esposa, Muhammad comenzó a relatar sus andanzas desde que salió de Sherish, hacía casi un año, mientras engullía las almendras que le iba pelando y machacando entre piedras su madre.

El primogénito de los Banu Quzman había pasado un calvario efectivamente peor que los que permanecieron en Sherish. Al poco de salir de la ciudad, con los bienes muebles y las promesas de pago libradas contra mercaderes judíos de Ronda, se topó con una partida de bandidos francos, renegados de los ejércitos de Castilla que se escondían de todos y a todos robaban. No hablaban romance y desconociendo el valor de las letras de cambio, las usaron para prender fuego. La plata pura y el oro acrisolado que llevaba se lo repartieron, y también las joyas, que de inmediato empezaron a cambiar de manos, pues padecían el vicio de los naipes y de los dados. Con frecuencia pasaban noches enteras jugando a la luz de la lumbre, entre tragos de vinazo, juramentos y querellas que en ocasiones concluían con el desparramamiento de las tripas de alguno.

Como no podían abandonar los despoblados, encontraban gran dificultad para vender los cautivos que capturaban. Las mujeres suelen ser fáciles de colocar, por la mucha demanda. Pero vender a un adulto como Muhammad fuera de la almoneda resultaba casi imposible, así que este pasó meses sirviendo de mozo de carga, aguador, cocinero y

palafrenero de los francos, sufriendo mucho mal trato y padeciendo una alimentación tan escasa que su salud se vio muy mermada. Padeció diversas dolencias que debió sobrellevar y ocultar al límite de sus fuerzas, sabedor de que en el momento en que dejara de ser de utilidad para la partida lo colgarían de un árbol. Pero cuando contrajo la sarna de la que le quedan úlceras bien visibles, supo que si seguía con ellos no duraría mucho y decidió que solo lograría sobrevivir escapando a la primera oportunidad, pese a los riesgos que conllevaba.

No tuvo, sin embargo, necesidad de hacerlo, pues se produjo el más inesperado de los acontecimientos. La partida se movía por las alturas de la sierra de las Yeguas, al sur de Estepa. Desde sus atalayas, acechaban a las recuas y a los caminantes, cobrándose muchas presas. Pero un día mordieron un bocado demasiado poderoso, que no pudieron tragar.

Les confundió su escaso número, apenas diez personas encaballadas en buenos rocines. Envueltas en sus capas camineras, iban al paso, embozados. Quizás por eso los confundieron con monjes, o comerciantes. Ante tan buena oportunidad de ganancia, los francos les acometieron desde la altura, con poca preparación, dispersos… Y ya fue tarde cuando repararon en su error. Porque en cuanto los caminantes se soltaron los correajes de sus capas, pudo apreciarse que nueve de ellos iban completamente forrados de hierro y fuertemente armados. Salieron las espadas de sus vainas y en un tiempo sorprendentemente corto, la mayoría de los cuellos de los francos quedaron rebanados. Solo un par de ellos quedaron con vida y escaparon al galope sin llevarse nada de sus vituallas ni pertrechos.

Los guerreros que trataron de atraparlos dieron con la guarida de los francos y allí encontraron sus botines y los pocos esclavos que no habían podido vender, entre ellos Muhammad. Hacia allí se dirigieron todos para acampar y regalarse con los bienes ganados en buena lid. Los aterrorizados cautivos se agruparon alrededor de un árbol, sin saber qué iba a ser de ellos y, en cuclillas, comenzaron a recitar débilmente suras del Corán. Nadie parecía prestarles atención, pero con la intuición generada en las penurias del cautiverio, sabían que todo intento de escapada resultaría vano y mortal.

Los cristianos adobaron una hoguera y asaron unas carnes. Salió el vino y cuando todo estuvo preparado, avisaron a quien parecía ser el jefe, que seguía embozado mientras examinaba el botín conseguido. Cuando este se quitó la capa, Muhammad advirtió con sorpresa que se trataba de una mujer, una hermosísima mujer, con una espesa mata de pelo rojizo, de buenas carnes, a la que trataban con gran respeto y reverencia.

Después de dar cuenta de las carnes y mientras seguían trasegando

copas, salieron a relucir los naipes. Largas horas pasaron los militares, todavía cubiertos de las armaduras que parecían no quitarse jamás, y la mujer jugándose el botín de los francos. Muhammad cambió varias veces de manos, hasta que, al final, todos los cautivos y el botín al completo pasaron a pertenecer a la mujer, que a todas luces era experta jugadora, pues según pudo escuchar Muhammad, todos los de la partida cargaban frente a ella con graves y crecientes deudas de juego.

A la mañana siguiente, cuando la pelirroja por fin se molestó en examinar de cerca las ganancias de la noche, puso sus ojos en Muhammad y sintió una gran repulsión. El aspecto del cautivo debía ya resultar terrible, por la sarna, pero cuando el muchacho observó la cara de repugnancia de la mujer vio en ello una oportunidad. Empezó a rascarse compulsivamente las costras de sus úlceras y la Balteira dio compulsivamente unos pasos hacia atrás, ordenó inmediatamente que lo soltaran y le mandó que se alejara de allí a todo correr, si no quería perder la vida. La mujer pensó que se trataba de un leproso y mandó quemar todas las ropas y objetos que hubieran estado en contacto con el cautivo.

Dando gracias a Dios, que le había salvado en tan mala hora, Muhammad corrió en cuando le quitaron los grilletes, pendiente abajo, tropezando muchas veces, y solo paró cuando perdió de vista a los cristianos. Aterido, hambriento, pero libre, caminó días y noches, por despoblados, evitando otro mal encuentro, hasta que por fin llegó a Ronda, su destino, donde debía encontrarse con su familia. Llegó a Ronda hace unas cuatro semanas y desde entonces vive de la mendicidad, refugiándose donde puede, pues no ha encontrado amigos de la familia por ninguna parte. Del judío Abraham ibn Jafar, el agente de los Banu Quzman en la medina, nadie sabe nada: probablemente habrá emigrado a otras tierras más seguras.

El relato de Muhammad llenó de consternación a los Banu Quzman. Se encontraban por fin en Ronda, pero sin poder entrar en la ciudad y sin ninguno de los bienes con los que tenían previsto empezar una nueva vida. Esa noche, a la luz de la lumbre, los tres varones de la familia decidieron qué rumbo tomar. Con la estación tan avanzada, en los meses más fríos del invierno, enfrentarse otra vez a los caminos resultaba descartado. Solo la necesidad de reunirse de nuevo los abocó a salir de Zahara. Pero ahora que se habían reunido resultaba necesario esperar. Afortunadamente Muhammad, aunque nada poseía, había acumulado recientemente mañas de pícaro y sabía cómo entrar y salir de la medina por senderos desusados y los aliviaderos de los baños. Así que decidieron reponer fuerzas el día siguiente en la ribera del arroyo de las Culebras, para entrar de tapadillo en Ronda en cuanto la oscuridad y el silencio lo hicieran posible.

34. Ronda. Diciembre de 1267-mayo de 1268

Así fue como los Banu Quzman entraron en Ronda, no encaballados sino andariegos, menesterosos y no pudientes, desolados y no felices. Guiados por Muhammad, la patética caravana recorrió unos escarpados senderos que, ganando altura, se introducían en los aliviaderos de los principales baños de la ciudad. En medio de una tremenda negrura, caminaron ciegos, dando vueltas y revueltas. Pero Muhammad, que había recorrido esos pasadizos en muchas ocasiones, les alentaba, prometiéndoles una pronta salida a cielo abierto.

El abigarrado caserío rondeño, con sus calles estrechas y retorcidas, se mostraba esa noche con el bullicio propio de los últimos tiempos. Cientos de gentes sin techo dormitaban por cualquier recodo, a resguardo de los vientos. Por todas partes, tenues hogueras trataban inútilmente de calentar a los refugiados. Alrededor de las fuentes, la muchedumbre de indigentes se apretaba aún más. Para progresar, los Banu Quzman hubieron de sortear fardos, cuerpos durmientes y cadáveres. Una visión de pesadilla que Hamet tardaría en olvidar.

Siguiendo a Muhammad, caminaron un buen trecho hasta que llegaron a una destartalada covacha que se abría en la ladera de una colina. Tras apartar con cuidado los toscos maderos desparejados que hacían las veces de puerta, los recién llegados pudieron contemplar decenas de cuerpos amontonados unos contra otros, por la falta de espacio y la necesidad de abrigo, que dormitaban entre ruidos, ronquidos, pitidos de asfixia y olores indefinidos, una mezcla de sudor rancio, humedad, aliento avinagrado, serrín, paja y excrementos.

—Quita de ahí, cabrón. Ese es mi sitio. —De una patada, Muhammad apartó al muchacho, casi un niño, que se acurrucaba sobre un nicho de paja casi seca, en un recoveco de piedras. Como habitante antiguo del lugar, y según las reglas consuetudinarias de la picaresca, Muhammad se había hecho acreedor de ciertos privilegios, que reclamaba de acuerdo con las maneras imperantes en tan despiadado entorno.

Allí se apretujaron como pudieron los Banu Quzman, recostando sus espaldas contra la fría piedra, que en muchos puntos rezumaba humedad. Se miraron unos a otros, contemplándose a la luz de las hogueras sus caras, danzantes y fantasmagóricas, con perplejidad, cansancio y algo de alivio. Al fin y al cabo, habían llegado a su destino y habían escapado de una muerte segura. Como siempre, fue la incansable Zuhara la que buscó la forma de elevar los ánimos.

—Bueno, hijos. Demos gracias a Dios, ¡ensalzado sea!… al menos estamos todos juntos.

—Todos no…. No todos —dijo Hamet, acordándose, sin poderlo remediar, de Ismail, de su dulce Yamila y de su madre.

Comenzó entonces el más duro periodo de la vida de los Banu Quzman, en medio de una ciudad hostil, en pleno invierno, el más crudo que se recordaba en muchos años. Cada día necesitaban emplear nuevas mañas para procurarse algo que llevarse a la boca y no siempre lo conseguían. Cuando se agotaron las provisiones empezaron los retortijones del hambre; ni siquiera la habilidosa Zuhara había encontrado todavía la manera de multiplicar los panes, como hizo una vez el profeta Isa. Por eso ella misma debió lanzarse a las calles, como sus hijas, como todos los demás, para extender la mano, en busca de una limosna.

Hamet debió tragarse su orgullo y mendigó, como tantos otros. Su imagen ya resultaba suficientemente penosa para inspirar piedad: viejo, desastrado, mal vestido con harapos, con la barba y el pelo sucios y enmarañados. Pero para estimular a los paseantes, el cadí recitaba suras del Corán, o dichos del Profeta, relativos a la generosidad, mas generalmente con poco éxito. «Quien haya hecho el peso de un átomo de bien, lo verá; quien haya hecho el peso de un átomo de mal, lo verá», decía, y le depositaban en la mano unas calderillas de la peor ley. Con «El dar con esfuerzo es mejor que el dar con abundancia» interpelaba a quienes veía casi tan menesterosos como él. Con todo, sus preferidas eran: «No rechacéis jamás a un mendigo, aunque solo podáis darle una pezuña quemada» y «No echéis al mendigo, aunque no podáis darle más que un trozo de soga».

Sin embargo, al cadí le dolía más el hambre y la deshonra de sus hijas que su propia humillación. De mil maneras trató el cadí de encontrar una salida a su penosa situación. Llamó sin éxito a las puertas de todas las mezquitas de la ciudad en busca de alguna faena disponible. Buscó en los mercados, en las caravanas, en las curtidurías. Hasta para las más duras faenas sobraban los candidatos, que con frecuencia se peleaban sangrientamente, incluso a mordiscos, para conseguir una plaza que les permitiera comer ese día.

Buscó amigos, conocidos, antiguos alumnos, sin encontrar a nadie. Pidió en vano decenas de veces entrevistarse con el señor de Ronda para ofrecerle sus servicios, pero ni siquiera le dejaban acercarse a la puerta del alcázar. Por fin un día pudo lograr que un funcionario de su cancillería se comprometiera a conseguir esa entrevista, a cambio de una elevada suma de pan: el que necesitaba toda la familia de los Banu Quzman para comer una semana. Pero después de pensarlo mucho, Hamet accedió a la extorsión, cifrando sus últimas esperanzas en convencer al alcaide de que contara con sus servicios, en cualquier tarea que pudiera desempeñar. Cualquiera.

El funcionario, contra todo pronóstico, cumplió su promesa. Cuando

ya empezaba a perder las esperanzas, le entregaron a Hamet una convocatoria a la ciudadela. La pomposidad de la misiva le hizo concebir algunas esperanzas:

¡Alabanza a Allah por sus favores, gracias a Él por sus dones! Que el honorable cadí Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —¡que Allah proteja!—, sepa que le invitamos a reunirse con nuestra generosa persona.

Pero fueron vanas… El amo de Ronda era un frívolo y un pusilánime, que no perdía ocasión de reunirse con los refugiados más o menos famosos que cruzaban las tierras de su jurisdicción, por curiosidad principalmente, y con frecuencia para humillarlos aún más si no resultaban de su agrado. Persona acomplejada, lameculos de los magrebíes, gustaba de restregar por el fango a quienes sabía mejores que él. Cuando supo de la llegada a su plaza de un afamado jurista, quiso llamarlo a su presencia, para jugar con él al gato y al ratón. Con grandes aspavientos, demasiados, le recibió, le honró y le invitó a comer y beber, en presencia de su consejero y alguacil de la villa Abubena Abualah.

—Honorable Hamet ibn Quzman… He sabido de tus numerosas cualidades y del nivel de tus conocimientos, que según los alfaquíes sobrepasan a los de todas las personas que conozco… Ellos te tienen en gran estima, ¡que Allah (el más grande) te favorezca, te alegre y te obsequie! Dios sabe que conoces cosas que nosotros ignoramos… sin embargo, vistes una camisa sucia. ¿No te trata bien la vida?

—Sepa señor, ¡Dios te dé larga vida!, que tuvimos que salir de Sherish casi sin nada, y que lo poco que teníamos nos lo robaron por el camino. Nuestros pasos nos han traído a esta ciudad en busca de benevolencia y compasión. Quería hablar contigo para ponerme a tu servicio e implorarte ayuda, pues los míos pasan hambre y frío.

El valí le miró con ironía e hizo un gesto con la mano, como diciendo: «Ya sé que me mientes, que exageras, que tienes tesoros escondidos…». Haciendo como que no había oído la petición, siguió hablando de banalidades. Hamet debía actuar con cuidado. Inmediatamente se dio cuenta de los peligros que encerraba la entrevista. Sobre todo, cuando el alcaide, de repente, se lanzó a hablar de la guerra.

—La rebelión ha sido un fracaso. Los creyentes han sido expulsados de todas las comarcas regadas por el gran río y también de las próximas al Guadalete. Solo en Murcia, algunos afortunados han conseguido quedarse casi como estaban, de acuerdo a las cartas antiguas pactadas con el rey Fernán. Pero aún allí no se sabe cuánto durará esa situación, pues incluso los más leales al rey Jaime consideran que ha sido demasiado generoso con los murcianos y reclaman que deje de llamarse a la oración desde las mezquitas y que

los musulmanes sean juzgados por los tribunales cristianos y con jueces gallegos. ¡Tanta sangre, tanto esfuerzo, para nada! El Todopoderoso debe estar muy enfadado con los musulmanes de Al Ándalus para permitir que todo esto haya sucedido, ¿no lo crees así, docto Hamet? Quisiera conocer tu opinión sobre la revuelta.

—Es sabido que sobre la tierra no se mueve una brizna de hierba sin la voluntad del Invencible, alabado sea. De manera que sin duda, poderoso señor, así lo creo. Pero también entiendo que debemos penetrar un poco más allá en la voluntad divina y escrutar cuánto de la presente situación se debe a los yerros de los hombres, que no es poco, a mi juicio. Bien hacéis en fijaros en Murcia: años de guerra para, al final, pedir como gracia que se respete la situación que provocó la asonada: ¿es eso lógico? Me temo, mi señor, que los días de los creyentes en las regiones de Jerez, de Sevilla, y de Córdoba han terminado. Los rumíes no olvidarán la sublevación. ¡No destruya Dios tu casa!

El señor de Ronda escuchaba fijamente, sin decir palabra. Tomó un sorbo de vino, que le supo amargo, y volvió a preguntar.

—¿Y qué crees tú, Hamet, que debemos hacer ahora los musulmanes andaluces? ¿Darnos por vencidos o esperar a reforzarnos para reemprender la guerra?

Una pregunta tan delicada podía encerrar una trampa. Hamet aún no había decidido el curso de sus pasos: si quedarse en la Península o emigrar a África. Así que optó por la ambigüedad.

—Es difícil saberlo, mi señor. Yo no soy un guerrero y me cuesta evaluar las fuerzas de los ejércitos de los creyentes. Pero sé bien en mi corazón que la espada levantada por un musulmán de fe firme vale tanto como diez lanzas cristianas. Con la ayuda de Dios, vosotros, los líderes de nuestra comunidad, seréis capaces de hacer lo más justo y conveniente para el islam.

El alcaide lo encaró con enfado y casi gritó:

—¡Déjate de florituras, jerezano, y responde a mi pregunta! ¿Qué crees que debemos hacer: contraatacar o mantenernos en las fronteras actuales?

—Yo, humildemente, mi señor, considero que, dado que los pactos suscritos con el rey Fernán respetaban a los creyentes las fronteras del reino de Granada, nosotros debemos cumplir la palabra dada a los gallegos. Si analizamos la historia de los últimos años, vemos claro que cada ataque de los creyentes ha provocado una reacción cristiana aún más poderosa. Hasta que recuperemos el predominio y, con la asistencia de Dios, en cuya mano están el dominio y el poder, podamos vencerles en batalla, debemos mantenernos en las fronteras de Granada.

El alcaide lo miró con una sonrisa. Ya había obtenido lo que quería.

Defender en Ronda esa opinión suponía motivo suficiente para acabar crucificado. Había ganado la partida, como quería. Ahora debía decidir qué hacer con el ratón. Aburrido, tomo varios sorbos de vino, lentamente, mirando con intensidad a su presa. Finalmente optó por la clemencia y lo despidió. Otro cadáver más no haría sino enrarecer el aire de la ciudad, ya bastante fétido. Que se fuera a morir a otro lado ese orgulloso andalusí.

—Vete Hamet… Y no repitas a nadie lo que aquí has dicho si quieres conservar esa cabeza que según algunos tan bien sabes emplear. No puedo ayudarte. Nadie puede hacerlo en Ronda. Vete con mi bendición: te deseo, si no botín, por lo menos que salves la vida. Vete y vive, si puedes…

Siguieron más días de hambre y oscuridad. Después de muchas horas, desde antes de la alborada recorriendo las calles en busca de alguna ocupación, con frecuencia al ponerse el sol apenas habían logrado un pedazo de pan de grana envuelto con raíces de gamones, que debían compartir entre todos. Otras veces, conseguían algunos higos y pasas, o pan de escandia bermeja, que semeja la arena, o un puñado de harina que no tenían medios para cocer. Y eso, si había suerte, porque muchos días para poder comer, el honorable Hamet ibn Quzman tenía que volver a avergonzarse tendiendo la mano a los paseantes, mientras repetía las palabras del Libro: «Buscad, pues, en Dios el sustento».

Conforme avanzaba el invierno, la avalancha de refugiados crecía y la competencia por lograr los escasos puestos disponibles hizo que ni aun aceptando los trabajos más infamantes lograran sustento. Durante algunos días, Ramla y Aixa consiguieron ganarse un chusco de pan negro encargándose de reponer y limpiar los cubos de pasta depilatoria de los baños, pero el propietario las despidió para poner en su lugar a una anciana desdentada que aceptó desempeñar el mismo trabajo que las dos hermanas sin mediar salario alguno, para vivir de las escasas e improbables propinas. Algo parecido les ocurrió a los hombres: durante un tiempo encontraron un magro salario vaciando y limpiando pozos negros, la peor de las tareas. Pero pronto también se ofrecieron voluntarios para hacerlo por nada, o solo por la esperanza de recibir unos chuscos de panizo durísimo. Solo el infatigable Ali consiguió un trabajo de carbonero, penoso pero regular, y tan mal remunerado que apenas le daba para alimentarse él mismo. Durante semanas enteras tuvo que andar a la intemperie, desbrozando montes, preparando chozas cubiertas de madera verde para quemarlas y obtener carbón, que después debía transportar a hombros hasta Ronda.

La suerte de los Banu Quzman no difería de la de otros tantos refugiados andalusíes. Cada amanecer, los ayudantes del alguacil

recogían de las calles cadáveres famélicos, en los puros huesos, completamente desnudos y algunos desmembrados. Se sabía que se estaban produciendo casos de antropofagia e incluso que algunos padres, en su desesperación, recurrían a comerse a sus hijos, por lo que el cadí mayor tuvo que poner coto a tales desatinos mediante crucifixiones y hogueras. Solo la promesa de un padecimiento atroz ponía freno a los instintos más primarios de supervivencia.

La población de Ronda, sobre todo los refugiados menesterosos, soportaba tantas penurias que pronto floreció en Ronda una industria siniestra: algunos desaprensivos que se autocalificaban de físicos manipulaban a cambio de un alto precio a los niños recién nacidos, e incluso a los de corta edad, para convertirlos en ciegos, tullidos o deformes, de modo que sus familias pudieran utilizarlos para mendigar, bien ellos mismos, u otros mediando un alquiler. Con tanta abundancia de chiquillos así mutilados, que se desparramaban por todas las calles haciendo a veces difícil el paso de los transeúntes, rara vez los Banu Quzman, que gracias a Dios conservaban todos sus miembros y formas agradables a la vista, conseguían ablandar los corazones de los paseantes.

Una tras otra, se acumulaban las humillaciones, algunas completamente inesperadas. En Ronda se encontraron con otros exiliados de Sherish. La mayoría tan menesterosos como ellos, así que no podían prestarse ayuda mutua y se despedían entre lágrimas después de compartir sus penas. Pero algunos habían tenido más suerte, logrando un mediano pasar e incluso unos pocos habían prosperado.

Un día en que Hamet andaba por las calles de la ciudad, buscando desesperado comida o alguna ocupación que le permitiera allegar unas monedas, se topó con uno de esos paisanos, Abu l-Hasan al-Gahiz, así llamado por sus ojos saltones, que en ocasiones había trabajado para él como jornalero en sus fincas. Aunque hombre de pocas luces y no muy productivo, Hamet siempre le había tratado bien y le había pagado mucho más que generosamente, no por su eficiencia, sino porque tenía un buen puñado de hijos, con varias mujeres, a las que a duras penas podía mantener. La figura de al-Gahiz, luciendo ahora una buena aljuba del mejor paño y portando un turbante de un blanco impoluto, se le hacía muy extraña, casi fantasmal. ¿Verdaderamente era un ser vivo o un ánima en pena camino del paraíso?

El antiguo jornalero también lo vio, pero pareció no reconocerlo y siguió su camino. Pronto habría desaparecido entre el gentío que deambulaba a esa hora por las calles de Ronda, si Hamet no lo hubiera llamado.

—Abu l-Hasan, amigo, ¡qué alegría de verte! Este feliz encuentro proviene de la ayuda de Dios y de su favor.

El otro se volvió y fingió una sorpresa que no sentía, porque le había identificado claramente.

—¿Ibn Quzman, eres tú? ¿Qué haces por aquí? Pensaba que estarías en Marruecos, o en Túnez… un hombre de tu posición. ¿Pero qué ha pasado?

—Infamia, amigo, y mala suerte… Fuimos asaltados y robados a la salida de Sherish y desde entonces malvivimos de un lado para otro, buscando un sitio adecuado para reposar nuestros agotados huesos. ¡Dios decide! Nadie puede oponerse a su decisión. Pero veo que a ti te ha ido bien, ¿no es así?

El otro lo observó con desconfianza, sabedor de lo que habría de venir.

—No me puedo quejar, gracias a Dios… Fruto de mi mucho esfuerzo y de la benevolencia divina, he podido sacar a los míos adelante. Ahora vivo en Ronda, dedicado a diversos tráficos —dijo Abu l-Hasan con desgana y con gestos nerviosos, mostrando bien a las claras su prisa y sus ganas de marcharse. Pero Hamet, que vio una posibilidad de auxilio en ese encuentro casual, no pensaba soltar a su presa, así que de la manera más humilde que supo encontrar, le dijo:

—Estamos desesperados, Abu l-Hasan, apenas comemos y pasamos frío. ¿No podrías socorrernos con algunas monedas, o al menos darme un trabajo que pueda desempeñar? En la covacha donde nos refugiamos me esperan mis hijas, hambrientas, presas de calenturas y de romadizo. Como sabes, no soy muy fuerte: me he pasado toda la vida sentado en el tribunal. Pero estoy sano y puedo leer, escribir, llevar cuentas… Ayúdame amigo, que Dios, el Clemente, te lo pagará.

El antiguo jornalero miró a Hamet con un mal disimulado desprecio.

—¿Quién me lo iba a decir hace solo tres años? Hamet ibn Quzman pidiendo por las calles, suplicándome por un trabajo… hoy ya no galleas tanto, ¿eh cadí? ¿Quieres trabajo para blandos como tú? ¡Qué listo! Ese es vuestro problema, que siempre os habéis creído más listos que los demás y habéis comido gracias a los esfuerzos de otros tontos como yo, que labrábamos vuestras tierras… Empuña tú el arado y no me pidas a mí el pan que has de comerte, o mejor, todavía… ¿por qué no te vuelves a Sherish, a cuidar los cerdos de los cristianos?

Hamet, que no se esperaba esta salida, dio un paso atrás como empujado por una mano invisible y sintió de repente el terrible peso de la humillación y del odio recibido. Sin decir otra palabra más, se dio la vuelta y marchó, cabizbajo, mientras el otro gritaba en voz alta, para que todos alrededor, pudieran oírle:

—Miradle, al cabeza de los orgullosos Banu Quzman, flor de las letras de Sherish… Hace unos años yo comía de su mano las migajas de su mal ganado pan, a cambio de mi sudor mal pagado. ¿Y ahora me

pides que te ayude? Suda tú, escarbando la tierra, como hice yo… ¿Qué quieres, que desproteja a los míos para dar de comer a los tuyos? Acaso no recuerdas que el Enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y salve!, dijo: «Empieza por los que están a tu cargo».

Hamet siguió alejándose, sorprendido porque lo que había considerado el culmen de la penuria y la humillación había sido sobrepasado, pero aún encontró fuerzas para elevar la cabeza y mostrar un porte altivo. Quizás debía volverse y replicar, contar la verdad a quien quisiera oírle, pero sabía que de nada serviría. La villana conducta de su paisano merecía el mayor de los desprecios… ¡Qué cierto es que cuando se pide al avaro, este permanece impasible, mientras que el generoso se conmueve! Pero el antiguo sirviente de los Banu Quzman siguió gritando, tanto para cobrarse venganza por injurias no cometidas como para acallar la voz de su conciencia.

—¿Quieres que te dé lo mío, descuidando a aquellos que tienen más derecho sobre ello, quieres hacer pasar a tus hijos delante de los míos? Por Dios que si pudieras te llevarías mi casa ladrillo a ladrillo y no me quedaría más que lo que pudiera hurtar a tu codicia… ¡Trabaja tú, como yo lo hago, con mis manos, si quieres comer chivo capado, en vez de pedir con malos modos! Conoce la fatiga de quien cultiva la tierra, en vez de seguir buscando en los libros un camino para escapar del fango, del polvo y del sudor…

Pero Dios no quiso ensañarse con Hamet ese día. En los alrededores del mercado encontró un tratante de ganado discutiendo con uno de los carniceros locales sobre ciertos pormenores de una operación de venta de ovejas. Como ocurre con frecuencia, en los tratos preliminares se mostraron conformes, pero cuando llegó la hora de ejecutar el acuerdo, surgieron problemas de interpretación. A punto se encontraban de llegar a las manos cuando Hamet, que había escuchado atentamente, se ofreció con humildad a mediar en el asunto y a redactar un contrato donde se especificaran las obligaciones de ambas partes. Los implicados, ambos analfabetos, desconfiaron en un principio, pues operaban por costumbre con tratos verbales. La redacción de contratos les parecía algo exótico, más propio de comerciantes de mayor rango. Pero ante la humildad de quien decía ser un cadí en el exilio y sus irrisorias exigencias de remuneración, aceptaron. Gracias a esta operación, de la que las partes quedaron muy satisfechas, los Banu Quzman pudieron comer algo de queso esa noche, por primera vez desde hacía semanas, e incluso encender el candil que llevaba largo tiempo apagado con una grasa de cordero que humeaba pestíferamente la covachuela en ruinas donde se refugiaban del frío serrano.

En los años sucesivos, cuando Hamet evocaba esos terribles días de Ronda, durante los cuales hasta los esclavos les despreciaban, todavía

se preguntaba cómo pudieron sobrevivir a ese frío invierno, sin comida ni leña. Sin duda por favor divino y también por la tremenda fuerza y perseverancia de los dos motores de la familia, Ali y Zuhara. Madre e hijo nunca parecían cansados ni desanimados y cuando todos flaqueaban, encontraban la manera de engañar a las ansias por comer con fábulas, historias y recuerdos, o relatando anécdotas de los ciudadanos de Sherish, cuyas vidas insignificantes y magníficas constituían una fuente inagotable de cotilleos y chanzas. Y lo hacían con tanta gracia que en ocasiones acababan con todos los Banu Quzman riéndose a carcajadas, mientras que los que les contemplaban pensaban que deliraban por la debilidad. Como aquella vez en que Zuhara, mientras espulgaba la cabeza de sus hijas, contó la historia de los constructores del ídolo de Qadish, que según decían en su aldea, disfrutaban de tan elevada estatura que para asar los peces, simplemente los cogían del mar y lo acercaban al sol.

Durante las largas noches de invierno, insomne por el cansancio y sin otra esperanza que esperar el mañana en compañía del hambre, Hamet dedicó largas horas a pensar sobre el futuro de la familia, pidiéndole a Dios una señal que le marcara el camino. Porque aún albergaba dudas sobre la conveniencia de irse a África. Finalmente, Allah se mostró gracioso y le mandó la señal deseada.

Un día en que deambulaba Hamet por las calles, hambriento, buscando alguna faena que le permitiera comprar algo de pan para su familia, se encontró con su amigo Abu Yafar ibn az-Zubayr, el famoso experto en lecturas del Corán, hombre de letras e historiador, pero sobre todo célebre por sus conocimientos de lengua árabe, que le valieron el sobrenombre de *muhaddit* de Al Ándalus y el Magreb.

Abu Yafar, viéndolo en tan mal estado, llevó a Hamet a comer algo.

—Sé muy bien por lo que has pasado. Mi propia historia es muy parecida a la tuya; tuve que escapar con los míos, cuando apenas me apuntaban las barbas, de mi Jaén natal, donde nací seis años antes de la caída de Córdoba… Después de un viaje de pesadilla, pudimos llegar a Granada. La mitad de mi familia se quedó por el camino, algunos enterrados, otros cautivados por cristianos o bereberes, a otros ni siquiera pudimos darles sepultura… Todavía algunas noches me despierto empapado en sudor y creo que me encuentro en las alturas de sierra Mágina, por senderos troteros, huyendo de unos y otros….

—Y ahora, amigo, ¿estás afincado en Granada? —le interrumpió Hamet, presa de la ansiedad—. ¿Crees que puedo ganarme allí la vida honradamente, dedicado al derecho? No sé hacer otra cosa… Necesito un cargo que me permita asegurar la subsistencia de los míos… Con razón se dice: es más frecuente que los sabios llamen a la puerta de los ricos que los ricos llamen a la puerta de los sabios. Busco puertas a las

que llamar…

Abu Yafar se quedó un rato ensimismado. Tras pensarlo mucho, le dijo:

—Resulta muy difícil acertar con la mejor opción, ambos sabemos que las astucias de nuestras respectivas familias para escapar de la destrucción fracasaron. Solo Dios conoce el futuro, pues Él lo crea y nada le es inalcanzable ni en los cielos ni en la tierra. Los exiliados vivimos con una sensación de precariedad permanente… Creo amigo, que ya no podrás sentirte en ninguna parte como en tu patria… ¿Granada?… No sé, allí vivo yo, porque allí me llevaron los míos… Pero la ciudad rebosa de refugiados… hay cadíes mendigando por las calles y para enseñar derecho ya no quedan vacantes por ningún lado. Quizás tú con tu fama puedas abrirte paso… pero ten en cuenta que en Granada abundan los letrados… Pero, sobre todo —Abu Yafar se inclinó un poco hacia delante para continuar hablando en voz baja— ¿cuánto tiempo tardará el rey de los gallegos en hacerse con la Alhambra? Si cayó Jaén, si cayó Córdoba y hasta la orgullosa Sevilla… ¿Podrán los Banu l-Ahmar vencer a los politeístas (que Dios los elimine)? ¿Qué nos puede hacer pensar que Granada permanecerá en manos de los creyentes? Y, cuando eso ocurra, ¿qué harás, escapar otra vez? Créeme amigo, me voy a permitir darte un consejo de buena fe… cruza el Estrecho… Quizás en África estemos los creyentes a salvo de los *galaliqa*, pero los días de Al Ándalus… me temo que llegan a su final.

—Gracias amigo… ¡Que Allah te acuerde sus favores! Tu opinión pesa mucho para mí… Yo había llegado más o menos a la misma conclusión… pensaba irme a África, pero aún no sé a dónde… en principio, pensábamos marcharnos a Túnez. Pero queda tan lejos y el camino es tan arriesgado…

—¿No has pensando en la posibilidad de marcharte a Fez?… Los meriníes han hecho de ella su capital, desde que la conquistaron hace más de veinte años… al parecer la ciudad prospera… el sultán está reuniendo allí a todos los maestros del Magreb en las ciencias de las lecturas del Corán… Es una gran metrópoli, y muy rica. Sé bien que el pordiosero en Fez vive en mejor situación que los trabajadores humildes en Al Ándalus. Yo mismo he sido testigo en Fez de cómo los pedigüeños, en los días de la Fiesta de la Inmolación, piden dinero para los corderos del sacrificio; y los he visto también pedir limosna para muchos alimentos de lujo y comidas delicadas, como carne o manteca, o para vestidos o utensilios como coladores o recipientes. Si un pordiosero pidiese estas cosas a este lado del Estrecho, sería lapidado.

Ya había escuchado Hamet esas historias; por eso, la mayoría de los refugiados andalusíes tomaban ese rumbo como prioritario. Pero

también sabía que los bereberes con frecuencia robaban y maltrataban a los andalusíes, que arrebataban la honra de sus mujeres, que les proporcionaban los trabajos más penosos e incluso que los esclavizaban sin pudor. ¿Quién podía saber cuál era la solución correcta? Angustiado por las dudas, abrió su corazón a su amigo.

—Te agradezco tus consejos, que sé bienintencionados… Pero en el Magreb occidental aún cunde la guerra por doquier… estoy harto de guerras… quiero un sitio seguro… Además, tan al sur, tan lejos del mar de los romanos… No amigo, prefiero la costa… pero en realidad no puedo elegir… iré donde pueda. Si puedo llegar a Fez con seguridad, allí iré… pero creo que lo mejor será dirigirme hacia el este… También se cuentan maravillas de Egipto. ¿No se dice que los pobres del Magreb deciden trasladarse allí? Si dependiera de mí, me iría muy lejos, hacia Oriente… quien sabe… quizás aún esté a tiempo para hacer la *rihla* a La Meca… para visitar Medina y Jerusalén. ¡Cómo lo deseo! En mis sueños me veo con hábito de peregrino por los caminos de África, camino de esas tres mezquitas que son nuestro solaz y atraen nuestros corazones. Pero no puedo dejar a los míos… me necesitan, me debo a ellos.

Con la primavera se secaron los caminos y llegó el momento de salir de esa ciudad donde nada bueno les esperaba. Tan desnudos como llegaron, un día de abril de 1268 los Banu Quzman salieron por la puerta de Almocábar, camino del sur, del Mediterráneo. Hamet ya no tenía dudas: debían marcharse al otro lado del Estrecho. Todo antes que exponer a su familia a un invierno como el que acaban de pasar, pleno de hambre, frío y humillaciones, sin techo permanente, teniendo que compartir el espacio de antros infectos con gentes de la peor ralea, groseras y sucias, viles malhechores, prostitutas, alcahuetas y santeros.

35. Algeciras. Junio de 1268

De acuerdo con las informaciones que Hamet había ido recabando de unos y otros a lo largo de sus paseos por la medina, pese a los riesgos del viaje y la peligrosidad del Estrecho, Algeciras seguía siendo la mejor opción para pasar a África. Todo el desolado territorio nazarí padecía las consecuencias de la guerra y la sequía. En medio de tan terrible hambruna, empezaban a reportarse casos de canibalismo. En esas condiciones, cruzar los campos para llegar a Málaga, a Motril o a Almería resultaba una locura.

Después de un viaje de pesadilla de casi dos meses, descendiendo el valle del Guadiaro en busca del Mediterráneo, la familia llegó a Algeciras, muy mermada. La dulce y delicada Amat no pudo soportar

más penurias y murió en las riberas del Guadiaro, mientras los Banu Quzman se ocultaban en la espesura de una partida de bandoleros que llevaba varios días siguiéndoles. Allí mismo tuvieron que enterrarla, toscamente, sin apenas ritos.

A punto estuvo Muhammad de seguirla. El hambre y, sobre todo, la desesperanza que prendió en él por la muerte de su esposa, mermaron sus últimas fuerzas. La falta de alimento había demacrado tanto su rostro que apenas conservaba carne debajo de la piel. Debió recorrer muchas leguas, aturdido y presa de la pena negra y de una extrema debilidad, a hombros de su hermano Ali. De no ser por este, toda la familia se hubiera dejado la vida en las selvas del Guadiaro. Pero Ali desveló talentos escondidos y útiles para la supervivencia. Aprendió a cazar con lazos y cepos, a pescar con arco, a adobar una cabañuela de techo muy espeso, casi impenetrable por la lluvia. Así que todos llegaron a la costa mejor nutridos que cuando salieron de Ronda.

Por los enriscados caminos costeros que unen la desembocadura del Guadiaro con la villa de Algeciras, los jerezanos se encontraron con muchas otras familias que, como ellos, buscaban la salvación cruzando el Estrecho. Hamet se temió que la situación en Algeciras iba a semejar a la de Ronda, con las calles desbordadas de hambrientos.

Sin embargo, conforme se iban acercando al Estrecho, pudieron darse cuenta de que la muerte se estaba cobrando un fuerte tributo esa primavera, mermando las filas de los emigrantes. Por todas partes, las veredas de los caminos aparecían alfombradas de cuerpos hinchados y destripados, de gentes derrengadas exhalando sus últimos suspiros, vencidas por la debilidad y las enfermedades, seres exhaustos, con los ojos resecos y la boca jadeante, desesperados de toda condición, temerosos hasta de su sombra o del brillo del sol, de tantas amenazas y peligros como habían sufrido… A todos se les habían agotado las reservas de compasión y ya nadie podía apiadarse de la debilidad de los ancianos ni de los llantos de los niños que con la cara llena de moscas masticaban el aire. Cada cual tenía que proveer por su propia supervivencia y, azuzados por el hambre, seguían su camino, indiferentes a la suerte de los otros, mirando aquella masacre como algo ajeno, hasta que a ellos mismos se les agotaban las fuerzas y se tumbaban a esperar la muerte.

Las penurias que todos arrastraban hacían que solo sobrevivieran los más fuertes y los más astutos. La avidez aguzaba el ingenio y los exiliados inventaban mil tretas para conseguir un mendrugo de pan, un hueso para roer o unas monedas. Había quien se instalaba en el camino, al lado de un muerto, y pedía dinero para la mortaja. Otros les disputaban a las cabras las algarrobas y las bellotas.

Para conjurar las amenazas causadas por la aguda necesidad, los campesinos debían cribar y aventar el grano clandestinamente, a

horas intempestivas, pues cuando cundía la voz de que por los alrededores se estaban realizando esas tareas, un tropel de famélicos acudía inmediatamente desde todas las direcciones y se disputaban a golpes un sitio de privilegio para hacerse con las ahechaduras. Cuando los trilladores dejaban el campo libre, se trababa entre los expectantes una lucha tan feroz que por lo general se cobraba varios muertos. Y lo mismo ocurría tras la siega, cuando catervas de hambrientos recorrían los rastrojos espigando el trigo o la cebada.

En los campos donde el trigo aún seguía verde, familias enteras de campesinos famélicos aguardaban con ansiedad la llegada del momento de su recolección. Gentes asustadas, temerosas de perderlo todo a pesar de la espera, escrutaban con inquietud a los caminantes, armados con palos y horcas. En cuanto recogieran el trigo, escaparían de su aldea en busca de mejores pastos. Con frecuencia morían de hambre antes de lograrlo, o resultaban forzados por partidas de asesinos a recoger para ellos el grano que aún verdeaba.

Solo los más fuertes y afortunados conseguían escapar de la muerte, venciendo las penurias y las tentaciones, con la ayuda de Dios y una férrea disciplina. Hamet tuvo que golpear salvajemente un amanecer a una de sus hijas para evitar que comiera la carne de un rocín muerto.

Cuando llegaron a Gibraltar se encontraron con los caminos bloqueados. El señor de la villa, en concierto con el alcaide de Algeciras, impedía el paso de todos aquellos que carecieran de salvoconducto. Tampoco las colapsadas ciudades del Estrecho, como temía Hamet, podían absorber más refugiados.

Gracias a Ali, los Banu Quzman pudieron abrirse camino por los peligrosos caminos que, bordeando la bahía, conducen a Algeciras desde el este. Zonas de marismas boscosas, cruzadas por numerosos ríos y regatos que, en primavera, bajaban muy crecidos. Nada conseguía frenar la inventiva y los ánimos del muchacho, que poco a poco iba descubriendo que, en plena naturaleza, bajo presión, se encontraba más a gusto que leyendo libros de derecho o recitando el Corán.

Después de cinco días de penoso viaje, subiendo a veces a escarpadas sierras, atravesando otras enormes lagunas pobladas de miles de pájaros, los Banu Quzman avistaron por fin las fuertes torres de Algeciras. Ofrecían una imagen semejante a las de los miles de refugiados que se apiñan en los arrabales de las medinas amuralladas o en las verdeas de los caminos. Con la mirada perdida, lanzan un paso tras otro al borde del agotamiento. Hundidos, demacrados, vistiendo andrajos que apenas les sirven para protegerse del frío y que suponen una insoportable ofensa, sobre todo para las hijas, acostumbradas a los más finos paños.

Conforme franqueaban la puerta principal de la cerca, lo que

consiguieron tras sobornar al oficial de guardia con media docena de patos recién cazados por Ali, Hamet tuvo una sensación extraña, mezcla de alivio y temor. Caminó por las calles aturdido, sin rumbo, seguido a corta distancia por los suyos, mientras se preguntaba de dónde había sacado las fuerzas para completar tan prodigioso esfuerzo.

Tal como entraron en la ciudad, los Banu Quzman se dirigieron a la mezquita más próxima, para rezar y, sobre todo, para realizar adecuadamente las abluciones rituales previas a la oración, pues es preciso limpiarse la suciedad del cuerpo por medio del agua o de las piedras, a fin de que no se rece con el cuerpo manchado. Durante las largas semanas que pasaron recorriendo los caminos, pocas veces dispusieron del agua adecuada y necesaria para ello. En ocasiones, el líquido que encontraban tenía impurezas y no resultaba purificante, así que debieron recurrir a la ablución con tierra. Ya en la bahía, pudieron limpiarse con agua de mar, que sirve bien para borrar la suciedad. Con el alma reconfortada y el cuerpo aseado, salieron al mundo con fuerzas renovadas.

Algeciras se había convertido ya en la base militar y estratégica de los benimerines. Puerto privilegiado, puede acoger a decenas de naves; quien lo controle tiene garantizado el paso del Estrecho. Pese a las guerras, allí sigue confluyendo el tráfico mercantil de la zona, sobre todo el floreciente comercio de esclavos y el también rentable abastecimiento de los ejércitos meriníes. Por eso, los Banu Quzman encontraron un ambiente muy diferente al de Ronda. La medina crecía y prosperaba, abundaban los judíos e incluso los cristianos de naciones diversas, para sorpresa de los Banu Quzman, poco habituados a ver nazarenos caminando libre y tranquilamente por las calles.

En la ciudad del Estrecho caminar resultaba difícil, en medio de un caos de gentes, animales y cargas. Las estrechísimas calles se colapsaban por las riadas de gentes que iban o venían al puerto, componiendo la imagen de un hormiguero humano, con hileras largas y de lento discurrir que se cruzaban a veces pero que no cambiaban su rumbo. El griterío es ensordecedor: por todas partes se intercambian insultos, amenazas y hasta blasfemias, gestos desafiantes, empellones y escupitajos. Con frecuencia, la violencia verbal estalla en trifulcas, a veces tumultuarias, y entonces salen a relucir puñales y porras. Los refugiados se mezclaban con los comerciantes en una extraña promiscuidad: unos buscaban en vano un barco que les llevase a África, otros la manera de hacer ganancia. La industria de la desesperanza producía enormes beneficios a ambos lados del Estrecho. Se pagaban sumas enormes por una plaza en un buque a veces inexistente, o por un espacio mínimo en una precaria estructura de madera que difícilmente podría culminar la travesía. Acabados sus

recursos, sin otra perspectiva que morir de hambre en las playas a la vista de la costa deseada, muchos aparejaban toscas embarcaciones y encontraban la muerte en las fauces de los monstruos marinos.

Inmediatamente se dieron cuenta Hamet y Ali, ya acostumbrados a las mañas del exilio, que iba a resultar inútil tratar de encontrar un embarque seguro en el mismo puerto, entre las multitudes que pugnaban por lo mismo y que ofrecían cantidades elevadas de oro, comida y hasta la honra de las hijas. Dejaron el puerto y se dirigieron a las inmediaciones de la mezquita mayor de la ciudad, elevada sobre un alto promontorio de roca, que dominaba el caserío. En las cercanías, encontraron una cabañuela, posiblemente un antiguo gallinero, su refugio en los días siguientes.

Mientras los demás se ocupaban de adecentar el tosco aposento, Hamet deambuló por la mezquita en busca de ayuda o consejo, divino o humano. Lo primero que se le ocurrió fue intentar acceder a las autoridades locales para ofrecerles sus servicios como escribano, notario o alfaquí, lo que fuera. Con suerte, localizaría algún hombre piadoso, temeroso de Dios y dado a honrarle, que se compadecería de alguien que había dedicado su vida a servir al Todopoderoso.

Entre engaños y promesas falsas, Hamet consiguió ser recibido esa misma tarde. Llegó fácilmente a la torre albarrana donde se alojaba la guarnición, pero debió esperar todavía un buen rato a que el alfajeme terminara de rasurar al jefe de la guardia. Cuando por fin el oficial se incorporó, Hamet se dio cuenta de que se trataba de un bereber recién llegado de África. Tras exponerle con tacto y mucha humildad sus pretensiones, el africano se quedó mirándole con cara de no haber comprendido nada; preguntó algo en su lengua a quien parecía su asistente y, tras una breve plática entre los africanos, mandó que lo echaran a patadas.

Dolorido y humillado, Hamet salió de la alcazaba y quiso Dios que en el camino de vuelta se topara, en las proximidades de la mezquita mayor, con un viejo amigo de la familia: Abu l-Fadl al Tufayl ibn Abi Umar Ayyas ibn Azima, famoso maestro de la escuela coránica sevillana, hombre amable y acogedor. Después de abrazarse cariñosamente y de informarse sobre las respectivas familias, Abu l-Fadl invitó a Hamet a su casa, para charlar tranquilamente, delante de unas copas de vino y algunas frutas.

La casa Abu l-Fadl era modesta, pero limpia y ordenada y, sobre todo, sorprendentemente bien surtida de todo lo necesario. Tal como entraron, el anfitrión le honró ordenando que le perfumaran el bigote y los mechones enmarañados de sus crecidas barbas con aroma de azahar y agua de rosas, y le entregó una aljuba y una camisa limpias. Las relucientes ropas contribuían a resaltar la suciedad del cuerpo y de los cabellos de Hamet, la necesidad urgente que tenía de acudir a los

baños en cuanto pudiera pagarlos. Tras el aseo, se sentaron en un patio fresco y empezaron a desfilar diversas bandejas de alimentos. Los ojos de Hamet escapaban elocuentemente de una a otra delicia; todas le parecían sabrosas, nutritivas. Los gestos que hacía y su manera de chuparse los labios, de husmear los alimentos sin poderlo remediar, causaron la hilaridad primero y después la compasión de su amigo.

—Abu l-Fadl, disculpa mis maneras. No me las tomes a mal. Hace meses que no veo un pan tan blanco, ni manjares tan suculentos, así que imagínate… Ni yo ni los míos hemos comido nada decente desde… ya ni me acuerdo —dijo un avergonzado Hamet, mientras sin poder evitarlo se le iban los ojos hacia el costillar de cordero que acababan de servirles. El olor de la comida, del pan, de las legumbres cociéndose, le transportaba de nuevo a su casa de Sherish, a un tiempo que ahora parecía remotísimo y, a la vez, le provocaba un sentimiento de culpa, por el hecho de que él iba a comer mientras que su familia ayunaba a la fuerza.

—No tienes por qué disculparte, honorable Hamet… La pobreza no conlleva deshonor, si se sobrelleva dignamente. Lo que te ocurre a ti le puede pasar a cualquiera, por rico que sea. Con razón decía Zayd ibn Dajabala que «No hay mayor pobre que el rico que se cree al abrigo de la miseria; la borrachera de la riqueza es más fuerte que la del vino». Por favor, come sin miedo, sáciate si quieres. Y no te prives por los tuyos. No dejarás esta casa sin una buena saca de pan blanco recién horneado y algunas ropas para tu familia. Confieso que cuando te vi hecho un guiñapo y caminando descalzo al mediodía no lo pude creer. Por favor, come…

Hamet se arrodilló ante su amigo, con lágrimas en los ojos, y le besó la mano. Abu l-Fadl, turbado, le incorporó suavemente y lo acomodó de nuevo en sus cojines. Después, ya sin pudor, el cadí agarró el costillar de cordero y lo mordió ávidamente, dejando que los jugos se derramaran sobre su barba. Comió sin pronunciar palabra, tratando de refrenar sus ansias y de degustar cada bocado. Tras engullir con placer varios bocados, se tranquilizó un poco, respiró profundamente y miró a su anfitrión con cariño.

—Querido amigo. He pasado por lo mismo que tú… así que sé cómo te sientes. Acepta mi ayuda. Te la doy de buen grado. Yo tuve que abandonar Sevilla cuando la ocuparon los gallegos, sin nada, y anduve de un lado a otro, con los míos, recibiendo auxilio de algunos buenos musulmanes, pero también desprecios de la mayoría. Quien no se ha visto en calle, sin techo, con sus hijos pidiendo pan, no puede comprender el terror que se siente. Recorrí todos los escalones del dolor y de la humillación. Se me murieron dos hijas y una esposa. Pero al fin pudimos llegar a Algeciras, cuando la ciudad se encontraba

bajo la protección del jeque almohade Abu Muhammad ibn Tafrakin; su ayuda fue como la fuente de agua que descubre el que vaga en el desierto. Gracias a él, pude afincarme aquí. Me dio el cargo de cadí mayor y abrí la madraza. Mis labores como juez me permiten ganarme bien la vida, porque la escuela apenas da para malvivir: en nuestros tiempos, la enseñanza de lo que las lenguas deben pronunciar y los corazones creer es un oficio sin timbre de gloria, al menos en estas tierras, porque el maestro es un pobre hombre, poco considerado y que no pertenece a un gremio relevante, que debe sobrevivir de pequeños subterfugios y de la caridad de los alumnos y de sus familiares.

Hamet escuchaba atentamente a su amigo, mientras engullía la comida con toda la lentitud que podía mostrar; se ayudaba con abundante pan y bajaba los alimentos con agua pura y fresca. El mejor de los festines, en la mejor de las compañías, y lo que escuchaba era música pura para sus oídos. Justo lo que andaba buscando desde que salió de Sherish.

—Insisto, mi admirado Hamet, no te irás de aquí sin mi ayuda. Por lo pronto, de pan. Y mañana mismo te procuraré un techo decente, donde puedas alojarte con los tuyos. Nada lujoso, me temo. Comparada con Sherish, esta villa te parecerá un simple campamento militar. Y eso es. Tampoco te faltará algo de trabajo en la mezquita, ya veremos de qué. Relájate y come. Tus penurias han concluido. ¿Acaso no aprendimos de nuestros maestros la obligación de mostrarnos afecto unos a otros en nuestra profesión? Recuerda lo que recomienda el opúsculo de Abd al-Hamid a los cadíes y los secretarios: «Cuando alguno de vosotros esté pasando un mal momento, mostradle aprecio y dadle consuelo hasta que la situación vuelva a ser la que era y el asunto se componga. Cuando la edad impida a alguno ganarse la vida, pedidle consejo y solicitad la ayuda de su gran experiencia y de su profundo conocimiento».

Durante su estancia en Algeciras, mucha gente acudía a ver al famoso Hamet ibn Quzman, para escuchar sus clases y aprovechar sus lecciones, ya que toda persona responsable tiene la obligación de conocer los preceptos de Dios, que le han sido decretados a él y a sus hijos. Además, con frecuencia el cadí de Sherish desempeñaba las tareas de imam, pronunciado la *jutba* de los viernes y realizando las oraciones y los ritos con la pulcritud y la minuciosidad de siempre. A petición de los hambrientos campesinos de la zona, pronunció la Oración Rogativa de Lluvia (*istisqa'*). Por todo ello recibía pago en especie: pan y techo, en las mismas dependencias de la mezquita. Pero después de todo lo pasado en los últimos meses, incluso en medio de una situación política que empeoraba claramente cada día, los Banu Quzman se encontraban como en el paraíso.

Hamet, sin embargo, sabía que no podían permanecer allí. La situación en el Estrecho resulta incierta y arriesgada: demasiados poderes quieren echar mano a tan valiosa presa. Aragón, Castilla, Granada, Marruecos y hasta Génova buscan controlar el tráfico en esta zona, la guerra es continua o, en el mejor de los casos, inminente. Siempre parecía haber alguien sitiando o a punto de sitiar Algeciras. Los Banu Marin, por su parte, no pensaban soltar su presa, así que cada día cruzaban al norte más y más contingentes de africanos, que llenaban la medina con su algazara y sus peleas. Proliferaban los hurtos y los asesinatos, y solo la disciplina marcial más férrea conseguía restablecer una apariencia de orden en las calles.

Además, pese a los empeños que hacía Abu l-Fadl por repartir las escasas tareas productivas relacionadas con el cadiazgo y la enseñanza, pronto resultó evidente para el exiliado que de esas praderas no podrían pastar ambas familias. Si permanecían mucho tiempo en la misma situación, los Banu Quzman arrastrarían a sus anfitriones al pozo de la menesterosidad. Eso Hamet no podía consentirlo.

El cadí de Sherish había barajado la posibilidad de dirigirse a Ceuta, donde ejercía de juez un discípulo suyo, Ibrahim ibn Ahmad ibn Isa al-Isbili, conocido por al-Gafiqi. Por las noticias que había recibido de este, Hamet sabía que el emir de la ciudad no disponía de letrados suficientemente competentes para el gobierno y la secretaría del diván; bajo el poder de los Banu l-Azafi, Ceuta gozaba de cierta estabilidad e independencia, que había logrado mantener contra almohades y meriníes, aunque era una calma que no podía durar mucho. Según la opinión generalizada, acosado por todos los frentes, el poder de los l-Azafi no podría resistir mucho tiempo más; bien los meriníes o bien los nazaríes, o quizás genoveses o portugueses, acabarían por tomar la medina, probablemente al asalto. Y todos saben lo que ocurre con la vida, la honra y los bienes de los habitantes de una ciudad tomada al asalto.

Ello no obstante, Hamet decidió que no podían seguir más tiempo en Algeciras, donde la situación también empeoraba cada día. Los Banu Quzman se dirigieron una noche de octubre de 1268, antes de la salida de la luna, a un atracadero fuera de los muros de la villa para embarcarse por fin rumbo a África; el tiempo, según los mareantes consultados y generosamente pagados por Abu l-Fadl ibn Azima se presentaba propicio, y la travesía nocturna parecía lo menos arriesgado. Allí acudieron algunos amigos y discípulos de Hamet, y el propio Abu l-Fadl que, con lágrimas en los ojos, ayudó personalmente a Hamet a subir a la nave que puso a su disposición corriendo con todos los gastos y riesgos, mostrando así públicamente su respeto y aprecio al último representante de tan ilustre familia de cadíes.

—Adiós, maestro, y buena suerte; Dios (alabado sea) te acompañe y te dé buenas mareas… Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí. Sabes que aquí siempre tendrás tu casa. Si las cosas van mal en África, no dudes en volver para solicitar mi ayuda. Un día tú me ofreciste con generosidad todo lo que podías darme; por eso tengo la obligación de permanecer unido a ti con fidelidad, agradecimiento y buen consejo, como compensación justamente debida y con admiración.

Con el corazón encogido, sin dejar de mirar a la querida tierra de Al Ándalus, navegó por fin el cadí de Sherish las aguas del Estrecho. Le parecía asistir a una escena ya vivida con anterioridad, reproducida multitud de veces en sueños. Muy cerca del plenilunio, con la mar en calma total, la barquichuela ultrajaba con su quilla la quietud de aquel mar de mercurio, abrumador, incierto, hermoso. Las columnas de Hércules, colocadas por Dios como vigilantes de paso entre los mares desde el día de la creación, asistían impasibles al desarrollo de un drama y una tragedia, añorada y temida por igual por varias generaciones de su familia. Por fin habían dado el paso, los Banu Quzman dejaban la tierra de sus antepasados, su solar milenario, quizás para no volver. Atrás quedaban los huesos de sus mayores y de sus hijos Ismail y Yamila, y atrás dejaban también otra hija, Alima, de la que no saben nada desde hace meses. ¿Seguirá viva? ¿La volverá a ver en esta vida? Con lágrimas en los ojos, el cadí se pregunta cuántas otras veces, cientos, miles, millones de veces, se habrían cruzado esas aguas, en uno u otro sentido, por familias asustadas, desesperadas, en busca de un futuro mejor al otro lado. ¿Cuántas lo habrían logrado? ¿Cuántas más seguirían haciéndolo a través de los tiempos?

Hamet se sentía en el vértice de la historia. La estirpe de los Banu Quzman abandonaba Al Ándalus. Desde hacía generaciones había habido un cadí de su familia en la ciudad de Sherish. Y aunque no quería reconocerlo, le quemaba la certeza de que ya no habría ninguno más en el futuro.

36. Por los caminos del Magreb. Octubre de 1268-verano de 1269

Los Banu Quzman desembarcaron en Ceuta en octubre de 1268, presas de la inquietud, pero también llenos de esperanza. Por fin habían dado el paso, se hallaban en África. Los sueños y miedos de varias generaciones de la familia comenzaban a materializarse.

De inmediato, ese mismo amanecer, Hamet se dirigió a la mezquita para encontrarse con Isa al-Isbili, quien le recibió con el cariño y la reverencia que esperaba. Isa no consintió que las mujeres de los Banu Quzman aguardaran en el puerto, expuestas a las miradas de todos,

bereberes incluidos. Por eso, de inmediato mandó por ellas y las acomodó en su propia casa. Durante el tiempo que resultara necesario, prometió Isa al-Isbili, la familia de su antiguo maestro, a quien todo debía, se alojaría con los suyos. Ya se apretarían. Bastaba con echar más garbanzos en la olla.

Ceuta se beneficiaba de su condición de punto clave en los tráficos dirigidos a los cuatro puntos cardinales. Su posición estratégica la convertía en llave para el control del paso del estrecho de Gibraltar. En su seno se había ido generando una oligarquía cada vez más poderosa que operaba, de hecho, de manera independiente, pese a que cada cierto tiempo, según ordenaran las circunstancias, los notables decidieran ponerse bajo la soberanía nominal de alguno de los poderes emergentes de la zona. Ya en 1232, bajo el caudillaje de Abul l-Abbas al Yanachti, un andalusí originario de Iniesta, los ceutíes consiguieron emanciparse de los almohades con la ayuda genovesa y fundar una potencia mercantil y naval propia. Lógicamente, tan codiciosa presa se vio abocada a resistir los intentos de saqueo protagonizados, sucesivamente, por los catalanes en 1234 y por los mismos genoveses en 1235. En 1250, una insurrección encabezada por Abu l-Qasim al Azafi había logrado emanciparse de cualquier poder externo.

Bajo la mano firme de los Banu Azafi, la ciudad seguía prosperando en los tiempos en que a ella llegaron los Banu Quzman. Los recién llegados quedaron impresionados por el enorme alboroto de los marineros y por la cantidad de mercancías, carros, recuas y caravanas que hormigueaban por todas partes. Pasaron cerca de sus impresionantes almacenes de trigo, recorrieron asombrados sus pesquerías y sus fábricas de salazones, donde el hedor resultaba insoportable. En el zoco grande, las muchachas iban de una perplejidad a otra: allí contemplaron por primera vez a los encantadores de serpientes, con una mezcla de fascinación y terror. Por todas partes escuchaban hablar lenguas extrañas, compuestas de sonidos guturales e incomprensibles. Hamet, por su parte, admiraba la variedad de sus tiendas y los ingeniosos sistemas de abastecimiento de agua que se acababan de construir para una medina siempre sedienta.

Pese a todos los males y a los muchos lobos que quieren cobrarse la presa de la ciudad del Estrecho, Ceuta prospera por su situación estratégica y por el carácter arrojado de sus gentes, que no dudan en afrontar los peligros de la mar y acumulan con ello enormes fortunas. Como todos allí saben, la única manera de conseguir la seguridad del oro es ejerciendo el poder, practicando la alquimia o lanzándose a cabalgar las olas.

Aconsejado por Isa al-Isbili, Hamet fue inmediatamente a presentarse ante la cabeza del consejo de la ciudad, Ahmad ibn as-Sarif al-Hasani, para pedirle amparo y consejo.

—Te conozco, Ibn Quzman. Sé de ti y de tu honorable familia y te doy la bienvenida a Ceuta, en nombre de su señor, Muhammad ibn Yaqub l-Azafi. Comprendo por lo que has pasado. Mis antepasados emigraron de Sicilia en tiempo de la conquista de los francos, Dios los maldiga, y aquí fuimos acogidos con honor por los Banu l-Azafi. Mucho nos complacería contar con tus servicios, pero la villa sigue expuesta a graves peligros y no podemos dedicar al cultivo de las ciencias, ni a ninguna otra cosa, los recursos que necesitamos para la defensa. Si tu antiguo discípulo quiere compartir contigo el cargo y los estipendios de cadí no me opondré. Pero, créeme, no me parece que en estos tiempos puedan vivir de ello extensas familias como las dos vuestras, y tampoco me parece honroso que un cadí viva en estado de miseria y necesidad. Por otra parte, como has podido ver, la medina rebosa de refugiados. No tenemos ni espacio ni pan para tantos. Más pronto que tarde tendremos que expulsar a la mayoría, porque si los granadinos o los Banu Marin nos ponen cerco, tantas bocas hambrientas… constituyen un peligro. Acepta mi consejo de buena fe y lleno del respeto que mereces. Sal cuanto antes de la ciudad. Puedo todavía ofrecerte ayuda para que te traslades a donde desees. Son tiempos difíciles y los caminos inseguros, sobre todo por las correrías de los Banu Marin y de los pocos almohades que todavía resisten en las montañas. Pero siempre podrá contar con la ayuda de Dios un buen creyente… Pido a Allah, el Clemente, el dueño de la soberanía y de la omnipotencia, que os salve de la desgracia, que os ponga en el buen camino y que selle vuestra vida con la felicidad que merecéis.

—Lo comprendo, glorioso señor, y perdona mi atrevimiento al pedirte esas mercedes. Pero nuestra alma está sedienta y los corazones suben a la garganta, plenos de nostalgia y deseo por encontrar un buen lugar para vivir. ¡Qué Él te aumente su apoyo y sus beneficios y que consigas lo que buscas! Por lo que cuentas, parece evidente que no podremos quedarnos en Ceuta. Y bien que me pesa, pues por lo poco que llevo aquí, la encuentro agradable y bien poblada, con gentes amables y temerosas de Dios. ¡Qué sufran miseria aquellos que te dan de lado y que Dios proporcione lluvia abundante a los que buscan tu compañía!

Ahmad al-Hasani se levantó y abrazó al cadí, conmovido, y ambos vertieron lágrimas, hasta el punto que Hamet tuvo que emplearse en consolarle antes de tornar con los suyos.

—Poderoso al-Hasani… tu preocupación por tu pueblo te honra. El primer deber de un gobernante es procurar que sus súbditos vean cubiertas sus necesidades de alimento. Dios hizo al hombre su sucesor, por eso nuestra mano se extiende hacia el mundo y lo que en él existe. Pero son muchas manos y no siempre alcanza el alimento para todas. Tú cumples con tu deber y yo te honro por ello. Queda con Dios

(ensalzado sea) y que Él te ayude en tu penosa tarea.

Hamet regresó a la casa de Isa al-Isbili lleno de dudas. Tenía que irse, lo sabía, pero a dónde y, sobre todo, cómo. Su discípulo le trataba lo mejor que podía, pero sus recursos escaseaban y Hamet sabía que se estaban comiendo la reserva de provisiones invernales de la familia. Por eso decidió marcharse a la primera oportunidad, aprovechando el ofrecimiento de ayuda del señor de Ceuta. Durante varios días, se dedicó a visitar el zoco a todas horas, entre empujones, enganchones y topetazos con las bestias de carga, en busca de una caravana que se dirigiera al este, bordeando la costa. Con el otoño recién comenzado, todavía esperaba el cadí que el tráfico duraría unos meses. Pero sus esperanzas se vieron pronto frustradas: los caminos del Magreb extremo seguían siendo extremadamente inseguros; la mayoría de los comerciantes prefería embarcar sus mercaderías y afrontar los peligros del mar antes que la ferocidad de los bandidos y el pillaje.

A Hamet no le quedó más remedio que comprar plaza para él y su familia en una nave que se dirigía a Mazalquivir, con el consentimiento del comandante de la flota ceutí. Desde allí tratarían de llegar a Tremecén, donde esperaban pasar el invierno.

El día de la partida, al amanecer, Isa al-Isbili fue a despedirlos y obsequió a Hamet con un hermoso albornoz forrado con piel de corzo y una capa caminera engrasada. El cadí se negó vehementemente, pero como el amigo insistiera, acabó por aceptar, con lágrimas en los ojos. Su antiguo discípulo, también emocionado, empleó para convencerle un argumento que el maestro no pudo refutar:

—Tú me enseñaste el proverbio que dice «Tus ropas están mejor sobre tu amigo que sobre ti». ¿Me mentiste entonces o me mientes ahora?

El viaje en barco en noviembre de 1268 hasta Mazalquivir supuso la primera gran navegación para todos los Banu Quzman, que conocían el mar desde la orilla, pero sin haberlo surcado jamás. Presa de fuertes mareos, Hamet se vertía por la borda, preguntándose de dónde salía tanto líquido si ya no debía quedarle nada en el cuerpo. Todo resultaba para él extraño en ese mundo líquido que rodeaba por completo la tierra de los hombres: la nave, sus usos, la jerga de los marineros, un mar sin mareas, aquel color extraño… Siempre había considerado al océano como elemento hostil, incierto, engañoso, imprevisible, el marco propio para que se ganaran la vida gentes poco temerosas de Dios, de talante mal templado. Pero hasta que no navegó él mismo no comprendió adecuadamente las palabras del Profeta: «La navegación por los mares le basta al ser humano para saciar su codicia», pues solo un afán desmedido de lucro o un desprecio innatural por el valor de la vida humana podría llevar a un hombre a

elegir pasar su vida surcando los piélagos. A modo de consolación, buscaba en las palabras del Libro Sagrado aleyas donde se reflejara que también el hombre tiene el dominio sobre el mar, por voluntad del Todopoderoso, y salmodiaba una y otra vez: «Y ha sujetado a vuestro servicio lo que está en los cielos y en la tierra. Todo procede de Él. Y ha sujetado a vuestro servicio el sol y la luna. Y ha sujetado para vosotros el mar. Y ha sujetado para vosotros las naves…».

En lo más fuerte de sus padecimientos marineros, mientras trataba de vaciarse otra vez por la borda, Hamet deseó más de una vez que nunca hubiese sido revocada la prohibición del califa Umar de navegar los mares. Cuenta la tradición que cuando los musulmanes conquistaron Egipto, Umar ibn al-Hattab escribió a Amr ibn al-As y le pidió que le describiera el mar. Este le contestó que «el mar era una criatura imponente sobre la que navegaban unas criaturas insignificantes como gusanos, sobre una viga de madera». Asqueado, el califa transmitió a los musulmanes la prohibición de navegarlo. Y así se hizo, porque durante décadas ningún árabe navegó por él y quién infringió el mandato recibió su castigo. Sin embargo, posteriormente el califa Muawiya, consciente de las ventajas que de ello derivaban, dio permiso a los musulmanes para navegar y hacer la guerra santa en leños. Desde entonces acudieron a los puertos del califato expertos de todo tipo que ofrecieron a los árabes lo mejor de su saber marinero, hasta el punto de que la flota del islam llegó a ser la dueña absoluta del mar de los romanos. Porque los buques de los musulmanes se lanzaban sobre las costas habitadas por cristianos como lo hace un león sobre su presa, quemando los puertos, hundiendo sus flotas y cautivando a sus habitantes, hasta que pronto ni un solo casco de navío cristiano se deslizaba ya sobre él.

En vano trataba el cadí de engañar a los mareos lanzando peroratas a los sorprendidos marineros, que más bien le tomaban por loco. Hablaba Hamet sobre la importancia de las cifras indias para el cálculo de los ciclos cósmicos y de las mareas, o acerca de los conocimientos astronómicos y geográficos transmitidos por los árabes, tan útiles para la navegación: cómo calcular las distancias que separan dos puntos de un mapa, o las mismas superficies. En otras ocasiones se arrancaba con el relato minucioso de grandes viajeros marítimos del oriente, aunque las únicas historias que en realidad captaban el interés de aquellos toscos hombres del mar eran las del *Libro de Simbad el Marino*, gracias al cual el cadí recibió algunos remedios para combatir su mal y su miedo.

Tal como llegaron a su destino, cumplida una navegación sorprendentemente plácida para cualquier hombre de mar, que sin embargo constituyó un tormento para Hamet, el cadí se juró que, si podía evitarlo, nunca más pondría los pies en una nave.

Las informaciones que habían recibido se demostraron ciertas: la situación en el Magreb mejoraba conforme se viajaba hacia el este. El puerto de Mazalquivir rebosaba de naves y mercancías, de gentes de todas las razas buscando pasaje, o una nave donde embarcar sus géneros, hacia todas las direcciones. Poco le costó encontrar una recua de mulas encaminada a Tremecén y a un coste lo suficientemente bajo como para no atentar contra las magras finanzas de la familia.

Los caminos resultaron seguros, pues en todo el trayecto no padecieron ningún sobresalto. La causa de ello la comprendieron al llegar a Tremecén. Después de una larga y sangrienta lucha, la ciudad y sus alrededores habían pasado a poder de los Banu Zayyan, de la tribu de los zanata. El señor de la villa, Abu Yahya ibn Zayyan, desde que consiguió expulsar a los almohades, había cumplido su promesa de regresar al camino recto y, desde entonces, gobernaba con piedad y mano firme, protegiendo a comerciantes y menesterosos. Como consecuencia, los tráficos se reanudaron, llevando alegría y prosperidad a una población que llevaba décadas castigada por las guerras.

En Tremecén pasaron el ramadán. Como todos los Banu Quzman eran ya adultos debieron respetar escrupulosamente el ayuno, del que solo quedan exentos los enfermos, las muchachas que no hayan menstruado y los muchachos hasta que no tengan eyaculaciones nocturnas. Alentados por el cadí, pusieron particular cuidado en vigilar su lengua y sus actividades para honrar el mes sagrado, como Dios lo honró.

Hamet pretendía pasar inadvertido, pues conocía bien que las relaciones entre los Banu Zayyan y los Hafsidas de Túnez eran muy malas y se encaminaban rápidamente hacia una abierta hostilidad. Por eso temía que, de saberse el destino final de su camino, pudieran recibir maltrato, confiscaciones o algo peor. Sin embargo, sus temores no se materializaron. En cuanto Abu Yahya ibn Zayyan supo de su presencia en la villa, quiso conocerle y le encargó la dirección de las oraciones que se hacen durante las noches del mes santo, las *at-tarawih*. A partir de ese día, Hamet frecuentó la corte, ganándose el aprecio del soberano y de sus ministros, a los que aconsejó en lo que pudo.

La ciudad de Tremecén era tosca y poco sofisticada, apenas un pequeño caserío en un importante cruce de caminos, donde confluían la principal ruta este-oeste entre Marruecos e Ifriqiya y la ruta comercial de norte a sur entre la costa mediterránea y el África subsahariana. La anchura y la extensión de sus muros y barbacanas hablaban de un pasado glorioso que los Banu Zayyan trataban de recuperar. Pero aún faltaba mucho para eso, pues la permanente amenaza de los bereberes del oeste, sobre todo de los almohades y de

los Banu Marin, exigía dedicar al ejército una ingente cantidad de recursos. Abu Yahya ibn Zayyan ofreció a Hamet el puesto de cadí mayor de la villa y un asiento en su consejo de notables, poniendo en grave aprieto al andalusí, que buscaba la manera de rechazar la oferta sin ofender a su anfitrión.

El señor de Tremecén invitó a los varones de los Banu Quzman a compartir con él la cena de la ruptura del ayuno. Se sentaron en círculo alrededor de una mesa y esperaron; cuando el almuédano llamó a la oración, todos se levantaron para cumplirla y al retornar, encontraron dispuestos una multitud de platos sabrosos y bien condimentados. A la mañana siguiente pensaba Hamet trasladar su negativa a Abu Yahya y por eso su rostro mostraba una preocupación que no pasó inadvertida al astuto príncipe. En su árabe, muy tosco y primitivo, pues allí todos hablaban zanata, se dirigió al cadí cuando se servían los siropes del postre.

—Honorable cadí, pareces preocupado… espero no ser yo la causa de tus inquietudes.

Hamet se sobresaltó al sentirse inopinadamente interpelado y farfulló una confusa respuesta. Abu Yahya hizo un gesto displicente con la mano, como llamando a la tranquilidad, y le interrumpió.

—No te apures, Hamet… la guerra y la necesidad me ha enseñado a leer en el corazón de los hombres. Sé que no quieres aceptar mi oferta. Lo comprendo y lo acepto… disfruta de las frutas y de la compañía. Como ves, no dispongo de un palacio lujoso; nada ni remotamente parecido a los esplendores que se cuentan de Al Ándalus. Pero mientras estés bajo mi techo, lo mío es tuyo.

Hamet se acercó al príncipe, se arrodilló y besó mano.

—Gracias, señor. ¡Qué Dios prolongue su apoyo a la sede de tu poder! No creas que no agradezco tu oferta; beso tu mano bendita y, si me alejo, no es por tu mala naturaleza ni por mi falta de inclinación por servirte. Me ha costado mucho tomar una decisión, pues sé que eres un príncipe benéfico, que busca la reforma y alaba su influencia, que aumenta el provecho y disminuye los daños. Pero los Banu Quzman llevamos años, muchos años, soportando los rigores de la guerra y quiero apartarme, en lo posible, de las zonas de conflicto. No por mí, que soy ya viejo y podría vivir en cualquier parte, sino por los míos, que como aves de pluma aún depende de mí. Como dice el proverbio: «Pues nuestros hijos están entre nosotros y nuestros enemigos marchan sobre la tierra». Si así lo autorizas, tu siervo saldrá mañana por la puerta de Bujía en busca de su destino. Pero sabe que siempre tendrás en mí a un amigo, ilustre descendiente de al-Qasim ibn Idris, compañero del Profeta (Que Dios le bendiga y salve).

El bereber asintió divertido.

—Sí, eso dicen todos, y también muchos de mis primos. Pero me

temo que no soy proclive a las fantasías. Mi padre Yagamrasim ibn Zayyan, que no hablaba una palabra de árabe, repetía continuamente a quien quisiera escucharle: «La riqueza y el reino los hemos conseguido con nuestras espadas, no con esas ascendencias; y la utilidad que ambos nos reporten en la otra vida, a Dios la encomiendo». De él aprendí que el liderazgo y la nobleza surgen desde la humildad. Sé que muchos zanatas se consideran a sí mismos descendientes de los árabes; fatuos, ignorantes… ¿Qué es lo que los magrebíes tienen que envidiar a los árabes? No, amigo, no me halagan las falsas genealogías, sino la pureza de las intenciones. Me doy cuenta de tu inclinación al bien, de tu piedad, sabiduría y preocupación por los tuyos. Por eso no tienes nada que temer de mí. Te ayudaré a llegar a Túnez, pues no se me oculta que ese es tu destino. Dios te conceda el éxito en la bonanza y en la dificultad, en la desgracia, en el consuelo y en el bienestar, en la alegría y en la necesidad.

Convenientemente equipados por los Banu Zayyan, Hamet y los suyos emprendieron por fin la que esperaban que fuera verdaderamente la última etapa del viaje, con el corazón confortado por el descanso y la hospitalidad, y los estómagos y las alforjas llenas. Pensaban llegar a Túnez por tierra, haciendo una larga parada en Bujía para reponer fuerzas y alimentos.

Durante algunas jornadas, mientras recorrían los fértiles valles próximos a la costa, todo discurrió sin sobresaltos. Allí donde llegaba la autoridad del señor de Tremecén regía la paz y el orden, se respetaba la ley y los caminos eran seguros. Sin embargo, en cuanto salieron de los confines de su reino, entraron en una despoblada tierra de nadie, llena de peligros, evidentes a la vista y al corazón.

A medio camino entre Bujía y Tremecén, en una zona desolada, llena de desfiladeros amenazantes y collados rocosos, un grupo de caballeros empezó a seguirles desde la altura. Poco tardó Hamet en añorar los días de navegación, pese a sus penurias, porque también este viaje por tierra resultó una terrible pesadilla. Durante muchos días, los bandidos no se atrevieron a atacar, pero no por ello causaron menor pánico al cadí, que evocaba en sus insomnios la tragedia del puerto del Boyar, la muerte de Yamila, el ataque de los bereberes. De nuevo se veía acosado por bandoleros, perdido sin remedio. Su mente no paraba de maquinar estrategias, engaños, sobornos… hasta el punto de llevarle al borde de la demencia.

Afortunadamente tampoco esta vez les faltó la misericordia divina, pues aunque el Altísimo seguía haciéndoles padecer grandes sufrimientos, al final siempre acudía en su rescate… esta vez, por medio de un jeque de los Banu l-Wattas, que les acogió en su propia tienda durante un tiempo. Allí pudieron reponer las fuerzas, gracias a la generosidad del jeque, que les obsequiaba con viandas que nunca

pudieron los jerezanos esperar que encontrarían en pleno desierto: pastelillos de dátiles con cuajada, albóndigas de trigo y carne, turrón de almendras. El jeque encargó a un grupo de árabes que les escoltaran hasta Bujía y los acosadores de las alturas desaparecieron para siempre de la vista y de las inquietudes de Hamet.

Con gran alivio y dando gracias a Dios contemplaron los Banu Quzman el mar y las murallas de Bujía. Después de tantos días en despoblados, el bullicio, la algazara y las voces alegraban sus corazones. Ahora sí que se veían próximos a la meta.

Tras entregar una generosa gratificación a sus escoltas, las finanzas de Hamet debían reponerse para afrontar la última etapa del camino. Los peligros recientemente corridos bastaron para que se diera cuenta de que afrontar los despoblados sin la compañía adecuada —conocedora de las aguadas y los caminos— suponía una gran temeridad, así que comenzó a buscar una caravana a la que unirse.

Hamet se quedó un mes en ese puerto para enseñar el *mujtasar* de Ibn al-Hayyay sobre los principios del derecho. La remuneración era escasa, casi nula, así que difícilmente podría comprar la protección que necesitaba, pero su erudición pronto corrió de boca en boca y llegó a oídos de los poderosos de la ciudad, que empezaron a invitarle a sus tertulias. Gracias a su elocuencia y a la ayuda divina, el cadí se aseguró la protección del jeque de los Hintata, Amir ibn Muhammad ibn Ali. A cambio de nada, el jeque enroló a los Banu Quzman en una de sus caravanas, que partía de inmediato en dirección a Túnez.

Poco antes del alba se puso en marcha la lenta comitiva, compuesta por cientos de bamboleantes camellos cargados de todo tipo de productos. Estas bestias magníficas, poco adictas a la prisa y de noble semblante, podían recorrer trayectos increíbles sin comer ni beber, soportando pesos enormes. Obstinadas y orgullosas, su doma y su trato resultaba difícil; solo obedecían a sus cuidadores, hombres del desierto que las trataban con la pericia y respeto que merecían, por ser su forma de vida, su patrimonio, su medio de transporte, su fuente de carne y leche, de pelo y piel, de combustible y hasta de compañía. También formaban la recua unas cuantas decenas de mulas con serones de esparto cargados de cueros primorosamente repujados y tejidos finos, fletadas por comerciantes deseosos de ganancia, lo suficientemente arriesgados como para exponer su capital a los azares del camino, aunque muchos de los capachos iban vacíos, pues el flujo del comercio de bienes de lujo discurre mayormente de este a oeste. En Alejandría, destino de la caravana, todos ellos quedarían repletos de sedas, joyas, lino, especias y frutos secos de mirobálano.

Es algo bien conocido entre las personas avisadas que el transporte de mercancías entre países que están a gran distancia y separados por desiertos o mares es ventajoso para el comercio y opera bajo un

principio básico: cuanto más riesgo más beneficio. Por eso algunos comerciantes se aventuran por el sur hasta el País de los Negros, e incluso más allá. Y por el este, hasta la India y la lejanísima China, utilizando las redes de navegación del océano Índico o las rutas de las caravanas asiáticas.

El camino recorrido formando parte de la populosa y disciplinada caravana resultaba mucho más seguro, pero no por ello menos largo y penoso. Como en un sueño, las leguas y los días van discurriendo con extrema monotonía, bajo un cielo velado por el calor, en medio de un paisaje invariable y hostil, de un silencio salpicado solo por la cantinela con la que los camelleros hacen avanzar a las bestias a un paso rítmico y mantenido. En algunas partes del recorrido aparecen pequeños bosquecillos y prados verdes, huertas donde se afanaban mujeres ancianas y niñas por igual. Pero con frecuencia la ruta trocaba en páramos arenosos, en pedregales o en estepas parduzcas donde unas cabras demacradas arrancaban de entre las peñas la poca hierba salobre que crecía. A los ojos de los Banu Quzman, cuyas retinas todavía guardaban el verde esplendor de las suaves colinas de Al Ándalus, este mar de guijarros y montañas de arena se les aparecía como algo semejante al infierno.

Cuando el jeque de la expedición manda parar, la caravana se desperdiga para acogerse al reparo de las pocas elevaciones disponibles y encender los fuegos con bostas de camello. A la luz de la lumbre, los caminantes comparten leche de camella y dátiles prensados en conserva, habas secas y un durísimo bizcocho que deben ablandar con agua. Tras saciar su hambre y antes de caer rendidos en sus toscos almadraques de campaña, los viajeros todavía dedican algunos ratos a contar historias a la luz de la lumbre, generalmente con mucha gesticulación de manos y cabezas, acompañando el relato con gestos de asombro, de indignación, grotescos o cómicos.

Algunas noches, después de la cena, se acercaba a la lumbre de los Banu Quzman el jeque de la caravana, Usen Kounes, un bereber de muy al sur, de los que en la ribera del Mediterráneo llaman tuaregs, aunque ellos a sí mismos se denominan *imuhagh*. Hablaba muy mal el árabe, pero se hacía entender. Hamet y Usen congeniaron inmediatamente. Un extraño lazo, quizás basado en la extrema diversidad de sus orígenes y destinos, unían al nómada y al sedentario, al cadí y al navegante sahariano. Hamet quedó inmediatamente fascinado por la austeridad, el sentido del honor, el espíritu práctico y la inteligencia natural de Usen. También por la espontánea autoridad que emanaba su figura. En las vacías soledades despobladas y áridas, todos los viajantes comprendían que estaban en sus manos y que la supervivencia de todos dependía del exacto y puntual cumplimiento de sus órdenes y recomendaciones.

El tuareg no bebía vino y apenas probaba la carne. «A Dios no le gustan las gentes carnívoras», afirmaba con su voz ronca. Hamet le replicaba:

—Querido amigo. Es cierto que conviene no abusar de su consumo, el califa Umar (Dios sea benévolo con él) afirmaba: «Guárdate de estas carnicerías pues provocan la misma pasión que el vino. El aficionado a la carne es como el aficionado al vino». Pero los hombres necesitamos la carne para permanecer fuertes. Sin carne, nuestros músculos se aflojan, las piernas flaquean y hasta la inteligencia se adormece. ¿Acaso no es el vientre lo que lleva a los pies?

El bereber extendió un escuálido brazo, apenas envuelto en una fibrosa musculatura, pero de poderío más que acreditado, a modo de refutación, y Hamet se sonrió asintiendo.

—No puedo contigo, Usan. Me desmontas todos los argumentos de la manera más sencilla. Y ya hasta sin hablar. ¡Qué puedo decir yo que no sean palabras vanas, para oponer a tu sabiduría!

Usen sonrió mostrando una boca llena de dientes blanquísimos, intactos y perfectos, quizás de usarlos poco. Porque el nómada comía casi nada y, cuando se le preguntaba cómo era posible que se mantuviera tan fuerte y sano con tan escasa nutrición, Usen encogía los hombros y sentenciaba lacónicamente:

—En el desierto no hay médicos… He aprendido de mis mayores que la mejor medicina es la frugalidad: el ayuno es salud. En mi tribu acostumbramos a comer solo una vez al día y siguiendo una regla muy simple: llenar con comida un tercio del estómago, con bebida otro tercio, dejando el resto para la meditación y la respiración. Por eso nunca ingerimos un alimento sobre otro aún no digerido. Dios ha querido que existamos libres del vicio de la ostentación y del despilfarro, por eso vivimos sencillamente. Yo me alimento principalmente de leche y dátiles, de pan de cebada o zahína cuando lo tengo, del palmito de la palmera, muy pocas veces, y de carne de ave o cordero, de vez en cuando. Porque quien come en exceso llena su cuerpo de residuos perniciosos, corrompe su raza y afea su figura. Y si el hambre aprieta, como lo que sea, hasta alacranes y escarabajos, o *ilhiz*, que es pelo de camello machacado con piedras, mezclado con sangre y cocinado.

El tuareg afirmaba no haber caído nunca enfermo y a sus sesenta años no se movía ni uno de sus dientes, lo que achacaba insistentemente a lo ligero de su sustento. Por primera vez en su vida, el cadí pudo contemplar un buen ejemplo de la verdad que encierra el hadiz que dice: «El estómago es la casa de la enfermedad. La dieta es el principio de la curación. El origen de todas las enfermedades es la indigestión», aunque Hamet también veía en la salud de hierro del nómada el fruto de una vida simple, al aire libre, en contacto con la

naturaleza y carente de las preocupaciones propias de la vida ciudadana. Maravillado, Hamet observaba que en el desierto cualquier beduino puede atender a sus gastos con muy poco trabajo, porque apenas si tiene hábitos de lujo en su forma de vida, y por ello no siente necesidad de adquirir riqueza ni se castiga con los pesares que ello conlleva.

El jeque, armado de una fina intuición, se dio cuenta inmediatamente de que Hamet era un hombre herido por la fortuna, que acumulaba grandes amarguras por la decepción de la pérdida y las penalidades.

—Sí amigo —le contaba el cadí a la luz de la hoguera—, los Banu Quzman hemos sufrido mucho. Sabe Dios lo que he padecido como padre, como cadí, como creyente… Nos han expulsado de nuestra tierra, después de una larga guerra, en la que perdí a mi hijo menor. Y nada más salir de Sherish caímos en las fauces de un león que devoró a mi hija pequeña. ¡Qué padre puede soportar más dolor! Pero gracias a Dios no me he rebelado contra Él. Allah tiene un plan para cada uno de nosotros, Él nos guía con su mano firme y amorosa… Él nos ha llevado hasta ti, que tan bien nos proteges con tus saberes en el lugar más inhóspito del mundo. Por eso, debemos darle gracias… Él es el Hacedor del bien y del mal, y sobre ambos ejerce su poder pues no hay hacedor fuera de Él.

Por su parte, el tuareg les contaba a los Banu Quzman cuentos, anécdotas y usanzas antiguas de su pueblo, muchas de las cuales causaban a los jerezanos enorme perplejidad.

—Entre nosotros, decía Usen, la prosperidad se mide por la calidad y la cantidad de nuestros rebaños. Por eso, cuando un nómada quiere insultar a otro le dice: «Ojalá que ordeñes sentado». ¿Sabéis por qué?

Los Banu Quzman se miraron unos a otros negando con la cabeza. El tuareg lo explicó:

—Lo que quiere decir es: que Dios cambie tus nobles camellas por viles cabras.

Pero lo que causaba mayor extrañeza a los andalusíes era el papel que desempeñaban las mujeres en la sociedad tuareg. Ellas nunca se velaban, aunque sí lo hacían los hombres. En este pueblo, las féminas se comportaban con desenvoltura y trataban con los hombres casi como de igual a igual. Incluso una noche llegó a decirles Usen que en su tribu, tanto hijas como hijos recibían de sus madres su educación sexual, basada en ciertos libros que los indios del este habían escrito sobre el coito, llegados a las soledades saharianas gracias a las rutas de las caravanas.

—El Profeta, ¡Dios le bendiga y salve!, nos mandó copular y procrear, y nos dijo: «Cada vez que uno de vosotros copule hace una limosna». ¿Por qué no hacerlo de la mejor manera? Todas las cosas

tienen su ciencia, su técnica. Si no os enseño, ninguno de vosotros sería capaz de ordeñar esa camella —sentenciaba Usen con su voz grave y pausada, mirando al fuego—. Cuando se copula de manera lícita se obtiene una retribución para la otra vida y cuando, además, se practica bien, se obtiene una gran satisfacción para esta.

Cuando la conversación llegó a este punto, Hamet ordenó a sus mujeres que se retiraran a las tiendas. Una cosa era discutir con su amigo de la teología del placer sexual y otra distinta despertar en la imaginación de sus hijas solteras imágenes impropias de doncellas. Después, ya solos los hombres, la conversación continuó por los mismos derroteros.

Hamet quiso añadir su propia aportación de sabiduría, a fin de ilustrar a sus hijos.

—Lo que dice Usen es cierto y está bien fundado. La tradición nos cuenta que en realidad los goces de la carne, en esta vida, no son más que un preludio de los que nos aguardan a los creyentes en el paraíso, lugar de delicias eternas. Los goces terrenos son importantes y cumplen su función: despertar en el ánimo del creyente el ansia de disfrutarlos a perpetuidad y, así, tener un buen estímulo para servir a Dios. En el paraíso, si Dios así lo quiere, pues es Él quien guía hacia lo correcto, nos esperarán a cada uno quinientas huríes, cuatro mil vírgenes y ocho mil mujeres casadas, sin contar a las propias mujeres legítimas que tomamos en vida. Y cada vez que copulemos con una hurí la encontraremos virgen y el pene no se nos retraerá jamás, en una erección eterna. Y a cada coito le corresponderá un placer, una sensación tan deliciosa e inaudita para este mundo, que si experimentásemos solo uno aquí y ahora, nos desvaneceríamos. Todo esto se sabe y es cierto amigo… por lo que respecta a los hombres. Pero ¿y las mujeres? Tengo dudas sobre si el exceso de placer sexual no las alienta al pecado. Es un asunto que con frecuencia se discute en las mezquitas, que atañe al derecho y a la teología. ¿Qué piensas tú?

El nómada atizó el fuego con una rama de palmera y se quedó un rato meditabundo.

—Yo no sé de leyes ni de teología, apenas sé leer… aunque guardo en la memoria casi todo el Corán y muchas tradiciones. Pero me parece que el placer del hombre se multiplica si la mujer también disfruta. No veo nada malo en ello ni conozco ninguna aleya que lo prohíba. Sin embargo, los ulemas de algunas tribus consideran lo contrario y llegan incluso a ordenar que a las niñas se les corten los órganos del placer. Así lo hacen también algunos negros del sur, pero esos son unos salvajes, hijos de Cam, condenados eternamente a la esclavitud y a lucir ese infame color negro por la maldición que le lanzó su padre Noé (sobre él la paz)… En mi tribu eso no se practica y espero que no se haga jamás.

Hamet se había enfrentado frecuentemente, en la madraza y en el curso de sus estudios, con el asunto de la ablación del clítoris. Su opinión, bien fundada en el estudio, era que se trataba de una tradición respetable según la ley malikí, pero en modo alguno obligatoria.

—Estoy de acuerdo en que esa mutilación es una barbarie, aunque tenga firme arraigo en la tradición. Pero, a mi juicio, es contraria a los deseos de Dios (sea siempre alabado). Sin embargo, creo también que los estímulos sexuales de la mujer deben ser controlados, acotados… Al decir del santo Ali, Dios misericordioso creó el deseo sexual dividido en diez partes, dando nueve partes a la mujer y una al hombre. Y puedo dar fe de que yo mismo me he asustado en ocasiones del placer que he causado a algunas mujeres. Encierra un riesgo grave de desorden y anarquía, por eso place a Dios que las mujeres se oculten de los ojos de los extraños y que vayan veladas. Veo que las tuyas exponen su rostro y hasta sus cabellos… Perdóname amigo, no quiero criticarte… trato de comprender vuestros usos y valorar lo que no conozco.

—No me ofendes, cadí… Al contrario, me honra tu curiosidad. No estoy acostumbrado a que un noble se interese por mí o por los míos. Los árabes… esos me desprecian… se creen superiores a todos los demás pueblos de la tierra. Pero que también algunos bereberes lo hagan, eso sí que no lo entiendo. En fin… cadí… ¿qué puedo decirte? Creo que nuestras tribus y las vuestras tienen diferente idea de la mujer. Para vosotros es un ser débil, necesitado de protección y depositario del honor de la familia… Nosotros en cambio sabemos que en modo alguno son tan débiles y que saben defenderse solas… En cuanto al honor… Si intentas tocar a mi mujer ella te cortará la mano, o lo haré yo… ¿Por qué esconder su rostro, o sus cabellos?… No lo entiendo. Mi madre no se veló, ni mi abuela, y tampoco lo harán mis hijas. No sé si eso es bueno o malo, son nuestras antiguas usanzas, nuestras tradiciones… Quizás por eso entre mi tribu es rarísimo que alguien se case con las cuatro mujeres libres, musulmanas o del Libro, que le permite la ley. Tomamos una o, como máximo, dos esposas, si la primera envejece demasiado pronto o se agota su fertilidad.

Una noche, Usen se acercó a la fogata donde los jerezanos daban cuenta, aburridos, de los consabidos dátiles y entregó a Hamet un enorme y exquisito pan blanco amasado con la flor mientras se llevaba la mano derecha al corazón. Un tesoro de un valor incalculable en esas soledades carentes de todo. Después, sin decir nada, el bereber se volvió para marcharse, pero el cadí le detuvo.

—Amigo. No podemos consentirlo. Aceptamos de todo corazón tu regalo, Dios sabe que es cierto, pero habrás de compartirlo con nosotros. Sin duda el pan es el príncipe de los alimentos, base de la

subsistencia de los hombres sobre la tierra: ¿quién mejor para acompañar al soberano de los alimentos que el príncipe de la amistad?

El jeque asintió sin palabras y se sentó con los Banu Quzman. Zuhara retiró el pan de cebada negro sin cerner que iban a consumir esa noche y partió el pan blanco, mientras Hamet se maravillaba de comprobar una vez más que, a diferencia de los bereberes que él había conocido en la Península, estos nómadas saharianos parecían gente más piadosa e inclinada a la espiritualidad que los habitantes de las ricas ciudades de Al Ándalus donde abundaba el trigo fino. Había crecido despreciando a los magrebíes, como todos los andalusíes, porque en verdad muchos de los que habitaban al otro lado del Estrecho eran salvajes y atrasados. Pero ahora que convivía con ellos en su propia tierra reparaba en que su comportamiento resultaba diferente. Quizás, pensaba el cadí, la conducta inmoral de los africanos que cruzaban el Estrecho se debiera, más que a su raza, a su simple condición de soldados en busca de botín. «Pero Dios sabe más», se dijo al cabo.

El cadí sintió deseos de compartir estas reflexiones con su amigo, pero temía ofenderle. Usen pareció adivinar los pensamientos de Hamet.

—Me da la impresión, Hamet, de que estás muy sorprendido por las costumbres y el vivir de mi pueblo. ¿Quizás tenías una idea equivocada de los *hombres azules*?

Hamet se sonrojo sin poderlo evitar y asintió con una sonrisa.

—Discúlpame amigo, pero así es. Tus maneras son muy diferentes a las de los bereberes que pueblan Al Ándalus. Oyéndote, compartiendo contigo estas noches al amor de la lumbre, me entran ganas de dejarlo todo y hacerme nómada yo mismo para acompañarte en tus viajes por los despoblados.

Usen atizó el fuego y tardó en replicar.

—Cadí… eres hombre sabio. No te dejes engañar. El desierto es un lugar de carencia y hambre, donde solo abundan arenas abrasadas por el sol, que no permite la siembra ni apenas la cría de ganado. La aspiración de todos los nómadas, o al menos de casi todos, es asentarnos en ciudades. Recorremos estas soledades porque no tenemos otra forma de ganarnos la vida. En realidad, no tenemos un solar patrio que ocupar y cultivar, ni un territorio que podamos llamar nuestro, de manera que todas las comarcas y regiones son iguales para nosotros. Nuestra patria se encuentra allí donde haya pasto. Algunos nos conformamos y tratamos de ser felices con nuestra vida ruda y sencilla. Pero la mayoría escapa cuando puede. Muchos cruzan el mar y van a tu tierra y allí se quedan fascinados por una vida y una riqueza que les resulta extraña, les confunde y les envenena el corazón. Y como no saben sembrar, ni crear nada complejo, solo

tienen dos formas de conseguir el sustento, y con frecuencia simultanean las dos: el ganado y el saqueo. La naturaleza de los bereberes es como la de todos los hombres… todos somos hijos de Adán. Lo que nos hace diferentes es nuestra forma de ganarnos la vida y las enseñanzas que recibimos mientras crecemos. El Profeta (Dios le bendiga y salve) dijo: «Todo nacido nace con la misma disposición natural, y son sus padres los que hacen que sea judío, cristiano o pagano». El ser humano es hijo de sus hábitos, no de sus antepasados. Nosotros lo sabemos bien porque, entre los nuestros, algunas tribus se han asentado, han empezado a cultivar la tierra, se han afincado en medinas y sus costumbres cambiaron: se volvieron acomodaticios, más débiles, menos aguerridos… con frecuencia recurren a nosotros para que los protejamos, o directamente nos pagan para que no les ataquemos.

Conforme escuchaba los argumentos del tuareg y reflexionaba sobre ellos, aumentaba la perplejidad de Hamet. ¿Cómo un hombre nómada, casi analfabeto, criado entre camellos, podía mostrar esa agudeza de pensamiento, esa sutileza en el razonamiento? Pero Usen, aún tenía más sabiduría que aportar.

—No te engañes, amigo… nada tenéis que envidiarnos los andalusíes a los nómadas bereberes o árabes. Vosotros representáis la civilización, hacéis florecer las artes y las ciencias… Me han hablado de la gran mezquita de Córdoba y del puente que hay sobre su río, del minarete de Sevilla, de las murallas de Málaga… ¿Acaso ves algo como eso por aquí? Piensa en ti mismo, con todo respeto te lo digo: no sabes defenderte, en estos yermos morirías en pocos días… ¿Y qué? Hay cientos, miles de ignorantes como yo que podemos hacerlo. Pero tú… tú has dedicado tu vida al estudio, te has ocupado de la lectura, de aprender de maestros en asambleas de gran dignidad y respeto. Lo que tú haces pocos, poquísimos, pueden hacerlo en cada generación. Gracias a vosotros avanzan las ciencias y las disciplinas religiosas. ¿No ves la diferencia? El más noble de los hombres ante Dios es el que más le teme y el que se consagra a transmitir su enseñanza.

Seguían pasando los días lentamente, semejante uno tras otro, mientras se iban acercando al anhelado destino. El calor cada vez resultaba más intenso y los caminantes andalusíes comprendieron por primera vez el verdadero significado del dicho del Profeta: «Orad cuando haga fresco, porque el mucho calor es parte del fuego del infierno». De vez en cuando se cruzaban por los caminos del desierto con caravanas que caminaban en sentido contrario, con las alforjas y los serones rebosantes de riquezas del este, dispuestas a satisfacer los caprichos de los ricos.

Cuando por fin llegaron a Túnez, sanos y salvos, el cadí agradeció al jeque de la caravana con todo su corazón su honradez y su pericia. Se

despidieron cariñosamente a las afueras de la ciudad, en las proximidades de la *Bab al-Sudan*, la Puerta de los Negros, el arenal donde hacían escala los nómadas siempre recelosos de las picardías y los peligros urbanos. Con los ojos empañados, el cadí abrazó a su amigo y le dijo:

—Con razón afirmó el Enviado de Dios, ¡Dios le bendiga y le salve!: «Escoged el compañero de viaje antes que la ruta».

37. Túnez. 1269

Bajo la firme mano de los hafsidas, Túnez prospera como nunca antes desde que la arrasaron los vándalos. El príncipe al-Mustansir Billah, sobre todo desde que se proclamó califa en 1255, ha embellecido la ciudad de una manera extraordinaria. Entre otras maravillas, ha construido en Benzert un magnífico parque cinegético donde el soberano y sus amigos se dedican a la caza mayor con perros, halcones y leopardos amaestrados. Por toda la medina proliferan los jardines, pero ninguno superior al llamado Abu-Fehr que se alza en las afueras: innumerables olivos, granados, naranjos, limoneros e higueras lucen escoltados por prados, flores y viñedos. Cientos de fuentes y estanques refrescan el aire con el agua abundante que llega por el antiguo acueducto de Zaghuan a Cartago que construyeron los rumíes.

En los últimos años, el califa ha debido hacer frente a numerosas sublevaciones, aunque finalmente ha conseguido un firme control del poder, ayudado por sus tropas más adictas, cuyo grueso lo constituyen batallones de enormes esclavos negros, a cuyo mando se encuentran nobles andalusíes exiliados. También cuenta con el importante soporte de unas aguerridas y selectas milicias cristianas, adiestradas para mantenerse firmes en su formación, aunque en la guerra santa no se sirve de ellas, por temor a que se revuelvan contra él los musulmanes.

Todos los hafsidas, sobre todo desde Abu Zakariya Yahya, han apreciado a los andalusíes. Pero el aprecio de al-Mustansir Billah raya en la pasión desde que los líderes de la ilustre familia de los Ibn Jaldun sevillanos le ofrecieron como regalo a una esclava gallega que se convirtió en su concubina y le dio muchos hijos, entre ellos, Utman y Abu Bakr, lo que le valió a la gallega el nombre de madre de los califas (*Umm al-julafa*). Quizás por eso mismo siente también una acusada predilección, muy criticada por los más piadosos, por los cristianos de toda suerte que habitan en la ciudad: nobles díscolos, soldados de fortuna, mercaderes… Es conocida su amistad con el rey Jaime de Aragón, y sus tratos cercanos a la intimidad con los infantes de Castilla exiliados en su reino.

La afluencia de gentes de Al Ándalus hacia Ifriqiya databa de

antiguo: desde que los pueblos cristianos alcanzaron predominio sobre ellos. Comenzó cuando desapareció el califato omeya, continuó tras la caída del imperio de los almorávides y se convirtió en una riada continua con la Gran Emigración. Así es como ya se conocía en todo el mundo musulmán la salida de creyentes producida por la batalla de La Cuesta, la conquista de Córdoba, de Sevilla, Zaragoza, Valencia… Y con los inmigrantes llegaron a Túnez costumbres y oficios desconocidos, nuevas formas de ser y hacer, y una multitud de letrados y sabios que empezaron a ocupar puestos relevantes en la cancillería y en la judicatura, en la enseñanza y en el ejército. El gran río de la población y de la civilización de Al Ándalus se desbordó por todas las regiones del Magreb, animando las ciencias y los mercados. A tal punto llegó la influencia de los inmigrantes, que hasta su forma de escribir se impuso sobre la *ifriqí* y la hizo desaparecer, pues ya en la capital y en las zonas adyacentes todos los amanuenses empleaban la variedad gráfica andalusí.

Cuando entraron en Túnez, en septiembre de 1269, los Banu Quzman preguntaron a los centinelas de la puerta por las señas de un amigo de la familia, exiliado años antes y antiguo alumno de Hamet, Yusuf ibn Muhammad, de los Banu l-Attar, pero que llevaba ya tantos años en África que era conocido por el sobrenombre de al-Sharishi: el jerezano. A cambio de un puñado de dátiles secos, un golfillo se ofreció a llevarles a la casa que buscaban.

Conforme callejeaban por la medina, iba apoderándose de Hamet una gran melancolía, al observar el ambiente extraño y desconocido en el que habría de desarrollarse su nueva vida. Todo era muy diferente a Al Ándalus, la lengua, los olores, los rostros de las gentes. Por doquier se oía la lengua de los bereberes, diversos dialectos romances que no comprendía bien y otros idiomas que tampoco conseguía identificar.

No tuvo que llamar a la puerta porque, tal como llegaban al umbral de la casa, discípulo y maestro se encontraron cara a cara.

—Yusuf, amigo… —Los dos hombres se fundieron en un largo abrazo emocionado. Al-Sharishi había sido avisado, mediante palomas mensajeras enviadas por sus agentes desde el oasis más próximo, de la inminente llegada de los Banu Quzman y llevaba días preparándolo todo. Después de alojar a los recién llegados en su propia casa, esa misma tarde acompañó a Hamet a una entrevista previamente concertada con con el poderoso visir Ibn Abi-l-Hocein, sin cuya mediación resultaba inútil cualquier gestión en la ciudad.

La creciente corte de los hafsidas andaba siempre necesitada de empleados bien formados para las tareas de gobierno y la administración de justicia, así que la llegada a la villa de un afamado jurista andalusí fue acogida como una buena noticia por el visir. Pero,

de natural desconfiando, antes de confiarle tarea alguna quiso someter al recién llegado a una dura prueba que midiera su calidad.

La conversación se prolongó hasta altas horas de la noche y Ibn Abi-l-Hocein quedó tan impresionado por las capacidades y la personalidad de Hamet ibn Quzman que sobre la marcha decidió contar con él para el cargo de cadí. También el andalusí cayó rendido, y reconfortado, al constatar las buenas intenciones del visir y su sentido de estado. Las informaciones que le habían dado sobre la corte de los hafsidas se demostraban ciertas: a diferencia de otros gobernantes, rodeados de pésimos compañeros y gente pomposa, pero sin capacidad, a los que confiaban los más graves asuntos, el príncipe de Túnez se rodeaba de los mejores con un celo prudente que inspiraba confianza.

El visir, sabedor de que a su soberano le placía la compañía de los letrados, a los pocos días organizó una velada de música, poesía y conversación en su propio palacio, a la que invitó al califa, a Hamet y a otros ilustres invitados, entre ellos el cadí *al-yama'a* de Túnez, el famoso jurista Abu l-Abbas Ahmad ibn al-Gammaz al-Jazrayi, jeque de los tradicionalistas. Quiso de esta forma el visir poner a prueba una vez más las capacidades de Hamet, pues Abu l-Abbas era un reconocido polemista, que gustaba de fustigar a sus interlocutores con su erudición y oratoria.

Abu l-Abbas también deseaba acudir a esa cena para comprobar por sí mismo si resultaba fundada la fama de tan excelente especialista en el derecho, según el rito del imam Malik ibn Anas. Los tratados de Hamet se estudiaban en su madraza, pero nunca se sabe si quien firma una obra es su autor, pues en ocasiones los ricos y poderosos empleaban a gentes de talento para componer escritos que luego publicaban como de su propia autoría.

Con el corazón lleno de aprensión se dirigió Hamet al palacio del hafsida. Y todo en él era como se le había descrito: de magnífica arquitectura, por todas partes se desplegaban bellísimas alfombras, tapices, divanes, altos sitiales, estanterías plagadas de mamotretos y rollos de pergamino. En diversos patios crecían multitud de plantas, graciosamente labradas con formas caprichosas, flores y bosquecillos de álamos y otros árboles que ofrecían sombras refrescantes y fragancias resinosas. Cientos de fuentes vertían incesantemente borbotones de agua.

Durante largas horas, hasta el amanecer, los asistentes discutieron sobre derecho, religión, historia, política y, sobre todo, de la vida y el destino. Quienes le escucharon quedaron rendidos ante la elocuencia y el saber del Banu Quzman, y por su rectitud de juicio y la nobleza de sus sentimientos, por su piedad y conformidad con la providencia. Quizás esperaban encontrarse con un exiliado furibundo, amargado,

que acudía a un príncipe clamando venganza vociferantemente. Y en su lugar se encontraron a un Job, sumiso con la voluntad de Dios, agradecido por seguir vivo, respirando un día más.

—Todas las vicisitudes de la vida ofrecen alguna enseñanza —dijo Hamet a los asistentes a esa cena—. Los necios cierran los ojos, se resisten y no aprenden nada. Yo siempre he tratado de ver la voluntad divina que se esconde detrás de cada acontecimiento y he agradecido al Supremo Hacedor tanto lo bueno como lo malo que me ha mandado. Porque Él sabe más, mucho más. Él es omnisciente, lo sabe todo. Puedo decir que me he amamantado tanto en las buenas como en las malas ubres del destino. He sido un hombre afortunado por muchos conceptos, he disfrutado muchos años de buena salud, de una vida holgada y honorable, pero también he bebido de la amargura de la vida y de la copa de la humillación.

Los escuchantes se maravillaron de sus razones y de su sumisión, pero aún quisieron combatir sus argumentos, como hicieron los amigos de Job.

—Pero, maestro, ¿no es la pobreza un mal? ¿No debemos evitarla a toda costa?

Hamet se quedó pensativo un rato y contestó.

—Evidentemente, honorable colega. Hacemos bien en tratar de evitarla. Es absurdo desdeñar la riqueza, que da poder a los hombres y facilita la vida. Además el patrimonio es un dios clemente, que empequeñece las faltas de los ricos, por graves que sean… Trataré de explicarme mejor: creo que si la penuria llega de improviso, no debemos sentarnos a llorar por la prosperidad perdida, sino encarar el temporal con gallardía, reparando en que también la pobreza tiene sus ventajas. Una de las causas que con más frecuencia suele provocar la ruina de un hombre es la codicia de los otros, de los que desean sus riquezas, tendiéndole trampas y asechanzas. Quien posee dinero y caudal conocido atrae las miradas de los demás y por eso necesita una guardia que le defienda; a quien nada tiene, nada le pueden robar y, además, nadie le pide, librándose así de una molestia social. Sí, la codicia es la peor de las pasiones, resulta insaciable. Con razón dijo nuestro Profeta, ¡qué Dios le bendiga y salve!: «Si el hijo de Adán tuviera dos ríos de dinero, desearía un tercero: únicamente la tierra sacia al hijo de Adán». Por ello yo sigo la sabía enseñanza de Ali, que siempre decía: «Vosotros, oro y plata, id a engañar a otro».

—Pero ¿y los hijos? —preguntó otro de los asistentes—. Para ellos la pobreza es mala. Pocas cosas existen más duras que escuchar a un hijo hambriento pidiendo pan.

—Tienes toda la razón. Conviene dejar a tus hijos bien provistos y posicionados antes de que tengan que pedir limosna a la gente. Pero también la penuria de los hijos entraña aspectos positivos. Te puedo

hablar de mi propia experiencia. Hace pocos meses, mis hijos ignoraban el valor de la riqueza y la humillación de la pobreza. Vivían en una nación excelente y hermosa, se les alimentó con lo mejor que producía la tierra, fueron pulidos por la educación. Mis hijas, en Sherish, no habían conocido más que la felicidad, la opulencia y el cariño envolvente de sus mayores. Entonces se comportaban como mozas malcriadas y me daban mucho tormento. Yo, por mis pecados, siempre he sido un padre blando. Pero desde que tomamos los caminos del exilio, mis hijas han cambiado. Han sufrido, sí…, muchísimo, porque la pobreza es el doble de triste para aquel que nunca ha conocido las penalidades. Sin embargo, ahora son mejores, más respetuosas con las tradiciones, con sus mayores, buenas mujeres que serán buenas esposas musulmanas. En cuanto a mis hijos… en Sherish les servían esclavas y sirvientas, vestían las mejores ropas, usaban los más delicados perfumes, festejaban, cazaban, pero eso debilitó sus espíritus y les despojó de sus espinas… Por el camino, han tenido que limpiar pozos negros, han trabajado en fétidas curtidurías, han bataneado ropa hasta que se les despellejaron las manos, han mendigado… y, sobre todo: han aprendido a defenderse de hombres y fieras. ¿Son hoy mejores o peores hombres? Sin duda, mucho mejores, preparados para afrontar todo lo que pueda venir, para enfrentarse a las dificultades de la vida, para soportar el peso de la desgracia. Además, hemos aprendido que el hambre resulta más beneficiosa para el cuerpo que el exceso de alimentación. Mi familia, los Banu Quzman, se muestra hoy más unida que nunca, después de todo por lo que hemos pasado juntos; he visto con mis propios ojos cómo la abundancia enfrenta y la escasez no siempre, porque también une. ¡Qué cierto es que la vida muelle debilita y corrompe! Con razón decían los antiguos: «Guárdate de las comodidades como te guardas del pecado, pues son aún más peligrosas». El bienestar puede ser para los hijos el peor castigo, si no va acompañado de mano firme que imponga disciplina, frugalidad, respeto… el ocio se encuentra más cerca de las puertas del mal que las fatigas propias de la vida. ¿Y no es eso lo que les pasa también a los pueblos? Nosotros, los andalusíes ¿no nos hemos debilitado por la riqueza y la prosperidad, por la vida relajada? ¿En tiempos del califa Abderramán, o del gran Almanzor: nos hubieran echado los cristianos de nuestras tierras? Seguro que no, porque entonces aún éramos duros y resistentes, combativos y firmes, podíamos humillar su arrogancia gracias a nuestro enorme poder, a nuestra extraordinaria fuerza y al gran número de aliados que teníamos… Del peligro de la opulencia ya nos alertó el sabio califa Umar (Dios le sea clemente). Cuenta la tradición que habiendo sido invitado a una boda, vio unas marmitas conteniendo comida amarilla y otra roja y manjares amargos, dulces y ácidos, y exclamó: «¡Si los

árabes empiezan a comer alimentos tan variados, acabarán por matarse unos a otros!». Esa es mi opinión, pero Dios es el Bien Informado.

Después tomó la palabra el califa.

—Hamet ibn Ismail, lo que me maravilla, lo que no puedo comprender, es que una persona como tú, tan ilustre, un intelectual prestigioso, no haya encontrado refugio más cerca de su patria, incluso en la misma Al Ándalus. ¿Nadie quiso ayudarte?

Hamet se esperaba esa pregunta y llevaba preparada la respuesta.

—Honorable Abû 'Abd Allah Muhammad, apodado muy atinadamente al-Mustansir Billah… prócer por mérito propio, desenvainador de la afilada espada de la ley, ¡Dios te dé larga vida! Sabe que desde antes de partir de Sherish conocía el orden y la prosperidad con que Dios bendice a este estado, centro de luces espirituales, que tú ayudas a gobernar con mano firme. Como príncipe conocedor del valor político de la sabiduría, en tu consejo los letrados ocupan un lugar de la mayor consideración. Un señor que comprende que el poder no es alabado más que cuando se utiliza para el bien, que ordena lo conveniente y prohíbe lo pernicioso y que procura que la gente actúe de acuerdo con los intereses generales del reino. Así que, desde el principio, venir aquí constituía una de nuestras opciones preferidas. Es cierto que queda muy lejos y que el viaje es terrible. Pero merece la pena…, pues he podido comprobar que aquí manda un soberano que es un cofre para la sabiduría y una alforja para los menesterosos, que no simpatiza con el libertino ni sigue al extraviado. Que no favorece al inútil ni presta atención al bufón, que no incumple sus promesas ni encumbra al jactancioso. Y que la gente es noble y piadosa, tal como dice el sabio proverbio: «La gente adopta las costumbres de sus gobernantes». Se nota que el príncipe se ha preocupado de educarlos de manera que sea él quien los gobierne y no ellos quienes lo gobiernen a él. Porque los humanos constituyen una especie dada a la imitación y si ven vicio e inmoralidad en sus gobernantes, acaban impregnándose de ellos y se colma entonces la ciudad de gentuza despreciable.

El califa dirigió entonces a Hamet una mirada de cierta ironía, pero sin decir nada tendió la mano hacia el copero para que le escanciara.

—Ahora bien —siguió diciendo el cadí—, también es cierto que si hubiésemos podido afincarnos en Algeciras, en Ronda, en Ceuta o incluso en Tremecén, lo habríamos hecho. Quien sufre escasez busca pasto donde puede. En todas partes me acogieron bien, fueron amables, corteses e incluso hospitalarios. Me alababan y me bendecían, mostrándose honrados por acoger a un Ibn Quzman de Sherish… Pero con las alabanzas no se come. ¿De qué sirven los halagos si tus hijos pasan hambre, si tu cuerpo está desnudo? Dios

(ensalzado sea) ha conformado al hombre de manera que necesita alimentarse para vivir. Los elogios no son más que aire y prestarles oídos es de necios. Por eso doy, desde el fondo de mi alma, gracias a Dios que con su generosa mano invisible me condujo a tu reino de orden, donde espero rehacer mi vida y dar un futuro a los míos, que ya han sufrido bastante, quiero dejar a mis herederos mejor ricos que pobres.

Escuchado esto, el califa al-Mustansir Billah se levantó, se acercó a Hamet, lo levantó con delicadeza de los cojines y le besó en público. Tomándole de la mano, se dirigió a la concurrencia:

—Amigos, parientes… este que veis aquí es un hombre sabio. Uno de los pocos que he conocido en mi vida. ¡Caiga la desgracia sobre aquellos que ignoren sus virtudes y, aún más, sobre aquellos que se niegan a reconocerlas! No es soberbio, ni orgulloso, razona con habilidad y persuasión; sus argumentos convencen por su finura y por la elocuencia con que se exponen. Nos ha demostrado que todo lo que es alto será bajo y todo lo que se ensalza será humillado y que ello debe tomarse como una simple oportunidad de aprendizaje y crecimiento espiritual. ¿Acaso el cielo protegió con su manto a alguien cuyo lenguaje sea más verídico que el suyo? Su compañía es un placer; charlando con él el tiempo pasa muy rápido; al escucharlo, se me humedecen los ojos… Hamet ibn Quzman, eres la viva imagen de la impecabilidad: espero que aceptes quedarte entre nosotros, será un honor para mí y para la ciudad. Si es así, no lo dudes: tus herederos no tendrán que pedir limosna. Quiero… necesito a mi lado a gente como tú. Dios (honrado y ensalzado sea) creó a los humanos y los constituyó en categorías, aunque todos somos esencialmente iguales: a los profetas y a los apóstoles (las bendiciones de Dios y su salvación sean con todos ellos) las mejores de sus criaturas; y luego a nosotros, los soberanos, que soportamos una pesada carga. Él hizo que los hombres se dedicaran a diversas actividades con las que obtener sustento. Pero a vosotros, el gremio de los cadíes y de los letrados, os ha constituido como el más noble grupo de entre las gentes de cultura y prestigio, ciencia y criterio. Gracias a vosotros se organiza lo que es conveniente para el califato y para que los asuntos públicos y privados marchen adecuadamente. Gracias a vuestros consejos Dios hace que quienes gobernamos lo hagamos en favor de las gentes y que los países vivan civilizadamente. El soberano no puede prescindir de vosotros, y solo con vosotros puede alcanzar la perfección. Sois como los oídos de los reyes, con los que podemos oír; sus ojos, con los que podemos ver; sus lenguas, con las que podemos hablar; y sus manos, con las que podemos ejercer la autoridad… Quédate conmigo y honra a Dios.

Hamet se puso la mano derecha en el corazón y bajó la cabeza.

—Mi señor… Príncipe impecable, heredero de los califas bien guiados… Acepto, encantado y muy honrado. Si la desgracia es grave, la falta de consuelo lo es aún más. Y no podría aspirar a mejor consolación que las palabras que me has dicho… Desde hoy, puedes considerarme tu siervo. Esclavo de tu gran virtud. Manda, que yo y los míos obedeceremos con nuestras fuerzas y habilidades. Lo poco que sé lo he adquirido por favor de Dios y gracias a su guía. ¡Dios lo abarca todo con su conocimiento! Pero sabe que los saberes de un solo hombre son por naturaleza exiguos, así que solicito tu benevolencia si alguna vez no puedo servirte como esperas… ¡Quiera Dios guiarnos a todos! ¡Qué Dios prolongue tu existencia y te colme con sus favores!

Ese mismo día, el califa al-Mustansir Billah calibró la valía del inmigrado, le admitió sin reservas en su entorno. Debido a su afición por reunirse con hombres de letras y gentes ingeniosas, el emir lo colmó de honores, le dio una casa en la ciudad, tierras, bienes, regalos, y lo puso bajo su protección. Lo nombró miembro de su consejo de ulemas. Le encargó parte de la correspondencia oficial y más tarde le hizo responsable de su firma. Demasiadas atenciones para un hombre que ansiaba pasar inadvertido y dedicarse al estudio y a la enseñanza. Pero Hamet no se atrevió a rechazar tales honores y acompañaba al emir a la oración siempre que se lo pedía.

La corte de al-Mustansir Billah era conocida en todo el Mediterráneo por su esplendor y riqueza. El califa, hombre piadoso e inteligente, gobernaba su reino con sensatez y criterio, imponiendo castigos y regalando mercedes según los merecimientos de sus súbditos. Cuando se sentaba en el diván a dictar disposiciones ejecutivas, lo hacía regido por la razón, siempre después de escuchar el consejo de los sabios. Pero cuando se encontraba en sus momentos de asueto, se dejaba arrastrar por la emotividad y entonces se convertía en un adolescente, entusiasta seguidor de todas las novedades, capaz de rasgarse la camisa de goce por los versos de un cantor o de llorar por el sabor de un calostro de oveja y para ambas actividades, las de gobierno y las del recreo, contó desde entonces con Hamet.

Así por fin, tras un penoso periplo, Hamet encontró el puerto seguro donde recalar. Le asignaron un puesto de cadí y una madraza, para enseñar derecho y teología. Y al llamado de su ciencia, pronto afluyen alumnos desde muchos lugares.

De nuevo puede la familia vivir y comer decentemente, recuperar paz. Hamet contempla aliviado cómo cada día se rellenan los pellejos de sus hijas. No resulta fácil encontrar los mismos alimentos que en Al Ándalus y deben acostumbrarse a los nuevos sabores. Pero después de las hambrunas que padecieron, los platos nuevos y los antiguos les causan por igual enorme deleite. Degustan con fruición las

especialidades de Zuhara: sus famosas albóndigas de carne y legumbre, sus callos de oveja, sus zanahorias cocidas con vinagre, aceite y salmuera; y también delicias antes desconocidas o rarísimas, como los plátanos, las peras de Jurasán, las trufas con mantequilla y pimienta… La matrona había puesto todo su empeño por reproducir en su nuevo hogar el cálido aliento de la vida que reinaba en su casa, y, poco a poco, lo iba logrando.

Pueden también volver a calentarse por la noche. Disponen de aceite para los candiles y la luz puebla de nuevo sus veladas invernales; han dejado de vivir como animales. Pero las penurias les han dejado heridas difíciles de cicatrizar y cuando tienen sueños felices, suelen evocar comidas, festines inagotables, capones grasientos y todo tipo de deleites para el paladar.

El cadí recupera lujos que tenía olvidados, como el de leer por placer, por las noches, antes de dormir, y da muchas gracias a Dios porque le hizo gustoso de los placeres más simples de la vida, pasaporte seguro para la felicidad. En su juventud siempre disfrutó de esos placeres de una forma tan natural que le parecían consustanciales a la existencia del hombre. Tras las penurias pasadas, él mismo y todos los Banu Quzman han aprendido que la satisfacción de los deseos más simples constituye en verdad la sal de la vida.

De forma natural, los Banu Quzman se fueron habituando a la vida en Ifriqiya, tan diferente a la de Sherish. Hamet, en particular, debe mostrarse muy cuidadoso con la ortodoxia. Siempre lo ha hecho, pero en Sherish las disputas dogmáticas nunca fueron importantes, por la predominancia del islam suní más ortodoxo. Pero en Ifriqiya las cosas son diferentes: hay sufíes, chiíes y otras sectas, muchas veces contaminadas de reminiscencias de paganismo, que con frecuencia causan desasosiego en la comunidad propagando doctrinas dudosas o directamente heréticas.

Pero la ciudad no resulta solo heterogénea por sus creencias, sino también por las razas y costumbres de sus habitantes. No resulta extraño, por ello, que con frecuencia estallen disputas, que los cadíes deben zanjar con una mezcla equilibrada de diplomacia y mano dura.

En particular, empezaban a ser frecuentes en Túnez las disputas entre musulmanes españoles y africanos. Los andalusíes, por lo general gente de casta noble y buena formación, descendientes de hispanorromanos y árabes, consideran a los africanos —muchos de ellos bereberes— gentes toscas, bárbaras e ignorantes. Poco a poco los emigrantes van cerrándose en sus propios círculos. Ocupan los mejores cargos y tratan con desdén a los locales, lo que despierta envidias y rencores que alcanzan hasta la corte. No dejaban los inmigrantes escapar oportunidad alguna de probar la altura de su casta, la superioridad de los hijos de Al Ándalus sobre las gentes del resto del

mundo. Y como lógica reacción, tampoco cesaban los africanos de recordar que los andalusíes eran un pueblo derrotado, infamado por el dogal de la humillación, blando y afeminado, más dado al canto y a la danza que a la lanza y la espada.

Precisamente el primer proceso que Hamet debió instruir y fallar como cadí en Túnez se dirigió contra Ibn al-Abbar, un renombrado hombre de letras valenciano que escapó de su ciudad natal justo antes de que cayera en manos de los aragoneses. Sus grandes capacidades pronto le valieron el cargo de escribano de la corte, un alto empleo en la cancillería del califa que le permitió seguir entregado a su producción literaria. Pero su carácter altivo e impertinente y las continuas alabanzas que hacía a las gentes y letrados de Al Ándalus le indispusieron con los locales, llegando a ofender al propio califa y al visir. Cuando se encontraba entre bereberes, trataba a los mayores como si fueran jóvenes, no usaba de *kunyas* ni de títulos de respeto, y se mofaba de las tradiciones africanas.

Los cargos eran de blasfemia, fornicación, adulterio y borrachera. La situación era delicada; dependiendo del fallo del tribunal, podrían estallar tumultos en un sentido u otro. Por eso Hamet sabía que debía mostrarse especialmente escrupuloso, fundar adecuadamente el fallo, interrogar con paciencia a los testigos, valorar cuidadosamente la prueba. Los denunciantes alegaban que últimamente los tribunales se habían mostrado excesivamente rigurosos con los magrebíes y algo más que blandos con los andalusíes.

De acuerdo con el sistema procesal de la *sharia*, sobre los demandantes (*muddai*) recaía la carga de la prueba del delito del querellado (*muddaa alayhi*). Los demandantes presentaron como testigos a cuatro adultos varones musulmanes, de la más alta cualidad moral y religiosa, que afirmaron tener conocimiento directo de la verdad de la demanda, como testigos oculares del acto impuro: Ibn al-Abbar había introducido el glande en la vagina de una mujer, por poco tiempo, pues estaba tremendamente borracho. Resultaba dudoso si había eyaculado, pues esto los testigos no pudieron precisarlo. Pero sí afirmaban que el reo no había realizado las purificaciones prescritas para esos casos, obligatorias haya habido o no eyaculación, sino que, despreocupado de todo acto de piedad, se había recostado de nuevo sobre los cojines para seguir bebiendo y charlando como si nada hubiera ocurrido.

Constatado el juramento, nada podía salvar al reo. Si hubiera faltado algún testigo, o sus testimonios se hubieran invalidado por haberse impugnado la probidad moral del testigo, el demandado podría haber solicitado un juramento de negación; adecuadamente efectuado sobre el Corán, hubiera provocado un pronunciamiento favorable. Pero no fue así, y el cadí se vio obligado a decidir de

acuerdo con la ley, la muerte del valenciano.

—Ibn al-Abbar… tu comportamiento no es digno de sabios ni mucho menos de hombres piadosos; eres culpable de los cargos que se han vertido contra ti. El que ofende al Profeta de Dios, que Dios le bendiga y salve, debe ser ejecutado sin aceptarse su arrepentimiento. El que fornique adúlteramente y sea persona libre, que se halle en estado de pureza legal, será lapidado hasta que muera. En tu caso, además, concurre negligencia en beber vino y pecados contra la pureza. Particularmente tú, como hombre ilustrado, deberías saber que los musulmanes debemos bajar la vista ante las mujeres prohibidas para la cohabitación. Una primera ojeada sin intención no se considera pecado, ni tampoco hay mal en contemplar a la mujer fea, ni a la guapa y joven, cuando hay una razón válida para hacerlo… pero tú has abusado mucho más allá de lo tolerable, ofendiendo el pudor de las musulmanas, y por eso debes ser castigado.

Como pena se decretó el tormento y la lapidación. Además, por sus probadas herejías y blasfemias, el cadáver del reo junto con sus libros y sus poesías se quemarían públicamente. Un fallo ejemplar y ejemplarizante.

Pero Hamet, una vez pronunciada la sentencia contra el reo, se dirigió también a los asistentes.

—Queridos amigos… hermanos. Sirva esta sentencia ejemplar para acallar las voces que afirman que los andalusíes reciben en Ifriqiya un trato privilegiado; y sirva asimismo para recordar a los exiliados que aquí hemos sido acogidos y bien tratados, y que debemos mostrar cumplido agradecimiento. Africanos: hoy mismo os digo públicamente que ahora soy uno de vosotros, hacia vosotros me inclino, os saludo y pido a Dios que nos bendiga a todos.

Hamet pronunció estas palabras con convicción y sincero deseo de que calaran en los muchos andalusíes que ya andaban maquinando su venganza. En realidad, la rígida y formalista mecánica del proceso de la *sharia* tal como se aplicaba en Ifriqiya no le dejaba espacio alguno para cambiar el fallo. Además, como jurista malikí, defendía el principio básico del interés público, hasta el punto de haber defendido en muchas ocasiones que: «La necesidad hace permisibles las cosas prohibidas».

Sin embargo, no podía apagar el fuego interior de sentirse traidor, a los suyos, a la tradición… a los que habían permanecido en Al Ándalus. Le quemaba por dentro la certeza de que él mismo podría haber sido condenado cientos de veces por comportamientos semejantes. ¿Nunca se había mostrado arrogante con los bereberes? ¿No había sentido una enorme predilección por los andalusíes frente a árabes o extranjeros? Y junto a este sentimiento, le escocía cada vez más la sensación de culpa por haber escapado de la suerte que en ese

mismo momento padecían miles de compatriotas suyos al otro lado del mar.

Sabía que había hecho lo correcto, salvar a su familia, evitar la muerte, velar por la convivencia de todos. Pero, ¿en verdad era lo más honorable? Lo mismo que le ocurría en Sherish, no conseguía acabar con sus dudas y la convicción cada vez mayor de que el hombre camina a ciegas, y acaso cuanto más letrado es, más espesa es la venda que lo recubre…

Cuarta parte: Venganza (1273-1286)

38. Túnez. Junio de 1273

Esa tarde de primavera, cuando después de la oración en la gran mezquita y de una comida familiar jugaba con sus nietos a la sombra fresca y dulce de los limoneros, Hamet reflexionaba, como otras tantas veces, sobre lo que había sido su vida en los últimos cinco años. Como siempre le ocurría en esas ocasiones, el viejo cadí se dejaba embargar por la emoción, recordando a los ausentes y dando muchas gracias a Dios por los presentes.

Sin duda fue gracias a su mano inagotable en las mercedes que tras la pesadilla de la huida de Sherish y del viaje por Al Ándalus y el Magreb, los Banu Quzman acabarán recalando en un puerto seguro, donde no solo habían podido empezar una nueva vida en dignidad, sino que recibían honores y disfrutaban de una más que notable prosperidad.

En Túnez pudo, por fin, casarse otra vez su hijo Muhammad para formar una familia, lo que contribuyó a apaciguar no poco los temores de Hamet. Su nombre y su linaje se preservarían. Lo había conseguido: había vencido a la vorágine de los tiempos. Las promesas que le hizo a su padre las había cumplido. Pero, sobre todo, sintió un enorme alivio por su primogénito, porque la llegada de los nietos vino a confirmar la capacidad procreativa de Muhammad, que se libró así de recorrer la vía dolorosa del hereje, pues el impotente, como bien sabía el cadí, incurre en un doble anatema: el del ridículo por su deficiencia y el de la culpa por su incapacidad para engendrar. El nacimiento fue celebrado con grandes fastos, impropios del carácter austero del cadí. Toda la élite de la gran emigración andalusí fue invitada a casa de los Banu Quzman, donde pudieron disfrutar de las mejores viandas. Como suele ser habitual en estos eventos, se comentaron anécdotas de la familia y hechos piadosos, como que el Profeta nació circuncidado y con el cordón umbilical cortado, y que Jesús habló en la cuna, para pasmo de los escuchantes.

Una estrepitosa caída de Ismail, seguida de un llanto desconsolado, sacó al abuelo de sus ensoñaciones. Se levantó con presteza para acudir a limpiar la herida que el nieto se había hecho en la frente, seguramente por alguna pillería de su hermano gemelo, Muhammad.

A sus cuatro años, los hijos de Muhammad ibn Hamet eran dos diablos que traían de cabeza a todas las mujeres de la casa. Después de tranquilizar al pequeño en sus brazos y de hacerle prometer que debía perdonar a su hermano, lo dejó en el suelo. Ismail despareció al instante, dispuesto a cobrarse su justa venganza, mientras que su abuelo regresó a la sombra donde degustaba un jarabe de limón.

Al poco rato, acudió a sentarse a su vera su hijo Muhammad. Conforme se acerca, el padre lo contempla con orgullo. De todos sus hijos, es el más simple y contentadizo, y por ello el más feliz. Siempre encontraba la manera de eludir los problemas, la solución más fácil. De todos los Banu Quzman, él fue el más rápido en adaptarse a Ifriqiya. Queriendo conjurar los fantasmas del pasado, se casó nada más llegar con la mujer que le buscó su madre, una moza robusta y de discreta belleza, y lo hizo sin discusiones, agradecido. Como si el Altísimo quisiera agradecerle su sumisión, antes de un año Raya bint Hasan le había dado dos hijos gemelos, y al poco quedó sucesiva e inmediatamente preñada en cuanto la naturaleza lo permitió. Así habían llegado Ruqaya, Umar y, por último, Yafar e Isa, de nuevo gemelos, sin que por ello mermaran las fuerzas de la prodigiosa muchacha, capaz de dar coscorrones a los mayores mientras de cada uno de sus pechos pendían los voraces lactantes.

Sus hermanas se habían casado bien, con miembros de familias nobles andalusíes que residían en Túnez. Los nietos empezaron pronto a llegar y con ello anidó la alegría en el hogar de los exiliados. Poco a poco, tal como la vida se abría paso, empezaron a olvidar los dolores sufridos y la patria perdida. Todo, menos la pérdida de los hijos y la separación de Alima, de la que nada sabían. Una tras otra, Hamet había mandado numerosas cartas a Iznajar, sin obtener respuesta. No sabía si Alima y los suyos seguían vivos. Quizás el destino de los tiempos les había arrastrado a otro lugar de Al Ándalus o del Magreb. El cadí no perdía ocasión de interrogar a cuantos andalusíes se encontraba sobre el posible paradero de su hija, pero en vano. Mientras tanto, seguía enviando cartas a Algeciras, a Ronda, a Granada y a Iznajar, buscando sin éxito las noticias ansiadas.

Muhammad, nada más llegar a Túnez había encontrado con facilidad un puesto adecuado a su formación, como secretario del cadí de Bizerta, y allí se había desplazado con su familia, dejando un hueco en el corazón de su padre. Afortunadamente, al poco tiempo Hamet pudo traérselo con él a Túnez, para trabajar como auxiliar del cadí mayor de la ciudad. Padre e hijo podían así disfrutar de largas tardes de asueto en mutua compañía, gozando con los chiquillos y dialogando sobre la familia, la situación política en Al Ándalus y las labores de cadí.

—Por nada del mundo olvides, hijo, que para impartir justicia es

necesario no solo el concurso del juez, sino de toda la maquinaria del tribunal. El engranaje debe funcionar bien, dándole a cada uno de sus protagonistas lo suyo. Cuando tu trabajo sea elogiado, concede el mérito a tus colaboradores; pero si recibe crítica, asúmela tú mismo sin achacársela a otro. Ten en cuenta que entre nosotros, el gremio de los jueces, los defectos se notan con más rapidez que entre los recitadores del Corán, y nos causan mayor desprestigio que a ellos. ¡Humildad, hijo, mucha humildad! No caigas en el error de pensar que la maestría con la que ejerces tu profesión y la calidad de tus acciones se deben solo a la excelencia de tu penetración y a la altura de tus conocimientos, porque con ello estás provocando a Dios (alabado y ensalzado sea) y propiciando que te deje solo y haga que no tengas capacidad suficiente para el desempeño del cargo. Por encima de todo el que posee ciencia hay Uno que todo lo sabe. Nunca digas que eres más perspicaz en los asuntos ni más capaz para fallar pleitos que un colega de profesión: el más inteligente de dos hombres, según las personas de juicio, es el que evita la presunción y la aparta de sí, y piensa que sus compañeros son más inteligentes que él y mejores en su oficio.

Le preocupaba mucho a Hamet que los honores del cargo acabaran ensoberbeciendo a su hijo. Una y otra vez insistía en las recomendaciones que un día le hiciera a él mismo su padre:

—Debes mostrarte siempre templado, dedicando a la consideración de los asuntos del tribunal toda la atención y toda la reflexión posible. No te dejes llevar por la precipitación y mantente alejado de la angustia y la desazón. No recurras al tormento ni exijas más pruebas que la del testimonio bajo juramento efectuado en las condiciones establecidas por la ley. Mantén tu respiración sosegada y tu mejilla fresca. Aprovecha el saber de las personas con experiencia y de quienes poseen sabiduría, criterio y discreción. No admitas consejos de indolentes ni de avaros, y jamás prestes oídos a nada de lo que te digan, pues el daño que te causarán será mayor que el beneficio que te aporte. Trata con cortesía al querellante y, en caso de duda, no prosigas y exige más pruebas. Pero… sobre todo, no sobrepases nunca la justa medida en lo que se refiere al aspecto del estrado, de tu vestido, de tu montura, tu comida, tu bebida, tu casa, tus servidores y todo lo demás propio de tu situación. La moderación en las cosas del mundo procura prestigio y limpia los pecados. Debo confesar que yo (Dios me perdone) olvidé estas recomendaciones en Sherish y ello causó la envida de nuestros vecinos. A pesar de que Dios nos ha distinguido con la nobleza de nuestra profesión, los jueces somos simples siervos que no debemos errar en el desempeño del cargo. Debes guardarte de la ruina que conlleva el despilfarro y de las nefastas consecuencias del lujo, pues ambos traen consigo la pobreza,

llevan a la humillación y sacan a la luz la vergüenza de quienes se dan a ellos, especialmente si son gente de cultura.

Las inquietudes cotidianas de Hamet en su nueva vida en Ifriqiya también se nutrían por la coexistencia en la ciudad de diversas escuelas, sectas y corrientes del islam. Fiel a la escrupulosa ortodoxia malikí, el padre aconsejaba a su hijo:

—Sigue las tradiciones aceptadas y apártate de innovaciones y actitudes dudosas, y así la religión quedará a salvo y tu hombría de bien será manifiesta. No olvides que lo que lleva a la perfección en los oficios, lo que consolida su estabilidad y su firmeza, es la repetición de los modelos. Así, con el paso del tiempo, quienes son elevados a la dignidad del cadiazgo van adquiriendo una especial idiosincrasia, destreza y maestría en el conocimiento del derecho y, a la vez, van consolidando la profesión para beneficio de su comunidad. Vuelve siempre a los clásicos, a los maestros del *Fiqh*, que son una fuente inagotable de sabiduría. Y si algún día, Dios lo quiera, te sientes llamado a enseñar en la madraza, te recibiré orgulloso a mi lado, en la esperanza de que seamos premiados por enseñar la religión de Dios, como son premiados quienes a ella se convierten.

En Túnez, Hamet recibía puntualmente noticias de Sherish que le gustaba comentar con su hijo. Muchas veces eran nuevas terribles, que hablaban de hambres, fiebres, batallas y asaltos. Cada día daba el cadí gracias a Dios por haber iluminado sus pasos, permitiéndoles abandonar la Península para encontrar la paz en Ifriqiya, porque las Españas, desde que se fueron los Banu Quzman, no habían disfrutado de un momento de paz.

La precaria paz que siguió al aplastamiento de la sublevación se trocó de nuevo en guerra cuando el sultán de Granada incumplió las treguas pactadas. En Sherish, tan pronto como se reiniciaron las hostilidades, el rey Alfonso mandó como refuerzo al alcalde de Jerez, Alvar Yánez, cuarenta caballeros con sus correspondientes peones. La villa se había convertido en una pieza fundamental para la defensa del reino, como demostraba el hecho de que el rey posara en ella con frecuencia, por periodos prolongados, e incluso que celebrara en su alcázar reuniones de cortes. El monarca quería permanecer cerca de la raya, donde más necesaria resultaba su presencia, pues por estos años Andalucía sufrió grandes pestes, disturbios y carestías, y los castellanos rogaban al rey su amparo para que acabase con sus males. Por eso el soberano convocó en Jerez a los mercaderes, para tratar el asunto, que mal remedio tenía, pues la carestía no era sino la consecuencia natural de las continuas guerras, con sus secuelas de talas y destrozos. Los panes, las bestias, las armas, los paños y casi todos los bienes costaban de dos a quince veces más al sur del puerto del Muradal que en la vieja Castilla. Además, ayuntando cortes en la

misma frontera Alfonso quería mandar recado a los granadinos y desafiar su poder: no os tenemos miedo.

Sin embargo, la arrogancia del castellano resultaba infundada y pronto se vería sometida a las más duras pruebas.

El nazarí aprovechó la ocasión de vengarse de Alfonso adoptando la misma política de fomento de la disidencia interna del enemigo que él mismo había padecido. Por esos años empezó a surgir la discordia en el seno de Castilla. Muchas de las más poderosas familias no ocultaban ya su descontento, en particular el linaje de los Lara, con el peligroso Nuño González, alcaide de los alcázares sevillanos, a la cabeza. Los levantiscos mostraban su desacuerdo porque el rey consumía sus rentas en los extranjeros, para mantener intactas sus pretensiones al solio imperial.

Consciente del peligro de que los *ricosomes* díscolos se entendieran un día con sus enemigos moros, el rey hizo frecuentes viajes por todo su reino, tratando de apaciguar a los quejosos, mientras enviaba diversas embajadas al sultán de Granada y al de Marruecos para prolongar las treguas.

Sin embargo, los peores temores del rey se hicieron realidad, con sello de particular felonía. En enero de 1272, Alfonso se entrevista con el rey Jaime de Aragón y en ese concilio se confirma que grandes nobles de ambos reinos andan concertados con los sarracenos para guerrear contra Castilla.

Los prohombres rebeldes, con los Lara a la cabeza y apoyados por su propio hermano, el infante don Felipe, decidieron trasladarse a Granada en 1272 para rendir vasallaje al sultán, prometiéndole servirle hasta que los castellanos cumplieran lo pactado en Alcalá, sin importarles los daños que su acción pudiera acarrear a Castilla y la cristiandad. Les acompañaban algunos de los más grandes de Castilla, como Esteban Fernández de Castro, Alvar Díaz de Asturias, Lope de Mendoza y Nuño Ruiz de los Cameros. Entre todos sumaban cuantiosas rentas y mesnadas, una poderosa ayuda para la Alhambra, que además reforzaron enseñando a los granadinos tácticas guerreras con las que hacer frente a los ejércitos cristianos.

Los efectos de estos impagables servicios pronto se sintieron en Al Ándalus. Los granadinos atacaron Guadix en 1271, causando graves destrozos, aunque no pudieron tomar la ciudad. En respuesta, Alfonso con ayuda de los Askilula contraatacaron en 1272 corriendo una vez más la Vega de Granada. Parecía evidente que pronto estallaría una guerra total en todos los frentes entre nazaríes y castellanos, un conflicto para el que los cristianos aún no se encontraban preparados.

Sin embargo, una vez más el rey Alfonso recibe la ayuda de la fortuna: la muerte de su gran rival y a veces amigo, Al-Ahmar, en 1273. En ese momento, Castilla podría haber asestado el golpe de

gracia al naciente reino nazarí, enfrascado en las inevitables luchas sucesorias que se producen a la muerte de un monarca musulmán. Pero en el tránsito del poder en la corte de Granada operaban hoy actores nuevos: los Lara prestaron gran ayuda para que el hijo del fundador de la dinastía nazarí accediera al trono sin grandes sobresaltos.

La sucesión en el trono de la Alhambra contribuyó a aliviar la presión en la frontera sur de Castilla. Pero, en contraposición, la situación interna empeoraba cada día. Los ricos hombres díscolos, cada vez más insolentes y numerosos, no cesan en sus querellas y plantean al rey una demanda tras otra, a cual más temeraria. En realidad, lo que está en juego es el poder: se trata de decidir quién manda en Castilla, si los grandes linajes o la corona. Alfonso, siguiendo la línea de su padre, el gran Fernando, ha seguido una firme política de centralización del poder, de reformas legislativas, de promoción de la economía, y casi todas estas mejoras suponen una merma en la autoridad y en la honra de las principales casas nobiliarias.

Los nobles se alarman por la intensa actividad de repoblación que lleva a cabo el monarca. Las nuevas pueblas suponen un atentado contra su poder y quieren frenarlas. Los astutos *ricosomes* buscan legitimarse recurriendo a argumentos jurídicos: están en contra de las innovaciones legales que quiere introducir el monarca, basadas en el derecho romano. Ellos quieren que siga en vigor el Fuero Viejo de Castilla, la ley de los fijosdalgo, ley de privilegio, al que ellos llamaban el Fuero Bueno*,* las leyes que según sus propios argumentos regían en tiempo del rey don Alfonso, su bisabuelo, y en tiempo del rey don Fernando, su padre. El Fuero Viejo había sido derogado por el rey, al que apoyaban los habitantes de las ciudades, porque conocían y sufrían los desmanes de los poderosos y rechazaban las prerrogativas excesivas de los grandes, contenidas en ese fuero. Pero los nobles presionaban fuertemente para resucitarlo y recobrar sus antiguos privilegios, recurriendo a toda clase de argucias y tejemanejes, a cual más deshonroso. Acusaron al rey de falsificar moneda, interpretando malignamente la reforma monetaria del maravedí de oro llevada a cabo por Alfonso, lo que tuvo como consecuencia el encarecimiento de la vida y la obstaculización del comercio, pues muchos mercaderes crearon disturbios, negándose a aceptar la nueva moneda, aunque en realidad los altercados fueron provocados por revoltosos a sueldo. Los grandes de Castilla creaban el desconcierto primero y acusaban luego al rey del desbarajuste producido por ellos mismos.

También alentaban los levantiscos todo tipo de quejas contra la voracidad recaudadora del monarca. Así, cuando los burgaleses protestaron contra la alcabala, impuesto considerado odioso porque

recaía sobre toda clase de compras y ventas, las cabezas de los linajes apoyaron la protesta y difundieron falacias, como que lo había instaurado el bisabuelo del rey, Alfonso XI, tan pérfido como él. Grave falsía, porque la alcabala procedía de los árabes y existía en Castilla desde mucho antes. El rey, con habilidad, pudo desactivar la protesta alegando que la alcabala se otorgó en cortes, en la misma ciudad de Burgos, con el consentimiento de los *ricosomes* que ahora la impugnaban. Y les recordó que el principal objeto del nacimiento de ese impuesto fue la necesidad de amurallar la medina, pues no era de razón que una villa tan importante contara como defensa con unos débiles muros de arcilla endurecida.

Acosado por todas partes, al rey de Castilla no le queda más remedio que implorar de nuevo la ayuda de su suegro, el rey Jaime de Aragón, para hacer frente a tanta amenaza. Cuando ambos se encontraron en Ágreda y se abrazaron, el castellano no pudo reprimir la emoción y rompió a llorar, abrumado por el peso del gobierno. Siempre ha tenido en su suegro a un segundo padre, que le ha ayudado a capear los peores temporales, y sabe que también ahora podrá contar con él. Le lleva recado de algo que se barrunta, pero que va a plantear a su suegro como hecho consumado: los nobles de Castilla tienen intención de entenderse con los descontentos de Aragón para llevar a cabo una acción conjunta.

Con el tiempo, se ha puesto de relieve que Alfonso no tiene la rígida fortaleza de su padre Fernando. Su temperamento es de una excesiva sensibilidad, enfermiza y nerviosa. Sus fuerzas limitadas. A estas alturas de su vida empieza a pensar que no abarca para cumplir todas las metas que se ha marcado: la reforma del derecho y la estructura del Estado, sus tareas culturales… Por si fuera poco, aspira a un imperio que los demás monarcas de Europa se resisten en entregarle. Su organismo empezaba a acusar el desgaste cuando más falta le hacía la salud, porque sabía que pronto iba a desatarse en el sur de la Península la más terrible de las pesadillas.

Pese a las infaustas novedades de guerra y muerte que llegaban de Al Ándalus, Hamet se sentía contento: todas las piezas de su vida encajaban, pensaba esa tarde de primavera mientras veía corretear a sus nietos y disfrutaba de la compañía de los suyos. Todas menos la de Ali.

Desde que llegaron a Túnez, los Banu Quzman habían encontrado su lugar en el mundo. Todos, excepto Ali. La única sombra en el ánimo de Hamet. Con creciente aprensión, el cadí iba apreciando como el carácter abierto y alegre del muchacho cambiaba para transformarse en un adulto huraño e introspectivo, cada vez más encerrado en sí mismo, abandonado a largos momentos de mutismo durante los cuales se limitaba a mirar el mar desde el tejado de su casa, donde grandes

losas de mármol bien pulido y con orificios en su parte central hacían que el agua de lluvia fluyera hacia los aljibes y cisternas del sótano. Los rigores de la huida de Al Ándalus, los años de exilio y el desarraigo se posaron sobre su alma y alteraron no solo su ánimo, sino su aspecto exterior, ahora desaseado y negligente, cuando siempre había sido presumido y atildado.

Ali no se sentía llamado para el derecho, pese a los ruegos y la insistencia de su padre y de su hermano, que se decían desbordados por tanto trabajo y por la inutilidad de los colaboradores que encontraban en África. Tampoco el comercio ni la navegación le atraían. Y aquí no disponían, como en Sherish, de grandes fincas familiares que administrar. Todo en África le resultaba extraño.

En realidad, lo que latía en el pecho del muchacho, sin atreverse siquiera a confesárselo a sí mismo, era dedicarse al yihad, como su tío y su hermano. Pero le había prometido a su padre que nunca seguiría los pasos de Ismail.

—Te lo ruego, te lo pido, te lo ordeno —le dijo un día Hamet al poco de llegar a Túnez—. Por nada del mundo vayas a la guerra. Esta familia ya ha perdido mucho con la guerra santa; desde que conservo memoria siempre me recuerdo esperando a un guerrero de la familia que nunca regresó, asistiendo impotente al dolor de las madres, jamás sanado del todo, a la desesperanza de las viudas… ¿Para qué? Al final, se ha cumplido el decreto de Allah con las gentes de Al Ándalus y Él nos ha expulsado de allí, no los cristianos, pues ni el pelo de una rata se mueve en este mundo sin que Él quiera. Cuando Dios decide la extinción de la soberanía de un pueblo, deja que sus miembros cometan acciones censurables y que se den a los vicios… y eso fue lo que nos pasó a los andalusíes: que caímos en la discordia, en la traición, en la pereza, en la ignominia, en la docilidad…. ¡Pecamos de orgullo y de soberbia! Olvidamos las enseñanzas de los sabios y nos mostrábamos superiores a todos nuestros semejantes con nuestro afectado refinamiento: a los cristianos, a los árabes, a los bereberes… Pasamos de la jactancia vigorosa a la humillación. Si el Señor quiere mal a un pueblo, no hay manera de evitarlo: solo nos queda aceptarlo; Él no puede quedar en segundo plano frente a sus criaturas. No, ya basta, los Banu Quzman no volverán al yihad. Ahora es el turno de otros, nosotros ya hemos pagado nuestro tributo de sangre. La guerra santa es una obligación colectiva, de manera que el cumplimiento de algunos exime al conjunto de la comunidad. Nosotros estamos ya exentos. A Dios se le puede servir tanto mejor con la pluma que con la espada.

Ali, hijo obediente, quiso complacer a su padre, tratando de no pensar mucho en el asunto. Sin embargo, recordaba los días de la huida de Al Ándalus, cuando era un mozo al que apenas apuntaban las

barbas, como los más intensos y ¿felices? de su vida. Sí, felices, debía reconocérselo; entonces se sentía vivo, pleno, acorde con su verdadero ser. En esos días aciagos se multiplicaba, sacaba fuerzas cuando ya parecía no conservar ninguna. Y pese a su corta edad, prestó una ayuda inestimable a la familia, como con frecuencia sus hermanos le repetían.

Desbordado por esas contradicciones, el menor de los Banu Quzman iba pasando de una tarea a otra sin encontrar acomodo en ninguna, presa de una cruel pesadumbre, afligido por la ansiedad y la frustración, rebelándose contra una existencia que no aceptaba y que le sumía en un marasmo interior y le arrebataba el gusto por la vida.

Quizás por eso, al poco tiempo de llegar a Túnez encontró amparo en las doctrinas sufíes que proliferaban por la ciudad. Se vio así consumado uno de los riesgos que Hamet preveía al arraigarse en Ifriqiya.

Ali, cautivado por la mística sufí, apartó entonces definitivamente cualquier intención de dedicarse a la carrera del Derecho y al servicio de los príncipes, para concentrarse en la religión y *al-ribat*. Un conocido alfaquí de Túnez, dedicado a las enseñanzas místicas, Abu Abd Allah az-Zubaydi, influyó mucho sobre él, tanto, que cambió completamente las maneras y las intenciones del joven. Empezó a dejarse barba más larga, descuidaba su atuendo, apenas comía. Frente a las pretensiones de sus padres, se negó a casarse, alegando su preferencia por una vida solitaria de oración.

Todos estos cambios causaban gran pesadumbre en Hamet, que podía leer en el corazón de su joven hijo, viéndose venir los problemas. Un día, Ali le pidió permiso para retirarse a un monasterio en pleno desierto.

—Padre… quiero abandonar la ciudad y dirigirme al ribat de al-Ubbad, en Tremecén, para vivir en compañía de los místicos sufíes…

Hamet trató de mantener la calma y en lugar de arrastrar a su hijo por el suelo, como hubiera hecho cualquier otro padre en su situación, optó por la dialéctica y el propio razonamiento teológico.

—Hay gente que busca el conocimiento… y gente que busca falsedades…. ¿te vas a volver chiita? ¿Qué te ha pasado hijo? Entre los que se inician en el sufismo suele haber orates e imbéciles, más parecidos a posesos que a personas en su sano juicio… ¿Quién te ha convencido, quién te ha engañado? No te conozco Ali: siempre has poseído una naturaleza bien templada y firme, un juicio claro… Te has vuelto obstinado, lo que es peor, inconstante. No sabes a dónde vas ni qué pretendes… Anudas el error a la ligereza… Dios ¡ensalzado sea! ha sido misericordioso contigo, te ha hecho superior a todos los hombres, te adornan cualidades y aptitudes que no he visto jamás en nadie, excepto en mi abuelo Ali (Dios le haya perdonado); por eso

estás obligado a mostrarte agradecido… No desperdicies esos dones, que deberías poner al servicio de los creyentes, no en el desierto… Todo ese desasosiego que sientes, toda esa inquietud, surge de tu necesidad de dar cauce adecuado a esas cualidades, porque sean cuales sean los dones de un hombre, aunque crea que están ocultos a los demás, acaban conociéndose y frustrándose si no se ponen en movimiento.

Ali bajó la cabeza sin decir nada, humildemente, con una sonrisa en los labios. En vano trató el cadí de que expusiera un buen razonamiento para defender su postura. El joven se limitaba a hablar de Dios y de su voluntad. Por eso, al rato, Hamet, pese a los sinceros propósitos que hizo en un principio por mantener la paciencia, acabó perdiendo el control. Su hijo, por el que sentía intenso amor y piedad, lograba últimamente sacarlo de sus casillas.

—Sufíes…. Herejes, portadores de la disensión. También en Al Ándalus los padecimos, ¡pero gracias a Dios logramos exterminarlos! Sabes que antes de los almohades, Ibn Qasi, maestro sufí, se rebeló en Arcos predicando la vuelta a la autenticidad. Sus seguidores fueron llamados muridies y casi logran imponerse, porque en esa época los almorávides estaban ocupados combatiendo los primeros envites de los masmudas. Pero en cuanto llegó el Mahdi los puso de rodillas y en el mismo castillo de Arcos recibió su sumisión… Hay quien se rebela para cambiar lo rechazable, pero otros, como los sufíes, se rebelaron por soberbia y herejía… ¿Te vas a ir con ellos? ¿Pero es que te has vuelto loco? Seguro que aquí andan tramando lo mismo.

Los gritos de su padre parecieron sacar a Ali de su letargo:

—No padre; creo que no he perdido la razón… simplemente quiero apartar mi ánimo de las ambiciones para mirarme por dentro, para buscar a Allah en la quietud, en la naturaleza, lejos de las distracciones mundanas, llevar una vida ascética, paciente ante las dificultades y ajena a los bienes terrenales y a las pasiones que estos despiertan. El mundo entero es una trampa, solo Dios es seguro y por eso solo aspiro a ver su rostro. No quiero seguir engañado por el brillo de las pasiones. He comprendido que el alma está continuamente en movimiento, porque ha sido impreso en ella el apetito ardiente de liberarse de las limitaciones e instintos humanos para pasar a una forma espiritual más elevada. Aunque el alma es ambiciosa cuando estimulas su deseo, si se habitúa a la estrechez, con poco se satisface. Por eso está en continuo movimiento, ascendente, tratando de liberarse por completo de toda su humanidad para alcanzar un estado angelical. ¡Allah ama a los que le temen!

Hamet, agotado por la emoción y por el esfuerzo de discutir con su hijo, se sentó sobre unos cojines, desencadenando una tormenta de chasquidos en sus rodillas. Los años le iban pasando cada día mayor

factura. Ali se acercó a su padre con una mirada de sumisión y se sentó a su lado para hablarle con suavidad, como manda la ley.

—Por favor, padre: trata de entenderme. Yo también me siento cansado. Quiero liberarme de ataduras; con el sufismo he comprendido que la corrupción de la gente es consecuencia del esfuerzo y el cansancio que exige la satisfacción de necesidades generadas por las usanzas adquiridas. Los humanos nos acostumbramos a emplear diversas formas de perversión para conseguir lo que deseamos en nuestra ignorancia. Y el alma queda dañada cuando logramos nuestros deseos por procedimientos inmorales; así aumentan el libertinaje, la iniquidad, la desvergüenza y las marrullerías para ganarse la vida de uno u otro modo. El alma usa de todos los ardides para conseguirlo hasta que ello se convierte en un hábito. Voy a tratar de liberarme de esta cadena de trampas, pasiones y apetencias retirándome al desierto, para orar y meditar sobre la verdad de Dios.

—Pero hijo. El Todopoderoso está en todas partes y nos quiere activos, sociables, productivos; quiere que nos reproduzcamos, que ordenemos la naturaleza, que trabajemos… el trabajo es un gran estimulante y detrás de él también se encuentra Dios. Por el contrario, el ocio contiene el germen de la corrupción; no hay mayor enemigo del hombre que el aburrimiento… Busca un empleo y dedícate a él con devoción: te sentirás dueño de la alegría y del contento. Da entonces gracias al Todopoderoso y haz lo que a Él le place… No sigas las doctrinas de los que se apartan de la verdad y andan perdidos por los caminos de la fantasía y el error. Hijo, me parece que quieres flagelarte por faltas que no has cometido ¿de qué te culpas? Si lo que quieres es vestir pobremente y comer comidas sencillas para agradar al Creador aquí puedes hacerlo, con los tuyos. No es preciso que comas la flor del trigo y los cabritos pequeños… No necesitas irte al desierto para vivir atormentado, para tratarte con severidad, para quedar expuesto a las tentaciones que hay en la soledad… Quien persigue la experiencia mística por ella misma, coloca a Dios en segundo lugar. ¡Qué mal negocio! No cambies lo tangible por su sombra, abandona lo incierto por lo seguro. ¿Acaso no hemos sufrido ya los Banu Quzman lo suficiente? ¿Quieres seguir sacrificándote, repartiendo tu agua por los páramos desolados?

La discusión se prolongaba, pero padre e hijo no llegaban a un acuerdo. Ali insistía en alejarse de la vida social y retirarse del mundo, dando argumentos sólidos pero combatibles. Su padre atacó por otro flanco.

—Hijo, si te vas al desierto y permaneces soltero, tu semilla se perderá. ¿Es eso grato a Dios? Reproducirse es una forma de combatir en la guerra santa, equivale a la limosna y a la oración, es bueno para

el cuerpo y para el alma. Si no nos reproducimos, los cristianos acabarán con nosotros. Ya nos han echado de Al Ándalus ¿quién dice que no seguirán con el Magreb y después con Ifriqiya? Sé que el rey de los *galaliqa* quiere hacerse con Jerusalén, tras conquistar Egipto. Entre todos debemos impedirlo, y los hijos son más valiosos que las lanzas y las espadas.

Ali bajó la cabeza y permaneció en silencio.

—Hijo… comprendo que te hayas dejado fascinar por los sufíes… Sus doctrinas son atractivas, hermosas: la unión total con el Creador, la fusión con el universo… Y no niego, los sabios lo confirman, que entre ellos puedan encontrarse personas piadosas y bienintencionadas que por medio de sus ejercicios puedan alcanzar experiencias místicas inconscientes. Siempre han existido en todas las religiones. Pero nosotros, los malikitas, las rechazamos, porque la unión con Dios solo se puede alcanzar por medio del ejercicio espiritual consciente.

Pero nada pudo convencer a Ali. Al final, el cadí tuvo que darle su bendición, con la esperanza de que su hijo pudiera al menos curarse en el desierto de ese mal que le roía por dentro desde que salieron de Al Ándalus, rogando para que al menos pudiera aliviar su angustia, encontrar su camino y dejara de sentirse como una hoja de un sable sin su funda. Pero como hombre inteligente y corrido, sabía que apartarse del mundo nunca es el mejor camino para enfrentar los demonios, pues por mucho que nos escondamos, ellos nos encuentran: van con nosotros.

—Ali… haz lo que quieras, pero yo no podré librarte de nada ante Dios. Allah es el que bien guía y el que presta apoyo, y en Él hay que poner confianza. Dios dirige a quien Él quiere a una vía recta.

Al cabo, el tiempo le dio la razón a Hamet, porque tampoco en el ribat encontró Ali la paz que buscaba. Menos de un año después de retirarse al desierto, regresó a Túnez implorando el perdón de su padre. Parecía otra persona, callado, escuálido, con la piel quemada por el sol… Como hacen los sufíes, fue disminuyendo progresivamente la ingesta de alimento hasta llegar al borde de la muerte y por esas pendientes se paseó durante meses, buscando la unión total con Dios sin lograrla. Se acostumbró al hambre mediante el ejercicio ascético, los bailes rituales, la pronunciación continuada de salmodias, la concentración y el control de la respiración, pero no alcanzó la paz ni la fusión con el universo. Un día, con la razón casi completamente perdida, se lanzó a los caminos con un ejemplar del Corán colgado al cuello, casi desnudo, para predicar a las gentes que hicieran lo loable y rechazaran lo reprobable, y que actuaran acordes con el Libro y el ejemplo del Profeta. Lo encontraron unos beduinos, casi muerto, en medio del yermo, cuidaron de él y le salvaron la vida. Cuando recuperó algunas de sus fuerzas y casi todo su razonamiento, decidió

regresar con los suyos, implorando el perdón de su padre.

El cadí, con lágrimas en los ojos, celebró su vuelta y le dijo que la suya siempre sería su casa, que se tomara el tiempo que necesitara, que reflexionara. Hamet sabía que la vida del muchacho había sido muy excepcional. Nacido tras la caída de Córdoba, siendo un niño padeció el primer cerco de Sherish y asistió al comienzo del gran éxodo que siguió a la caída de Sevilla, a la llegada a Sherish de la guarnición castellana. Como mozo ya, padeció las consecuencias de la sublevación, la guerra que le siguió y, por último, el exilio. Sí, pensaba Hamet, no resultaba extraño que todas esas experiencias hubieran dejado una fuerte impronta en el carácter y en el ánimo de Ali. Necesitaba tiempo, y tiempo le dio.

Del pozo de misticismo donde se había arrojado, Ali emergió con lentitud. Largas semanas tardó el hijo pródigo en recuperar su peso y su aspecto normal, pues después de la larga hambruna, su cuerpo no toleraba bien los alimentos. Gracias a los cuidados y mañas de Zuhara lo logró y, a partir de entonces, comenzó para él un periodo de vida ociosa en Túnez. Por las mañanas deambulaba por la ciudad, hablando con unos y con otros. Seguía muy pendiente de las noticias de Sherish, de Al Ándalus. No pasaba un día sin que regresara a la casa familiar con informaciones sobre la guerra interminable que se sucedía en la Península año tras año. Porque, Ali, el pequeño, pese a ser el que menos memorias y arraigos conservaba del hogar perdido, parecía enfermo de nostalgia, una nostalgia que alimentaba el continuo flujo de refugiados que llegaba a Túnez desde el otro lado del mar. Pese a las atenciones de toda la familia, los cuidados y las curas consiguieron devolverle el vigor físico, pero no lograron borrar la pena de su interior.

Al poco tiempo de su regreso a Túnez Ali escuchó recitar por primera vez la *Elegía por Al Ándalus*, de Abu Muhammad Salih ibn Sarif al-Rundi, en boca de su mismo autor. Se encontraron en el zoco de los papeleros y los pergamineros, donde el poeta recitaba a cambio de unas monedas. Cuando Ali oyó sus rimas, no pudo contener las lágrimas, abrazó al poeta y lo invitó a comer a casa de los Banu Quzman, donde le prometió que sería amparado.

Allí el invitado y los anfitriones dieron rienda suelta a la nostalgia. Hamet se hizo repetir una y otra vez los versos de la elegía, mientras vertía copiosas lágrimas.

¿Dónde está Sevilla y qué fue de su alegría?
¿Dónde su río de aguas dulces, abundantes y generosas?
¿Qué patria puede seducir a un hombre, después de Sevilla?

El hambriento poeta se hizo asiduo de la casa y pasó a convertirse en cliente de los Banu Quzman; en la casa del cadí siguió componiendo su obra y recopilando la de otros poemas andalusíes, nuevos y antiguos, sobre todo de los que habían participado en el desastre, como los de Abu Musa Harun ibn Harun, los de Abu-l-Baqa al-Rundi, los del valenciano Ibn al-Abbar y, sobre todo, los de Ibrahim ibn Sahl al-Israili, un sevillano de origen judío, que escribió una casida durante el asedio de Sevilla que se hizo famosa en todo el mundo árabe. Algunos de sus versos calan hondo en el espíritu de Ali, que deambula con frecuencia por la casa, repitiéndoselos una y otra vez.

La oscuridad se cierne sobre la Península
y vuestras vainas guardan la mañana radiante.
Por causa de este odioso acontecimiento, no le queda al islam más
que un poco de tierra, ahora nuestra patria.

La recitación de los poemas que evocaban la pérdida de Al Ándalus, la frecuentación de los ambientes andalusíes de la ciudad y, sin duda, la aportación del diablo que todo lo enreda, acabaron prendiendo una mecha en el corazón de Ali, que poco a poco iba abandonando la vía del quietismo místico de los sufíes por el camino vindicativo del yihad. Los poemas de sus paisanos suponían una desesperada invocación de ayuda a los habitantes del Magreb y de Ifriqiya. La única esperanza contra los cristianos eran los voluntarios de la otra orilla y los emires de todo el Mediterráneo.

39. Túnez. Octubre de 1274

El impulso decisivo que provocó que el destino de Ali se consumara y que le llevó de vuelta a Sherish fue la llegada a Túnez de los voluntarios de la fe. El benjamín de los Banu Quzman supo que sus dudas habían terminado precisamente el día en que, mientras deambulaba tratando de engañar al tedio por los alrededores del zoco del pescado, se topó con un desfile de guerreros bereberes y observó su marcha orgullosa y la fiereza de sus rostros.

De inmediato se dirigió a la mezquita mayor para informarse de quiénes eran y qué buscaban. Como siempre ocurre en los mentideros de las ciudades, tuvo que escuchar muchos rumores carentes de fundamento, pero también le dieron noticias ciertas. Entre unos y otros, consiguió recabar la información que buscaba.

Los que acababan de llegar a la medina eran combatientes del yihad (*al-guza al-muyahidin*), voluntarios de la fe, originarios del Magreb occidental, de las tribus de Zugba. Venían de Tremecén, donde su jefe

se había exiliado durante años y tenía una amplia clientela de amigos y parientes. Antes de cruzar el Estrecho para ponerse a las órdenes del sultán nazarí y combatir a los cristianos, el jeque buscaba la bendición del señor de Túnez, enemigo de su enemigo, con el que desea mantener buenas relaciones. Y, de paso, reclutar más voluntarios de la fe.

En los días sucesivos, en las mezquitas de Túnez ulemas y alfaquíes llaman a la guerra santa con la bendición del sultán. Cada esquina, cada pequeña elevación del terreno, se convierte en un púlpito desde el que se gritan aleyas y versículos del libro: «¡Creyentes! ¿Qué os pasa? ¿Por qué, cuando se os dice: id a la guerra por la causa de Dios, permanecéis clavados en la tierra? ¿Preferís la vida de acá a la otra? ¿Qué es el disfrute de la vida de acá comparado con la otra, sino poco…? Si no vais a la guerra, os infligirá Dios un doloroso castigo».

Con audacia y singular jactancia, los bereberes proclaman a los cuatro vientos sus intenciones en España: reconquistar todo el territorio perdido desde la caída del califato omeya: Toledo, Valencia, Zaragoza, Barcelona, y hasta más allá, con la ayuda de Dios. Todas las tierras que un día fueron dar-al-islam.

Su presencia en Túnez mueve los ánimos de los creyentes. Ali, profundamente conmovido, escucha a unos y a otros, participa en las conversaciones, se deja llevar por la ola de optimismo y de piedad. ¡Por fin llegaban los frutos del final de la larga guerra del Magreb! Sin poder evitarlo, Ali empieza revivir sus sueños más profundos y en su espíritu se abre camino la pregunta: ¿aceptarán también a andalusíes? Poco tarda en contestarse a sí mismo, pero necesita despejar cualquier duda, así que decide entrevistarse en cuanto pueda con el jeque de los *guza*.

Esa misma tarde sus gestiones dan fruto, gracias a la colaboración de uno de los capitanes de la tropa, al que había conocido en Tremecén, con el que se encontró en un golpe de suerte. «El destino me arrastra», pensó Ali al contemplar como sus deseos iban abriendo camino.

Al salir de la mezquita, tras la oración de la tarde, el capitán de los *guza* agarra del brazo a su líder y le dice unas palabras al oído, mientras señala con el dedo al hombre joven que aguarda inquieto al lado de la fuente. El jefe de los voluntarios de la fe se queda mirándole un rato, con expresión inescrutable y finalmente le indica con gestos que se acerque.

El jeque Musa ibn Rahhu ibn Abd Allah, miembro de una rama colateral y disidente de la dinastía meriní, había combatido a los cristianos varias veces en Al Ándalus, con la intención de alcanzar el martirio para expiar sus culpas, sobre todo las derivadas de su mucha afición a la bebida. Pero su legendaria *baraka* y su pericia de guerrero

le habían permitido sobrevivir a todas las batallas. Amigo personal de Muhammad II, el sultán nazarí le nombró comandante de todas las tropas africanas hace unos meses y cumpliendo sus órdenes pasó el Estrecho con la finalidad de reclutar nuevas tropas, dejando en España a su hermano Abd al-Haqq a cargo de los *guza*.

—¿Dices que eres andalusí? ¿De dónde? —dijo el adalid mirando a Ali con aversión no disimulada.

—Soy de Sherish… señor. Y vengo con la esperanza de que me permitas luchar contigo en el yihad; deseo defender el honor del islam y a los creyentes de Al Ándalus en esta vida terrenal con la esperanza de que ellos me defiendan a mí el Día de la Resurrección. Quiero que, como Dios nos ha mandado, el islam prevalezca sobre toda otra religión, a despecho de los asociadores. Él es el Único, el Dominante. No tiene asociado. Quiero humillar y destruir a los que no creen en Él.

El bereber seguía contemplándole con ironía y desprecio. Al poco caminó unos pasos hacia la salida del patio de la mezquita, que se abría hacia el mar, y en el umbral pasó un largo rato contemplando la inmensidad calmosa y azul. La inquietud crecía en Ali, que ya empezaba a ver frustradas sus esperanzas. El jeque se volvió de repente y se acercó a él para mirarle a los ojos con intensidad mientras hablaba.

—Mi señor, Abu Yusuf, está harto de los andalusíes y sus querellas. Lucháis entre vosotros como gallitos y después, cuando los asociadores aprovechan vuestras desavenencias para derrotar a unos y otros, venís corriendo a llorar como mujeres a nosotros, suplicando la ayuda de los bereberes. La docilidad y la sumisión han quebrantado el coraje de vuestro pueblo. Cuando los andalusíes se sienten fuertes no piensan más que en el oro y el poder, y se vanaglorian de su sangre y de su pasado glorioso. El engreimiento es connatural en la especie humana, pero entre vosotros alcanza cotas nunca vistas antes en ningún otro pueblo. Depositáis la confianza en las murallas de las que os rodeáis. Siempre dispuestos para luchar detrás de las saeteras, pero os ensuciáis encima si veis a un enemigo cara a cara. Imprudentemente, os creéis seguros y abandonáis las armas, lo que indica flojedad y afeminamiento. Tras una o dos acometidas de los comedores de cerdo, por fin reparáis en vuestra debilidad y entonces os acordáis del yihad. O bien os convertís en súbditos acomodaticios a la tiranía que os subyuga y aceptáis la humillación de las cruces y las campanas. Habéis dejado que los nazarenos os empujen hacia la orilla del mar, dejándoos un puñado de tierra abrupta, difícil para la siembra, mientras ellos se han quedado con el suelo fértil y la tierra calma de cereal… Vuestro comportamiento vergonzoso, pecaminoso, no trae más que desunión en el seno del islam. Desde hace generaciones habéis venido degenerando, sucumbiendo a la pasión por las cantoras,

al desenfreno con los eunucos, mostrando un amor desmedido por los festines, los ricos tejidos, las comidas delicadas, comportamientos que han quebrantado vuestro orgullo y corrompido vuestro corazón… Sois capaces de gastaros una fortuna para festejar una circuncisión, pero os mostráis avaros a la hora de contribuir al yihad. Por eso Dios ha castigado vuestra altivez y descreimiento, porque esa es la retribución de los impíos, mientras que, a nosotros, los muyahidines, nos tiene prometido el Jardín reservado a los mártires, con arroyos de agua incorruptible, riachuelos de leche de gusto inalterable, regatos de vino, delicia de los bebedores y regueros de depurada miel. Allí tendremos toda clase de frutas y el perdón del Señor. Pero vosotros… Dios vendrá el día del juicio acompañado por sus ángeles, formados en hileras, para inspeccionar las naciones, verificar sus cuentas y… castigarlas.

Ali bajó la cabeza, humillado, queriendo replicar, aunque sabía que buena parte de lo que le decía el bereber era cierto. En su misma familia se habían comentado con frecuencia las razones de la decadencia de Al Ándalus, los motivos por los cuales el reino más poderoso del mundo había acabado destruido por salvajes politeístas, comedores de cerdo. Por eso no pudo más que permanecer callado, mientras el otro continuaba con su insultante perorata.

—Mi señor solo tiene un propósito: cumplir la voluntad de Dios, zanjando las disensiones entre los creyentes. Y lo logrará con la ayuda del Altísimo, mediante la religión, porque cuando los corazones se vuelven hacia la verdad y rechazan el mundo y su falsedad, y se dirigen a Allah, todos coinciden y las rivalidades desaparecen. Él quiere la unidad de todo el occidente islámico, el sometimiento del Magreb y de Al Ándalus a una sola soberanía. ¿Cuándo ha sido el Estrecho una frontera, a los ojos de Dios? Por eso, Abu Yusuf tiene el firme propósito de hacerse con todas las plazas del Estrecho. Aquí aún no se sabe, pero en estos momentos tiene puesto sitio a la villa de Ceuta. Los señores de la ciudad, los Azafíes, son testarudos, pero acabarán reconociendo la soberanía del sultán benimerín. Como antes hicieron los dueños de Tánger, de Melilla y de Tawunt. Pronto todo el Estrecho, ambas orillas, caerá en manos de los benimerines. Porque aquellos que no combaten por su religión y no son valientes por naturaleza quedarán despojados y sometidos a la esclavitud… Como os ha ocurrido a vosotros, en Al Ándalus. Olvidasteis que Al Ándalus siempre ha sido una de las puertas del paraíso, lugar predilecto para el yihad. No sois creyentes, ni creéis que «no hay más dios que Dios»; por tanto, es lícito el derramamiento de vuestra sangre y vuestros bienes constituyen un botín justificado.

Ali escuchaba extasiado los argumentos y el ardoroso discurso guerrero del bereber. No buscaba contradecirle, pero dejándose llevar

por su natural curiosidad y por las costumbres aprendidas en casa de los Banu Quzman, se atrevió a decirle:

—Te equivocas en eso, señor. Aquí ya han llegado esas noticias, junto con otras más inquietantes. Se dice que el sultán se ha aliado con los cristianos de Aragón y que son aragonesas las naves que bloquean el puerto de Ceuta. Incluso se habla de la cantidad que ha pagado el sultán por esa ayuda: cien mil doblas de oro. ¿No debe considerar también impía esa alianza?

El bereber se quedó mirando a Ali con semblante entre divertido y escandalizado. Una vez más pensó que los andalusíes no tenían remedio: «Descreídos, todos impíos». Pero no pudo menos que dejarse cautivar por la juventud y la nobleza de las intenciones de Ali. Con la guía adecuada, el mozo podría convertirse en un buen muyahidín.

—Muestras la arrogancia intelectual y el orgullo pomposo de tus paisanos, muchacho. Cuidado. Ese es el camino más seguro al pecado y al fuego, al infierno creado por Allah como morada eterna para quienes no creen en Él, apartándose de sus signos, de sus libros y de sus profetas, velándolos para que no puedan contemplarle.

Todo en el porte del jeque denotaba autoridad, pero, sobre todo, su voz… ronca, grave, pausada. Ali se sintió como un niño cogido en falta, reprendido por el maestro.

—Los andalusíes habéis recibido una desgracia tras otra por tener poca fe en Dios y sospechar de Él. Vuestros corazones vacíos, implacables, siguen inermes e insensibles, no oyen ninguna llamada. Tenéis una tendencia malsana hacia lo prohibido y alta opinión de vosotros mismos, pero infundada: sois como si un gato, a fuerza de inflarse, quisiera convertirse en león… una vida de placeres os ha hecho olvidar los deberes de la virilidad. Nosotros, los bereberes, confiamos en Allah, no dudamos de Él, estamos siempre dispuestos a escuchar y aceptar la voluntad divina, a cumplir sus mandatos, a seguir su llamada. Sabemos que el paraíso está a la sombra de las espadas. Porque una misión divina solo se puede llevar a cabo con su complacencia y con su ayuda, por medio de la entrega total a Él. ¿Acaso las cosas no suceden más que según la voluntad de Dios? Abu Yusuf es el enviado de Dios para reconquistar Al Ándalus. Si él decide que hay que aliarse con los aragoneses, con los portugueses, y hasta con los mismos paganos, a nosotros no nos queda más que obedecer, sin pensar, sin dudar… Si no estás dispuesto a eso, ya te puedes volver por donde has venido, aunque por lo que veo, bien harías en procurar la purificación de tus faltas mediante el martirio. No sirves para el yihad. Porque un muyahidín no se hace preguntas, no piensa, solo obedece la voluntad del Único y busca los laureles de la gloria. Si tu señor te ordena que te cortes el cuello, debes hacerlo sin titubear. Sabe que la victoria sobre los enemigos de Allah ha resurgido desde el

más profundo de los siglos pasados en esta etapa gloriosa. Nosotros, los voluntarios, somos el martillo de Allah, pesadilla de nazarenos… no nos hemos criado, como vosotros los andalusíes, rodeados de barbacanas y comodidades, degradados hasta el nivel de las mujeres y los niños… Nosotros crecemos con las armas en la mano, defendiéndonos sin ayuda de nadie, por eso acudimos a la llamada, sin dudarlo, sin preguntas, cuando se nos convoca para el yihad. Dios domina la noche y el día; Él es el Único, el Invicto. No hay Señor semejante a Él.

Ali humilló sumisamente la cabeza y pidió perdón por su arrogancia.

—Tienes razón, señor, pienso demasiado. Es un pecado, un defecto familiar, heredado de mis mayores. Debe portarse en la sangre, pero con la guía adecuada puedo dejar de pensar y aprender a someterme a la voluntad del Único (alabado sea). Por favor, sé mi guía en este camino. Quiero ir al yihad, convertirme en mártir. Aquí mi vida no tiene sentido. Quiero luchar y sufrir junto a mis hermanos.

El bereber se dio cuenta de que el pez había mordido firmemente el anzuelo y que ya no lo soltaría.

—Salimos con la luna nueva, al amanecer, para cumplir con las prescripciones del Profeta (la paz y las bendiciones sobre él), tal como las relata la *Sira* de Ibn Hisam: «Partid y destruid. Romped todo lo que sea de piedra y quemad lo que sea de madera». Cuanto antes, porque el paso del tiempo refuerza incesantemente el mal. ¡Ayúdenos Dios a lograr el éxito con su favor y su gracia! Si de verdad estás seguro de lo que dices, serás bienvenido entre los míos. Te acogeré, a prueba… a ver si es verdad que no se ha apoderado de ti el espíritu de sumisión y que eres capaz de morir por tus compañeros. Dios ama a quienes luchan en sus filas por su causa como si fuesen un sólido edificio; en el ejército de la fe cada uno debe afianzar la firmeza del otro. El creyente es para el creyente como una construcción, cada parte de la cual sostiene a la otra. Pero piénsatelo bien porque este camino no tiene vuelta atrás; entre nosotros, la deserción se equipara con la apostasía y la pena única es la muerte… una muerte dolorosa, mero preludio de los padecimientos que Dios tiene reservados para los impíos. No lo olvides… nosotros combatimos a todo aquel que se aparta del Libro y de la *Sunna*, sea quien sea… Vete en paz y, si así lo decides por libre voluntad, preséntate el día previsto para nuestra partida en las atarazanas, con todo el aparejo de combate que puedas conseguir: lanza, escudo, loriga, alfanje, maza, casquete, puñal… lo que sea. Así no tendrás que luchar con las manos desnudas, o a mordiscos, como otros menesterosos que nos acompañan. Pareces de buena familia… seguro que los tuyos podrán proporcionarte equipo completo y vituallas para el camino. Y si no… recuerda que Dios es el amigo de

los creyentes. Él vela por todo. Pero ¡cuidado! Nada de armas y monturas decoradas con oro, ni de sedas o brocados. Abandona las fantasías de la pompa andalusí si no quieres que te mate yo mismo.

Toda la tarde anduvo Ali por las calles, buscando la manera de plantearle a su padre la cuestión. Sabía bien cuál sería su reacción. El viejo había padecido ya la muerte de un hijo, de un hermano… los rigores de la guerra y del exilio, la pérdida brutal de su amada hija. Pero ¿no es eso lo que place a Dios? Sus deberes como hijo no podían eclipsar sus obligaciones como creyente. Por primera vez desde que llegó a Túnez se sentía con fuerzas, se había sacudido la apatía y la abulia. Reforzado, con firme convicción, en cuanto llegó a su casa pidió hablar con su padre a solas.

La familia estaba a punto de empezar a comer, una de esas sólidas comidas a las que la oronda Zuhara se había aficionado desde los malos días de Ronda: una sopa de garbanzos, tan espesa que resultaba difícil mojar pan en ella.

Una sombra de aflicción cayó sobre el espíritu de Hamet en cuanto supo las intenciones de su hijo. Se enteró por terceros, pues pocas cosas escapaban ya en la ciudad de la aguda mirada del cadí. Al principio no pudo creerlo, pues su hijo nada decía. Pero cuando Ali le pidió charlar a solas en el despacho de un asunto importante, sintió como el suelo se desvanecía bajo sus pies.

Ali entró en el despacho y se encontró a su padre mirando fijamente al vacío. El cadí ni siquiera le dirigió una mirada. Siguió sumido en sus pensamientos, tratando de encontrar la manera adecuada de abordar el asunto. Permanecieron los dos largo tiempo en silencio, hasta que finalmente la rabia se abrió paso en la garganta del viejo:

—Con *ellos*. Te vas con ellos… ¡que Dios los enderece! ¿Pero estás loco?

Los gritos se escuchaban desde la calle. Hamet parecía fuera de sí.

—Te vas con ellos… ¿No has aprendido nada de lo que has visto, de lo que te he enseñado? Quien saca a pastar a un lobo resulta perjudicado. Te vas con un bereber, con un camellero, con un Banu Marín. ¿A hacer el yihad? No. Eso cuenta ese bárbaro…, a ellos el yihad les importa una higa. Lo que quieren es poder, pobre iluso. ¿Quieres saber quién es ese jeque en cuyas manos te pones tan insensatamente? ¿No lo sabes ya? Yo te lo diré en cualquier caso…

El dolor que la terrible e inesperada muerte de Yamila había infligido al cadí le había dejado una fobia permanente por los bereberes que buscaban pasar el Estrecho para hacer fortuna con la excusa del yihad. La inopinada pretensión de su hijo menor había puesto sal en una herida todavía fresca y conjurado todos los fantasmas del pasado y del presente.

—Padre…

—¡Escucha! ¡No me interrumpas! ¿Es que también vas a faltarme al respeto?… Ese comandante tuyo, ese héroe del yihad es un rebelde. Cuando el señor de Marruecos, Abu Yusuf, su señor y pariente, andaba empeñado en la conquista de Marraquesh, Musa ibn Rahhu y su primo Muhammad ibn Idris acaudillaron a los Banu Idris y a los Banu Abd Allah que se rebelaron en los montes de Gumara, al no reconocer como heredero del trono benimerín al emir Abu Malik Abd al-Wahid. Cuando fracasó la revuelta, perdieron sus propiedades y casi la vida, escaparon a Tremecén y, de allí, a Al Ándalus, donde hicieron fortuna bajo la protección del sultán de Granada, Muhammad al-Ahmar, el Rojo… ¡Traidores! ¡Todos traidores! Sembradores de discordia entre los musulmanes… se creían con mejores derechos al trono porque formaban parte de la rama primogénita del fundador de la dinastía. Cuando fueron derrotados escaparon al norte con la excusa del yihad, pero escondiendo en su pecho la secreta esperanza de retornar un día para hacerse con el poder… ¡Salvajes! Romos de mente, bastos de constitución, carentes de moral… Como todos los bereberes… Y su jefe, el sultán de Fez, encantado de que esos revoltosos parientes desaparezcan del suelo magrebí, a ser posible para siempre…

—Padre… solo busco luchar contra lo prohibido y lo corrompido, contra el maltrato que reciben los musulmanes de Al Ándalus… Parto en demanda de una tierra que Dios ha decretado que fuera suya, según promesa verídica… Vamos a arrebatarles el poder a los gallegos, ¡que Dios los extermine con acto benigno de su gracia!, y a apoderarnos de sus bienes… Tú querías que pusiera mis cualidades al servicio de la comunidad; eso es lo que pretendo hacer, de la manera en que creo más provechosa. Aspiro a defender a los creyentes, proteger a sus mujeres y a su honor, evitar que su sangre sea vertida…

El entusiasmo del discurso del hijo fue abortado por un grito severo del padre.

—¡Calla!… ¿Compartirás comida y tienda con parientes de quienes deshonraron y arrebataron la vida a tu hermana? Tu hermana ¿la recuerdas? Bendita sea su memoria… ultrajada tantas veces que la sangre escapó de su cuerpo… Escúchame, insensato… soy entre todos los hombres del mundo el que más se preocupa por tu felicidad y por la salvación de tu alma… Hemos escapado del horror… Debemos enaltecer a Allah por mantenernos a salvo ya de las fatigas y las destrucciones… ¡Cómo puedes mostrarte tan ingrato, tan pobre de espíritu, tan escaso de juicio? ¡Así Él te corte las manos antes de empuñar una espada!

Mientras hablaba, Hamet recorría arriba y abajo el espacio de la habitación, tropezándose con los escabeles, las mesas y estanterías.

—¿Qué buscas? ¿Qué quieres probar? ¿Tu valentía?… ¡Qué Dios me conceda fuerzas! Pretendes arriesgar tu vida frívolamente, ¿matar el

aburrimiento? Allah nos ha prohibido la temeridad… ¿A quién quieres defender? ¿A los andalusíes?… ¿quiénes son los andalusíes? No sabes que Dios reprueba el orgullo tribal y la adhesión ciega al clan. Él censura el espíritu de grupo y dice: «El día de la Resurrección no os serán de utilidad ni vuestros parientes ni vuestros hijos». Los musulmanes somos una sola comunidad bajo los cielos; este es ahora nuestro hogar… Él decide, nadie puede oponerse a su decisión.

Hamet seguía fuera de sí, caminando de un lado a otro de la habitación, rojo de ira.

—Mil veces lo hemos hablado y decías estar de acuerdo conmigo. Al Ándalus ha caído por nuestra apatía, por nuestros pecados, por nuestra falta de fe que hizo debilitarse la esperanza… El ser humano tiende por naturaleza a dominar, pues somos semejantes al Creador. Por ello, cuando nos priva de nuestro dominio, caemos en la desidia… fuimos dominadores, hoy somos dominados; así opera Dios con sus criaturas. La permanencia solo a Él pertenece. Cíñete a lo que Allah hizo descender a su Libro: lo que ordena y lo que condena, lo que permite y lo que prohíbe.

Finalmente se dirigió a una esquina, bajó la cabeza y empezó a sollozar entrecortadamente. Su hijo se le acercó por la espalda y le puso una mano en el hombro.

—Padre… todo lo que dices es cierto, lo sé. Sé de la traición y de la perfidia que encierran en su corazón los señores de Granada, que tanto daño nos han causado. Sé de las motivaciones probablemente egoístas de los Banu Idris… pero su causa es justa… el yihad… ¿No es la primera obligación de todo musulmán? ¿No nos manda Dios: «expulsadles de donde os hayan expulsado»? ¿Qué importa que nuestros parientes hayan muerto mártires? ¿Nos exime eso de nuestra obligación personal? ¿No repites tú mismo, una y otra vez, las sabias palabras de tu abuelo Ali: «Dios nos pesará el Día del Juicio por nuestro propio peso, no por el de nuestros parientes, por nobles que sean, ni tampoco por sus pecados, nos pesará individualmente, a cada uno de nosotros…». Las tropas de los voluntarios han mostrado con creces su efectividad en la lucha contra los cristianos, se han labrado una bien ganada reputación, los idolatras les temen ¿Qué más da las intenciones que cada cual albergue en su corazón si con eso se logra la voluntad del Todopoderoso? Las mías, mis intenciones, son puras… Ansío desesperadamente combatir la idolatría, recuperar las tierras de nuestros abuelos para el islam, socorrer a quienes han sido expulsados injustamente de sus hogares solo por haber dicho: «¡Nuestro Señor es Dios!»… o morir santamente como un mártir, lo que es grato a Dios, eso no puedes negármelo, no tú, padre, que has pasado la vida escudriñando cada rincón de la Palabra Divina… ¿Acaso no nos dice Él: «Los creyentes que se quedan en casa, sin estar impedidos, no son

iguales que los que combaten por Dios con su hacienda y sus personas. Dios ha puesto a los que combaten con su hacienda y sus personas un grado por encima de los que se quedan en casa»? ¿Negarás los dones del martirio a tu propio hijo? Los mártires están vivos ante su Señor, dichosos y felices hasta el día del juicio. No lo hagas, padre, te lo pido. No lo hagas, no solo por mí… que al final te obedeceré como siempre… sino por ti, porque, aunque no puedo compararme contigo en sabiduría, tengo por seguro que con ello ensuciarás tu alma con un grave pecado… Y si alguien merece el paraíso eres tú, padre, el más noble de los hombres…

Diciendo esto Ali no pudo sostenerse más en pie y, preso de la emoción, se hincó de rodillas y besó el fleco de la túnica de su padre que, enmudecido, mojó la cabeza de su hijo con lágrimas incontenibles ya, mientras decía:

—Hijo… Mi más preciado bien. ¿Por qué te agita la cólera y te consume la ansiedad? ¿Por qué? ¿Por qué…? Me estás matando y matarás también a tu madre. Tu corazón ha enfermado como consecuencia de la humillación… Te precipitas al abismo de la muerte y de la ruina, y no puedo hacer nada para evitarlo… Dios guía con su luz a quien quiere y aquel a quien Él extravía no podrá encontrar quien le dirija. Quiero entender el secreto divino que en ello reside… pero no puedo… Él es quien decide y nadie puede oponerse a su decisión. No hay obstáculo que detenga al hombre que busca su perdición. Dios dirige a quien Él quiere a una vía recta.

Diciendo esto atrajo a su hijo hacia sí y le abrazó con sus miembros temblorosos. El viento gélido de la guerra que se había llevado a Ismail amenazaba ahora con quitarle también a Ali. Cerró los ojos y vio a su hijo cargando lanza en ristre contra un batallón de cristianos forrados de hierro y, de repente, le vino a la mente la imagen de un virote abriéndose paso en su pecho, como le había pasado a Ismail. Espantado se alejó de Ali abriendo los ojos y contempló de nuevo a su hijo, todavía joven, hermoso, sano, vivo, inteligente. Hasta en este momento de suprema emoción era capaz de argumentar:

—Padre… no me odies… No hago más que seguir tus enseñanzas, como siempre. De ti aprendí que la guerra santa es obligatoria debido a la universalidad del llamamiento que hace Dios a los hombres por medio del Profeta Muhammad (que Dios le bendiga y salve); todos deben aceptar la religión. Por las buenas o por las malas. Tú siempre me has dicho que los hombres, en su búsqueda de lo justo, a veces llegan a conclusiones diferentes… Yo… sigo mi propio criterio, hago lo que creo justo… Perdóname… Pero este es el momento de servir a Dios con la espada, no con la pluma, en una guerra justa, en defensa de la religión. Me voy a luchar por la supremacía del islam, por la expansión y la protección de sus fieles, para procurar la confusión y la

ira de los enemigos de la religión, para humillar a los infieles.

Finalmente, Ali se marchó al yihad con la bendición de su padre, aunque no en la fecha prevista. El número de voluntarios había desbordado todas las previsiones y fue preciso encargar más barcos en las atarazanas de Susa. Todos juraron seguir al jeque Musa ibn Rahhu ibn Abd Allah hasta la muerte y lanzarse tras él a las olas del destino y al yihad en guerras y algazúas. El jeque sabía que los astilleros del Estrecho no podían producir al ritmo necesario los buques suficientes para embarcar a todo el ejército que el sultán había reunido para el yihad. Por eso, había decido procurarse él mismo los leños necesarios.

Su madre, contra lo que cabía esperar, se enfrentó a la partida de Ali con resignación y templanza. Con los años, el rencor que había ido incubando en el pecho por las pérdidas y los dolores de la vida fue abriéndose paso hasta predominar sobre cualquier otro sentimiento, incluido el amor por los nietos. Cada vez más torpe y amargada, o quizás víctima ya de los primeros síntomas de un delirio senil, su principal preocupación cotidiana consistía en llenar su estómago y el de los suyos, en engordarles en previsión de futuras hambrunas. Cuando escuchó la noticia de la partida de labios de su benjamín, lo miró fijamente, se acercó a él, lo besó en la frente y dijo:

—Yo no quiero que te vayas… pero te conozco y nada podrá detenerte. Si has de ir al yihad que Dios te proteja… y mata todos los cristianos que puedas.

Antes de que estallara el dolor de la separación, padre e hijo aún pudieron pasar unos pocos días juntos, en largas conversaciones, horas preciosas, densas, que uno y otro evocarían con frecuencia en los aciagos años que siguieron. Hamet rogó a su hijo que hiciera lo posible por averiguar el paradero de Alima, a lo que el joven guerrero se comprometió. El día que Ali por fin se marchó, el cadí se encerró a llorar en la mezquita, empuñando un peine de madera de sándalo que había pertenecido a Yamila y el talismán con la mano de Fátima que Ismail le dejó en prenda cuando se marchó. Aferrado a ambos objetos, rogó a Dios que le concediera la gracia de no tener que llorar a ningún hijo más.

40. Túnez. Marzo de 1276

Pasaron largos meses de zozobra para Hamet, sin recibir noticias de Ali, ni de Alima, ni apenas informaciones fiables de lo que ocurría en la Península.

Cada día iba el cadí a los diversos mentideros de la medina a recabar nuevas que pudieran darle luz sobre la suerte de sus hijos. Supo así cómo se gestó la expedición en la que participaba Ali. Los

más entendidos contaban que después de recibir repetidas cartas del sultán de Granada, pidiéndole que pasase a Al Ándalus para socorrerlo contra los idólatras, por fin el sultán de Marruecos accedió a las peticiones de ayuda y puso en marcha una extraordinaria maquinaria de guerra con la intención de hacer el yihad en la Península. Como compensación, se decía, el granadino había entregado a Abu Yusuf las plazas de Algeciras, Ronda y Tarifa. El sueño benimerín de unificar ambas orillas del Estrecho bajo una misma soberanía empezaba a hacerse realidad.

Pronto se demostró que la estrategia del líder de los Banu Marín llevaba años estudiándose cuidadosamente y que la petición de ayuda del sultán de Granada suponía una simple excusa para ponerla en marcha. Muchos meses antes de partir, el sultán había enviado a Tánger al alfaquí Abu l-Qasim al-Azafi con el encargo de organizar una escuadra para combatir a los cristianos y permitir el paso del Estrecho a los combatientes. El alfaquí preparó veinte galeras y doce taridas en Alcazarseguir, que pronto se encontraron dispuestas y pertrechadas para trasbordar a los guerreros. Entonces el sultán dio a su hijo, el emir Abu Zayyan Mindil, el mando de cinco mil caballeros escogidos, benimerines y árabes, y le entregó su enseña victoriosa, mandándole temer a Dios en público y en secreto, ordenándole que se dirigiera a Alcazarseguir para embarcarse y cruzar el Estrecho.

Cuando recibió noticias de que los primeros destacamentos de cabileños habían cruzado el mar sin obstáculos y habían tomado posesión en su nombre de las plazas prometidas por el nazarí, el sultán marroquí salió de Fez con el grueso de sus tropas y se puso en marcha rumbo al norte, mientras mandaba orden a las diversas cabilas y tribus de que acudieran a reunirse con él. En el Estrecho empezó a organizarse un ejército nunca antes visto. La actividad del ya anciano sultán, contaban los ociosos, era frenética; bajo su mano firme se acumularon caballos, armas y pertrechos. Los astilleros producían sin descanso las galeras, galeones y taridas que habrían de transportar al ejército. Cada día llegaban, como olas, cabila tras cabila, grupos de voluntarios, tribus de árabes, guerreros turcos y hasta negros de muy al sur. Las galeras no se daban tregua y siempre que el tiempo lo permitía, cruzaban una y otra vez las aguas revoltosas del Estrecho, remolcando cada una de ellas una tarida cargada de caballos y provisiones.

Cuando el traslado se culminó, pasó el propio sultán, el último, y saltó a tierra en la playa de Tarifa para tomar posesión de la ciudad que ya le pertenecía por donación del sultán de Granada. Allí pasaron tres días las tropas y caballos, recuperándose de las fatigas del mar, para inmediatamente dirigirse a Algeciras, cuyo gobernador, Ibn Hisam, le entregó la plaza sin discusión. En su alcazaba, se encontró el

príncipe benimerín con los señores de Al Ándalus: el sultán nazarí Muhammad II y los arráeces de Málaga y Guadix, los Banu Askilula.

Hamet no tuvo que recurrir a los mentideros para conocer los pormenores de esa entrevista, pues en la cancillería de Túnez se recibió noticia de la corte de Granada, en la que se daba cuenta a los señores de los diversos estados musulmanes de la buena nueva: los bandos irreconciliables de los Banu Askilula y los Banu Alhamar, que llevaban años alimentando un odio creciente y un reguero continuo de muertos en las tierras andaluzas, habían sido por fin reconciliados, con la ayuda divina y gracias al extraordinario carisma del sultán benimerín, que eliminó la rivalidad y el rencor, juntó sus corazones y unió las fuerzas del islam. Con el favor de Dios, se asociaron todos para el bien de los musulmanes y el daño de los cristianos.

En los patios de las mezquitas de Túnez se hacían cábalas sobre lo que ocurrió en ese famoso encuentro. Muchos decían saberlo de buena fuente, e incluso algunos juraban haber hablado con alguien que presenció el coloquio en primera persona. Todos mentían, pero la mayoría, llevados por el deseo y la fe, habían terminado por creerse sus propias mentiras.

El señor de Túnez, acostumbrado al leer entre líneas en el enrevesado lenguaje diplomático, aseguró a Hamet que esa avenencia nunca se produjo del todo. Seguramente, rendidos ante el enorme poder del benimerín, nazaríes y askilulas simplemente dejaron aparcadas sus diferencias, porque no podían hacer otra cosa, pero esa tregua pasajera no ocultaba que una de las dos familias sobraba en Al Ándalus. Los mensajes que los espías de Túnez llevaron a la cancillería al poco tiempo confirmaron las suposiciones del hafsida: Ibn al-Ahmar había regresado muy descontento a Granada, escupiendo maldiciones contra sus enemigos. Por su parte, los Banu Askilula, desde Málaga, no se cuidaban de ocultar sus preparativos para atacar la Alhambra en cuanto hubiera ocasión. Por miedo y por conveniencia, ambas partes han sucumbido a las presiones del sultán africano para acordar una avenencia que sin embargo las dos facciones saben provisional y precaria.

También por el príncipe de Ifriqiya supo Hamet que los cristianos parecían completamente ajenos a estas maniobras y mal informados por sus espías de las verdaderas fuerzas y medios de los que disponían los africanos. Los espías que los hafsidas mantenían en la corte castellana comunicaban que el rey Alfonso, que se encontraba parlamentando con el papa en Beaucaire, ignorante de cuanto sucedía en España, tranquilizó por carta a su hijo y regente, don Fernando, indicándole que sabía por nueva cierta que los benimerines carecían de naves para pasar el Estrecho. Además, argumentaba el rey, el sultán benimerín andaba empeñado en muchas guerras en Marruecos

y para pasar a Europa tendría antes que acabar con sus enemigos en África. El rey Alfonso, obsesionado con su aventura imperial, dejó en Castilla un vacío de poder que fue inmediatamente aprovechado por los musulmanes de ambos continentes.

Seguían transcurriendo las estaciones sin que el cadí de Sherish recibiera las noticias que anhelaba. La guerra dificultaba las comunicaciones en el mar de Alborán y casi todo el tráfico comercial del Magreb se dirigía hacia el oeste para avituallar a los ejércitos de africanos. Cada mañana, después de salir de su casa formulando la invocación prescrita («Señor nuestro, guárdame de cometer faltas o de inducir a otros a cometerlas, de apartarme del buen camino o de apartar a otros, de ser injusto o de sufrir injusticia, de dañar por ignorancia o de ser dañado por otro»), Hamet se dirigía a los muelles, al pie de la medina, en busca de novedades. Frustradas sus esperanzas, se dirigía con el corazón pesado a afrontar sus afanes cotidianos. Hasta que por fin un día, el capitán del puerto se acercó a la mezquita y, tras saludar respetuosamente al cadí, le entregó un pergamino: carta de Ali.

El cadí, sin poder contener la emoción, despidió inmediatamente a los alumnos que asistían a sus lecciones y se enfrascó en la carta de su hijo, ansioso por saber de él.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios A nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Dice Ali ibn Hamet ibn Quzman —Dios le perdone— a su honorable padre Hamet ibn Ismail Banu Quzman, desde la amada ciudad de Sherish Shiduna, en Al Ándalus.

Querido padre. ¡Qué la paz, la misericordia y la bendición de Allah sean sobre ti! ¡Qué Allah te guarde y te otorgue Su bendición! De tu hijo un noble saludo, siempre atento a tu servicio.

Te envío estas notas, que he ido escribiendo a lo largo de los últimos meses, en los pocos descansos de los que he disfrutado y cuando he dispuesto de material adecuado. Se la confío a un mercader de Alejandría, que está a punto de cruzar el Estrecho con el sultán y que pasará por Túnez —Dios la proteja— en su regreso. ¡Dios quiera que los vientos le sean propicios!

Comienzo a escribirte esta carta desde unas huertas que una vez fueron nuestras, en la junta de los Ríos: por fin he podido ver con mis propios ojos los vestigios de las propiedades de la familia, de los que guardaba alguna memoria, apenas unos retazos. Me las esperaba mucho más grandes. Sin duda en la imaginación infantil, los objetos de la niñez se magnifican. Según nos han dicho los gañanes que las estaban cultivando, el rey de los cristianos se las había entregado a los frailes calatravos, junto con unas casas en la villa, en una zona que actualmente los comedores de cerdo llaman la colación de San Mateo, que si no me equivoco debe quedar más o menos donde estaban los baños de los Banu Harun.

Acampamos aquí, alejados de Sherish, porque todo lo que se contempla desde las torres de la que fue nuestra ciudad sigue tan arrasado y vacío como si precediera al día de la Creación. Todas las viñas, olivares y huertas que allí crecían son hoy propiedad de los monjes guerreros, pero apenas han podido

comenzar a labrarlas, de tanto como les hostigamos los creyentes. Los cristianos apenas se atreven a alejarse unos cuantos codos extramuros, porque saben que si lo hacen acabarán en nuestras manos.

Cuando desembarcamos en Algeciras, los ejércitos de los Banu Marin ya estaban preparados, una vez tomada posesión de las plazas del Estrecho y asegurada la retaguardia y la estrategia de la guerra diseñada. Así que apenas pudimos descansar un día en la ciudad. Inmediatamente me destinaron a un destacamento de caballería andalusí, al mando de un exiliado de Ceuta, Isa ibn l-Assad, o eso dice él, porque a mí me dio la impresión de que se trataba de un bereber advenedizo, que quería ocultar su pasado por algún motivo inconfesable.

Mi destacamento fue asignado a la vanguardia del ejército de la fe. Éramos tres mil hombres, todos de caballería, la inmensa mayoría bereberes de los Banu Marin, y solo unos pocos andalusíes y africanos de otras cabilas. Nos dirigimos al norte, contra la villa de Vejer y su alfoz que, por extraño que pueda parecer, estaba desprevenida. A punto estuvimos de tomarla al asalto, pero en el último momento los cristianos se acogieron detrás de sus inexpugnables muros. Saqueamos sin embargo todos los arrabales e instalamos el campamento en la base de la colina donde se asienta la villa. Desde allí los muyahidines recorrimos todos los campos, villas y alquerías de los alrededores de la Laguna de la Janda matando, robando, quemando las mieses, talando los árboles frutales y arrasándolo todo, sin que ningún cristiano osase hacernos frente. Queremos generar en el enemigo una constante sensación de peligro; que se den cuenta de que esta no es su tierra, que sobran aquí, que deben marcharse.

El importante botín conseguido se envió de inmediato a Algeciras y nosotros nos dirigimos al norte, con la misma estrategia. Destruimos las aldeas y fortalezas del valle del Wadi al-tin. Solo Jerez, reciamente amurallada y ya prevenida de los acontecimientos, resistió al ataque, pues nuestras ligeras tropas no disponían de pertrechos para tomar al asalto villa tan poderosa. No dejamos árbol sin talar, nos llevamos todos los ganados y matamos a todos los hombres que encontramos. Cautivamos a los niños y las mujeres: los campos de Sherish quedarán esquilmados por mucho tiempo. Dios es el amigo de los creyentes y no se separa de nosotros; Él nos basta, ¡qué buen garante es!

Lo que más me ha sorprendido es que los cristianos andaban completamente desprevenidos, no nos esperaban y se han visto sorprendidos por nuestras fuerzas; por eso lo saqueamos con toda sin apenas oposición. Nos llevamos hasta las puertas y las vigas de las granjas. Las cantidades de cautivos y de botín conseguidos son enormes. La Andalucía cristiana ha quedado devastada. Pronto, si Dios quiere, Al Ándalus dejará de ser territorio en guerra para regresar al Dar al-islam.

Además, por si no bastara con la fuerza de nuestras lanzas, Dios nos ayuda sembrando la discordia en el bando de los nazarenos. Por las noticias que nos llegan por lengua de los recaderos del jeque, en Galicia las cosas empeoran cada día. Hay disturbios por un tema relacionado con la falsificación de moneda, de la que los grandes señores acusan al rey.

Una tras otra, acumulamos las victorias sobre los enemigos de Allah. ¡Gracias a Él se ha reproducido el milagro, renovando los éxitos de los musulmanes! Quiera Dios que los triunfos pongan fin a las desavenencias entre los creyentes. Pero me temo que no será así. Los Banu Marin se han adueñado de Málaga, Ronda, Algeciras, Tarifa. Almuñécar, Marbella, Estepona y de todas las fortalezas, aldeas y torres adyacentes a estas villas. Vienen para quedarse, para quedarse como señores de todo, y no tardará en estallar una disputa con los andalusíes, como tantas otras veces.

No quiero despedirme sin informarte de mis gestiones sobre Alima. Pregunto a

todo el mundo, pero nadie la conoce, ni a ella ni a su esposo. Tampoco he logrado averiguar qué pasó durante la guerra en Iznajar. Pero no te preocupes padre, no dejaré de intentarlo y, si es posible, yo mismo me desplazaré en cuanto pueda a esa ciudad para obtener noticias de primera mano.

¡Qué Dios te proteja padre y escriba en las hojas de las buenas intenciones tus obras!

Así lo ha dicho y escrito con su letra en Sherish, en enero de 1276, Ali ibn Hamet. ¡Que Allah le acuerde su valor y su gracia!

Su hijo estaba vivo y sano. El cadí se sentía como un niño y daba saltos de alegría de un lado a otro de la mezquita. De pronto se dio cuenta de que debía llevar las buenas noticias a su casa. Si Zuhara se enteraba por terceros de la llegada de la carta y de la demora de su esposo en compartir su contenido, Hamet se enfrentaría a una grave tormenta familiar.

Se apresuró por las calles cercanas al puerto y pudo comprobar que las noticias de Al Ándalus se sabían ya por toda la ciudad y habían llenado de alegría el corazón de los musulmanes. Como en todos los alminares desde Tánger a Alejandría, en los de Ifriqiya se empezó a invocar el nombre de Abu Yusuf y se glorificó la victoria de las armas del islam y la humillación de los cristianos.

Sin embargo, conforme se acercaba a su hogar, el entusiasmo del cadí se fue enfriando dando paso a la aprensión: su hijo seguía en zona de guerra, aunque ahora, por lo menos, en la región operaban paces. Continuaba en peligro. Antes de traspasar el umbral de su casa, se paró para respirar profundamente y pedir la ayuda de Dios. No era momento de penumbras. Pero al día siguiente sin falta acudiría a la corte a recabar noticias de las mejores fuentes sobre lo sucedido en la guerra y el alcance de las treguas.

El fino olfato de Hamet, curtido por los años, las derrotas y los caminos del exilio, no le falló. Hacía bien al no compartir el entusiasmo que se había apoderado de la ciudad. Todo parecía demasiado fácil; algo no encajaba. En una de sus charlas con el señor de Túnez, pareció encontrar una explicación a lo sucedido.

—Haces bien en desconfiar, Hamet, eso te honra. Eres inteligente, no como esta chusma de asnos que aclaman al benimerín por las esquinas. El comportamiento del pueblo nunca puede ser un modelo a seguir… El triunfo final queda lejos todavía, muy lejos… Creo que el sultán de Fez no se esperaba una victoria tan fácil, rápida y contundente. Pero esta primera expedición le ha servido para reparar en el estado de desconcierto que cunde en las filas cristianas y, astuto y buen político, se ve con las puertas de Al Ándalus abiertas para recuperar las tierras de los musulmanes, no solo hasta los puertos, sino también Toledo y Valencia y Barcelona… Pero para ello tiene que dejarse cubiertas las espaldas. Aunque le repugne, ha llegado la hora de sentar la paz con el emir de Tremecén. Me consta que ha enviado a

su nieto, Tasufin ibn Abd al-Wahid, a parlamentar con Yagmorasen ibn Ziad, para pedirle la avenencia y que se una, en nombre del islam, a la guerra santa contra los idólatras que ocupan Al Ándalus sin derecho.

Al poco tiempo de esta conversación, llegaron a Túnez noticias de que la embajada de Abu Yusuf a Tremecén había logrado su objetivo: el pacto se logra y la nueva causa regocijo en todo el Magreb, por fin la paz entre los creyentes. En las ciudades se reparten grandes limosnas en acción de gracias. Desde Fez, salen mandaderos con cartas para los jeques benimerines y de las cabilas árabes, Masmuda, Sinhaya, Gumara, Awraba, Miknasa, Yazula y Yanata, todas las del Magreb, convocándolas al yihad. En cuanto se acaben las treguas pactadas con Castilla, el sultán volverá a atacar.

Las noticias de la cancillería acabaron por borrar la alegría del corazón de Hamet. Aún quedaba lejos la posibilidad de retorno de su hijo.

41. Túnez. Diciembre de 1276

La mañana invernal se presentaba tranquila, como tantas otras: tareas en la mezquita, atención a los alumnos, discusiones con Zuhara. Sin embargo, cuando nada más traspasar el umbral de su casa Hamet vio llegar a un zagal corriendo hacia él con un pergamino en la mano, el corazón le dio un vuelco. ¿Otra carta de Ali?

El zagal, un granujilla sordomudo que se ganaba la vida desempeñando diversos trabajos para unos y otros en el puerto y en los zocos, se arrodilló delante de Hamet y le tendió humildemente el pergamino. Nada más ver los sellos, el cadí confirmó que se trataba de aquello que llevaba tanto tiempo esperando.

Tras recibir una enorme propina, el zagal se fue dando saltos de alegría, mientras Hamet, como un avaro que encuentra un tesoro que no quiere compartir con nadie, se dirigió a toda prisa a la mezquita para encerrarse a leer la carta, la segunda carta que recibía de su hijo Ismail desde que salió de Túnez.

Dando órdenes de que nadie le molestara, rompió los sellos del pergamino, rogando a Dios que el signo de su suerte no cambiara.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Querido padre, ¡qué Allah te honre! Espero que Dios te preserve la salud, en la esperanza de que te llegue esta misiva, que le confío a un mercader judío de Tremecén, superando todos los obstáculos que nos separan. Te escribo desde las alturas de Zahara, donde estoy hospedado como un rey por nuestro amigo Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas, que aunque viejo, sigue recio como un

alcornoque y te manda a ti sus bendiciones y a mí que te diga expresamente que: «¡Solamente el deseo de ver al amigo y el imaginar el reencuentro favorece y justifica el dejar la patria y la tierra de nuestros mayores!». Y también esto otro: «Debes estar muy orgulloso de tu hijo Ali, que no es solo fuerte y bravo, sino también muy talentoso. En verdad aquel de los Banu Quzman que no sea inteligente no puede ser más que un expósito». Cuando le he mostrado que sus palabras han quedado reflejadas textualmente en la carta, se ha quedado tranquilo, y me ha dejado seguir escribiéndola en la intimidad. Jamás vi a nadie como él, pues parece inmune al paso del tiempo y tan arrogante y pinturero como siempre. Él ha hecho del honor su doctrina de vida, pues no cesa de defender su tierra a lanza y espada, para cubrirla de justicia y de bondad, que extiende en todo momento y lugar. Tal es su costumbre: ocuparse de acciones honorables, buscar la riqueza en las acciones piadosas. ¡Qué Dios le recompense por sus buenos propósitos y su noble intención!

Querido padre, como estamos en tregua, no tengo nuevos acontecimientos guerreros que contarte, pero igualmente te envío esta carta para que sepas que me encuentro bien de salud, entero y todavía al servicio de Abu Yusuf. Además, quiero compartir contigo un importante acontecimiento que me ha ocurrido recientemente y que merece ser contado. Padre: ¡he conocido personalmente al sultán! Es un hombre de piel muy blanca, de buena estatura, cuerpo regular, hermoso de rostro, ancho de espaldas, de larga barba que parece un pedazo de nieve, accesible y bondadoso en su trato, muy fácil en perdonar, compasivo, humilde, penitente, liberal y dadivoso, vencedor y feliz. Se cuenta que nunca fueron derrotadas sus banderas. No se dirigió contra un enemigo a quien no subyugase, ni contra un ejército al que no derrotase, ni contra un país al que no conquistase. ¡Es el campeón del yihad, que ha tomado a su cargo el mantenimiento de la verdad, bendígale Dios mientras la buena fortuna siga favoreciendo al islam y el débil cabo de la incredulidad quede cortado! Ha jurado no parar de guerrear hasta entrar en Sevilla para desenterrar el cadáver del rey de Galicia, Fernán, y crucificarlo.

He podido comprobar que todos esos elogios son bien merecidos; es ayunador, vigilante, muy rezador, no cesa de recordar a Dios, día y noche. Tiene casi siempre el rosario en la mano. Y no hay noche sin que vele, meditando la guerra santa, en secreto y en público. Ya en su día libró al Magreb de maldades e hizo surgir la justicia sobre los fieles, pues no dejó ningún tirano y suprimió los temores y las perversidades. Bajo su manto protector se cobijaron todos los sumisos, incluso los judíos, pues acabó con las persecuciones que estos venían sufriendo en el Magreb desde hacía décadas, ganándose el apoyo de las comunidades hebreas. Por eso el comercio prospera en las tierras de su señorío.

Y ahora quiere hacer lo mismo con Al Ándalus, ¡lo conseguirá con la ayuda de Dios! Porque el sultán siempre ha tenido el ojo puesto en la Península. Cuando todavía reinaba su hermano Abu Yahyà y los Banu Marin combatían al emir almohade de Marraquesh, pasaron a España tres mil voluntarios meriníes bajo la bandera de Abu Yusuf, siervos, familiares y allegados suyos, al mando de Amer ibn Idris. Y si él mismo se quedó en África, no fue por su propia voluntad, sino porque su hermano y señor, Abu Yahyà, se lo prohibió. Y aunque estuvo a punto de desobedecerle, cuando estaba en Alcazarseguir, recibió la visita del santo Yaqub ibn Harun al-Jayri, quien le convenció para que desistiera de su idea, porque habría de llevarla a cabo más adelante.

Pero no se contentará con nuestra tierra; después de Al Ándalus vendrá el país de los francos y después la propia Roma. Y lo logrará no solo con los alfanjes, sino con el arma principal de la religión. Porque como él no se cansa de repetirnos, los cristianos, seres inferiores y primitivos, salvajes inmundos, solo logran

derrotarnos cuando estamos desunidos. Pero cuando la verdad unifica las opiniones de los musulmanes, cuando adquirimos conciencia del sentido de la existencia, nada puede detenernos, porque surge en nosotros el sentimiento unánime de servir a Dios. Y por Él estamos dispuestos a morir, mientras que a los cristianos, pueblo impío presa de la molicie y la vileza, seguidores de falsedades, el miedo a la muerte les domina. Por eso los derrotaremos, si Dios quiere, porque Él mantiene lo que ordena.

El sultán honra a los santos y los venera. Exalta a los sabios y los acerca a su persona, aprendiendo de ellos y obrando en la mayor parte de los asuntos y decretos según sus consejos. Ha reunido a su lado a los intelectuales más ilustres en las diversas ciencias racionales y tradicionales. Por eso, cuando supo que en sus huestes militaba un descendiente de los Banu Quzman, me llamó a su presencia. Me encontraba en Algeciras cuando un trotero ricamente ataviado me entregó la orden de cruzar inmediatamente el Estrecho para ponerme a los pies del sultán en Alcazarseguir.

Al principio me asusté, pues pensaba que quizás me iban a pedir cuentas por alguna ofensa que no recordaba haber cometido. Pero el sultán simplemente quería conocerme, hablar conmigo, saber de mi familia. Porque mi señor sabe quién eres. Ha leído algunos de tus escritos, y los del abuelo Ali —que Allah le sea clemente—. He escuchado de sus propios labios elogios floridos para ambos: personas de saber, conocedores del *Fiqh*, de la literatura y de la gramática árabe, de la ciencia del hadiz… No te resulte extraño, él mismo recibió durante un tiempo las enseñanzas del maestro de Fez Sayj Abu l-Hasan As-Sugayyir, gran cadí de la ciudad y considerado el mejor conocedor del rito malikí, según recuerdo haberte oído decir a ti mismo. Por eso no te sorprenderá saber que el sultán asombra a todos los que le escuchan por sus amplios conocimientos, tan impropios de un guerrero… El sultán siempre mira por el bien de los musulmanes. Es compasivo y misericordioso con los pobres y débiles. Una vez en el poder mandó construir hospitales para los enfermos y los locos, y les asignó rentas y todo lo que necesitaban de comida y bebida. Ordenó a los médicos que los examinasen todos los días, mañana y tarde, y señaló para los gastos y empleos sumas del tesoro. Lo mismo hizo con los paralíticos, ciegos y faquires, determinando las cantidades que cobrarían cada mes del tributo de los judíos. Construyó escuelas y pensionó en ellas estudiantes para leer el Alcorán y aprender las ciencias, señalándoles su pensión mensual, por deseo del premio de Dios.

Él me ha pedido expresamente que me quede a su lado, prometiéndome la recuperación de los bienes de nuestra familia… de todos… y de nuestra posición en Al Ándalus… Me ha pedido que os transmita su invitación para que os trasladéis de nuevo a Sherish y se ha ofrecido a dar orden al almirante de su flota de ir a buscaros… ahora que parece que el sueño del sultán va a convertirse en realidad: paz y superioridad sobre los cristianos. Pero, padre… yo creo que debéis esperar, aunque no se lo he dicho a mi señor. Por aquí todo anda todavía muy revuelto y no es seguro que nuestras armas vayan a prevalecer definitivamente. Así lo creen los bereberes, pero nosotros, los andalusíes, sabemos que los cristianos son enemigos terribles. Yo cumplo con mi deber trasmitiéndote su oferta, pero cumplo un deber más sagrado aconsejándote que pospongas considerarla. Si recibes esta carta, por favor, mándame la respuesta que debo dar al sultán. ¡Qué no cese la atención noble, que evite la injusticia y que haga creer al temeroso, que ofrezca buenas nuevas y atienda la llamada del suplicante!

Sigo sin tener noticias de Alima.

¡Qué Dios os guarde a todos!

Así lo ha escribo de su puño y letra Ali Ibn Quzman, en Zahara, en junio de 1276.

Esa noche hubo celebración en casa de los Banu Quzman. Se reunieron todos para dar gracias a Dios y evocar los tiempos felices pasados en Sherish. Por unas horas, se creyeron desplazados en el tiempo y en el espacio, y se sintieron en Al Ándalus, en la vega del Guadalete, bañados por una luz que no han vuelto a encontrar en ninguna otra parte.

Aunque el vino en Ifriqiya era escaso y malo, los hombres lo bebieron con exceso, incurriendo en una peligrosa herejía a los ojos de los tradicionalistas locales. A la mañana siguiente, conjurando su dolor de cabeza y arrepentido por su nada encomiable actitud, Hamet tomó un cálamo de madera y una bella hoja en blanco, del mejor y más caro de los papeles, y se dispuso a escribirle a su hijo la carta de respuesta. Recurrió al antiguo y consolidado ritual que aprendió de su abuelo: se retiró a un lugar apartado, con buena iluminación, con mucha tranquilidad, recreándose en cada uno de sus movimientos, dedicándole toda su atención. Comenzó a afinar la punta del cálamo hasta dejarla entre puntiaguda y redondeada. Después llenó el tintero con negro de humo mezclado con vinagre y le añadió almagra diluida con oropimente y alcanfor. Cuando la mezcla fermentó, cogió la suave hoja de papel, la cortó, prensándola en un tórculo para evitar arrugas e irregularidades. Solo cuando este ritual alcanzó la perfección debida comenzó a escribir, sobre una tablilla bien pulida, con actitud exenta de cualquier precipitación, dando gracias a Dios.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Alabado sea Dios, que creó al hombre por gracia suya, y le formó en el seno materno, según su sabiduría, para hacerle salir de él y colmarle de bondades y favores, enseñándole lo que no sabía, con lo que mucho le distinguió, advirtiéndole sobre la causa primera de su ser, predicándole por boca de los profetas, las mejores de sus criaturas, conduciendo a sus elegidos hacia la salud y extraviando a los que procedía, según su justicia. Él allanó el camino de los creyentes hacia la obediencia y abrió sus pechos a la fe, para que creyeran en Dios, proclamándolo con sus lenguas, sintiéndolo en sus corazones y actuando según las enseñanzas de sus profetas y de sus libros revelados.

Tras la alabanza a Dios, como conviene a su Majestad, y la bendición sobre el Profeta Muhammad, el elegido, y los suyos, así dice el humilde siervo que suplica la gracia del Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —ayúdelo Dios—: alabado sea Dios, dueño de la soberanía y de la omnipotencia, y en cuya mano están el dominio y el poder.

Querido hijo, Dios te proteja, te ayude a agradecerle sus favores, te ratifique en su obediencia y te incluya entre los que se beneficiarán de su misericordia. Hemos recibido por fin la paz de tu saludo, con enorme alegría, y todos llenamos la copa de lágrimas con pétalos.

Tu carta ha llenado de alegría nuestros corazones. Por favor, sigue desplegando todos los esfuerzos para mantenernos informados sobre tu suerte. Va en ello nuestra paz. No importa que algunas cartas se pierdan, o que cuentes varias veces

los mismos sucesos, ni cuánto te cueste. Solo el contemplar tu hermosa caligrafía me hace bien y me llena de orgullo. Te escribo con la esperanza de que te llegue este mensaje, de que mi carta pueda atravesar todos los obstáculos que nos separan.

Ante todo, arrodíllate a los pies de Abu Yusuf y dile en mi nombre que no soy digno de la merced que me hace. Me siento muy honrado porque conozca mis obras y las de nuestros antepasados. Dile también que cada día le pido a Allah por la victoria de sus ejércitos.

Pero no puedo aceptar su oferta, aunque me gustaría muchísimo. Ya no tengo edad de viajar. Me duelen los huesos y veo cada vez menos. Me mareo con frecuencia y mi estómago ya no tolera como antes muchos alimentos. En estas condiciones ¿quién se arriesgaría a ponerse de nuevo en camino, conociendo sus rigores, siquiera fuera para servir al mejor de los príncipes? No, Ali, mi tiempo se acerca a su vencimiento. Moriré, si Dios quiere, en Túnez, aquí quedarán enterrados mis huesos esperando el día de la resurrección. Porque Él es el más generoso de los generosos y el más glorioso de los gloriosos.

Además, aunque esto no es necesario que se lo digas a Abu Yusuf, nuestra familia le debe todo a los hafsidas. Sería ingrato dejarles en este momento para marcharnos al oeste a servir a otro príncipe. No puedo cometer ese pecado, porque la ingratitud disuade al alma del bienhechor. Me debo a mi señor, le complazco en todo lo que me pide y le doy mi consejo más sincero, si bien, en realidad, tengo que confesar que cada vez me interesan menos las cosas de este mundo. Empiezo a contemplar los hechos de la política con la frialdad con la que me enfrento a cualquier fenómeno de la naturaleza: como un mal necesario e inevitable.

Túnez, bajo la firme mano de mi señor, prospera como nunca antes. Justo ahora, mientras te escribo, desde la mezquita veo pasar la impresionante comitiva que porta los suntuosos regalos del rey de los negros, soberano de Kanem y señor de Bornu, población situada al sur de Trípoli, que ha reconocido la soberanía de nuestro sultán. Traen objetos tan exóticos… La mayoría no sé para qué pueden servir. Pero son hermosos y sin duda valiosos. Contemplo cientos de pieles moteadas, plumas vistosísimas, colmillos enormes de marfil. También acarrean cientos de vigas larguísimas de maderas negras y resinosas.

Poco a poco, todas las comunidades musulmanas de los alrededores de Ifriqiya reconocen la soberanía del sultán, bien directamente, o bien mostrando sumisión. Su dominio es ya incontestable en todo el Magreb central, hasta Tremecén. Pocos son los meses en que la tranquilidad de la ciudad no se ve interrumpida por un cortejo portando los valiosos botines que se logran en las campañas de nuestro soberano o el tributo de alguno de los señores que se someten a su voluntad.

El nuevo palacio que acaba de construir el sultán excede toda medida que puedas imaginar, tales son sus dimensiones. Pero sobre todo destaca el pabellón al que llaman la Cúpula, que ha mandado edificar justo delante de sus puertas, con objeto de llevar a cabo las grandes celebraciones con las que gusta compartir sus victorias con el pueblo.

Túnez rebosa de riquezas, aunque la capacidad de allegar tesoros no constituye la mayor virtud de mi señor, sino su piedad y su preocupación por el bien de sus súbditos. Como puedes comprobar, yo también aprecio a mi príncipe y le serviré con todas mis fuerzas mientras el Todopoderoso me lo permita.

Ten siempre presente, querido, que todos nos sentimos aquí muy orgullosos de ti, que contribuyes con tu esfuerzo a que no dure el culto a los ídolos que se ha instalado en nuestra amada Sherish. Cuando te fuiste, me hiciste sufrir. Mucho se prolongaron mi tristeza y mi llanto, pero al cabo he comprendido que era la voluntad de Dios, contra la que no cabe resistencia. Sigue pues la llamada de tu

corazón y de tu conciencia, y lucha en el yihad como los mejores. Pero no olvides nunca guardar una reserva de piedad, incluso para los enemigos. La guerra, según cuentan los sabios de todas las épocas, saca lo peor de nosotros y embrutece a la gente. Trata de evitarlo. Sé que tu hombría de bien es de firme arraigo y te mantendrá alejado de viles acciones. Dios te ha favorecido haciéndote hombre, no te conviertas a ti mismo en fiera. Porque en el instinto animal del hombre existe la agresividad y la injusticia. Dios nos ha dado la religión para defendernos de la violencia mutua, el freno de la Ley Divina; pero ese freno puede ceder con extrema facilidad. A mis años he llegado a una conclusión que puede parecerte extraña: todos los hombres somos dignos de compasión. No permitas que tus ojos vean a los otros como animales sin alma, pues también a los descreídos y a los paganos los ha creado Dios. Sé escrupuloso en el cumplimiento de las leyes del yihad y recuerda que debes respetar la vida de los nazarenos siempre que se arrepientan y se conviertan al islam, o que pidan la paz y se sometan pagando el tributo. Cuando algunas de esas dos condiciones se dan, la violencia contra ellos debe cesar inmediatamente. Tampoco olvides la prohibición de matar a los niños y a las mujeres de los enemigos, o la de mutilar o matar a los cautivos. Respeta a los sabios, a los enfermos y a las gentes de religión, sean monjes o rabinos, a menos que hayan combatido. Hazlo todo con intención pura y presta atención al perfeccionamiento de tu espíritu y no solo de tu espada, y hazlo con el interés de quien sabe que se le pedirán cuentas por lo que haga, premiando las buenas acciones y castigando las malas.

Agradece en mi nombre a mi hermano Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas, fiel guardián de los secretos, leal en las dificultades, el trato que te da y el afecto que nos profesa. Dile que, pese a que es cierto que, por lo general, el tiempo deshace las uniones más sólidas, no ocurre así con la que liga a nuestras dos familias. Si Dios quiere, algún día podremos corresponderle como merece. Mientras tanto, muéstrale el mayor respeto y consideración y dile que el mejor de los hombres es el que mejor se porta con sus semejantes, al igual que el peor es el menos generoso.

Que Dios nos conceda y te conceda el don de ser justo y que te proteja y nos proteja de las injusticias. Que Él escriba en las hojas de las buenas acciones tus intenciones y obras. Que te ayude a conservar las buenas costumbres y la nobleza de carácter Y pide siempre a tu Señor que te inspire en todos tus asuntos. Busca refugio en el Libro de Dios, sea por siempre bendito y alabado, y en la *Sunna* de su Profeta, y busca imitar a sus compañeros, que fueron los mejores creyentes que conocieron los siglos, de la mejor nación producida por el género humano.

¡Alabemos a Dios, tal como se merece! ¡Dios nos basta! ¡Qué excelente es su intercesión y su ayuda! ¡Cuán grande es su poder y cuán endeble nuestra debilidad! Por favor, no dejes de buscar a tu hermana.

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Allah, Hamet ibn Quzman. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia!

El cadí repasó una y otra vez la misiva, llevado por su espíritu perfeccionista. De vez en cuando rascaba una frase o una palabra con una piedra volcánica, traída expresamente para él desde al-Burkan, Sicilia, la tierra del Monte de Fuego, para reescribirla. Como siempre, el tacto de la roca despertó su deseo de conocer esa montaña donde encontró la muerte el filósofo Porfirio, víctima de su curiosidad. Se contaban maravillas de aquella montaña, que escupía lenguas flamígeras a una altura increíble y cuerpos de hombres sin cabeza que

de noche se alzaban para arrojarse al mar.

Cuando consideró que la carta estaba concluida, Hamet se recostó satisfecho. Sí, podía sentirse muy contento con su suerte. Lejos quedaban los trastornos de la guerra, su familia prosperaba y servía a un señor honrador de los buenos. La mecha de la lámpara comenzó a humear, pero él siguió recostado en sus cojines, con el recado de escribir sobre las piernas y la mirada perdida en el vacío. Se sintió tentado de prolongar su carta, de seguir compartiendo con su añorado hijo vivencias y recuerdos, pero sus rodillas protestaban y las vértebras le pedían a gritos descansar.

Los Banu Quzman seguían empeñados en sus afanes cotidianos: Hamet dedicado al derecho, adentrándose en campos que anteriormente trataba poco, como la ley comercial. En el importante puerto de Túnez miles de mercancías cambiaban de mano cada día, produciéndose un gran número de litigios que un insuficiente número de cadíes debía tratar de resolver. Los juristas de la escuela malikí se enfrentaban continuamente a situaciones nuevas, no previstas en el *Fiqh* ni en la *Sunna*, a las que debían responder mediante la aplicación de un método analógico que los alfaquíes más puristas consideraban herético. Pero consciente de que la finalidad del derecho es, por encima de todo, lograr la paz social, Hamet contribuyó, poco a poco, por medio de sus sentencias, a aclarar conceptos oscuros y a precisar el alcance de principios vagos, como el de la buena fe en las transacciones comerciales, o de prohibiciones, como la de la usura. También contribuyó a perfilar los diversos derechos y responsabilidades del capitán según la ruta fuera de cabotaje (*rif*) o de altura (*ala al-bahr*).

La mayor parte de los comerciantes de Túnez se ubicaban entre la mezquita del puerto y el Barrio Nuevo. Allí se concentran y trafican los vendedores de aceite y de harina, los cambistas, los lineros, los drogueros, los especieros y los armadores. No muy lejos instalan sus puestos los pescadores con su vocerío y su profusión de olores y maldiciones. Conforme las calles se van alejando de los muelles, el valor de los productos decae. En las calles aledañas operan los campesinos que venden sus verduras y sus legumbres, las plantas aromáticas y las frutas, alternándose con los carniceros y los cordeleros. Todos ellos constituyen una importante fuente de ingresos para el cadí, tanto por los litigios que crean como por los pecados que deben expiar, que les llevan a ser generosos. Aunque los intercambios con Sicilia se habían reducido mucho desde que la gran isla mediterránea cayó en manos de los normandos, el tráfico con Egipto y con la lejana India seguía produciendo enormes rendimientos, de los que se beneficiaban los *tuggar* musulmanes, pero también comerciantes cristianos y hebreos.

Sí, todo iba bien en Túnez. La única pena del viejo cadí era la ausencia de Ali y no saber de su amada Alima. Cuando supiera de su situación y Ali regresara, todo estaría en su sitio, y podría morir en paz.

42. Túnez. 1277

En Ifriqiya, y por todo el Magreb, la fama de la madraza de Hamet ibn Quzman se extendía. En plena madurez, el cadí de Sherish había llegado a su etapa de mayor esplendor intelectual: sus conocimientos eran más seguros, su ánimo más moderado y su temperamento menos severamente autocrítico. Su escuela llegó a ser uno de los centros más afamados del saber de todo el islam y alumnos de toda procedencia acudían a él para obtener la *iyâza*.

Hamet comenzaba sus lecciones con unas palabras de saludo, invocando la protección divina (*hayya wa–fadda*), y generalmente evocando hechos y dichos de juristas antiguos y famosos, con frecuencia de su propia familia. El ejemplo y la obra de su propio abuelo, Ali, era recurrente. Con ocasión de la fiesta del Mawlid del año 1277, celebrada el duodécimo día del mes de Rabi' al-Awwal, Hamet impartió una lección que sería recordada durante años, comentada por todas las mezquitas de África y de Al Ándalus.

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera. Mi abuelo Ali Ibn Hasan ibn Yafar ibn Quzman (Dios esté satisfecho de él), fue uno de los más ilustres cadíes de Al Ándalus, versado en todas las materias jurídicas y conocedor de las prescripciones de sus fuentes. Era un jurista incomparable, tanto por su memoria como por su inteligencia; seguro en sus fallos, dotado de un tesón eficiente, y experto tanto en el arte de los contratos como en el de la retórica. Al llamado de su fama, mucha gente acudía a sus lecciones, estando aún él en la pubertad. Desde tierras lejanas venían a Sherish estudiosos y estudiantes a nutrirse con su saber. De él aprendí algo importante: el derecho, como toda ciencia, no constituye un fin en sí mismo, sino un mero instrumento, una herramienta para llegar a Dios, a lo absoluto. Los saberes particulares de nada nos sirven, salvo quizás para ganarnos la vida, si no comprendemos que están imbuidos de absoluto. Un espíritu penetrante transciende las ciencias específicas para llegar a Dios… Por eso, el estudio del derecho, el *ilm al-Fiqh*, no puede separarse del estudio de las otras grandes ramas de las ciencias islámicas, la teología (*ilm al-kalam*) y la moral (*ilm al-'akhlaq*). Quien no se muestre dispuesto a aceptar que no se puede saber y aplicar el derecho sin la teología y la moral, mejor

haría en levantarse ahora mismo y marcharse en busca de otro maestro, porque aquí no está su sitio.

Después de esperar un rato, para que sus palabras calaran hondo en sus estudiantes mientras echaba miradas en derredor, que al mismo tiempo querían ser intimidatorias y alentadoras, Hamet prosiguió con su lección.

—Los hombres solos nada podemos y nada sabemos por nosotros mismos. Así somos de precarios y menesterosos… pero hay dos herramientas que nos permiten llegar a obtener algo de discernimiento. Una, la principal, la búsqueda de Dios. Sin Él no cabe sabiduría alguna, pues el saber es de su propiedad. La otra es la penetración en la sabiduría de los antiguos, pues siempre cabe extraer saberes nuevos de pozos primitivos y casi olvidados. Desde que el Invencible, por su infinita bondad, decidió ponernos en este mundo, los hombres hemos ido escalando, poco a poco, la escalera del conocimiento. Cada generación aumenta y transmite el caudal heredado, mucho si abundan en ella los hombres virtuosos, poco en caso contrario, como nos ocurre hoy, en este mundo decadente y corrupto en el que nos ha tocado vivir. Y esto es así desde el inicio de los tiempos, incluso antes de que existieran la escritura y los libros, porque nuestros antepasados divulgaban verbalmente sus saberes y los guardaban en la memoria y gracias a ellos algunas costumbres y leyes se han trasmitido sin interrupción hasta nosotros de manera tan clara y evidente que parece como si tuviéramos a la vista el momento de su gestación. Sin embargo, se ha perdido mucho más de lo que se conserva. Se han perdido las ciencias de los antiguos egipcios y de los persas, las de los caldeos y los babilonios. Solo nos han llegado buena parte de las ciencias de los griegos, por el empeño que puso el califa al-Mamun en traducirlas al árabe. Pero gracias al Gran Legislador, los hombres no nos paramos y seguimos buscando las verdades, penetrando en los misterios de la naturaleza. Porque las ciencias son muchas y los sabios de los distintos pueblos innumerables. El motivo de este fenómeno que describo resulta muy simple: a los hombres, o al menos a algunos hombres de cada generación, les devora la fiebre del conocimiento y no pueden parar quietos hasta tratar de saberlo todo, o lo máximo, buscando qué hay más allá de ese mar, de esa peña, al otro lado del mundo, debajo de la piel, dentro de la cabeza de las gentes… El Omnipotente llenó nuestro mundo de misterios; nuestro deber como criaturas suyas radica en desentrañar esos secretos. Pero, ¡cuidado! Siempre conforme a su Voluntad, expresada en el Sagrado Libro… ¡Dios guía a quien Él quiere!

Con frecuencia se entablaban entre alumnos y maestro animados debates, durante los cuales Hamet se sorprendía del escaso seso que mostraban los jóvenes y, como todos los hombres de todas las

generaciones desde Adán, se preguntaba dónde iba a ir a parar la humanidad con esa generación de blandos y tarados. Sin embargo, el día de esa lección memorable, un alumno le sorprendió con una pregunta interesante y la respuesta del maestro quedó registrada para pasmo y enseñanza de los juristas de generaciones futuras.

—¿Qué hace falta, cadí, para ser un buen juez? —Hamet tardó en contestar porque, como le ocurría con mucha frecuencia, andaba distraído en asegurarse si Alima permanecía lo suficientemente silenciosa e inmóvil detrás de sus celosías de madera. Cuando se dio cuenta de que no se encontraba en Sherish, sino en Túnez y de que su hija querida no estaba con él, sino en la lejana Al Ándalus, sintió que la pena negra le agarraba por dentro. ¡Cómo la echaba de menos! ¡Cuántos años sin saber nada de ella, ni de sus nietos! ¿Estarían vivos todavía, los vería alguna vez o debería esperar al paraíso?

Los alumnos contemplaban fijamente al maestro en completo mutismo, pensando que el silencio del cadí se debía a que se encontraba tejiendo complicados argumentos jurídicos para formular la respuesta. Todavía se demoró un tiempo Hamet para precisar si la consulta la había hecho su propio ser interior o un tercero.

—Esa es buena pregunta que yo mismo me he formulado con frecuencia, que todos los jueces de todos los tiempos se han hecho a sí mismos. Mucho se ha escrito sobre el particular, pero lo más sensato que he leído sobre ello se recoge en la célebre carta que le dirigió el califa Umar (Dios esté satisfecho de él) a Abu Musa al-Asari, cuando le nombró cadí de Kufa. En ella se contienen las más sustanciosas reflexiones sobre el cadiazgo y su perfección.

Con voz grave, consciente de la importancia del asunto que trataban, Hamet revestía su discurso de una solemnidad acorde.

—Pero en realidad, querido Sa'id, no tengo una respuesta segura, solo algunas ideas vagas. Me parece imprescindible un profundo conocimiento del derecho y la teología, sin ello no cabe ser juez. Incurre en grave pecado quien se atreve a ejercer de alfaquí sin estar capacitado. Dice una tradición: «Quienes de vosotros se lanzan con más atrevimiento a emitir fetuas, con más arrojo se encaminan a las profundidades del infierno». Por eso, ninguno de vosotros puede llamarse muftí o alfaquí, ni mucho menos cadí, hasta que yo le entregue la *iyâza*.

El cadí miraba al vacío; parecía reflexionar en voz alta, concentrado en la soledad de su despacho, en lugar de impartir una lección en la mezquita.

—Ahora bien, el conocimiento del derecho es una condición necesaria, pero no suficiente… También se precisa la ciencia de las buenas cualidades del alma, sobre todo, de la piedad, pues no place al Gran Legislador que dicte justicia en su nombre el impío. Sed

moderados en todas las cosas, pues no hay nada de más clara utilidad, ni más especialmente seguro, ni que reúna más méritos. La moderación hace que sigamos la buena senda, la que conduce al éxito en el deber, y el éxito en el deber cumplido es lo que nos guía a la felicidad. Obrar de acuerdo con la religión y con la conducta del Profeta es lo que nos sitúa en la moderación. Evitad toda bajeza, así como las vulgaridades y la vergüenza que conllevan, pues son una humillación para los hombres y un desprestigio para los jueces; poned vuestros espíritus por encima de la injuria y de la calumnia y de todo aquello que interesa a los necios. No minusvaloréis el pecado ni os mostréis benevolentes con el pecador. El mismo Allah dignificó el rango de los jueces al recomendarles reglamentar los asuntos de los humanos, representar a Dios ante sus siervos y ser garantes del orden natural. Las normas sociales provienen de la Revelación divina, una de cuyas funciones es indicarnos las pautas de comportamiento que deben regir en nuestra comunidad, sin las cuales los delitos se incrementan y cunde la anarquía, que es la muerte de la sociedad humana y la destrucción de la civilización. El cadiazgo consiste en dirimir los conflictos entre las personas, solucionando sus querellas y poniendo fin a las disputas, pero siempre de acuerdo con las leyes religiosas derivadas del Libro Sagrado y de la *Sunna*. Pues Dios (excelso y poderoso) hizo de la religión un lugar seguro y un timbre de gloria perdurable, y por ello ensalza a los que la siguen y los honra.

Hamet miró al suelo fijamente y evocó de nuevo la imagen de su hija Alima, mirándole con extrema atención infantil, pendiente de todas sus palabras, de sus gestos. Alguna vez había sorprendido a la niña imitando sus guiños y sus muecas, pensando que eran propias del oficio del cadí.

—Saber, inclinación a la piedad y a la justicia, comportamiento moral intachable… pero aún hace falta algo más, que no sabría precisar muy bien: intuición, percepción, capacidad de leer en los corazones de los hombres… no sé cómo llamarlo, pero sin ese don divino, pues es un don que no cabe aprender en ninguna escuela, que se tiene o no se tiene, sin ese don no puede uno considerarse buen juez. Debemos aprender a escuchar no solo las palabras de los testigos y comparecientes ante el tribunal, sino también sus gestos, sus maneras, sus reacciones… Las palabras con frecuencia mienten, pero los movimientos de las manos, las posturas, la caída de los hombros suelen ser muy sinceros. Las palabras suenan bien en la boca y también en los oídos, pero rara vez son algo más que sonidos. Los gestos nunca mienten.

El maestro paseaba lentamente la mirada sobre los rostros concentrados de sus alumnos para escrutar el efecto de su reflexión. Sentía que había captado su atención, que en ese momento ocurría ese

acto mágico que es la enseñanza, esa sagrada transmisión que se produce a veces en las aulas, no siempre, y que ocasiona breves momentos de satisfacción y gratitud. Siguió diciendo:

—Los jueces debemos aprender a mostrarnos indulgentes, a sentir misericordia de nuestros semejantes. Debemos evitar mostrar intranquilidad, malhumor o enfado hacia los litigantes, el rigor no está reñido con la gentileza. En definitiva, es preciso poseer buenas prendas naturales de carácter; ser paciente cuando se requiere templanza, discreto cuando se requiere discreción, arriesgado cuando se requiere acción. Huid de la soberbia, de la presunción y del orgullo, pues generan hostilidad gratuitamente. Y tened inclinación por la clemencia: por poco que se busque, en todo hombre puede hallarse algo de qué culparle, no os precipitéis en verter sangre, porque la sangre es para Dios (excelso y poderoso) y asunto muy grave cuando se derrama injustamente.

El silencio era tan denso en el aula que parecía poder cortarse. Cuando el maestro hacía una pausa para tomar aliento y dejar que los alumnos reflexionaran, muchos de ellos oían las respiraciones del vecino y hasta el latido de sus propios corazones. Al fin uno de los pupilos más avanzados, Yafar ibn Ram, venció a su prudencia habitual y lanzó una pregunta.

—Maestro… ¿tú nunca dudas cuando tienes que dictar sentencia? Vemos en la jurisprudencia que con frecuencia se producen discrepancias de criterio entre los ulemas, que a veces la solución que se aplica en Medina difiere de lo que se hace en Damasco… ¿no temes equivocarte? ¿Cómo puede placer al Todopoderoso que los instrumentos de su justicia discrepen?

Hamet se sonrió. Yafar… el mejor de sus alumnos, orgullo de su madraza. Solo él podía ir directamente al centro del problema que acucia a todos los jueces.

—Querido Yafar… claro que dudo; continuamente. Pero me pongo en manos de Dios e imploro su ayuda para ser justo. Debe tenerse en cuenta que es algo bien conocido entre el común de las gentes en el islam, y así lo ha sido a lo largo de los siglos, que si le rezamos con fervor Él nos ayuda… En cuanto a las discrepancias entre los sabios de *Fiqh* y las distintas escuelas, el asunto es más delicado… Como todos estamos dotados por Dios de entendimiento, debemos usarlo, pensar por nosotros mismos, sin tener miedo a la divergencia, siempre que se respeten los límites impuestos por la ley de Dios. Tan mala resulta la unanimidad absoluta como la disensión continua: el exceso de divergencia equivale a la guerra, mientras que el exceso en el acuerdo equivale al engaño o la falsa paz. No debemos olvidar que los hombres somos falibles, también los cadíes nos equivocamos: si cometemos un error, no debemos mostrarnos remisos en reconocerlo y enmendarlo.

Todos dependemos del favor de Dios, es propio de necios creernos libres de error.

Cuando reflexionaba sobre este punto, Hamet siempre recordaba los llamados que le hacia su padre a refrenar la soberbia, a comprender que es cualidad ineludible en un juez la humildad. Ismail ibn Ali le repetía frecuentemente un pasaje concreto de la carta del califa Umar a Abu Musa al-Asari: «Si sobre algo que juzgaste ayer, al considerarlo hoy de nuevo, tu razón te guía hacia lo correcto, no dejes de rectificar y aceptar la verdad, pues la justicia es lo primero, y volver a ella es mejor que persistir en el error».

—Pero sigamos reflexionando sobre las cualidades que debe reunir un buen juez… Además de todo lo dicho, debemos precavernos contra la extrema tendencia de algunos de nuestros vecinos por acudir a la justicia. No hay negocio más ruinoso que el de aquel que lleva a juicio a quien está en paz con él. Y, sin embargo, lo vemos cada día en los tribunales… Vengo de la tierra donde este vicio se padece con mayor intensidad. ¿Por qué nos dio Dios a los habitantes de Al Ándalus un talante tan litigioso? En toda comunidad hay gentes imperfectas y gentes colmadas de virtudes, gentes turbias y gentes puras, gentes rectas y gentes torcidas, pero en ningún lado del mundo se encuentra gente tan celosa por disputar en los tribunales como en Al Ándalus. Me contaba mi abuelo que ya los rumíes que habitaban estas tierras mostraban esta inclinación antinatural a querellarse unos con otros, motivo por lo que este suelo siempre produjo notables juristas en el pasado.

Bien había padecido el cadí el talante litigioso de los jerezanos en su propio tribunal. Ni las multas que imponía a los querellantes temerarios, ni las admoniciones que dirigía a los procuradores más litigantes servían para nada.

—En el camino de la vida de un juez resulta imprescindible la paciencia ante las adversidades. El cadí necesita dar a cada cosa su valor y a los reveses, su lugar —Hamet siempre recalcaba este punto. Cuando lo hacía, los alumnos ya esperaban como inevitable la anécdota que el maestro les había repetido cien veces, la del cadí Abd Allah ibn Sawwar, quien se creía imperturbable hasta que una mosca contumaz le hizo perder los estribos y le puso en ridículo delante de todos sus discípulos. Con evidente contento, Hamet relataba el cuento cada vez de una forma diferente, añadiendo o quitando algunas partes, matizando otras—: El magistrado se dio cuenta de que todos los asistentes habían reparado en lo ocurrido. Cuando vio que se miraban entre sí, dijo: «Atestiguo que la mosca es más molesta que el hipócrita y más vanidosa que el cuervo. ¡Qué Dios me perdone! ¡Cuántos hombres se sienten orgullosos de sí mismos! Pero Dios les muestra las debilidades que ignoraban. Yo sé, desde este momento,

que no soy nada, ya que la más débil de las criaturas de Dios me ha vencido y confundido. En verdad el ser humano es débil y limitado. Dios es el que domina a sus siervos. Él es el Único, el Solo, el Invicto».

Llegados a este punto, Hamet mudaba el semblante y se ponía muy rígido y serio.

—Los cadíes actuamos como delegados de la suprema autoridad, del emir o del califa, el representante de Dios en la tierra. Allah es el Legislador Supremo del que emana toda norma; si Él quiere, nos da esos dones. Y solo de Él emana nuestra capacidad y nuestra legitimidad para dirimir disputas, para aplicar las penas, para hacer valer los derechos de los incapaces, de los indigentes y de los huérfanos, para administrar las fundaciones de carácter piadoso, para luchar contra los disturbios y, sobre todo, para hacer que la ley se aplique igual a los débiles y a los fuertes, a los grandes y a los pequeños. Él nos mandó comportarnos rectamente y nos prohibió la injusticia, porque esta conduce a la destrucción de la civilización; nos mandó ser leales y nos prohibió la traición. El tribunal de la *sharia* es ayuda para el oprimido y refugio del ofendido. La justicia es un gran beneficio, una balanza colocada en medio del género humano y Dios nos ha designado como responsables de su manejo. Porque los hombres, por su propia naturaleza humana y en cualquier tipo de sociedad, necesitan quien los sofrene y quien dirima las contiendas de unos con otros. Por eso la búsqueda de la verdad en un tribunal es tarea honrosa, que Dios premiará con magnífica recompensa y con preciada memoria, ya que el Profeta dijo: «Los ulemas son los herederos de los profetas». Así lo creo yo y así me lo enseñaron mis mayores y mis maestros: pero Dios es más sabio y vosotros no habéis recibido sino poca ciencia. Yo haré lo posible por aumentarla y, si Él quiere, os convertiré en jueces, en buenos jueces. ¡Qué excelente será aquel, de entre los que ejercen esta noble profesión, que posea estas cualidades! Haga Dios que gocéis del ilustre oficio para el que os ha elegido, y no os prive de la gloria que con ello os ha concedido. De entre todos los que ejercen cargos, ninguno necesita más la sociedad que posea rasgos meritorios y características encomiables que el que asuma la responsabilidad de juez. La aplicación del derecho en los procesos judiciales y en la actividad común genera bienestar en las condiciones de vida de la gente: se mantiene la seguridad de los caminos, el tratado injustamente halla ecuanimidad, la gente se ve satisfecha en sus derechos, la vida mejora, el valor de la obediencia es reconocido, Dios provee el bienestar y la paz, la religión se impone, y la *Sunna* y la ley religiosa discurren por sus cauces cuando se ejerce la justicia en los tribunales de la *sharia*.

Con todo, raras veces sus alumnos le sorprendían con alguna pregunta interesante, que pusiera a prueba sus conocimientos. A

menudo se preguntaba por el motivo del bajo nivel intelectual de los jóvenes que acudían a él para formarse. Hamet no era ajeno al hecho de que, por lo general, sus alumnos buscaban alcanzar por medio de sus estudios una forma de ganarse la vida con poco esfuerzo físico, e incluso una forma de enriquecerse rápidamente por cauces poco arriesgados, en comparación con los negocios o la milicia. En su opinión, les faltaba amor al derecho y a la justicia. Y temor de Dios. ¡Qué diferente era él mismo a su edad! Su abuelo Ali le transmitió desde que tuvo uso de razón ese amor, y lo hizo por medio de cuentos, anécdotas y ejemplos, grabados a fuego en su memoria. Aún le parecía estar oyendo su voz, en las largas noches de invierno, a la luz de la hoguera, mientras le relataba la vida y los hechos de los grandes juristas de todos los tiempos: de Abu Yusuf, que redactó un todavía no superado tratado sobre la ley fiscal y penal, por orden del califa Harun al-Rashid; de Abu Hanifa, fundador de la escuela de Kufa, o de Muhammad ibn Idris ash-Shafi, fundador de la jurisprudencia musulmana y responsable de la elevación del derecho islámico al nivel de una ciencia. Aunque su preferido era, como no cesaba de repetir, Malik ibn Anas, el jurisconsulto de Medina fundador de la escuela Malikí, la segunda en antigüedad después de la de Abu Hanifa, autor del primer compendio escrito de derecho islámico, el *Kitab al-Muwatta*, la obra que todavía se utilizaba como medio fundamental de enseñanza en las madrazas. Gustaba también del alumno predilecto de este, ibn al-Qasim, que fue quien colocó los verdaderos fundamentos sistemáticos de la ley malikí. Hamet seguía los principios y las prácticas jurídicas de su imán favorito pero utilizando su propio método, para facilitar a sus alumnos la comprensión de cada tema, conforme a las glosas de los jurisperitos y a las explicaciones de los doctores en derecho. Seguía con ello una tradición muy arraigada en Al Ándalus, donde el malikismo podía considerarse la doctrina oficial desde que la trajera de Medina un discípulo del propio fundador, Ziyad Shabatun, a finales del segundo siglo de la Hégira.

La veneración de su abuelo por la tradición islámica no le llevaba, sin embargo, a desdeñar el estudio y el conocimiento de los grandes juristas paganos de la Antigüedad, como habían hecho, y seguían haciendo, muchos otros juristas islámicos de todos los tiempos. De ahí su interés por que su nieto aprendiera griego y latín: para que pudiera degustar la prosa y la refinada lógica de maestros como Ulpiano, Papiniano, o el famoso Triboniano, quien se encargó, al mando de un equipo de dieciséis juristas, de redactar el todavía no superado *Digesto*, por orden del emperador Justiniano. Porque, como Ali ibn Quzman repetía con frecuencia: «Los problemas que el derecho quiere solucionar, hijo, han sido más o menos los mismos a lo largo de toda la historia: abuso de poder, envidias, codicia, rencores, egoísmo,

engaño, traición, manipulación… Las soluciones que los pueblos más avanzados han ideado para disciplinar la condición humana, de la mejor manera posible, deben servirnos de fuente de inspiración a quienes pretendemos que rija algo de justicia en este mundo de pecadores e impíos. Y sobre esto pocas aportaciones pueden compararse con las que lograron los rumíes de tiempos antiguos, en Roma primero, y después en Constantinopla».

La mayoría de esos hombres de leyes paganos, contaba su abuelo, habían vivido vidas atormentadas, habían sido perseguidos, denostados, torturados e incluso condenados a muerte por amor a la equidad. Sus vidas, por ello, constituían un espejo donde los creyentes podían mirarse, pues aun entre los paganos se encuentran gentes de buen natural e inteligencia despierta. Y así el abuelo del cadí iba desgranando anécdotas muy jugosas de unos y de otros. Y también de famosos cadíes del islam: «Tawba ibn Namir, un juez de Egipto, tenía fama de trabajador incansable, tan dedicado a su tarea de impartir justicia durante largas horas, del amanecer al ocaso, que cuando regresaba a su casa para disfrutar de sus escasos momentos de ocio, le tenía prohibido a su esposa, so pena de divorcio, hablar de asuntos judiciales. Y yo estoy completamente de acuerdo con él, hijo, porque el ocio es sagrado y debe emplearse para enriquecer el espíritu con el estudio de otras ciencias y para recrearnos con la degustación de las artes superiores, como la música o la poesía. ¡Pobre hombre aquel que a lo largo de toda su vida no se dedica más que a cultivar su parcelita de conocimiento! Cuando Dios le pregunte el día último en qué ha empleado su tiempo y qué es lo que sabe, solo podrá contestar: medicina, derecho, arquitectura… y Dios se apenará por la pobreza de su espíritu, pues quien sabe solo eso, nada sabe. Un gran jurista, Licurgo, legislador de la antigua Esparta, fue venerado durante siglos por el gran regalo que había hecho a los espartanos: tiempo. Pues gracias a su constitución política, que rigió en Esparta más de mil años, los esclavos se encargaban de las faenas del campo y de los menesteres profesionales, mientras los ciudadanos podían dedicar todo su tiempo al cultivo de las artes, al fortalecimiento de su cuerpo y al entrenamiento militar».

Sí, la lección impartida por Hamet ibn Quzman en la fiesta del Mawlid se hizo famosa por lo atinado de sus reflexiones. Fue copiada cientos, miles de veces, y circuló durante años por las madrazas de todo el islam.

43. Túnez. Marzo de 1278

En las templadas mañanas del invierno tunecino, Hamet solía salir de

paseo con sus nietos mayores, Ismail y Muhammad, como hacía él mismo con su abuelo Ali por las riberas del Guadalete, en tiempos que siente tan cercanos que le parece increíble que hoy sea él el abuelo en lugar del nieto. A lo largo de esos paseos jerezanos se forjó la personalidad de Hamet, su manera de estar en el mundo. Por eso ahora quisiera él contribuir de la misma manera a formar a estos chiquillos que se asomaban a la vida, a ayudarles a sobrevivir en este valle de lágrimas, a darles armas para la lucha cotidiana; a instruirles sobre las obligaciones que Dios impone a los creyentes, tanto deberes de decir como de hacer, antes de que lleguen a la pubertad, para que cuando la alcancen se hayan apoderado de sus corazones, y en ellas reposen y se complazcan sus espíritus, convirtiéndose en el modo normal de actuar de los diferentes miembros de sus cuerpos. Pero se siente débil e inseguro: Ali, su abuelo, parecía saberlo todo, no tener dudas, navegar en un mar de certezas. Él, sin embargo, se da cuenta de que nada sabe: ha dedicado su vida al estudio y al cabo no ha aprendido nada. A veces, a lo largo de su existencia ha tenido la sensación de que ni siquiera sabía realmente lo que quería… ¿Puede transmitirles a sus nietos las dudas, la desesperanza…? ¿Debe decirles la verdad, abrir su corazón?… No, concluye, no puede hacer eso. Al niño hay que transmitirle seguridad y amparo, referentes claros, certezas. Llega a la conclusión de que debe fingir, engañarlos por su bien, y entonces le surge la duda de si acaso no fingiría también su abuelo, con la misma piadosa intención.

Sumido en sus cavilaciones, sigue paseando en silencio, con sus nietos. Cada vez se acuerda más de su abuelo Ali: hombre devoto y respetado, conocido en todo Al Ándalus y el Magreb por su ciencia y su piedad, que sin embargo jamás se había alejado de Sherish más de cinco leguas. ¡Qué diferente ha sido su vida! Él hubiera deseado no haber puesto nunca un pie fuera de Sherish, pero Dios no lo quiso así. Su abuelo fue protegido por sus familiares, por sus gobernantes, por su comunidad: vivió seguro y feliz una larga existencia. Él ha estado casi siempre solo como un lobo extraviado, y como una fiera ha debido luchar y defenderse, a veces atacando, a veces huyendo. Su abuelo le decía que un Banu Quzman no se arrodilla sino ante el Invencible, y que de nada sirve la riqueza si, para ganarla, uno ha tenido que agachar la cabeza… A él no le ha quedado más remedio que humillarse para sobrevivir y salvar a los suyos… ¿Qué habría hecho su abuelo? ¿Cómo habría sido su orgullo en las mismas circunstancias?…

Sus nietos se alejaron para espantar unas gaviotas. ¡Qué niños más guapos! Y tan iguales como una mosca a otra. Una bendición del Todopoderoso. Se siente inundado por una marea de dicha, sus ojos se cubren de lágrimas y da gracias al Altísimo por haberle permitido vivir este día. Al cabo, está vivo, su familia prospera en Túnez y las

únicas deudas las tiene con Dios. Porque, si algo ha aprendido en su ya larga vida, es que todos somos eternamente iguales ante el dolor y que sufren por igual príncipes y pordioseros. Aunque, gracias a Él, los hombres sanos abundan más que los enfermos y las alegrías más que las penas. Sintió el impulso de llamar a sus nietos a su lado para decirles:

—Hijos, por nada del mundo os rebeléis ante Dios… A veces el todopoderoso nos prueba, nos fustiga, nos castiga… pero todo ello no es más que para comprobar la firmeza de nuestra fe… Él es todo bondad, no quiere que suframos… Dios es el más misericordioso de los misericordiosos y el mejor de los creadores. No lo dudéis ni un momento: en cuanto aparezca, refrenad cualquier sentimiento de rebeldía interior ¡combatid contra vosotros mismos! Es preciso saber administrar bien los dones de Dios, porque con frecuencia, son un regalo envenenado si, por nuestra torpeza, no sabemos usarlos adecuadamente. Mi hermano Muhammad era un valiente y murió por eso. ¡Solo Allah es eterno! Y vuestra tía Yamila una belleza, y por eso sufrió y perdió la vida. Creedme hijos míos, cuando el Altísimo nos da muchos dones debemos andar con sumo cuidado; cuantos más tengamos, más temerosos debemos ser.

Trataba el cadí de concentrarse en la observación y la enseñanza de sus nietos, pero en cuanto estos se alejaban, volvía a sumergirse en las preocupaciones de la guerra de Al Ándalus, en las noticias que iban llegando a Túnez, escasas y fragmentarias, sobre la segunda expedición del sultán de Marruecos a Al Ándalus, empezada tan pronto como vencieron las treguas pactadas con Castilla en diciembre de 1275. Desde la que escribió en Zahara, no ha vuelto a tener nuevas directas de su hijo, así que otra vez debía recurrir a los mentideros del puerto para saber sobre el curso de la guerra.

Se contaba en Túnez que durante el periodo de tregua que siguió a su primera expedición a la Península, el sultán Abu Yusuf se dedicó a pacificar el Magreb al-Aqsà, sofocando las diversas sublevaciones que se iban sucediendo, apenas apuntaban. A comienzos de 1277 pudo dar por concluida la tarea, siquiera de forma provisional, pues nunca cabe dar por muerta la actitud levantisca de las cabilas bereberes y árabes. Se retiró a Rabat, a esperar a la primavera, y allí incubó los nuevos planes para el yihad. Porque el señor de Marruecos sabía que la riqueza y la gloría se encontraban al otro lado del Estrecho.

Recaderos portadores del llamamiento al yihad salieron en todas las direcciones antes de que finalizara ese invierno. En Alcazarseguir se iniciaron los preparativos de la flota y el acopio de pertrechos y alimentos. Finalmente, en junio de 1277, el grueso de las tropas benimerines partió hacia el Estrecho. La última noticia cierta que se supo en Túnez fue que a finales de ese mismo mes comenzó el trasvase

de tropas a la Península y a comienzos de julio, se había completado el desembarco del ejército benimerín en Tarifa.

Siguiendo la ruta que ya se había convertido en habitual, Abu Yusuf se dirigió inmediatamente a Algeciras, donde concedió un descanso de tres días a las tropas, mientras él mismo con sus principales y una fuerte escolta se dirigió sin pausa a Ronda, para entrevistarse con los Banu Askilula, Abu Muhammad y Abu Ishaq.

Después de largas discusiones entre visires, arráeces y adalides de las distintas facciones del ejército del islam, Abu Yusuf fijó el primer objetivo de la campaña: Sevilla. Cara al corazón de los bereberes es la ciudad que un día fue la capital de sus dominios andalusíes. Pero el sultán, siempre previsor, no se deja arrastrar por consideraciones emotivas: sabe bien que en esa villa se ubica el centro de decisiones militares castellanas. Desde allí gobierna el hijo del rey cristiano. Pero, sobre todo, en la metrópoli del Guadalquivir tiene su base la flota que bloquea el Estrecho. Y destruir el poder naval de los cristianos es su preocupación principal.

Con las instrucciones impartidas y las amenazas, más o menos veladas, adecuadamente distribuidas, Abu Yusuf retornó a Algeciras para ponerse al frente de sus tropas.

Por medio del señor de Túnez tuvo Hamet noticia cierta de las primeras evoluciones del ejército benimerín, aunque no pudo confirmar que su hijo Ali formara parte esta vez de sus filas.

El ejército de la fe tomó esta vez la ruta más corta: directamente hacia el norte desde Algeciras, siguiendo el cauce del río Hozgarganta. Tras pasar con dificultad el naciente Guadalete, que a pesar de su corta vida cruza esas sierras ya como un cauce poderoso, los muyahidines encararon el primer obstáculo: el imponente castillo de Cote, recientemente reconstruido por los cristianos.

Después de acampar en las riberas del río, al romper el alba los benimerines lanzaron un asalto total y, antes de que el sol se pusiera, las banderas del islam ondeaban de sus almenas. Gran hecho de armas y de gran valor estratégico, pues desde esta villa y su alcazaba podía controlarse una enorme superficie de valle bajo del Guadalquivir.

Tras dejar en Cote una fuerte guarnición, las tropas descendieron el valle del Guadaira, camino del Guadalquivir, y cruzaron al sur de la misma Sevilla, para subir al Aljarafe y empezar una campaña de devastación sistemática. Durante días, diversas partidas de musulmanes recorrieron la campiña en todas direcciones, hasta que ya no quedó nada por robar o destruir. Entonces el sultán dio orden de regresar a las orillas del Guadalquivir, y levantó su campamento en Alcalá del Río, con la intención de preparar el sitio de Sevilla.

Apenas habían avanzado los preparativos, cuando se supo en el campamento que un ejército cristiano bajaba por el Guadalquivir para

defender Sevilla. Mucho dudó el señor de Marruecos, según contaban los espías de Túnez, si plantarles cara en el llano o evitar el enfrentamiento directo. Una vez enviados los merodeadores para tasar las exactas fuerzas enemigas, ordenó levantar el campamento y dirigirse a Itálica, para seguir devastando desde allí los alrededores de Gerena, mientras llegaban los informes solicitados.

Cuando por fin el sultán supo que las fuerzas cristianas se habían dividido, no lo dudó: dirigió el grueso de su ejército contra los castellanos y les acometió en Cantillana, causándoles gran destrozo, aunque buena parte de las tropas consiguieron huir con vida, dejando tras de sí pertrechos e impedimenta. Satisfecho con el resultado, el príncipe de ambos lados del Estrecho ordenó saquear la medina, así como la plaza próxima de Guillena, y regresó con sus tropas a poner cerco otra vez a Sevilla, un objetivo que se había convertido en obsesión personal.

Durante semanas, la antigua capital almohade sufrió un ataque tras otro, pero resultó en vano. Los cristianos resistieron. Después de talar hasta el último árbol del valle bajo del Guadalquivir, y de quemar todas las mieses, las tropas de Abu Yusuf regresaron a Algeciras, a repartir el botín, a donde llegaron el 29 de agosto de 1277.

A partir de aquí, nada cierto se sabía. Se tenía por seguro que se seguía combatiendo duramente en Al Ándalus, pero los detalles de fechas y lugares resultaban imprecisos y las noticias de fabulosas victorias con miles de cabezas de cristianos apiladas hasta alturas antes nunca vistas o de la conquista de Toledo, parecían claramente invenciones de mentes ociosas. En vano acudía cada día Hamet a la cancillería de Túnez, y al puerto, a preguntar a unos y a otros. Nada, solo rumores. Como ocurrió en la primera expedición de los benimerines a la Península, las comunicaciones quedaron casi completamente interrumpidas con el este.

Cuando ya el cadí empezaba a desesperar por la falta de informaciones ciertas, por fin una mañana en que recorría los muelles preguntando a unos y a otros, recibió un pergamino de su hijo.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios A nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Querido padre, al que Dios ayude con su previsión. Te escribo desde Algeciras, entristecido por la nostalgia de la separación y con la esperanza de que el capitán de la nave a quien confío esta carta sepa hacértela llegar, con el auxilio de Dios a quien pido la bienaventuranza, pues no hay fuerza ni potestad sino en Dios altísimo y omnipotente.

Recibe con este pergamino mis deseos de salud y felicidad, para ti y para toda la familia, a la que tanto añoro. Recibí tu carta y hallé en ella el mejor consuelo para las penas de la separación y unos consejos que atesoro y releo cada día. No sufras por mi alma: actúo como place a Dios, o al menos eso intento siempre, y de acuerdo con su Ley, sin causar escarnio innecesario a los enemigos. ¡Cuánto

tiempo hace ya que salí de Túnez! Se me hace cada vez más dura esta lejanía. Ruego a Dios que pronto podamos reunirnos.

Aunque aún estamos en pleno invierno, nada nos frena y en unos pocos días los muyahidines empezaremos a correr de nuevo la tierra del rey Alfons, sintiendo sobre nosotros el soplo de Dios. Una vez más, la línea de costa africana que apunta a Al Ándalus se ha poblado de fuegos de campamento donde se afilan las armas y se ultiman los preparativos de las tropas que están a punto de cruzar el Estrecho.

El rey de los gallegos, siempre apremiado por sus nobles desleales y por sus enemigos cristianos, está débil, aislado, refugiado en el norte de la Península, cagado de miedo. Como tú me has dicho frecuentemente, el dinero es el nervio de la guerra, y el rey no lo tiene. Sin embargo, nuestro príncipe es astuto y no se confía; sabe bien que en la guerra nunca se debe tener confianza en la victoria aun cuando se cuente con los elementos que la otorgan: el mejor equipo y el mayor número de efectivos. La victoria y el triunfo son deleites escurridizos. Por eso, ayudados por los conocedores de esta tierra, preparamos cuidadosamente contra los cristianos mil celadas y los politeístas caen en ellas una y otra vez. No paramos ni en verano ni en invierno, pues nuestro descanso es pelear. Entramos profundamente en tierra cristiana, seis, siete y hasta más veces seguidas, casi sin descansar, y lo arrasamos todo, no dejamos sembrar ni recoger. Destruimos las cruces, sojuzgando a sus reyes y alcázares. Dios sembró el miedo en el corazón de los cristianos y no se atreven a hacernos frente. En cuanto nos ven llegar, todos huyen, dejando a sus mujeres y ganados desatendidos para que nos apoderemos de ellos. Bajo la bandera victoriosa del sultán, glorificamos al islam, socorremos a los creyentes y humillamos a los idólatras. Porque Allah nos da el éxito a los musulmanes sobre el enemigo una y otra vez.

Sin embargo, seguimos sin poder conquistar una gran ciudad. Varias veces hemos cercado Sevilla, la presa que todos deseamos, pero sin éxito. Nuestro ejército carece de la maquinaria y los conocimientos necesarios para romper muros tan sólidos, pese a que lo hemos intentado una y otra vez, aunque, en realidad, con poca convicción. Nada podemos contra los castillos que construyen los cristianos con la ayuda de satanás. Nos ocurre algo semejante a lo que le sucedió a al-Mamun cuando quiso demoler las pirámides que hay en Egipto. Recuerdo que nos contaba el abuelo Ismail que al-Mamun reunió obreros para la demolición, pero no logró gran cosa; empezaron por abrir un boquete y llegaron hasta una cámara que estaba entre la parte exterior y otra pared. Y este fue el final de la demolición. Nos narraba el abuelo que ese agujero es visible aún hoy. Cómo deseaba entonces partir de inmediato en peregrinación a La Meca y, de camino, ver ese boquete.

Una vez más, padre, has tenido razón: los nómadas benimerines, a causa de su naturaleza salvaje, son gentes dadas al pillaje y a la destrucción; se apoderan de lo que pueden, tratando de evitar el peligro y el combate, y se retiran luego a disfrutar del botín. La mayoría de las veces no entramos en combates campales, sino en defensa propia, y todo lo que sea un lugar fortificado o dificultoso lo dejamos de lado.

En uno de esos asaltos a Sevilla, quiso la fatalidad que el arráez Abu Muhhamad Abd Allah ibn Askilula recibiera una mala lanzada en el costado que, aunque no le dañó ninguna de las vísceras mayores, dejó una fea herida que se infectó, causándole fiebres muy altas y delirios. Llegó a Algeciras en estado grave pero consciente, portado en una litera, y murió poco después, en medio de grandes dolores.

Grandes exequias se celebraron en honor del famoso arráez, terror de los Banu al-Ahmar y enemigo de nuestra familia, lo sé. Pero sin duda un gran guerrero.

Difícil tarea sustituir a tan gran capitán. Muchos pensamos que el sultán daría por finalizada la campaña en ese momento. Sin embargo, como todavía estábamos a finales de verano y se supo en Algeciras que el rey Alfons se encontraba en Burgos, muy al norte, ocupado en querellas internas, el sultán no quiso dejar escapar tan buena oportunidad de causar daño a los enemigos de la fe. Así que de nuevo se dio la orden de marcha al ejército de la fe en septiembre, poniendo rumbo a Jerez, para someterla a un cerco impenetrable. Quizás Sevilla fuera inexpugnable, pero Jerez no podría resistir las acometidas. Eso pensábamos los muyahidines, y marchábamos contentos, sobre todo yo, que por fin iba a poder pisar las calles de nuestra querida ciudad. Sin embargo, una tras otra, las oleadas de creyentes se estrellaron contra los muros de Sherish, que resistió.

El sultán, ciego de furia, no quería ceder, pero tampoco podía pasar todo el final de la temporada empeñado en la conquista de una sola ciudad, por importante que fuera. Así que puso a su hijo Abu Yaqub al mando de tres mil caballeros con la consigna de devastar todas las plazas y castillos del valle del Guadalete. Yo marché con ellos, y aquí la suerte se nos mostró menos esquiva: Rota y Sanlúcar cayeron tras breves intentos de resistencia. También al-Qanatir, la obra predilecta del rey Alfonso: sus murallas quedaron desmanteladas hasta los cimientos. Con el botín y los esclavos, regresamos a Jerez, donde el sultán seguía dirigiendo el cerco sin poder rendir la plaza.

Finalmente, al señor de Marruecos no le quedó más remedio que resignarse, y ordenó levantar el sitio para regresar a Algeciras, con la intención de embarcarse inmediatamente rumbo al Magreb. Pero allí nos esperaba el arráez de Málaga con noticias de que el poderoso ejército cristiano que llevaba meses acantonado en Jaén había cruzado los puertos rumbo al norte, sin duda llamado por el rey Alfons para participar en alguna de sus guerras con los nobles de Castilla, por lo que el valle alto del Guadalquivir, zona que aún no habíamos atacado y que, por tanto, rebosaba de botín, estaba desprotegido. No podíamos desperdiciar esa oportunidad tan clara para incrementar nuestra riqueza, así que en todo campamento se levantó un clamor pidiendo al sultán que atacáramos.

No sé si fue porque el sultán no quiso causar descontento en unas tropas que tan bravamente habían luchado por él, o porque también vio clara una nueva ocasión de incrementar el botín con poco riesgo, pero al final Abu Yusuf ordenó un tardío ataque, ya en plena estación de la vendimia. Salimos de Algeciras, guiados por los Banu Askilula, el 30 de octubre de 1277 y nos dirigimos directamente a Córdoba por la ruta más corta. Una vez en el gran río, comenzamos a remontar su curso y atacamos sucesivamente las plazas de Baeza, Úbeda, Jaén, Porcuna y Martos, causando graves daños, aunque no pudimos conquistar ninguna de estas villas. Después pusimos cerco a Arjona y a Andújar, pero también resistieron los envites. ¡Dios no parece querer que los creyentes conquistemos todavía una gran ciudad andalusí! Cada vez que tratamos de tomar una alcazaba al asalto, las pérdidas de muyahidines se multiplican sin que se alcance ninguna ganancia material. Por el contrario, cuando cabalgamos los campos, saqueando aldeas y villorrios, sufrimos pocas bajas y logramos mucho botín.

En el camino de regreso a Algeciras, intentamos tres asaltos contra Córdoba, pero ya sin gran convicción: las recientes campañas habían puesto claramente de manifiesto que nuestras tropas nada pueden contra los sólidos muros que fabrican los castellanos, ni contra la puntería de sus ballesteros.

Sigo sin noticias de Alima. Cuando me encontraba en las proximidades de Iznájar solicité a mis superiores permiso para acercarme, pero me lo denegaron. La villa pertenece al sultán de Granada, y no resulta fácil, ni seguro, que un combatiente de la fe aparezca por allí. Además, mis jefes me amonestaron por

proponer empresas particulares y me dejaron claro que el ejército no puede prescindir de mí.

Justo después, se recibió una petición de tregua por parte del rey de Castilla. La portaban sacerdotes y religiosos, a los que escoltamos hasta Algeciras. Allí los recibieron el sultán y los Banu Askilula, como es propio de soberanos guardadores de las treguas y de la palabra de seguro dada. Pero pronto se supo en el campamento que el sultán había rechazado la propuesta de tregua. Lo que resultaba lógico, pues todos sabemos que Castilla se encuentra muy débil y que Andalucía está a merced de nuestras cabalgadas, porque ya apenas quedan tropas al sur del Muradal. No dudo, padre, que en cuanto aprendamos la manera de rendir las plazas amuralladas, comenzarán de verdad nuestras conquistas y el camino de la salvación de Al Ándalus. Por eso, el alborozo se extendió por la ciudad cuando supimos las noticias del rechazo de las paces: todos los muyahidines queremos seguir guerreando hasta conquistar, al menos, Sherish y Sevilla.

Sin embargo, antes de que la embajada castellana iniciase su camino de regreso, el señor de Marruecos fue presa de fuertes dolores abdominales. Pensando que quizás ello fuera una señal del Altísimo, ordenó a los cristianos que esperaran a su recuperación.

Y así seguimos, en Algeciras, esperando a que Abu Yusuf se recupere, mas no por ello dejamos las cabalgadas. No sé si continuaremos la guerra pronto a mayor escala. Dependerá de la salud del sultán. Ruego a Dios por su recuperación. Dios dice la verdad y conduce por el Camino.

Termino ya padre, dándote una vez más las gracias por tu ejemplo y tus consejos. Pienso en ti cada día y trato de comportarme de manera que estés orgulloso de tu hijo, que reza por ti cada día.

Que Dios vele por todos vosotros y os muestre el camino recto.

Escrito con su propia mano por Ali ibn Hamet en Algeciras, el 30 de enero de 1278.

Muy reconfortado por saber que su hijo continuaba sano y salvo, se dirigió Hamet a la cancillería de la ciudad, para hacer partícipe a su señor de las noticias de la guerra que le trasladaba Ali. Sin embargo, ese mismo día el señor de Túnez había recibido misivas del sultán nazarí en las que se le informaba de todos los extremos relatados por Ali, y, además, se completaba la información de este.

Supo así Hamet que Abu Yusuf pasó enfermo setenta días, a veces al borde de la muerte. Cuando se recuperó, mandó que trajeran a los cristianos a su presencia y aceptó las treguas propuestas, que quedaron suscritas el 24 de febrero de 1278.

Durante la enfermedad de Abu Yusuf, el sultán de Granada aprovechó para poner sitio a la ciudad de Málaga, en manos de los Banu Askilula, por lo que de nuevo cundía la discordia en las filas del islam. El arráez Muhammad ibn Askilula había sido tomado por sorpresa, pues buena parte de sus huestes se concentraban con el sultán en Algeciras, y la medina se encontraba mal defendida. Así que adoptó una solución desesperada: antes que ver la ciudad en manos de su mortal enemigo, prefería donársela a los benimerines. Sin duda el arráez pensaba en recuperarla más tarde. Abu Yusuf aceptó gustoso el

presente: sabía que el granadino no osaría enfrentarse directamente con él. Envió a Abu Zayyan Mindil para tomar posesión de la plaza en su nombre, y poco después, él mismo acudió a visitarla. Quedó impresionado por la belleza de la villa, por sus imponentes murallas y su puerto. Tanto le gustó que permaneció allí dos meses y medio, hasta que finalmente no le quedó más remedio que organizar su regreso a África. Demasiado tiempo llevaba fuera, más de seis meses, y las cabilas, ambiciosas como siempre, empezaban a inquietarse.

Dejó en Málaga como gobernador a Umar ibn Yahyá ibn Mahalli, dotándole con un destacamento de mil caballeros de los mejores, al mando del afamado Zayyan ibn Abi Ayyad y se embarcó rumbo a África.

Estas noticias causaron el alivio de Hamet. Con el sultán en África, la guerra se aplazaría, quién sabía por cuanto tiempo. Dios quisiera que fuera por mucho.

44. Algeciras. Diciembre de 1279

Los deseos de paz prolongada de Hamet se vieron prontamente frustrados. El rey Alfonso, desanimado por el fracaso de su aventura imperial, tomó por fin el mando directo de la situación, siguiendo la misma estrategia de su hijo Sancho. Poco después de que el sultán regresara a África, ordenó a la flota castellana el bloqueo naval del Estrecho, que se inició a primeros de agosto de 1278.

Las medidas del rey sorprendieron en la cancillería de Túnez, donde se esperaba que los castellanos aprovecharan las treguas para recomponer sus filas, muy mermadas. Sin embargo, el califa de Túnez tenía su propia interpretación de los hechos y la compartió con Hamet:

—Tú no lo puedes comprender, porque no eres político, Hamet de los Banu Quzman. Pero yo llevo muchos años tratando de conservar el poder, eludiendo traiciones, ataques… Para que un príncipe conserve sus estados, y su cabeza, la virtud más preciosa es el sentido de la oportunidad. Ni el poder de los ejércitos ni los ríos de oro: saber aprovechar el momento preciso para morder el cuello de tus enemigos. Alfonso está clavado de hinojos, sí, casi vencido, sí, pero aún puede morder. Las fieras heridas son las más peligrosas. Y ha visto su oportunidad: las desavenencias entre los musulmanes le animan a tomar una disposición arriesgada, pero correcta. Yo hubiera hecho lo mismo. El sultán de Granada ha roto sus relaciones con el de Marruecos, tras la toma de Málaga. Parece evidente que el nazarí no piensa conformarse, y más pronto que tarde urdirá la manera de recuperar lo que considera suyo. —El hafsida se acercó levemente

hacia Hamet y le habló en voz más baja, con una sonrisa de pícaro y una expresión entre divertida y escandalizada—. Y, para lograrlo, no me extrañaría que se aliara con los cristianos. No sería la primera vez que lo hace. Todo, antes que ceder un ápice ante la presión de los Banu Askilula. El odio entre esas dos familias no tiene remedio y solo finalizará cuando una extermine a la otra.

Poco tiempo después de esta conversación las nuevas frescas pusieron de manifiesto lo acertado de la predicción de Abu Zakariya. Los espías que el señor de Túnez mantenía en la Alhambra informaron que el sultán de Granada había suscrito una alianza con Alfonso en virtud de la cual ambos soberanos se conjuraban para expulsar definitivamente a los benimerines de la Península y para impedir su regreso. Al mismo tiempo, la diplomacia nazarí maniobraba para lograr que el sultán de Tremecén, Yugmurasan ibn Zayyan se sumara a la alianza, comprometiéndose a atacar de inmediato a los benimerines por el este. Muhammad II, buen conocer de la historia de su tierra, se vio abocado al mismo inexorable destino de al-Mutamid frente a los almorávides. ¿Tanto esfuerzo, suyo y de su padre, para que al final las tierras de Al Ándalus quedaran en poder de los criadores de camellos? No podía consentirlo.

Con el alma en un puño, sufriendo por la suerte de su hijo, regresó ese día Hamet a su casa, envejecido y desolado. No sabía si Ali estaba en Algeciras o en África, con el sultán. En cualquiera de los dos casos, su vida peligraba. El cadí rogaba a Dios con todas sus fuerzas que iluminara el corazón de su hijo para hacerle regresar con los suyos.

Con Algeciras bloqueada, durante aquella estación pararon las acometidas africanas contra la Península. Todo el invierno, los buques de Castilla patrullaron sin descanso las aguas del Estrecho, haciendo imposible el regreso de las tropas benimerines. La activa diplomacia del rey Alfonso comenzaba a dar sus frutos, y poco a poco, nuevos efectivos completaron su flota, que por fin quedó completamente preparada para iniciar una maniobra aún más arriesgada e inesperada.

Confiado en que pronto estallaría una guerra abierta entre los musulmanes del Magreb y en que el sultán benimerín tendría que combatir en dos frentes a la vez, en febrero de 1279 comenzó la segunda fase de la operación diseñada por el rey, y un poderoso ejército castellano cercó la ciudad de Algeciras también por tierra. Los cristianos ocuparon la Isla Verde y el ejército acampó en su ensenada. Por las noches sus miles de fuegos se podían contemplar desde los muros de Algeciras, donde Ali ibn Hamet se encontraba sitiado, junto con su destacamento de la caballería andalusí.

Se sucedieron meses de angustia en casa de los Banu Quzman, sin noticias de ningún tipo sobre la evolución del cerco de Algeciras y la guerra del Estrecho. Sí se supo que, en una hábil maniobra

diplomática, en el mismo momento en que comenzó el sitio terrestre de Algeciras, el sultán accedió a devolver Málaga a los nazaríes, a cambio de las plazas de Salobreña y Almuñécar, además de una entrega en efectivo de 50 000 dinares. Una vez más la diplomacia nazarí se mostraba eficaz y conseguía sus objetivos sin detenerse ante las más pérfidas felonías: Alfonso y Yagmurasan habían sido burlados por los Banu al-Ahmar, otra vez.

Cuando en Túnez se conoció el acuerdo, en todos los mentideros se consideró que el levantamiento del sitio de Algeciras era solo cuestión de tiempo, porque tan pronto como el sultán benimerín recibió confirmación de que el pacto entre Castilla y Granada había quebrado, partió desde Marraquesh hacia el norte, en febrero de 1279, con la intención de cruzar el Estrecho una vez más. Sin embargo, Dios parecía enojado con los Banu Marin, porque antes de que el ejército del sultán llegara a Alcazarseguir, Abu Yusuf recibió la noticia de que había estallado una rebelión inesperada en Nafís: la de los árabes de Sufyan al mando de Masud ibn Kanun, y tuvo que ordenar el inmediato regreso del grueso de sus tropas hacia el sur.

A partir de ahí, nada más se supo, hasta que llegó a Túnez la noticia del levantamiento del cerco de Algeciras y, junto con ella, nueva carta de Ali. El cadí la recibió cuando estaba en su casa, enfrascado en la degustación de la magna obra de Ibn Makki, un siciliano que emigró a Ifriqiya cuando la conquistaron los francos y de su antecesor en el cargo de cadí mayor de Túnez, el célebre *Tatqif al-Lisan* (*Educación de la Lengua*), un tratado del que había tenido referencias desde niño, pero al que solo pudo acceder cuando llegó al Magreb. Dejando apresuradamente el luminoso mundo de las rimas y las desinencias, se volcó de lleno en la lectura de los pasos de su hijo.

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. ¡Alabanza a Allah por sus favores, gracias a Él por sus dones!

Querido padre, ¡qué Allah te honre! ¡Qué Allah te dé su protección! Te escribo desde Algeciras —que Dios la salve de la sumisión—, inmediatamente después del levantamiento del cerco a que ha estado sometida en los últimos meses y sobre el que supongo que ya estarás informado. Me encuentro bien, aunque algo desnutrido, debido a la escasez que hemos padecido. Pero con las tropas del sultán han cruzado el Estrecho las vituallas que necesitamos y hoy por fin podemos comer abundante pan, salazones y uvas pasas.

Recibí tu carta. ¡Qué sea honrado quien la trajo! Las noticias que me mandas han suscitado en mí gran alegría y emoción; sus bendiciones —que Dios te premie — hicieron brillar sus luces y encendieron en mí la sonrisa de los días felices.

El Todopoderoso sigue concediéndonos sus favores, pese a que los cristianos nos han presionado mucho y han estado a punto de lograr su objetivo, Allah ha sido clemente y ha desencadenado los elementos contra las fuerzas de los enemigos de la fe. Los gallegos se creen muy listos, pero no saben nada. En su ignorancia, intentaron un prolongado bloqueo naval en lo más crudo del invierno, que en el Estrecho es muy inclemente. Y su arrogancia acabó pasando su factura:

los barcos se deterioraron por falta de mantenimiento y las tripulaciones, mal avitualladas, enfermaron de escorbuto. Además, nuestros espías nos informaron de que los sueldos y provisiones prometidos a los comedores de cerdo no llegaban, por lo que cundía el descontento en sus filas. También supimos que sus jefes andaban mal avenidos y descoordinados, sin saber las tropas de tierra lo que hacía la flota.

Por medio de palomas mensajeras llevamos esas nuevas al sultán, con el ruego de que no desaprovechara una oportunidad única para acabar definitivamente con la escuadra de los politeístas. Y el sultán nos concedió su gracia. Envió a Tánger a su hijo, Abu Yaqub, para preparar una gran flota que lograra desmantelar el bloqueo castellano. A mediados de junio de 1279, el emir Abu Yaqub llegó al Estrecho y de inmediato ordenó armar los navíos en Ceuta, Tánger, Badis, Salé y Anfa, y hasta en la lejana Susa: todos los buques que se encontraran disponibles debían ser requisados y puestos al servicio del yihad. También Muhammad II aparejó navíos en Almería y Málaga, y los puso a disposición de los benimerines.

En un tiempo sorprendentemente corto, con la ayuda de Dios, la escuadra del islam se encontraba lista para atacar, sin que los castellanos se lo esperaran. Desde los muros de la ciudad cercada, los creyentes pudimos contemplar un entretenimiento muy grato a la vista, el 21 de julio de 1279: el ataque de la escuadra del emir, tan grande que toda la bahía de Algeciras parecía blanca por las velas, y la completa destrucción de la flota cristiana. El mismo espectáculo que contemplaron con estupor las tropas de tierra de los gallegos, que conforme repararon en lo completo de su derrota, se ensuciaron encima y, presas del pánico, levantaron el cerco apresuradamente, dejando sobre el terreno armas y bagajes. El sitio se acabó y los muyahidines salimos de Algeciras, impulsados por una euforia incontenible, y pasamos a cuchillo a todos los cristianos que encontramos desperdigados por los alrededores, sin preguntarnos si eran aliados o enemigos, hasta que, tarde ya, los adalides logramos reinstaurar el orden. Como ves, padre, en ningún momento, ni aún en la embriaguez del triunfo, olvido sus sabios consejos.

Consumada la victoria, Abu Yaqub entró por fin en Algeciras a principios de agosto, en medio de aclamaciones de los creyentes, portando los prometidos socorros que acabaron con nuestra hambre. Inmediatamente, nos convocó en el alcázar a todos los adalides, para felicitarnos por nuestro arrojo y darnos las gracias en nombre de la fe y de su padre. Y allí mismo nos informó de las órdenes que traía del sultán: Abu Yusuf había comprendido que Algeciras, ciudad grata en su corazón y nervio principal de su imperio, resultaba muy vulnerable. Por eso, ha ordenado la construcción de una nueva ciudad, contigua a la vieja, en la zona donde había estado el campamento castellano.

Y en eso andamos ahora ocupadas sus tropas, en dirigir las obras y capturar más esclavos cristianos, que permitan, con la ayuda de Dios, tener los muros de la nueva villa listos antes de la próxima campaña. Continuamente pedimos a Allah que nos conserve su apoyo, que nos cubra con su misericordia y que haga fructificar nuestros esfuerzos. Y yo pido a Dios —excelso y poderoso— que te conceda su mejor ayuda, que te otorgue el éxito, que te conduzca por la buena senda y que te proteja, padre mío.

Así lo afirma tu hijo, que te venera, en Algeciras, el 30 de junio de 1279.

45. Túnez. Abril de 1280

Después de años de espera, cuando Hamet ya había casi perdido las esperanzas, se recibió por fin en Túnez carta de Alima. Se la entregó al cadí, en mano, el capitán de un buque genovés, quien afirmó que el remitente le había prometido una suculenta recompensa en el caso de que la carta llegara a su destinatario. Hamet se la pagó, aun sabiendo que tratándose de un genovés era más que probable que el mensajero ya hubiera cobrado por anticipado. Pero nada le importaba, salvo quedarse a solas de inmediato para leer la carta.

En la penumbra de la mezquita, sentado en sus cojines predilectos, el cadí rompió los sellos del pergamino y comenzó la lectura, sin siquiera avisar a su esposa de la nueva, por si su contenido reclamara una prudente administración, antes de compartirse.

En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. Que Dios bendiga a nuestro Señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y les dé la salvación.

Dijo Alima bint Hamet Musa al-Zakki, que Dios le haya perdonado, y llena de dicha:

Querido padre. Te mando otra carta, con el deseo, como siempre, de que nuestro Señor —alabado sea— me acuerde la gracia de que llegue a tus manos. Alabado sea el Sabio, el Omnisciente, dueño de la soberanía y de la omnipotencia. Él posee lo más bellos nombres y atributos. Desde hace muchos años te mando cartas al Magreb, pero como no obtengo respuestas, me temo que las misivas no te lleguen. En estos tiempos, es verdaderamente un milagro poder comunicarnos. No obstante, sigo intentándolo, y no cejaré hasta dar con vosotros.

Mi hijo y mi marido están bien, gracias al Altísimo. Como Dios no quiso darnos más hijos, Hamet es la luz más intensa de nuestra vida y el mejor de los herederos. Su alma es limpia, su mirada clara y sobresale por su inteligencia y por su fuerza física. Afortunadamente, no ha heredado la pobre cobertura mortal de sus padres, sino la de sus tíos guerreros, Ismail y Muhammad —Dios les haya perdonado—. Como tú querías, se ha dedicado al estudio del *Fiqh* y acaba de recibir la *iyâza* de su orgulloso padre. Yo, tal como ya te estás imaginando, he colaborado en su formación. Con permiso de mi esposo, he escrito un manual de jurisprudencia, un simple compendio, aprovechando las lecciones de mi hijo, que está siendo muy bien valorado en las mezquitas de los alrededores. En cuanto sepa dónde te encuentras, te mandaré una copia, para que la valores con tu criterio afilado de padre y maestro.

Seguimos viviendo en Iznájar, a pesar de los peligros y de la guerra. He perdido la cuenta de cuántas veces hemos sido sitiados por unos o por otros. Estamos ya tan acostumbrados a los cercos, que todas las familias de la medina guardamos en nuestras casas enormes cantidades de alimentos y bebida, que muchas veces se pudre, por sobre abundante. Pero todo es preferible a pasar hambre, como nos ha ocurrido a veces, cuando los cercos se han sucedido con demasiada frecuencia y no ha sido posible hacer acopio de subsistencias. Gracias a Dios, hasta ahora las hambres y las pestes nos han respetado, padre. Todos gozamos de buena salud.

Mi hijo, obtenida la *iyâza*, quiere encontrar un puesto de cadí en Al Ándalus, pero no resulta fácil. Le han ofrecido uno en Baza, pero está demasiado lejos y no queremos que acepte. Si perdiera a mi hijo me volvería loca. Pero comprendo que el muchacho tiene que hacer su vida; aquí no hay trabajo para otro cadí, pues la villa cada vez está más despoblada. Aun así, queremos que se quede y que forme familia en Iznájar. Le estoy buscando una buena esposa, que tampoco es fácil. ¡Maldita guerra, que nunca acaba! Mientras tanto, sigue colaborando con nosotros. Si pudieras verlo, padre, estarías tan orgulloso de él como yo lo estoy. Sé que no es un Banu Quzman, pero no puedo evitar ver en mi hijo luz y el genio de nuestros antepasados, del abuelo Ismail, de ti, del bisabuelo Ali, por lo que me habéis contado… Soy discreta y me las callo, para no ofender a mi esposo resaltando tales semejanzas; pero existen, son claras y evidentes.

Sí, padre, he escrito nosotros. Sé que a estas alturas ello no podrá sorprenderte. Si Dios me hubiera dado más hijos, como buena madre musulmana me hubiera volcado en su crianza. Pero en su infinita sabiduría, el Señor lo ha dispuesto de otro modo, Él sabrá por qué. Y el regalo del tiempo lo he dedicado a estudiar y a enseñar, a escribir y a ayudar a mi esposo con sus tareas del tribunal. Discretamente, no te inquietes, y en armonía sin igual con Umar, mi esposo. ¡Menudo escándalo se formaría en la medina si se supiera que alguna de las sentencias que dicta mi esposo la he redactado de mi puño y letra! Dios me ha premiado con un esposo comprensivo y complaciente, que me quiere como el

primer día. Tengo muy presente que no he hecho nada para merecer tanto amor como he recibido, de mi padre, de mi marido y de mi hijo. Me apena cómo muchas mujeres a mi alrededor pasan la vida entre golpes y desplantes, entre esposos, padres e incluso hijos que las humillan, las menosprecian y abusan de ellas, hasta que agotadas rinden su vida entre padecimientos y amarguras. Y yo no, padre, mi vida transcurre por la senda privilegiada del amor, enraizado en la fuerza y la unidad que él nos procura. Quiero que lo sepas y que te alegres, estés donde estés.

Así que mi vida sigue vinculada al ejercicio del *Fiqh*, y no solo de manera teórica, como enseñante. Siempre que tengo oportunidad trato de ejercerlo de manera práctica, aunque como bien sabes no es fácil siendo mujer. Después de rastrear durante años en libros y repertorios biográficos, pude convencer a mi marido que resulta aceptable que una alamina se encargue de todo lo relacionado con el mercado de esclavas. Al principio, nos costó que el *muhtasib* del zoco me nombrase como el representante del oficio, pero al final lo conseguimos. Así que desde hace cinco años soy la alamina oficial del mercado de las esclavas, y me encargo de supervisar las operaciones y de luchar contra el fraude, tan frecuente como bien sabes en ese negocio. En ocasiones puedo probar que algunos de los traficantes venden esclavos robados o huidos, y en tales casos me ocupo de confiscarlos y de buscar a sus dueños. También medio en los conflictos internos entre los *tuggar*, los comerciantes, aunque en esto me debe ayudar mi marido, pues la mayoría de ellos no aceptan la mediación de una mujer, aunque el comerciante es hombre práctico, ante todo, y el éxito de los buenos acuerdos conseguidos en conflictos señalados me va trayendo nuevos casos. Pero, sobre todo, me encargo me mantener a las esclavas aisladas durante el tiempo preciso para comprobar si están preñadas, y de cumplir la ley que prohíbe a la esclava cohabitar con su dueño hasta que se establezca que no está encinta. Como me enseñaste, padre, un musulmán no puede adquirir una sierva sin saber si lo está o no, para evitar problemas de paternidad. Me encargo de velar para que transcurra el lapso natural y legal que permite constatar la falta de gravidez de la esclava, y solo entonces expido el correspondiente certificado de cumplimiento del retiro legal. Asimismo, compruebo la doncellez del producto, ya que resulta frecuente que los comerciantes poco escrupulosos quieran vender como doncellas a mujeres ya usadas.

Pienso cada día en vosotros y en nuestros días felices de Sherish. Mi corazón sufre con ello, pero no puedo evitarlo. Por eso tengo que concentrarme en todos los dones que he recibido de Dios —alabado sea— y en las tareas que aún me quedan pendientes. La primera, casar a mi hijo y esperar a los nietos, a los que, si el Todopoderoso quiere, podré enseñar a leer el Corán como tú me enseñaste a mí, salmodiándolo de manera tranquila y respetuosa, como corresponde a la majestuosidad del Libro de Dios, de forma que se esté bien seguro de que Allah se halla contento con ello, y atendiendo y entendiendo todo lo que se recita.

Padre ¿dónde estás? Ni siquiera sé si sigues vivo, aunque siento en mi corazón que así es. Te mando cartas a Ronda, a Granada, a Algeciras, a Ceuta… pero no recibo respuestas. No pierdo la esperanza de que alguna de ellas por fin te llegue. En ese caso, por Dios te lo pido, escríbeme y dame novedades. No me mandes la misiva a Iznájar; estamos en plena frontera y las comunicaciones son muy arriesgadas. Es mejor que la mandes a Almería, a Málaga o a Algeciras… a algún puerto importante, y que la remitas a nombre del cadí mayor. Seguramente ellos sabrán cómo hacérnosla llegar a Iznájar. Quiera Dios que estéis todos a salvo. Creo que lo más probable es que hayáis pasado al Magreb, pero a veces considero que esta guerra os ha conducido al paraíso, porque de lo contrario hubierais encontrado la manera de comunicar conmigo.

En esa duda constante vivo, rezando mucho siempre por todos, con hondísimo amor. Adiós, padre. Creo que no hay más Dios que Allah, que es único y no tiene asociado, y que Muhammad es su siervo y su profeta.

Así lo dijo Alima bint Hamet en Iznájar, en septiembre de 1279. Vale.

Completamente empapado en lágrimas, Hamet soltó el pergamino en su regazo y dio muchas gracias a Dios, que le había permitido colmar uno de sus más antiguos deseos. Alima, su hija, se encontraba a salvo. Sus palabras rezumaban la paz serena de una vida buena y feliz. Tenía un nieto que ya era cadí: la sangre de los Banu Quzman seguía abriéndose paso en Al Ándalus, aunque fuera bajo otro nombre.

Sin poder contener más la dicha, corrió a compartir con su esposa las buenas nuevas. Varias veces leyeron en voz alta la carta de Alima, hasta que toda la familia pudo saciarse con la alegría que reportaba saber de ella. En cuanto pudo, Hamet se encerró a escribir a su hija una larga respuesta en la que le daba cuenta de todos los pasos de la familia. Cuando terminó, tras largas horas de escritura, llamó a un esclavo y le encargó que la entregara al capitán del barco que transportaba las cartas de Ali, con el ruego de que la entregara al cadí supremo de la mezquita mayor de Algeciras.

46. Túnez. Diciembre de 1283

Pasaron largos años sin que en Túnez se recibieran nuevas noticias de Ali. Nadie sabía su paradero o si seguía vivo o no. Hamet, para conjurar sus angustias, escribía una carta tras otra, en las que le daba cuenta de las novedades familiares y de las circunstancias de la vida de los Banu Quzman en Túnez. Pero no de todas, porque el cadí trataba de ahorrar a su hijo los detalles más penosos, para no mermar su ánimo.

El paso implacable del tiempo comenzaba a cobrarse su tributo. Zuhara empezó a enloquecer lentamente; al principio, sus arrebatos de malhumor, su creciente pesimismo y la impiedad de sus críticas fueron valoradas en su entorno como una agudización de las peculiaridades de su carácter, sin que nadie prestara mucha atención. Pero cuando empezó a perder la memoria y el sentido de la orientación, cuando su aspecto exterior empezó a estropearse, se abrió con fuerza el peso de la realidad. Consciente o no de su progresivo deterioro, la anciana fue abandonando sus tareas cotidianas y se pasaba largas horas acunando a algunos de sus nietos junto a los fantasmas del pasado, canturreando con la mirada perdida, mientras la locura continuaba royéndole el cerebro.

Hamet, que había atravesado la vida valiéndose del firme asidero de su esposa, pasó de auxiliado a auxiliador. Con sus ya muy mermadas

fuerzas, tuvo que ponerse al frente de su casa, un papel que desde hacía décadas ocupaba Zuhara. Nada de esto le decía a su hijo en sus cartas, pero el esfuerzo le pasaba factura: cada día se iba encorvando un poco más, caminar le costaba grandes esfuerzos y lo hacía arrastrando los pies y con el cuello doblado. Nada quedaba en él del porte orgulloso del muchacho de Sherish que pese a su timidez e introspección enamoraba a las doncellas de la alta sociedad local.

En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. Que Dios bendiga a nuestro Señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y les dé la salvación.

Así dice el humilde siervo que suplica la gracia de su Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —ayúdelo Dios —: alabado sea el Sabio, el Omnisciente, dueño de la soberanía y de la omnipotencia. Él posee los más bellos nombres y atributos.

Querido hijo, la paz, la gracia de Dios y su bendición sean sobre ti: no puedo creer que ya haya pasado otro año sin verte y sin recibir noticias tuyas. Misterios del tiempo, que pasa implacablemente rápido en los momentos felices y se demora lentamente en la espera. A Dios le pido cada día que lleguen nuevas sobre ti, a Él, que hace del ausente presente, pregunto por ti y le pido que selle la buena acción que haces con el yihad. Pues Dios —excelso y poderoso— siempre está con la honradez y con quienes la poseen.

¡Cuánto me gustaría tenerte aquí, con nosotros, ahora que has alcanzado la madurez y la plenitud, que según dijo Dios —ensalzado sea— llega a los cuarenta años! Estás en lo mejor de la vida, y nosotros no podemos disfrutarlo. Siempre pensé que serías cadí, un buen cadí, pues reúnes buenas dotes para ello. Pero la vida te reservaba pruebas muy distintas.

Yo tengo tantas buenas nuevas que contarte… Nuestra familia prospera… El emir me honra con su amistad y a menudo me elige para acompañarle en sus desplazamientos y a animar la conversación en su presencia… Por eso, a pesar de que nos encontramos aquí, en Túnez, lejos de nuestra patria, víctimas de las vicisitudes de la fortuna, no podemos quejarnos. Tengo la esperanza de que te llegue este mensaje y puedas alegrarte con las nuevas que contiene.

Sobre todo, debes saber que por fin recibimos noticias de tu hermana Alima. Se encuentra bien, en Iznájar, con los suyos. Tiene un hijo, Hamet, que ya es cadí. Le he mandado varias cartas después de recibir la suya, pero aún no tengo respuesta. Por favor, haz lo posible por ir a Iznájar a visitarla.

Además, debes saber que acabo de recibir el nombramiento de cadí al-yama'a, juez supremo de Túnez. El viejo Abu Bakr Ibn Khalil es-Sekuni, antiguo jefe de los teólogos de Sevilla del que te he hablado en otras ocasiones, finalmente resultó no ser inmortal, y rindió su alma al altísimo a la increíble edad de noventa y siete años. Hasta el final estuvo en la cúspide de los tribunales de Túnez y a cargo de dirigir la oración en la mezquita mayor, desde cuyo púlpito lanzaba sus rayos e invectivas contra descreídos y tibios, contra sufíes y chiíes, contra todo aquel, en definitiva, que no compartiera sus rígidos postulados. Gracias al Altísimo, yo siempre logré pasar inadvertido para él y me libré de sus censuras. Han sido tantas las desdichas que han acosado a nuestra familia en los últimos años, que he aprendido lo conveniente que resulta, en muchas ocasiones, mantenerse invisible y discreto. Mi estrategia parece haber rendido sus frutos, porque el que todos consideraban como sustituto del sevillano, otro compatriota nuestro, de Lucena, Abu-l-Berca, ha renunciado expresamente al cargo, posiblemente porque sabía que no sería el elegido. Al final el cargo me lo han adjudicado a mí. ¡Después de tantos años, Alá me pone de nuevo a su servicio en el sitio donde puedo serle de

mayor utilidad! Porque, aunque mucho giran días e imperios, al final, en todos los tiempos y en todas las tierras, las necesidades del hombre son por naturaleza las mismas y muy simples: comida, techo, familia. Y además, orden, justicia y seguridad. Para ello Dios ha puesto sobre la tierra a soldados y jueces.

El nuevo cargo conlleva muchos honores, entre ellos, el de ir escoltado a todas partes. En su sabiduría, Dios nos ofrece sin cesar ocasiones de aprender a ver el mundo con sus ojos. Cuando camino, un alguacil va apartando con su vara a los mendigos y se me parte el corazón, porque en cada mendigo me veo a mí, nos veo a nosotros mismos hace unos años, en nuestra huida. A pesar del tiempo transcurrido no acabo de superarlo y con frecuencia me despierto por las noches, empapado en sudor, angustiado pensando que debo salir a vaciar un pozo negro para poder llevar algo de pan ese día… Sí Ali, los honores conducen a trabajar la humildad y a alabar a Dios.

Yo sigo bien de salud, como siempre. El Señor me ha bendecido durante toda la vida, apartándome de la enfermedad. Y si alguna vez me mandó un mal, lo ha hecho a modo de amonestación, como el padre responsable que con castigo equilibrado enseña a su hijo. Pero jamás nuestro Creador me corrigió tan severamente como para causarme un daño permanente. Ahora sé bien que siempre que me limitó lo hacía por mi bien, por eso agradezco más que nunca sus escarmientos.

Debemos dar tantas gracias a Dios por sus mercedes. Solo tu ausencia arroja un poco de sombra a la felicidad de la familia. No descuides el cumplimiento de tus obligaciones religiosas; por nada del mundo olvides que Dios puso en la naturaleza del hombre el bien y el mal. Por eso debemos seguir el ejemplo de la religión para corregirnos. El mundo terrenal y todo lo que encierra es la montura que nos lleva al otro mundo: quien pierde esa cabalgadura no llegará a la meta. Que Satanás, el enemigo de Dios, no encuentre en ti debilidad alguna en estos asuntos.

Dios te proteja de las injusticias, te conceda el éxito continuado y te haga conocer un bien permanente en todo tiempo y circunstancia, hijo. No olvides que el objeto del hombre es la religión, prescrita para su felicidad en el otro mundo. Dios nos dice: «¿Os figurabais que os habíamos creado para pasar el rato?». Obligación tuya es temer a Dios —el Único, el que no tiene igual—, mostrarte temeroso de Él —excelso y poderoso—, y evitar su cólera.

Cuídate mucho y que la fuerza de nuestra oración y amor te fortalezcan.

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Allah, Hamet ibn Quzman. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia! El saludo sea contigo, con las bendiciones y la clemencia de Dios.

Escrito el 16 de enero del año 1283.

Una tras otra, las cartas de Hamet se sucedían. Pocas de ellas llegarían a su destino, pese a la enorme cantidad de dinero que el cadí empleaba en seleccionar los mejores mensajeros.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios A nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Así dice el humilde siervo que suplica la gracia de su Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —Dios le perdone—: alabado sea Dios, dueño de la soberanía y de la omnipotencia. Omnisciente, al que nada le es vedado, ya sea manifiesto en el habla de los hombres u oculto en el silencio.

Querido hijo… ya ha pasado otro año y seguimos esperándote, como la tierra

espera la lluvia. ¡Qué dura se me hace tu ausencia, esta lejanía forzada por la guerra y el destino! A la tristeza de la vejez y a las injurias del tiempo se suma la doble tristeza de tu falta. Tampoco he vuelto a recibir noticias de Alima. Dios quiera que los dos os encontréis bien.

Esta semana he tenido poco trabajo en el tribunal, porque el sultán se halla desconsolado por la enfermedad de su caballo más preciado y ha ordenado que todos los funcionarios de la corte cesen en sus funciones habituales y se centren en plegarias y rogativas para pedir por su curación.

El sultán siente gran admiración por el rey de Galicia, Alfonso, Dios lo maldiga. Y no porque le parezca un buen soberano, sino por dos obras suyas que acaba de recibir y que le tienen comido el seso, el *Libro de los animales que caçan*, y el *Libro de los juegos*. El sultán es gran cazador y admira a todos los que son peritos y sabidos en esta arte. De nada gusta más que de pasar sus jornadas persiguiendo bichos en su parque, montando a sus corceles preferidos y achuchando a sus fieras amaestradas. Por las noches, en su tienda o en su palacio, se dedica sobre todo a diversos juegos, al ajedrez o a las tablas. De ahí la admiración que le ha tomado al infame castellano que nos echó de nuestra tierra.

Este respiro del trabajo del tribunal me ha venido muy bien, porque ahora dedico cada vez más tiempo a escribir. Estoy empeñado en obras diversas, muy ambiciosas, que no sé si un día verán la luz. Quizás me falten las fuerzas, o no esté a la altura de las circunstancias. La vista me falla cada día más y tengo que contratar a un estudiante para que me lea a fin de darle reposo a mis fatigados ojos. En cualquier caso, me hace muy feliz componerlas y me encuentro muy seguro: sé lo que quiero escribir y cómo hacerlo. Por primera vez en mi vida. Seguramente a estas alturas de la vida, desde el mirador que me proporciona la edad avanzada, el conocimiento de las pasiones humanas es más perfecto y la experiencia ha sedimentado los juicios. La labor de la senectud debe encaminarse a la interpretación reposada de los hechos, la síntesis segura de lo aprendido, separando lo principal de lo accesorio. Quizás sea ese el único motivo por el que Dios, alabado sea, me mantiene con vida a pesar de que sumo ya muchos años y de que ansío verle pronto. Los hombres duchos, cargados de años, como yo, no servimos para otra cosa que para tratar de ser útiles a los jóvenes, trasmitiéndoles nuestra experiencia y nuestro conocimiento. Por eso espero no dejarme arrastrar por los malos hábitos que la ancianidad impone a las personas, por el ocio, la pasividad, las manías, las rarezas… con razón dijo el sabio Mukriz: «La vejez es un lecho que solo encuentran blando los indolentes y los perezosos».

Además, debo confesarte, y confesarme, que el trabajo de cadí me cansa cada vez más, y por ello pido perdón a Dios… ¿Quién lo hubiera dicho? Nunca en mi vida he querido ser otra cosa que juez, esa ha sido mi meta y mi destino… Sin embargo, ahora, me faltan las fuerzas para llevar tan pesada carga… debo empezar a pensar en descargarme del trabajo, al menos en parte, pues la condición de cadí no es algo a lo que se pueda renunciar…

Adiós hijo: ayúdate a ti mismo pensando en la muerte, que como es propio de la guerra acaso esté próxima, y en los acontecimientos que han de seguir a esta, en la gracia que el Señor te ha concedido, en la existencia que te ha regalado, en los castigos que ha infligido a otros por causa de sus pecados. Ten siempre presente todas las reglas de la virtud y sus modalidades, que proceden de cuatro hadices del Profeta, que la paz sea sobre él: «El que cree en Dios y en el último día, que diga cosas buenas o que se calle», «El buen musulmán no se ocupa de lo que no le incumbe», «No te enfades jamás», y, la más importante: «El creyente deseará para su hermano lo que desee para sí mismo».

Nunca olvides que la alabanza a Dios es una obligación para todos, con humildad ante su grandeza, sumisión ante su poder y manifestación de su gracia.

Preserva lo bueno que Él te ha otorgado pensando en la vida futura, en aquello en lo que te convertirás, en el lugar al que estás destinado y en lo que se te demandará.

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Allah, Hamet ibn Quzman, en Túnez el 29 de noviembre de 1283. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia, que acreciente su sumisión y su humildad! Vale.

Cada vez que Hamet termina una nueva carta, entregado absolutamente a la exigencia que se impone de verdad y benignidad, siente a la vez cansancio por el vaciamiento de su alma y renovación por la esperanza de que sus palabras colmadas de amor viajen con buen viento y lleguen. Y sin embargo, no podía saberse si las cartas alcanzarían su destino. Hamet las enviaba a Algeciras o a Zahara. Pero no recibía respuesta. A nadie le sorprendía, pues Al Ándalus sufría una terrible situación de guerra total, hambre y calamidades. Los emigrados y los cautivos rescatados llevaban a Túnez noticias que alegraban el corazón de los musulmanes, pues hablaban de desastre total en las tierras bajo soberanía del rey de Castilla, sobre todo al sur de los puertos. Los muertos se contaban por millares, las enfermedades se cobraban también grave tributo y nadie escapaba a la carestía.

La derrota de la flota del Estrecho tuvo gravísimas consecuencias. Décadas tardaría la armada castellana en recomponerse. La falta de buques obligaba a los reyes de Castilla a alquilar galeras genovesas a un elevado coste. Con la flota, se hundieron para siempre las esperanzas de que Castilla pudiera prolongar su imperio por tierras africanas. Y, lo que aún resultaba peor en el corto plazo, ahora Alfonso carecía de medios para impedir el paso a las huestes africanas a la Península. Durante años, los aventureros y desesperados de todo el Magreb pasaban a Al Ándalus de cualquier manera, en busca de una mejora de su condición. Pero poco lograban, ya que la tierra estaba esquilmada, los ganados desaparecidos. Ni siquiera los cautivos producían ya apenas ganancia, pues la mayoría de los cristianos que capturaban se encontraban famélicos, y en tan débil estado, que no podían desarrollar tareas de utilidad, ni remar en galeras, ni siquiera para arrastrar ruedas de molino valían.

En tan grave tesitura, al rey de Castilla no le quedó más remedio que solicitar una paz con los benimerines. Necesitado también de recomponer fuerzas y reconstruir sus bases en el Estrecho, el sultán meriní se la concedió. Porque el tercer aliado antibenimerín, el sultán de Tremecén, sí honró el pacto y, como prometió, atacó a Abu Yusuf por el sur. Por ese motivo, el sultán no pudo pasar a Al Ándalus para continuar el yihad, como tenía previsto, sin conjurar esta amenaza, y tampoco pudo recoger los frutos de su victoria en Algeciras. Había llegado el momento de concertar nuevas treguas con Castilla, y Alfonso captó la oportunidad de la situación.

Con su flanco africano cubierto, en busca de venganza, Alfonso volvió sus ojos contra Granada. Pese a los intentos de conciliación del sultán nazarí, que también recela de la fuerza de los africanos, nada puede calmar la ira del traicionado rey de Castilla, que manda a sus huestes, apoyadas por los Askilula, a invadir el territorio granadino, en junio de 1280.

Las tropas castellanas, compuestas principalmente por miembros de la Orden de Santiago y dirigidas por el maestre Gonzalo Ruiz Girón, salieron de Alcalá la Real y apuntaron directamente contra la capital nazarí. Avanzaban por el río velillas, arrasándolo todo a su paso, cuando les salieron al paso el 23 de junio las tropas del rey Muhammad II y los destrozaron. No sin justicia, la batalla de Moclín pasó a ser conocida en toda Castilla como el *desastre* de Moclín: la Orden de Santiago quedó prácticamente desmantelada, su maestre muerto.

En los zocos de Túnez se comentaban con regocijo y todo lujo de detalles los pormenores de la batalla y de sus consecuencias. La huida en desbandada de los pocos cristianos que pudieron salvar la vida, la magnitud del botín conseguido, la inminente toma de Córdoba y Sevilla por parte del sultán nazarí. Muchas de esas historias conllevaban exageraciones, salvo las que hablaban del pavor de los castellanos. Dios parecía ensañarse con ellos, pues en poco tiempo habían perdido a su flota y a lo mejor de sus huestes. Ya se veían los castellanos como en los tiempos posteriores a la Batalla de Alarcos, cuando su reino se enfrentó al riesgo inminente de desaparición. Por toda Castilla se desató una ola de piedad, destinada a lograr la benevolencia divina y el amparo frente a las hordas de África. Por las calles polvorientas de la meseta se flagelaban columnas de penitentes y se arrastraban los cuerpos de judíos atormentados. El mismo rey buscaba perdón y la ayuda divina con severísimas penitencias. Se organizaron en Sevilla procesiones y rogativas. Con todo el séquito real y la pompa requerida, el rey y la corte entraron de rodillas en la catedral, llevando el soberano en su propia mano la espada de su padre, el rey Fernando, el último gran rey de Castilla, enterrado en ese mismo templo, que empezaba a gozar entre los sevillanos de fama de santidad. Haciéndose eco de esa devoción, el papa Inocencio IV despachó una bula el 15 de octubre de 1252 con perdones para los que visitasen esa iglesia y orasen por el alma del rey el día del aniversario de su muerte. La procesión recorrió la catedral a los acordes de músicas religiosas, rogando piedad al Altísimo, en un prolongado vía crucis nunca antes contemplado.

Pero poco duran los efectos de las curas de humildad sobre el orgulloso rey de Castilla. Pese a todos los reveses, sus ambiciones imperiales seguían firmes. Todavía en 1280 trató de concertarse con

los reyes de Francia e Inglaterra para formar una coalición destinada a la conquista de Marruecos. A tales efectos se entrevistó en Bayona con Felipe III de Francia. No pudo recabar apoyos suficientes y la expedición quedó definitivamente aplazada. No volverá a intentarse nada parecido.

Refrenado en sus ansias africanas y al parecer poco escarmentado de su última tentativa, el rey ordenó en 1281 una segunda incursión en tierras de Granada, que tampoco logró sus objetivos. En todas las tierras del islam se celebraron los fracasos del castellano con fiestas y banquetes.

Y aún quedaba mucho por celebrar, porque en abril de 1282 don Sancho se rebeló contra su padre y en Castilla brotó la discordia sucesoria y la guerra civil. Traicionado por todos, el rey Alfonso buscó ayuda desesperadamente, pero nadie acudía en su auxilio. El rey de Portugal, don Dionis, no solo rechazó ayudarle, sino que se puso de parte del hijo rebelde, viendo una buena oportunidad de desangrar a Castilla y quedarse con algunos de sus pedazos: Galicia, Niebla, Coria y Plasencia le parecieron al alcance de la mano. Tampoco su primo, Pedro de Aragón, se mostraba dispuesto a ayudarle: alegó el pretexto de que se encontraba en plena organización de una cruzada para conquistar África. Eduardo de Inglaterra se excusó aduciendo la lejanía de Castilla y problemas internos. Al rey de Francia, su enemigo declarado, no cabía acudir. Ni siquiera el papa Martino IV, que tantos favores le debe, acude en su ayuda.

Al orgulloso Alfonso no le queda más remedio que intentar una maniobra desesperada y muy arriesgada: pedir ayuda al sultán benimerín, para hacer frente a la rebelión de su hijo. Y el africano resultó el único que respondió. Un paso que habría de pesarle al monarca castellano, pues muchos de los suyos lo consideraron una intolerable felonía, que el rey trató de justificar incluso en su propio testamento:

> E veyendonos dasapoderados de todas cosas del mundo, si non tan solamente de la merced de Dios, entendiendo que Aben Yuzaf rey de Marruecos, e señor de los moros, e membrandose del amor que tovimos en uno, e catando el prez del mundo, adelantose ante los reyes cistianos, e moros, para tener derecho a verdad, mostrando que le pesaba, e que se dolia del mal e del quebranto, que nos aviamos reçebido… Et sobresto embiamos prometer que nos ayudaría con el su cuerpo, e con su linaje, et con sus vasallos, e con su poder, e con sus averes, fasta que todo los nuestro oviesemos cobrado, como nunca mejor lo ovieramos…

Las noticias que siguieron causaron el estupor de los Banu Quzman y de todos los creyentes. Lo que empezó siendo un yihad por la recuperación de Al Ándalus había derivado en una guerra total de todos contra todos, en la que los antiguos enemigos se aliaban contra los antiguos aliados. Porque mientras la facción de Alfonso, apoyada

por buena parte de los nobles de Castilla se alió con los benimerines, el infante don Sancho, apoyado por los Lara, selló alianza con los granadinos.

En sus nuevas tareas como cadí mayor de la cuidad, las ocasiones que Hamet tenía de entrevistarse con Abu Zakiriya aumentaron. Ambos disfrutaban de su mutua compañía y con frecuencia discutían los pormenores de la guerra de Al Ándalus. La fina astucia política del anciano califa de Túnez no dejaba de sorprender al cadí.

—Nada nuevo bajo el sol, querido Hamet. Esto ha ocurrido siempre y siempre ocurrirá. El poder tiene su propia lógica: perpetuarse a toda costa, por cualquier medio. Por eso, el soberano recurrirá a todo tipo de infamias para lograrlo. Asistimos simplemente a la aplicación de la vieja máxima: el enemigo de tu enemigo es tu amigo. Por eso, se han gestado estas extrañas alianzas. Padre e hijo no pararán hasta devorarse uno a otro.

—¿Eso será bueno para el islam, señor?

Abu Zakiriya se quedó mirando con ironía al viejo cadí, que pese a su inteligencia era incapaz de comprender la alta política.

—Ni bueno ni malo. Porque las mismas intenciones traidoras albergan el señor de Marruecos y el sultán de Granada. Es lógico que en medio del desastre total que padece Castilla, los musulmanes de buena fe conciban esperanzas y empiecen a preguntarse: ¿cabe reconquistar Andalucía, e incluso toda España?

Abu Zakiruiya se quedó callado, pensativo, dejando a Hamet en suspenso, a la espera de la respuesta. ¿O sería una pregunta retórica?

—¿Cabe? —dijo por fin Hamet.

Saliendo de su mutismo, con el semblante repentinamente serio, el señor de Túnez contestó lacónicamente: «No».

Durante muchos meses, las aguas castellanas bajaron turbulentas y enrojecidas por la sangre de sucesivas guerras civiles: de Sancho contra su padre Alfonso, de Sancho contra los infantes de la Cerda. En estas luchas muere el almirante Alonso Jofre Tenorio, decapitado. Los cristianos de Castilla padecían y sufrían temores bien fundados. Muchos daban ya por perdidas las conquistas del rey Fernando. Por todo el islam occidental se hacían proclamas al yihad, pidiendo la concordia entre los musulmanes, para aprovechar la situación. Miles de voluntarios acudían al oeste, en busca del martirio. Finalmente, el clamor encontró su eco entre los príncipes implicados. El sultán benimerín y el rey de Granada entablan un acuerdo mutuo de alianza, predicando que «la tierra hispana será pronto conquistada y que habrá tierra para todos los musulmanes».

Por fin, en diciembre de 1283, cuando los Banu Quzman habían perdido las esperanzas y empezaban a dar como probable la muerte de Ali, se recibió carta de este, dando noticia de que estaba vivo y de sus

últimas cabalgadas por el yihad.

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. ¡Alabanza a Allah por sus favores, gracias a Él por sus dones!

Querido padre, ¡qué Allah te honre! ¡Qué Allah te dé su protección! Espero que te hayan llegado mis últimas cartas. Te escribo todo lo que puedo, e invierto buena parte de mi caudal en pagar emisarios, aunque me temo que muchas de ellas se quedan por el camino, bien sea por la maldad de los hombres o por la furia de los elementos.

Te escribo una vez más desde Zahara, donde últimamente resido con frecuencia. Esta ciudad me trae recuerdos ingratos y de dolor, pero también testimonios de afecto y amistad indestructibles. Sigue regida por la mano firme de Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas, que te manda sus saludos. Abusando de su hospitalidad, me recupero en el alcázar de una herida que recibí en una reciente escaramuza, una pedrada en la boca que se llevó varios dientes y me dejó una fea cicatriz en el labio. Nada grave, gracias a Dios. Ni siquiera me retiré en ese momento de la batalla, pues a un buen muyahidín un golpe así le sirve para encolerizarse, pero no para abandonar la contienda.

Seguimos guerreando sin tregua, pero mientras que cuando vine al yihad, con corazón puro y ansias de martirio, no albergaba dudas de que hacía lo correcto, ahora la situación es distinta. Hay cosas que no comprendo y que me causan gran extrañeza. Trato de no pensar en ello, pues como siempre nos repiten los ulemas, es un grave pecado cuestionar las decisiones del sultán. Pero no puedo evitarlo. No sé cuánto de lo que sucede en Al Ándalus se conoce en Túnez. Trataré, en cualquier caso, de hacerte un relato detallado de los últimos sucesos, como me pediste al partir.

A principios de septiembre del año 1282 empezamos una nueva campaña, liderados por el propio sultán, que había cruzado el Estrecho después de dejar los asuntos de África medio zanjados. Hasta aquí, nada nuevo: para los benimerines se trataba de la cuarta expedición en Al Ándalus, y las motivaciones parecían ser las mismas. Nada más lejos de la realidad, padre. Nos dirigimos al norte, pero no para atacar, como siempre, al rey de Castilla, sino para pelear a su lado.

Y no fue esa la única diferencia. El sultán venía acompañado por una escolta compuesta en parte por cristianos: la tropa de su nuevo y leal vasallo cristiano, Alfonso Pérez de Guzmán. Con este desconcierto de muchos muyahidines, e imagino que de las huestes cristianas también, nos dirigimos a Zahara, donde el sultán se entrevistó con el rey Alfonso para cerrar los acuerdos y ultimar los preparativos de la campaña. El encuentro se celebró en la explanada que se encuentra frente a la puerta principal de la villa, que ya conoces, bajo una tienda de seda y oro procedente de Bagdad. Alfonso se sentó en sitial alto; el marroquí en almohadón de plumas a su lado.

El señor de la villa, tu amigo Mahmud ibn Muhhamad, asistió a esos parlamentos y me dio cuenta de todos los detalles: el rey cristiano ofreció la misma corona de Castilla en prenda de la ayuda económica que aportaría el sultán: 100 000 dinares. El propio Pérez de Guzmán fue el encargado de llevar a Sevilla tan extraordinaria suma. El rey de los gallegos le dijo al sultán, textualmente: «Ya que si mis fijos se facen mis enemigos non será ende mal que tome a mis enemigos por fijos».

Por su parte, el sultán recibirá del rey de Castilla una partida de las mejores vacas para mejorar la raza marroquí y una partida de libros escritos en árabe que los gallegos habían acumulado en los saqueos de las ciudades del islam, sobre todo, en Sherish. ¿Quién sabe, padre, cuántos de esos libros nos habrán pertenecido a nosotros, los Banu Quzman?

Después de que los nuevos aliados dejaran sentadas en Zahara las bases militares y económicas de la expedición conjunta, el sultán regresó a Algeciras para supervisar los trabajos de desembarco del resto de las tropas y de sus pertrechos. Una vez concluidos, nos dirigimos a Écija, para reunirnos con las tropas de Alfonso. Entre ambas partes juntamos un formidable ejército. A nuestro paso, dejábamos secos los arroyos, de tanta agua como consumíamos hombres y bestias.

Nos dirigimos entonces contra Córdoba, para tratar de poner sitio a una plaza que apoyaba la sublevación del hijo del rey de los gallegos, antes de que llegara a la misma el propio infante con sus tropas de refuerzo. Pero un ejército tan enorme avanza necesariamente con extrema lentitud. Por eso el sultán y el rey de Castilla, ante el temor de que el infante llegara a Córdoba antes que nosotros con sus refuerzos, envió a un cuerpo de su ejército de 4000 caballeros Guadalquivir arriba con la intención de cortar el paso a las huestes del infante rebelde en la confluencia del río Guadajoz con el Guadalquivir. En ese cuerpo me encontraba yo con mis caballeros andalusíes.

Llegados al punto previsto, bloqueamos el camino y las alturas que lo flanquean, y nos dispusimos a esperar la llegada de las tropas del infante. Pero aún no sabemos cómo, don Sancho logró evitarnos y entrar en Córdoba el 7 de septiembre de 1282.

Justo al día siguiente llegó a las proximidades de Córdoba el grueso del ejército castellano-marroquí. Abu Yusuf sentó campamento en las alturas de Los Visos, y Alfonso en el Cortijo de la Puente, en la ribera del río. Y quedó establecido el cerco de la villa. El sultán nos llamó a su presencia para pedirnos explicaciones de nuestro fracaso y a punto estuve de perder la cabeza. Pero al final, solo mandó ejecutar al jefe de los exploradores y a nosotros los adalides nos despidió con una simple amonestación.

Al poco tiempo iniciamos los asaltos contra los muros de Córdoba; una y otra vez, incansablemente. Pero después de veinte días, nada logramos. Así que el sultán, desesperado por la inacción, decidió levantar el sitio. Su aliado el rey de Castilla se mostraba contrario, creo que con razón. Argumentaba que los bereberes no estaban familiarizados con las tácticas guerreras europeas, que es necesaria la paciencia y la técnica para conquistar una ciudad sitiada. Pero el sultán parece haberse rendido a la evidencia, por ahora, de que sus inquietas tropas solo saben luchar, como siempre lo han hecho, en los espacios amplios. Por eso, nos ordenó que emprendiéramos una serie de aceifas de castigo contra diversas plazas adictas al infante: Andújar, Jaén, Úbeda, Terrinches. Como tantas veces antes, las desgraciadas tierras del valle del Guadalquivir se vieron asoladas por nuestras tropas, aunque hoy nos limitábamos a saquear las zonas adictas a Sancho, en unión de los partidarios cristianos de Alfonso. Dejamos indemne el reino de Sevilla, que apoya al rey.

Para evitar que el sultán de Granada prestara a Sancho la ayuda prometida, el sultán nos ordenó atacar también algunas plazas de su reino. Con vergüenza, padre, tuve que levantar mi sable contra musulmanes, hermanos andalusíes. No entiendo por qué, ni creo que vaya a comprenderlo jamás. Pero desde entonces algo se ha quebrado en mi ánimo, padre. Ya no soy el mismo. Yo no crucé el Estrecho y me vine a la tierra de nuestros mayores para luchar contra los creyentes, sino para degollar politeístas.

No entiendo de política, padre, ni quiero entender, pero creo que el sultán comete un error. Y también el rey de Castilla, porque la imagen del infante aparece menos deteriorada frente al pueblo que la de su padre. Nos hemos apoderado de algunas plazas granadinas, que hemos debido entregar al rey Alfonso, que no ha peleado por ellas. ¿Te lo puedes creer? Prefiero no pensar y

limitarme a cumplir las órdenes, con la convicción de que el logro del triunfo se debe a la voluntad divina, pero un pesar insoportable anida en mi corazón y desvela mi sueño.

El sultán Abu Yusuf decidió regresar a Algeciras en noviembre de 1282 y allí permaneció hasta finales de ese año. Sin embargo, nosotros nos quedamos en el norte, para continuar con los saqueos de tierra cristiana favorable al infante y, de vez en cuando, contra tierra granadina.

Cuando el invierno hizo ya imposible seguir peleando en las tierras altas de Andalucía, recibimos órdenes de regresar a Algeciras, a la espera de la estación propicia. Allí supimos que el infante don Sancho había reforzado su alianza con el granadino. Con ello presionaba para que los nazaríes, remolones como siempre a lo hora de cumplir sus promesas, le aportaran por fin la prometida ayuda. A cambio cedió al sultán el castillo de Arenas.

Quizás por este motivo, o simplemente porque el sultán vio llegado el momento de cobrarse viejas afrentas, el 1 de abril de 1283 salimos de Algeciras con la intención de arrebatarle Málaga a los nazaríes. Contábamos con la colaboración de los gallegos, que nos enviaron 600 de sus mejores caballeros. Atacamos sucesivamente y con éxito las fortalezas de Cártama, Coín y Fuengirola. Estábamos ya a las puertas de Málaga, que se nos ofrecía como fruta madura, cuando sucedió lo imprevisto: los caballeros castellanos abandonaron el ejército, sin mediar aviso alguno, para dirigirse a Córdoba.

Estuve presente cuando llevaron a Abu Yusuf la noticia del abandono de los castellanos. El viejo sultán sufrió tal ataque de ira que por poco muere allí mismo. Después, cuando sus esclavos y sus más leales consiguieron aplacarle, el sultán apuntó al cielo con su dedo índice y juró que nunca jamás volvería a aliarse con perjuros castellanos.

Aprovechando la defección de los gallegos, el astuto nazarí sultán intentó una mediación. Hizo llegar al hijo del meriní, Abu Yaqub, una propuesta de reconciliación y de reinicio del yihad contra todos los cristianos, cualquiera que fuera su bando. A regañadientes, Abu Yusuf, que no quería perdonar a los nazaríes y que no se fiaba de ellos, aceptó la tregua porque no le quedó más remedio. Así fue como, a las mismas puertas de Málaga, dimos la vuelta y regresamos a Algeciras, donde llegamos el 24 de octubre. Sin pararse a descansar, Abu Yusuf cruzó el Estrecho, dejando como gobernador de la plaza a su nieto Isa ibn Abi Malik, harto de las intrigas de la política peninsular, y yo regresé a Zahara, con mi destacamento.

Aunque disfruto de la confianza y de los favores del sultán, cada día se despierta más en mí la sensibilidad del recuerdo y la nostalgia de los míos. Por eso tus cartas me hacen mucho bien, padre. Por favor, no dejes de enviarlas. Sé que resulta difícil que lleguen a su destino, pero siempre podrás encontrar a alguien del oeste, de vuelta de la peregrinación, o que se dirija a unirse a nuestras fuerzas de voluntarios de la fe. Cuando puedas, envíalas a Zahara. Desde allí el señor Mahmud ibn Muhhamad ibn Ilyas me las hará llegar a donde quiera que me encuentre, pues él está al corriente de las evoluciones de nuestras tropas y se encarga de coordinar nuestros suministros.

Dios os bendiga a todos y guie vuestros pasos a la salvación. Que Dios bendiga a nuestro Señor Muhammad, su Enviado, a su familia, a sus esposas y a su descendencia y les dé abundante salvación.

Escrito por su propia mano, de Ali ibn Hamet, en Zahara el 2 de octubre de 1283.

47. Sherish. Finales de septiembre de 1285

Seis meses llevaban las huestes de los Banu Marin cercando de villa de Sherish, el asedio más largo hasta entonces intentado por los africanos. La caballería andalusí, liderada por Ali ibn Hamet, se encontraba desde el comienzo de las operaciones acantonada en el campamento principal, situado a media legua de Sherish, en la Fuente del Sol, con la finalidad de vigilar las líneas de suministro que deben llegar desde el Estrecho, proporcionando al enorme ejército los incontables recursos que precisa para permanecer en activo.

Como todos los campamentos militares que han existido desde el comienzo del mundo, el de Sherish se convirtió en una auténtica ciudad, donde se reunían traficantes y comerciantes de todos los productos que podían pagarse con el abundante oro de los botines. Por su parte, los jeques de las tribus magrebíes habían acudido con sus familias, sus clientes, sus harenes y, ordenados por sus respectivas banderas, crearon cada uno de ellos su propio reducto, con su cercado, sus tahonas, sus burdeles y sus cementerios.

Una tarde de septiembre, el adalid Ali ibn Hamet recibió orden de escaramucear al día siguiente contra Arcos. Antes de medianoche, los caballeros andalusíes, la mayoría de ellos de familias exiliadas en África, pero también algunos bereberes y árabes, remontaron el curso del Guadalete con la intención de llegar a la junta de los ríos antes de que apuntara el sol por las cumbres de la sierra de Grazalema. En cuanto la luz lo permitió, se dirigieron contra una aldea que parecía desprotegida y allí prendieron fuego a todo lo que no pudieron llevarse. Mataron a tres cristianos que ofrecieron resistencia, pero a los demás, diez campesinos que poco valían, una mujer, un sacerdote y un diácono, les respetaron la vida. Al sacerdote le encontraron mucho oro de acuñación musulmana, buena presa. La mujer era joven, al parecer doncella, y de buenas carnes: también obtendrían por ella un buen precio en la almoneda del campamento.

Despreocupados y con buen ánimo, los muyahidines regresaron a Sherish, discutiendo sobre la manera de repartir la presa. Antes de que la cosas llegara a mayores, el adalid puso fin a la discusión amenazando con la cruz a quien continuara con la querella. Pese a su origen andalusí, Ibn Quzman era respetado por los guerreros de su partida, incluso por los bereberes, pues sus virtudes militares resultaban muy patentes: su presencia de ánimo no flaqueaba a la vista del enemigo y en los ataques se comportaba como un fino estratega, con audacia imprevisible, pero midiendo cuidadosamente los riesgos. Antes de acometer al enemigo, en los momentos de mayor tensión, Ali siempre recordaba la admonición del califa de su mismo nombre animando a sus compañeros el día de la batalla de Siffin, que

su tío Muhammad había obligado a memorizar a todos sus hijos y sobrinos varones, afirmando que en ellas se hallaba mucho conocimiento bélico: «Disponed vuestras líneas como construcciones bien alineadas. Vayan por delante los que tienen armadura y detrás quienes no disponen de ella. Apretad los dientes, pues ello da fuerza a las espadas para golpear las cabezas. Proteged las puntas de vuestras lanzas, pues eso es lo que mejor guarda sus filos. Cerrad los ojos, pues eso es lo que más aleja el desánimo y mejor promueve la seguridad. Alzad vuestras banderas, jamás las depongáis y no las dejéis más que en manos de los más valientes. Buscad apoyo en la verdad y en la entereza, pues quien resiste vence». A gritos, con su voz ronca, se la repetía una y otra vez a los suyos, mientras recorría arriba y abajo toda la formación de caballería, a la espera de la orden de ataque.

Su resistencia a caballo se convirtió en leyenda: podía cabalgar todo lo necesario y ya se le comparaba con los mejores jinetes turcos. El hijo del cadí aprendió además a emplear el lenguaje popular de su tropa e imitó algunos de sus toscos comportamientos, aunque no conseguía evitar que se rieran de su refinado acento andalusí. Sin embargo, a la hora del reparto del botín, en los toscos guerreros africanos afloraban sus primarios instintos de nómadas y se devoraban unos a otros por unas migajas y entonces, ni el carisma ni la autoridad natural de Ali bastaban para poner orden.

Tras los largos meses que llevaban acantonados en Sherish, cundían el desorden y las peleas. Pese a todos sus intentos, el adalid Ibn Quzman no había podido poner fin a las que surgían entre las propias tropas confiadas a sus órdenes, un revoltijo de gentes de diversas procedencias, residuos de destacamentos que habían quedado aniquilados en algunas de las contiendas que sin cesar se sucedían en Al Ándalus desde que estallara la guerra. «Diez años ya», pensó Ali, casi sin poder creérselo, diez años de guerra terrible e irregular, porque si bien se dieron algunas grandes batallas, lo habitual había sido la *guerra chica*, choques continuos de huestes de diferente tamaño por toda la frontera.

Las querellas de la compañía de Ali no eran más que un reflejo de las que se producen a mayor escala en el seno del ejército de la fe: los árabes Sufyan, arrogantes y revoltosos, no cesan de hostigar a los bereberes y las distintas tribus de estos pelean sin cesar entre sí: los Banu Yaqub odian a los Husayn, y los al-Attaf no pueden coincidir nunca con los ad-Dalayim sin que estallen disputas.

En cuanto llegaron al campamento de Sherish, sin que Ali pudiera evitarlo, estalló una monumental pelea entre los hombres de su hueste. Esta vez, los magrebíes se aliaron con los andalusíes contra los árabes, que insisten en quedarse con la mujer para su propio disfrute. Ali, al principio, dejó que las cosas se arreglaran siguiendo su propio

curso, como ocurría algunas veces. Pero en esta ocasión el tumulto pasó a mayores y ya se contaban en tres los muertos. Si la trifulca llegaba a oídos del sultán, su propia cabeza peligraba, pero lo mismo ocurriría si intentaba ponerle fin con sus manos desnudas. Así que recurrió a la diplomacia. Dando bastonazos a diestro y siniestro, ordenó silencio y ofreció una solución a los contendientes: alquilar una partida de putas al traficante judío del campamento. El precio se pagaría con los cautivos cristianos de esa jornada. Pero la moza no sufriría daño alguno y sería llevada al recinto de las doncellas, donde las vírgenes probadas eran celosamente custodiadas por su alto precio. A regañadientes y jurándose entre dientes un pronto reencuentro, los contendientes aceptaron.

El propio Ali se encargó de cerrar el acuerdo con el judío. Se repartieron las mujeres entre los oficiales, los primeros que podrían disfrutarlas. Después, según rango, irían circulando entre la tropa.

Esa misma noche, Ali Ibn Hamet se encontraba en su tienda, escribiéndole a su padre, cuando un soldado abrió el toldo que hacía de entrada y con pocos miramientos arrojó al interior a una moza casi desnuda, menuda y nerviosa, pero de rasgos encantadores.

Ali se levantó, aseguró el entoldado con unos lazos y se volvió para mirar a la muchacha, que se encontraba tendida en el suelo, en posición fetal. Casi una niña, apenas alcanzaría los trece años, aunque evidentemente había florecido ya, pues le abultaban los pechos y se le dibujaban las caderas bajo los harapos.

Con cuidado, Ali la levantó y la miró con detenimiento. Estaba sucia y desastrada, evidentemente hambrienta y, sobre todo, desconsolada. Lucía la mirada de quien ha perdido toda esperanza y le daba ya igual lo que pudiera sucederle.

—Desnúdate.

Como si hubiera recibido esa misma orden cientos de veces con anterioridad, la moza se despojó de la sucia túnica con simples movimientos y quedó a la luz un cuerpo escuálido, mas de pechos generosos.

—Siéntate en esta banqueta.

Ali vertió agua en una jofaina y con el trapo más limpio que encontró, comenzó a asearla. La niña, al principio, sintió terror, pues no podía adivinar a qué nueva perversidad la someterían. En los dos últimos meses le habían hecho de todo, cosas que ni siquiera sabía que existían, así que había aprendido bien que todo nuevo artificio solía ir acompañado de mayores penurias. Pero cuando se dio cuenta de que Ali quería, simplemente, limpiarla, empezó a llorar, soltando su aflicción. Como si nunca hubiera llorado antes, vertía lágrimas imparables, que Ali enjugaba cuidadosamente con la mano, acariciando las sonrosadas mejillas. Una vez despejada de mugre, la

muchacha mostraba una piel sana y libre de imperfecciones. Poco a poco, se abría ante los ojos de Ali una imagen de tanta belleza e inocencia que resultaba imposible de soportar en medio de ese ambiente sórdido y en su pecho se clavó como una cuchilla la certeza de que ninguno de los dos merecía acabar sus días en aquel infierno.

Desde el exterior, los bereberes que andaban ociosos esperando a que el oficial terminara con la moza para usarla ellos, interpretaron de manera errónea el sentido de ese llanto y prorrumpieron en carcajadas y aplausos que pretendían aleccionar a Ali para que terminara pronto. Hasta que este, de un grito, les mandó callar y alejarse a no menos de cien pasos de su tienda.

—¿Cómo te llamas?

—Toda. Me llamo Toda.

—Eres muy hermosa, Toda. Muy hermosa. Tu piel es blanca como la de la primera mujer y tienes los pechos más hermosos que he visto nunca.

La asombrada muchacha no sabía qué le atemorizaba más, si el perfecto romance o las maneras corteses del oficial que le preguntaba:

—¿De dónde eres?

—De Jerez, de Jerez de la Frontera.

—¡Vaya! Esto sí que es casualidad. Yo también soy de allí. Pero cuando yo nací, la ciudad no se llamaba así, sino Sherish, Sherish al Saduna.

La muchacha ahora está segura de que el oficial le toma el pelo. ¿Cómo va a haber nacido en Jerez un oficial del ejército de los benimerines? Lo mira con desconfianza e incredulidad y sus pensamientos no pasan inadvertidos para Ali.

—¿Es que no me crees? Nací en la calle que desemboca en la gran mezquita. Enfrente estaba la tahona del judío Salomón. Yo jugaba en la explanada del alcázar, y también en el arenal.

La muchacha sabe qué explanada es esa y también conoce el arenal. Pero nunca ha oído hablar de ese judío.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce… creo, mi señor. No estoy segura. Debí nacer poco antes de la muerte del viejo sultán de Granada, el Rojo le llamaban, porque era un demonio… —La muchacha reparó en que hacer esos comentarios en presencia de un guerrero moro no resultaba procedente, y se tapó la boca con un gesto inocente, que despertó una sonrisa de ternura en Ali. ¿A quién le recordaba esa niña? Sí, era la viva imagen de su hermana Yamila. Yamila, la mártir, la que murió ferozmente ultrajada por los bereberes, a no muchas leguas de donde él actualmente estaba.

Pensar que los salvajes cabileños que merodeaban por los alrededores pudieran pasar sus asquerosas lenguas por un rostro tan

hermoso, le causaba una tremenda repulsión. Sin pensarlo, salió bruscamente de la tienda y mandó a voces a los magrebíes que se dispersaran. No iban a catar a esa hembra, esa noche, así que debían buscarse otra.

Lanzando juramentos en su dialecto, los bereberes se alejaron y Ali regresó y volvió a trabar, esta vez más fuertemente, los lazos del toldo que se habían soltado con su brusca salida. Una vez dentro, sacó un viejo albornoz y se lo dio a la muchacha para que se tapara.

—Mañana te buscaré algo más adecuado. Pero no vuelvas a ponerte esos andrajos. Quémalos; sin duda rebosarán de piojos. Mi madre siempre dice que las ropas sucias se comen el cuerpo como la herrumbre se come el hierro. Si te viera a ti ahora, te cogería de una oreja y te llevaría a los baños más próximos.

La muchacha, avergonzada y cada vez más sorprendida, asintió humildemente. Ali volvió a sentarse y dijo:

—Cuéntame tu historia. Tenemos tiempo. No te preocupes. No te haré nada que no quieras. Pero no podrás decírselo a nadie. Piensa en mi reputación.

Toda, que empieza a pensar que quizás sea cierto lo que le dicen, se relaja poco a poco, y acepta algo de agua y un pan medio cocido.

—Quisiera ofrecerte vino, pero estos salvajes lo tienen prohibido.

La chiquilla se sentó cerca de Ali y comenzó a relatar con su voz infantil.

—No tengo mucho que contar. Soy hija única. Mi madre murió al darme a luz. Mi padre y yo vivimos solos, cerca de la puerta de Sevilla. Cultivamos una huerta que nos dio el rey cuando llegamos de Salamanca, siendo yo tan niña que apenas lo recuerdo. Me encontraba pastoreando a las cabras, cerca del monasterio que están construyendo a la vera del río, cuando vi acercarse una polvareda. Todo ocurrió tan deprisa. No vi nada más, solo oía gritos y golpes. Alguien me cogió de la túnica, me cargó sobre un caballo y me llevó a un sitio desconocido, pero que no debe quedar muy lejos de Jerez, pues recorrimos al paso unas pocas leguas. Allí un judío me compró, junto con otras muchachas, y desde entonces, hace más de dos meses, creo, porque no estoy segura, voy de un lado al otro, a donde nos lleva el judío, para que los hombres usen mi cuerpo. Y así hasta hoy… yo solo quiero morirme. Por favor, mátame, pero no dejes que me toquen los hombres que esperan ahí fuera. Por favor, no puedo soportarlo más.

La muchacha inerme, desesperanzada y sin voluntad que habían introducido en la tienda del adalid había encontrado fuerzas, trocando en una moza dispuesta para morir. «¡Qué engañosa y traidora, pero poderosa, es la esperanza!», pensó Ali. «Si la hubiera tumbado de espaldas contra el suelo y la hubiera gozado varias veces, la habría despachado tal como llegó. Sin embargo, por haberla tratado bien,

haberle hablado con dulzura y haberle ofrecido agua, la he hecho consciente de lo negro de su suerte y de su dignidad».

—No te preocupes. No te van a tocar. Nadie te va a tocar. A partir de hoy eres mía. Solo mía. Y yo no te tocaré salvo que tú me lo pidas. He aprendido pocas cosas en mi vida, pero una cosa sé: lo vacío del placer obtenido de una mujer por la violencia.

Y así fue. La muchacha quedó durante largas semanas enclaustrada en la tienda de Ali, sin dejarse ver a la luz del día. Allí recibía todas las atenciones que era posible proporcionar en un campamento militar. En cuanto se lo permitían sus ocupaciones, Ali retornaba a su tienda, y allí entablaba largos coloquios con Toda. Ali le contaba de su vida en Sherish, de su familia, del largo camino al exilio, de las penurias padecidas, de su etapa sufí, de sus dudas vitales, del deseo de su padre porque se convirtiera en cadí. Toda hablaba muy poco, pero poco a poco el adalid fue recomponiendo su pasado y una ciudad, Sherish, muy diferente a la de sus propios recuerdos.

—La vida en Jerez es dura para todos; cada día menos gente vive en la medina. Unos mueren de fiebres o de hambres, otros escapan al norte… Las casas y los solares vacíos son muchos; parece como si las murallas fueran ensanchándose poco a poco. Cuentan los primeros que llegaron que entonces, cuando los moros se fueron, la villa era espléndida, las casas lujosas. Había muchos baños, molinos y tahonas; talleres de alfarería, tiendas de sedas. Al principio, el rey pagó panes para todos y repartió tierras. Durante unos años se pudo sembrar y no hubo hambre… Pero después llegaron los moros de África y empezaron los malos tiempos, los únicos que yo recuerdo. Ni un solo día de mi vida he podido comer hasta saciarme. Casi a diario mi padre y yo ayunamos a la fuerza, pues no hay faena ni comida. Nadie siembra, pues los que se atreven acaban capturados y vendidos como esclavos. Cuando hay comida la traen de fuera y el precio es altísimo; solo los ricos pueden pagarlo. Mi padre quiere regresar al norte, como hacen otros, pero no se ve con fuerzas. Sin caballerías, ¿cómo enfrentarse a los caminos? Además, dicen que el alcaide ha recibido orden del rey de no dejar que nadie más se vaya de Jerez, así que ya han sido varios los ahorcados por traición… ¿quién sabe por qué? Los nobles se apañan entre ellos…

Por medio de estas charlas, la muchacha iba perdiendo poco a poco su timidez, y hasta se atrevía a preguntar ella misma. Todo lo que veía a su alrededor desde que fue cautivada le causaba extrañeza y miedo. Un día quiso saber:

—Ali… ¿cómo es posible que siendo sarraceno hables tan bien el romance? La primera vez que te escuché me asusté mucho. Pensé que eras un demonio, sabedor de todas las lenguas, que venías a llevarte mi alma.

Ali asintió con una sonrisa. Se encontraba muy a gusto en compañía de la muchacha. Todo en ella le gustaba, su timidez, su franqueza inocente, su menguada figura, el tono de su voz y su incipiente curiosidad, claro signo de un alma inquieta.

—Los andalusíes hablamos romance porque somos muy pecadores, soberbios y desobedientes. El califa Umar (Dios esté satisfecho de él) prohibió las lenguas no árabes, pues decía que eran una impostura, una falsedad y un fraude. Así, en los primeros tiempos del islam, se suprimieron las de los sirios, las de los coptos, las de los griegos, y todos los pueblos dejaron de hablar su idioma en todas las ciudades y reinos. La lengua árabe se convirtió en su idioma y echó raíces profundas, mientras que las demás pasaron a ser algo ajeno y extraño. Pero más tarde el árabe *mudarí* se corrompió de su primitivo estado, se alteraron sus desinencias y algunas de sus normas de uso, hasta el punto de que casi hubiera desaparecido si no hubiese sido porque la preservó la cuidadosa atención que los musulmanes prestan al Libro Sagrado y a la *Sunna*. Por eso, el árabe se ha mantenido en Siria, en Iraq, en Egipto, en el Magreb y en Al Ándalus. Pero aquí, los muladíes hemos sido siempre la mayoría y, como vinieron muy pocos árabes, la *latiniyya* nunca dejó de hablarse, sobre todo en los campos y en las aldeas. Con el tiempo, hemos mantenido el romance de nuestros abuelos, como seña de identidad y por considerarnos superiores a los otros musulmanes, aunque también hablamos árabe, porque la religión también se ha mantenido y lo requiere. Como te he dicho, somos soberbios y pecadores.

No consiguió el adalid, sin embargo, que la muchacha le hablara de sus penurias del burdel y el cautiverio. Una losa de silencio y de vergüenza vedaba cualquier relato sobre estos hechos. Las violaciones, las sevicias, las injurias, los tormentos, sobre esto Toda permanecía muda. Tampoco le habló del aborto que le practicó una matrona también cautiva, con una infusión de manzanilla, jengibre y helecho, que casi acaba con su vida. Durante varios días se derramó incontenible su sangre y la dieron por muerta. Pero poco a poco, los cuidados de las otras cautivas devolvieron a la desgraciada muchacha a su existencia de dolor y padecimientos.

Solo por la noche, cuando el campamento dormía, Toda y Ali salían a pasear, acompañados por un esclavo que portaba una antorcha, bajo el único escrutinio de las miradas soñolientas de los centinelas y de los insomnes. En su mutua compañía, los dos perdían el sentido del tiempo y del espacio, casi olvidaban dónde se encontraban y por qué.

Pero para lograr ese disfrute exclusivo el adalid tuvo que pagar por ella el elevado precio que le marcó el judío. Sus exigencias eran tan exorbitantes, que Ali las rechazó de plano y dio el asunto por cerrado. Pero el traficante se quejó al cadí del campamento y Ali recibió un

requerimiento de pago con apercibimiento de embargo de la muchacha. No le quedó más remedio que transigir. Portando todos los beneficios que había acumulado en esa campaña, se dirigió al burdel del judío, plantado al lado del lugar donde se guardaban los cautivos cristianos, del que poco se diferenciaba. A muchos codos de distancia se percibía el hedor de los desgraciados que esperaban comprador, arrebujados unos contra otros para conservar el calor y como conjura inútil contra amenazas que ya se habían consumado, pues ninguno de ellos duraría más de un año con vida, dos a lo sumo.

El judío le esperaba sentado en un escabel, con una sonrisa irónica en la cara. Descendiente de sevillanos emigrados a Tánger, guardaba contra los habitantes de la Península un rencor antiguo y arraigado, pues en su ignorancia pensaba que fueron los andalusíes los causantes de su éxodo, cuando no fueron ellos, sino los almohades, los que decretaron la expulsión de judíos y cristianos de Al Ándalus. Con su señal amarilla bien visible en la túnica, signo de oprobio convertido en seña de identidad por el inquebrantable pueblo elegido, cubierto por una capucha de fieltro, sin mediar saludo ni cortesía alguna le dijo a Ali:

—A ver el dinero. Sin dinero no hay moza. Ya has disfrutado de ella mucho tiempo gratis y yo tengo que recuperar todo lo que invertí en su alimentación y vestidos.

El adalid le arrojó con fuerzas un saquete de monedas de oro, el precio del rescate de un noble cristiano de alcurnia, pero el judío lo atrapó en el aire, lo sopesó, y sonrió. Después de comprobar con sus dientes la ley de algunas de las doblas quedó satisfecho y le dijo:

—La puta es tuya… Que la disfrutes.

Ali le agarró del albornoz con su puño de hierro y lo elevó como si no pesara; le cogió de los cabellos y empezó a golpearle la cabeza contra una de las vigas del chamizo. Tuvo suerte el traficante de que la traviesa fuera de madera y no de hierro. Cuando Ali lo soltó, cayó al suelo, desmadejado, y no se atrevió ni a protestar.

El tiempo transcurría y Ali no hacía ningún intento por disfrutar de la cautiva por la que había pagado tan alto precio, causando la extrañeza de todos, incluso de la propia Toda. Los bereberes no tardaron en convencerse de que ese desusado comportamiento suponía una muestra más de la arrogante extravagancia de las gentes de Al Ándalus, pero tampoco los árabes y los compatriotas de Ali encontraban explicación.

Una mañana, después de compartir unas gachas frías bajo el entoldado de Ali, Toda retiró las escudillas y comenzó a limpiarlas con arena. De repente se volvió y dijo:

—No te gusto…. No me tomas. ¿Qué vas a hacer conmigo?

Como si regresara de un lugar muy lejano, Ali miró a Toda sin

comprender. Cuando por fin volvió a situarse, se levantó con lentitud, se acercó a la muchacha y la despojó con suavidad de su túnica de lana fina. Durante toda la mañana, la tomó una y otra vez, hasta que Toda quedó exhausta, medio dormida boca arriba sobre el almadraque sudado, disfrutando del dolor y del placer que todavía sentía, permitiendo que Ali contemplara su espléndida desnudez. Los cuidados, la limpieza y los alimentos habían devuelto el volumen a su cuerpo, el lustre a sus cabellos, el brillo a su piel. Cayendo en el error repetido por todos los amantes de todas las épocas, el adalid pensaba no haber contemplado nunca nada más hermoso.

Cuando la muchacha se despertó, volvió a tomarla sin decir nada, y así hubiera seguido, pues pareciera que Ali se encontraba ya en el paraíso, donde la verga siempre está firme por mucho que se use y las huríes conservan eterna su virginidad. Entonces ella pidió tregua, diciendo.

—Ya lo he entendido, perdóname.

La historia de la cautiva causó a Ali muchos quebraderos de cabeza, y alimentó la mala fama que empezó a ganarse entre los oficiales del ejército. Se comentaba su falta de fe, su decreciente entusiasmo. Su derrotismo no pasaba inadvertido. De seguir las cosas así, a no mucho tardar su cabeza luciría en una pica.

Cuando las murmuraciones comenzaron a subir de tono, todavía trató Ali de ponerles coto. Un día, mientras amarraba su montura a una encina, oyó cómo uno de sus compañeros de armas, antiguo amigo, comandante de la caballería de Lucena, dijo en voz alta con la clara intención de que todos pudieron oírle: «A los traidores que tratan con cristianas habría que desollarlos con un cuchillo lubricado con grasa de cerdo». Ali, con la mirada baja, negó con la cabeza. Se dirigió a donde estaba su viejo camarada y sin mediar palabra le propinó un fuerte puñetazo en la boca con su mano enguantada. Mientras el otro escupía dientes y maldiciones, Ali desenvainó el sable y apuntó a los demás asistentes. Poco a poco, fue retrocediendo hasta desaparecer por las caballerizas. Pronto comprobó que el remedio fue peor que la enfermedad y los pocos defensores que conservaba desaparecieron. Acabó solo, aislado, vigilado por todos, y así fue como por fin le estalló en el pecho el deseo incontenible de regresar con los suyos.

Su único consuelo lo encontraba en las cartas que escribía a su padre. Y esa misma noche sintió la necesidad de refugiarse en ese diálogo que mantenía con él en la distancia.

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso. ¡Alabanza a Allah por sus favores, gracias a Él por sus dones! No hay más Dios que Él.

Querido padre, ¡qué Allah te honre! ¡Qué Allah te dé Su protección! Seguimos guerreando sin tregua contra los politeístas, pero la guerra ya me cansa. Aunque el Todopoderoso sigue concediéndonos sus favores. Esta misma mañana hemos

destruido una aldea castellada cercana a la junta de los ríos, ese paradisiaco lugar donde me llevabas de pequeño a pescar truchas. Después de destrozar todos los edificios para dejarla inhabitable, ya que no tenemos fuerzas para conservarla, nos llevamos unos cuantos cautivos. Siempre lo mismo, una y otra vez: atacamos, destruimos, pero no podemos conservar las tierras y las ciudades que tomamos, así que vamos dejando páramos y yermos a nuestro paso. Continuamente pedimos a Allah que nos conserve su apoyo, que nos cubra con su misericordia y que haga fructificar nuestros esfuerzos, pero creo que el Altísimo también empieza a cansarse de nosotros. Dios —ensalzado sea— es quien se basta a sí mismo, mientras que nosotros somos los necesitados.

Pese a que disfruto de la confianza y de los favores del sultán, cada día más se despierta en mí la sensibilidad del recuerdo y la nostalgia de los míos. Por eso atesoro tus cartas, medito tus palabras y en ellas encuentro consuelo en los momentos malos.

Sé que cumplimos la voluntad de Dios, que quiere a los nazarenos fuera de Al Ándalus. Pero ¡qué alto precio estamos pagando! Continuamente nos cruzamos aceifas unos contra otros. He participado en tantas batallas que necesitaría un cargamento de papel y un mar de tinta para darte todos los detalles. Pero hoy quiero contarte, por primera vez, las crudas verdades de la guerra, oscuras, vergonzosas; no puedo creer que sean gratas a Dios las demasías y las crueldades que muchos musulmanes cometemos contra los cristianos. Nos dicen los imanes que Dios lo quiere, que somos el brazo castigador del Altísimo, que en su bondad busca infligir padecimientos a los politeístas para así llevarlos al camino de la verdad, pero a mí me cuesta causar tanto dolor. No es que mi alfanje tiemble cuando he de rebanar la cabeza de un descreído. Mi mano empuña firmemente la lanza que ha de atravesar los corazones de los enemigos de Dios. Pero ¿y los niños, las mujeres, los ancianos? Ellos son los que más padecen los estragos de la guerra. No podemos alimentar a tanto cautivo; por eso los que valen poco perecen de hambre y sed, encerrados en las peores covachas que puedas imaginar. A veces pienso si no sería más misericordioso darles una muerte rápida. No sé padre… me asaltan dudas. Mi espíritu está dañado. Sabré mil veces morir en defensa de la religión, en lo más recio de una batalla, pero no consigo acostumbrarme a los estragos, los tormentos, las talas de árboles, de viñas, la quema de cultivos… Estamos destrozando Andalucía. ¿Quiere Dios que acabemos con tanta belleza? ¿Acaso no existía todo esto desde que giran los cielos? ¿Cómo podremos vivir en el futuro cuando recuperemos nuestra tierra si no queda un árbol sin talar? Nuestra patria ha sido aniquilada: ya no queda nada de aquello que recuerdas. Hasta los manantiales de las fuentes se secan y dejan de fluir, pues como se secan las ubres si no se ordeñan, los pozos solo existen cuando se cavan y se les hace aflorar. ¿Podrán alguna vez los campesinos de esta tierra desplegar su trabajo rutinario y duro, sin otro peligro que los caprichos de la naturaleza?

Además, aunque hasta ahora no me haya atrevido a contártelo, hay algo que debes saber. Quisiera poseer tu elocuencia para describirte la situación y mis sentimientos, pero me temo que no he heredado esas virtudes. La gente aquí, los creyentes, no nos quieren, a los voluntarios de la fe. Y no solo por el hecho de que se vean obligados a alojarnos a su costa en sus propias casas, en virtud del derecho de *nazila* de que disfrutamos. Eso sería lógico y natural, pues nos comemos su trigo, tan duramente logrado. Pero nos temen y nos desprecian, también en buena lógica, porque con frecuencia los voluntarios cometen actos de brutalidad contra los mismos creyentes que dicen defender. No puedes imaginarte hasta qué punto se han excedido algunos, muchos de ellos, devastando amplias regiones, dañando a sus gentes, destrozándoles con sus imposiciones, atacándoles y asaltándoles con un salvajismo desbordado nunca antes visto. Con

razón temen los andalusíes por sus sembrados, que son el sostén de sus vidas y lo que les da sustento y comida. Abundan ya los que desisten de sembrar y se arrojan a los caminos, entre terrores espantosos que ahuyentan a los fantasmas y a las mismas pesadillas, donde no les queda sino ser presas de las garras del león. Han perdido los bienes y la esperanza.

¿Muyahidines? Gentes que han hecho de las lanzas el medio de vida y del hurto a los demás el modo de subsistir. Su corrupción es terrible, más allá de toda descripción. Muchos beben en exceso y se emborrachan, con una embriaguez punible por la ley religiosa, y presas del diablo del vino, abusan de los bienes de los musulmanes y de la honra de sus hijas menores. También los hay que ni siquiera se escudan bajo la excusa del alcohol y entran a sangre y fuego en cualquier aldea, sea de cristianos o de musulmanes, sea de día o de noche, con la idea de llevarse todo lo que encuentren de valor. Apóstoles del mal. Se apoderan por la fuerza de la cosecha en todas las zonas que controlan y, cuando no pueden, impiden que se recoja lo sembrado. Se quedan con todo sin dejar para los campesinos parte alguna, salvo lo desechado y lo inservible. O les piden a los creyentes tributos abusivos, amenazándoles con quemar sus cosechas si no los pagan. Bajo el nombre sagrado de muyahidines lo que veo son vulgares malhechores y pícaros, que comerían vómitos de perro en calaveras de cerdo y que aprovechan el yihad para vivir sin trabajar. Al principio, cuando había más orden en nuestras filas, escondían intenciones, pero ahora ni siquiera se molestan en respetar la disciplina y los rangos, y se llaman entre ellos por apodos que debían traer de sus lugares de origen, como Ishaq Rompevulvas, Said Garañón, Sulayman Follaconsumadre o Jalid Puntarrabo. Chusma de la peor especie, padre, que consiguen que el vicio parezca hermoso, capaces de forrajear con excrementos de perro, que acuden al pecado como las mariposas a la luz.

Las mismas tropas bajo mi mando, mi propio destacamento, que al principio de la guerra se componía de voluntarios andalusíes de buenas familias, se ha poblado de bandidos. Vagos, indisciplinados y pendencieros, pero con el orgullo de sultanes. No saben ordenarse en la batalla ni ir conjuntados, y cada uno embiste por su cuenta, atacando contra la ley de armas. No sienten interés ni respeto por las leyes y todos quieren mandar. Solo con la fuerza puedo imponerles disciplina y en consecuencia me estoy convirtiendo en una persona cruel. ¡Triste paradoja! Dios sabe que solo empleando la maldad consigo disuadirles de hacer el mal, pero a Él le pido que mi comportamiento no sea manifestación de una naciente inclinación al pecado. Porque a veces, padre, temo que acabe volviéndome como ellos, que se endurezca mi corazón, que termine perpetrando tropelías sin un ápice de remordimiento por el contacto con su bestialidad… La guerra, la vida del campamento, embrutece y deprava y hace bárbaros a los hombres. No han sido pocas las veces que yo mismo, para evitar la sedición de los hombres bajo mi mando, me he visto obligado a permitirles que practiquen, por diversión, su puntería con cautivos cristianos moribundos. Y en esos momentos vienen a mí las palabras que tantas veces me has repetido desde niño: «El hombre es tanto más humano cuanto mayor sea su tendencia al bien; y cuando se corrompe en su capacidad de acción, en su carácter y en su religión, queda corrompida su propia humanidad y se convierte solo en un animal con figura humana». ¿Eso es lo que me espera, padre, si sigo aquí, terminar convertido en una bestia de aspecto humano?

Todo en las costumbres de los bereberes y de los árabes del Magreb me resulta extraño, pese a ser musulmanes como nosotros. Practican la sodomía siempre que pueden de manera activa, con muchachos, sobre todo, aunque desprecian al homosexual pasivo y hasta le dan muerte después de usarlo. Un día le recordé al alfaquí que acompaña a las tropas —que declara ser malikí, pero que creo que

jamás ha leído un libro del maestro— que, según la ley, el homosexual que yazga con un varón mayor de edad y que consienta, provocará la lapidación de ambos. Al escucharme, se rio —creo que pensaba que estaba bromeando—, pero cuando se dio cuenta de que iba en serio, me gritó que «según la ley, quien diga a otro homosexual será castigado por calumniador y recibirá ochenta latigazos».

Las querellas entre las tribus son continuas. El jeque de los Satta, Muhammad ibn Ali As-Satti, acaba de morir apuñalado por uno de sus eunucos cuando se encontraba más indefenso. El esclavo teñía su barba con alheña mientras el jeque estaba acostado boca arriba en su jergón, con los ojos cerrados. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba, un afilado estilete le atravesaba el pecho de parte a parte, rompiéndole el corazón.

Por si fuera poco, a las riñas entre creyentes debe añadirse el malestar que entre algunas tribus sienten por la presencia en nuestro ejército de la milicia cristiana, que con tanta eficacia nos ayuda en nuestras operaciones; son guerreros temibles y muy esforzados, leales si se les paga a tiempo, de una potencia irresistible por el furor de sus sables. Muchos de ellos formaron parte de la guardia personal del sultán y despiertan los celos de los jeques. El caíd de los cristianos, Rodrigo Jiménez, estuvo a punto de ser asesinado hace unas pocas noches, y ahora amenaza con volverse con sus tropas a sus tierras del norte. La mayoría proviene del país de los francos e incluso de las tierras frías donde la noche es perpetua, y sus costumbres resultan muy extrañas, incluso para los castellanos, que se parecen más a nosotros.

Hoy comprendo, padre, por qué nunca quisiste que me hiciera muyahidín. Pero Dios lo dispuso de otra forma, y desde mi más tierna edad me he visto obligado a luchar. Me encuentro muy cansado, quiero volver con los míos, compartir contigo el tiempo que el Creador quiera darnos, para que puedas alumbrarme con tu sabiduría y calentarte con mi cariño. Ya se me ha pasado la locura de mi nostalgia. Dios da la estrechez y el desahogo, la oscuridad y la luz.

Recibo tus noticias como la aparición del alba después de una larga noche de tinieblas. ¡Qué Dios mejore nuestra situación, nos reúna tras esta atroz separación, nos enseñe el bien y nos cuente entre los suyos!

Quedad todos bajo la protección de Dios.

Así lo dice Ali ibn Hamet en Sherish, en septiembre de 1285. Vale.

En sus cartas, Ali hablaba cada vez menos de los acontecimientos políticos y más de sí mismo. En realidad, las querellas entre los príncipes le importaban cada vez menos. Sobre todo, porque lo que empezó siendo un yihad había derivado en un caos de alianzas y traiciones incomprensibles, en medio del cual la mayoría de los jeques benimerines habían decidido seguir actuando por su cuenta, buscando el beneficio patrimonial y no el bien de la religión. Sí, ya no podía ocultárselo más a sí mismo: se sentía arrepentido de haber dejado a los suyos para regresar a la Península. Este pensamiento se adueñaba poco a poco de su insomnio y, noche tras noche, con los ojos abiertos a la oscuridad, escuchando el silencio, se entregaba a la autocompasión bajo la pesada losa del sentimiento de culpa, pensando en lo que habría sido su vida si hubiera permanecido en Túnez, dedicado al *Fiqh*, a la sombra benéfica de su padre, la persona a la que más amaba y respetaba en el mundo, criando hijos. En definitiva, viviendo. Porque lo que ahora padecía no era una vida, sino una

existencia vacía y desnortada, llena de maldades y horrores que muchas veces él mismo protagonizaba con repugnancia.

Todavía en 1284 Abu Yusuf ordenó la entrada del grueso de sus tropas hasta las proximidades de Córdoba y sentó un campamento en Baeza. Desde allí partieron continuas expediciones rumbo al norte, a Vilches, Montiel, Almedina, incluso hasta las proximidades de Toledo. Algunos incautos vieron al alcance de la mano, una vez más, el objetivo ansiado: la reconquista de Al Ándalus. Pero Ali no se engañaba, ya no. Lo único que consiguió el sultán con esas expediciones fue contribuir a mermar el apoyo popular al rey Alfonso, que poco a poco iba quedándose más aislado en Sevilla, donde murió en abril de 1284.

La muerte del rey, en lugar de promover el yihad, propició la paz entre Castilla y los aliados granadinos del nuevo rey, Sancho. Ante las informaciones sobre la muerte de su adversario, pero a veces amigo y siempre respetado Alfonso, el viejo Abu Yusuf parecía no saber qué rumbo tomar. Llevaba años saqueando el sur de la Península, obteniendo buenos botines, pero mostrándose impotente para apoderarse de alguna ciudad importante. Sabía que no disponía de los conocimientos ni de las maquinarias precisas para tomar por asedio plazas fuertemente amuralladas.

Por primera vez en su vida, el sultán empezaba a experimentar, al mismo tiempo que Ali ibn Hamet, un sentimiento desconocido por él: se mostraba cansado de pelear. Contrariando la opinión de sus notables y de sus hijos, decidió enviar al nuevo rey de Castilla una embajada a fin de sondear sus intenciones. El rencoroso Sancho, que no puede olvidar las angustias que le hizo pasar el africano no hace tanto tiempo, despacha en el verano de 1284 a la delegación con una arrogante respuesta:

…fasta aquí adelante él tinie en una mano el pan é en la otra el palo, é quien el pan quisiere tomar que le feriria con el palo.

El sultán consideró la respuesta como una ruptura de relaciones y ordenó la inmediata convocatoria de las cabilas para un nuevo yihad, que esperaba fuera el definitivo. Podrían lograrlo; estaban muy cerca, con Castilla desangrada, sin amigos, hambrienta, tras varios años sucesivos sin poder sembrar en el valle del Gualdalquivir. Muchas poblaciones acabaron abandonadas, y pese a los esfuerzos reales, la mayoría de las familias que acudieron al sur en tiempos del rey Fernando regresaban a los solares de sus abuelos. Andalucía se despoblaba. Cuidades antaño prósperas y populosas hoy no son más que un laberinto de ruinas sin alma viviente. Sí, era justo el momento de dar el golpe definitivo que permitiera el regreso de toda la Península a la soberanía del islam.

Así comenzó la última expedición del sultán Abu Yusuf contra

Castilla, en la que ahora estaba inmerso Ali ibn Hamet. Esta vez, desde el principio, el objetivo se planificó claramente de antemano: nada de largas expediciones al norte, en busca de botín. Dado que ya poseían Algeciras, era necesario tomar la siguiente gran ciudad al norte del Estrecho. Jerez.

En enero de 1285 el sultán salió de Rabat para Alcazarseguir. Hasta finales de marzo de ese año, se produjo un incesante trasvase de tropas al norte del Estrecho. Finalmente, el 12 de abril, el propio Abu Yusuf desembarcó en Tarifa, como tantas veces antes, para dirigirse posteriormente a Algeciras. Desde sus bases del estrecho, el sultán ordenó a sus tropas un nuevo saqueo del ya castigado valle del Wadi al-tin, contra los alfoces de Jerez, Vejer, Arcos y Medina. El fabuloso ejército benimerín puso cerco a Jerez en abril de 1285. Dirigidos personalmente por Abu Yusuf, sus tropas remontaron el Guadalete desde su desembocadura por la margen izquierda y sentaron campamento en la Fuente del Sol, el 24 de abril.

Pero el sitio se prolongaba y no conseguía rendir sus frutos. Además de sucesivos asaltos, también se lanzaron algaradas contra plazas de los alrededores, en las que solía participar Ali Ibn Hamet con su destacamento de caballería ligera, destacando más que nunca en su eficacia guerrera, única parcela de su atormentada existencia en la que aún conservaba conciencia de honor. El 2 de mayo Ayyad al-Asimi fue enviado contra Sanlúcar. El 3 de mayo, sus visires Muhhamad ibn Attu y Muhhamad ibn Imran saquearon los alrededores de Rota y el Puerto. El 6 de mayo el sultán envió a su nieto Abu Ali ibn Abd al-Wahid con 1000 jinetes contra Sevilla, que partió de inmediato y, tras acampar la primera noche en Alocaz, llegó a su destino al día siguiente. Allí dividió sus tropas: 500 jinetes atacaron la ciudad, mientras los demás le acompañaron para plantar cara a un ejército cristiano que se dirigía contra él desde Carmona. Después de derrotar a los cristianos y de obligarles a refugiarse tras los muros de la villa, quemaron las cosechas y talaron los frutales de la villa y regresaron al campamento que sitiaba Jerez con un cuantioso botín.

El 12 de mayo se desencadenó el más importante ataque contra Jerez. Los muyahidines lograron entrar en los arrabales de la medina, los quemaron y mataron a 200 cristianos. El final parecía cerca. Sin embargo, el día siguiente, sin que nadie lo esperara, se produjo lo imprevisto: los jerezanos ejecutaron una salida desesperada, con la intención de tomar por sorpresa a los musulmanes y quemar su campamento. Y casi lo lograron. Con las guardas desatendidas y las huestes desorganizadas, comenzó una carnicería que solo terminó gracias a la intervención de mercenarios turcos que acababan de llegar y con sus flechas hicieron retorcer a los cristianos. Los atacantes se convirtieron en presa y volvieron las espaldas; mientras recorrían el

camino de vuelta a Jerez, sufrieron los ataques de la reconstituida caballería benimerín, que los derrotó dejando el campo regado de cadáveres.

El 30 de mayo, Abu Yusuf ordenó levantar el campamento, pero no el sitio. El grueso de las tropas acampó al otro lado del Guadalete, en medio de las pocas viñas y huertas que quedaban sin talar por la zona. Desde allí, un fuerte contingente se dirigió al puerto con la intención de tomar la ciudad. No lo lograron, pero sí penetraron en el arrabal, lo saquearon completamente y lo incendiaron con haces de leña seca untados en sebo. Ansiosos por continuar el saqueo, los muyahidines a punto estuvieron de penetrar en la medina, pero los cristianos sabían que se jugaban la supervivencia y redoblaron sus esfuerzos. Al final, lo que había empezado como una jornada exitosa, se cerró con un descalabro, pues cientos de soldados de la fe cayeron ante los muros de al-Qanatir.

Pero no por ello cesaron los continuos asaltos contra Jerez. Uno tras otro, con resultados siempre decepcionantes. A partir del 2 de junio, el sultán ordenó aumentar aún más la presión, con ataques diarios. No podría permanecer mucho más tiempo cercando la villa. Con los refuerzos que llegaron en junio, arqueros, voluntarios de la fe y 500 jinetes de los Banu Yabir, confiaba poder rendir la plaza.

Por fin, el 21 de junio llegó desde Algeciras el cargamento que el sultán llevaba tanto tiempo esperando: los almajaneques necesarios para demoler los muros de la villa. Pero las máquinas de guerra de nada sirven sin manos expertas que las manejen, y los cristianos ya no se fiaban de los bereberes. Más de una vez habían pagado la ira y el mal vino de los creyentes, así que los adalides no lograron que, por voluntad propia, ni a cambio de las más fuertes sumas, los artilleros expertos colaborasen en la toma de Jerez. Solo unos cuantos esclavos, de mala gana y enfrentados a los peores castigos, enseñaron a los musulmanes el manejo de esas armas, pero con poco éxito. Al poco tiempo, las costosas máquinas acabaron descuajaringadas y convertidas en trastos inútiles, y solo unas cuantas cruces, levantadas con esa misma madera, dejaban testimonio de la vana tentativa.

El cerco de Jerez se prolongaba. Para Abu Yusuf, la caída de Jerez se convirtió en obsesión: después de tantos años de guerra, de tantas expediciones de saqueo, ninguna conquista importante. Ni siquiera había quedado asegurado su poder sobre Ronda y Málaga. Jerez tiene que caer en sus manos. Para ello despliega todo su poder ante la villa, recurriendo a todas las tribus, los Banu Wankasan, los Asin, los Sufyan, los Banu Yabir, los Masmuda. También a los Banu Askar, los Banu l-Wazir y a los Jult. Pero los días se van sucediendo y la ciudad no cede, protegida por sus barbacanas y sus torres, que desde sus aspilleras vomitan miles de mortíferas saetas. El sultán no sabía cómo

actuar: seguir estrellándose contra sus fuertes muros de argamasa no supondría más que pérdidas de vidas preciosas. Tenía que tratar de rendirla por hambre o con alguna treta.

Cuando la victoria se resiste, la tensión de los jefes del ejército se traslada a la tropa. En el campamento de Sherish la situación empeoraba para todos, y aún más para Ali. Desde el incidente con la cautiva, los demás oficiales no ocultaban su desprecio por el hijo del cadí. Incluso los andalusíes le echaban ya con descaro miradas claramente amenazantes. En otro tiempo, tales provocaciones y afrentas hubieran provocado la inevitable respuesta del guerrero de Sherish. Pero hoy a él poco le importaban: había perdido toda esperanza. Su único objetivo era ahora salvar la vida de Toda, impedir que la hermosura de su rostro se pudriera en una tumba. Ali había descuidado a sus tropas, desobedecido órdenes superiores, faltado a las reuniones del consejo… Después de tantas provocaciones ¿cuánto tiempo más logrará conservar la cabeza sobre los hombros? Apenas salía de su tienda y no permitía que nadie entrara en ella, salvo los de su absoluta confianza. Apenas dormía, pues siempre andaba temiendo un ataque, o que fueran a detenerle. Sabía que tenía que huir.

Desesperado, el adalid se sentó a redactar una carta para su padre, aunque sabía que probablemente nunca llegaría a su destino.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera. La oración y la paz sean sobre nuestro dueño y señor Muhammad, el profeta árabe anunciado en la Torah y descrito en los Evangelios.

Querido padre. ¡Qué Allah te honre! ¡Qué Allah te dé su protección! Te escribo unas líneas muy rápidas que no sé si te llegarán algún día, más para aliviar mi alma que por darte noticias que sin duda algún día conocerás.

Aquí la situación está cada vez más revuelta. Los gallegos empiezan a contraatacar con peligro y Dios ha permitido que los creyentes suframos varios reveses. Además, los refuerzos que esperábamos de Argel no han llegado. El jeque Abd Allah ibn Ziri as-Sanhayi partió de esa villa con su flota, en las que portaba a las tropas de los Banu l-Wazir y los Banu l-Bayi pero naufragó cerca de Bujía perdiendo a sus barcos y a su gente; él mismo fue arrojado al mar y quedó abandonado en una isla hasta que un leño lo rescató y lo llevó hasta Tremecén.

Como suele ocurrir, estas desgracias no han venido solas y las tribus bereberes de las regiones montañosas de Bujía han empezado a negarse a pagar los impuestos y el azaque. Y el ejemplo empieza a cundir, porque tampoco lo pagan ya las tribus sidwiks que se asientan en los territorios de Kutama, en las llanuras entre Constantina y Bujía.

Afortunadamente, las habilidades para encontrar nuevos fondos de los Banu Waqqasa, los judíos que llevan las cuentas del sultán, parecen inagotables y se dice que ya se prepara en Bujía una nueva flota para transportar más creyentes a la Península, junto con provisiones, armas y hasta predicadores que proclamen la divina misión del yihad contra los cristianos. Buena faltan nos hacen, pues necesitamos garantizarnos el apoyo incondicional de los musulmanes de Al Ándalus. También ellos están hartos, después de llevar años sufriendo las consecuencias de esta guerra destinada a destruir la tierra más hermosa. Si esto se

prolonga, el día en que los andalusíes podamos regresar nos encontraremos con un desierto. Parecemos haber olvidado que Dios puede prescindir de sus criaturas.

Querido padre. Por favor, te ruego que me perdones lo que voy a decirte. He decidido poner fin a este servicio que un día juré emprender sin fin. No soporto más esta tarea, que lejos de ganarme el paraíso, me cubre de oprobio. No puedo soportar más la inmensidad del horror. Mi aspiración hoy se limita a cubrirme con el *izar* de lana sin coser y a dirigirme a La Meca, para procesionar alrededor de la Ka'ba, ganar la recompensa divina y tu perdón. He ensuciado mi alma con tantos pecados que no sé si algún día lo lograré, pero pongo mi confianza en la misericordia de Dios, el más misericordioso. Con la tuya sé que cuento de antemano…

El aceite de la lámpara se agotó y se consumió la mecha. Ali tuvo que levantarse para renovarlos, con un peso tremendo en el corazón, el peso de los años, la culpa y el arrepentimiento. Al borde de sus fuerzas, se obligó a continuar escribiendo.

Solo tus cartas me aportan algo de paz y de sosiego. Ellas vierten en mi corazón una paz añorada, resucitan la alegría y reavivan la ardiente esperanza de que pronto podamos todos reencontrarnos. Le pido a Dios que nos reúna antes de que sea tarde.

Que la paz y la misericordia de Dios sean sobre ti. Tu devoto hijo, deseoso por verte, que sin parar se acuerda de ti y reza por todos.

Pido a Allah para que te dé salud, para que nos salve de la desgracia a los Banu Quzman y nos ponga a todos en el buen camino. Vale.

Finalmente, el sultán se dio por vencido. Resultaba evidente que Dios no quería que lograra su objetivo. Transcurridos varios meses de asedio feroz, Jerez resistía. Además, se recibió en su campamento noticia de que el rey Sancho se disponía a bloquear el Estrecho, ayudado por la orden de Santiago y después de alquilar una nueva escuadra a los genoveses.

Agotado, con el corazón negro de pesar y rencor, a finales de septiembre de 1285 el señor de Marruecos ordenó levantar el cerco y regresar a Algeciras para preparar su armada.

El ejército jamás derrotado, pero no por ello victorioso, comenzó su lenta marcha hacia el sur. En el campamento cundió el desconcierto y la indisciplina. Fueron momentos críticos para Ali y su protegida. El adalid no se separaba de Toda, a la que llevaba velada, porque sabía que un simple descuido podía costarle la vida. Desesperado, el hijo del cadí estaba decido a escapar con ella a Zahara, donde buscaría el amparo de su amigo Mahmud, para desde allí buscar la manera de regresar a Túnez, de donde, ahora estaba seguro, nunca debió partir. Pero no iba a resultar fácil, pues justo antes de partir, el héroe del yihad, el mejor de los adalides del ejército de la fe, fue relevado del cargo, e inició la marcha no al frente, sino prisionero de sus propios hombres, por los que hacía solo unos meses hubiera dado la vida.

48. Zahara. Finales de diciembre de 1285

Ali escogió para huir el momento en que cambiaban las guardias y había algo de movimiento en el campamento. En medio de la más profunda oscuridad, en una noche bien elegida por su luna nueva, el adalid caminaba poniendo cuidado en cada paso, sin otro equipaje que un zurrón con algo de pan y su espada envainada y acolchada para que no sonase.

Las huestes benimerines habían comenzado a abandonar Sherish siete días antes, en sucesivas oleadas y en medio de un enorme desorden. Por todas partes cundían la algazara y el tumulto, las peleas por el botín y los escándalos causados por los borrachos que, careciendo de medios para portar el vino robado, decidieron consumirlo a toda prisa. No pocos de ellos acabaron en cruces y algunos torturados con publicidad como escarmiento. Inútil remedio, pues las bacanales no cesaban, sino todo lo contrario. Conforme el campamento menguaba, lo hacía también la disciplina, y reinaba por doquier el hedor animal de los soldados, mezclado con los humores de los restos de alimentos en descomposición y de las letrinas que proliferaban en cada rincón.

Ali partió el último día de septiembre. Aunque no había sido formalmente encausado, todos sabían que en cuanto llegaran a Algeciras sería encarcelado a la espera de juicio, sospechoso de herejía y traición. Que los otros adalides bereberes no lo hubieran ejecutado ya no se debía a la clemencia o a las dudas sobre su segura condena, sino al hecho de que el andalusí fuera un día uno de los preferidos del sultán, así que mucho arriesgaba quien se cobrara su cabeza sin mediar los procedimientos formales necesarios.

En realidad, el asunto de sus tratos con la cautiva cristiana no vino sino a colmar el vaso de sus muchas arrogancias y singularidades. En el campamento se contaba que Ali ibn Hamet ibn Quzman participó en el yihad desde el principio y que era de los pocos que había sobrevivido a todas las campañas, sin haber recibido jamás ni un rasguño; no por cobarde, sino por una legendaria *baraka* que le hizo famoso en Al Ándalus y el Magreb. Pero mientras que al comienzo de la guerra se mostraba como un mozo alegre y bien mandado, piadoso y austero, el paso del tiempo hizo de él un guerrero receloso y taciturno, que dejó de participar en las fiestas de sus compañeros de armas, que apenas tocaba a las cautivas que le correspondían por botín de guerra y que se saltaba muchas de las oraciones prescritas.

Para mayor escarnio de la fe y agrandamiento de su culpa, en las últimas semanas Ali vivía abiertamente en concubinato con una cautiva cristiana, una puta escuálida y de escaso valor que llevaba

meses pasando de mano en mano para saciar los apetitos de los creyentes. Que un adalid del ejército del sultán pudiera incurrir en semejante deshonor fue lo que no le perdonaron sus compañeros de armas, que hasta entonces le defendían alegando su eficacia con las armas, sus dotes como comandante y su calidad de persona letrada, en un medio donde casi todos eran analfabetos.

Ali esperó unos momentos a que pasara la ronda y siguió su camino. Acampaban en las riberas del río Barbate, a la vista de Alcalá Sidonia, un pequeño caserío encaramado en un roquedo, alto como el nido de un águila. Ali conocía la zona desde niño como la palma de su mano. Por aquí había pescado con su padre, cazado con su tío y cabalgado con sus hermanos en muchas ocasiones, en un tiempo feliz y tan remoto que a veces le parece haberlo soñado más que vivido.

Cuando pasó el peligro, Ali reptó lejos de los tenues destellos de luz emitidos por las hogueras del campamento, hasta llegar a la explanada donde dormía al raso Toda, con otras pocas mujeres. Desde que comenzó la marcha hacia el sur, les habían separado por la fuerza, por primera vez desde que se conocieron. La muchacha marchó todo el camino atada de pies y manos, en la cuerda de las esclavas, mientras que Ali cabalgaba, libre y armado, pero discretamente flanqueado por cinco bereberes. Las agotadas cautivas dormían como niñas de cuna saciadas y arropadas entre algodones, pese a que estaban ateridas y hambrientas. Con mucho cuidado, Ali cortó las ligaduras de Toda antes de despertarla. Después marcharon los dos cogidos de la mano, agachados, hacia el cauce del río.

Tan pronto como llegaron al río Barbate, se introdujeron en sus aguas hasta las rodillas y empezaron a remontarlo. Ali esperaba que cuando se diera la alarma ellos se hallarían ya a al menos a tres leguas de distancia, por las espesuras del curso alto del Barbate, donde podrían caminar escondidos hasta el Puerto Oscuro, que separa la cordillera del Aljibe de las sierras de las Cabras. Desde allí descenderían hasta alcanzar el río Tavizna, para remontarlo también hasta llegar al puerto del Boyar, donde ya se encontrarían solo a unas pocas leguas de Zahara, que podían recorrer por los peñascosos senderos de las alturas o por las suaves colinas que flanqueaban al Guadalete, según exigieran las circunstancias.

Al principio todo discurrió muy bien. El sol los encontró en la falda del Picacho, la elevación más occidental de la sierra del Aljibe. Allí descansaron unos minutos en la ribera de un hermoso lago, poblado de patos y otras aves buenas para comer. Pero debieron conformarse con mordisquear un poco de pan y tragar unos huevos crudos que encontraron en los nidos de los alrededores. Después siguieron caminando hasta alcanzar el puerto antes del cenit, mientras trataban de recolectar por el camino bellotas de roble y azufaifas.

Fue allí donde Ali se dio cuenta de que les perseguían, mas nada dijo a Toda. Con su aguda vista de montaraz, avistó en la lejanía, a menos de cuatro leguas, a diez jinetes que trataban de galopar por los escasos claros que dejaba el bosque. Sin duda conocían la zona y eran expertos monteros, pues habían localizado su rastro.

Presa de la angustia, Ali aceleró el paso todo lo que le permitían a Toda su debilidad y la escasa longitud de sus piernas. En algunos trechos, la portó sobre sus hombros, mientras que la emocionada muchacha le decía al oído palabras de amor que no sabía de dónde salían, pues nunca antes las había escuchado. Esa dulce cantinela de frases entrecortadas aumentaba las fuerzas de Ali más que una aguzada fusta. Pero, sobre todo, lo que le proporcionó el impulso decisivo para continuar el camino más allá de su propia previsión, fue la confesión que le hizo Toda: iba a tener un hijo, un hijo suyo, un Banu Quzman. Jamás hubiera esperado Ali recibir esa noticia en medio del bosque, al borde de la muerte. ¡Extraños caminos nos traza el destino! Con lágrimas en los ojos que en sus mejillas se confundían con los chorreones de sudor, el adalid apretó el paso, dando largos trancos y logró recorrer con Toda a su espalda casi dos leguas. Al cabo, sin embargo, también él era humano y sus fuerzas se agotaron antes de llegar a la altura del Tavizna. Bajo la sombra de un alcornoque, se derrumbó exhausto y dormitó unos instantes.

Como propulsado por un resorte, Ali salió de su corto y reparador sueño, para contemplar, como si de una pesadilla se tratara, a los perseguidores que les señalaban desde una distancia de media legua. Habían recortado mucho el espacio que les separaba. Comenzó entonces una carrera frenética por las riberas del río Tavizna. La espesa vegetación fluvial les cortaba el camino muchas veces y los fugitivos debían caminar por el lecho del río. De esta forma progresaron un poco más hasta que el sol se puso, se acabó la luz y ya nadie pudo dar un paso más, ni perseguidores ni perseguidos, en medio de la oscuridad del bosque en pleno novilunio.

Ali y Toda, ateridos, se abrazaron para conjurar el frío y la humedad. La muchacha castañeaba los dientes y Ali hacía bromas sobre su extraño lenguaje y sobre el aspecto del hijo que iban a tener. Como por una extraña paradoja, Toda parecía contenta. O acaso no debiera considerarse tan insólito su comportamiento: por primera vez desde hacía muchos meses, la moza disfrutaba de libertad. Si hubiera llegado el momento de morir, lo haría acompañada de Ali, en medio del campo y llevando en su seno al fruto de su amor. Sí, sin duda se trataba de una buena muerte. Mejor eso que morir desangrada por las acometidas de un puñado de bereberes.

Ali, sin embargo, sabía bien el grave trance en que se encontraban. Quizás, por milagro, pudieran alcanzar el puerto del Boyar antes que

los jinetes. Pero una vez allí, resultarían presa fácil. Trató por ello de descabezar un sueño breve, se comió el resto del pan, y siguieron remontando el río por el medio de su cauce, mucho antes de que amaneciera. Las piernas se les agarrotaban por el frío y, de vez en cuanto, debían salir para recuperar el calor.

Justo cuando amanecía llegaron a la altura del puerto y allí no les quedó más remedio que parar. Toda no podía dar un paso más y corría riesgo de morir de agotamiento, acabando allí mismo las dos vidas. Dando miradas nerviosas en dirección a la linde del bosque, Ali acomodó a la muchacha contra el tronco de un árbol y desnudó su espada para encarar a los perseguidores.

Tal como esperaba el adalid, al poco rato aparecieron los jinetes al galope. Cuando los perseguidores les vieron prorrumpieron en gritos de alegría; sin duda les habían prometido buena recompensa. Ali despertó a Toda y se subió con ella en un peñasco. Desde allí trataría de repeler las acometidas de los bereberes, que no podrían hacer uso de sus caballos y habrían de usar sus manos para atraparles.

Los magrebíes pasaron un rato contemplándoles, alejados a menos de un tiro de ballesta y discutiendo el procedimiento a seguir. Sin duda, les habían prometido una suma mayor si regresaban con los fugitivos vivos, porque no usaron flechas ni azagayas para reducirlos, sino que descendieron de sus monturas. Unos desenvainaron sables y cuchillos, otros enristraron picas, acercándose lentamente a donde se encontraba encaramado Ali, con Toda arrodillada a su espalda.

El primer bereber, el jefe de la partida, le acometió con una lanzada dirigida a sus tobillos, que el adalid esquivó de un salto. Con un tajo limpio, cortó el astil desarmando al atacante, que con un juramento echó mano a la espada y retrocedió prudentemente.

—¡Hijo de puta andalusí: muerde la vulva de tu madre! ¡Matadlo, matadlos a los dos…! Vamos, a por él.

El segundo se acercó puñal en boca, usando las manos para escalar el risco. Perdió las dos y salió propulsado hacia atrás, gritando maldiciones y arrojando torrentes de sangre por los muñones.

Los demás decidieron cambiar de estrategia. No valía la pena perder la vida por un aumento del botín. Tras tratar toscamente de detener el flujo de sangre de su compañero, lo dejaron por imposible, y regresaron a los caballos para armar sus arcos.

Ya se daba Ali por perdido, cuando de repente se escuchó el golpeteo de los cascos de varias cabalgaduras al galope. Los bereberes se volvieron para encarar a un grupo de cinco caballeros completamente armados, vistiendo ropas andalusíes.

—¡Mahmud! —gritó Ali, sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos—. ¡Ayúdanos!

Los magrebíes y los recién llegados se contemplaron mutuamente y

sin mediar palabra, se acometieron. Pese a la superioridad numérica de los bereberes, la pelea resultaba igualada, porque los andalusíes luchaban encabalgados. Ali bajó del risco y acometió a sus perseguidores dando un salvaje grito de guerra. Antes de recibir una lanzada en el vientre, aún pudo acabar con dos de ellos. Después se hizo para él la noche.

Ali llegó a Zahara muy malherido y casi inconsciente, en noviembre de 1285. Inmediatamente Mahmud lo puso en manos del mejor físico de la villa, que tardó poco en darse cuenta de que la herida era mortal. El final del adalid, sin embargo, no iba a ser ni inminente ni indoloro. Podría tardar días en morir. Lo único que el médico podía hacer era aliviar sus sufrimientos.

No fueron días, sino semanas, las que pasó Ali en el umbral de la otra vida, generalmente inconsciente, entre los delirios febriles que le ocasionaban los opiáceos suministrados por el físico. En ocasiones, el dolor cedía sin necesidad de remedios y el adalid disfrutaba de algunos momentos de lucidez. Entonces Ali y Mahmud se enfrascaban en largas conversaciones, en las que rememoraban gloriosos hechos de armas, anécdotas divertidas en las que el alcaide le informaba de los últimos acontecimientos políticos.

Se había sellado una tregua entre Castilla y el sultán de Fez, por cinco años: paz por fin. Ambas partes mantienen sus posiciones en la frontera. Sorprendentemente, los dos monarcas, pese a sus diferencias de todo tipo, congeniaron. Todas las partes necesitaban la paz. Se iniciaron negociaciones: Abd al-Haqq ibn al-Turyman llevó a Sevilla un tratado que fue aceptado por el rey Sancho. Los dos monarcas decidieron verse personalmente en el castillo de Fuente de la Peña, cerca del río Guadaira, y firmaron el acuerdo el 21 de octubre de 1285.

El sultán obtuvo del joven Sancho la gracia de que le envíe a Marruecos todos los libros musulmanes y alcoranes que encontrase en sus dominios en manos de cristianos y judíos. En poco tiempo, Abu Yusuf recibió en Algeciras 13 cargas de alcoranes y comentarios, como el de Ibn Atiya y el de al-Taalibi. Libros de tradiciones y sus explicaciones, como al-Tahdid y al-Istidkar. También libros de jurisprudencia y de principios, de gramática, de lengua árabe, de literatura y muchos otros. Ordenó el sultán que tan valioso cargamento se enviara inmediatamente a Fez para uso de los estudiantes de la escuela que él mismo había fundado.

Abu Yusuf regresó a Algeciras. Antes de partir para África quería dejar aseguradas sus posesiones en Al Ándalus. No se fiaba del castellano ni del nazarí. A pesar de su edad, seguía desplegando una actividad frenética: visita Coín, para revisar sus fortificaciones, y lo mismo hace poco después en Estepona. A fin de año regresa por fin a

Algeciras, con intención de embarcarse cuanto antes, pero le asalta una grave enfermedad.

—Lo último que se ha sabido —dijo Mahmud— es que el sultán está, como tú mismo, postrado en un lecho del que no parece que vaya a levantarse en la nueva Algeciras, en el alcázar de al-Bunya, su ciudad amada, la única que puede llamar verdaderamente suya en la Península, y no porque la conquistara, sino porque mandó construirla. También él es humano y aunque tiene a todo su imperio rezando por su curación, se espera la noticia de su muerte de un momento a otro. ¡Vaya personaje! Parece increíble todo lo que ha luchado, las grandes victorias que ha logrado y el poco provecho que ha sacado de ellas. Al cabo ¿qué han logrado los benimerines? Nada, porque nada tienen. ¡Cuán gravosas y sangrientas han sido sus aclamadas victorias! Al Ándalus desolado, cientos, miles de muertos, cosechas perdidas, ganados arrasados, bosques talados… ¿Quién querría ya vivir aquí?

En otro de esos periodos de consciencia, Mahmud le puso al tanto de los pormenores de su intervención.

—No veas nada milagroso en mi intervención, amigo. Me dirigía a Aznalmara con una escolta ligera para exigir por la fuerza el tributo de esa villa de bandidos. Para llegar allí desde Zahara, el camino más directo pasa por el puerto del Boyar. De lo contrario, el rodeo implica al menos diez leguas. No, Ali. Las casualidades existen.

Ali sonreía, incorporado sobre un montón de cojines, con la mano en la herida.

—Te equivocas, mi respetado señor y maestro. La casualidad no cabe aquí. Quizás si nos hubiéramos cruzado en cualquier otro lugar del ancho mundo, tal vez en Qairuán o en la lejana Samarcanda, lo podría achacar al mero azar. Pero… en el Boyar… dónde murió Yamila… No, señor, allí no. El destino de mi familia parece encontrarse fatalmente ligado a ese sitio. Tú fuiste llevado allí por la mano de Dios, que quiso graciosamente concederme unos días más, Él sabe por qué.

El alcaide asintió levemente con la cabeza, pensativo, y se introdujo la mano entre los pliegues de su túnica.

—Acaso el Todopoderoso quiso darte la oportunidad de leer estas cartas de tu padre, que aquí te aguardaban —dijo Mahmud tendiéndole varios pliegos de pergamino ligero.

Ali sintió en su interior una oleada de hielo. Tendió la mano, cogió las cartas, las dejó en su regazo y quedó un rato mirándolas, como sin saber qué hacer. El alcaide se levantó.

—Creo que mejor te dejo solo amigo.

Y solo se quedó consigo mismo el guerrero en la habitación, junto al peso de la culpa que le acompañaba, en estos momentos entremezclada por la compasión que sentía, inmensa, hacia la vida

que se abría paso en el vientre de Toda, hacia su padre, hacia sí mismo.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Así dice el humilde siervo que suplica la gracia de su Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —ayúdelo Dios —: alabado sea Dios, dueño de la soberanía y de la omnipotencia, y en cuya mano están el dominio y el poder. Todopoderoso e inmutable, al que nada le es inalcanzable ni en los cielos ni en la tierra.

Querido hijo. Pensaba ayer, mientras paseaba, evocando hechos pasados, momentos de felicidad, en Sherish, cuando era joven y vosotros unos niños… pensaba en el mucho bien que me hace escribirte estas cartas. Gracias a ellas penetro en los repliegues más íntimos de mi alma, me sirven para conocerme y para conocerte. Pues por ellas te estoy confiando secretos, pensamientos y dudas que con nadie más he compartido. A la vejez he encontrado en mi hijo pequeño el mejor amigo y consejero. ¡Alabado sea Dios que no me ha hecho morir antes de poder descubrir esta dicha suprema!

Por aquí todo marcha muy bien, gracias a Dios. El emir me sigue honrando con su confianza y afecto y me ha elegido para formar parte de su consejo. Sin que yo tuviera que pedírselo, me ha aliviado de la carga del tribunal, encargándome de los Kuttab al-Mazalim, de la función de los abusos, y por eso ahora me limito a enderezar las arbitrariedades cometidas por los funcionarios a costa de los particulares. E incluso en algunos casos, a revisar las sentencias de los jueces, pues, aunque Dios quiso que esas resoluciones fueran inapelables, gracias a la sabiduría de los califas abasíes se instituyó esa función que permite el recurso en casos excepcionales, para remediar las injusticias. Pese a ser faena de mucha responsabilidad, me resulta muy grata, pues permite corregir los errores y falta de equidad que resultan inevitables en cualquier sociedad, pues los hombres somos limitados y muy pecadores. Sobre todo, esta nueva función me deja mucho tiempo libre, que puedo dedicar a mis escritos.

A menudo el emir me llama para dirigir la oración y la alocución del viernes, la de las dos fiestas canónicas, la de los dos eclipses y la rogativa por la lluvia, o me invita a rezar con él en su hermosísima *maqsura*, una celosía completamente forjada en oro de la mejor ley que rodea el *mihrab* y el espacio adyacente. También me hace el honor de elegirme como compañero de su mesa, para compartir sus momentos de descanso y diversión. Y me confía con frecuencia la redacción de los textos oficiales, pues me ha elegido para ser la pluma de su emirato. Me ha regalado un vestido de honor y un caballo. Ya ves, contra mi voluntad, pues mucho tiempo hace ya que como sabes renuncié a las falsas ilusiones del poder, me estoy convirtiendo en un experto en el protocolo de los reyes y de los hombres de poder. Pero no puedo negarme; se lo debemos todo. En fin, los Banu Quzman seguimos disfrutando de la generosa protección del soberano, hombre piadoso, noble y de gran generosidad, que gusta rodearse de ulemas.

Tengo otra buena noticia que darte. Por fin he podido concluir una de las obras en las que andaba empeñado: mi propio tratado de derecho. Se trata de un libro modesto; casi resulta una herejía llamarlo tratado. Como sabes, toda la vida he albergado esa pretensión, pero las urgencias de lo cotidiano, la necesidad de proveer al sustento de la familia, lo han ido retrasando. Tanto tu abuelo como tu bisabuelo hubieran desaprobado el empeño. Ellos consideraban que la obra de Malik es perfecta, y que nada más cabe añadir a la ciencia del derecho y a la tradición heredada. Yo, sin embargo, he constatado a lo largo de mi experiencia

como juez que son muchísimas las lagunas del derecho. Por eso me he atrevido, después de despejar las últimas dudas, a publicar mi *Bidayat al-Muytahid wa–Nihayat al-Muqtasid fi-l-Fiqh*, o sea: *El punto de partida del doctor autorizado y término supremo del doctor moderado sobre el derecho islámico*. Estoy deseando que la leas y me des tu opinión.

Tu hermano Muhammad también sigue en Túnez y su familia crece, gracias a Dios. Después de haber desempeñado honrosamente el cargo de secretario de cadí, ha sido llamado por el diván del sultán. Pero no como jurista: los funcionarios del sultán se han informado de la habilidad de tu hermano en la ciencia y en el cálculo, y le han propuesto encargarse de las finanzas y del control de la recaudación del azaque. ¡Qué verdad es que no hay dique que pueda oponerse a los impulsos de la sangre! Tu hermano siempre ha preferido la lógica y el cálculo al derecho y al final ha logrado dedicarse a aquello para lo que Dios le ha dotado ¡Él sabe más! Así que ahora yo soy el último de los juristas en activo de los Banu Quzman. Se va a romper así una tradición de muchas generaciones, salvo que tú mismo regreses al sendero familiar o alguno de mis nietos quiera dedicarse al estudio del *Fiqh*. Ninguno de mis nietos se interesa por el derecho, aunque son piadosos. No les culpo, en esta ciudad marítima y mercantil, todos los mozos quieren dedicarse al comercio o convertirse en marineros del yihad. Ya sabes que a mí no me parece una profesión honorable: en ese gremio, las personas honradas son pocas y nunca faltan engaños, astucias, traiciones, incumplimiento de la palabra empeñada, mermas en las mercancías o retrasos en los pagos, acciones que necesariamente dejan su impronta en el alma con su condenable huella. Los mercaderes están siempre al borde del pecado, practicando operaciones usurarias, bajo el pretexto de que cuando se presta dinero se tiene derecho a una indemnización por el riesgo o lucro cesante, sin reparar en que eso equivale a vender tiempo, el que transcurre entre la entrega del dinero y su devolución, y el tiempo es de Dios. La usura es un pecado mortal inspirado por el mismo Iblís.

El comercio es fuente de rivalidades, celos y pecado, un oficio que implica necesariamente marrullerías y requiere cualidades alejadas de la hombría de bien, por eso el carácter de los *tuggar* se conforma con ellas, y muchos llegan incluso al límite de la vileza. Las personas honorables y piadosas se abstienen del trato con este gremio, por causa de los rasgos de carácter que adquieren los traficantes. El mercader honrado, rarísima excepción, tiene que soportar situaciones difíciles y solo consigue el beneficio con muchas dificultades y fatigas; puede en ocasiones no conseguir nada y hasta llegar a perder todo su capital. Pero el comercio, y sobre todo el corso, reportan en esta ciudad enormes beneficios, mucho honor y respeto. Las caravanas recorren caminos y países exóticos, conllevando riesgos, claro, pero también aventura y ganancia. ¿Qué joven puede rechazar esa incitación a la aventura, aunque ponga en riesgo su virtud? Al menos espero que mis nietos formen parte, gracias a la nobleza de su alma, del selecto grupo de mercaderes honrados.

En cualquier caso, nunca olvides que las criaturas no se hicieron de la nada, sino que fueron resultado de la gracia de Dios. Por favor, te ruego que escribas en cuanto puedas. Se me hace muy largo el tiempo desde que no recibo noticias tuyas. Dios es quien otorga el favor. El mundo es un jardín y Dios todo lo observa. Obra de tal modo que haga que Él te preserve y salve, en el Día de la Resurrección, de su retribución y del tormento de su castigo. Busca la mediación de Dios en todos tus actos y su gracia será siempre contigo.

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Dios, Hamet ibn Quzman. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia! Que Él nos ayude, a ti y a mí a conservar los órganos de nuestro cuerpo y a respetar sus leyes. El 10

de enero de 1284.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, Bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Así dice el humilde siervo que suplica la gracia de su Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —ayúdelo Dios —: alabado sea Dios, que nos creó de la tierra con un soplo de vida y nos hizo habitarla como razas y naciones. Solo a Él pertenecen la permanencia y la inmutabilidad, pues Él es el Viviente que nunca muere.

Querido hijo, ¡Qué Allah te proteja con su gracia!, ahora que tengo mis propios nietos, cada vez me acuerdo más de mi propio abuelo, Ali, Dios le haya dado el santo paraíso. Él se hubiera sentido muy orgulloso de ti. Allah no quiso que llegaras a conocerle y aunque te he hablado frecuentemente de él, la lejanía me ha impedido hacerlo con todo el detalle, el cuidado y el detenimiento necesario. Por eso, antes de que sea tarde y la vejez me asesine la memoria, siento que debo dejar constancia por escrito de cómo era tu bisabuelo, el mejor de los Banu Quzman, a fin de que tú mismo se lo puedas contar a tus nietos, y estos a los suyos, para que el recuerdo de sus hechos memorables no se pierda con la voracidad del tiempo. Porque ¿quién ha oído alguna vez acciones tan memorables como las suyas? Quiero escribir una historia completa y detallada de nuestra familia y de los sucesos de nuestro viaje y sobre las cosas sorprendentes que he visto en los reinos de la tierra. Sé que a mi alrededor muchos piensan que soy un viejo chocho, que ya no tengo edad de emprender tareas de tan largo recorrido y exigencia. Pero ¿quién sabe lo que nos depara el tiempo? Me remito a las palabras del Profeta: «Si tuviera en la mano una palma y se me dijera que la Resurrección iba a tener lugar inmediatamente, no hay duda de que me apresuraría a plantarla».

Ali ibn Hasan banu Quzman era, ante todo, un hombre sabio y piadoso, un ejemplo a seguir por todos los demás, jóvenes y ancianos. Acostumbraba a leer el Corán y a estudiar las ciencias y la literatura. Permanecía en oración un tercio de la noche y nada le hacía olvidar la lectura del Sagrado Libro. Hasta que amanecía, perseveraba orando a Dios y prosternándose, proclamaba las alabanzas y santificaciones del Altísimo, hasta que terminaba salmodiando su trozo del Corán ya al amanecer.

Entonces se iba a su tribunal, donde hasta media mañana fallaba los casos del día. Luego rezaba la oración del *dujá*, almorzaba ligeramente y pasaba la tarde redactando sus obras.

Al caer la tarde, después de la cena y la oración, recibía en su salón, aún me parece verle, a amigos, colegas y alumnos. Y se dedicaba a enseñar y a aprender. Ninguno de los letrados y sabios que le frecuentaban podían resolver sus preguntas, pero él no dejaba a nadie sin respuesta, provocando el pasmo de los escuchantes, con su mágica elocuencia. ¿De dónde procedía toda esa sabiduría sobrehumana? Muchas veces me lo he preguntado sin hallar la solución, pero hoy creo que por fin lo he logrado: tu abuelo era, ante todo, un creyente en la justicia, para él la primera de las virtudes. Creo que el derecho corría por sus venas como el agua torrencial de un río inagotable. Aspiraba, sobre todas las cosas, a la consecución de la equidad, la instauración de la concordia entre los hombres, la añorada edad de oro en la que los malos hábitos quedarían definitivamente desterrados.

Era tanta su fama, que todos trataban de conocerle y de imitar sus cualidades y virtudes. E incluso le atribuían a veces actos que nunca había realizado, lo que causaba su hilaridad. Los días en que escuchaba en el zoco alguna barbaridad sobre él, la comentaba después con nosotros, sus hijos y sus nietos, mostrándose

inagotablemente perplejo ante la ineptitud de los hombres. Y entonces decía: «Las alabanzas se multiplican en esta vida como las buenas acciones se multiplican en la otra». Pero jamás lo hacía enfadado, ni guardaba rencor alguno cuando alguien le difamaba. Dios le había protegido contra el mal de la intransigencia y trataba siempre de comprender las razones que habían llevado a su ofensor a actuar así.

Continuamente rezo por él y por la paz de todos nuestros muertos, que yacen ahora en una tierra extraña. No he podido superar ese dolor, que me acompañará hasta el último día, en que reciba el amoroso abrazo de Dios.

Y también por mi pobre padre, Ismail ibn Ali —que Allah le tenga en su misericordia—, un océano de bondad, incansable buscador de la verdad. Cuando murió yo me encontraba con él y me dio un consejo que siempre he seguido, hasta donde he tenido fuerzas y me ha permitido mi naturaleza, y que yo hoy quiero trasmitirte a ti: desconfía de la razón. La inteligencia es un don engañoso, que puede conllevar un camino directo al infierno. Las personas muy inteligentes suelen ser también infelices y llegan a veces hasta a perder la razón, como le pasó a uno de mis maestros del *Fiqh*, Abu Muhammad ibn Harun at-Ta'i.

Antes de que la senectud y la chochez me debiliten del todo, quiero también terminar mi libro sobre los terribles acontecimientos que hemos padecido los creyentes de Al Ándalus en los últimos años, nuestro éxodo masivo. Nos acercamos al final del siglo VII de la hégira, va pasando el tiempo y a los que vivimos allí durante la mayor parte de nuestra vida se nos terminan los días. ¿Quién guardará memoria de ello cuando ya no quedemos andalusíes? Aunque me encuentro cansado, creo que aún conservo fuerzas para culminar todas las tareas que me he impuesto a mí mismo. Además, pese a mis achaques, ando bien de cabeza y mi cálamo es hoy más fructífero que nunca. Por eso, no puedo ni debo pararme. Como decía el califa Umar ibn al-Jattan, ¡Dios esté satisfecho de él!: «Cuidaos del reposo, pues no es más que un obstáculo».

Adiós, hijo querido, ¡ánimo! ¡Sobrevive! Y, sobre todo, cuida de la salud de tu alma. No olvides que el creyente debe buscar refugio en Dios en caso de dificultad para dominar los impulsos de su mente y sus institutos, sabedor de que él es el único que puede ayudarle en tal estado, hacerle triunfar encaminándole por la buena vía, sin que la abandone nunca, cualesquiera que sean las cosas, buenas o malas, que haya hecho.

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Allah, Hamet ibn Quzman. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia! ¡Qué Él te devuelva con tu familia y con tus hermanos, pues ha llegado el momento!

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Así dice el humilde siervo que suplica la gracia de su Señor, el que reparte generosamente sus favores, Hamet ibn Ismail ibn Ali ibn Quzman —ayúdelo Dios —: alabado sea Dios, dueño de la soberanía y de la omnipotencia, y en cuya mano están el dominio y el poder.

Querido hijo. Pese a la distancia te siento cada vez más cerca. En la vejez he encontrado en ti a un amigo, a un confidente, el único desde que salí de Al Ándalus, nuestra añorada tierra. Sherish. Ahora puedo decírtelo: no soporto vivir alejado de nuestra patria. El perfume de Al Ándalus vivifica todavía mi nostalgia, aunque me avergüenzo de ello, pues es un pecado; un musulmán debe encontrarse en su propia patria en cualquier sitio donde el muecín llame a la oración.

Además, no tengo derecho a quejarme de lo que ha sido mi vida. El Todopoderoso ha sido muy generoso conmigo; he conocido épocas de abundancia y he sido empujado por todos los vientos; he disfrutado de la felicidad y padecido

la desgracia; he tratado a muchos sabios del Magreb y de Al Ándalus, he disfrutado de una relación directa con ellos y en algunos casos con franca confianza. Me he beneficiado de su saber y he recibido de muchos de ellos licencias para enseñar. Yo mismo he enseñado, he impartido a alumnos notables muchas de esas licencias. En fin, he vivido siempre de acuerdo con la Ley de Dios y bajo su amorosa protección. No puedo recriminar al destino que ahora me pase factura: el tiempo nos va matando poco a poco, agrietando nuestros huesos, socavando nuestros sentidos. Además, pese a que te pueda extrañar, a mí mismo me pasa, no echo de menos la juventud, y si me dieran a elegir entre ella y tu llegada, no elegiría la juventud.

Si tuviera que arrepentirme de algo, sería de no haber sido más piadoso y sumiso con Dios, si hubiera podido prever el futuro, hubiera hecho provisión de buenas obras. Ahora entiendo bien lo breve que es esta vida y cómo la otra promete una gloria sin fin, que el Todopoderoso le da a quienes la desean y la persiguen: esta es la verdad y lo demás es engaño. La verdad es conocida y la mentira manifiesta y entre ambas hay equívocos en los que es digno de alabanza detenerse para cerciorarse: en el Corán y en la *Sunna* del Profeta están las leyes de Allah y su puesta en práctica, la guía y exégesis de la religión, y a quien Dios quiere favorecer lo ayuda a seguirlo y a tomar ejemplo de ellas. Todo lo que los hombres necesitan saber está en el Libro que Él nos dio, si sabemos leerlo adecuadamente. Con razón nos dice el Profeta: «Si el mar fuera tinta para las palabras de mi Señor, antes se agotaría el mar que las palabras de mi Señor, aunque trajéramos otro mar de tinta semejante». Por eso, hoy confieso con más convicción que nunca que Dios es uno, que no hay otro dios sino él, que no tiene parecido ni igual, que no engendró hijo alguno y que no fue engendrado, que no dispone de compañero ni de asociado, que no tuvo comienzo ni tendrá fin, que su ser y sus atributos son inexplicables y que los humanos no pueden comprender su esencia.

De todos los dones que he recibido del Altísimo, la mayor bendición habéis sido vosotros, mis hijos. Cada uno diferente, como su propio carácter, virtudes y defectos. Pero ninguno ingrato, ¡Dios sea alabado! Sabéis que he luchado toda la vida para preservaros de la miseria y procuraros felicidad. No siempre lo he logrado, pero no por ello he recibido de vosotros injurias o desdenes, al contrario: siempre habéis cumplido los deberes impuestos por Dios. He conocido tantos casos de hijos ingratos que han abandonado a sus padres ancianos, que les han insultado, que solo puedo dar gracias al Todopoderoso por mi prole.

Me quedan ya pocos deseos, casi ninguno, gracias a Dios, pues como me enseñaba mi padre, ¡Dios lo tenga en su gloria!, restringiendo los deseos se logra la quietud. De joven no comprendía sus palabras, pero hoy sí; no dudo ya de que todo deseo constituye una rebeldía, una desobediencia a los mandatos del Altísimo. A Dios no le gustan las cosas inútiles… Si deseas conocer mi estado, debes saber que es el de aquel que, por fin, se deja guiar por el destino y camina por el sendero de la despreocupación. Hace tiempo que aprendí a conformarme con lo necesario y a renunciar a lo superfluo, a ver a las pasiones como enemigas, pues a lo largo de mi vida he comprobado una y otra vez que todo objeto deseado pierde su valor una vez alcanzado. La riqueza no es más que un objeto prestado. El Profeta le dijo a Qays ibn Asim: «De todos tus bienes, lo único que posees realmente es aquello que comes y, por consiguiente, destruyes, aquello que vistes y, por tanto, usas y aquello que das y, en consecuencia, pierdes. El resto pertenece a tu heredero». La gente, sobre todo en su juventud, por la cortedad de su inteligencia valora las cosas solo en la medida de su precio, sin tener en cuenta su verdadero valor. Por eso, el vulgo ansía más las cosas que escasean, como los alimentos exóticos y complejamente condimentados, los más caros: si el agua no

fuera barata y los dátiles del Nilo no fueran caros, ni se desearían tanto los dátiles ni se despreciaría tanto el agua. Yo he aprendido a conformarme con lo mínimo: agua fresca, legumbres y zanahorias dan a mi paladar más placer que los huevos de codorniz escabechados, aunque en mi juventud fui un gran glotón… Siempre recuerdo lo que me decía mi añorado Abu Bakr ibn Rifa'a, el físico de Sherish, cuando me veía atacar una pata de cordero con miel: «Si eres gordo considérate entre los enfermos crónicos». En fin, a mis años, puedo decir que he encontrado un modo de vida que reúne la salud del cuerpo con la lucidez del espíritu. Te lo digo recomendándote que hagas tú lo mismo. Esta enseñanza es la mejor herencia que puedo dejarte: Dios no realiza las ambiciones de los hombres más que cuando se encuentran dentro de lo que Él ha ordenado y no cumple sus deseos más que cuando Él es la causa de ellos.

Pero miento, me miento a mí mismo, porque sí tengo una ambición última, intensísima, inaplazable: ¡qué se eleve hasta Dios mi deseo de reunirnos antes de que pase la hora!… antes del último viaje desde este mundo de sufrimiento…

Escrito con su letra por el siervo de Allah, el que confía totalmente en Allah, Hamet ibn Quzman. ¡Qué Allah le acuerde su favor y su gracia!

Ali depositó en el lecho el último pliegue sin poder contener la emoción. Después pidió a gritos los materiales necesarios y se puso él mismo a escribir una última carta para su padre.

Pasaban los días y la situación de Ali empeoraba. Se aferraba a la vida, sabedor de que no cabía esperanza alguna. En sus delirios, evocaba hechos pasados de su infancia. A veces se creía nadando en el Guadalete, con sus hermanos, o recorriendo las calles de Sherish con otros golfillos, mortificando a los ciegos, librando peleas sangrientas a pedradas, asistiendo pasmado al paso de las recuas sederas o al entrenamiento de los caballos de combate. Otras veces se veía en medio de una batalla, y lanzaba mandobles con una espada imaginaria, haciendo que los puntos de su vientre se abrieran otra vez.

Las heridas infectadas hedían cada vez más, hasta que resultó preciso recurrir a sahumerios para hacer respirable el aire de la estancia. De vez en cuando, podía aún mantener una conversación casi lúcida con Mahmud, a quien hacía jurar otra vez que haría todo lo posible por enviar a Túnez a madre e hijo. Pero la mayoría del tiempo hablaba con Toda, que apenas se levantaba de su lado, sin reparar en olores ni en cansancios.

—Toda… Toda…. Muero feliz por tenerte a mi lado, dando gracias al Todopoderoso porque un día te cruzó en mi camino. Solo me duele no poder conocer a mi hijo…. —Ali se retorció, presa de una punzada de dolor—. Pero… al menos, me queda el consuelo de que se lo llevarás a mi padre… Por favor, no lo olvides, no te rindas… cueste lo que cueste: lleva ese niño a Túnez.

La muchacha asentía sonriente, entre lágrimas de dolor y alegría.

—Quizás sea una niña.

Ali negó con la cabeza y tras recuperar el resuello dijo:

—Imposible. Dios no lo permitirá: me dará un zagal, un Banu

Quzman, y será cadí, como mi padre quiso que fuera yo mismo. Por mis pecados, por mi soberbia, le desobedecí… y así me encuentro, enfrentado a una muerte prematura. Pero mi arrepentimiento es sincero y Dios me lo premiará: será un varón. Fuerte como su padre, guapo como su madre, inteligente y piadoso como su abuelo Hamet.

49. Túnez octubre de 1286

Ali murió en Zahara, plácidamente y aturdido por el opio, sin dolor, el mismo día que el sultán Abu Yusuf lo hacía en Algeciras, el 24 de marzo de 1286. Guerreros fieros y orgullosos, al cabo, contra el pronóstico de sus respectivos físicos, tanto el anciano como el hombre maduro se resistieron larga y bravamente a morir.

Con sus últimas exhalaciones, Ali no dejaba de darle instrucciones y consejos a Toda, la única mujer en su vida a la que había amado, y de rogar a Mahmud que hiciera lo posible porque los suyos llegaran con bien a Túnez. Cuando murió Ali ibn Hamet, de los Banu Quzman, cada uno de ellos le asía una mano.

Toda alumbró al poco tiempo, en abril, y pasó la cuarentena entre primorosos cuidados. Todo el caudal de Mahmud se dirigía a dar a la muchacha los mejores alimentos, las ropas más finas. El alcázar de Zahara, una de las más toscas y severas fortalezas de la raya de Al Ándalus, se llenó por unas semanas de luz y alegría.

Durante meses se empleó el alcaide en la búsqueda de la manera más segura de que viajaran madre e hijo a África. Las treguas permitían ahora la navegación y el tráfico en el Mediterráneo occidental volvía a ser fluido. Tanto las Españas como el Magreb precisaban de todo tipo de productos para empezar la reconstrucción después de tantas décadas seguidas de guerras.

A cambio de una elevadísima cantidad de oro, Mahmud contrató una galera para que trasladara a Toda como única pasajera a Túnez. Se despidieron en el puerto de Málaga el último día de septiembre de 1286, para no verse más. Tampoco le quedaba mucha vida al ya anciano alcaide, que, aunque por su aspecto parecía aún un joven guerrero, llevaba en su interior y soportaba calladamente las secuelas de toda una vida de guerrear constante, de asedios e intemperies.

Después de una singladura que transcurrió sin sobresaltos bordeando la costa norte del Magreb, Toda bint Lope y su hijo Hamet ibn Ali llegaron a Túnez un jueves de finales de octubre, cuando ya se acababa la temporada hábil para surcar los mares. Sin duda con la ayuda de Dios, que permitió al barco que la transportaba eludir las asechanzas de los peligrosos piratas francos de Sicilia, que desde sus bases a una sola jornada de navegación de Ifriqiya hacían su cosecha

de mercancías y esclavos entre abril y octubre.

Siguiendo fiel y cumplidamente las instrucciones de Mahmud, el capitán ordenó a la mujer que se velara y alquiló para ella una silla de manos. La acompañó por las abigarradas calles de la medina, hasta llegar a la casa del cadí mayor por la vía más corta, atravesando el Harat al-Saqaliba, el Barrio de los esclavos, y el Hatar al-Yahud, el Barrio de los judíos. La aterrorizada muchacha no se atrevía a mirar fuera de las cortinas de su bamboleante medio de transporte, pero a través de ellas le llegaban olores y sonidos desconocidos que aumentaban su aprensión.

En casa de los Banu Quzman, las mujeres y esclavas que se afanaban en la preparación de la comida del fin del ramadán, debieron contener su curiosidad, pues el capitán solo dijo que debía esperar a la llegada del cadí para un asunto de la máxima importancia, mientras en la puerta de la casa esperaba una silla portada por cuatro negros, de cuyo interior nada se podía ver.

Zuhara había muerto pocos meses antes y desde entonces Hamet pasaba la mayor parte de su tiempo en la mezquita, preparando su propio encuentro, ya no muy lejano, con el Creador, y recuperando las fuerzas que le habían arrancado los cuidados de su esposa durante los últimos años de vida. Pasó a su lado días enteros, tratando de comprender los deseos de la enferma, cuya razón se perdía por mil senderos desconocidos e inconexos, aunque, de vez en cuando, las nieblas de la locura se despejaban y conseguía enlazar unos breves momentos de conversación. El cadí sentía enorme compasión por su esposa, degradada de forma cruel por la vida hasta convertirla casi en vegetal, y daba continuamente gracias a Dios por conservar la capacidad intelectual y la conciencia.

En el templo, orando, se encontraba Hamet cuando un zagal le llevó recado de que le esperaban nuevas en su casa. Aunque estaban muy próximos, el recorrido entre el tribunal y su morada constituía para el cadí un reto ímprobo y fatigoso, pero alentado con la esperanza de recibir nuevas de Ali, hizo el trayecto en un tiempo sorprendentemente corto, con una agilidad que creía ya imposible. Tan rápido como le permitieron sus piernas, el viejo Hamet regresó de la mezquita y se introdujo con el capitán en su despacho. Allí estuvieron hablando un rato que a las mujeres se les hizo eterno.

Recibidas las noticias del capitán, lo primero que hizo Hamet fue leer la carta de su hijo.

En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, bendiga Dios a nuestro señor Muhammad, a su familia y a sus compañeros, y concédales una paz duradera.

Así dice humildemente el hijo —ayúdelo Dios— que suplica el perdón de su padre, de quién se muestra orgulloso. Nunca hijo alguno disfrutó de un padre mejor. Has sido mi ejemplo continuo, el espejo donde cada día he podido

mirarme; jamás tus actos contradijeron tus palabras. Por eso obedecerte siempre fue fácil, hasta el momento en que decidí partir al yihad; allí se quebró todo y empezó mi pesadilla. Tú me enseñaste que los hombres rendimos culto a Dios honrando a nuestros padres, incluso si fueran unos demonios; ¡qué fácil ha sido honrarte a ti!

Querido padre, perdóname, si puedes, pese a que no lo merezco. Me comporté como un insensato y he recibido el justo castigo. Dios me ha regado con agua buena, pero yo no me he convertido en un hombre bueno… Me he dejado engañar por las ilusiones, y como un iluso he venido persiguiendo un mundo que ya no existe. Pensaba que un día podríamos regresar a Sherish y continuar con nuestra existencia como siempre, disfrutar de la maravillosa delicia de la cotidianeidad, todos juntos, libres y felices, fingiendo que no había pasado el tiempo, ni la rebelión, ni la guerra. Pero fue solo una ilusión, porque pronto pude comprobar que devolver la vida a un sueño es un ejercicio estéril.

¿Cuál es el sentido de la venganza? El Profeta, ¡Dios le bendiga y le salve!, nos dijo: «Todos los hombres son iguales como los dientes de un peine». Cuando vamos a la guerra, por el motivo que sea, cometemos un grave pecado, nos causamos un mal a nosotros mismos, pues cuando matamos a otro hombre, matamos a un hermano, a un hijo de Adán. Todos los hombres son criaturas de Dios, y el más querido para Él es quien más indulgencia muestra hacia ellas. Si somos uno, si pertenecemos a una misma familia, ¿por qué no formamos una misma nación, por qué Dios confundió en Babel nuestras lenguas? ¿Por qué se revela a unos y no a otros? ¿Por qué no todos obedecemos a los mismos profetas?

¿Es verdaderamente Al Ándalus nuestra tierra? ¿Por qué la tierra debe pertenecer a nadie, si solo es de Dios? De Dios venimos y a Dios volvemos; ¿no es Él nuestra única patria?

Sé que es tarde para hacerme estas preguntas y no dispongo de las respuestas, pero siento un gran alivio en el pecho formulándomelas en voz alta, compartiendo estas dudas contigo, Padre. Pero hay una cosa que sí he aprendido, Padre: en el rencor reside el mal. Por eso creo, Dios me perdone, que debemos renunciar a aquello que perdimos, a aquello que quizás nunca nos perteneció, porque nunca lo merecimos. Solo Dios da y quita; si Él quisiera, nos haría desaparecer y nos sustituiría por criaturas nuevas.

Esta carta, si Dios quiere, te la llevará Toda bint Lope, mi esposa a los ojos del Señor, y tu nieto, Hamet ibn Ali ibn Ismail ibn Quzman al-Sharishi. Espero y ruego a Dios para que este nieto, al que espero eduques tú como si fueras su padre, se muestre más sumiso que yo, tu ingrato hijo, y colme tus aspiraciones de que la saga de juristas de los Banu Quzman no se pierda. ¡Ruego a Allah para que tenga tus mismas virtudes! Te lo suplico, padre, en nombre de Aquel a quien nada ni nadie sobrepasan, acéptalos en el seno de la familia, acompaña a mi esposa y a mi hijo hacia la vida. Toda es una buena mujer, que ha sufrido mucho. Aunque nació cristiana, se ha convertido a la verdadera fe. Que sea tu hija. Ella y tú, los dos, os merecéis el uno al otro. Sé que lo harás, padre, porque no ha sido creado hombre mejor que tú, así que muero tranquilo porque sé que educarás a mi hijo y que él crecerá observando tus hábitos virtuosos y que nunca le faltará tu ayuda y tu consejo.

Adiós, padre, se acaban mis días, y cuando vence nuestro plazo, nadie puede retrasarlo ni adelantarlo una hora. Espero que puedas perdonarme. Yo apelo ahora, como siempre, a la misericordia divina. Testimonio que no hay más Dios que Allah, que es único y no tiene asociado, y que Muhammad es su siervo y su profeta. Creo que el Camino existe realmente y que es una estrecha vía que han de atravesar los creyentes por la fuerza de sus obras, logrando algunos pasarla y salvarse del infierno y cayendo el resto en él por el propio peso de sus maldades.

Testimonio de que la resurrección llegará y de que Dios levantará a los muertos lo mismo que fueron creados. Porque el Todopoderoso multiplica las buenas acciones de los creyentes, siendo comprensivo con sus faltas graves. Sé que Él se muestra indulgente hasta con los pecados capitales, si quiere, y puede aún perdonar a los difuntos; Dios no perdona a quienes le dan asociados, pero sacará del fuego en razón de su fe a quien haya castigado, y le hará entrar en su paraíso, puesto que quien tenga en su corazón el peso de un átomo de bien será recompensado. En esa esperanza muero, padre, de verte en el paraíso. Porque creo que los ángeles interrogadores, Munkir y Nakir, cuando pesen mis malas acciones con su balanza, hallarán algo de bien.

Así lo dice Ali ibn Hamet Ibn Ismail ibn Quzman, de los Banu Quzman de Sherish, en la fortaleza amiga de Zahara, en Al Ándalus, el 18 de marzo de 1286. Vale.

Leída la carta, mientras se secaba los ojos con los pliegues de su túnica, se levantó y dio orden que llevaran a Toda a su presencia.

La muchacha, todavía velada, caminaba lentamente por el pasillo que le hacían los expectantes miembros de la familia, portando en sus brazos a una criatura de pocos meses. Sin decir nada, besó la mano de Hamet, que le esperaba en la puerta de su despacho, y le entregó con cuidado al niño.

El abuelo lo observa. Lo besa. Lo levanta y después de un rato asiente, mientras piensa: «Qué cierto es que toda alabanza se canta al final: lo mejor que le puede pasar a un hombre le acaece al fin de sus días». Haciendo esfuerzos para contener su emoción, con la voz quebrada, dice en voz alta:

—Sí. Es un verdadero Banu Quzman: la viva imagen de su padre —Dios le haya perdonado— cuando nació.

FIN